

STONE BUTCH BLUES

LESLIE FEINBERG



**levanta
fuego**

Primera edición: abril de 2021
Segunda edición: julio de 2021
Tercera edición: diciembre de 2021
Cuarta edición: marzo de 2022

Título original: *Stone Butch Blues*
Leslie Feinberg

Traducción: Judit del Río y Layla Martínez
Diseño de cubierta: Raúl Ruiz
@underdogsgn
Corrección y maquetación: Levanta Fuego
www.levantafuego.com

ISBN: 978-84-09-29616-3
Depósito legal: V-1137-2021

Esta obra fue liberada de derechos por Leslie Feinberg, que estableció una serie de condiciones para su traducción, publicación y comercialización. Pueden consultarse al final del libro.

Querido lector:
Me gustaría que supieras que *Stone Butch Blues* es una novela contra la/s opresión/es. En consecuencia, contiene escenas de violaciones y otro tipo de violencias. Ninguna de ellas es gratuita ni se recrea en los detalles escabrosos.
Leslie

DEDICADO A
CECE MCDONALD

La valentía y la capacidad de organización de CeCe McDonald han inspirado un frente internacional que se ha unido para luchar contra la violencia dirigida hacia las mujeres y los jóvenes oprimidos, especialmente la guerra contra las mujeres (trans) de color, el camino que lleva directamente de la escuela a la prisión, el encarcelamiento racista masivo, el supremacismo blanco y la transmisoginia. También por los derechos de los sexos oprimidos, de las diferentes sexualidades y expresiones de género y por el derecho de los oprimidos a la autodefensa.

Los extractos siguientes y el resto de la información se pueden encontrar en: supportcece.wordpress.com.

«Sobre las 12.30 AM del 5 de junio de 2011, CeCe se dirigía a la tienda de comestibles acompañada de varios amigos, todos ellos jóvenes, afroamericanos y LGTBQI o aliados. Al pasar junto a un bar, el Schooner Tavern, un grupo de gente blanca mayor, que estaba parada junto a la puerta lateral del bar comenzó a lanzarles insultos racistas y transfobos sin que mediara provocación. [...] Cuando CeCe se aproximó al grupo y les dijo que sus amigos y ella no iban a tolerar expresiones de odio, una de las mujeres [...] le reventó un vaso de cristal en la cara a CeCe [...]. Comenzó una pelea durante la cual fue fatalmente acuchillado uno de los atacantes, Dean Schmitz. CeCe fue la única persona arrestada esa noche [...].»

CeCe McDonald escribió desde la cárcel lo siguiente el 16 de noviembre de 2012:

Día de la Memoria Trans: una propuesta.

Necesitamos que nuestra misión sea promover la justicia racial, social y económica de la juventud trans, su libertad para definir su identidad y expresión de género.

Que tengan voz y derechos. Que puedan caminar en libertad por este mundo, sin miedo a sentirse un ser humano de verdad y no una sombra en un rincón.

Prefiero que me hayan castigado por defenderme a mí misma que haberme convertido en otra víctima del odio.

Necesitamos no solo celebrar el Día de la Memoria Trans sino también tomar conciencia de nosotras mismas y estar preparadas para poner fin al hecho de que nuestra comunidad sea el foco de la violencia. Por supuesto, es muy importante reconocer y rendir homenaje a los caídos, pero también necesitamos poner los pies en la tierra, empezar a ser auténticas líderes y ponernos manos a la obra.



CeCe McDonald fue liberada el 14 de junio de 2014.
La foto fue tomada por Leslie Feinberg durante una visita a prisión.

He sido encarcelada por los que no respetaban la ley
esposada por los que alentaban el odio
amordazada por los codiciosos.
Y, si algo he aprendido de ello,
es que un muro es solo un muro
y nada más que eso.
Puede ser derribado.

Assata Shakur
Creo en la vida



NOTA DE LAS TRADUCTORAS

Todas las traducciones implican una gran responsabilidad, pero en el caso de *Stone Butch Blues* era especialmente importante. Se trata de una obra crucial en la vida de muchos de sus lectores y queríamos reflejar con total fidelidad las decisiones sobre el uso del género, los pronombres y el lenguaje no binario que tomó Feinberg. Esto ha tenido sus dificultades, por un lado, porque el inglés es un idioma con muchas menos marcas de género que el castellano y, por otro, porque Feinberg utiliza un neutro indirecto que a veces es difícil de trasladar a nuestro idioma (por ejemplo, palabras como *kid*, que significa niño o niña y que ella utiliza deliberadamente porque no tiene género en inglés, sí lo tiene en castellano). Además, los personajes van variando su identidad y expresión de género a lo largo del libro y no siempre la sociedad los ve o los quiere ver como ellos se ven a sí mismos, lo que añadía una dificultad adicional a la traducción. A todo ello se suma que el uso de los pronombres no binarios y el neutro ha cambiado mucho desde 1993, la fecha de publicación del libro, pero era importante mantener el original también por su valor histórico. Nos hemos esforzado por hacerlo lo más fiel posible, aunque eso supusiese perder literalidad o aunque algunas expresiones ya no se digan así en la actualidad. Esperamos que os guste. Para más información sobre el uso del lenguaje y el pronombre, podéis revisar los escritos de Feinberg al final del libro.



STONE BUTCH BLUES

Leslie Feinberg



1

Querida Theresa:

Estoy tumbada en la cama, echándote de menos, con los ojos hinchados y las mejillas cubiertas de lágrimas calientes. Una tormenta de verano atruena con rabia ahí fuera. Esta noche he caminado por las calles buscándote en la cara de cada mujer, igual que hago todas las noches de este exilio solitario. Me da miedo no volver a ver tus ojos juguetones y risueños.

Esta tarde he ido a tomar café con una mujer en el Greenwich Village. Nos presentó una amiga de ambas, convencida de que tendríamos mucho en común dado que a las dos nos interesa «la política». Bueno, nos hemos sentado en una cafetería y ella ha hablado de las medidas del partido demócrata y de seminarios y de fotografía y de los problemas de su cooperativa de vivienda y de que está en contra de la regulación de los alquileres. Cómo no: papá es inversor inmobiliario.

Estaba observándola mientras hablaba, pensando en lo extraña que le debía de parecer. Me miraba, pero no me veía. Al cabo de

un rato, por fin, ha dicho que odiaba a la sociedad por lo que nos ha hecho a las «mujeres como yo», que se desprecian tanto a sí mismas que tienen que parecerse a los hombres y actuar como ellos. Noté que me sonrojaba y que se me crispaba el rostro, y le dije, con mucha calma y sangre fría, que las mujeres como yo han existido desde el albor de los tiempos, desde antes de que existiera la opresión, y que esas sociedades las respetaban, y ella hizo el gesto de estar muy interesada y de que era hora de irse.

Así que hemos caminado hasta una esquina donde unos policías estaban dando una paliza a un sintecho, me he parado y me he puesto a gritar a los maderos, que han comenzado a venir hacia mí con las porras en alto, y ella me ha agarrado del cinturón y ha tirado de mí hacia atrás. La he mirado y, de repente, he sentido emerger cosas que pensaba que ya había enterrado. Me he quedado ahí parada, pensando en ti, como si no viera a los policías a punto de pegarme, como si estuviera viajando a otro mundo, a un sitio al que quería volver.

Y, de repente, me ha dolido tanto el corazón que me he dado cuenta de cuánto tiempo hacía desde que había sentido algo, lo que fuese.

Necesito volver a casa contigo esta noche, Theresa. No puedo. Así que te estoy escribiendo esta carta.

Tengo un recuerdo de hace años, del día en que empecé a trabajar en la conservera de Búfalo. Tú llevabas ya unos meses allí, y me acuerdo de cómo me atraparon tus ojos y cómo jugaron conmigo durante un rato antes de que me permitieras marchar. Se suponía que tenía que seguir al capataz para rellenar unos formularios, pero estaba demasiado ocupada imaginando de qué color sería tu pelo bajo el gorro blanco de papel y qué tacto tendría entre mis dedos, suelto y libre. Y recuerdo cómo te reíste con dulzura cuando el capataz volvió y me dijo: «¿Vienes o no?».

Todas las marimachos nos pusimos de mala hostia cuando supimos que te habían despedido porque no dejaste que el jefe te toca-

ra los pechos. Yo todavía pasé un par de días más descargando en los muelles, pero estuve bastante apagada. No era lo mismo desde que tu luz se había ido.

La noche que fui al club del West Side no me lo podía creer. Allí estabas, apoyada en la barra, con unos vaqueros demasiado ajustados para describirlos con palabras y tu pelo, suelto y libre.

Y recuerdo esa mirada de nuevo. No solo me reconociste, te gustó lo que veías. Y esta vez estábamos en nuestro propio territorio. Podía hacer los movimientos que tú querías que hiciera, y me alegré de haberme puesto elegante.

Nuestro territorio.

—¿Bailas conmigo?

No dijiste ni sí ni no, solo me miraste divertida, me ajustaste la corbata, me alisaste el cuello de la camisa y me cogiste de la mano. Mi corazón era tuyo antes incluso de apretarte contra mí como lo hiciste. Tammy cantaba *Stand by Your Man*, y en nuestra cabeza cambiábamos todos los «él» de la canción por «ella» para que encajaran con nosotras. Después de que te movieras de esa manera, tenías mucho más que mi corazón: me moría por ti, y eso te gustaba. Y a mí también.

Ya me habían advertido las butches¹ veteranas: si quieres mantener tu matrimonio, no vayas de bares. Pero siempre he sido butch de una sola mujer. Y, además, esa era nuestra comunidad, la única de la que formábamos parte, así que íbamos todos los fines de semana.

Había dos clases de peleas en los bares. La mayoría de fines de semana acababan en una u otra, a veces en las dos. Estaban las peleas a puños de las butches, hasta arriba de alcohol, vergüenza e inseguridad celosa. A veces las peleas eran horribles, se extendían

1. Lesbiana que interpreta una masculinidad destinada a atraer mujeres y a sentirse cómoda consigo misma. [Definición de H. M. Zubieta. Todas las notas son de las traductoras].

como una red y atrapaban a toda la gente que había en el bar, como la noche en que Heddy perdió el ojo cuando recibió un golpe en la cabeza con un taburete.

Estaba orgullosa de no haber pegado a ninguna otra butch durante todos aquellos años. Ya sabes, las quería y entendía su dolor y su vergüenza porque era muy parecida a ellas. Amaba las líneas marcadas en sus rostros y sus manos y la curva de sus hombros cansados por el trabajo. A veces me miraba en el espejo y me preguntaba cómo sería yo cuando tuviera su edad. Ahora ya lo sé.

A su manera, ellas también me querían. Me protegían porque sabían que no era una «butch de sábado por la noche». Las butches de fin de semana se asustaban de mí porque yo era una marimacho. ¡Si hubieran sabido lo indefensa que me sentía! Pero las veteranas sabían bien el camino que me esperaba y deseaban que no tuviera que transitarlo para evitarme tanto dolor.

Cuando aparecí en el bar con ropa masculina, encogida sobre mí misma, me dijeron: «Enorgulécete de quién eres», y luego me colocaron la corbata, como hiciste tú. Era como ellas; sabían que no tenía elección. Por eso nunca me peleé con ellas. En los bares nos dábamos palmadas en las espaldas y en las fábricas nos las guardábamos unas a otras.

Y luego estaban las ocasiones en que entraban por la puerta nuestros verdaderos enemigos: grupos de marineros borrachos, matones que parecían del KKK, sociópatas y policías. Sabíamos que habían llegado porque alguien tiraba del cable de la jukebox como señal de aviso. No importa cuántas veces pasara, siempre soltábamos un «ooohh» cuando paraba la música antes de darnos cuenta de que había que ponerse manos a la obra.

Cuando aparecían aquellos fanáticos había que pelear, y lo hacíamos. Peleábamos duro: femmes² y butches, mujeres y hombres juntos.

2. Lesbiana que interpreta una feminidad destinada a atraer mujeres y a sentirse cómoda consigo misma. Como en el caso de la masculinidad de las butches, la clave es que su feminidad está destinada a mujeres sáficas. Una butch se reapropia de algo que le

Si la música dejaba de sonar y eran los maderos los que estaban en la puerta, alguien volvía a enchufar la jukebox y cambiábamos de pareja de baile. Las que llevábamos trajes y corbatas nos uníamos a nuestras hermanas drag, con sus vestidos y sus tacones. Es duro recordar que por aquel entonces era ilegal que dos mujeres o dos hombres se movieran juntos al ritmo de la música. Cuando acababa la canción, las butches hacían una reverencia, nuestras parejas hacían lo propio, y volvíamos a nuestros asientos, con nuestras amantes y nuestras bebidas, a esperar nuestro destino.

Recuerdo tu mano en mi cinturón, por debajo de la chaqueta del traje. Ahí permaneció durante todo el tiempo que los maderos estuvieron en el bar. «Tranquila, cariño. Quédate conmigo, tranquilízate», me susurrabas al oído, como una canción de amor que se canta a los guerreros que deben elegir bien sus batallas si quieren sobrevivir.

Aprendimos pronto que los maderos siempre aparcaban la lechera delante de la puerta del bar y dejaba a los perros gruñendo dentro de ella para que no pudiéramos salir. Estábamos atrapadas.

¿Recuerdas la noche que te quedaste en casa conmigo, cuando estuve tan enferma? Fue aquella noche, ya sabes. La policía cogió a la butch más stone³ de todas, una mujer que «se ponía un chubasquero para ducharse», como decíamos, y la humilló hasta dejarla destrozada. Nos contaron que le habían quitado lentamente la ropa delante de todas las que estaban en el bar y que se habían reído de ella cuando intentó taparse. Tiempo después se volvió loca, o eso dijeron. Tiempo después se ahorcó.

¿Qué habría hecho yo si hubiera estado allí esa noche?

ha sido vedado, la masculinidad, para construir su identidad. Una femme se reapropia de algo que le ha sido impuesto, la feminidad, para construir su identidad. [Definición de H. M. Zubieta].

3. Una stone butch es una butch que por disforia, trauma, asexualidad o cualquier otro motivo no desea tener relaciones sexuales que impliquen ser penetrada. [Definición de H. M. Zubieta].

Recuerdo también las redadas en los bares de Canadá. Apretadas en las lecheras de la policía, las butches de fin de semana se reían nerviosas e intentaban ahuecarse el pelo y cambiarse de ropa para que las pasaran al furgón de las femmes; decían que eso sería «como morir e ir al cielo». La ley establecía que teníamos que llevar puestas al menos tres prendas de ropa femenina.

Nosotras nunca nos cambiábamos de ropa. Tampoco las drag queens. Sabíamos lo que nos esperaba, y tú también. Necesitábamos tener las mangas subidas y el pelo echado hacia atrás si queríamos vivir para contarlo. Nos esposaban las manos a la espalda. A vosotras por delante. Me aflojabas la corbata, me desabrochabas el cuello de la camisa y me acariciabas la mejilla. Veía en tu cara el dolor y el miedo que sentías por mí y te susurraba que todo saldría bien. Ambas sabíamos que no era así.

Nunca te conté lo que nos hacían allí —las drag queens en una celda, las stone butch en otra—, pero tú lo sabías. Uno a uno, arrastraban a nuestros hermanos fuera de las celdas, a bofetadas y a golpes, y cerraban la puerta rápidamente tras ellos para evitar que nos subleváramos e intentáramos detenerlos; como si pudiéramos hacer algo así. Les esposaban las muñecas a los tobillos o les sujetaban la cara contra los barrotes. Nos obligaban a mirar. A veces nuestras miradas se encontraban con los ojos aterrorizados de la víctima, o del que iba a serlo a continuación, y les decíamos: «Estoy contigo, cielo, mírame. No pasa nada, te llevaremos a casa».

Nunca llorábamos delante de los policías. Sabíamos que éramos las siguientes.

La próxima vez que se abra la puerta de la celda será a mí a quien arrastren y esposen a los barrotes con las piernas abiertas.

¿Sobreviví? Supongo, sí. Pero solo porque sabía que podía volver a casa contigo.

Al final nos dejaban ir, una a una, el lunes por la mañana. Sin cargos. Demasiado tarde para llamar al trabajo y fingir una enfer-

medad, sin dinero, haciendo dedo o cruzando la frontera a pie, con la ropa arrugada, sangrando, sucias, heridas, asustadas.

Sabía que estarías en casa, si conseguía llegar.

Me preparabas el baño, lleno de burbujas de olor dulce. Sacabas unos calzoncillos blancos limpios y una camiseta y me dejabas sola, para que me frotara la capa de vergüenza.

Recuerdo que siempre pasaba lo mismo. Me ponía la ropa interior y, justo cuando me enfundaba la camiseta, encontrabas una razón para entrar en el baño, ya fuera para coger algo o para guardarlo. De un vistazo memorizabas mis heridas como un mapa: los cortes, los moratones, las quemaduras de cigarrillo.

Después, en la cama, me abrazabas con suavidad y me acariciabas todo el cuerpo; reservabas las caricias más suaves para las zonas en las que me habían hecho daño, sabías dónde estaba cada una de ellas, las internas y las externas. No te insinuabas inmediatamente, porque sabías que no estaba lo suficientemente segura para sentirme sexy. Pero poco a poco me infundías orgullo de nuevo, dejándome ver cuánto me deseabas. Sabías que te llevaría semanas ablandar de nuevo la coraza.

Últimamente he leído algunas historias escritas por mujeres enfadadas con sus amantes stone, que incluso se burlan de ellas cuando finalmente comienzan a confiar y a dejarse tocar. Y me pregunto: ¿te hacía daño cuando no te permitía tocarme? Espero que no. Si te lo hice nunca lo dejaste ver. Creo que sabías que no era de ti de quien me protegía. Tratabas esa parte de mí como una herida que necesitaba una amorosa cura. Gracias. Nadie ha vuelto a hacerlo desde entonces. Si estuvieras aquí esta noche... Bueno, es una hipótesis, ¿no?

Nunca te dije estas cosas.

Me acuerdo de cuando me detuvieron a mí sola, en territorio ajeno. Probablemente estés ya haciendo una mueca de dolor, pero necesito contártelo. Fue la noche que condujimos cincuenta cin-

cuenta kilómetros hasta un bar donde habíamos quedado con unas amigas que nunca aparecieron. Cuando la policía hizo una redada en el bar estábamos «solas», y un madero con insignias doradas en el uniforme vino directamente hacia mí y me ordenó que me levantara. Normal, era la única marimacho del bar aquella noche.

Me tocó por todas partes, tiró de la goma de mis bóxers y les dijo a sus hombres que me esposaran: no llevaba puestas tres prendas de mujer. Quería pelearme allí mismo y en ese mismo instante, porque sabía que la oportunidad se me iba a escapar enseguida. Pero también sabía que le darían una paliza a todo el mundo si me resistía, así que no hice nada. Vi que te sujetaban con los brazos a la espalda y que te habían esposado. Un madero tenía la mano alrededor de tu cuello. Recuerdo tu mirada. Me duele incluso ahora.

Me esposaron las manos a la espalda con tanta fuerza que casi grité. Luego el policía se desabrochó los pantalones muy lentamente, con una sonrisa en la cara, y me ordenó que me arrodillara. Primero pensé «¡No puedo!»; pero dije en voz alta, para él y para ti: «No voy a hacerlo». Nunca te lo conté, pero en ese momento cambió algo dentro de mí. Entendí la diferencia entre lo que no puedo hacer y lo que me niego a hacer.

Pagué el precio de aquella lección. ¿Tengo que contarte los detalles? Claro que no.

Cuando salí del calabozo la mañana siguiente estabas ahí. Habías pagado mi fianza. Sin cargos, simplemente se quedaron tu dinero. Habías estado toda la noche en la comisaría. Solo yo sabía lo duro que era para ti soportar las miradas lascivas, las vejaciones, las amenazas. Sabía que te estremecías con cada sonido que escuchabas. Rezaste para no oírme gritar. No lo hice.

Recuerdo que cuando salimos al aparcamiento te detuviste, apoyaste con suavidad las manos sobre mis hombros y evitaste mirarme a los ojos. Frotaste con cuidado la sangre seca de mi camisa y dijiste: «Nunca conseguiré sacar estas manchas».

Maldigo a cualquiera que piense que eso significa que estabas relegada a encargarte del cerco de suciedad de los cuellos de mis camisas.

Supe exactamente lo que significaba. Fue una manera extrañamente dulce de decir, o de no decir, lo que sentías. Parecida a la forma en que yo me cerraba emocionalmente cuando estaba asustada y herida y vulnerable y decía tonterías graciosas que estaban fuera de lugar.

Condujiste hasta casa con mi cabeza en tu regazo durante todo el trayecto, acariciándome la cara. Preparaste el baño. Me dejaste muda limpia. Me acostaste. Me acariciaste con cuidado. Me abrazaste con delicadeza.

Más tarde esa noche me desperté sola en la cama. Estabas bebiendo sentada a la mesa de la cocina, con la cabeza entre las manos. Llorabas. Te cogí entre mis brazos con fuerza y te abracé, tú te resististe y me golpeaste el pecho con los puños, habrías querido hacérselo a ellos pero no estaban allí. Un instante después te acordaste de mis moratones y gritaste aún más fuerte, sollozando: «Es mi culpa, no pude detenerlos».

Siempre he querido decirte esto. En aquel momento supe que entendías de verdad cómo me sentía, cómo era mi vida. Ahogada de rabia, indefensa, incapaz de protegerme a mí o a quienes amaba; y aun así luchando sin descanso, sin rendirme. Por aquel entonces no encontraba las palabras para decirte esto. Solo decía: «Va a salir bien, va a estar todo bien». Y ambas sonreíamos irónicamente por lo que acababa de decir, y te llevaba de nuevo a la cama y te hacía el amor lo mejor que podía, teniendo en cuenta mi estado. Sabías que no debías intentar tocarme esa noche. Solo me pasabas los dedos por el pelo y llorabas y llorabas.

¿Cuándo se separaron nuestras vidas, dulce guerrera? Pensábamos que habíamos ganado la lucha por la liberación cuando aceptamos la palabra *gay*. Pero salieron de la nada los académicos, los doctores y

los abogados diciéndonos que las reuniones tenían que regirse por el *Robert's Rules of Order*⁴ (¿cuándo ha muerto Dios y ha dejado a Robert al cargo?).

Nos echaron a patadas, nos hicieron sentir vergüenza de quiénes éramos. Nos llamaron cerdos chovinistas, dijeron que éramos el enemigo, que éramos tíos. Pero lo que estaban rompiendo eran corazones de mujeres. No fue difícil expulsarnos, nos fuimos sin hacer ruido.

Las fábricas cerraron. Algo que jamás habría creído posible.

Fue entonces cuando empecé a tener *passing*⁵ de hombre. Es extraño estar separada de tu propio sexo, exiliada tras una frontera que nunca será tu hogar.

Tú también fuiste desterrada, a un lugar con las de tu mismo sexo, apartada a la fuerza de las mujeres a quienes querías tanto como intentabas quererte a ti misma.

He vivido en esta solitaria orilla durante más de veinte años, preguntándome qué habría sido de ti. ¿Te desmaquillabas avergonzada los sábados por la noche? ¿Te consumía la rabia cuando las mujeres decían que si quisieran un hombre estarían con uno de verdad?

¿Estás haciendo la calle? ¿Estás sirviendo cafés o aprendiendo a escribir en WordPerfect 5.1⁶?

¿Estás en un bar de lesbianas, buscando con el rabillo del ojo a la más *butch* de la sala? ¿Hablan esas mujeres de las medidas del partido demócrata y de seminarios y de cooperativas de vivienda? ¿Estás con mujeres que solo sangran una vez al mes, durante la regla?

4. Libro escrito por Henry Martin Robert en el que se establece un procedimiento para el desarrollo de asambleas y reuniones. En Estados Unidos se utiliza en todo tipo de organizaciones, desde sindicatos a grupos eclesiásticos o asociaciones de vecinos.

5. Capacidad de una persona de ser considerada miembro de un grupo o categoría de identidad diferente del que le ha sido asignado originalmente. En este caso, de un género distinto.

6. Procesador de textos que alcanzó su máxima popularidad a finales de los años ochenta y principios de los noventa.

¿O estás casada, viviendo en cualquier otro pueblo obrero, acostándote con un mecánico en paro que se parece mucho más a mí que todas ellas, escuchando la respiración acompasada de tus hijos mientras duermen? ¿Le vendas las heridas emocionales igual que intentabas curar las mías?

¿Piensas alguna vez en mí en el frío de la noche?

Llevo horas escribiéndote esta carta. Me duelen las costillas de la última paliza. Ya sabes.

No podría haber sobrevivido tanto tiempo si no hubiera tenido tu amor. Todavía me duele lo mucho que te echo de menos y te necesito.

Solo tú eras capaz de quitarme la coraza. ¿Volverás algún día?

Ya ha pasado la tormenta. Veo a través de la ventana el horizonte resplandeciendo con una luz rosácea. Recuerdo las noches en las que te follaba lenta y profundamente hasta que el cielo se ponía de este mismo color.

No puedo pensar más en ti, el dolor me consume. Debo guardar tu recuerdo, como si fuera una preciada fotografía en sepia. Aún hay tantas cosas que quiero decirte, compartir contigo.

Como no puedo enviarte esta carta, la mandaré a un lugar donde mantengan a salvo los recuerdos de las mujeres. Quizá algún día, si pasas por esta enorme ciudad, te detengas a leerla. Quizá no lo hagas.

Buenas noches, mi amor.



2

Yo no quería ser diferente. Deseaba ser todo lo que los adultos querían que fuera, porque así me darían su amor. Seguí todas las normas, intenté agradarles lo mejor que supe. Pero había algo en mí que les hacía fruncir el ceño. Nadie le puso nombre a lo que me pasaba. Eso fue lo que me hizo creer que era malo de verdad. Reconocía la melodía del estribillo que repetían constantemente: «¿es un niño o una niña?».

Fui otra mala carta que la vida les había repartido a mis padres. Ya estaban amargados y desilusionados de antes. Mi padre creció decidido a no pasarse la vida encerrado en una fábrica como su viejo, mi madre no tenía ninguna intención de vivir atrapada en un matrimonio.

Cuando se conocieron, soñaron que estaban emprendiendo una aventura apasionante juntos. Al despertarse, mi padre estaba trabajando en una fábrica y mi madre se había convertido en ama de casa. Cuando mi madre descubrió que estaba embarazada de mí le dijo a mi padre que no quería atarse a un crío. Mi padre insistió en que cuando tuviera al bebé sería feliz. La naturaleza se encargaría de ello.

Mi madre me tuvo para demostrarle que se equivocaba.

Estaban furiosos porque la vida les había engañado. Cabreados porque su matrimonio había acabado con su última posibilidad de escapar. Luego vine yo, y era diferente. Y pasaron a estar enfadados conmigo. Podía notarlo en la forma en que contaban una y otra vez la historia de mi nacimiento.

La lluvia y el viento azotaban el desierto cuando mi madre se puso de parto. Por eso me tuvo en casa: era una tormenta demasiado violenta para hacerle frente. Mi padre estaba en el trabajo y no teníamos teléfono. Mi madre dice que lloró tanto de miedo al darse cuenta de que yo venía de camino que la abuela diné⁷ que vivía al otro lado del rellano llamó a la puerta para averiguar qué ocurría y, al ver que el parto era inminente, trajo consigo a otras tres mujeres para ayudar.

Las mujeres diné cantaron durante mi nacimiento. Eso me contó mi madre. Me lavaron, soplaron humo de incienso sobre mi cuerpo diminuto y me ofrecieron a mi madre.

—Poned al bebé allí —les dijo señalando un moisés que había al lado del fregadero. «Poned al bebé allí». Aquellas palabras hicieron que las indias se estremecieran. Mi madre se dio cuenta. Escuché muchas veces esta historia durante mi infancia, como si el hielo que había en esas palabras pudiera deshacerse al repetir las de forma irónica.

Días después de que yo naciera, la abuela llamó a nuestra puerta de nuevo, esta vez alarmada por mis gritos. Me encontró en el moisés, sucia. Mi madre admitió que le daba miedo tocarme, excepto para cambiarme el pañal o acercarme el biberón a la boca. Al día siguiente la anciana envió a su hija, que aceptó cuidar de mí por las mañanas, mientras sus hijos estaban en la escuela, si a mi madre le parecía bien. Le parecía bien y mal al mismo tiempo. Fue un alivio

7. Pueblo originario de los actuales estados de Arizona, Nuevo México, Utah y Colorado. Los conquistadores españoles los llamaron «navajos».

para mi madre, seguro, aunque también una acusación. Pero dejó que me fuera con ellas.

Y así crecí entre dos mundos, inmersa en la música de dos lenguas. Uno de los mundos estaba hecho de cereales para el desayuno y Milton Berle⁸. El otro de pan frito y salvia. Uno era frío, pero era el mío; el otro era cálido, pero no me pertenecía.

Mis padres dejaron de permitirme cruzar al otro lado del rellano cuando cumplí cuatro años. Vinieron a recogerme una noche, antes de la cena. Algunas de las mujeres habían cocinado un banquete y habían reunido a todos los niños para el festín. Preguntaron a mis padres si podía quedarme. Mi padre se alarmó cuando escuchó a una de las mujeres decir algo en una lengua que no conocía y a mí contestar con palabras que jamás había escuchado. Después dijo que no podía quedarse impasible mientras los indios secuestraban a sangre de su sangre.

Solo he escuchado fragmentos sueltos sobre lo que pasó aquella tarde, así que no lo sé todo. Ojalá lo supiera. Pero hay algo que he escuchado en muchas ocasiones: una de las mujeres les dijo a mis padres que me esperaba un camino difícil en la vida. Las palabras exactas cambiaban con cada versión. A veces mi madre fingía ser una vidente, cerraba los ojos, se cubría la frente con los dedos, y decía: «Veo una vida difícil para esta niña». Otras, mi padre mugía como el mago de Oz: «¡Esta criatura tiene por delante un camino difícil!».

En cualquier caso, mis padres me sacaron de allí. Pero antes de irse la abuela le dio a mi madre un anillo y le dijo que me protegería a lo largo de la vida. Mis padres tenían miedo del anillo, pero supusieron que todas esas turquesas y plata debían de valer algo, así que se lo quedaron.

8. Humorista y actor estadounidense. Se le considera la primera gran estrella de la televisión de su país.

Mis padres me dijeron que esa noche hubo otra tormenta terrible en el desierto, de una fuerza terrible. Los truenos retumbaban y los rayos lo iluminaban todo.



—¿Jess Goldberg? —preguntó la profesora.

—Presente —contesté.

Me miró con los ojos entornados.

—¿Qué clase de nombre es ese? ¿Es el diminutivo de Jessica?

Negué con la cabeza.

—No, señorita.

—Jess —repitió—. Ese no es un nombre de niña.

Bajé la cabeza. Alrededor de mí, los niños se cubrían la boca con las manos para sofocar la risa. La señorita Sanders los fulminó con la mirada hasta que se hizo el silencio.

—¿Es un nombre judío? —preguntó.

Yo asentí, deseando que hubiera acabado con las preguntas. No había acabado.

—Clase, Jess es de fe judía. Jess, dile a la clase de dónde eres.

Me removí en el asiento.

—Del desierto.

—¿Qué? Más alto, Jess.

—Soy del desierto. —Vi a los niños hacer muecas y poner los ojos en blanco.

—¿Qué desierto? ¿En qué estado? —La profesora se subió las gafas.

Me paralizó el miedo. No lo sabía.

—El desierto —dije, encogiéndome de hombros.

La señorita Sanders comenzó a impacientarse.

—¿Por qué decidió tu familia venir a Búfalo?

¿Cómo iba a saberlo? ¿Acaso creía la profesora que los padres comparten con sus hijas de seis años los motivos que les impulsan a tomar decisiones que van a tener un gran impacto en sus vidas?

—Hemos conducido hasta aquí en coche—dije. La señorita Sanders negó con la cabeza. La primera impresión que causé no fue demasiado buena.

Las sirenas aullaron. Era el simulacro de ataque aéreo de los miércoles por la mañana. Nos agazapamos debajo de nuestros pupitres y nos cubrimos la cabeza con los brazos. Nos aconsejaban tratar a La Bomba como a un desconocido: evitar el contacto visual. Si no puedes ver a La Bomba, La Bomba no puede verte a ti.

No había ninguna bomba, era solo un entrenamiento para cuando pasara de verdad. Pero a mí aquella sirena me salvó.



Me dio pena que nos hubiéramos mudado de la calidez del desierto a esa ciudad tan fría. Nada podría haberme preparado para el hecho de salir de la cama en una mañana de invierno en un apartamento sin calefacción de Búfalo. Ni siquiera ayudaba calentar la ropa en el horno antes de ponérsela; de todas formas antes teníamos que desnudarnos y quitarnos el pijama. Fuera, el frío era tan feroz que el viento me acuchillaba la nariz y me penetraba en el cerebro. Las lágrimas se me congelaban en los ojos.

Mi hermana Rachel todavía era un bebé. Lo único que recuerdo de ella es una bola hecha con el traje de nieve y la capucha, envuelta en bufandas, mitones y gorros. No había niña, solo ropa.

Incluso en pleno invierno, totalmente abrigada y con solo unos centímetros de la cara visibles a través del mono de nieve y la bufanda, la gente me preguntaba: «¿Eres un niño o una niña?». Yo bajaba la mirada avergonzada, sin cuestionar nunca su derecho a preguntar.

Durante el verano no había mucho que hacer en los bloques de viviendas sociales, pero teníamos un montón de tiempo.

Las viviendas sociales, antiguos barracones del ejército, alojaban ahora a los trabajadores de la industria militar aeronáutica y a sus familias. Todos nuestros padres trabajaban en la misma fábrica; todas nuestras madres se quedaban en casa.

El viejo Martin estaba jubilado. Se sentaba en una tumbona en el porche y escuchaba en la radio las acusaciones de McCarthy. La ponía tan alta que podías oírla desde el otro lado del bloque.

—Hay que tener cuidado —me decía cuando pasaba por delante de su casa—, los comunistas pueden estar en cualquier parte. En cualquier parte. —Yo asentía solemnemente y me iba corriendo a jugar.

El viejo Martin y yo teníamos algo en común. La radio también era mi mejor amiga. *The Jack Benny Show* y *Fibber McGee and Molly* me hacían reír, incluso aunque no sabía bien por qué. *The Shadow* y *The Whistler* me hacían temblar.

Tal vez las familias obreras que no vivían en las viviendas sociales tuvieran televisión, pero nosotros no. Las calles entre los bloques ni siquiera estaban pavimentadas: solo había gravilla y troncos de madera que marcaban los aparcamientos. Muy pocas cosas modernas llegaban hasta allí. El vendedor de hielo y el afilador iban en carros tirados por ponis. Los sábados venían solo con los ponis, sin los carros, y nos daban paseos que cobraban a un centavo. Con un centavo también comprabas un pedazo de hielo, que el vendedor desprendía del bloque con un picahielo. Era duro y escurridizo y centelleaba como un diamante frío que parecía que no iba a deshacerse nunca.

La primera televisión que apareció en las viviendas sociales lo hizo en el salón de los McKensies. Todas los niños del vecindario suplicamos a nuestros padres que nos dejaran ir a ver *Captain Midnight* allí. Pero a la mayoría de nosotros no se nos permitía la

entrada a esa casa. Aunque era 1955, en el barrio aún había una zona de guerra invisible, establecida en 1949, el año en que yo nací, a raíz de una huelga salvaje. «Mac» McKensie había sido un esquirol. Aquella palabra era suficiente para mantenerme lejos de la casa. Todavía podía verse el rastro de la pintada en la parte delantera de su carbonera, pese a haber sido cubierta con una capa de pintura verde de un tono más claro que el resto.

Años después, nuestros padres aún discutían sobre aquella huelga en las mesas de las cocinas y durante las barbacoas en los patios. Yo oía descripciones de batallas tan sangrientas que pensaba que la Segunda Guerra Mundial había tenido lugar en la fábrica. Por la noche, cuando llevábamos a mi padre en coche al trabajo, solía agacharme entre los asientos traseros del vehículo y asomarme para ver a través de las verjas de la fábrica los campos de batalla que ahora estaban en silencio.

También había pandillas en las viviendas, y los críos cuyos padres habían sido esquirols durante la huelga formaban un grupo pequeño pero temido.

—¡Eh, marica! ¿Eres un niño o una niña?

No había manera de evitarlos en el pequeño universo que eran las viviendas sociales. El soniquete de sus burlas me acompañaba después de haberlos dejado atrás.

El mundo me juzgaba con dureza, y así me fui, o me empujaron, a la soledad.

La autovía separaba nuestras viviendas de un campo enorme. Iba contra las normas cruzar esa carretera. No tenía mucho tráfico. Tendría que haberme quedado mucho tiempo quieta en un carril para que me atropellaran. Pero no debía cruzar esa carretera. Lo hice, pese a todo, y nadie pareció darse cuenta.

Me abrí camino entre la hierba alta y seca que había en el borde de la carretera. Una vez pasé al otro lado, estaba en mi propio mundo.

De camino al estanque me paré a ver a los cachorros y los perros que estaban en los cheniles al aire libre que había en la parte de atrás del edificio de la ASPCA⁹. Los animales ladraron y se levantaron sobre sus patas traseras cuando me acerqué a la valla.

—Shhhhh —les recriminé. Sabía que nadie podía estar allí.

Un cocker spaniel sacó el hocico a través de la valla metálica. Le acaricié la cabeza. Eché un vistazo, buscando al terrier que me gustaba. Solo se había acercado a la verja a saludarme una vez, olisqueándome con cautela. Daba igual cuánto intentara convencerlo, normalmente se quedaba tumbado con la cabeza entre las patas, mirándome con ojos tristes. Quería llevármelo a casa. Deseé que se lo dieran a un niño que lo quisiera.

—¿Eres chico o chica? —le pregunté al mestizo.

—Guau, guau.

No vi al hombre de la protectora hasta que fue demasiado tarde.

—Hey, chaval, ¿qué estás haciendo aquí?

Me habían pillado.

—Nada —dije—. No estaba haciendo nada malo. Solo hablaba con los perros.

Sonrió ligeramente.

—No metas los dedos dentro de la valla, hijo. Algunos muerden.

Noté cómo me ardían las puntas de las orejas. Asentí.

—Estaba buscando a ese pequeño de orejas negras. ¿Se lo ha llevado una familia simpática?

El hombre frunció el ceño durante un momento.

—Sí —dijo en voz baja—, ahora está contento.

Me fui corriendo al estanque, a pescar renacuajos con un tarro. Me apoyé sobre un codo y miré muy de cerca a las ranas pequeñas que trepaban por las piedras calentadas por el sol.

—Croc. —Un cuervo enorme hacía círculos sobre mí en el aire; aterrizó en una roca cercana. Nos miramos en silencio.

9. Siglas de American Society for the Prevention of Cruelty to Animals, en castellano Sociedad Americana para la Prevención de la Crueldad contra los Animales.

—Cuervo, ¿eres chico o chica?

—Croc, croc.

Me reí y me tumbé de espaldas. El cielo era azul como en un dibujo infantil. Imaginé que estaba tumbada sobre las nubes blancas de algodón. Notaba la tierra húmeda en la espalda. El sol calentaba, la brisa era fresca. Me sentía feliz. La naturaleza me abrazaba y no parecía encontrar ningún defecto en mí.



Volviendo del campo me crucé con la pandilla de los esquiros. Se habían encontrado un camión abierto aparcado en pendiente. Uno de los mayores soltó el freno de mano y obligó a dos de los más pequeños, que vivían cerca de mi casa, a correr mientras el camión se dirigía hacia ellos.

—¡Jessy, Jessy! —se burlaron mientras venían hacia mí—. Brian dice que eres una niña, pero yo creo que eres un chico mariquita —dijo uno de ellos.

No contesté.

—Bueno, ¿qué eres? —se mofó.

Agité los brazos y me reí.

—Croc, croc—. Uno de los chicos le dio un golpe al tarro lleno de renacuajos que llevaba en la mano, que se estrelló contra la grava. Pegué patadas y les mordí, pero me sujetaron y me ataron las manos a la espalda con una cuerda de tender la ropa.

—Vamos a ver cómo meas —dijo uno de los chicos al tirarme al suelo, mientras otros dos intentaban bajarme los pantalones y la ropa interior. Estaba horrorizada. No podía hacer que pararan. La vergüenza de estar medio desnuda frente a ellos, con la parte importante al descubierto, me dejó sin fuerzas.

Me empujaron hasta la casa de la vieja señora Jefferson y me encerraron en la carbonera. Estaba oscuro allí dentro. El carbón estaba afilado y cortaba como un cuchillo. Era muy doloroso estar-

se quieta, pero cuanto más me movía peores eran las heridas. Temí no poder salir nunca.

Pasaron varias horas hasta que oí a la señora Jefferson en la cocina. No sé qué pensó cuando escuchó los golpes y las patadas dentro de la carbonera. Pero cuando abrió la pequeña trampilla y caí al suelo de la cocina, estaba tan asustada que podría haberse muerto allí mismo. Allí estaba yo, cubierta de hollín y sangre, atada y medio desnuda en su cocina. Maldijo en voz baja mientras me desataba, y me mandó a casa envuelta en una toalla. Tuve que caminar una manzana y llamar a la puerta de mis padres para encontrar refugio.

Se pusieron furiosos cuando me vieron. Nunca entendí por qué. Mi padre me azotó una y otra vez, hasta que mi madre le detuvo con la mano y le susurró algo.

Una semana más tarde salí con uno de la banda de los esquirols. Cometió el error de vagabundear solo demasiado cerca de mi casa. Saqué músculo y le dije que lo tocara. Luego le pegué un puñetazo en la nariz. Salió corriendo, llorando; me sentí bien por primera vez en días.

Mi madre me llamó para la cena.

—¿Quién es ese chico con el que estabas jugando? —Me encogí de hombros—. ¿Le estabas enseñando los músculos?

Me quedé helada, preguntándome cuánto habría visto. Ella sonrió.

—A veces es mejor hacerles creer a los niños que ellos son más fuertes —me dijo. Pensé que, si realmente creía eso, estaba completamente loca.

Sonó el teléfono.

—¡Lo cojo yo! —gritó mi padre. Era el padre del chico al que había dado un puñetazo; podía saberlo por la forma en que los ojos del mío echaban chispas mientras escuchaba.



—Me dio tanta vergüenza —le dijo mi madre a mi padre.

Él me fulminó a través del retrovisor. Solo podía ver sus espesas cejas negras. Mi madre había sido informada de que yo no podía entrar en el templo a no ser que me pusiera un vestido, algo contra lo que había luchado con todas mis fuerzas. En ese momento llevaba puesto un disfraz de Roy Rogers¹⁰, sin las pistolas. Ya era suficientemente duro ser la única familia judía en las viviendas sociales como para tener, además, problemas en el templo. Para llegar a la sinagoga más cercana teníamos que hacer un viaje en coche muy largo. Mi padre rezaba en el piso de abajo. Mi madre, mi hermana y yo lo veíamos desde la balconada, como en el cine.

Parecía que no existían muchos judíos en el mundo. Había algunos en la radio, pero ninguno en mi escuela. A los judíos no se les permitía salir al patio. Eso me decían los chicos mayores, y se aseguraban de que así fuera.

Estábamos llegando a casa. Mi madre negó con la cabeza.

—¿Por qué no puede ser como Rachel?

Rachel me miró avergonzada. Me encogí de hombros. Su sueño era llevar una falda de fieltro con un caniche bordado y zapatos de plástico tachonados de brillantes.

Mi padre detuvo el coche frente a la casa.

—Vete directamente a tu habitación, señorita. Y quédate ahí.

Era mala. Me iban a castigar. Me dolía la cabeza del miedo. Deseé encontrar la forma de ser buena. Me ahogaba de vergüenza.

Era casi la hora de la puesta de sol. Escuché a mis padres llamar a Rachel a su dormitorio para encender juntos las velas del *sabbat*. Supe que las persianas estaban bajadas. Un mes antes habíamos escuchado risas y gritos al otro lado de la ventana del comedor mientras mi madre encendía las velas. Corrimos hacia las ventanas

10. Actor y cantante de música country.

y miramos hacia la oscuridad de fuera. Dos adolescentes se bajaron los pantalones y nos enseñaron el culo.

—¡Judíos de mierda! —gritaron.

Mi padre no les persiguió; echó las cortinas. Después de eso empezamos a rezar en su cuarto, con las persianas bajadas.

En mi familia todos conocíamos la vergüenza y el miedo.

Poco después mi disfraz de Roy Rogers desapareció de la cesta de la ropa sucia. Mi padre me compró otro de Annie Oakley¹¹.

—¡No! —grité—. No quiero. No quiero ponerme eso. ¡Me sentiría idiota!

Me agarró del brazo.

—Señorita, me he gastado cuatro dólares con noventa en este traje de Annie Oakley y te lo vas a poner.

Intenté que me soltara, pero me sujetaba el brazo con tanta fuerza que me hacía daño. Las lágrimas corrieron por mis mejillas.

—Quiero un sombrero de Davy Crockett¹².

Mi padre apretó aún más.

—He dicho que no.

—Pero, ¿por qué? —lloré—. Todos tienen uno menos yo.

Su respuesta fue incomprensible:

—Porque eres una niña.



—Estoy harta de que la gente me pregunte si es un niño o una niña —escuché a mi madre quejarse a mi padre—. La lleve a donde la lleve, todo el mundo me lo pregunta.

Tenía diez años. Ya no era pequeña, y no me quedaba ni una pizca de dulzura tras la que esconderme. Al mundo se le estaba acabando la paciencia conmigo, y eso me aterrorizaba.

11. Famosa tiradora de escopeta que participaba en el espectáculo de Búfalo Bill.

12. Aventurero y héroe popular estadounidense del siglo XIX. Murió en la batalla de El Álamo.

Cuando era pequeña pensaba que haría cualquier cosa para cambiar lo que sea que estuviese mal en mí. Ahora no deseaba cambiar, solo quería que la gente no estuviera siempre enfadada conmigo.

Un día nuestros padres nos llevaron a mi hermana y a mí de compras al centro de la ciudad. Al pasar por Allen Street me fijé en una persona cuyo sexo no podía discernir.

—Mamá, ¿es una marimacho? —pregunté en alto.

Mis padres intercambiaron una mirada divertida y se echaron a reír. Mi padre me miró fijamente por el retrovisor y preguntó:

—¿Dónde has escuchado esa palabra?

Me encogí de hombros, no estaba segura de haberla escuchado antes de que saliera de mi boca.

—¿Qué es una marimacho? —quiso saber mi hermana. Yo también tenía interés en la respuesta.

—Es un bicho raro —rio mi padre—. Como los *beatniks*.

Rachel y yo asentimos, sin entender.

De repente, un presagio inundó mi cuerpo. Estaba mareada y tenía náuseas. Pero lo que fuera que había desencadenado aquello era demasiado aterrador. El sentimiento desapareció tan rápido como había surgido.



Empujé con suavidad la puerta del dormitorio de mis padres y miré a mi alrededor. Sabía que ambos estaban trabajando, pero estaba prohibido entrar en su habitación. Así que antes de nada le eché un vistazo al cuarto, solo para asegurarme.

Fui directa hacia el armario de mi padre. El traje azul estaba allí. Eso significaba que hoy se había puesto el gris. «Un traje azul y un traje gris: eso es todo lo que un hombre necesita», decía mi padre. Sus corbatas colgaban ordenadamente de una balda.

Requirió aún más valentía abrir el cajón de la cómoda de mi padre. Las camisas blancas estaban dobladas y almidonadas, rígidas como

una tabla. Cada una estaba envuelta en papel de seda y atada como un regalo. En el momento en que rompí el papel supe que me había metido en un lío. No tenía ningún escondite que mi madre no pudiera encontrar inmediatamente. Y me di cuenta de que era probable que mi padre supiera el número de camisas que tenía. Aunque todas eran blancas, probablemente supiera con exactitud cuál faltaba.

Pero ya era demasiado tarde. Demasiado tarde. Me desnudé hasta quedarme solo con las bragas y la camiseta de algodón y me puse la camisa. Tenía tanto almidón que mis dedos de niña de once años apenas podían abrochar el cuello. Saqué una corbata de la estantería. Había observado durante años cómo mi padre se ataba las corbatas con destreza, con una serie de movimientos complejos, pero era incapaz de descifrar el misterio. Hice un nudo torpe. Trepé a un taburete para coger el traje de la percha. Me sorprendió su peso. Cayó al suelo, amontonándose. Me puse la chaqueta y me miré en el espejo. Un sonido se escapó de mi garganta, parecido a un gemido. Me gustaba la niña que me devolvía la mirada.

Todavía me faltaba algo: el anillo. Abrí el joyero de mi madre. El anillo era enorme. La plata y la turquesa formaban una silueta que danzaba. No sabía decir si la figura era un hombre o una mujer. Ya no podía meter tres dedos en el anillo, ahora solo cabían cómodamente dos.

Me quedé mirándome en el espejo enorme que había encima del tocador de mi madre, intentando vislumbrar un futuro lejano en que la ropa fuera de mi talla, entreviendo la mujer en que me convertiría.

No me parecía a ninguna de las niñas y mujeres que salían en el catálogo de los grandes almacenes Sears. El catálogo llegaba con cada cambio de estación. Yo era la primera de toda la casa en verlo, lo recorría página a página. Todas las niñas y las mujeres se parecían entre sí, y también los chicos y los hombres. No me identifi-

caba con ninguna de ellas. Nunca había visto a una mujer adulta que fuera como creía que iba a ser yo al hacerme mayor. No había mujeres en la tele que se parecieran al reflejo del espejo, tampoco en la calle. Estaba segura de ello. Siempre las estaba buscando.

Por un momento vi en ese espejo a la mujer en que me estaba convirtiendo, y ella me devolvió la mirada. Parecía asustada y triste. Me preguntó si iba a ser lo suficientemente valiente para crecer y convertirme en ella.

No oí abrirse la puerta del cuarto. Cuando vi a mis padres ya era demasiado tarde. Ambos pensaban que el otro tenía que recoger a mi hermana del ortodoncista, así que habían vuelto a casa inesperadamente pronto.

Se les heló la expresión. Yo tenía tanto miedo que no podía sentir la cara.

Las nubes de tormenta se arremolinaron en el horizonte.



Mis padres no hablaron del hecho de haberme encontrado en su cuarto vestida con la ropa de mi padre. Recé por librarme del castigo. Pero un día, poco después, me subieron al coche sin avisar. Dijeron que íbamos al hospital para hacerme unos análisis. Subimos en ascensor hasta la planta donde se supone que me iban a sacar sangre. Dos hombres enormes, vestidos de blanco, me sacaron del ascensor. Mis padres se quedaron dentro. Los hombres se giraron y cerraron las cancelas. Llamé a mis padres, pero ni siquiera me miraron mientras las puertas del ascensor se cerraban.

Noté el terror sobre el pecho, pesado como un elefante. Apenas podía respirar.

Una enfermera me explicó las normas que debía seguir durante mi estancia: tenía que levantarme por las mañanas y permanecer en el pabellón todo el día. Debía ponerme un vestido, sentarme

con las piernas cruzadas, ser amable y sonreír cuando me hablaran. Asentí como si comprendiera. Estaba en *shock*.

Era la única niña en el hospital. Me pusieron en una habitación con dos mujeres. Una era una anciana blanca que estaba atada a la cama. Se lamentaba y gritaba nombres de personas que no estaban allí. La otra era una mujer blanca más joven.

—Me llamo Paula —dijo, extendiendo la mano para saludarme—. Encantada de conocerte.

Tenía las muñecas vendadas. Me explicó que sus padres le habían prohibido ver a su novio porque era negro. Se rajó las venas de desesperación y por eso la habían metido en aquel sitio.

Dedicamos el resto del día a jugar al pimpón. Paula me enseñó la letra de *Are You Lonesome Tonight?* Se rio y aplaudió cuando puse la voz grave como Elvis.

—Haz salvamanteles y mocasines. Haz muchos. Cuantos más, mejor. Eso les gusta.

No sabía lo que era un salvamantel.

Aquella noche no me podía dormir. Escuché a unos hombres susurrar y reírse mientras entraban en la habitación. Me enrollé en las sábanas y me quedé tumbada, muy quieta y en silencio. Oí el sonido de una cremallera al desabrocharse. El olor de la orina me llenó las fosas nasales. Más risas, y luego el ruido de pasos alejándose cada vez más. Las sábanas estaban empapadas. Temí que me echaran la culpa y me castigaran. ¿Quién me había hecho eso y por qué? Le preguntaría a Paula por la mañana.

Las enfermeras y celadores entraron en nuestra habitación cuando la luz aún era gris tras las ventanas enrejadas.

—¡Arriba! —chillaron.

La vieja empezó a gritar nombres. Paula se rebeló contra los camilleros, les mordió las manos. Estos maldijeron, la ataron y se la llevaron en una silla de ruedas.

Una enfermera se acercó a mi cama. Todavía notaba el tenue olor de la orina en las sábanas, incluso después de haberse secado. Si ella

lo olía, ¿me sacarían de allí a mí también? Miró con detenimiento la carpeta que llevaba.

—Goldberg, Jess. —Me asustó que dijera mi nombre—. No tengo firma para esta —les dijo a los celadores. Ellos salieron del cuarto.

—Goldberg, Jess —gritaba la anciana una y otra vez.

Después de la comida me escabullí a la habitación para coger mi yoyó. Paula estaba sentada en la cama, mirándose las zapatillas de estar por casa. Me miró y ladeó la cabeza. Extendió su mano hacia mí.

—Soy Paula —dijo—. Encantada de conocerte.

Una enfermera vino a la habitación.

—Tú —dijo, señalándome.

La seguí hasta la enfermería. Me dio dos vasos de papel. Uno contenía unas pastillas de colores brillantes, el otro estaba lleno de agua. Me quedé mirando los vasos.

—Tómatelas —me ordenó la enfermera—. No me lo pongas difícil.

Ya había intuido que ponérselo difícil al personal podía implicar no salir nunca de allí, así que cogí las pastillas. Poco después de tragármelas el suelo comenzó a inclinarse a medida que andaba. Me sentía como si caminara por una superficie pegajosa.

Cada día hacía más salvamanteles y mocasines. Empecé a cogerle cariño a una mujer que hablaba con fantasmas que yo no veía.

Y descubrí la antología de poesía Norton en la biblioteca de pacientes. Me cambió la vida. Tuve que leer los poemas varias veces antes de comenzar a entender su significado. No era solo que las palabras fueran como notas musicales que mis ojos podían cantar. También descubrí que esas mujeres y hombres, muertos hacía mucho tiempo, me habían dejado mensajes con sus sentimientos, con emociones parecidas a las mías. Por fin había encon-

trado gente que se sentía tan sola como yo. De alguna manera eso me reconfortaba.

Tres semanas después de llegar al pabellón una enfermera me condujo a un despacho. Un hombre barbudo estaba sentado detrás del escritorio, fumando en pipa. Me dijo que era mi médico. Dijo que parecía estar progresando, que ser joven era difícil, que estaba pasando por una etapa complicada.

—¿Sabes por qué estás aquí? —me preguntó.

Yo había aprendido muchas cosas en esas tres semanas. Me di cuenta de que el mundo no solo me juzgaba, sino que podía ejercer un enorme poder sobre mí. Ya no me importaba que mis padres no me quisieran. Lo había aceptado en las tres semanas que había sobrevivido sola en el hospital. Me daba igual. Los odiaba. Y no confiaba en ellos. No confiaba en nadie. Mi mente estaba concentrada en escapar. Quería salir de allí y marcharme lejos de casa.

Le conté al médico que me daban miedo los hombres internados en el pabellón. Dije que sabía que había decepcionado a mis padres, pero que quería hacerles felices y que se sintiesen orgullosos de mí. Le dije que no sabía qué era lo que estaba haciendo mal, pero que si me dejaba volver a casa haría lo que él juzgase más conveniente. No lo pensaba, pero lo dije. Asintió, más interesado en mantener su pipa prendida que en mí.

Mis padres aparecieron en el pabellón dos días después para llevarme a casa. No hablamos de lo que había pasado. Me concentré en escapar, en esperar el momento adecuado para marcharme. Acepté ver al psiquiatra una vez a la semana. Esperaba que aquello no durase mucho tiempo, pero las visitas se prolongaron durante años.



Recuerdo el día exacto en que el psiquiatra soltó la bomba: mis padres y él habían decidido que ir a una escuela para señoritas me

ayudaría mucho. La fecha está grabada en mi mente: 23 de noviembre de 1963. Salí completamente aturdida de su despacho. La humillación del internado era más de lo que podía soportar. Me habría matado si hubiese encontrado una manera indolora de hacerlo.

Todo el mundo parecía andar de un lado para otro igual de aturdido que yo. Cuando llegué a casa, mis padres estaban viendo la televisión y el presentador decía que habían disparado al presidente en Dallas. Fue la primera vez que vi llorar a mi padre. El mundo entero estaba del revés. Cerré la puerta de mi habitación y me dormí para escapar de aquello.

No creía que pudiera sobrevivir con el foco de la escuela de señoritas puesto sobre mis bochornosas particularidades. Pero, de alguna manera, lo superé. Me ardía la cara de humillación y rabia cada vez que tenía que girar encima de la pasarela delante de toda la clase, una y otra y otra vez.

La escuela de señoritas me convenció de una vez por todas de que no era bonita, no era femenina y nunca sería elegante. El lema de la escuela era «Entran niñas, salen damas». Yo fui la excepción.



Justo cuando parecía que nada podía ir peor me di cuenta de que me estaban creciendo los pechos. La menstruación no me molestaba. A no ser que me manchara de sangre, era un asunto privado entre mi cuerpo y yo. ¡Pero los pechos! Los chicos sacaban la cabeza por las ventanillas de los coches y me gritaban guarradas. El señor Singer, el de la farmacia, me miraba el busto mientras marcaba el precio de los caramelos que compraba. Dejé el equipo de voleibol y el de atletismo porque odiaba que me doliesen los pechos cuando saltaba o corría. Me gustaba mi cuerpo antes de la pubertad. Creía que, de alguna manera, no iba a cambiar. ¡No así!

Empecé a creer que era cierto que había algo malo en mí. La culpa me ardía en la garganta como si fuera vómito. El único momen-

to en que aquello paraba era cuando volvía a la Tierra Donde No le Importaba a Nadie. Así es como recordaba el desierto.

Una mujer dió se me apareció un día en sueños. Antes venía casi todas las noches, pero dejó de hacerlo cuando pasé por el hospital psiquiátrico años atrás. Me sostenía en su regazo y me decía cómo buscar a mis ancestros y enorgullecerme de quién era. Me dijo que recordara el anillo.

Cuando desperté aún estaba oscuro fuera. Me encogí a los pies de mi cama y escuché la tormenta a través de la ventana. Los rayos iluminaban el cielo nocturno. Esperé a que mis padres se vistieran antes de colarme en su habitación y coger el anillo. Después, en el colegio, me escondí en uno de los retretes del baño para observarlo, haciendo conjeturas sobre su poder. ¿Cuándo empezaría a protegerme? Supuse que era como el anillo decodificador del Captain Midnight: había que adivinar cómo funcionaba.

Esa noche, durante la cena, mi madre se burló de mí.

—Anoche, cuando nos fuimos a la cama, te oímos hablar otra vez en sueños en esa lengua marciana.

Golpeé la mesa con el tenedor.

—No es una lengua marciana.

—¡Señorita! —gritó mi padre—. ¡Vete a tu habitación!



Al cruzar el pasillo del instituto un grupo de chicas me miró y gritó:

—¿Es animal, mineral o vegetal?

No encajaba en ninguna de esas categorías.

Tenía un nuevo secreto, algo tan terrible que sabía que jamás podría contárselo a nadie. Lo había descubierto en la sesión matinal del sábado en los cines Colvin. Una tarde me quedé mucho tiempo en el baño del cine. No estaba preparada para irme a casa

aún. Cuando salí, estaban proyectando la película para adultos. Me derretí al ver a Sophia Loren moviendo su cuerpo contra el del protagonista. Su mano agarraba el cuello de él mientras se besaban, las uñas rojas y largas trepaban por la piel. Me estremecí de placer.

Después de aquello, cada sábado me escondía en el baño para salir después a ver las películas para adultos. Un nuevo apetito me roía por dentro. Me preocupaba, pero sabía que no podía confiárselo a nadie.

Un día mi profesora de inglés del instituto, la señora Noble, nos puso como tarea llevar ocho versos de nuestro poema favorito y leerlos delante de toda la clase. Algunos de los chicos se quejaron y dijeron que no tenían ningún poema favorito y que sonaba «a-burrirido». A mi me sobrecogió el pánico. Si leía un poema que me gustaba, me expondría y sería vulnerable. Pero leer ocho versos de algo que no me interesaba me parecía traicionarme a mí misma.

Cuando al día siguiente llegó el momento de leer, avancé hasta el frente de la clase con el libro de matemáticas. Al comenzar el semestre lo había forrado con una bolsa de papel marrón y había copiado un poema de Poe en el interior de la cubierta.

Carraspeé y miré a la señora Noble. Ella me sonrió y asintió con la cabeza. Leí los ocho primeros versos:

*Ya desde mi niñez, yo nunca he sido
como eran otros; yo nunca he mirado
como los otros; nunca mis pasiones
brotaron del venero comunal.
Yo no sacaba de la misma fuente
mis penas; no podía despertar
mi corazón al gozo en igual tono;
y todo lo que amé, lo amé yo solo¹³.*

13. «Solo», de Edgar Allan Poe. Traducción de María Condor y Gustavo Falaquera en *Poesía completa*, Madrid, Hiperión, 2010.

Intenté leer las palabras con un sonsonete plano, sin sentimiento, para que ninguno de los niños entendiera lo que el poema significaba para mí, pero todos tenían los ojos vidriados de aburrimiento. Bajé la mirada y volví a mi sitio. La señora Noble me apretó el brazo al pasar, y cuando la miré, vi lágrimas en sus ojos. La forma en que me miraba hizo que yo también quisiera llorar. Era como si pudiera ver lo que realmente era, y no había rastro de juicio en sus ojos.



El mundo entero estaba cambiando, pero si te fijabas en mi vida era imposible saberlo. La única forma que tuve de enterarme de la existencia del Movimiento por los Derechos Civiles fue a través de los ejemplares de la revista *LIFE* que recibíamos en casa. Todas las semanas era la primera de la familia en leer el último número que llegaba.

Se me quedó grabada a fuego en la mente la imagen de dos fuentes con sendos rótulos que decían «De color» y «Blancos». Otras fotos mostraban a gente valiente, de piel oscura y de piel clara, intentando cambiar esa realidad. Leía las pancartas de sus piquetes. Los veía cubiertos de sangre en las barras de los restaurantes de comida rápida de Greensboro, enfrentándose a la muchedumbre en Little Rock. Veía su ropa hecha harapo, desgarrada por los cañones de agua y los perros policía en Birmingham. Me preguntaba si alguna vez yo sería así de valiente.

Vi una imagen de Washington en la que había más gente de la que jamás habría imaginado reunida en un mismo lugar. Martin Luther King les contó su sueño. Deseé poder formar parte de aquello.

Observaba con atención las caras de mis padres mientras leían tranquilamente las mismas revistas. Nunca decían nada. El mundo estaba del revés y ellos pasaban las páginas tan tranquilos como si estuvieran leyendo el catálogo de Sears.

—Me gustaría poder ir al sur, a una de las Marchas por la Libertad —dije en voz alta una noche mientras cenábamos. Observé a mis padres intercambiar miradas de un lado a otro de la mesa. Continuaron comiendo en silencio.

Mi padre dejó el tenedor.

—Eso no va con nosotros —dijo, dando el tema por zanjado.

Mi madre nos miraba alternativamente a él y a mí. Yo sabía que deseaba evitar a toda costa la inminente explosión. Sonríe y dijo:

—¿Sabéis qué es lo que no entiendo?

Todos nos giramos para mirarla.

—¿Conocéis esa canción de Peter, Paul y Mary, *The Answer, My Friend, is Blowing in the Wind*? —asentí, ansiosa por escuchar su pregunta—. No entiendo qué clase de solución es soplársela al viento¹⁴.

Ambos estallaron en risotadas.



Cuando tenía quince años conseguí un trabajo de tarde. Eso lo cambió todo. Tuve que convencer al psiquiatra de que sería bueno para mí antes de que mis padres me dieran permiso. Lo conseguí.

Trabajaba componiendo tipos a mano en una imprenta. Le había dicho a Barbara, una de las pocas amigas que tenía en clase, que si no encontraba trabajo me moriría; así que su hermana mayor me consiguió el trabajo mintiendo y jurando que tenía dieciséis años.

En el trabajo a nadie le importaba que fuera en vaqueros y camiseta. Me pagaban con un fajo de billetes al final de la semana y mis compañeros eran simpáticos conmigo. No es que no notaran que era diferente, es que no les importaba como a los chicos del

14. En castellano, el título de la canción es «La respuesta, amigo, está flotando en el viento» o, de forma más literal, «está soplando en el viento». Hace un juego de palabras con el verbo *to blow* que, además de «soplar», puede significar «hacer una felación»..

instituto. Después de la escuela me cambiaba a toda prisa la falda y me daba prisa para llegar al trabajo. Mis compañeros me preguntaban cómo me había ido el día y me contaban cómo eran las cosas cuando ellos estaban en el instituto. A veces los niños olvidan que los adultos también han sido adolescentes, a no ser que estos se lo recuerden.

Un día un tipógrafo que trabajaba en otra planta le preguntó a Eddie, mi capataz:

—¿Quién es la butch esa?

Eddie se echó a reír y se alejaron andando. Las dos mujeres que estaban trabajando a mi lado levantaron la mirada para comprobar si me habían hecho sentir mal. Estaba más confusa que otra cosa.

Aquella noche, durante la pausa para la cena, mi amiga Gloria se sentó a comer conmigo. De improviso, empezó a contarme cosas de su hermano, me dijo que era marica y que se ponía vestidos de mujer pero que ella le quería igual, que odiaba ver cómo le trataba la gente porque al fin y al cabo no tenía la culpa de ser así. Me contó que incluso le acompañó una vez al bar donde se juntaba con sus amigos y que todas esas mujeres masculinas se acercaron a ligar con ella. Se estremeció al contarme esto último. Me pregunté por qué me hablaba de todo aquello.

—¿Qué bar era? —le pregunté.

—¿Qué? —Parecía lamentar haber sacado el tema.

—¿Dónde está ese sitio, dónde va esa gente?

Gloria suspiró.

—Por favor —le supliqué. Me temblaba la voz.

Miró a su alrededor antes de hablar.

—Está en Niagara Falls —bajó la voz—. ¿Por qué quieres saberlo?

Me encogí de hombros.

—¿Cómo se llama? —intenté sonar lo más despreocupada posible.

Gloria suspiró profundamente.

—Tifka.

Fue lo único que dijo.

3

Pasó casi un año antes de que me atreviese a llamar al teléfono de información para conseguir la dirección del Tifka. Finalmente me planté en la calle, delante del bar, muerta de miedo. Me preguntaba qué me había hecho creer que yo podía encajar allí. ¿Qué pasaba si no era así?

Llevaba la camisa de rayas azules y rojas, una chaqueta azul marino para esconder los pechos, unos chinos negros de vestir y unas zapatillas negras de caña alta de la marca Ked, porque no tenía zapatos.

Cuando entré, era un bar normal y corriente. A través del humo vi rostros que me miraban de reojo, observándome de arriba abajo. No podía echarme atrás y tampoco quería. Era posible que hubiese encontrado a mi gente por primera vez. Simplemente no sabía cómo entrar en esa comunidad.

Me acerqué hasta la barra y pedí una Genny.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó la camarera.

—Los suficientes —respondí, y puse el dinero sobre la barra. El bar se llenó de sonrisas burlonas. Le di un trago a la cerveza y traté

de actuar con normalidad. Una drag queen mayor me estudiaba atentamente. Cogí mi cerveza y caminé hacia la parte trasera, que estaba llena de humo.

Lo que vi allí hizo que se me saltaran las lágrimas que llevaba años reprimiendo: mujeres fuertes y corpulentas que llevaban americanas y corbatas. Tenían el pelo corto y perfectamente peinado hacia atrás con gomina. Eran las mujeres más atractivas que había visto nunca. Algunas de ellas estaban enfrascadas en bailes lentos con mujeres de vestidos ajustados y zapatos de tacón que las acariciaban suavemente. Al mirarlas sentí la punzada de la necesidad.

Era todo lo que podía pedirle a la vida.

—¿Has estado alguna vez en un bar como este? —me preguntó la drag.

—Muchas veces —respondí rápidamente. Ella sonrió.

Tenía tantas ganas de preguntar más cosas que me olvidé de seguir con la mentira.

—¿De verdad puedo invitar a algo a una mujer o pedirle que baile conmigo?

—Claro, cariño —dijo—. Pero solo a las femmes. —Se rio y me dijo que se llamaba Mona.

Me fijé en una mujer que estaba sentada sola en una mesa. Dios, era preciosa. Me moría por bailar con ella. Estaba sonando *Baby, I Need Your Loving*, de los Four Tops. No estaba segura de saber bailar lento, pero fui directa hacia ella antes de perder el valor.

—¿Bailas conmigo? —le pregunté

Mona y el portero me cogieron, me arrastraron hasta la barra y me sentaron en un taburete. Mona me puso una mano en el hombro y me clavó la mirada.

—Cariño, hay unas cuantas cosas que tengo que contarte. Es mi culpa, te he dicho que podías pedirle a una mujer que bailase contigo. Pero lo primero que debes saber es que ¡no debes pedirselo a la mujer de Butch All!

Estaba anotando aquello en mi cabeza cuando la sombra de Butch Al cayó sobre mí. El portero se interpuso entre nosotras y las drags la mandaron a la parte de atrás. Todo pasó en unos segundos, pero le bastó un vistazo para hacerme polvo. Butch Al tenía un aspecto imponente, me trajo recuerdos a los que temía aferrarme pero que también tenía miedo de dejar ir.

Me quedé temblando en la barra bastante tiempo después de que hubiese pasado la tensión del momento. Me sentía exiliada en la barra principal, más sola que cuando entré, porque ahora sabía que no formaba parte de aquello.

Una luz roja iluminó el bar. Mona me cogió de la mano y me arrastró hacia la parte de atrás, al baño de mujeres. Bajó la tapa del váter de un manotazo y me dijo que me sentara. Cerró a medias la puerta y me susurró que me quedara allí y me estuviera callada. Había llegado la policía. Me escondí. Durante un buen rato. No supe que la policía se había ido hacia mucho con su soborno hasta que casi mato a una femme de un infarto cuando abrió la puerta del baño. Nadie se acordaba de que estaba escondida allí.

Cuando salí del cagadero todo el mundo estaba riéndose de mí. Me retiré de nuevo a la barra de la parte delantera y pedí una cerveza.

Un rato más tarde sentí una mano en el brazo. Allí estaba la preciosa mujer a la que le había pedido bailar. Aquella era la femme de Butch Al.

—Vamos, cariño, ven a sentarte con nosotras —me propuso.

—No, estoy bien aquí —dije con toda la firmeza que pude. Pero ella me rodeó con el brazo y me apartó amablemente de la barra.

—Vamos, ven. Está todo bien. Al no te va a hacer daño —me aseguró—. Perro ladrador, poco mordedor.

Tuve bastantes dudas. Sobre todo cuando Butch Al se levantó al acercarme a su mesa.

Era una mujer enorme. No sé lo alta que era. Yo solo era una niña. A mi lado parecía colosal en tamaño y estatura.

Al instante me gustó la fuerza que había en su rostro. La forma de su mandíbula. La rabia de sus ojos. La forma en que se movía. La chaqueta deportiva realzaba su cuerpo pero a la vez también ocultaba parte de él. Curvas y pliegues. Espalda ancha, cuello fuerte. Pechos grandes vendados con fuerza. Camisa blanca, corbata y chaqueta. Caderas escondidas.

Me miró de arriba abajo. Saqué pecho. Ella lo notó. Su boca se negaba a sonreír, pero parecía que sus ojos sí lo hacían. Extendió una mano fuerte y musculada. Le di la mía. La fuerza de su apretón me pilló por sorpresa. Apretó aún más la mano y respondí de la misma manera. Me sentí aliviada de no llevar anillos. Aumentó la fuerza una vez más y yo hice lo mismo. Finalmente sonrió.

—Hay esperanza para ti —dijo. Me puse roja del agradecimiento que sentía por sus palabras.

Supongo que se puede explicar ese apretón de manos diciendo que fue un gesto de chulería. Pero en aquel momento para mí significó mucho más que eso, y todavía lo creo. No fue simplemente una forma de medir la fuerza. Un apretón de manos como ese es un desafío. Busca medir la fortaleza de la otra persona poco a poco. En el punto de máxima fuerza, una vez que se establece la equidad, es cuando realmente se conocen las dos personas.

Eso es lo que pasó con Butch Al, la había conocido con ese apretón. Estaba muy alterada. Y aterrorizada. No tendría que haberlo estado, nadie fue más amable conmigo nunca. Era bastante brusca, pero salpicaba esa brusquedad con gestos como revolverme el pelo, pasarme una mano por los hombros o darme palmadas en la cara. Era agradable. Me gustaba el afecto que había en su voz cuando me llamaba «peque», lo que hacía con frecuencia. Me puso bajo su ala y me enseñó todas las cosas que creía que una pequeña butch como yo debía aprender antes de embarcarse en un viaje tan peligroso y doloroso como ese. A su manera, tuvo mucha paciencia conmigo.

En aquella época, los bares del distrito Tenderloin eran gays por porcentajes. El Tifka era aproximadamente un veinticinco por ciento gay. Eso significaba que nos correspondía una cuarta parte de las mesas y de la pista de baile. Los otros tres cuartos siempre estaban intentando invadir nuestro espacio. Ella me enseñó a mantener nuestro territorio.

Aprendí a temer a la policía como enemigos a muerte y a odiar a los chulos que controlaban las vidas de muchas de las mujeres a las que queríamos. Y aprendí a reír. Aquel verano, las noches de los viernes y los sábados estuvieron llenas de risas y de bromas que casi siempre eran cariñosas.

Las drag se sentaban en mis rodillas y nos hacíamos fotos con una polaroid. Hasta mucho tiempo después no supimos que el tío que las hacía era un madero encubierto. Me quedaba mirando a todas aquellas camioneras y veía mi propio futuro. Y aprendí lo que quería de otra mujer viendo a Butch Al y a su pareja, Jacqueline.

Me dejaron salir con ellas todo el verano. Les dije a mis padres que estaba trabajando doble turno las noches de los viernes y los sábados «para ahorrar para la universidad» y que me quedaba a pasar la noche en casa de una amiga del colegio que vivía cerca del trabajo. Decidieron creerse mi coartada. Durante toda la semana contaba las horas que quedaban hasta el viernes por la noche, cuando podía salir pronto del trabajo e ir a Niagara Falls.

Cuando el bar cerraba, caminábamos por la calle, bastante bebi-das, cada una cogida a un brazo de Jacqueline. Ella levantaba la cabeza al cielo y decía: «Gracias, Dios, por estas dos butches tan guapas». Al y yo nos inclinábamos hacia delante, nos guiñábamos un ojo y nos reíamos por la alegría compartida de ser quienes éramos y de estar juntas.

Los fines de semana me dejaban dormir en su sofá viejo y mullido. Jacqueline hacía huevos a las cuatro de la mañana mientras Al me aleccionaba. La lección siempre era la misma: tenía que endu-

recerme. Al nunca decía exactamente a qué se refería. Nunca se hablaba de ello en voz alta, pero yo tenía la sensación de que era horrible. Sabía que estaba preocupada por mi supervivencia. Yo me preguntaba si estaba preparada. La respuesta de Al era que no.

Aquello no era nada alentador, pero sabía que la urgencia de Al por prepararme para una vida difícil era lo que le daba a sus lecciones un filo cortante. Nunca quiso herirme. Alimentó mi fuerza de butch lo mejor que supo. Y, como me recordaba con frecuencia, nadie había hecho eso por ella cuando era joven, y aun así había sobrevivido. Aquello era extrañamente tranquilizador. Tenía a Butch Al como mentora.

Al y Jackie me arreglaron. Literalmente. Jacqueline me cortó el pelo en su cocina. Me llevaron a una tienda de segunda mano para que eligiera mi primera americana de *sport* y mi primera corbata. Al rebuscó en los percheros y fue sacando las chaquetas, una detrás de otra. Me las probé todas. Jackie ladeaba la cabeza, luego la movía de un lado a otro. Finalmente, me alisó las solapas y asintió con aprobación. Al dio un silbido de aprecio. Si hubiese muerto en ese momento, habría ido al cielo de las butches.

Después vino la corbata. Al la eligió por mí. Una corbata negra y estrecha de seda.

—No puedes equivocarte con una corbata negra —me dijo con solemnidad. Por supuesto, tenía razón.

Todo aquello era muy divertido. Pero el tema del sexo me presionaba por dentro y por fuera, y Al lo sabía. Una noche puso una caja de cartón encima de la mesa de la cocina y me dijo que la abriera. Dentro había un dildo de goma con un arnés. Me quedé en *shock*.

—¿Sabes lo que es esto? —me preguntó.

—Claro —dije.

—¿Sabes lo que se hace con él?

—Claro —mentí.

Jackie sacudió los platos.

—Al, por el amor de dios, dale un respiro, ¿vale?

—Una butch tiene que saber estas cosas —insistió Al.

Jackie tiró el estropajo y salió de la cocina exasperada. Aquella fue nuestra charla padre-hijo en versión butch. Al hablaba y yo escuchaba.

—¿Lo entiendes? —me presionó.

—Claro —dije—. Claro.

Cuando Jackie volvió a la cocina, Al estaba satisfecha de los conocimientos que había impartido.

—Una cosa más, peque —añadió Al—. No seas como esas camioneras que lo meten y se ponen a taladrar. Ten un poco de decoro, ¿sabes a lo que me refiero?

—Claro —dije. No tenía ni idea.

Salió de la habitación para darse una ducha antes de irse a la cama. Jacqueline tardó lo suficiente en secar los platos como para que dejara de estar colorada y me dejasen de latir las sienas. Se sentó en una silla cerca de mí.

—¿Has entendido lo que te ha dicho Al, cariño?

—Claro —dije, y juré no repetir aquello más veces.

—¿Hay algo que no entiendas?

—Bueno —dije lentamente—, suena a que requiere un poco de práctica, pero he pillado la idea. Quiero decir que todo eso de meter, sacar y taladrar suena, bueno, a que hay que practicar para hacerlo bien.

Jacqueline me miró confundida. Después se echó a reír hasta que le corrieron lágrimas por las mejillas.

—Cariño... —empezó, pero se estaba riendo demasiado como para continuar—. Cariño. No se aprende a follar leyendo *Popular Mechanics*¹⁵. Eso no es lo que hace que una butch sea una buena amante.

¡Eso era exactamente lo que necesitaba saber!

15. Revista estadounidense dedicada a la ciencia y la tecnología.

—Bueno, ¿qué es lo que hace que una butch sea una buena amante? —pregunté, intentando que mi voz sonase como si la respuesta no me importase tanto.

Su gesto se suavizó.

—Es bastante difícil de explicar. Supongo que ser una buena amante significa respetar a la femme. Escuchar su cuerpo. E incluso si el sexo se pone un poco duro, o lo que sea, que ella también lo quiera, y que, a pesar de ello, sigas siendo amable. ¿Tiene sentido?

No lo tenía. Quería muchos más datos. Sin embargo, acabó siendo la información que necesitaba. Seguí pensando en ello el resto de mi vida.

Jacqueline cogió la polla de goma de mis manos. ¿La había estado agarrando todo este tiempo? La colocó con cuidado sobre mi muslo. La temperatura de mi cuerpo subió. Empezó a tocarla suavemente, como si fuese algo realmente bonito.

—¿Sabes? Con esto puedes hacer que una mujer se sienta realmente bien. Probablemente mejor de lo que nunca se haya sentido. —Dejó de acariciar el dildo—. Pero también puedes hierirla y recordarle todas las veces que le han hecho daño antes. Tienes que pensar en ello cada vez que te lo colocas. Entonces serás una buena amante.

Me quedé quieta, esperando que hubiese más. Pero no lo hubo. Jackie se levantó y empezó a dar vueltas por la cocina. Me fui a la cama. Intenté memorizar cada palabra antes de quedarme dormida.



Cuando Monique empezó a tontear conmigo, todo el bar estaba mirando. Me daba un miedo de muerte. Jacqueline había dicho una vez que Monique usaba el sexo como arma. ¿De verdad le gustaba yo? Las butches decían que sí, así que debía de ser cierto. De alguna manera, todo el mundo supo enseguida que iba a perder mi virginidad como butch con Monique.

El viernes por la noche, las butches me dieron palmadas en los hombros y en la espalda, me ajustaron la corbata y me mandaron a su mesa. Cuando Monique y yo nos fuimos juntas, me di cuenta de que ninguna de las otras femmes me había animado. ¿Por qué Jacqueline no me miraba? Se limitaba a dar golpecitos en el vaso de whisky con largas uñas pintadas y a mirarlo como si no hubiese nada más en la sala. ¿Estaba percibiendo la inminente tragedia antes que yo?

La noche siguiente llegué tarde al bar, confiando en que Monique y su grupo no estuviesen allí esperando. Sí que estaban. Me escaullí hasta nuestra mesa y me senté. Nadie sabía exactamente lo que había sucedido la noche anterior. Pero todos intuían que algo había ido muy mal.

Me senté ahogada en mi propia vergüenza, recordando nuestra cita. Cuando llegué a casa de Monique estaba aterrorizada. Lo que pasó es que en realidad no sabía lo que era el sexo. ¿Cómo y cuándo comenzaba? ¿Qué se supone que debía hacer? Y Monique me acojonaba. De repente cambié de idea. No quería seguir con aquello. Me puse a parlotear histérica. Monique sonrió burlonamente. Cuando me cambié del sofá a una silla, ella me siguió.

—¿Qué pasa? —se burló de mí—. ¿No te gusto, cariño? ¿Qué pasa, dime?

Seguí parlotando hasta que Monique se puso de pie exasperada.

—¡Sal de aquí de una puta vez! —sonaba asqueada de mí.

Murmuré unas cuantas excusas bastante aliviada y salí corriendo de la casa.

Pero al volver al bar no había manera de evitar las consecuencias. Me senté en una mesa delante de la de Monique y me pasé la mano por la frente, como si con eso pudiese hacer desaparecer el recuerdo. Me preguntaba cuánto podía durar aquella puta noche. Mucho tiempo. Mucho mucho tiempo.

Monique le susurró algo a una butch que estaba sentada junto a ella. La butch cruzó la sala y se acercó hasta nuestra mesa.

—Ey —me llamó. Yo no levanté la cabeza—. Ey, femme, ¿quieres bailar con una butch de verdad?

Me removí en el asiento. Al le susurró algo a la butch que no pude oír.

—Oh, lo siento, Al, no sabía que era tu femme.

Al se puso de pie y golpeó a la butch antes de que ninguna de nosotras supiese lo que estaba pasando. Después me miró a mí expectante.

—¿Y bien? —dijo. Estaba sosteniendo a la butch, que se había doblado del dolor.

Al quería que golpease a la mujer para defender mi honor. No se me ocurría nadie en aquella sala a quien quisiera pegar, excepto quizá a mí misma. No tenía honor que defender.

Las butches que estaban con Monique se pusieron de pie, preparadas para cruzar la sala. Al y las otras butches de nuestro grupo se alinearon frente a la mesa para defenderme. Jacqueline me puso la mano en el muslo y me tranquilizó diciéndome que no tenía por qué pelear. No era necesario. Mona se colocó detrás de mí y me puso las manos sobre los hombros. Las femmes también estaban cerrando filas conmigo. Me senté con la cara entre las manos, moviendo la cabeza, deseando que todo terminara. Pero no lo hizo.

Finalmente, el grupo de Monique se rajó. Pero no podíamos salir del bar hasta que lo hiciesen ellas, si lo hacíamos saltarían sobre nosotras. Iba a ser una noche larga.

Al estaba furiosa conmigo.

—¿Vas a dejar que esa camionera te hable así? —Golpeó la mesa para darle énfasis.

—Cállate, Al —soltó Jacqueline. Me sorprendió tanto que levanté la cabeza para mirarla. Estaba observando fijamente a Al con el ceño fruncido—. Déjala en paz, ¿vale?

Al dejó de gritarme, pero me dio la espalda y se puso a mirar a la parejas bailar. Su lenguaje corporal decía que todavía estaba bastan-

te cabreada conmigo. Jacqueline siguió dando golpecitos con sus uñas en el vaso de whisky, como la noche anterior. Tardé mucho tiempo en aprender el código morse de las femmes.

Pasado un rato, empezó a disminuir la cantidad de gente que había en el bar. Entró Yvette. Jacqueline la miró con evidente preocupación.

—¿Qué pasa? —pregunté, despertando de mi autocompasión.

Jackie estudió mi cara.

—Dímelo tú —dijo.

Miré a Yvette. Como Jacqueline, había hecho la calle desde adolescente. Al había conseguido que Jackie lo dejase. Podía mantenerlas a las dos con el dinero que ganaba en la fábrica de coches, que tenía buenas condiciones y un buen sindicato.

Yvette no tenía una butch que trabajase en la fábrica. No tenía a nadie salvo a las otras chicas que hacían la calle con ella.

—Parece que ha tenido una noche dura —dije.

Jacqueline asintió.

—Estas calles son muy crueles. Nos hacen daño de verdad ahí fuera.

Me sorprendió la intimidad que sugería esa información. Después pareció cambiar de tema.

—¿Qué crees que quiere ahora? —me preguntó Jacqueline.

—Que la dejen en paz —dije, pensando en mis propias necesidades.

Ella sonrió.

—Sí, quiere que la dejen en paz. No quiere que una sola persona en este puto mundo le pida nada esta noche. Pero seguramente le iría bien algo de consuelo, ¿sabes a qué me refiero? —Quizá sí lo sabía—. Es posible que le gustase mucho que una butch como tú se acercase y le pidiese bailar, ¿no? Sin hacerle daño.

Pensé que quizá podría hacerlo. Cualquier cosa con tal de sacarme la espina de mi propia vergüenza. Jacqueline me tiró de la manga.

—Sé amable, ¿vale?

Asentí y caminé despacio a través de la sala hasta llegar a Yvette. Tenía el mentón apoyado en la mano. Me aclaré la garganta. Me miró cansada y dio un sorbo a su bebida.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

—Eh..., he pensado que... ¿Quieres bailar conmigo?

Ella negó con la cabeza.

—Quizá más tarde, cariño. ¿Vale?

Puede que fuese la forma en que me quedé allí parada. No había manera de volver a cruzar la sala delante del grupo de Monique o del mío sin haber bailado. No había pensado en aquello. ¿Lo había hecho Jackie? Puede que los ojos de Jacqueline se cruzasen con los de Yvette de un lado a otro de la sala, porque finalmente Yvette dijo «bueno, por qué no» y se levantó para bailar conmigo.

La esperé en medio de la pista de baile. La voz de Roy Orbison era suave y soñadora. Me quedé quieta, con su mano en la mía, hasta que se relajó y se acercó a mí. Después de un rato bailando me dijo «puedes respirar, ¿sabes?». Nos reímos mucho, las dos a la vez.

Entonces sentí que su cuerpo se acercaba al mío y nos fundíamos en uno. Descubrí todas las dulces sorpresas que una femme puede darle a una butch: su mano en mi nuca, abierta sobre mi hombro o cerrada en un puño. La sensación de su abdomen y sus muslos contra los míos. Sus labios que casi rozaban mi oreja.

La música paró y empezamos a separarnos. Sujeté su mano suavemente.

—¿Por favor? —pregunté.

—Cariño —se rio—, has dicho las palabras mágicas.

Bailamos varias canciones lentas seguidas. Nuestros cuerpos se movían sin esfuerzo en los giros del baile. El más leve cambio en la presión de mi mano sobre su espalda cambiaba el movimiento de su cuerpo. En ningún momento presioné su pelvis con mi muslo. Sabía que allí era donde le habían hecho daño. A pesar de ser toda-

vía una joven butch, ese era el sitio que yo también protegía de mi propio cuerpo. Yo sentía su dolor y ella sentía el mío. Yo sentía su deseo y ella despertaba el mío.

Finalmente la música se detuvo y la dejé ir. La besé en la mejilla y le di las gracias. Crucé la pista de baile hacia mi mesa. Algo en mí había cambiado para siempre.

Jacqueline me dio una palmadita en el muslo y me lanzó una sonrisa dulce. Las otras femmes —chicos y chicas— me miraban de forma diferente. A medida que el mundo nos iba destrozando, las femmes trataban de alimentar y proteger nuestra ternura por todos los medios. Lo que habían visto era mi capacidad de ser tierna.

Ahora, las otras butches percibían mi sexualidad, me veían como una competidora. Incluso Al me miraba diferente.

A pesar de lo doloroso que había sido todo ese ritual, no era más que un rito de paso. No se me subió a la cabeza. Me enseñó que la humildad era justo la emoción correcta cuando se busca despertar la pasión de una mujer.

Fuerte con mis enemigos, amable con los que amaba y respetaba. Eso es lo que quería ser. Pronto tendría que poner a prueba esas cualidades. Pero, por el momento, estaba contenta.



El viernes siguiente el bar estaba hasta arriba. Todas nos reíamos y bailábamos. Yo miraba a Yvette de reojo. Jacqueline debió de darse cuenta, porque me explicó que el chulo de Yvette nunca la iba a dejar tener una butch estable. El estómago se me encogió de rabia. Aun así seguí pendiente de ella. Después de todo, un chulo no puede saber todo lo que ocurre, ¿no?

Cuando se encendió la luz roja, me fui al baño de mujeres y me coloqué en mi sitio junto al retrete. Pasó mucho tiempo. Escuché golpes y varios gritos. Después silencio.

Me asomé fuera. Todas las stone butches y las drags estaban alineadas contra la pared, con las muñecas esposadas a la espalda. Los maderos estaban maltratando y golpeando a algunas de las femmes que sabían que eran prostitutas, las habían separado del resto. Salir de la cárcel esa noche les iba a costar al menos una mamada.

Un policía me vio y me agarró del cuello. Me esposó y me empujó al otro lado de la sala. Busqué a Al, pero ya estaban empezando a llevarse a la gente a las lecheras que había fuera.

Jacqueline corrió hacia mí.

—Cuidad las unas de las otras —dijo—. Ten cuidado, cariño —añadió.

Asentí. Las muñecas esposadas a la espalda me dolían mucho. Estaba asustada. Intentaría tener mucho cuidado. Esperaba que Al y yo pudiésemos cuidar la una de la otra.

Cuando me cogieron, el furgón de las butches ya estaba lleno. Monté en otro con Mona y las demás drags. Me alegré. Mona me dio un beso en la mejilla y me dijo que no tuviese miedo. Que no me iba a pasar nada. Pero si aquello era verdad, no entendía por qué las drags parecían tan asustadas como yo.

En la comisaría vi a Yvette y a Monique, a las que habían arrestado en una redada callejera. Yvette me lanzó una sonrisa y yo le guiñé un ojo. Un policía me empujó por la espalda para que avanzase hacia las entrañas de la comisaría. Me metían en la boca del lobo. Estaban sacando a Al de la celda cuando me metieron a mí. La llamé por su nombre. No pareció oírme.

Los policías me encerraron. Al menos tenía las muñecas libres. Me fumé un cigarrillo. ¿Qué iba a pasar ahora? A través de los barrotes de la ventana pude ver cómo fichaban a algunas de las butches. A Al la habían llevado en dirección contraria.

Las drags estaban en una celda enorme cerca de la nuestra. Mona y yo nos sonreímos. En ese momento, tres policías le ordenaron salir de la celda. Su cuerpo se echó para atrás ligeramente. Tenía los

ojos llenos de lágrimas. Después caminó hacia ellos, era mejor eso que provocar que te arrastrasen por la fuerza.

Pasó el tiempo. ¿Qué le estarían haciendo?

Una hora después, los policías trajeron a Mona. Se me rompió el corazón cuando la vi. Dos policías la llevaban a rastras, apenas podía mantenerse de pie. Tenía el pelo húmedo y pegado a la cara. Se le había corrido el maquillaje. Había sangre cayéndose por la parte de atrás de las medias. La tiraron en la celda contigua a la mía. Se quedó en el mismo sitio en el que cayó. Me faltaba el aire. Le hablé en susurros.

—Cariño, ¿quieres un cigarrillo? ¿Quieres fumar? Ven aquí, a mi lado.

Parecía aturdida, reacia a moverse. Finalmente se deslizó por los barrotes hasta llegar junto a mí. Mientras fumaba, pasé el brazo entre los barrotes y le toqué el pelo suavemente, después le puse la mano en el hombro. Le hablé en voz baja. Durante mucho rato no pareció oírme. Finalmente, apoyó la frente en los barrotes y la rodeé con los brazos.

—Estas cosas te cambian —dijo—. Lo que te hacen aquí dentro, la mierda que tragas todos los días en las calles, esto te cambia, ¿sabes?—. Yo escuchaba. Sonrió—. No recuerdo si alguna vez fui tan dulce como tú cuando tenía tu edad. —Su sonrisa se desvaneció—. No quiero verte cambiar. No quiero verte después de que te hayas endurecido.

De alguna manera lo entendí. Pero estaba muy preocupada por Al y no sabía lo que iba a pasarme. Aquello sonaba a discusión filosófica. No sabía siquiera si iba a llegar a tener la edad suficiente como para que la experiencia me cambiase. Simplemente quería salir viva de aquella noche. Quería saber dónde estaba Al.

Los policías le dijeron a Mona que estaba en libertad bajo fianza.

—Debo de tener una pinta horrible —dijo.

—Estás preciosa —le dije, y lo pensaba de verdad. La miré a la cara unos últimos instantes, preguntándome si los hombres a los que se entregaba la amaban tanto como yo.

—Eres una butch muy dulce —dijo Mona antes de salir. Aquello me hizo sentir bien.

Los policías metieron a Al a rastras dentro de la celda justo después de que Mona saliese. Estaba en muy mal estado. Tenía la camisa parcialmente abierta y la cremallera del pantalón bajada. Le habían quitado el binder¹⁶, dejando sus grandes pechos libres. Tenía el pelo mojado. Le salía sangre de la boca y la nariz. Parecía aturdida, como Mona.

La metieron a empujones en la celda. Después se acercaron a mí. Retrocedí hasta darme contra los barrotes. Se quedaron quietos y sonrieron. Uno de los policías se tocó la entrepierna. El otro me metió las manos en las axilas, me levantó un par de centímetros del suelo y me golpeó contra las barras. Presionó con fuerza sus pulgares contra mis pechos y me metió la rodilla entre las piernas.

—Dentro de poco serás así de alta, lo suficiente para que te lleguen los pies al suelo. Entonces nos ocuparemos de ti, como hemos hecho con tu amiguita Allison —se burló de mí. Después se marcharon.

Allison.

Cogí el paquete de cigarrillos y el Zippo y me acerqué al lugar donde se había desplomado Al. Me temblaba todo el cuerpo.

—Al —dije, acercándole el paquete. No me miró. Le puse la mano en el hombro. Me la apartó. Tenía la cabeza baja. Solo podía ver la amplitud de su ancha espalda, la curva de sus hombros. La toqué sin pensármelo dos veces. Me dejó hacerlo.

Fumaba con una mano mientras tenía la otra sobre su espalda. Empezó a temblar. La rodeé con los brazos. Su cuerpo se relajó con el contacto. Estaba hecha polvo. Por unos momentos, el padre

16. Prenda interior cuya función es comprimir los pechos para disimular su apariencia.

se había convertido en el hijo. Me sentí fuerte. Al podía encontrar consuelo en mis brazos.

—Oye, mira eso —le gritó uno de los policías a otro—. Allison ha encontrado una pequeña butch. Parecen dos maricones. —Los policías se echaron a reír.

La abracé con más fuerza para protegerla, como si pudiese mantenerla a salvo de las burlas y resguardarla entre mis brazos. Siempre me había asombrado su fuerza. Ahora sentía los músculos de su espalda, sus hombros y sus brazos. Sentía la fuerza de una butch como ella, incluso cuando se desplomó cansada sobre mí.

Los policías nos informaron de que Jacqueline había pagado nuestras fianzas.

—Volverás. Recuerda lo que le hemos hecho a tu amiga —fueron las últimas palabras que les oí decir.

¿Qué le habían hecho? Las preguntas volvían de nuevo. Jacqueline nos miraba preguntándonos lo mismo. No tenía respuestas. Al no dijo nada. En el coche, Jacqueline sujetaba a Al de una manera que parecía que era ella la que estaba consolando a Jacqueline. Yo me senté en silencio en el asiento delantero, también necesitada de consuelo. No conocía al hombre gay que conducía.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Claro —dije sin pensar.

Nos dejó en casa de Al y Jackie. Al se comió unos huevos con gesto de asco. No habló. Jacqueline miraba nerviosa a Al, después a mí y luego de nuevo a Al. Comí y fregué los platos. Al fue al baño.

—Va a estar allí un buen rato —dijo Jacqueline.

¿Cómo lo sabía? ¿Había pasado esto muchas veces antes? Sequé los platos. Jacqueline volvió su atención hacia mí.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, estoy bien —mentí.

Se acercó a mí.

—¿Te han hecho daño, cariño?

—No —mentí. Estaba construyendo un muro de ladrillos en mi interior. El muro no me protegía, y aun así veía cómo mis manos colocaban los ladrillos como si no fueran mías. Le di la espalda, tenía algo importante que preguntarle—. Jacqueline, ¿soy lo suficientemente fuerte?

Se acercó más a mí y me giró sujetándome por el hombro. Puso mi cara contra su mejilla.

—¿Quién lo es, cariño? —susurró—. Nadie es suficientemente fuerte. Simplemente pasas por todo esto lo mejor que puedes. Las butches como tú y Al no tenéis otra opción. Os va a suceder. Simplemente intentas sobrevivir a ello.

Ardía en deseos de hacerle otra pregunta.

—Al quiere que me endurezca. Tú y Mona siempre me decís que sea suave y dulce. ¿Cómo puedo ser las dos cosas a la vez?

Jacqueline me acarició la mejilla.

—En realidad Al tiene razón. Supongo que es egoísta por nuestra parte. Queremos que seáis lo suficientemente fuertes para sobrevivir a toda la mierda que vais a encontraros. Nos encanta lo fuertes que sois. Pero a las butches también les destrozan el corazón. Y supongo que a veces deseamos protegéroslo y que sigáis siendo dulces con nosotras, ¿entiendes?

No. No lo entendía.

—¿Al es cariñosa?

La cara de Jacqueline se tensó. La preguntaba amenazaba con revelar algo que podía perforar la armadura de Butch Al. Jacqueline vio que yo necesitaba realmente aquella respuesta.

—Le han hecho daño de verdad. Le cuesta decir lo que siente. Pero sí, no creo que pudiese estar con ella si no fuese cariñosa conmigo.

Oímos cómo Al abría la puerta del baño. Jacqueline me miró pidiendo disculpas. Le dije que lo entendía. Salió de la cocina. Estaba sola. Tenía mucho en lo que pensar.

Me tumbé en el sofá. Después de un rato, Jacqueline me trajo ropa de cama. Se sentó junto a mí y me acarició la cara. Me sentí bien. Me miró durante un buen rato con expresión triste. No sé por qué pero aquello me asustó. Supongo que pensé que podía ver lo que estaba por llegar antes que yo.

—¿Estás bien de verdad, cariño? —preguntó.

—Sí —sonreí.

—¿Necesitas algo?

Sí. Necesitaba una femme que me quisiera como ella quería a Al. Necesitaba que Al me dijese exactamente lo que me iban a hacer la próxima vez y cómo sobrevivir a ello. Y necesitaba el pecho de Jacqueline. Casi tan pronto como ese pensamiento me cruzó la cabeza, colocó mi mano en su pecho. Giró la cabeza en dirección a la habitación como si estuviese escuchando a Al.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó una última vez.

—Sí, estoy bien —dije.

Su rostro se suavizó. Me tocó la mejilla y me apartó la mano del pecho.

—Eres una butch de verdad —dijo, moviendo la cabeza. Me sentí orgullosa cuando escuché aquello.

Por la mañana, me levanté temprano y salí en silencio.

Butch Al y Jacqueline no volvieron al bar después de aquello. Su teléfono estaba desconectado. Oí algunas historias sobre lo que le había pasado a Al. Decidí no creerme ninguna.

Pasó el verano. Llegó el momento de empezar mi primer año de secundaria. Cuando el verano se convirtió en otoño dejé de ir a Niagara Falls los fines de semana. Justo antes de Navidad volví al Tifka a ver al antiguo grupo. Yvette no estaba. Oí que había muerto sola en un callejón, con la garganta rajada de oreja a oreja. Mona tuvo una sobredosis, a propósito. Nadie había visto a Al. Jackie estaba haciendo la calle de nuevo.

Caminé contra un viento cortante de bar en bar por todo el distrito de Tenderloin. Escuché su risa antes de verla. Jacqueline estaba en la sombra de un callejón, bromeando con otras chicas que también estaban trabajando. Me vio.

Vino hacia mí rápidamente, sonriendo. Vi el brillo de la heroína en sus ojos. Estaba delgada, muy delgada. Me miró. Me abrió el cuello del abrigo para ajustarme la corbata. Después volvió a subírmelo para protegerme del frío. Me quedé frente a ella con las manos hundidas en los bolsillos. Me sentía igual que la noche que bailé con Yvette.

Nos estábamos haciendo un montón de preguntas con la mirada y respondiéndolas de la misma forma. Todo pasó muy deprisa. Vi que le empezaban a caer lágrimas y se giró para irse.

Cuando conseguí tener un hilo de voz para hablar, Jacqueline había desaparecido.

4

La nota cruzó mi mesa y se deslizó hasta el suelo. Miré a la señora Rotondo mientras me inclinaba para recogerla. Por suerte no parecía que se hubiese dado cuenta.

PELIGRO!! Mis padres quieren saber por qué los tuyos llaman a casa buscándote. No te puedo cubrir más. POR FAVOR, PERDÓNAME!! Amor eterno, tu amiga para siempre, Barbara.

Miré hacia arriba y me encontré con los ojos de Barbara. Se retorció las manos e hizo un gesto pidiendo perdón. Sonreí y asentí. Hice el gesto de fumar un cigarrillo. Barbara asintió y sonrió. Me hacía sentir bien por dentro. Barbara, la chica con la que me había sentado en clase durante dos años. Barbara, la chica que me había dicho que si fuera un chico estaría enamorada de mí.

Nos encontramos en el baño de chicas. Dos chavalas de nuestro curso que estaban fumando ya habían abierto la ventana.

—¿Dónde has estado últimamente? —quiso saber Barbara.

—Trabajando a saco. Tengo que salir de casa de mis padres o voy a morirme allí. Se comportan como si me odiasen. —Le di una

calada profunda al cigarrillo—. Creo que desearían que no hubiese nacido.

Barbara parecía asustada.

—No digas eso —me dijo. Después miró a su alrededor como si alguien pudiese oírnos. Dio una calada profunda, retuvo el humo en la boca y lo dejó salir mientras lo inhalaba por la nariz—. ¿A que mola mucho? Se llama rizo francés. Me lo enseñó Kevin.

—Mierda —siseó alguien.

—Muy bien, señoritas, ¡en fila! —Era la señora Antoinette, el azote de las chicas adictas a la nicotina.

Ordenó que nos pusiéramos en fila para oler nos el aliento. Como no me había visto, me arriesgué y salí por la puerta. El pasillo estaba desierto. En unos minutos, iba a sonar un timbre enloquecedor y se iba a llenar de chavales con las carpetas cogidas delante del pecho como si fueran escudos en una batalla.

Supongo que el verano me había cambiado. De otra manera, nunca me habría librado de la losa de la costumbre y no habría salido del edificio durante las horas de clase. Quería correr por la pista todo lo rápido que pudiese, para sudar esa sensación pegajosa de encarcelamiento. Pero los chicos estaban entrenando fútbol americano en medio del campo y un grupo de chicas ensayaba números de animadoras. Así que subí a las gradas y caminé hasta el final.

Un halcón de cola roja pasó volando por encima de los árboles, una imagen poco habitual en la ciudad. No había ningún sitio al que ir, no había nada que hacer. Fuese a pasar lo que fuese a pasar en mi vida, tenía prisa por que llegara. Deseé poder jugar de quarterback en el equipo. Podía imaginar el peso de la equipación y el uniforme encima del pecho. Me apreté los senos con las manos.

Me di cuenta de que cinco de las ocho chicas que ensayaban para ser animadoras eran rubias. No sabía que había tantas chicas rubias en el colegio. Casi la mitad de los alumnos eran blancos, judíos y de clase media. La otra mitad eran afroamericanos y de clase traba-

jadora. Mi familia era judía y de clase trabajadora. Me sentía en un solitario abismo social. Los pocos amigos que tenía en el colegio procedían de familias que tenían que luchar para llegar a fin de mes.

Vi que las animadoras se iban del campo. Miraron por encima del hombro para ver si los chicos se daban cuenta.

El entrenamiento de fútbol americano acabó. Algunos de los chicos blancos se quedaron en el campo. Uno de ellos, Bobby, me hizo un gesto con la cabeza. Me levanté para irme.

—¿A dónde vas, Jess? —se burló, caminando hacia mí. Algunos de los chicos le siguieron.

Empecé a andar más deprisa por las gradas.

—¿A dónde va Jessi la camionera?

Me siguieron mientras yo intentaba huir. Indicó a uno de los chicos que subiese a las gradas por delante de mí. Venían directamente hacia donde yo estaba. Salté de las gradas y corrí al campo. Bobby se tiró a por mí, me golpeé fuerte contra el suelo. Todo sucedió muy deprisa. No pude pararle.

—¿Qué pasa, Jess? ¿No te caemos bien? —Bobby tenía la mano debajo de mi vestido, entre las piernas. Empujé y di golpes, pero él y los otros chicos me tenían sujeta—. He visto que nos mirabas. Vamos, sé que esto te gusta, ¿verdad, Jessi?

Mordí la mano que tenía más cerca de la boca.

—¡Ah, mierda, joder! —gritó el chico, y me golpeó la cara con el dorso de la mano. Pude notar el sabor de la sangre. Las expresiones de sus caras me asustaron. Ya no eran niños.

Golpeé el pecho de Bobby todo lo fuerte que pude. Debí de darle en las protecciones, porque me levanté la piel de los nudillos y Bobby simplemente se rio. Presionó la frente contra mi garganta. Uno de los chicos me pisó el tobillo con los tacos. Luché y los insulté. Ellos se reían como si todo aquello fuese un juego.

Bobby se desabrochó el uniforme y me metió el pene en la vagina. El dolor me subió por la tripa, paralizándome de terror. Sentí

como si algo me rasgase por dentro. Conté a los agresores. Eran seis.

Con el que estaba más enfadada era con Bill Turley. Todo el mundo sabía que se había metido en el equipo porque los chavales se burlaban de él llamándole marica. Arañó la hierba con los tacos y esperó su turno.

Parte de la pesadilla tenía que ver con que todo parecía muy real. No podía pararlo, no podía huir, así que fingí que no estaba pasando. Miré al cielo, a lo claro y tranquilo que estaba. Imaginé que era el océano y que las nubes eran olas cubiertas de espuma blanca.

Había otro chico resoplando encima de mí. Lo reconocí: Jeffrey Darling, un acosador y un chulo de mierda. Jeffrey me agarró del pelo y tiró tan fuerte que gemí. Quería que prestase atención a la violación. Me folló más fuerte.

—Eres una puta y una guarra, rata judía, una camionera de mierda—. Enumeraron todos mis crímenes. Me declararon culpable de los cargos.

¿Es así como tienen sexo los hombres y las mujeres? Sabía que eso no era hacer el amor, era más como hacer el odio. Pero ¿este movimiento mecánico era del que hablaban todos los chistes, las revistas guarras y los comentarios por lo bajo? ¿Era esto?

Me reí, no porque lo que estaba pasando fuese divertido, sino porque todo ese lío con el sexo de pronto me pareció ridículo. Jeffrey sacó la polla y me abofeteó ambos lados de la cara.

—No es divertido —gritó—. No es divertido, puta loca.

Oí el sonido de un silbato.

—Mierda, el entrenador —avisó Frank Humphrey a los otros tíos. Jeffrey dio un salto y se subió los pantalones. Todos los chicos se dispersaron hacia el gimnasio.

Estaba sola en el campo. El entrenador permaneció a cierta distancia, mirándome. Me tambaleé mientras intentaba levantarme. Tenía manchas de hierba en la falda y por las piernas me bajaba una sustancia babosa mezclada con sangre.

—Vete de aquí, putita —ordenó el entrenador Moriarty.

Tuve que recorrer andando toda la distancia hasta mi casa, el abono del autobús no era válido a esas horas. No sentía que aquella vida que estaba viviendo fuese la mía. Parecía una película. Un Chevy del 57 lleno de chicos redujo la velocidad.

—Nos vemos mañana, camionera —oí que gritaba Bobby mientras pasaban junto a mí.

¿Ahora era de su propiedad? Si no había sido lo suficientemente fuerte para pararlos una vez, ¿podría defenderme en otra ocasión?

Corrí al baño tan pronto como llegué a casa y vomité en el retrete. Mi entrepierna parecía carne picada, los dolores punzantes me asustaron. Me di baño de burbujas muy largo. Le pedí a mi hermana que le dijese a mis padres que estaba enferma y que me iba a la cama. Cuando me desperté era la hora de ir al colegio. Pero no podía, ¡no estaba preparada!

—¡Ya! —mi madre me ordenó que saliese de la cama. Me dolía todo el cuerpo. Intentaba no pensar en el dolor que sentía en la entrepierna. Mis padres parecieron no darse cuenta de que tenía el labio partido ni de que cojeaba un poco. Me movía despacio. No podía pensar con claridad. —¡Date prisa! —me regañó mi madre—. Vas a llegar tarde al colegio.

Perdí el autobús a propósito para poder ir andando. Si llegaba tarde no tendría que enfrentarme a la gente antes de que sonase la campana. Me olvidé de todo a medida que caminaba. El viento soplaba entre los árboles. Los perros ladraban y los pájaros cantaban. Caminaba despacio, como si no fuese a ningún sitio en concreto.

De repente, el edificio del colegio se cernió sobre mí como un castillo medieval, y todos los recuerdos aparecieron de nuevo con una rapidez enfermiza. ¿Lo sabría la gente? La forma en que murmuraban cuando crucé el pasillo en el primer recreo me hizo pensar que sí. Pensaba que estaba paranoica hasta que una de las chicas me llamó:

—Jess, Bobby y Jeffrey te están buscando. —Todos se rieron. Me sentí culpable.

Entré en la clase de Historia justo cuando sonaba la campana. La señora Duncan pronunció las temidas palabras:

—Clase, arrancad media hoja de papel y numerad de uno a diez. Es un examen. Pregunta número uno: ¿en qué año se firmó la Constitución?

Intenté recordar si alguna vez nos había dicho qué coño era la puta Constitución. Diez datos flotando en el vacío. Mordisqueé el lápiz y me quedé mirando la hoja que tenía delante de mí. Levanté la mano y pedí ir al baño.

—Puede ir cuando acabe el examen, señorita Goldberg.

—Por favor, señora Duncan, es una emergencia.

—Sí —dijo Kevin Manley—, tiene que ir a buscar a Bobby.

Escuché las carcajadas detrás de mí cuando salí corriendo del aula. Corrí por los pasillos intentando encontrar a alguien que pudiese ayudarme. Tenía que hablar con quien fuese. Subí corriendo a la cafetería, buscaba a mi amiga Karla de la clase de gimnasia. Cuando sonó la campana vi a Karla entre la gente que entraba y salía por la puerta doble.

—Karla —grité—. Tengo que hablar contigo.

—¿Qué pasa?

—Tengo que hablar contigo. —Nos pusimos en la fila del almuerzo.

—¿Qué ponen hoy? —me preguntó Karla—. ¿Puedes verlo?

—Mierda con arroz y basura podrida con patatas.

—¡Bien! Lo mismo que ayer.

—Y que antes de ayer. —Me sentí aliviada de poder reírme con ella.

Cogimos las bandejas e hicimos una mueca cuando la cocinera dejó caer un montón de algo indeterminado en cada uno de nuestros platos. Cogimos los cartones de leche y pagamos la comida.

—¿Podemos hablar? —le pregunté.

—Claro —dijo—. ¿Después de comer?

—¿Por qué no ahora?

Karla me miró sin comprender lo que estaba diciendo.

—¿Puedo sentarme contigo? —la presioné.

Seguía mirándome.

—Tía, ¿se te va la olla? —La miré confusa—. Los sitios están separados, ¿o es que no te has dado cuenta?

En el momento en que lo dijo, supe que era verdad. Miré el comedor como si no lo hubiese visto nunca. La cafetería estaba totalmente segregada, justo por el medio.

—¿Lo entiendes, cariño? ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—¿Me puedo sentar contigo de todas maneras?

Karla inclinó la cabeza hacia atrás y me miró con los ojos entrecerrados.

—Es un país libre —dijo mientras se giraba y echaba a andar.

—¡Hola, chica blanca! ¿Eres nueva en el barrio? —bromeó Darnell mientras se movía para dejarme sitio al lado de Karla.

Me reí. No se oía nada más en toda aquella sala enorme. Se podría haber escuchado el sonido de un alfiler cayendo al suelo. Se me encogió el estómago y la comida del plato me pareció todavía más asquerosa.

—Karla. —Me senté junto a ella—. Realmente necesito hablar contigo, ha pasado algo.

—Oh, oh —susurró alguien en la mesa.

La señora Benson venía corriendo hacia nuestra mesa.

—Señorita, ¿qué está haciendo?

Respiré hondo.

—Comer, señora Benson.

En la mesa todo el mundo trató de aguantarse la risa, pero cuando a Darnell se le salió la leche por la nariz, bueno, aquello no se pudo controlar.

—Venga conmigo, jovencita —dijo la señora Benson.

—¿Por qué? —quise saber—. No he hecho nada. —Benson se alejó de nosotros.

—Ha sido fácil —dijo Darnell.

—Demasiado fácil —contestó Karla.

—Karla, de verdad que necesito hablar contigo —le dije.

—Oh, oh —dijo Darryl—, ahí viene Jim Crow¹⁷. —En realidad era Moriarty. El entrenador venía directo hacia mí.

Esperé a que me dijese algo, pero no lo hizo. Me agarró de los brazos, clavándome los dedos en la carne. Prácticamente me arrastró hacia la puerta de la cafetería.

—Putita —susurró.

—Me ocuparé de esto, entrenador —intervino la señorita Moore, la subdirectora. Me pasó el brazo por encima y me sacó al pasillo—. Niña, estás metida en un montón de problemas. ¿Qué narices estabas haciendo?

—Nada, señorita Moore. No he hecho nada. Solo estaba intentando hablar con Karla.

Me sonrió.

—A veces una se mete en problemas sin hacer nada malo.

Todo el pánico y el terror me brotó de los ojos en forma de lágrimas. Tenía muchas ganas de abrirme con la señorita Moore.

—Cariño, no pasa nada —me aseguró. Yo era incapaz de hablar—. ¿Estás bien, Jess? ¿Sucedó algo? —Me miró el labio partido, nadie más se había dado cuenta—. ¿Quieres hablar, Jess?

Quería hablar. Pero mis labios no se movieron.

—Aquí está la otra alborotadora —dijo Moriarty. Tenía agarrada a Karla.

La señorita Moore atrajo a Karla hacia sí.

—Yo me ocupo de esto, entrenador. Vuelva a vigilar el comedor.

17. Leyes que propugnaban la segregación racial. Estuvieron vigentes en el sur de Estados Unidos hasta 1965.

La miró sin disimular el odio. Pude ver lo racista que era.

—Vamos, chicas. —La señorita Moore puso un brazo alrededor de cada una—. Le explicaré al director que no habéis hecho nada.

Karla y yo nos inclinamos hacia delante y nos miramos.

—Lo siento —le dije—. No quería meterte en un lío.

La señorita Moore se detuvo.

—No habéis hecho nada malo. Os habéis topado con una regla no escrita que tiene que cambiarse. Solo quiero que esto no os cause problemas.

Cuando el director, el señor Donatto, me llamó por fin a su despacho, la señorita Moore preguntó si podía pasar conmigo. El director frunció las gruesas cejas.

—Preferiría que no lo hicieras, Suzanne.

El señor Donatto cerró la puerta y me indicó que me sentara. Me sentí sola en un mundo hostil. Se desplomó en la silla y juntó las yemas de los dedos. Miré el retrato de George Washington que había colgado en la pared y me pregunté si llevaba puesto un abrigo de piel de oveja o si es que la pintura estaba sin acabar. El señor Donatto se aclaró la garganta. Supe que estaba listo para empezar.

—Me han dicho que ha causado problemas en el comedor, señorita. ¿Querría explicarme qué ha pasado?

—No he hecho nada —dije, encogiéndome de hombros.

El señor Donatto se echó para atrás en la silla.

—El mundo es un lugar muy complicado. Más complejo de lo que percibís vosotros, los niños. —«Oh, Dios», pensé, «aquí viene la chapa»—. En algunos colegios hay peleas entre los niños de color y los blancos. ¿Lo sabías? —Negué con la cabeza—. Estoy orgulloso de las buenas relaciones interraciales que hay en este colegio. No ha sido fácil desde que cambiaron el distrito escolar. Queremos que las cosas sigan tranquilas ¿entiendes?

—No sé por qué no puedo comer con mis amigas. No nos estamos peleando

—El comedor es así porque los estudiantes están más cómodos de esa forma —dijo apretando la mandíbula.

—Bueno, yo no —me pregunté por qué no podía controlar la boca. El señor Donatto golpeó la mesa con la palma de la mano.

La señorita Moore abrió la puerta.

—¿Puedo ayudar, señor?

—¡Sal y cierra la puerta! —le gritó. Se giró hacia mí y cogió aire—. Quiero que entiendas que queremos tener buenas relaciones entre los estudiantes.

—Entonces, ¿por qué no puedo comer con mis amigas?

El señor Donatto se acercó tanto a mí que pude sentir su aliento en la cara.

— Jovencita, escúchame y escúchame bien. Estoy intentando que las cosas vayan bien en esta escuela y estaré jodido si dejas que una alborotadora como tú deshaga todo el trabajo. ¿Me entiendes? —parpadeé cuando las gotas de saliva me dieron en la cara—. Estás expulsada durante una semana.

¿Una semana? ¿Por qué?

—De todas formas quiero dejarlo —le dije.

Sonrió burlonamente.

—No puedes dejarlo hasta que tengas dieciséis.

—¿Yo no puedo dejarlo pero usted sí puede expulsarme?

—Así es, jovencita. Señorita Moore —gritó el señor Donatto—, esta estudiante ha sido expulsada. Haga que salga del edificio inmediatamente.

La señorita Moore estaba de pie al otro lado de la puerta. Me sonrió y me puso la mano en el hombro.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Claro —dije.

—Se olvidarán pronto de todo esto —me aseguró.

—Déjeme ver a la señora Noble y la señorita Candi, por favor. Después me iré. —Hice un gesto de súplica. La señorita Moore asintió.

Tenía muchas ganas de hablar con ella, pero me sentía como si estuviera metida en un bote a la deriva que se alejaba de todo el mundo. Dije adiós y me fui.

La señora Noble estaba corrigiendo exámenes. Levantó la cabeza cuando entré al aula.

—Lo he oído —dijo, y continuó corrigiendo.

Me senté encima de una mesa frente a ella.

—He venido a despedirme.

La señora Noble levantó la vista y se quitó las gafas.

—¿Vas a dejar el colegio por esto?

Me encogí de hombros.

—Me han expulsado, pero no voy a volver.

—¿Te han expulsado? ¿Por lo que ha pasado en el comedor?

—Se frotó los ojos y volvió a ponerse las gafas.

—¿Cree que he hecho algo malo?

Se recostó en la silla.

—Cuando haces algo por convicción, querida, debería ser porque crees que es lo correcto. Si buscas la aprobación de todo el mundo, nunca harás nada.

Sentí que me estaba criticando.

—No le estoy preguntando a todo el mundo, le estoy preguntando a usted —dije de mal humor.

La señora Noble negó con la cabeza.

—Piénsate lo de volver. Tienes que ir a la universidad.

Me encogí de hombros.

—No voy a acabar el instituto. Voy a entrar en alguna fábrica.

—Necesitas conocimientos, incluso para trabajar en una fábrica.

—De todas formas no me puedo permitir ir a la universidad. — Me encogí de hombros de nuevo—. Mis padres no se van a gastar un centavo en mí y tampoco van a firmar un préstamo.

Se pasó las manos por el pelo. Me fijé por primera vez en lo gris que lo tenía.

—¿Qué quieres hacer con tu vida?—me preguntó.

—Quiero un buen trabajo, con buenas condiciones y un buen sindicato —dije al cabo de un rato—. Me gustaría entrar en la fábrica de acero, o en la de Chevrolet.

—Supongo que no es justo por mi parte querer que desees algo más.

—¿Como qué? —dije, enfadada porque ahora también la estaba decepcionando a ella.

—Puedo imaginarte convertida en una gran poeta, o en una dura líder sindical, o descubriendo la cura contra el cáncer. —Se quitó las gafas y las limpió con un clínex—. Quiero que ayudes a cambiar el mundo.

Me reí. No tenía ni idea de lo impotente que me sentía.

—No puedo cambiar nada —le dije. Pensé en contarle lo que había pasado en el campo de fútbol americano, pero no pude encontrar las palabras para empezar a hablar.

—¿Sabes lo que se necesita para cambiar el mundo, Jess? —Negué con la cabeza—. Tienes que encontrar algo en lo que creas de verdad y después buscar a gente que crea en lo mismo. Lo único que tienes que hacer sola es decidir lo que es importante para ti.

Asentí y me bajé de la mesa.

—Mejor me voy, señora Noble, antes de que manden a alguien para echarme del recinto de la escuela.

Se levantó y me cogió la cara entre las manos. Me besó en la frente. Por alguna razón, eso me hizo pensar en cómo me había sentido en la cárcel con Al y Mona, en esos momentos en que te arrancan de la gente a la que quieres y de la que te sientes cerca de verdad.

—Vuelve a visitarme —dijo la señora Noble.

—Claro —mentí.

Me dirigí al gimnasio a decirle adiós a la señorita Candi. La señorita Johnson me paró en el pasillo.

—¿Dónde está tu pase, jovencita?

—No lo necesito. Estoy expulsada —mi voz sonó alegre.

Solo unas horas antes me había sentido encarcelada entre esas paredes. Ahora que me iba, la escuela parecía más pequeña. Recorrí los pasillos como si fuese una antigua alumna. Podía oír las marchas de John Philip Sousa sonando desafinadas en el auditorio. Había olvidado la asamblea del último trimestre. Supongo que ya no tenía que ir. Cuando sonó el timbre, las puertas se abrieron y los estudiantes inundaron el pasillo. Esperé a que la multitud se diluyera antes de intentar llegar al gimnasio.

No había nadie en el vestuario de chicas cuando llegué. Cogí las zapatillas y los pantalones cortos de la taquilla y me los puse. Comencé a jugar con las cuerdas, subiendo por una y cruzando después a las demás. Cuando bajé, tenía tantas emociones reprimidas dentro que pensé que iba a explotar. Corrí por la pista interior hasta que casi me desmayé.

Cuando paré, vi a la señorita Candi mirándome. Había vuelto al despacho del gimnasio a por algo y me había visto corriendo.

—¿Cuánto tiempo lleva mirándome?

Se encogió de hombros.

—He oído que te han expulsado.

—¿Cree que he hecho algo malo, señorita Candi? —Cuando lo dije, recordé lo que me había explicado la señora Noble sobre la necesidad de aprobación.

—No creo que haya que remover la mierda, eso es todo —dijo mirando a otro lado.

—Oh —exclamé decepcionada—. Bueno, señorita Candi, solo he venido a decir adiós.

Pasé por el aula de mecánica. Quería haber ido a esa clase, pero en su lugar me pusieron a hacer buñuelos con crema de limón en la clase de cocina. ¿Cómo creía la señora Noble que se podía cambiar el mundo haciendo buñuelos?

Encima de la entrada principal estaban grabadas en piedra las palabras *Optima futura*. «Lo mejor está por llegar». Esperaba que fuese verdad.

—Eh —gritó Darnell desde el aula de castigo del segundo piso—. ¡Bien hecho! —Lo saludé—. Vente con nosotros luego. —Un profesor tiró de él hacia dentro y cerró la ventana.

—¡Jess! —escuché a Karla llamarme por mi nombre—. ¡Jess, espera!

—Me han expulsado —le dije.

—A mí también —dijo—. Dos semanas.

—¿Dos semanas? ¡A mí solo una! De todas formas lo dejo.

—Mierda, ¿estás segura? —susurró Karla, dejando escapar el aire entre los dientes.

—No puedo más con esto.

—Jess —dijo Karla—, con toda esta mierda he olvidado preguntarte qué ha pasado. Me dijiste que necesitabas hablar.

Aquel momento fue un punto de inflexión en mi vida. Me sentía como un dique a punto de estallar, pero me escuché a mí misma decir: «Ah, no es importante». Karla parecía preocupada.

—¿Seguro?

Asentí, notando cómo colocaba el último ladrillo del muro que estaba construyendo dentro de mí y que quizá nunca derribaría.

—Vamos a ir a Jefferson —dijo Karla—. ¿Quieres venir?

Negué con la cabeza y la abracé para despedirme. No quería enfrentarme a mis padres. Sabía que, si me daba prisa, no habrían llegado a casa todavía.

En cuanto entré, cogí dos fundas de almohada y metí dentro todos mis pantalones y camisas. Busqué en el fondo en el armario y saqué la mochila donde estaban el traje y la corbata que me habían comprado Al y Jacqueline.

¡El anillo! Lo cogí del joyero de mi madre y me lo puse en la mano izquierda.

Iba muy rápido, tenía miedo de que mis padres volvieran a casa y me pillaran. Encontré un lápiz y un trozo de papel. Estaba sudando y me temblaba la mano.

Queridos mamá y papá, escribí.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Rachel.

—¡Ssssh! —Continué escribiendo.

Me han echado del colegio. No ha sido mi culpa, por si queréis saberlo. Tengo casi dieciséis. Iba a dejarlo de todas formas. Tengo trabajo y dinero. Me marchó. Por favor, no me busquéis. Ya no quiero vivir aquí. No sabía qué más escribir. Podrían encontrarme en el trabajo si querían, pero existía la posibilidad de que estuviesen tan contentos de deshacerse de mí como yo de marcharme.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Rachel de nuevo. Le temblaba el labio.

—Sssh, no llores. —Le di un abrazo—. Me escapo de casa.

Negó con la cabeza.

—No puedes.

—Voy a intentarlo. Me voy a volver loca si sigo aquí.

—Se lo diré —me amenazó Rachel.

Atravesé la puerta corriendo, temía que mis padres me pillasen en el último momento. Podían obligarme a volver a la fuerza, hacer que me arrestaran o ingresarme en una institución. O podían dejarme ir. Dependía de ellos, eso lo sabía. Corrí calle abajo hasta que me ardieron los pulmones. Cuando estaba a unas calles de distancia, me apoyé contra una farola y contuve el aliento. Me sentía libre. Libre para explorar lo que significaba la libertad. Miré el reloj. Era hora de ir al trabajo. Iba a cumplir dieciséis años. Tenía treinta y siete dólares en el bolsillo.



—Llegas tarde —me dijo el encargado cuando fiché.

—Lo siento —dije, y encendí la máquina de inmediato.

—Maldita cría —le dijo a Gloria.

Ella bajó la cabeza hasta que se fue. Después me miró y sonrió.

—¿Un día duro, Jess?

Me reí.

—Me han echado del colegio y me he escapado de casa de mis padres.

Ella silbó y movió la cabeza.

—Te llevaría a casa conmigo, pero mi marido sigue intentado deshacerse de nuestros propios hijos.

Le pregunté a Eddie si podía doblar turno.

—Después te digo —me contestó.

A las once de la noche se acabó el trabajo y me mandó a casa. Intenté dormir sentada en la estación de autobuses, pero los policías venían todo el rato para pedirme que les enseñase el billete. Compré uno para Niagara Falls, pero me despertaban cada vez que salía un autobús para allá y me preguntaban por qué no me había montado. Di una vuelta, tomé un desayuno y un café y me puse a caminar de nuevo. A mediodía me metí en una sesión matinal de cine. Cuando me desperté, llegaba tarde al trabajo.

Eddie me avisó de que no lo hiciese de nuevo.

—Tienes una pinta horrible —me susurró Gloria.

—Muchas gracias. —Empecé a pensar—. Oye, Gloria, ¿te acuerdas cuando me hablaste de ese bar al que fue tu hermano en Niagara Falls?

Se puso tensa.

—Sí, ¿por?

—¿Sabe si hay un bar parecido por aquí? —Se encogió de hombros—. Es importante, Gloria. Te juro por dios que necesito saberlo.

Parecía nerviosa. Se limpió las manos manchadas de tinta en el delantal como si quisiera desentenderse de todo aquello. A la hora del almuerzo me puso un trozo de papel en la mano.

—¿Qué es esto? —El papel tenía la palabra "Abba" escrita.

—He llamado a mi hermano. Le he preguntado adónde va. Me ha dicho que solía ir ahí.

Sonreí de oreja a oreja.

—¿Sabes dónde está?

—¿Qué tengo que hacer, llevarte hasta allí?

—Vale. —Levanté las manos haciendo el gesto de que me rendía—. Solo preguntaba.

Llamé a información y me dieron la dirección. Cuando acabé el turno, me lavé en el baño y me puse ropa limpia. Miré el anillo que tenía en el dedo. Se ajustaba a la perfección. Prometí que nunca me lo quitaría. Quizá había llegado el momento de que me revelase el secreto para sobrevivir por mi cuenta. Corrí al centro, hasta el Abba, y esperé fuera, paseando y fumando. Estaba tan asustada de entrar en el bar como lo había estado al entrar al Tifka. Solo que esta vez llevaba todo lo que tenía en dos fundas de almohada. ¿Dónde iba a ir si me rechazaban?

Respiré hondo y entré al Abba. Había mucha gente dentro, lo que me hizo sentir anónima y segura. Me metí entre la gente y llegué hasta la barra.

—Una Genny —le dije a la camarera. Ella entrecerró los ojos.

—Vamos a ver el carné.

—En el Tifka nunca me lo pidieron —protesté.

Se encogió de hombros.

—Pues ve allí a por la cerveza —dijo, y se marchó. Golpeé la barra con el puño.

—¿Un día duro? —me preguntó una de las butches que había en el bar.

—¿Duro? —solté una risa aguda—. Me han echado del colegio, no tengo sitio donde vivir y voy a perder el puto trabajo si no puedo encontrar un lugar en el que dormir para llegar a tiempo.

Frunció los labios, asintió y le dio un trago a la cerveza.

—Puedes quedarte un tiempo en nuestra casa si quieres —dijo sin darle importancia.

—¿Estás de broma? —le pregunté. Ella negó con la cabeza.

—¿Necesitas un sitio en el que quedarte? Mi novia y yo tenemos un apartamento encima del garaje. Puedes quedarte allí si quieres, como veas. —Le hizo un gesto a la camarera—. Meg, dale una cerveza a la chavala, yo me hago cargo, ¿vale?

Nos presentamos.

—Jess ¿qué más?

—Jess, así me llamo. Solo Jess.

—Jess, Jess, ¿eh? —resopló—. Bueno, yo soy Toni.

Meg abrió un botellín de cerveza delante de mí.

—Gracias por la cerveza, Toni. —Hice un gesto de brindis—. ¿Puedo mudarme esta noche?

Se echó a reír.

—Sí, supongo. Si no estoy demasiado borracha para meter la llave en la cerradura. ¡Ey, Betty!

La novia de Toni salió del baño y se colocó a su lado.

—Ey, Betty, esta es Dondi. Es huérfana. Sus padres murieron calcinados en un accidente de coche, ¿sabes? —Toni se rio y le dio un sorbo a la cerveza.

—No tiene gracia —dijo, separándose de ella.

—Toni me ha dicho que puedo quedarme en vuestra casa —intervine—. Necesito un sitio en el que quedarme, de verdad que lo necesito.

Betty miró a Toni, se encogió de hombros y se marchó.

—Por ella está bien —dijo Toni—. Vuelvo a mi sitio con Betty, te busco antes de irnos.

Me acabé la cerveza y apoyé la cabeza contra la barra. Todo me daba vueltas y tenía muchas ganas de dormir. Meg golpeó la barra con los nudillos al lado de mi cabeza.

—¿Estás borracha o qué?

—No, solo es que he estado trabajando todo el día —le dije. Creía que no le caía bien, pero de repente me trajo otra cerveza—. No la he pedido.

—Invita la casa —me dijo. Quién lo hubiera imaginado.

Cuando el bar empezó a quedarse vacío, encontré una silla libre al lado del ruidoso baño, apoyé la cabeza contra la pared y me quedé dormida. Cuando me desperté, Betty me estaba sacudiendo la manga, me decía que era hora de irse a casa. Toni cantaba *Roll Me Over in the Clover* mientras Betty intentaba meterla en el coche. Me tumbé en el asiento trasero y me dormí inmediatamente.

—Vamos, despierta —me dijo Betty. Habíamos llegado. Se esforzaba por sujetar a Toni contra el coche—. No hagas que tenga que ocuparme de dos problemas en vez de solo uno —me dijo Betty en tono cortante.

Salí del coche y la ayudé a subir a Toni por las escaleras.

—Hoy puedes dormir en el sofá —me dijo Betty.

—¿Quién es? —quiso saber Toni—. ¿Es tu nueva butch?

—La invitaste a vivir en el apartamento encima del garaje, ¿te acuerdas? —soltó Betty.

Me hice un ovillo en el sofá y traté de desaparecer. Pasado un rato, vino Betty y me tiró una manta.

—Si puedo dormir aquí esta noche, me marcho mañana —le dije.

—No pasa nada —dijo cansada—. No te preocupes, está todo bien.

Me aferré a esa pequeña certeza.

Tumbada en la oscuridad me di cuenta de que estaba sola, nada de colegio y nada de padres, a menos que viniesen a por mí. Me morí de vergüenza al recordar lo que había pasado en el campo de fútbol. Tenía miedo de vomitar porque no sabía dónde estaba el baño. Ojalá fuese el sofá de Al y Jacqueline. Quería despertarme en su casa.

Le contaría a Jacqueline lo que había pasado en el campo de fútbol. ¿Lo haría? Me di cuenta de que quizá no le habría dicho a Jackie o a Al lo que me habían hecho esos chicos. Me sentía demasiado avergonzada.

Hice un juramento conmigo misma antes de dormirme. Me prometí que nunca iba a volver a ponerme un vestido y que nunca volvería a dejar que nadie me violase, no importaba lo que tuviese que hacer.

Al final solo pude mantener una de las dos promesas.

5

—¡Ey, cielo! ¿Cómo estás? —me preguntó Meg mientras limpiaba la barra. Las caras conocidas se suavizaron al darme la bienvenida. Me había convertido en una habitual del Abba.

—Hola, Meg. Ponme una birra, ¿quieres?

—Claro, cariño, enseguida.

Me senté al lado de Edwina.

—Ey, Ed, ¿te puedo invitar a una cerveza?

—Claro —se rio—. ¿Por qué iba a decir que no a eso?

Era viernes por la noche. Tenía dinero en el bolsillo y me sentía bien.

—Eh, ¿y conmigo qué pasa? —rio Butch Jan.

—Y una cerveza para mis mayores, Meg.

—Eh, cuidado con esa mierda de «mis mayores» —protestó Jan.

Sentí una mano en el hombro. A juzgar por la longitud de las uñas pintadas de rojo, debía de ser Peaches.

—Hola, cielo. —Me besó con dulzura en la oreja. Suspiré de gusto.

—Y algo para Peaches —le pedí a Meg.

—Sí que estás de buen humor esta noche, cielo —dijo Peaches—. ¿Has tenido suerte con alguna chica o algo así?

Me sonrojé. Había dado donde dolía.

—Es solo que me siento de puta madre. Tengo un trabajo, una moto y amigas.

Ed silbó:

—¿Te has comprado una moto?

—Sí —grité—. ¡Sí, sí, sí! Toni me ha vendido su vieja Norton. Fuimos al aparcamiento del supermercado el domingo, estuve practicando con ella hasta que se enfadó y se fue a casa sin mí.

Ed sonrió.

—Guau. Una moto grande. —Me chocó la mano.

—Dios, Ed, ¿sabes lo que hice ayer después de ir al centro a registrarla? Quiero decir, cuando me di cuenta de que realmente era mía. Me subí a esa moto y conduje trescientos kilómetros de ida y trescientos de vuelta.

Todo el mundo aulló. Asentí:

—Algo pasó. Me sentí libre, por fin. Estoy emocionada. Adoro esa moto. O sea: realmente la adoro. Adoro tanto esa puta moto que ni siquiera puedo explicarlo.

Todas las butches que tenían moto asintieron. Jan y Edwin me dieron una palmada en el hombro.

—Las cosas te están yendo mejor. Me alegro por ti —dijo Jan—. Meg, otra ronda para esta aprendiz de Marlon Brando.

¡El anillo debía de estar haciendo efecto!

—¿Están ya *Los Vengadores*? —pregunté.

Meg negó con la cabeza.

—En quince minutos. Dios, me muero por ver lo que llevará puesto Diana Rigg esta vez.

Suspiré.

—Espero que sea ese mono ajustado de cuero de nuevo. Creo que me estoy enamorando de ella.

Meg se echó a reír.

—Ponte a la cola.

El bar se estaba empezando a llenar. Un hombre joven a quien no habíamos visto nunca por allí pidió un gintonic. Meg acababa de ponerle un vaso delante cuando un tío más mayor llegó y sacó la placa. Unos policías uniformados entraron como una avalancha detrás de él. El chico joven era una trampa.

—Acabas de servirle alcohol a un menor. Venga, señoras, señores, dejen sus bebidas en la barra y saquen sus identificaciones, esto es una redada.

Jan y Edwin me agarraron de la camisa y me arrastraron hacia la puerta trasera.

—¡Fuera de aquí, ya, lárgate! —gritaban mientras me subía con torpeza a la moto. Un par de maderos rodearon el aparcamiento. Sentía las piernas de gelatina. No podía arrancar.

—¡Vete de una puta vez! —me chillaron.

Los dos policías uniformados se aproximaron a mí. Uno de ellos cogió la pistola.

—Bájate de la moto —ordenó.

—Vamos, vamos, vamos —canturreé por lo bajo.

Con una buena patada la moto rugió y cobró vida. Solté el embrague y derrapé accidentalmente al salir del aparcamiento. En cuanto llegué a casa de Toni y Betty aporreé la puerta de la cocina. Betty se alarmó.

—¿Qué pasa?

—El bar, todas, están detenidas.

—Cálmate. —Toni me puso la mano en el hombro—. Cálmate y cuéntanos lo que ha pasado.

Les describí la redada balbuceando.

—¿Cómo podemos saber lo que les ha ocurrido? —les pregunté.

—Nos enteraremos pronto, en cuanto suene el teléfono —dijo Betty.

Sonó el teléfono. Betty lo cogió y escuchó en silencio un buen rato.

—No han detenido a nadie excepto a Meg —nos dijo—. Han pegado a Butch Jan y a Ed.

—¿Están heridas?

Se encogió de hombros. Me sentía culpable.

—Creo que lo han pagado con ellas porque me han ayudado a escapar.

Betty se apoyó en la mesa de la cocina y metió la cabeza entre las manos. Toni abrió el frigorífico.

—¿Quieres una birra, peque?

—No, gracias —le contesté.

—Como quieras.

El miedo no me dejó en paz hasta que me dormí aquella noche. Pero el auténtico terror apareció cuando me desperté en mitad de la madrugada. Me incorporé de golpe, empapada en sudor, recordando la redada en el Tifka. Había crecido cinco o seis centímetros desde entonces. La próxima vez que la policía me pusiera las manos encima la edad no iba a salvarme. Me hervía el miedo en la garganta. Me iba a pasar también a mí. Lo sabía. Pero no podía cambiar lo que era. Sentía que estaba conduciendo hacia un acantilado, veía lo que iba a pasar pero no podía frenar.

Deseé que Al estuviera allí. Deseaba que Jacqueline me arrojara en el sofá, me besara la frente y me dijera que todo iba a salir bien.



Un par de años antes el propietario del Abba estaba tan hasta arriba de deudas que tenía que traer la cerveza caja a caja con sus propias manos: la mafia le había paralizado los repartos hasta que pagara. Así que hizo correr la voz de que ahora era un bar gay. Enseguida se hizo de oro con nosotros. Éramos un mercado lucra-

tivo y cautivo. Normalmente los garitos nos abrían sus puertas de uno en uno. Todos los propietarios querían participar en el negocio durante un tiempo. Pero el del Abba se volvió codicioso, así que la mafia le paró los pies y le cerró el local.

El nuevo bar estaba cerca del Tenderloin, en el centro de Búfalo. Se llamaba Malibou: un club de jazz que nos daba la bienvenida cuando acababa el concierto de la una de la mañana. La mafia controlaba también el Malibou, pero lo regentaba una lesbiana. Supongo que pensábamos que eso marcaba la diferencia. Se llamaba Gert. Quería que la llamásemos tía Gertie, pero eso nos hacía sentir como una tropa de *girl scouts*, así que la llamábamos Cookie¹⁸.

El nuevo club tenía una pista de baile más grande, pero solo había una salida. No obstante, tenía una mesa de billar, y Edwin y yo nos pasábamos horas jugando, hasta que salía el sol.

Ed esperaba a su novia, Darlene, hasta el amanecer. Darlene bailaba cerca de allí, en un bar en Chippewa Street. Bajando la calle del Malibou había un hotel donde muchas de las chicas y chicos que hacían la calle se llevaban a los clientes. Al amanecer todas acababan sus turnos y llenaban el Malibou, que no parecía cerrar nunca, o se iban a desayunar a un restaurante cerca de la estación de autobuses.

Empecé a notar que Ed no venía todos los fines de semana. ¿Qué más había en la vida aparte de la fábrica y los bares?

—Ey, Ed —le pregunté una noche—. ¿Dónde estuviste el fin de semana pasado?

Levantó la mirada del tiro de billar que estaba preparando.

—En otro bar.

Su respuesta me sorprendió. Para la gente como nosotras solo había un bar abierto cada vez, hasta donde yo sabía.

—¿En serio? —inquirí—. ¿Dónde?

18. En inglés, «galleta». Hace referencia a las cajas de galletas que venden las *girl scouts* en Estados Unidos para financiarse y para donar el dinero a causas benéficas.

—En el East Side —dijo, pintando el taco con la tiza azul.

—¿Te referes a un garito de negratas?

—Negros —corrigió mientras le daba a una de las bolas y la metía en la tronera—. Un garito de negros.

Absorbí toda aquella información mientras Ed preparaba el siguiente tiro.

—Mierda —dijo al fallar.

—¿Es distinto a este bar? —pregunté mientras escudriñaba la mesa.

—Sí y no —Ed no estaba por la labor esa noche.

Me encogí de hombros y apunté a la esquina más lejana. Fallé el tiro. Ed sonrió y me dio una palmada en el hombro. Yo tenía muchas preguntas, pero no sabía cómo hacerlas.

Edwin metió la bola negra por error.

—Mierda —siseó—. Mierda. —Me miró de arriba abajo—. ¿Qué? —espetó. Yo me encogí de hombros—. Mira —dijo—, trabajo durante todo el día con estas viejas camioneras en la fábrica. Me gusta venir aquí y pasar un rato con vosotras. Pero también me gusta estar con mi gente, ¿entiendes? Además, Darlene y yo no duraríamos juntas ni un mes si saliera por el East Side.

Negué con la cabeza. No entendía nada.

—A Darlene no le preocupa que venga aquí. Pero si pasara tanto tiempo en mis garitos, bueno, digamos que habría demasiadas tentaciones.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

—Nah, colega, es solo que soy un ser humano —contestó a la defensiva.

Me eché a reír.

—No, que si quieres ir a desayunar.

Me dio una palmada en el hombro.

—¡Vamos!

Nos encontramos a Darlene y a las demás en el restaurante. Estaban nerviosas, algo de una pelea con un cliente en la que se habían metido todas.

—Ey, Ed —le pregunté mientras tomábamos café y Darlene representaba su papel durante la riña—, ¿tú crees que podría ir contigo alguna vez? O sea, no sé si está bien preguntarte esto o no.

—¿Por qué?—parecía desconcertada—. ¿Por qué quieres venir a mi garito?

—No sé, Ed. Somos colegas, ¿sabes?

Levantó los hombros.

—¿Y qué?

—Pues que hoy me he dado cuenta de que no te conozco mucho, nada más. Me gustaría verte en tu propio terreno.

Darlene le tiró de la manga a Ed.

—Cielo, deberías haberlo visto. Le hemos dado tal paliza que nos va a dejar en paz hasta el día del Juicio Final. ¡Nos suplicaba misericordia!

—Tengo que pensármelo. No lo sé —contestó Ed.

—Me parece bien. Solo preguntaba.



Ed dejó de venir al Malibou poco después. Le pregunté a Grant qué pasaba, pero lo único que dijo fue que Ed estaba cabreada desde el asesinato de Malcolm X en Nueva York. Quería llamar a Ed y hablar con ella, pero Meg me dijo que no lo hiciera. Me contó que las butches de la fábrica de coches decían que Ed estaba furiosa y que era mejor dejarla en paz. No me parecía bien, pero el consejo venía de las marimachos veteranas, así que hice caso.

Era ya primavera cuando me encontré con Ed en una cafetería. Estaba tan contenta de verla que extendí los brazos para darle un abrazo. Me miró con cautela, como si me viera por primera vez.

Temí que no le gustara lo que veía. Un momento después abrió los brazos. Abrazarla era como volver a casa.

Ed volvió a pasarse por el Malibou. Una noche, sin venir a cuento, dijo:

—He estado pensando en ello.

Fue gracioso, porque sabía exactamente a lo que se refería: acompañarla al club.

—No sabía cómo me iba a sentir llevándote allí, ¿sabes? Pero el próximo sábado es la fiesta de cumpleaños de dos mujeres. Una de ellas es blanca. No sé, he pensado que querrías venir.

Sí que quería. Decidimos ir en el coche de Ed.

El sábado por la noche Ed me recogió tarde. Condujo en silencio.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó. Asentí. Ella resopló y negó con la cabeza—. Quizá esto haya sido un error.

—No —dije—. No es lo que crees. Siempre me asusta ir a un bar nuevo, a cualquier bar. ¿Alguna vez te ha pasado?

—No —contestó Edwin—. Bueno, sí, puede. No lo sé.

—¿Estás nerviosa, Ed? Por ir al club con una butch blanca, quiero decir.

—Sí, puede que un poco —dijo mientras miraba por el retrovisor. Ed paró en un semáforo y me ofreció un cigarrillo—. Pero me caes bien, ¿sabes?

Miré por la ventanilla y sonreí.

—Tú también me caes bien, Ed. Mucho.

Me di cuenta de que me había codeado marginalmente con la comunidad negra en el instituto, pero nunca había estado en el corazón del East Side.

—Búfalo son dos ciudades —dije—. Apuesto a que mucha gente blanca nunca ha estado en esta.

Ed se rio con amargura y asintió.

—La segregación está viva y coleando en Búfalo. Es ahí —añadió, señalando un edificio.

—¿Dónde?

—Ya lo verás.

Dejó el coche en una calle lateral cercana. Caminamos hasta la puerta. Ed llamó con ímpetu. Un ojo se dejó ver por la mirilla. Al abrirse la puerta nos llegó una oleada de música a todo volumen. El garito estaba hasta los topes. Un montón de butches vinieron inmediatamente a saludar a Ed y le estrechaban la mano o le apretaban los hombros. Ella hizo un gesto en mi dirección y les gritó algo al oído, pero la música estaba demasiado alta como para que la entendiera. Unas mujeres nos llamaron a su mesa y todas me chocaron la mano al sentarme. Ed nos pidió una cerveza y se sentó a mi lado.

—Daisy ya te ha echado el ojo —me gritó Ed—. La mujer que está sentada justo enfrente, al otro lado de la pista, vestido azul. Te está fichando.

Sonreí a Daisy. Ella bajó la mirada para después sostenérmela con atrevimiento. Tras unos minutos, le susurró algo al oído a su amiga y se levantó. Llevaba unos zapatos de tacón azules de punta a juego con el vestido. Vino hasta nuestra mesa con paso firme.

—Que Dios se apiade de tu alma, chica —me gritó Ed mientras me levantaba para recibir a Daisy. Ella extendió la mano y tiró de mí hacia la pista de baile.

Edwin me cogió de la otra mano y tiró hacia abajo, hasta tenerme cerca de su cara.

—¿Todavía estás nerviosa? —gritó.

—Ya me voy adaptando —respondí a voces por encima del hombro.



—No puedo creerme lo que ha pasado aquí hoy —me dijo Ed horas después, al irnos del bar—. «Ya me voy adaptando» —me imitó, riéndose y dándome un puñetazo en el hombro—. Chica,

tienes suerte de que la ex de Daisy no estuviera aquí. Te hubiera pateado ese puto culo blanco.

La interrumpió una mano que se posó en su hombro y la obligó a girarse. A mí me empujaron con fuerza desde atrás. Cuando me di la vuelta vi por el rabillo del ojo un coche de policía con las puertas abiertas. Dos maderos nos empujaban con las porras.

—Contra la pared, chicas.

Nos dieron empujones hasta un callejón. Ed me puso la mano en el hombro para darme confianza.

—Deja las manos quietas, camionera —gritó uno de los policías, empujándola con fuerza contra la pared.

Incluso inmovilizada contra el muro de ladrillo podía sentir el consuelo de su mano en el hombro que me había tocado brevemente.

—Abrid las piernas, nenas. Más.

Uno de los maderos me cogió del pelo y tiró mientras me abría las piernas de una patada. Me sacó la cartera del bolsillo trasero de los pantalones y la abrió.

Miré a Ed. El policía la estaba cacheando, recorriéndole los muslos con las manos. Le sacó la cartera del bolsillo, cogió el dinero que había y se lo guardó.

—Mira para delante —el policía que tenía detrás tenía la boca muy cerca de mi oreja.

El otro empezó a gritarle a Ed:

—Te crees que eres un tío, ¿eh? ¿Crees que puedes aguantar lo que un tío? Vamos a verlo. ¿Qué es esto? —le subió la camisa y tiró del binder hasta dejárselo colgando de la cintura. Le cogió los pechos con tanta fuerza que ella soltó un gemido de dolor.

—Déjala en paz —grité.

—Cállate, puta enferma —me gritó el poli que me sujetaba desde atrás, golpeándome la cara contra la pared. Vi un caleidoscopio de colores.

Ed y yo nos giramos y nuestras miradas se cruzaron durante un segundo. Curiosamente, pareció que el momento que habíamos tenido para decidir había sido mucho más largo. Hay veces, decían las bolleras mayores, en que es mejor aguantar la paliza y rezar para que los maderos te dejen tirada en el suelo cuando acaben contigo. Otras veces tu vida está en peligro, o tu cordura, y merece la pena intentar defenderte. Es una decisión difícil. En lo que dura un pestañeo, Ed y yo decidimos pelear. Cada una pegó y pateó al policía que tenía más cerca. Por un momento las cosas parecían estar de nuestra parte. Le pegué patadas en las espinillas al madero que tenía delante una y otra vez. Ed le dio al otro en la ingle y le golpeó en la cabeza con ambos puños.

Cuando uno de ellos arremetió contra mí, la punta de la porra se me clavó directamente en la boca del estómago. Me caí contra la pared, incapaz de respirar. Después oí un repugnante golpe seco cuando otra porra chocó contra el cráneo de Ed. Vomité. Los maderos nos pegaron hasta el punto de preguntarme, en medio de aquel dolor, cómo no se cansaban del esfuerzo. Entonces se oyeron unos gritos que venían de cerca.

—Vámonos —le dijo un policía al otro.

Ed y yo estábamos en el suelo. Vi cómo la bota del policía que estaba sobre mí retrocedía.

—Putra traidora —me escupió, al tiempo que su bota me rompía una costilla, como para remarcar sus palabras.

Lo siguiente que recuerdo es la luz brillando en el cielo sobre el callejón. Sentía el pavimento frío y duro contra la mejilla. Ed estaba tirada cerca de mí, con la cara vuelta hacia el otro lado. Estiré los dedos para tocarla, pero no llegué. Mi mano reposaba en el charco de sangre que había alrededor de su cabeza.

—Ed —susurré—. Ed, por favor, despierta. Dios, por favor, no te mueras.

—¿Qué? —gimió.

—Tenemos que pirarnos de aquí, Ed.

—Vale —dijo—. Arranca el coche.

—No me hagas reír —contesté—. Apenas puedo respirar. — Me desmayé de nuevo.

Más tarde, Darlene nos contó que nos había encontrado una familia que iba camino de la iglesia. Pidieron ayuda y nos llevaron a su casa, que estaba cerca. No nos llevaron al hospital porque no sabían si teníamos problemas con la ley. Cuando Edwin volvió en sí les dio el número de Darlene. Ella y sus amigas vinieron a buscarnos. Darlene nos cuidó en su apartamento toda una semana antes de que Ed o yo fuésemos capaces de decir algo coherente.

—¿Dónde está Ed, está bien? —Es lo primero que recuerdo preguntarle a Darlene.

—Eso ha sido lo primero que me ha preguntado ella, que si tú estabas bien —contestó Darlene—. Viva. Estáis las dos vivas, putas gilipollas.

Ninguna de las dos fuimos a urgencias a que nos viera un médico, teníamos miedo de que llamaran a la policía para comprobar si teníamos algo pendiente. Cuando Ed y yo pudimos incorporarnos, e incluso andar un poco, empezamos a pasar la convalecencia juntas en el salón durante el día, mientras Darlene dormía. El sofá se abría como una cama.

Ed me dio *El voto o la bala*, de Malcolm X. Me animó a leer a W. E. B. Du Bois y a James Baldwin. Pero ambas teníamos tal dolor de cabeza que apenas podíamos leer el periódico. Nos pasábamos el día echadas la una al lado de la otra y viendo la televisión: *Get Smart*, *The Beverly Hillbillies*, *Green Acres*. Nos curamos pese a ello.

A Ed le dieron la baja durante su ausencia. Yo perdí mi trabajo en la imprenta.

Cuando por fin aparecimos por el Malibou, un mes después, alguien desenchufó la jukebox y todo el mundo corrió a abrazarnos.

—¡No, quietas, despacio! —gritamos, retrocediendo hacia la puerta.

—¿Notáis el parecido? —pregunté, acercando la cara a la de Ed. Teníamos heridas hermanas en las cejas.

Solo podía hablar por mí, pero había perdido toda la confianza en mí misma después de aquella paliza. El dolor en el tórax me recordaba con cada respiración lo vulnerable que era realmente.

Me apoyé en una de las mesas del fondo y contemplé a mis amigas bailando unas con otras. Era agradable volver a casa. Peaches se sentó a mi lado, me pasó el brazo por encima de los hombros y me dio un beso largo y dulce en la mejilla.

Cookie me ofreció trabajar los fines de semana de segurata. Me sujeté las costillas e hice una mueca de dolor. Me dijo que podía servir mesas hasta que me curara, si quería. Necesitaba el dinero, eso seguro.

Observé a Justine, una drag despampanante, ir de mesa en mesa con una lata vacía de café Maxwell House, recaudando dinero.

Vino hasta la mesa donde estábamos sentadas Peaches y yo y empezó a contar los billetes.

—Tú no tienes que aportar nada, cariño.

—¿Para qué es? —pregunté.

—Para tu traje nuevo —me contestó, y siguió contando billetes.

—¿Para el traje nuevo de quién?

—Tu nuevo traje, bombón. No querrás ser el maestro de ceremonias de la Monte Carlo Night Drag Show Extravaganza con ese traje viejo y hortera, ¿no? —Me quedé atónita.

—Te vamos a llevar de compras, a por un traje nuevo —explicó Peaches—. Vas a ser el maestro de ceremonias del espectáculo drag del mes que viene.

—¡Eso es lo que acabo de decir! —Justine sonaba irritada.

—Yo no sé hacer de maestro de ceremonias.

—No te preocupes, cariño —rio Justine—, la protagonista no eres tú.

Peaches sacudió el pelo.

—¡Somos nosotras!

—Pero vas a estar divina —añadió Justine, agitando el fajo de billetes.



Había escuchado auténticas historias de terror sobre butches que intentaban comprarse un traje con sus femmes en la tienda de ropa Kleinhan. Pero esta vez fueron los dependientes de Kleinhan los que pasaron un mal rato cuando aquellas tres reinas, vestidas de drag de arriba abajo, se empeñaron en ayudarme a escogerlo.

—No —Justine negó con la cabeza, rotunda—. Es un maestro de ceremonias, no un puto enterrador.

—Tonos terrosos. —Georgetta me agarró la cabeza con las manos—. Por su color.

—No, no, no —dijo Peaches—. Tiene que ser este. —Sostenía un traje de gabardina azul oscuro.

—Sí —suspiró Justine cuando me vio salir del cambiador—. ¡Sí!

—Ay, cariño, se me acaban de caer las bragas —exclamó Georgetta

—Sí, sí, sí, sí —dijo Peaches jugueteando con las solapas.

—Nos lo llevamos —le dijo Georgetta al vendedor, que estaba claramente incómodo—. Hazle el arreglo. ¡Y que quede bien!

El vendedor cogió el metro que llevaba alrededor del cuello y procuró tomar las medidas de los pantalones y la chaqueta sin tocarme. Por fin se incorporó.

—Podéis recogerlo en una semana —anunció.

—O podemos recogerlo hoy —declaró Georgetta—. Daremos una vuelta por la tienda y nos probaremos ropa hasta que esté listo.

—No —espetó el dependiente—. Volved en dos horas. Pero ahora idos. Ahora idos.

—Volvemos en una hora, querido —dijo Justine mientras salía.

—¡Hasta ahora! —Georgetta le tiró un beso.

—Vamos. —Peaches me hizo un gesto para que la siguiera—. Ahora es nuestro turno. —Me condujeron a la tienda contigua. Íbamos a la sección de lencería.

Negué con la cabeza.

—Tengo que ir al baño. Dios, ojalá pudiera aguantarme, pero no puedo.

Justine me acarició la mejilla.

—Lo siento, cielo.

Peaches se irguió en toda su altura.

—Vamos. Vamos todas con ella.

—No —alcé ambas manos—. Me da miedo que nos detengan a todas. —Me dolía la vejiga. Deseé no haber esperado tanto. Cogí aire y empujé la puerta del baño de mujeres.

Dos chicas estaban retocándose el maquillaje frente al espejo. Se miraron y acabaron de pintarse los labios.

—¿Es un hombre o una mujer? —le preguntó a su amiga al pasar a mi lado.

La otra mujer se giró hacia mí.

—Este es el baño de señoras —me informé.

—Lo sé —dije.

Al entrar, cerré con pestillo la puerta del retrete. Sus carcajadas me llegaron al tuétano.

—No podemos saber si es un hombre o no —le dijo una a la otra—. Deberíamos llamar a seguridad para comprobarlo.

Tiré de la cadena, peleándome con la cremallera, asustada. Quizá fuera una amenaza vaga. Quizá llamaran a seguridad de verdad. Me di prisa y salí del baño en cuanto oí que las mujeres se iban.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Justine.

Asentí. Ella sonrió.

—Has hecho que esas niñas envejezcan diez años.

Me obligué a sonreír.

—Nah. Nunca se habrían mofado así de un tío. Tenía miedo de que llamaran a la poli. Son ellas las que me han hecho envejecer diez años a mí.

—Venga. —Peaches tiró con impaciencia de mi manga—. Es el turno de las high femme¹⁹. —Me arrastró hasta la sección de lencería.

—¿Qué te parece? —Georgetta sostenía un camisón rojo de seda.

—Negro —le dije—. Ese negro de encaje.

—Señor, qué buen gusto tiene este chico —contestó.

—Es gracioso ver cómo te pruebas ese traje, todo emocionada —dijo Peaches suspirando—. Recuerdo que mi padre me obligó a comprarme un traje para el servicio dominical. Cuando me imaginaba poniéndome elegante, cariño, no era un traje lo que veía. Eso te lo aseguro. Soñaba con algo, ya sabes, de buen gusto, con tirantitos finos. Con escote. —Recorrió el corpiño con un dedo—. Me sentía como una bailarina en un traje de tres piezas.

Georgetta bufó.

—Más como una bruja.

Peaches movió la cabeza y me alejó de allí.

Volvimos a Kleinhan una hora más tarde. El traje estaba listo.

—Nos sobra dinero para comprarte una camisa y una corbata —anunció Georgetta.

Justine sostenía una camisa de vestir de color azul pálido. Era mucho más bonita que cualquiera de las camisas que tuvo mi padre nunca. Los botones eran azul cielo con remolinos blancos como nubes. Peaches y Georgetta se decidieron por una corbata de seda color burdeos.

Los vendedores tenían la cabeza hundida entre las manos, como si les doliera. Mejor a ellos que a nosotras.

19. Femme que, por la razón que sea, no desea penetrar a la otra persona durante un encuentro sexual.

—No sé cómo puedo agradeceréoslo —les dije.
—Puedes, cielo. Más te vale proclamarme ganadora del concurso.
—Sabe que yo soy la más hermosa de todas.
—Anda, chica, no me hagas reír.
—Esperad —protesté levantando las manos—. No me habíais dicho que iba a ser juez.
—Bueno, cariño —dijo Justine, sonriendo—, falta un mes para eso. No dejes que la preocupación ocupe tu linda cabecita.



El mes pasó rápido. Intenté evitar los rifirrafes entre participantes sobre cómo debía organizarse el espectáculo. La noche del concurso llegué al Malibou algo tarde. Me quité el casco, me senté en la Norton, en el aparcamiento trasero, y me fumé un cigarro.

—Cariño, ¿dónde estabas? —me preguntó Peaches mientras se tambaleaba sobre la gravilla encima de unos tacones altísimos.

—Ya voy —grité, apagando el cigarro—. Entro enseguida.

Todo el mundo me miró cuando entré por la puerta.

—Estás para comerte —dijo Peaches, alisándome las solapas.

Georgetta juntó las manos sobre el pecho.

—Creo que me estoy enamorando.

—Ya, eso dice después de cada mamada —rezongó Justine.

Cookie repasó el programa conmigo. Yo me mordía el pulgar mientras ella hablaba. Me había pasado la vida queriendo ser invisible. ¿Cómo iba a subirme a un escenario, con un foco apuntándome? El club estaba en tinieblas cuando subí a la pasarela. Cuando las luces me dieron de lleno apenas podía ver a la muchedumbre.

—¡Canta algo! —gritó una de las butches.

—¿Te parece que soy la jodida Beth Parks, o qué? —respondí—. Vale —empecé a cantar—. *Here she comes, Miscellaneous...*

—¡Buuuuuuuh!
—Escuchad —pedí—, esto es serio.
—Qué va a ser serio, si es un drag show —gritó alguien.
—Sí —dije—, es serio—. Me di cuenta entonces de lo que quería decir—. Ya sabéis que durante toda nuestra vida nos han dicho que lo que somos está mal. —Oí murmullos.

—¡Es cierto!
—Bueno, pues este es nuestro hogar. Nuestra familia.
Los aplausos se extendieron entre el público.
—¡Es la puta verdad! —gritó una de las drag detrás de mí.
—Así que esta noche vamos a celebrar lo que somos. No solo está bien: es bello. Y quiero que todos les mostremos a nuestras preciosas hermanas aquí presentes cuánto las queremos y las respetamos.

La muchedumbre rugió en señal de aprobación. Justine y Peaches salieron y me besaron, y luego volvieron corriendo dentro, a esperar su turno entre bambalinas.

Ojeé las tarjetas que me había dado Cookie.
—Por favor, den la bienvenida a Diana Ross, con *Stop in the Name of Love*.

Empezó a oírse la música y yo me aparté. El vestido de Peaches brilló al ser iluminado por el foco. Era una persona de una belleza impresionante.

Stop in the name of love, me cogió de la corbata mientras cantaba, *before you break my heart*²⁰. Puso los labios cerca de los míos. Jadeé, sobrecogida por el poderío de su actuación.

Atraron los aplausos.
—¡Que alguien le dé una toalla! —gritaron desde el público al ver que me limpiaba la frente con el dorso de la mano.
—Por favor, den la bienvenida a Barbara Lewis, que cantará *Hello Stranger*.

20. «Detente en nombre del amor, antes de que me rompas el corazón».

Justine caminó hacia mí lentamente, segura y firme sobre sus tacones de aguja, siguiendo el ritmo creciente de la música. *Hello, stranger*; me pasó un brazo por encima del hombro, *it seems like a mighty long time*²¹. Podía acostumbrarme a aquello.

El siguiente concursante era el novio de Georgetta, Booker. Nunca antes había visto a Booker hacer drag. Incluso con un vestido, le veía como un hombre. Booker también cantó *Stop in the Name of Love*. Georgetta se asomó desde el escenario para verle.

—Nunca sabes lo que puede ocurrir —me susurró—. Crees que te has casado con un hombretón y luego descubres que tienes una hermana que te roba el pintalabios y que no te lo devuelve.

Me eché a reír.

—¡Por el amor de Dios! —dijo—. Esa chica tiene problemas.

El tirante del vestido de Booker se caía cada vez que alzaba el brazo cuando cantaba el *Stop!* Podría haber sido muy sexy, pero estaba tan nervioso que intentaba recolocárselo.

—Ayúdala —me pidió Georgetta.

Le pasé el micrófono a Georgetta y caminé por el escenario hasta donde estaba Booker. Me arrodillé delante de él y fingí que me estaba cantando a mí. Luego me puse tras él y le bajé el tirante de forma seductora. «Déjate así», le susurré mientras le besaba el hombro. Booker me empujó dramáticamente, entonando *before you break my heart*. El público jaleó, satisfecho. Todo el mundo estaba disfrutando de la actuación.

Nadie vio la luz roja.

La música se cortó y la gente protestó. Los policías inundaron el bar. Me puse la mano de visera para protegerme los ojos de los focos, pero aun así no podía ver lo que pasaba. Oí gritos y mesas y sillas volcándose. Recordé que el bar solo tenía una salida: esta vez no tenía escapatoria. Con dieciséis años, todavía era menor.

21. «Hola, extraño. Parece que ha pasado mucho tiempo».

Me quité lentamente la chaqueta de mi nuevo traje azul, la doblé con cuidado y la puse sobre el piano, al fondo del escenario. Por un momento valoré quitarme también la corbata, pensé que quizá las cosas me resultarían más fáciles si lo hacía. Pero en realidad daba igual, no iba a ser fácil de ninguna manera. De hecho la corbata me infundía valor para enfrentarme a lo que fuera que me estuviera esperando. Un poli me cogió y me esposó las manos a la espalda con firmeza. Otro abofeteó a Booker, que sollozaba.

La lechera estaba aparcada contra la puerta del garito. Los madeiros nos empujaron con violencia para que subiéramos. Algunas de las drags charlaban nerviosamente de camino a la comisaría, bromeando para aliviar la tensión. Yo me quedé en silencio.

Nos pusieron a todas en una celda enorme. Mis manos, esposadas, estaban hinchadas y frías por la falta de circulación. Esperé en la celda. Dos polis abrieron la puerta. Se reían y hablaban entre sí. Yo no les escuchaba.

—¿Necesitas una puta invitación o qué? ¡Sal de una vez! —me ordenó uno de ellos.

—Venga, Jesse —se mofó el otro—, sonrío para la cámara. Eres una chica muy guapa. ¿A que es guapa, tíos?

Me hicieron la foto para el registro. Uno de los policías me aflojó la corbata. Los botones de color azul cielo salieron volando y rodaron por el suelo cuando me abrió la camisa de un tirón. Me subió la camiseta interior, dejando al descubierto mis pechos. Tenía las manos atadas a la espalda y estaba contra la pared.

—Creo que no le gustas, Gary —dijo otro policía—. A lo mejor me prefiere a mí.

Cruzó el cuarto. Me temblaban las rodillas. «Teniente Mulroney», leí en su placa. Me vio mirarla y me cruzó la cara de una bofetada. Su mano se me quedó marcada en la mejilla, como un latigazo.

—Chúpame la polla —dijo con calma.

No se oía ni una mosca. Yo no me moví. Nadie dijo nada. Casi me pareció que la cosa podía quedarse así para siempre, como si el

tiempo se hubiese parado. Pero no. Mulroney se estaba acomodando el paquete con la mano.

—Chúpame la polla, bollera de mierda.

Alguien me golpeó la corva con una porra. Se me doblaron las rodillas, más de miedo que de dolor. Mulroney me agarró del cuello de la camisa y me arrastró varios metros, hasta un inodoro de acero. Había una mierda flotando en el agua.

—O me la comes a mí o te comes mi mierda, camionera. Tú eliges.

Estaba demasiado asustada para pensar o moverme.

La primera vez que me metió la cabeza en el váter contuve la respiración. La segunda vez, me sumergió durante tanto tiempo que tragué agua y noté la mierda endurecida contra la lengua. Cuando Mulroney me sacó la cabeza del agua vomité sobre él. Las arcadas se sucedieron una tras otra, no paraba de vomitar.

—Joder, hostia puta, sacadla de aquí —se gritaban unos a otros.

—No —dijo Mulroney—. Esposadla ahí, encima del escritorio.

Me levantaron, me dejaron caer boca arriba sobre la mesa y me ataron las manos por encima de la cabeza. Mientras uno de los policías me bajaba los pantalones, yo intentaba aplacar los espasmos del estómago para no morir ahogada en mi propio vómito.

—Anda, qué graciosa, ¿no? Lleva calzoncillos —le dijo un policía al otro—. Puta degenerada.

Miré la lámpara que había en el techo: una bombilla grande y amarillenta tras una rejilla metálica. La luz me recordaba a las interminables colecciones de *westerns* televisivos que veía cuando nos mudamos al norte. La única imagen que mostraban cuando alguien se perdía en el desierto era el sol resplandeciente; toda la belleza del desierto reducida a eso. Mirar fijamente a la luz de la comisaría me salvó de ver mi propia humillación. Me dejé ir.

Me vi en medio del desierto. El cielo estaba rebosante de color. La luz cambiante pintaba la naturaleza con distintos tonos: salmón,

rosado, lavanda. El aroma a salvia era abrumador. Oí el grito del águila real, claro como si saliera de mi propia garganta, incluso antes de verla deslizarse con la corriente de aire por encima de mí. Ansiaba planear junto al águila, pero estaba enraizada a la tierra firme. Las montañas se elevaron para recibirme. Caminé hacia ellas, pero algo me impedía avanzar.

—A la mierda —espetó Mulroney—. Dale la vuelta, tiene el coño demasiado ancho.

—Joder, teniente, ¿cómo es que estas putas marimachos no follan con hombres pero tienen los coños tan grandes?

—Pregúntale a tu mujer —dijo Mulroney. Los otros se rieron.

Estaba aterrada. Intenté volver al desierto, pero no lograba encontrar la puerta que había atravesado antes para pasar de una dimensión a otra. Una explosión de dolor me recorrió todo el cuerpo y me devolvió allí.

Estaba de nuevo en el desierto, con los pies firmes en el suelo, pero esta vez la arena estaba fría. El cielo estaba encapotado, amenazaba tormenta. La presión atmosférica era insoportable. Oí el grito del águila de nuevo, en la lejanía. El cielo se tornó negro como las montañas. El viento me agitaba el cabello.

Cerré los ojos y elevé la cara hacia el cielo del desierto. Y, luego, por fin, ocurrió: el alivio de la lluvia cálida corrió por mis mejillas.

6

El anillo había desaparecido. La única prueba tangible de que había existido eran las ampollas ensangrentadas que tenía en el anular; los maderos debían de habérmelo sacado a la fuerza cuando tenía las manos esposadas e hinchadas. Me lo habían quitado. Sentada en mi piso miré por la ventana. No sabía cuánto tiempo llevaba despierta.

Justine y Peaches habían pagado mi fianza. Recuerdo que me dijeron que no había cargos contra ninguna de las que estuvimos allí. Justine quiso subir conmigo cuando llegamos a casa, pero me mantuve firme: quería estar sola.

Lo primero que hice fue darme un baño. Eché la cabeza para atrás e intenté relajarme en la bañera. Me di cuenta de que el agua se teñía de un rosa cada vez más oscuro, y un hilo rojo salía de entre mis piernas. Recordé de repente la sensación de la mierda contra la lengua y salí de la bañera a toda hostia, llegué al retrete justo a tiempo.

Estaba tranquila. No sentía nada. Pero incluso en aquella bendita serenidad echaba de menos el anillo, que me habría protegido o, al

menos, me habría ofrecido su sabiduría. Había desaparecido. Ya no había esperanza. Se había ido.

Betty llamó a la puerta y entró. Se fijó en que el plato de pollo frito que me había traído la noche anterior seguía intacto. Tenía la sensación de que se asemejaba a unas extremidades humanas, no había conseguido dar ni un mordisco a la carne. El mero pensamiento me había provocado náuseas, había tenido que ir corriendo al baño para vomitar.

—Te he traído tarta de manzana —dijo Betty. Tenía una tela de algodón de color amarillo brillante entre las manos—. He pensado hacer unas cortinas para esta ventana, ¿te parece?

Había vivido sin cortinas desde que me mudé allí, hacía más de seis meses. Asentí. Betty empezó a coser. De vez en cuando me miraba. Supe que había permanecido en mi habitación cosiendo durante varias horas cuando se levantó para planchar las cortinas, pero me habían parecido apenas unos segundos.

Las cortinas eran muy bonitas, pero no podía mover los músculos de la cara, ni siquiera sonreír. Betty se acercó y se sentó a mi lado.

—Tienes que comer algo —me dijo.

La miré, para que supiera que la había escuchado. Fue hacia la puerta para marcharse, pero se detuvo.

—Sé que crees que nadie sabe por lo que estás pasando —dijo—. Que nadie puede entenderlo. Pero yo lo entiendo

Negué despacio con la cabeza. Ella no lo entendía. Se arrodilló frente a mí. Cuando nuestras miradas se cruzaron noté una sacudida de emoción. Vi todo lo que yo sentía en los ojos de Betty, como si estuviera mirando mi reflejo. Aparté la mirada, aterrorizada. Ella asintió y me apretó la rodilla.

—Lo entiendo —dijo de nuevo, incorporándose para marcharse—. Sí que lo entiendo.

No me moví del sofá. La oscuridad llenó la habitación. Oí otro golpe en la puerta. Deseé que todo el mundo se fuera y me dejara sola.

Entró Peaches, vestida de forma despampanante.

—Mi cita era imbécil —dijo, y pasó a la cocina. Un segundo después trajo dos botes de helado de vainilla, con una cuchara clavada en cada uno. La sensación del helado bajando por mi garganta, tan dulce y frío, hizo que se me saltaran las lágrimas.

Peaches me acarició el pelo. Pensé en el aspecto que tiene el mundo cuando está enterrado bajo la nieve, las siluetas de los árboles y los postes de teléfono cubiertos por unos centímetros de nieve, brillando a la luz de la luna. Callado y quieto. Amortiguado. Así sentía el mundo en aquel momento. Deseé poder decirles a Peaches o a Betty que estaba en paz, pero no era capaz de hablar.

—Te da miedo dormir, ¿verdad, cariño? —la voz de Peaches era suave—. Pero Peaches está aquí contigo. Vas a dormir entre sus brazos. No dejaré que nada te haga daño.

Se fue a la habitación. Un momento después volvió y me llevó a la cama. Había cambiado las sábanas, que ahora estaban limpias y frescas. Me acostó como si fuera un bebé y se tumbó a mi lado. Podía sentir el sabor del vómito subiéndome por la garganta, pero ella me atrajo hacia sí con suavidad. Mis labios se encontraron con la curva de su pecho.

—Son las hormonas las que hacen que se hinchen así, pero ahora son mías —me besó el pelo.

Me cantó una canción con una voz satinada, tan suave que me dejé llevar por el sonido hasta quedarme dormida.



Edwin me devolvió la chaqueta azul del traje. Había encontrado los pantalones tirados al lado de la puerta del baño, en mi casa, y había llevado ambas prendas al tinte.

Cuando no aparecí en el Malibou el viernes siguiente, Ed, Georgetta y Peaches vinieron a buscarme a casa y me llevaron hasta allí. Cookie me tiró un trapo cuando llegué y me dijo que empezara a servir las mesas. Estuve como entumecida durante varias semanas, incapaz de sentir los cambios de temperatura, el frío o el calor. Sentía el mundo distante.

Una noche, mientras trabajaba, un tío me llamó a su mesa y me pidió que devolviera las patatas fritas a la cocina. Dijo que estaban frías. Se las llevé a Cookie, que me dijo que estaba demasiado ocupada; así que se las llevé de nuevo al hombre y me disculpé. Él cogió un vaso de agua y lo vació entero encima de las patatas.

—Están frías —dijo.

Abrió un maleta, sacó una serpiente enorme y se la enrolló alrededor del cuello. Después, mordió un pedazo del vaso y los masticó.

—Las patatas están frías —repitió.

—¡Cookie! —grité, mientras entraba en la cocina derrapando—. ¡Dame una ración de patatas fritas que estén calientes, y dámela ya! —Ella empezó a protestar—. ¡Ya, joder! ¡Las quiero en este mismo instante!

El tío me dejó una buena propina.

—¿No sabes quién era ese tipo? —Booker se partía de risa. Todas lo hacían—. Era el Hombre Cuchilla. Actúa en un sitio cerca de aquí.

Tiré la bayeta al suelo.

—Este curro es muy jodido —protesté, pero incluso yo sonreí.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Toni desde atrás. Me giré para explicárselo, pero vi la cara de enfado que tenía—. He preguntado que qué coño es tan gracioso.

Una de las butches intentó sujetarla.

—Venga, Toni, déjalo.

Toni se escabulló y vino hacia mí haciendo esos.

—¿Te crees graciosa?

—¿Pero qué coño dices, Toni? —respondí, nerviosa.

Un grupo de prostitutas entró por la puerta y eché a andar para recibir las, pero Toni me agarró y me hizo girar sobre mí misma.

—¿Crees que no sé lo que hay entre tú y mi femme?

Todas contuvieron el aliento. Yo estaba atónita.

—Toni, ¿de qué coño estás hablando?

—Te crees que no lo sé, ¿no?

Betty se dirigió hacia Toni, pero Angie, una de las putas que acababan de llegar, la frenó.

—Vamos fuera, cobarde de mierda. —Toni escupió en el suelo.

Lo último que quería era pelearme con ella, así que salí fuera para hablar. Todas salieron conmigo a escuchar.

—Toni —imploré.

—Cállate y pelea, saco de mierda. Venga, hija de puta.

—Escucha, Toni —dije—, si quieres pegarme, adelante. Si eso te va a hacer sentir mejor, no te lo voy a impedir. Pero, ¿por qué iba a pelearme contigo? Me ayudaste cuando lo necesitaba. Sabes perfectamente que jamás os faltaría el respeto, ni a ti ni a Betty.

Capté la mirada de Betty, que me miraba pidiéndome disculpas.

—¡Que no mires a mi mujer, hija de puta! —balbuceó Toni.

—Toni, te estoy diciendo que jamás haría nada que te ofendiera.

—Vete de mi puta casa —gritó, tambaleándose—. ¡Lárgate!

Angie estaba detrás de mí.

—Vamos, cariño. —Me tiró del brazo—. Si nos quedamos va a ser peor. Vamos —dijo, llevándome de nuevo al interior del bar.

Grant y Edwin se ofrecieron a ayudarme a hacer las maletas y llevarlas al bar.

—Joder —les dije—, si todas mis cosas caben en un par de fundas de almohada. Puedo llevarlas en la moto.

Cuando volví al bar con mis cosas, cogí sitio en un taburete al final de la barra y me pedí una cerveza, con la que me entretuve mucho tiempo. Angie se sentó a mi lado.

—¿Tienes sitio para quedarte esta noche? —Apagó el cigarrillo. Yo negué con la cabeza—. Mira —dijo, poniéndome la mano sobre el brazo—, estoy cansada, quiero irme a casa y a la cama. A dormir. Si necesitas un lugar donde pasar la noche, vale. Pero no te hagas ideas raras.

—¿Has estado haciendo la calle toda la noche? —le pregunté.

—Sí. —Angie me miró recelosa.

—¿Entonces por qué coño iba yo a pensar que estás deseando que alguien te lleve a casa y te folle?

Angie se bajó el whisky de un trago y se rio.

—Vamos, cielo. Te has ganado un desayuno con esa respuesta.



—Dime la verdad —dijo Angie mientras untaba de mantequilla la tostada—. Sin gilipolleces. ¿Por qué no querías pelearte? ¿Es porque es tu amiga o porque te daba miedo?

Negué con la cabeza.

—No es mi mejor amiga ni nada por el estilo, pero me ha ayudado mucho. No quería pegarla, eso es todo. Estaba borracha.

Angie me sonrió.

—Entonces, ¿te has tirado a Betty?

—Yo no juego con eso —dije.

Escrutó mi cara mientras revolvía los huevos con el tenedor.

—¿Cuántos años tienes, cielo?

—¿Cuántos años tenías tú cuando tenías mi edad? —me enfadé.

Se reclinó contra el respaldo.

—Supongo que las calles nos hacen envejecer antes de tiempo, ¿eh, peque?

—Ya no soy pequeña —mi voz sonaba dura.

—Lo siento —sonaba como si lo sintiera de verdad—. Tienes razón, no lo eres.

Bostecé y me froté los ojos. Ella se echó a reír.

—Te estoy impidiendo dormir, ¿verdad?

Angie miró a una prostituta mayor que estaba pagando en la barra.

—¿Sabes? —me dijo—. Recuerdo una vez cuando era pequeña que estaba con mi madre y mi padrastro en un restaurante y vimos una mujer que se parecía bastante a ella.

—Es guapa, ¿verdad? —dije.

Angie me miró e inclinó la cabeza.

—Te gustan las mujeres duras, ¿eh, butch?

Sonreí y pinché los huevos con el tenedor.

—Recuerdo —continuó Angie— que mi padrastro dijo en voz alta «sucía y asquerosa puta» cuando la mujer estaba pagando su cuenta. Todo el restaurante lo escuchó. Pero la mujer pagó la cuenta, cogió un palillo y se fue lentamente, como si no le hubiera oído. Así seré yo cuando crezca, pensé.

—Es como aquella vez que tenía unos catorce años y vi a una marimacho —dije. Angie me escuchaba con la cabeza apoyada en la palma de la mano—. Se me había olvidado esta historia. Mis padres me arrastraron con ellos de compras. Ya sabes que las tiendas antes de Navidad están abarrotadas, ¿no? Pues de repente todo se quedó en silencio. Todo el mundo estaba pendiente del departamento de joyería. Había una pareja, una marimacho y una femme. Lo único que estaban haciendo era mirar anillos, ¿sabes? —Angie se echó para atrás y suspiró con lentitud—. Todas las miradas estaban clavadas en ellas. La presión que se generó expulsó a esas dos mujeres por la puerta como si fueran corchos de botella. Quise correr tras ellas y suplicarles que me llevaran consigo. Lo único que podía pensar era «Mierda, así seré yo».

Movió la cabeza de un lado al otro.

—Es duro cuando ves el futuro, ¿verdad?

—Sí —afirmé—. Es como conducir por una carretera de un solo sentido y ver un camión que viene de frente por el mismo carril.

Hizo una mueca triste.

—Vamos —dijo—, tengo que dormir aunque sea un poco.

El piso de Angie parecía más acogedor de lo que el mío había sido nunca.

—Me gusta la tela con que están hechas las cortinas de la cocina. ¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Muselina —dijo. Sacó dos botellines del frigorífico—. Escucha, si necesitas casa puede que este piso se quede libre pronto. Muy muy pronto, tú me entiendes.

Ladeé la cabeza.

—¿Como mañana, por ejemplo?

Se echó a reír.

—Puede que incluso antes, quién sabe.

Me bebí la cerveza y encendí un cigarro. Dejé el paquete sobre la mesa de la cocina. Angie cogió uno y se sentó frente a mí.

—Voy a tener problemas pronto, ¿sabes? —Yo asentí—. Así que si quieres quedarte, este sitio es barato.

—¿Sabes? —le dije—. Ni siquiera sé cómo pagar las facturas, ni cómo funciona todo eso. Nunca he vivido en ningún sitio, excepto en casa de Toni y Betty.

Angie me acarició el brazo.

—Voy a darte un consejo; no tienes por qué aceptarlo. Consigue un trabajo en una fábrica para no acabar pasando toda tu vida metida en los bares. La vida en el Tenderloin es como chupar una cuchilla afilada, ¿sabes lo que quiero decir? No digo que las fábricas sean el paraíso, pero quizá puedas trabajar en una con las otras butches, pagar las cuentas, sentar la cabeza con una chica.

Levanté los hombros.

—Ya sé que aún tengo que crecer.

Me sonrió y negó con la cabeza.

—No, cielo. Hablo precisamente de seguir siendo joven. No quiero que tengas que crecer demasiado rápido. Yo crecí la noche

en que me detuvieron por primera vez. Tenía trece años. El policía no dejaba de gritarme que le hiciera una mamada y me reventó a palos porque no lo hice. Pero es que no entendía lo que quería decir con «mamada». No es que no hubiese tenido que hacerlo antes, pero no sabía que se llamaba así.

Me incorporé y caminé hacia el fregadero. Quería vomitar. Angie se levantó y me puso las manos sobre los hombros.

—Lo siento, es una historia estúpida que nadie quiere escuchar.

No podía darme la vuelta para mirarla.

—Venga, cariño, ven a sentarte. —Tiró de mí con cuidado—. Ya estás bien —dijo, dándome la vuelta—. ¿Estás bien?

Le sonreí, pero no fui convincente. Me pasó los dedos por el pelo.

—No estás bien, ¿verdad?

Sentí tal alivio al oírla decirlo en voz alta que empecé a llorar. Me apretó contra su hombro y me acunó. Me separó de ella de nuevo y me miró fijamente.

—¿Quieres hablar? —me preguntó. Yo negué con la cabeza—. Vale —musitó—. No pasa nada. Es solo que a veces es bueno hablar de las cosas.

Me sujetó la barbilla con la mano. Intenté soltarme, pero no me dejó.

—¿Sabes? A lo mejor hablar de estas cosas es más fácil para las femmes que para las butches. ¿Qué opinas tú?

Me encogí de hombros. Me sentía atrapada y tenía náuseas.

—¿Quién te ha hecho daño, cielo? ¿Los policías? —Clavó la mirada en mi cara—. ¿Quién más? —dijo en voz alta—. Ay, cariño, tú también te has hecho mayor ya —susurró en voz baja mientras me apretaba contra ella—. Venga, cielo, siéntate. —Cogió una de las sillas de la cocina y la puso a mi lado.

—Estoy bien —dije.

—Ah, no. Ahora no estás hablando con una butch. ¿Le has contado esto a tu novia?

—No tengo novia —confesé reticente.

Angie puso cara de sorpresa, lo que me hizo sentir bien. Luego sonrió coqueta.

—¿Alguna vez te has abierto con alguna novia?

Me sentí acorralada.

—Esto...

Negó con la cabeza y me miró a los ojos.

—¿Nunca has tenido novia? —Bajé la cara avergonzada—. ¿Cómo es posible que una butch tan joven y apuesta como tú haya escapado a todas esas femmes hambrientas? —se burló, levantándose la barbilla—. ¿Cuántas veces te han detenido, cielo?

Me encogí de hombros.

—Un par.

—Se hace más difícil cuando sabes lo que se te viene encima, ¿verdad?

Le permití mirar en lo más profundo de mis ojos.

—Cariño —se sentó en mi regazo y enterró mi cabeza entre sus pechos—, siento que te hayan hecho daño. Pero, más que nada, siento que no tengas ningún sitio donde poder hablar de esto. Cuéntamelo a mí. Está bien. —Me abrazó con su calor. Sin mediar palabra le dije cómo me sentía. Sin decir nada me hizo saber que lo entendía.

Mis labios rozaron su pecho y un gemido se escapó de su garganta. Nos miramos, alarmadas. El gesto se le había congelado en la cara, parecía asustada, como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche. Fue entonces cuando me di cuenta de que el sexo es muy poderoso.

Angie cogió un mechón de mi pelo entre los dedos y tiró lentamente de mi cabeza hacia atrás. Acercó su boca a la mía hasta que sentí la calidez de su aliento. Un rugido emergió de mi garganta. Angie sonrió. Tiró aún más del pelo y recorrió suavemente mi garganta con sus uñas. Me hormigueaba todo desde la cintura a las rodillas.

Me besó profundamente. Hasta entonces pensaba que la forma en que se lamían los adultos era asquerosa. Creía que ni siquiera lo hacían de verdad. Pero lo que la lengua de Angie le estaba haciendo a la mía me encendió. Intenté que mi lengua abarcara aún más de la suya.

De repente me apartó la cara de nuevo y me miró con ojos extraños y salvajes. Yo estaba asustada, debió de notarlo porque sonrió y me acercó más hacia ella. Mis manos le acariciaban la cintura y mis labios encontraron un pezón endurecido.

Sin mediar palabra, se levantó y me cogió de la mano. En su habitación me besó, me alejó de ella para observarme, y me volvió a besar.

Su mano se deslizó por mi cintura hasta mi entrepierna; yo me aparté.

—¿No llevas paquete? —preguntó. No sabía a lo que se refería—. No pasa nada —dijo, yendo hacia el cajón de la cómoda. Después habló para sí misma en voz baja—: Si no tengo aquí un arnés, me voy a matar.

Me di cuenta de que estaba buscando un dildo. No podía recordar nada de lo que Al me había enseñado, ni una sola palabra. Lo único que recordaba era la advertencia de Jacqueline: puedes hacer que una mujer se sienta genial con esto, o puedes hacerla recordar todas las veces que le han hecho daño.

—¿Qué pasa, cielo? —me preguntó Angie. Ambas observamos el dildo y el arnés que tenía entre las manos. La cara de Angie reflejó una variedad de expresiones que no pude descifrar—. Está bien —dijo mientras se daba la vuelta—. Ven aquí, cariño. Te enseñaré cómo se hace.

Fueron las palabras más reconfortantes que había escuchado en la vida.

Fue hasta la radio y giró el dial hasta que se escuchó la sedosa voz de Nat King Cole cantar *Unforgettable*. Vino hacia mí y se coló entre mis brazos.

—Baila conmigo, cielo. Sabes cómo hacerme sentir bien. ¿Ves cómo te sigo? —me susurró al oído—. Eso es lo que quiero que hagas cuando follemos. Quiero que bailes lento conmigo. Quiero que me sigas como yo te estoy siguiendo a ti. Ven.

Hizo a un lado el dildo, se echó sobre el colchón y me empujó hasta que quedé encima de ella.

—Escucha la música. ¿Notas cómo me muevo? Muévete conmigo —dijo. Y lo hice. Me enseñó otro tipo de baile. Cuando acabó esa canción empezó otra, igualmente lenta, la de la película de Humphrey Bogart, *Casablanca*. Cuando llegó a la parte en que el hombre canta *Woman needs man and man must have his mate*²² ambas nos reímos.

Angie me hizo rodar y empezó a desabotonarme la camisa, dejándome puesta la camiseta interior. Se puso de rodillas y desabrochó con lentitud el botón de mis pantalones. Me los bajó, pero me dejó puestos los calzoncillos. Me peleé con el arnés y el dildo hasta que me los puse. Angie me empujó contra la almohada y cogió la polla de goma entre las manos. La manera en que la tocaba me fascinaba.

—¿Sientes cómo te toco? —susurró con una sonrisa. Me arañó por encima de la camiseta y en los muslos. Tenía la boca muy cerca de mi polla. —Si vas a follarme con esto —dijo, acariciándola— tienes que sentirla. Hay que imaginárselo.

Cogió el glande entre sus labios y empezó a mover la boca de arriba abajo, recorriéndolo entero.

Cuando finalmente habló, lo único que dijo fue:

—Ahora.

Angie se echó de espaldas mientras yo le quitaba la ropa con torpeza. La toqué con la falta de destreza de una adolescente. Al principio pensé que estaba siendo sumamente paciente conmigo.

22. «La mujer necesita al hombre y el hombre necesita a su pareja». La canción juega con la ambigüedad de la palabra *mate*, que también puede ser «colega».

Luego me pregunté si mi torpeza hacía que se excitara más que si yo hubiera tenido mucha experiencia. Cuando notaba mi inseguridad o mi miedo, estaba más atenta y me alentaba a seguir. Cuando me aceleraba como un potro, me hacía retomar el control.

Sin embargo, ninguno de los consejos que me habían dado las butches mayores podría haberme preparado para el momento en que me arrodillé entre las piernas de Angie y no tuve ni idea de qué hacer.

—Espera —me dijo—. Deja que lo haga yo. —Dirigió con suavidad la polla hacia su interior—. Espera —repitió—, no empujes. Con cuidado. Déjame acostumbrarme a tenerte dentro antes de moverte.

Me puse encima de Angie con cuidado. Pasado un momento, su cuerpo se relajó debajo del mío.

—Sí —jadeó mientras me movía con ella, dejándome guiar. Descubrí que si intentaba pensar en lo que estaba haciendo, perdía el ritmo que marcaba su cuerpo. Así que dejé de pensar.

—Sí, sí. —Se excitó más y más. Angie enloqueció entre mis brazos. Me asusté; no sabía lo que estaba pasando. De repente empezó a gritar y me tiró del pelo. Yo dejé de moverme. Tras una pausa larga, su cuerpo se desplomó debajo de mí. Dejó caer un brazo sobre la almohada, molesta.

—¿Por qué has parado? —me preguntó en voz baja.

—Pensé que te estaba haciendo daño.

—¿Haciéndome daño? —elevó un poco la voz—. ¿Nunca has...? —Se paró a mitad de frase—. Cariño —me preguntó, buscando en mi cara la verdad—, ¿nunca antes habías estado con una mujer?

Me subió tanta sangre a la cara que la habitación comenzó a dar vueltas. Miré hacia otro lado, pero aún estaba dentro de ella.

—Espera —dijo, agarrándose el culo con firmeza—. Sácala con suavidad, cuidado, ¡ah!, así.

Angie se incorporó lentamente y fue a por un paquete de cigarrillo, unas cerillas, un cenicero y una botella de whisky.

—Lo siento —dijo. Giré la cara—. Escucha, Jess, lo siento de verdad. No sabía que nunca habías estado con una mujer. La primera vez debería ser especial. Es una gran responsabilidad, ¿sabes? Ven, cariño.

Me apreté contra ella. Me quedé entre sus brazos, en silencio. Billie Holiday cantaba en la radio. Ambas notamos a la vez lo cerca que estaba mi boca de su pecho, y algo se encendió entre nosotras.

—Túmbate —me dijo—. Relájate. No voy a hacerte daño. —Se sentó a horcajadas sobre mi cintura y empezó a masajearme los hombros por encima de la camiseta. Notaba la fuerza de los músculos de sus muslos. Me recosté, y ella se quedó encima de mí. Alcancé su cara y la atraje hacia mí para besarla.

Me dio otra oportunidad. Esta vez lo hice mejor.

Nos abrazamos durante un largo rato, sin hablar. Luego se rio:

—Eso ha estado genial —dijo—. Ha sido maravilloso.

Fue muy amable por su parte decir aquello. Me guio suavemente fuera de ella y me besó por toda la cara, haciéndome reír.

—Eres muy dulce —me dijo—. Lo sabes, ¿verdad?

Me sonrojé, lo que le hizo gracia, y me besó la cara encendida de nuevo.

—Eres muy guapa, de verdad —dije. Ella hizo una mueca y se estiró para coger un cigarro. Yo negué con la cabeza—. ¿Cómo puede ser que vivas de tu cuerpo y no sepas lo hermosa que eres?

—Precisamente por eso —se rio amargamente—. Lo que quiera que sea que encuentran atractivo debe de ser en realidad horrible, ¿no crees? —No lo entendía, pero asentí—. ¿Todavía me respetarás cuando te despiertes? —preguntó.

—¿Te casarás conmigo? —pregunté yo.

Ambas nos echamos a reír y nos abrazamos; pero lo triste es que creo que había algo de verdad en nuestras preguntas.

Angie me miró fijamente durante un rato.

—¿Qué? —me preocupé—. ¿Qué pasa?

Me pasó la mano por el pelo.

—Desearía poder hacerte sentir así de bien. Eres una stone, ¿verdad? —Bajé la mirada. Ella me levantó la barbilla y me miró a los ojos—. No te avergüences de ello delante de una prostituta, cariño. En esta profesión todas lo somos de alguna manera. Es solo que no tienes por qué encasillarte en ello. Está bien que encuentres una femme en quien confíes en la cama y que digas lo que necesitas, o que quieras que te toquen. ¿Me entiendes? —Me encogí de hombros. Continuó hablando—. Cuando era niña recuerdo ver un grupo de chicos más mayores en círculo en el parque. Me acerqué a ver qué estaban haciendo. —Me incorporé sobre un brazo para escucharla—. Había un escarabajo grande. Los niños estaban molestándole con un palito. El bicho se hizo una bola para protegerse. —Se rio entre dientes—. Dios sabe que a mí también me han pinchado con demasiados palos. —La besé en la frente—. Joder, para cuando somos lo suficientemente mayores para follar ya nos da demasiada vergüenza que nos toquen. Es un crimen, ¿no? —Yo me volví a encoger de hombros—. ¿Confiarás en mí, aunque sea un poco? —me preguntó. Mi cuerpo se tensó—. No te tocaré en ninguna parte en que te hayan hecho daño, lo prometo. Date la vuelta, cielo —susurró.

Me levantó la parte de atrás de la camiseta.

—Vaya, tienes la espalda en carne viva. ¿Esto lo he hecho yo? —Me reí—. Ay, está sangrando un poco. ¿Te he hecho daño? —Negué con la cabeza—. Menuda butch estás hecha —rió. Las manos de Angie me frotaron los hombros y las lumbares y se llevaron el dolor. Deslizó sus uñas espalda abajo, por mi costado, y después sus labios hicieron el mismo recorrido. Apreté la almohada entre los puños. Sabía que le encantaba ver que sus caricias hacían que me retorciera de placer.

Cuando su mano subió por mi muslo, me quedé paralizada.

—Lo siento, cielo. No pasa nada —me aseguró. Rodé sobre la espalda y ella vino a mis brazos—. Normalmente soy yo la que reacciona así —me contó—. Es raro. Es como estar al otro lado del espejo, ¿sabes?

No lo sabía, pero notaba cómo me sumía inevitablemente en el sueño.

—Ahora duérmete, cariño —me arrulló Angie—. Aquí estás a salvo.

—Angie —le pregunté, deslizándome hacia el sueño—, ¿estarás aquí cuando despierte?

—Duérmete, cariño —me contestó.

7

Era hora de buscar trabajo en alguna de las fábricas. Las butches me decían que intentase entrar en la de acero o en la de automóviles. Claro que eso yo ya lo sabía. No era idiota. La fuerza de los sindicatos en las industrias pesadas había conseguido buenos salarios y beneficios sociales decentes.

Pero Edwin dijo que era más que eso. Los sindicatos aseguraban la estabilidad laboral. Dijo que, a diferencia de un trabajo en una tienda donde no hubiese sindicatos, si tenía un problema con algún imbécil en la fábrica, eso no significaba tener que firmar el despido. No te podían echar simplemente porque al encargado no le gustase tu cara. Con la protección sindical, unas marimachos como nosotras podían hacerse un hueco y empezar a acumular una valiosa antigüedad.

Entre tanto, mientras esperaba a que se abriese la contratación, tenía que trabajar en agencias de trabajo temporal por el salario mínimo. A principios de otoño, la agencia me envió a echar una jornada a los muelles de carga de una empresa de productos congelados. Se me aceleró el corazón cuando vi a Grant entrar en la

fábrica delante de mí. Fui hasta ella y le estreché la mano. La descarga de camiones en los muelles era territorio masculino. Significaba mucho tener a otra butch guardándote las espaldas. Grant hundió las manos enguantadas en los bolsillos de su abrigo azul marino.

—Brrrrr —se estremeció—. Se me está congelando el culo aquí fuera, vamos dentro. —Después comenzó a caminar despacio hacia los muelles de carga. Nunca se apresuraba. Era muy guay.

—¡Marimachos a las doce en punto! —gritó uno de los camioneros.

Algunos tíos se asomaron desde el interior del edificio y movieron la cabeza con asco. Iba a ser un turno largo. Me alegraba de caminar despacio, como si el puto aparcamiento fuera nuestro.

Subimos al muelle. El encargado vino a echarnos un vistazo. Grant se quitó el guante y le extendió la mano. Al principio parecía que no se la iba a estrechar, pero lo hizo. El poco respeto que obtuvo Grant, se lo ganó sola.

La tarde estaba cayendo. El sol se hundía en el cielo invernal. Un viento brutal soplabla desde el lago helado. El enorme tráiler que estábamos descargando nos protegía del viento, pero no del frío. Me estremecí. Nos había dicho que teníamos que descargar dos de esos camiones enormes durante el turno. Las dos asentimos. Personalmente, tenía mis dudas.

Trabajábamos en silencio con dos tíos. Ninguno de los dos nos dijo una sola palabra. Tampoco hablaban casi entre ellos. Cuando Grant y yo teníamos que rodear a los hombres, todos bajábamos la vista. Era más difícil aguantar eso que una tormenta de insultos.

Las cajas de alimentos congelados no eran pesadas como había supuesto, al menos no las tres primeras horas. Después, parecía que estaban llenas de acero helado. Los músculos me quemaban y me dolían. Me sentí eufórica cuando la carga del camión comenzó a vaciarse. Trabajé más rápido. Grant me detuvo con la mirada.

Había olvidado que había otro tráiler hasta que lo vi allí parado, esperando en el aparcamiento.

Tuvimos un respiro de diez minutos mientras el camión se alejaba y se colocaba el siguiente. Luego comenzamos a descargar las interminables filas de cajas de su interior.

El sudor me caía a chorros entre los pechos, pero tenía la cabeza helada y las orejas me ardían como el fuego. Ahí fue cuando me di cuenta con horror de que a los dos hombres con los que estábamos trabajando les faltaban trozos de las orejas. Congelación.

En algunas fábricas había hombres a los que les faltaban dedos por debajo de la segunda falange, o los pulgares. Aquí fuera, en los muelles, pegados al lago helado, los hombres perdían pequeñas partes del cuerpo que quedaban expuestas. Aquello me dio miedo. Me pregunté qué tendría que sacrificar para poder sobrevivir.

Tuve un escalofrío. Grant me dio un ligero empujón para que me centrara de nuevo en la tarea que tenía entre manos. Me miró de arriba abajo para asegurarse de que estaba bien. No lo iba a preguntar en voz alta. Si queríamos estar seguros en un terreno de hombres, teníamos que trabajar con dignidad, como si no necesitásemos esforzarnos. Además, no quería que Grant me viera helada, cansada y asustada. Ella parecía estar bien. Ni siquiera jadeaba.

Cuando por fin acabamos, fuimos a ver al capataz del turno de noche para firmar el recuento de horas y salimos al aparcamiento. Nos sentamos en el coche de Grant y fumamos en silencio. Me temblaban los brazos del cansancio. Era el primer descanso de verdad que habíamos tenido en ocho horas. Nuestro aliento lleno de humo formaba cristales de hielo en el parabrisas. Grant aceleró el motor y pusimos la radio mientras esperábamos a que el coche se calentase.

—No ha sido tan horrible, ¿no? —comenté.

—¿Estás de coña? —me preguntó con incredulidad—. Hacia la mitad creía que me iba a morir.

Me quedé estupefacta.

—¿En serio? ¡Parecía que no te estaba costando nada!

—Debes de estar de coña —dijo riendo—. Lo único que me hizo aguantarlo fue que parecía que tú lo estabas llevando bien. ¡Pensaba que tenía que demostrarte que una vieja butch como yo podía seguir el ritmo de una mocosa como tú!

Durante unos instantes me sentí incómoda. Si había confiado en mí, es que no tenía ni idea de lo frágil que era el apoyo que había elegido. Después me sentí agradecida, me di cuenta de que estaba intentando animarme incluso en un momento como ese.

—¡Lo lograste! —Me golpeó el hombro suavemente—. ¡Dios! —añadió, mientras un gesto de miedo le cruzaba el rostro—. ¿Viste las orejas de esos tíos?

Acabamos de fumar en silencio, perdidas en pensamientos parecidos.



Siempre es duro el primer día que empiezas a trabajar en una fábrica, a nadie le resulta fácil. Costó un tiempo que me aceptaran en la comunidad de la planta. Antes de que los compañeros empezaran a cuidar de ti querían saber si ibas a quedarte. Muchos trabajadores no volvían después del primer día, o no conseguían alcanzar la cuota. Otros llegaban a la víspera de los noventa días necesarios para unirse al sindicato y los despedían.

Yo planeaba quedarme en la imprenta, si podía. Llegué fácilmente a la cuota el primer día, alimentando las máquinas y preparando los palés. Pero el segundo día frené un poco. Si alcanzaba la cuota con demasiada facilidad, el encargado la subiría.

Me estaban observando, y lo sabía. El primer día me dejé puestas las gafas de sol todo el día, en actitud defensiva. No me quité la chaqueta vaquera, la mantuve abrochada cubriéndome la camiseta negra de manga corta que llevaba debajo.

Era una empresa pequeña donde explotaban al máximo a los trabajadores y solo había un sindicato amarillo. Yo era la única mari-macho. Si hubiese sido una planta grande, habría habido muchas más camioneras y habríamos tenido nuestros propios equipos de béisbol o de bolos sin salir de la fábrica. Allí probablemente me habría vendado los pechos, habría llevado una camiseta blanca de manga corta sin chaqueta y habría encontrado mi sitio en la pequeña estructura social de la fábrica.

Pero, aunque todavía no había sido iniciada en la sociedad de la planta, no me negaron la amabilidad. A la hora de la comida, me compré un refresco en la expendedora que había junto a la máquina de fichar y me senté en un palé a comerme mi sándwich de mortadela. Muriel, una de las mujeres mayores indígenas que trabajaban a mi lado en la cadena de montaje, me ofreció la mitad de su manzana. Me puse de pie y le di las gracias. Agradecí mucho el gesto. Cada mañana durante la semana siguiente, Muriel me ofreció café de su termo. Todo el mundo nos miraba, evaluando lo que veían.

Esos momentos antes de que sonase el silbato que daba comienzo a la jornada eran preciosos porque eran nuestros. Solo el sonido de la máquina de fichar acababa con ellos. Todos nos arrastrábamos de la cama más temprano por las mañanas para estar en la fábrica quince minutos antes de la hora de entrar. Bebíamos café y comíamos dulces, charlábamos y reíamos.

También hablábamos durante todo el día. Los dueños solo alquilaban nuestros brazos, no nuestros cerebros. Pero cuando tu tiempo le pertenece al jefe, tienes que negociar hasta las charlas. Si daba la impresión de que nos lo estábamos pasando demasiado bien, de que nos reíamos y divertíamos en exceso, el capataz venía por detrás, golpeaba con una tubería la madera de las mesas de trabajo y gruñía: «Ponte a trabajar». Después todos nos mirábamos fijamente las manos mientras trabajábamos y apretábamos los labios

con una rabia silenciosa. Creo que a veces el encargado se ponía nervioso después de hacerlo, sentía las miradas asesinas que le lanzábamos en cuanto giraba la espalda. Pero su trabajo consistía en controlarnos. Eso requería mantenernos divididos.

Teníamos orígenes y nacionalidades muy diferentes. Casi la mitad de las mujeres de la cadena eran de las Seis Naciones²³. La mayoría mohawk o seneca. Lo que teníamos en común era que trabajábamos juntas, día tras día. Así que nos acordábamos de preguntarnos unas a otras por el dolor de pies o de espalda o por los problemas familiares. Compartíamos algunas cosas de nuestras culturas, hablábamos de nuestras comidas favoritas o nos contábamos secretos vergonzosos. Era justo ese potencial para la solidaridad lo que el capataz intentaba sabotear. Lo hacía de muchas formas, todo el tiempo: una mentira susurrada, una insinuación cruel, una broma vulgar. Pero era difícil separarnos. La cinta transportadora nos mantenía unidas.

Con el paso de las semanas me acogieron, y empezaron a tomarme el pelo y a bombardearme con preguntas. Tenían en cuenta mis diferencias pero buscaban puntos en común. Trabajábamos juntas, hablábamos, escuchábamos.

Y después estaban las canciones. Por las mañanas, cuando sonaba el silbato por primera vez, había una sensación compartida de bajón en todos los hombres y mujeres que trabajábamos bajo sus órdenes. Nos poníamos en pie, esperábamos callados en la fila para fichar e íbamos a nuestros puestos en la cadena de montaje, unos juntos a otros, mirándonos. Los primeros momentos trabajábamos en medio de un silencio pesado. Pero la voz de una mujer indígena pronto aligeraba ese peso. Eran canciones comunitarias, canciones felices que te hacían sentir bien, incluso si no tenías ni idea de lo que significaba la letra.

23. Confederación de seis pueblos originarios de la costa este del actual Estados Unidos.

Yo escuchaba las canciones tratando de encontrar las separaciones entre las palabras, los patrones y las repeticiones. A veces una de las mujeres nos explicaba su significado, o nos decía el momento o la época del año en la que se cantaba.

Había una que me gustaba más que ninguna otra. Me sorprendía a mí misma tarareándola después de fichar por las tardes. Un día, sin pensarlo, la canté. Las mujeres fingieron no darse cuenta, pero se sonrieron unas a otras con los ojos y empezaron a cantar un poco más alto para que yo pudiera levantar la voz. Después de eso, empecé a esperar las canciones de por las mañanas. Algunas de las otras mujeres que no eran indias también aprendieron canciones. Nos hacía sentir bien cantar juntas.

Una noche gélida de viernes, antes de fichar para salir, Muriel me invitó a un pow-woo²⁴ que se celebraba a cubierto el domingo. Dije que sí, por supuesto. Me sentí honrada.

Allí estaban algunos otros compañeros blancos y negros, amistades demasiado valiosas como para verlas únicamente en el horario de trabajo. Empecé a ir regularmente y me volví adicta al pan frito y a la sopa de maíz.

Me convencieron un par de veces para levantarme y unirme al corro de baile. Debo decir que, aunque los golpes del tambor me resonaban en el corazón, nunca llegaron a bajar hasta los pies. Me sentía rara bailando e insegura por ser tan butch.

Por supuesto, la hija de Muriel, Yvonne, también hacía que me sintiese cohibida. Estaba muy pillada de Yvonne. Trabajaba en la oficina principal de la misma fábrica que nosotras. Todo el mundo sabía que era la novia de un jefe de la mafia local. Eso no impedía que estuviésemos pendiente la una de la otra cuando nos veíamos. Creo que todas las mujeres lo notaban.

24. Acto en el que los miembros de los pueblos originarios se reúnen para cantar, bailar, socializar y honrar a su cultura.

Había decidido que no iba a pensar siquiera en acercarme a Yvonne, incluso aunque parecía que yo le gustaba. Algunas de las butch más mayores me habían advertido de que, a veces, en el trabajo, los tíos presionaban a una de sus compañeras para que se acostara con un marimacho, como una broma, y que luego les contase lo que había pasado. Ese era el último día de trabajo para la butch, que normalmente lo dejaba por vergüenza. Antes o después, el estigma también acababa afectando a la mujer que había dormido con ella, y también se iba.

Al principio tenía miedo de que me sucediese eso con Yvonne, pero ella no era para nada así. Una noche, cuando varios de nosotros salimos a emborracharnos después del trabajo, me dijo que su novio había insinuado que le gustaría mirar mientras ella y yo hacíamos el amor y que ella le había mandado a la mierda. Sin embargo, una vez que dijo aquello en voz alta, era difícil no pensar en hacer el amor con ella.

Justo antes de navidad, la plantilla entera fue a un bar cerca de la fábrica para tomar algo. Fuera había una fuerte tormenta de nieve. Dentro bebíamos y reíamos. Cuando salimos, la nieve casi había cubierto los coches. Calenté la cerradura del viejo Dodge de Muriel con el mechero para descongelarla. Cuando finalmente conseguí que la puerta se abriese, Yvonne me besó en la boca. Me dejó en el aparcamiento, aturdida y excitada.

La noche siguiente fui al Malibou y no paré de preguntarme cómo sería llevar a Yvonne allí.

Estaba contenta en la fábrica: tonteaba con Yvonne, escuchaba las historias de Muriel, esperaba la siguiente salida en grupo. Las noches de los viernes bebíamos en el bar donde cobrábamos los cheques. Las noches de los sábados las pasaba en el bar gay. Me sentía bien.

Un día, cuando sonó el silbato de la fábrica, empezó a flotar en el aire un silencio denso. Miré las caras de las demás una por una. Pasaba algo. Muriel habló primero:

—Hoy empiezas tú a cantar —dijo despreocupadamente—. La canción que quieras.

Miré a mi alrededor sin creérmelo, pero lo decía en serio. Noté que la cara se me ponía roja. No quería llamar la atención. No quería escuchar mi voz cantando sola en voz alta, quizá durante un minuto, por encima de los sonidos de la maquinaria y de las demás mujeres. De hecho, me di cuenta de que me daba vergüenza mi propia voz.

—No puedo —protesté. Estaba a punto de llorar. Nadie dijo nada. Simplemente siguieron trabajando en silencio. A la hora de comer me di cuenta de que nadie iba a cantar hasta que lo hiciese yo.

¿Por qué? Me preguntaba. ¿Por qué me están haciendo esto? ¿Se están burlando de mí? Sabía que no era cierto. Se habían dado cuenta de que yo movía los labios siguiendo las letras de las canciones en silencio. Estaban invitando a mi voz a que se uniese a las suyas. Me estaban honrando de nuevo.

Esa noche no me pude dormir por el pánico. La rutina diaria no se reanudaría hasta que cantase. La garganta me temblaba solo de pensarlo. Pensé en llamar diciendo que estaba enferma, pero hacer eso era demasiado cobarde y no iba a cambiar nada. Nadie iba a olvidar que me habían invitado a empezar a cantar. Además, el día siguiente era Nochebuena. Perdería mi paga de navidad si llamaba para decir que estaba enferma. E inmediatamente después de las vacaciones podía unirme al sindicato.

Por la mañana intenté actuar normal en el trabajo. Me recibieron como siempre. Cuando entró Yvonne me pregunté si sabía algo. Su sonrisa me dejó claro que sí. Sonó el silbato. Todos fichamos. Nos colocamos en nuestros puestos en la cadena de montaje. La tensión se podía cortar con un cuchillo. Me aclaré la garganta varias veces. Muriel se miraba las manos mientras trabajaba; sonreía tranquilamente.

Eso era todo. Tenía que encontrar mi voz y estar orgullosa de ella. Después de varios comienzos en falso, empecé a alzar la voz cantando la canción que más me gustaba, la primera que había aprendido. Casi de inmediato, las otras mujeres elevaron la voz con la mía para evitarme el sufrimiento. Nos sonreímos unas a otras y cantamos con lágrimas en los ojos.

Después de la comida, el capataz me llamó a su oficina y me entregó un papel rosa.

—Lo siento —dijo.

Me acompañó hasta la taquilla para coger mis cosas. No tenía permiso para despedirme de nadie.

Me sentía avergonzada de que me echaran. Sabía que era porque estaba cerca de poder entrar en el sindicato. Y sabía que la dirección tenía miedo del aumento de la solidaridad. Pero mi vergüenza aumentó cuando me di cuenta de que el capataz probablemente había escuchado mi voz alzándose sola mientras cantaba.

Fui andando a casa en medio de la nevada. Los montones de nieve amortiguaban los sonidos de la ciudad. Estaba de bajonazo. Inmediatamente después de las vacaciones tendría que empezar a buscar trabajo de nuevo. Cuando llegué, tenía la esperanza de que sonara el teléfono. No lo hizo. No tenía nada que esperar salvo ver el especial de navidad de Perry Como²⁵. Eso me hizo sentir mucho peor. Beber tampoco iba a ayudar, nunca lo había hecho.

Estaba pensando en ir al Malibou cuando oí pasos subiendo las escaleras. Abrí la puerta. Eran Muriel, Yvonne y otras mujeres indígenas de la fábrica. Me traían comida y regalos. Iban de camino a una fiesta. Estaba invitada. Muriel me miró y, con un gesto de solemnidad fingida, me dijo: «Ahora tienes que aprender a bailar».

25. Cantante, actor y presentador de televisión. Tuvo una enorme popularidad en Estados Unidos durante más de cuatro décadas, entre los años cincuenta y los noventa.

8

—¿Conseguiste el grado cinco? —En la cafetería de la fábrica se oyeron los vítores de las butches—. ¡Bien! ¡Vamos! —Todas las butches me daban palmadas en la espalda y me daban la mano. Me sentía eufórica.

Butch Jan me rodeó con el brazo.

—Lo has hecho bien, peque —dijo. Me puse roja.

—¿Cómo lo has conseguido? —quiso saber Frankie. La verdad es que no sabía por qué me habían elegido a mí para el trabajo. Quizá por la misma razón por la que se nos estaban abriendo las puertas de un montón de puestos en las fábricas: estaban reclutando a todos los chichos jóvenes.

Llevaba seis meses en aquella imprenta. Era enorme. Grant y yo habíamos conseguido trabajo a la vez. Después, cuando abrieron un nuevo departamento de materiales educativos, contrataron a siete butches más de las nuestras. Nueve en total. El equipo con el que había estado jugando al sóftbol durante el verano casi al completo. Nueve de nosotras, era un paraíso.

Como llevaba un tiempo en la imprenta, estaba ya en el sindicato y me las sabía todas. Así que a veces las otras butches me pedían consejo sobre los problemas que surgían en su departamento o sobre el sindicato. Yo disfrutaba con ese cambio de papeles inesperado.

Trabajaba con Jan en la sección de corte y plegado. Máquinas gigantescas doblaban los enormes pliegos de papel que luego se cortaban para hacer las páginas. Estas se amontonaban y se colocaban en palés cerca de la máquina de encolado. Las mujeres se apresuraban a llenar de papel los depósitos de la encoladora. Las páginas caían en una cinta transportadora. Las mujeres que estaban al final de la cinta añadían las cubiertas y las grapaban. Yo apilaba los folletos terminados en los palés.

De vez en cuando me sacaban de esa tarea y me ponían a descargar los camiones que traían los palés de papel nuevo. Lo esperaba con ganas porque significaba conducir una carretilla elevadora. Lo único que no me gustaba es que me sentía un poco distanciada de las otras chicas. A ninguna de mis compañeras la sacaban nunca de la cadena de montaje para ponerla en otro lado.

Una mañana, el capataz me sustituyó en la cadena.

—Goldberg, ven —me ordenó Jack. Le seguí al muelle donde llegaban los camiones—. Espera aquí —me dijo.

Tommy hizo una mueca de burla a la espalda de Jack.

—Odio a ese tío —me dijo cuando Jack se marchó—. Me recuerda al oficial que tuve en la Marina, siempre riéndose de mí. Le odiaba con toda mi alma.

Asentí, pero no dije nada. Tommy era majo, pero no sabía si iba a contar algo de lo que dijera. Miró el reloj.

—Casi es la hora de la comida —dijo—. Dios, odiaba la Marina. Dos años de mi vida robados. Me pasaba el día mirando el reloj. Me podían obligar a hacer cualquier cosa, pero no podían parar el tiempo. Tarde o temprano tenían que dejar que me fuera.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué te alistaste?

—¿Estás de broma? —me preguntó—. Para que no me reclutasen en el ejército. Johnson está mandando a Vietnam a cualquiera que pueda caminar.

Jack volvió con Kevin, que era su ayudante, y con Jim Boney. Joder, odiaba a Jim Boney.

—Ey, Tommy, ¿estás convirtiendo a Jess en una mujer de verdad? —se burló Boney. Tommy me miró con malicia y se agarró la entrepierna.

—Vamos —Jack me ordenó que lo siguiera.

Miré a Tommy. Me dijo «lo siento» moviendo los labios en silencio. Yo le respondí «que te jodan» de la misma forma.

Jack me llevó a una plegadora gigantesca que estaba parada. Le vi coger las herramientas.

—Atenta —me ordenó mientras ponía la máquina a punto para un plegado de diferente tamaño. No me lo podía creer. Era un trabajo de aprendiz. A nadie más le estaba permitido aprender los misterios de la preparación o la reparación de la maquinaria. Ser aprendiz te permitía llegar a oficial. Me emocioné con la idea.

—Fija la parte vertical de la misma forma —dijo Jack. Cogió un trapo y se limpió el aceite de las manos mientras yo intentaba fijar los pliegues verticales—. No, así —me corrigió. El silbato de la comida nos interrumpió—. Después de comer —me dijo. Salí volando a la cafetería.

¿Por qué los momentos triunfales tienen que ser tan fugaces? Justo cuando acababan de felicitarme, Duffy, el delegado del sindicato, se acercó a la mesa.

—Goldberg, ¿puedo hablar contigo un minuto?

Le señalé la silla que había a mi lado.

—Claro.

Me hizo un gesto hacia la puerta. Cuando salimos al pasillo, tenía la sensación de que ya sabía de qué iba aquello.

—Duffy, no me digas que hay alguna puta razón por la que no puedo romper la barrera del quinto grado.

Cruzó los brazos y miró al suelo.

—Escucha, Goldberg. Sé que quieres ese grado, y te lo mereces. Ninguna mujer de la fábrica ha superado nunca el cuarto grado y ninguno de los tíos, excepto uno, ha trabajado nunca por debajo del quinto. Eso no está bien.

Entrecerré los ojos.

—¿Y?

Suspiró.

—Y estaría dispuesto a luchar para que tú o cualquier otra mujer consiguiese un trabajo de quinto grado. Pero este no.

Quería darle un puñetazo.

—¿Por qué coño no, Duffy? —Me puso la mano suavemente en el hombro. La quité de una sacudida. Tenía los puños apretados a ambos lados del cuerpo.

—Escucha, Goldberg. Jack y Boney te la están jugando.

—¿Qué tiene que ver Jim Boney con esto? —pregunté, confusa. Duffy sacó un paquete de cigarrillos y me ofreció uno. Lo cogí.

—¿Conoces a Leroy? Tiene un grado cuatro. La mayor parte del tiempo le ponen a barrer.

Exhalé despacio.

—Mierda, no lo sabía.

Duffy asintió.

—Ha estado pidiendo un trabajo de grado cinco más de un año. Cuando contrataron a Freddie el mes pasado, Leroy le dijo a Jack que quería el trabajo. Jack le siguió dando evasivas. Finalmente Leroy vino a pedirme que le ayudase a pelear por el puesto, así que presentamos una queja. —La imagen completa comenzaba a aparecer ante mí—. Jack te está utilizando. Boney es del sindicato, pero es un jodido racista que prefiere ayudar a Jack a bloquear a

Leroy antes que trabajar con un negro. Leroy se merece el trabajo —añadió Duffy.

—Bueno, yo también —protesté, pero lo dije sin mucho convencimiento. Duffy podía ver cómo me debatía con lo que había dicho.

—Sí, sí que lo mereces. Y te ayudaré a pelear por un trabajo de un grado superior si quieres hacerlo, pero no este. Ponte de mi lado en esto, Goldberg. Es muy importante para el sindicato ahora mismo.

—¿Por qué ahora mismo? —pregunté.

—Nuestro convenio acaba a finales de octubre. La empresa va a hacer cualquier cosa para dividirnos y hacer más difícil que vayamos a la huelga si es necesario. Necesitamos estar unidos.

Me enfurruñé.

—Mira, Duffy, sabes que estoy con el sindicato. Pero las butches ni siquiera pueden ir a las reuniones.

Duffy parecía confuso. Le expliqué que se nos permitía beber en el vestíbulo del sindicato, pero no subir a las reuniones.

—¿Eso quién lo dice? —quiso saber.

—Así son las cosas. Así han sido siempre, según he oído.

Duffy me pasó el brazo por los hombros.

—Mira, ayuda a Leroy con esto. En cuanto acabe la huelga juntas a las butches, cojo a todos los delegados sindicales que pueda, vamos en grupo a una reunión y decimos que tenéis derecho a estar ahí.

Sonaba a que se podían cambiar las cosas.

—Vale —dije—. Pero ¿cómo es que tenemos que esperar a que pase la huelga?

Levantó las cejas.

—Bueno, no tenemos por qué. Es solo que las cosas se van a poner complicadas con lo de Leroy, de una forma u otra. Voy a intentar mantenerlo todo en su sitio durante el verano, así estaremos fuertes si necesitamos ir a la huelga, ¿vale?

Me encogí de hombros y asentí. Sonó el silbato de la comida. Entré en pánico.

—¿Qué le digo a Jack?

Jack apareció por la esquina mientras hablaba.

—¿Estás lista? —me preguntó.

Respiré hondo.

—No me encuentro muy bien, Jack. Voy a fichar e irme a casa.

Miró a Duffy.

—Cuidate.

—Lo has hecho bien, Goldberg —me susurró Duffy cuando se marchó.

Sonreí a regañadientes.

—Llámame Jess.

Cuando sonó el silbato a la mañana siguiente fui a mi sitio en la máquina de encolar, preparada para ponerme a llenar de papel los depósitos. Pude ver a Duffy y a Leroy hablando con Jack. Duffy agitaba las manos y gritaba por encima del estruendo de la maquinaria. Jack tenía las manos apoyadas en las caderas y un gesto de enfado en la cara.

Cuando volví a mirar unos minutos después, Leroy estaba trabajando en una máquina con el ayudante de Jack. Me preocupaba Leroy, esos tíos no le iban a hacer la vida fácil. Como me di cuenta después, tampoco estaban muy contentos conmigo.

—Hija de puta —me gritó Jack al oído cuando pasó a mi lado. Jim Boney me miraba fijamente desde el otro lado de la sala. Jan estaba al final de la otra línea de encolado, observándolo todo.

Lo más duro fue contarle a las butches durante la comida que volvía al grado cuatro.

—Eso no está bien —dijo Grant con hosquedad. Johnny y Frankie se miraron la una a la otra y negaron con la cabeza. Jan había visto todo lo que había pasado. Les conté a todas la promesa que me había hecho Duffy de que las butches íbamos a ir a las reuniones del sindicato.

—Un gran trato —rio Grant—. Eres como Jack y las judías mágicas. Has cambiado una vaca por una judía mágica. Que les jodan. No quiero ser parte de un sindicato que no me quiere allí.

La cara me ardía.

—No podemos decir «que le jodan al sindicato», pertenecemos a él. El convenio se acaba en octubre. ¿Qué vamos a hacer, ir a la oficina del gerente a negociar una por una? No tenemos elección. Vamos a hacer que esos tíos se den cuenta de que nos necesitan.

Grant dio un puñetazo en la mesa.

—Yo sí tengo elección. No quiero formar parte de este sindicato. Nos has traicionado. Que te jodan.

Sonó el silbato. Se había acabado el almuerzo. Todo el mundo se levantó y volvió al trabajo. Me quedé un momento en la mesa, intentando recordar lo bien que me había sentido el día anterior. Habría hecho cualquier cosa para recuperar el respeto que había perdido. Jan todavía estaba en la mesa. Se puso de pie y me puso una mano en el hombro.

—Vamos, es tarde.

Me levanté y suspiré. Me sentía derrotada y hecha polvo. Jan me miró a los ojos.

—La vida es complicada, ¿verdad? —asentí, incapaz de devolverle la mirada. Me acarició la mejilla con cariño con su mano llena de callos—. Creo que hiciste lo correcto.

Me acordé de algo que me dijo la profesora de inglés del colegio sobre no buscar la aprobación de los demás cuando haces lo correcto. Pero necesitaba tanto la aprobación de Jan en ese momento que se me llenaron los ojos de lágrimas de agradecimiento.



A partir de ese día, Jim Boney empezó a cebarse conmigo sin piedad.

—Eh, chúpame la polla —me gritó desde el almacén.

Nadie quería enfrentarse a él, en parte porque ejercía control intimidando a la gente y en parte porque estaba muy unido al capataz.

—¿Qué voy a hacer, Jan? —me quejé mientras tomábamos una cerveza.

—Tienes que enfrentarte a él —me dijo. No quería pelearme con Jim Boney. Le tenía miedo—. No hay otra forma de pararlo.

—Sabía que tenía razón.

Dos semanas después, Jim Boney se pasó de la raya. Estaba inclinada para coger pliegos de papel del palé y noté algo en la parte de atrás del muslo. Me palmeé en la zona y toqué carne. Jim Boney se había sacado la polla de los pantalones y la estaba restregando contra mis vaqueros. Me sentí mareada por el miedo y el asco. Lo peor fue que Jim Boney vio la cara que puse y supo lo que pasaba. Jack y él se rieron de mí.

Todas las mujeres estaban mirando en lugar de trabajar, así que los folletos se acumulaban al final de la cadena de montaje y caían al suelo. Jack apagó la máquina. Todo se quedó en silencio.

Leroy llamó gilípollas a Jim Boney y le dijo que se guardase esa polla diminuta dentro de los pantalones. Boney empujó a Leroy y se prepararon para pelearse.

—Tu pelea es conmigo, Jim Boney —grité. La bravuconada repentina me sorprendió tanto como a todos los demás. Eran palabras valientes, nacidas del miedo—. Vamos, ¿quieres pelear? Vamos.

Todo el mundo miró a Boney. Sonrió con satisfacción de una forma tan exagerada que supe que quería dejarme tan indefensa como había estado unos minutos antes, pero me negué.

—Vamos —le dije—. ¿De qué tienes miedo, eh? ¿De que te dé un azote en el culo una camionera?

Duffy vino corriendo pero se paró en seco. Observaba lo que estaba pasando. Jim Boney se lanzó hacia delante y Jack y Kevin le sujetaron. Pero Boney tampoco se esforzaba mucho en intentar

alcanzarme. No sé por qué no estaba ansioso por pelearse conmigo, pero eso me envalentonó.

—Hasta aquí hemos llegado con tu mierda, Boney. Todos nosotros. Haz tu puto trabajo y déjame en paz o voy a acabar dándote de hostias.

Jack y Kevin miraron a Boney para saber qué iba a hacer. Dejaron de sujetarle. Boney agitó la mano hacia mí como con gesto de asco y se dio la vuelta.

—No merece la pena —les dijo—. No merece una mierda la pena.

Mientras Boney se iba, Duffy le gritó:

—¡Tiene más cojones que tú, Boney!

Jan me estrechó la mano. Duffy me dio una palmada en la espalda.

—Bien hecho. —Sammy, el camionero, me dio una palmada en el hombro—. Es un gilipollas.

Walter, el de mantenimiento, me miró a los ojos y asintió.

—Bueno —gritó Jack mientras volvía a poner en funcionamiento la maquinaria—, volved al trabajo, todos.



Ninguna de nosotras hubiese ido al pícnic del sindicato si no hubiese sido por Duffy. Fue idea suya que organizase a todas las butches para que vinieran.

—Y puedes traer a todas tus amigas —añadió—. Jess, ¿tienes una amiga especial?

La cara que puse sirvió de respuesta. Sabía que solo estaba intentando conocerme mejor, pero no era el mejor tema para empezar.

—Jess —dijo—, ¿lo he dicho bien? Lo de la amiga especial, quiero decir.

Me eché a reír.

—Lo has dicho bien, Duffy.

Las demás butches no tenían muchas ganas de venir, pero Jan entendió que era un avance y prometió que vendría con su pareja, Edna. Una vez que Jan dijo que sí, las demás también se apuntaron.

Llevamos nuestra equipación de béisbol. Tras la reapertura del Abba en primavera habíamos formado un equipo de sóftbol llamado Abba Dabba Do.

Jan, Edna y yo nos sentamos debajo de un árbol. Duffy nos trajo unos botellines de cerveza.

—Me cae bien —dijo Edna cuando se marchó.

—A mí también —dije sonriendo.

Jan me dio una palmada en el hombro y se dirigió a Emma:

—Se está convirtiendo en toda una líder sindical.

—Anda, qué va —protesté.

—A ver —me dijo Jan—. Tenemos que estar tan unidas como podamos. Estás haciendo muy buen trabajo intentando mantener a todo el mundo unido. Acepta el cumplido. —Me henchí de orgullo.

Edna se puso de pie.

—Necesito una copa —dijo.

Me fijé en Jan mientras Edna se marchaba. El dolor le cubría el rostro. De forma inconsciente, había notado la tristeza de Jan últimamente, pero no había pensado mucho en ello. Jan me miró y me dejó profundizar en sus ojos un poco más que de costumbre. Intenté mostrarle lo mucho que me importaba antes de hablar.

—¿Estás bien? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Creo que la estoy perdiendo.

Se me encogió el estómago. Jan me dio una palmada en el muslo.

—Voy a por otra cerveza, ¿quieres una?

Me levanté con ella.

—No, pero —le puse la mano en el hombro— si alguna vez necesitas hablar, ya sabes. —Jan sonrió y se marchó.

Duffy se sentó a mi lado.

—Ey, Jess, eres la única a la que le puedo preguntar esto. —Me sentí halagada—. ¿Qué pasa con Ethel y Laverne? —dijo Duffy.

—¿Están por aquí? —dije, mirando a mi alrededor. Duffy negó con la cabeza—. Qué mal, siempre he querido conocer a sus maridos.

—¿Cuál es la historia de Ethel y Laverne? ¿Son amantes? —preguntó con precaución.

—Nah, las dos están casadas. Ya lo sabes.

Duffy intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—Pero ¿no son butches?

Entendí adónde quería llegar.

—Bueno, son marimachos, pero no butches.

Se echó a reír mientras negaba con la cabeza.

—No lo pilló.

Levanté los hombros.

—No hay mucho que pillar, en realidad. Es decir, parecen Spencer Tracy y Montgomery Clift, pero tiene pinta de que quieren a los tíos con los que están casadas.

Movió la cabeza de nuevo.

—Pero son inseparables. ¿No crees que a lo mejor son amantes pero tienen miedo de que la gente lo sepa?

Pensé en ello unos instantes.

—Joder, Duffy, no creo que les resulte muy fácil estar casadas siendo así de marimachos. Tienen que aguantar la misma mierda que las butches. Imagina a Laverne yendo al baño de mujeres en un cine. O a Ethel en una despedida de soltera. No creo que a la gente que se lo hace pasar mal le importe una mierda con quién se acuestan. Puede que sea incluso más duro para ellas —añadí—. No tienen un sitio al que ir como nosotras, como los bares a los que vamos nosotras, quiero decir. Todo lo que tienen son sus maridos y la una a la otra.

Sonrió y movió la cabeza de lado a lado.

—Por la forma en que se comportan cuando están juntas, estaba seguro de que eran amantes.

—Bueno, se quieren. Eso es obvio. Pero eso no quiere decir necesariamente que se atraigan. Se entienden de verdad la una a la otra. Quizá simplemente les gusta mirarse en el espejo de la otra y ver que el reflejo le sonrío.

Duffy me pasó el brazo por los hombros y me abrazó.

—Se te da muy bien la gente —dijo

Me puse roja de orgullo y me separé avergonzada.

—Voy a por algo de comer.

Oí la voz de Grant elevándose antes de ver el enfrentamiento. Estaba gritando a Jim Boney con la nariz pegada a su cara.

—¿Qué significa que no quieres niñas en tu equipo? —voceaba.

—Porque queremos ganar, ¿no, chavales? —gritó Boney a los otros tíos mientras golpeaba el guante de béisbol con el puño de la otra mano.

—Ey, Boney —le llamé mientras iba caminando hacia ellos—, ¿estás hablando de sóftbol? ¡Os vamos a dar una paliza!

Todo el pícnic se quedó en silencio. Por un lado, todo el mundo sabía que había mucho más en juego que una simple partida de sóftbol. Por otro, el béisbol era sagrado para esos tíos. La idea de jugar contra unas chicas bordeaba la herejía. Si ganaban ¿se podía considerar una victoria? Si perdían... Era demasiado humillante imaginarlo siquiera.

Incluso las butches me miraban con un gesto de horror en las caras. Pero era demasiado tarde, ya había soltado mi bravuconada.

—Vamos, Boney —dije—. Nos la jugamos a tres entradas, os vamos a machacar.

—Me apuesto lo que quieras a que no, Goldberg —dijo riéndose burlonamente. La forma en que pronunció mi nombre me hizo darme cuenta de lo mucho que me odiaba por ser judía.

Sonreí.

—Nos apostamos tu guante a que sí. —A Boney se le borró la sonrisa de la cara. Adoraba su guante de béisbol tanto como la gente quiere a un cachorrillo. Lo guardaba en la taquilla del trabajo todos los días, incluso en invierno.

—¿Y si perdéis vosotras? —contraatacó. Todas las miradas se volvieron hacia mí. La sonrisa regresó al rostro de Boney—. Si perdéis, Goldberg, tienes que darme un beso.

—Aaaaaargh —todos mostraron el asco que les daba. Algunos incluso escupieron al suelo para darle énfasis.

—Vamos —les dije a las demás butches—, cojamos la equipación.

Jan negaba con la cabeza mientras nos reuníamos en corro en el campo.

—No estoy segura de esto —murmuró Grant.

—Mirad —admití—, he cometido un error, ¿vale? Lo supe en cuanto las palabras me salieron de la puta boca. Lo siento. Todo lo que podemos hacer es jugar lo mejor que podamos y yo me haré cargo de las consecuencias.

Grant tiró el guante al suelo y se puso las manos en las caderas.

—Si perdemos todas lo vamos a pagar, eso es lo jodido de todo esto.

—Ha dicho que lo sentía. Vamos a ganar, ¿vale? —intervino Frankie.

Era más fácil decirlo que hacerlo. El equipo de los hombres marcó dos carreras en la primera entrada. No parecía que tuviésemos ningún manejo del campo. Me preguntaba por qué estábamos jugando tan mal. Después de todo, la mayoría de los tíos no estaban en forma. Nosotras jugábamos todas las semanas. Quizá estábamos intimidadas porque creíamos que eran mejores que nosotras. Noté una náusea repentina cuando me di cuenta de que tres entradas podían no ser suficientes para que un equipo de marimachos como el nuestro se sobrepusiese al miedo.

—Vamos —dije cuando nos reunimos en el descanso—. ¿No podemos demostrarles quiénes somos?

Marcamos dos carreras, pero ellos también. En el descanso entre las entradas, Frankie preguntó qué pasaba si empatábamos. Jan explotó.

—Escuchadme de una puta vez —rugió—. Si nos ponemos así, ¿por qué no admitimos ya que hemos perdido, eh?, ¿por qué jugar siquiera otra entrada? —Su voz sonaba grave y amenazante—. No es una puta broma. Pensad en lo que sería ver a Jess besando a Jim Boney. No me voy a quedar parada esperando a que eso pase.

Esa era mi amiga, Butch Jan.

Fuimos a nuestros puestos para jugar, y lo hicimos. Marcamos tres carreras, cinco a cuatro a nuestro favor. Pero cuando Frankie se dirigía a la base, Jim Boney la golpeó tan fuerte en la espalda con la pelota que se cayó al suelo.

Todas nos lanzamos hacia Boney, dispuestas a matarlo. Jack y su ayudante cerraron filas con él. Nadie podía saber si todos los hombres se habían cuadrado contra las marimachos o si simplemente eran esos tres tíos contra nosotras. Duffy corrió a interponerse entre las butches y los tíos.

—Jim, has sacado a Frankie del partido, puto cabrón. Si ellas pierden un jugador, vosotros también. Estás fuera.

—Gilipolleces. —Boney agitó los brazos—. Ha sido un puto accidente, eso es todo. —Queríamos matarlo.

—La apuesta se ha terminado —gritó Grant.

—Cobardes de mierda —dijo Boney. La apuesta volvía a estar en pie.

Duffy caminaba de un lado para otro.

—Esto es un error —murmuró.

—¿Sí? —le pregunté enfadada—. ¿A quién apoyas tú?

—Al sindicato —me soltó.

—Entonces mejor que gane nuestro equipo y no el de Jack y Boney —le dije.

Duffy reflexionó un segundo y después sonrió.

—Tienes razón. —Comenzó a dar palmadas—. ¡Vamos, Jan! —gritó mientras esta se dirigía a la base.

Jan golpeó la pelota hacia el cielo. Todas nos preparamos y la vimos caer, justo en el guante de Jack. Era nuestro tercer *out*. Íbamos una carrera por delante, pero nuestros oponentes tenían todavía otra entrada.

Sammy se preparó para batear en primer lugar. Mandó la pelota directa al guante de Grant. Antes de soltar el bate, guiñó el ojo para que pudiera verlo desde mi puesto en la primera base.

Tommy era el siguiente. Bateó una bola baja que Grant atrapó en la tercera base, pero él llegó primero.

—Lo siento —susurró.

—Que te jodan —seguía enfadada con él.

Jack bateó la pelota casi a ras de tierra hacia nuestro punto débil en el centro del campo y corrió hacia mi base.

—Cuando Boney acabe contigo, quiero un poco de amor para mí —se burló. Intenté mantener la mente concentrada en el juego.

Walter se preparó. Caminó hasta la base, se quitó el polvo de las zapatillas con el bate y movió el culo hasta ponerse en posición. Bateó una bola fácil hacia arriba. Todos nos levantamos las gorras y la vimos caer directamente en el guante de Jan. Walter tiró de la visera de la gorra y se marchó de la base como si tuviese un resorte en las zapatillas.

Boney caminó hasta la base. Dirigimos todo nuestro odio hacia él, pero no parecía importarle. Bateó con fuerza en el primer lanzamiento y falló.

—¡*Strike* uno! —gritamos todas.

Bateó cabreado en el segundo lanzamiento y falló también.

—¡*Strike* dos! —gritamos con euforia. Comenzamos a meternos con él por todas las que nos debía.

El sonido del bate de Boney golpeando la pelota en el tercer lanzamiento hizo que nos callásemos. Todos miramos al cielo, la pelota parecía flotar en el aire. Tommy llegó a la tercera base mientras nosotras seguíamos hipnotizadas. Jack corrió hacia la tercera y gritó a Tommy para que corriese. Jim Boney se deslizó hasta la primera.

La pelota cayó con un *plaf* justo en el guante de Grant. Era el tercer *out*, así que no había motivo para lanzar la bola a la primera base, pero lo hizo. La pelota aterrizó en mi guante con un golpe fuerte. Tensé los brazos mientras extendía el guante con la pelota hacia la nariz de Boney, que se aproximaba rápidamente hacia mí. Sonó un chasquido cuando su nariz chocó contra la pelota. El partido había acabado oficialmente. Habíamos ganado. No tenía que besar a Jim Boney, que ahora sangraba por toda la base. Hubiese dicho que había sido un accidente, pero nadie preguntó.

Pillé a Jack mirándome fijamente, al fin y al cabo era el capataz, incluso en un pícnic. Su mirada amenazante me dejó helada. Pero lo dejé pasar porque casi todos los tíos del otro equipo vinieron a darnos palmadas en la espalda y decirnos que se alegraban de que hubiésemos ganado. Me di cuenta de que aquellos tíos habían perdido frente a un equipo de marimachos —delante de sus mujeres y novias—, pero no parecían molestos por ello.

Las butches estaban contentas de haber ganado, pero se quedaron un poco atrás. Sabía que estaban algo enfadadas conmigo. Me había puesto chula con Jim Boney y todo aquello se podía haber convertido en una derrota que afectase a sus trabajos, y lo sabían. Fue Jan la que rompió el hielo.

—Bien está lo que bien acaba, ¿verdad, peque? —Me rodeó con el brazo—. Habrías tenido que pasar por encima de mi cadáver para besar a ese tío.

—No creerás que le habría besado si hubiésemos perdido, ¿no? —pregunté mirándola sorprendida.

Tommy llegó corriendo, sin aliento.

—Bien jugado. —Extendió la mano. Me quedé parada, pero se la estreché—. Mira, lo siento, de verdad.

Me encogí de hombros.

—No eres mal tío, Tommy. Pero delante de los demás te vienes abajo. Es solo que no confío en ti. —Abrió la boca para decir algo, pero no le salieron las palabras.

Jan y yo nos marchamos.

—Has sido bastante dura con él —dijo—, pero estoy segura de que tienes una buena razón.

—¡Atención todo el mundo! ¡Atención, por favor! —Tommy estaba encima de una de las mesas del pícnic. Todos nos acercamos. Tenía en las manos el preciado guante de béisbol de Jim Boney—. En nombre del equipo perdedor, quiero entregar al ganador este guante. Bueno —tartamudeó—, es un guante de primera base, ¿eh? —Me lo lanzó—. Lo habéis ganado limpiamente.

Edna esperó a que Jan se alejase de mí para acercarse. Vi el mismo sentimiento de dolor profundo mientras miraba a Jan de lejos. Deseé que una chica me quisiese así. Mientras Edna se acercaba, en su rostro apareció una sonrisa traviesa. Me sujetó la cara suavemente con ambas manos:

—Bien jugado, butch.

—Bueno, Edna, ya sabes. —Me moví incómoda, cambiando el peso de un pie a otro.

Ella asintió para que me callara.

—Lo sé, pero ha salido bien.

Las dos nos dimos cuenta de que Duffy estaba junto a nosotras, esperando para felicitarme.

—Tenías razón, Jess —me dijo, mientras me estrechaba la mano con fuerza—. Ha sido el sindicato el que ha ganado el partido. Mi primera intuición estaba equivocada, lo siento.

Cogí una cerveza helada y un trozo de pollo frito y me senté sola debajo de un árbol. Hacía calor, pero la brisa era fresca. Sentía que tenía el mundo a mis pies.

9

Jim Boney no apareció el lunes en el trabajo. Me alegré. No lo habría admitido delante de nadie, pero le tenía miedo. Así que cuando llamó el lunes por la mañana para decir que estaba enfermo me paseé por la fábrica chuleándome un poco.

Jack me sacó de la cadena de montaje y me puso en la troqueladora, que perforaba fichas escolares en forma de naipes. Normalmente uno de los chicos limpiaba con una gran manguera de aire comprimido la rebaba para que la máquina no se atascara.

—La manguera de aire está en reparación —gritó Jack imponiéndose al rugido de la máquina—. Ayuda a Jan cuando necesite cargar los palés. Limpia de vez en cuando la porquería que se acumula en la prensa, así. —Pasó la mano por la superficie de la troqueladora durante el segundo que había entre una perforación y otra—. No dejes que se atasque —me ordenó, antes de irse.

Jan miró la máquina y luego a mí.

—Ten cuidado —me advirtió.

Observé cómo la troqueladora perforaba los mazos de cartas, intenté aprenderme su ritmo como el de una canción. Mi mano

se disparó, rápida como una flecha, y limpió parte de los restos de papel, casi todos. Estaba temblando. Cuando trabajas con máquinas aprendes a respetar su fascinante poder. Intenté sincronizarme con la perforadora. Hubo un momento en que fui demasiado lenta. Solo hicieron falta unos segundos.

Pasó muy rápido. Me estaba mirando las manos y todos los dedos estaban unidos a mí. Un segundo después ya no: el anular me colgaba sobre la palma de la mano. La sangre salía a chorros, formando un arco sobre la máquina, sobre las barajas de cartas apiladas en los palés y en la pared de enfrente.

No quería mirarme la mano izquierda, pero lo hice. Mi estómago vomitó antes de que mi mente pudiera siquiera entender lo que veían mis ojos. Nadie podría haberme escuchado por encima del ruido atronador de las máquinas, pero no importaba: no podía articular ningún sonido. Todo pasaba a cámara lenta. Jan movía los brazos y gritaba. La gente se acercaba, pero se detenían horrorizados al verme.

Pensé que debía ir al hospital. Sabía que no podía conducir la moto. Al salir por la puerta pensé si tendría suficiente para el billete de autobús. Walter y Duffy corrieron tras de mí.

Lo siguiente que recuerdo es estar en un coche. Walter me rodeaba con el brazo. Duffy conducía y no dejaba de girarse, intentado ver los gestos de Walter. Tenía la mano entera vendada con una tela empapada de rojo. Me puse tan triste por el dedo que se me saltaron las lágrimas. Empecé a pensar que quizá debería enterrarlo. Me pregunté a quién invitaría al funeral.

Walter me mantuvo en alto la mano herida con una de sus grandes y amables manos y con la otra me sujetó con firmeza contra él. Me agité bruscamente.

—Todo va a ir bien, cariño —susurró—. Veo muchas cosas así. Va a ir bien.

Cuando volví a tomar conciencia estaba tumbada en una mesa de quirófano. Me asusté. ¿Y si me habían quitado la ropa? No había nadie junto a mí. Una mosca zumbó alrededor de mí y se posó en mi mano. Sacudí el cuerpo. La mosca voló en círculos y se volvió a posar. Esta vez, al mover la mano herida, pareció que el dedo iba en una dirección diferente al resto. Me desmayé.

Lo primero que vi al despertar fue la cara de Duffy. Sonreía, pero también parecía preocupado.

—Duffy —susurré—, ¿dónde está mi dedo?

Hizo una mueca.

—Está bien, Jess. Han conseguido salvarlo.

No creí que fuera cierto. Había visto muchas películas en las que mentían a los heridos. Levanté ligeramente la cabeza para mirarme la mano. Estaba cubierta de capas y capas de gasas, y un cachivache metálico me recorría el antebrazo, se hundía en la gasa y volvía a emerger donde debería estar la yema del dedo. Duffy asintió.

—El dedo está bien, Jess. El hueso no estaba seccionado del todo.

Se giró al decirlo. Creí que iba a vomitar. Yo aún llevaba puesta la ropa de trabajo, llena de sangre.

—Sácame de aquí, Duffy.

Paró en la farmacia para recoger lo que me habían recetado y me llevó a casa. Cuando me desperté ya se había ido. Una nota en la mesilla explicaba cuándo tomar las pastillas. También había dejado su número de teléfono, decía que lo llamara cuando me despertara. Vi con alivio que todavía llevaba puesta la ropa de trabajo.

Lo llamé aquella noche y vino enseguida.

—Jack te la ha jugado, Jess. —Duffy paseaba en círculos por la cocina—. Justo antes de ponerte en la máquina, uno de los chicos vio a Kevin quitando el dispositivo de seguridad. Jack puede defenderse diciendo que lo quitó porque la manguera estaba estropeada,

pero decirle a alguien que meta la mano ahí ha sido un incumplimiento de las normas lo mires como lo mires.

No entendía lo que Duffy estaba diciendo. No era solo que mi mente estuviera nublada por los analgésicos, es que no quería entenderlo.

—Pero escucha, Jess. —Duffy se inclinó sobre la mesa de la cocina y dio un puñetazo sobre ella—. Después de llevarte al hospital Jack volvió a instalar el dispositivo, jura que estuvo puesto todo el tiempo. El cabrón te ha tendido una trampa.

El miedo me aturdí. Me recordó a los momentos en que mis padres me encerraban, o cuando la policía abría la puerta de la celda. Había mucha gente en el mundo con poder para controlarme y hacerme daño. Me encogí de hombros como si aquello no fuera conmigo.

—Mira, Duffy, da igual. Además, el convenio se acaba en dos meses. Tenemos otras cosas de las que preocuparnos.

Duffy me miró como si estuviera loca, pero cuando habló tenía la voz calmada:

—No, Jess. Vamos a preocuparnos por esto, y mucho. Vamos a demostrar lo que te ha hecho Jack y vamos a decirle al gerente que o se marcha él, o nos vamos todos.

Me maravilló la idea de que los heteros quisieran defenderme, o defender a cualquier marimacho.

—¿Sabes? —añadió Duffy—. No creo que entendiera de verdad lo duro que es para ti. Sé que los tíos en el trabajo a veces son unos gilipollas. —Se apoyó en el fregadero y cruzó los brazos—. Pero cuando te llevamos al hospital vi cómo te trataban, cómo hablaban de ti. —Se frotó la cara; cuando levantó la mirada había lágrimas en sus ojos—. Me sentí impotente, ¿sabes? No dejaba de gritarles que eres un ser humano, que importabas, y era como si ni siquiera me estuvieran escuchando. No pude hacer nada para ayudarte y no conseguí que cuidaran de ti como me hubiera gustado, ¿sabes?

Asentí. Lo sabía. Y sabía que ahora Duffy también.



Jan me llevó en coche al Abba el viernes por la noche. Todo el mundo aplaudió cuando entré. Habían colgado un cartel en la pared del fondo que decía: «¡Mejórate, Jess!». Frankie, Grant y Johnny me contaron que Duffy había organizado desde el sindicato una investigación sobre el «accidente».

Miré a Jan. Parecía triste.

—¿Dónde está Edna? —le pregunté a Grant, susurrando.

Se pasó el dedo índice por la garganta. Esperé hasta ver a Jan sentada sola en el fondo de la sala. Fui para allá con dos cervezas.

—¿Me puedo sentar contigo? —Señaló una silla vacía—. Eres mi amiga, Jan, y te quiero. —Pareció sorprendida cuando lo dije—. Si no quieres hablar de ello, por mí está bien. Pero no puedo fingir que no veo tu sufrimiento.

Jan se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa.

—La he perdido. La quiero y la he perdido. ¿Qué más se puede decir?

Levanté los hombros.

—Sé que os queríais mucho.

Jan le dio un sorbo a su cerveza.

—A veces el amor no es suficiente —dijo. Yo esperaba que eso no fuera cierto. Suspiró—. Lo peor de todo es que es mi culpa. Sabía que me iba a dejar, y no fui capaz de cambiar lo suficientemente rápido para que no lo hiciera. Quién sabe, a lo mejor soy demasiado vieja para cambiar nada.

No sabía de qué estaba hablando, pero me quedé callada. Jan se desplomó.

—¿Si te cuento por qué me dejé prometes no decírselo jamás a nadie?

Tuve que pensarlo antes de responderle.

—Puedes confiar en mí —dije.

—Te has tomado tu tiempo para contestar —dijo con recelo.

—Tenía que estar segura de poder prometértelo.

—No fui capaz de dejar que me tocara. —La voz de Jan se había vuelto ronca—. Nunca hablamos de ello. Ni siquiera sé cómo hablar de ello. Al principio no hubo problema, ella lo entendió. Pero después me dijo que su mayor orgullo era haber sido capaz de seducir a todas sus amantes stone. Eso me acojonó, ¿sabes?

Yo estaba pensando en lo agradable que sería tener una amante femme que se preocupara lo suficiente como para intentarlo.

—Bueno —prosiguió—, pues yo no pude y al final me dejé. Después de tantos años. ¿Te lo puedes creer? —rio sardónicamente—. La única mujer a quien he querido, tanto que incluso me dolía, y va y me deja.

Jan se aferró a mi brazo.

—Haría lo que fuera para que volviera. —Se le llenaron los ojos de lágrimas al hablar—. Me pondría de rodillas delante de todo el puto bar. Haría lo que fuera. Pero no puedo cambiar cómo soy. No sé qué me pasa. Pero no puedo cambiar, ¿entiendes?

Lo entendía. Me incliné hacia ella y le pasé el brazo por encima. Apoyó la cabeza en mi hombro. Si no hubiera estado borracha, probablemente aquello le hubiese dado mucha vergüenza.

Me bullían las entrañas de rabia. Yo también era una stone, lo sabía. Era como una alarma que no tenía botón de apagado. Una vez que se encendía, las puertas se cerraban, incluso si la intrusa era alguien querido. ¿Encontraría una mujer que me quisiera y la perdería por ello? Si era así, la vida me parecía difícil de soportar.

Estaba obsesionada con lo que había dicho Jan: Edna se enorgullecía de poder seducir a todas sus amantes stone. Me preguntaba cómo lo hacía. Cómo sería que alguien te tocara y no sentir miedo. Pensaba mucho en Edna.



Pasé casi todas las noches en el Abba mientras estuve de baja. Jan dejó de ir al bar por miedo a encontrarse con Edna. Ella venía los sábados. Yo esperaba que llegara esa noche durante toda la semana. Cuando entró por la puerta aquel sábado, era lo único en que podía fijarme. El resto parecía en blanco y negro, solo Edna estaba en color, vibrante.

Vino directamente hacia mí. Me levanté del taburete mientras se aproximaba. Extendió la mano y cogió la mía. Sujetó suavemente el aparato metálico y me miró a los ojos. Yo me encogí de hombros:

—Está mejor. El médico dice que recuperaré la sensibilidad —le aseguré.

—¿Cuánto tiempo tienes que llevar esto? —preguntó.

—No lo sé. Me lo dirán en un mes. —Vi preocupación en sus ojos. Que se preocupara me hizo sentir bien.

Ambas nos sentamos y con un gesto le pedí a Meg dos copas. Fui a coger la cartera. Edna posó la mano en mi brazo.

—Yo estoy trabajando —dijo—. Déjame pagar.

Le dio un sorbo a su bebida.

—Eres muy valiente —me dijo.

Estaba avergonzada; no era cierto.

—No lo soy, de verdad —le dije con sinceridad—. Siempre estoy asustada, Edna.

Su expresión se suavizó.

—Decir eso es muy valiente.

Me sonrojé. Puso su mano sobre la mía. Sus uñas brillaban, recién esmaltadas de rojo.

—¿Sabes lo que creo? —preguntó. Me incliné hacia ella. —Creo que todo el mundo está asustado. Lo valiente es no dejar que tus miedos te detengan.

Decidí allí mismo que era la persona más sabia que conocía.

Edna se pasó la mano por el pelo. Fue un gesto muy íntimo. Se dio cuenta de cómo la miraba; bajó los ojos y sonrió. Alguien

echó un cuarto de dólar en la gramola. *You're my soul and my heart's inspiration*²⁶, cantaron los Righteous Brothers.

Me pregunté si tenía el suficiente valor para pedirle un baile.

—Edna —balbuceé—, ¿quieres bailar?

En ese momento se abrió la puerta del bar y todos los que estaban dentro nos quedamos callados. Plantada en la entrada había una mole de mujer. Llevaba una chaqueta de cuero sin abrochar. Tenía el pecho plano, pero estaba claro que no llevaba binder. Vestía vaqueros de tiro bajo, sin cinturón. Llevaba los guantes y el casco de la moto en una mano. Rocco. Su leyenda la precedía.

Dirigí la mirada hacia Edna. Estaba perdida en un recuerdo que yo no podía atisbar. Observé las caras de ambas, mientras se reconocían después de no haberse visto en años. Miraba de un lado a otro, como si fuera un partido de tenis y no quisiera perderme ni un raquetazo. Notaba cuánto se querían.

—Hola, Rocky —dijo Edna en voz baja. Sonó como una frase de película.

—Hola, Edna —contestó Rocco con un timbre grave. Sus caras estaban muy cerca la una de la otra, y también de la mía. Podía ver la barba incipiente en la barbilla y las mejillas de Rocco.

Jan me contó una vez que a Rocco le habían pegado en tantas ocasiones que era imposible llevar la cuenta. La última vez que recibió una paliza de la policía casi muere. Jan había escuchado que Rocco tomaba hormonas y se había operado el pecho. Ahora curraba en la construcción con passing de hombre. Jan también me dijo que Rocco no era la única marimacho que había hecho eso. Era como un cuento fantástico. Solo me lo creía a medias, pero no me lo podía sacar de la cabeza. Incluso con el dolor que conlleva ser marimacho, me preguntaba cuánto coraje hacía falta para dejar atrás el sexo que siempre habías conocido, para vivir en esa soledad.

26. «Eres la inspiración de mi alma y de mi corazón».

Quería conocer a Rocco. Quería hacerle un millón de preguntas. Quería ver el mundo con sus ojos. Pero, sobre todo, quería encontrar diferencias entre ella y yo. Me asustaba reconocerme en Rocco.

Observé la expresión de Edna. Luchaba por contener lo que sentía con tanta fuerza y dignidad que el dolor que intentaba ocultar resultaba todavía más obvio. No sabía si realmente había alzado la mano para acariciar la mejilla de Rocco o si yo estaba leyéndole la mente a Edna. Temblaba ante la presencia de dos mujeres así de poderosas.

Rocco le tocó el codo a Edna. Ella se levantó y guio a Rocco hasta una mesa en la sala de atrás del bar. Me quedé sentada, sola, abatida. Me sentía excluida, celosa. Ansiaba la atención de aquellas dos mujeres. Miré furtivamente a Edna y deseé que me contemplara a mí también de aquella manera. Deseé ser tan poderosa que el mero hecho de verme la sacudiera. Y deseaba que Rocco fuera mi amiga, que me revelara todos los secretos del universo que habitábamos. Deseaba que fuera el hogar al que volver cuando no me sintiera fuerte.

Me esforcé en leer su lenguaje corporal mientras hablaban.

Rocco se levantó. Edna se aferró a sus solapas de cuero. Sus labios se tocaron brevemente, y luego Rocco se dio la vuelta para irse. Ojalá Rocco hubiera visto la expresión de Edna cuando se giró. Quizá hubiera significado mucho para ella.

Rocco pasó por mi lado en su camino hacia la puerta de salida. Rebusqué en mi cerebro algo que decir que la hiciera detenerse y hablarme. Quizá fue la expresión de dolor de mi rostro lo que provocó que se parase. Me hizo una pregunta con las cejas. No conseguía encontrar las palabras para decir lo que quería; ni siquiera estoy segura de saber qué era.

Durante un segundo la duda se apoderó de su rostro. Vi cómo sus defensas comenzaban a alzarse. No sabía qué hacer, así que alargué la mano hacia ella. La miró, y luego echó un vistazo a mí

otra mano, envuelta en vendas y medio robótica. Asintió al estrecharme la mano, nunca supe por qué. Y luego se fue del bar.

El volumen subió de nuevo cuando se fue. Me sentía hueca, vacía por la pérdida. Si a mí me dolía, Edna debía de estar desangrándose. Esperé un buen rato antes de volver a buscarla.

—¿Puedo invitarte a algo? —le pregunté.

—¿Qué? —Se sobresaltó. Dudó un momento antes de responder—. Sí, gracias.

Bebimos en silencio. Sentía una conexión con su dolor. Observé cómo bailaban las parejas en la oscuridad borrosa por el humo. De repente, Edna me miró y me susurró:

—Estoy hecha polvo.

Lo dijo con tanta calma y tan bajito que temí haberlo malinterpretado. Pero vi el dolor en sus ojos, así que moví mi silla para acercarme a ella. Edna se acurrucó contra mí, explorando con suavidad mi cuerpo con el suyo. Abrazarla me proporcionaba una felicidad sencilla. Suspiró y luego se deshizo en sollozos.

Al principio me dio vergüenza, preocupada por lo que podría pensar la gente. Pero finalmente me rendí a Edna, solo pensé en su bienestar. Confiaba en mí tanto como para poner su dolor entre mis brazos. Le besé el pelo. El aroma me aturdió. Ella alzó la mirada hasta encontrar la mía. Deseé coger su barbilla entre mis manos y besarla en la boca, profunda y lentamente. Ella vio la expresión en mis ojos. No tenía sentido intentar ocultarlo.

—Ahora vengo —dijo. Estuvo en el baño durante mucho tiempo. Cuando volvió le ofrecí un cigarrillo y se lo encendí. Edna movió lentamente la cabeza—. Justo cuando pensaba que no podía sufrir más, va y entra por la puerta.

Exhalé el humo y observé su rostro.

—¿Qué quería?

No podía creer que le hubiera hecho una pregunta tan personal. Edna parpadeó, sorprendida por mi atrevimiento.

—Se ha enterado de que Jan y yo nos hemos separado. Ha esperado un mes o así y ha venido a preguntarme si hay alguna posibilidad de que volvamos.

Golpeé suavemente con el Zippo mi vaso de whisky: el código morse de las butch.

—¿La hay? Alguna posibilidad, quiero decir.

Edna suspiró.

—La gente tiene épocas, ¿sabes? Ciclos. Yo acabo de dejar un matrimonio de ocho años. Rocco lleva sola mucho tiempo.

Me dolió pensar que estaba sola.

—Creo que nunca antes había visto a una mujer como Rocco —confesé.

Percibí que Edna no entendía bien lo que quería decirle, y me di cuenta de que defendería a Rocco con uñas y dientes.

—Ojalá fuera mi amiga —dije rápidamente, para aclarárselo.

Ella sonrió con calidez y me acarició el brazo.

—Le caerías genial —dijo.

Se me iluminó la cara.

—¿Tú crees?

Asintió.

—Eres muy parecida a ella en muchas cosas. Me recuerdas a cuando era joven.

Quería preguntarle a qué se refería, pero una parte de mí tenía miedo de saber la respuesta.

—Una vez —empecé—, bueno, la primera vez que fui a uno de nuestros bares, la noche en que conocí a Al.

—¿Eras amiga de Al? —preguntó. Las lágrimas empañaron sus ojos.

—¿Conociste a Al? —le pregunté. Dije «conociste» en el sentido bíblico de la palabra. Ella entendió la pregunta.

—Este es un mundo pequeño —contestó—. El círculo de gente se mantiene prácticamente igual siempre. —Me tocó el brazo—.

Hagas lo que hagas ahora, asegúrate de poder vivir con ello el resto de tu vida.

Supé que tenía que pensar con detenimiento en aquello.

—Bueno —dijo—, te he interrumpido.

Me incliné hacia ella.

—Cuando vi a Al por primera vez fue como un flechazo, ¿sabes?

—El gesto de Edna se suavizó—. Quiero decir, hay distintos tipos de amor. No sé explicar cómo me sentí, pero es amor. Eso he sentido esta noche al ver a Rocco.

Edna me tocó la cara con las yemas de los dedos.

—Cuanto más te conozco, más me gustas. —Se inclinó hacia mí y me besó suavemente en los labios. Me sonrojé muchísimo. Ella sonrió. —Tengo que ir a casa y dormir un poco —dijo—, ¿quieres que te lleve?

Negué con la cabeza.

—Creo que me quedo un rato más, gracias.

Después de que se fuera, repasé aquella noche una y otra vez en mi cabeza.



—¡Esquiroles! —gritamos, mientras la policía intentaba ayudarlos a cruzar el piquete y quitarnos el trabajo. Cientos de personas aguantábamos detrás de las vallas metálicas, los maderos protegían a los esquiroles.

—¡Maricones! —gritaron algunos de los nuestros a los rompehuelgas. Todas las butches se echaron para atrás. Aquella palabra quemaba como un hierro candente.

—Duffy —le tiré del brazo—, ¿qué es esta mierda de los maricones?

Duffy estaba dividido.

—¡Vale! —gritó—. Escuchad, chicos. Parad de decir que son maricones. Son esquiroles. —Los hombres estaban confusos.

A Walter se le encendió la bombilla:

—¡Joder, mierda! —Me tendió la mano—. No nos referíamos a vosotras, tías.

Se la estreché.

—Escucha —le contesté—, llamadles lo que queráis, pero no maricones.

Asintió.

—Trato hecho.

—¡Chupapollas! ¡Hijos de puta! —chillaron en vez de eso.

Avancé hasta el frente de la barricada.

—¡Putos esquiroles! —grité—. ¡Todos folláis con tíos!

Todo el mundo estaba atónito.

—¿De qué habla? —quiso saber Sammy.

—¡Os acostáis con vuestra propia madre! —me desgañitaba.

—Eso es asqueroso —dijo Walter.

Duffy intervino.

—Vale, son esquiroles y rompehuelgas. Llamémosles lo que son, ¿vale? —Me fulminó con la mirada, pero había una sonrisa en sus ojos.

Grant me llevó a un lado y señaló a Duffy.

—¿Sabes que ese tío es comunista?

—¡Qué va! —repliqué. Estaba perpleja.

—¿Ah, no? ¿Cómo lo sabes?

Jan parecía preocupada.

—¿Es verdad?

—Eso es una gilipollez —les dije a las dos. Cuando se fueron a gritarles de nuevo a los esquiroles y los maderos me acerqué a Duffy.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—¿Eres comunista?

Tenía la esperanza de que soltara una carcajada, o al menos de que se sobresaltara, pero en vez de eso su mirada se volvió triste.

—¿Tenemos que hablar de esto ahora? —preguntó.

—Les he dicho que es mentira —dije—. Es mentira, ¿verdad?

—¿Podemos hablarlo luego? —me repitió.

Asentí, pero me hubiera gustado zanjarlo allí mismo. Solo quería escuchar que no era verdad.

De repente, los policías se colocaron los cascos antidisturbios y sacaron las porras. Nos pusimos tensos y nos apiñamos tras las vallas. Estaban dispuestos a hacer que los esquirols pasaran. Empezamos a gritar tan fuerte que la gente de las viviendas sociales de alrededor salió a mirar. Nos agarramos a las vallas y empezamos a sacudirlas para hacerles ver a los maderos y a los esquirols lo frágiles que eran. También levantamos las pancartas que habíamos sujetado de cualquier manera a los listones con los que se hacen los palés.

Cuando los esquirols se acercaron, uno de ellos sacó un palo de madera y golpeó a Frankie en los dedos, que estaban apoyados en la valla. Jan se enfadó tanto al ver lo que había pasado que partió su pancarta en la cabeza del esquirol. La policía agarró a Jan y la sacó de detrás de la línea de vallas. La empujaron contra la lechera y empezaron a pegarle una paliza. Tres huelguistas intentaron saltar la línea para ayudar a Jan, pero los maderos los cazaron y los esposaron. Metieron a los cuatro en la parte trasera del furgón.

—¡Duffy! —grité en medio de toda aquella confusión—. Duffy, ¡tenemos que sacarla de ahí! ¡Ayúdala!

Duffy se abrió paso a través de la muchedumbre.

—Jess, tenemos a cuatro del sindicato dentro del furgón.

—Duffy, no lo entiendes. Piénsalo. Para ella va a ser distinto estar detenida. Por favor, escúchame.

No tenía tiempo de explicarme. Duffy me agarró el brazo y observó mi cara en busca de una respuesta. Le dejé ver mi miedo y mi vergüenza, algo que jamás le había mostrado voluntariamente a un hombre. Duffy asintió. Lo había entendido. Se abrió camino hasta la valla y la tiró de una patada con sus botas de trabajo.

—¡Vamos! —les indicó a los huelguistas.

Pillamos a la policía por sorpresa cuando nos abalanzamos sobre ellos. Hubo escaramuzas, pero la mayoría conseguimos llegar a la lechera y rodearla. La gente de las viviendas sociales formó un círculo a nuestro alrededor.

—¡Soltadles! —balanceábamos la furgona de lado a lado—. ¡Que los soltéis!

Un policía de rostro ceniciento con medallas en la chaqueta susurró algo a los agentes que tenía cerca. Nos aproximamos a ellos, rodeándolos. Abieron rápidamente el portón de la furgoneta. Cuatro pares de esposas se soltaron. Tan rápido como los habían detenido, fueron puestos en libertad.

Nos giramos hacia el grupito de esquirols que estaba al lado de la puerta de la fábrica. Sin un cordón policial que los protegiera se escabullían como ratas. Varios de ellos corrieron al interior de la planta e intentaron cerrar las puertas. Algunos huelguistas tiraron de ellas para alcanzarlos. Otros perseguían a los esquirols calle abajo. La policía se retiró al otro lado de la calzada. Montamos un piquete justo enfrente de las puertas de la fábrica.

—¡Convenio! ¡Convenio! —gritábamos.

—Hemos ganado —le grité a Duffy—. ¡Hemos ganado!

Negó con la cabeza.

—Hemos ganado esta batalla. Mañana va a ser aún más duro.

«Qué aguafiestas», pensé.

Vi a Jan temblando. Le dije con un gesto que iba a sacarla de allí. Nos alejamos una manzana, hasta donde tenía el coche aparcado. Se apoyó contra la puerta y vomitó todo lo que tenía dentro. Le temblaban tanto las manos que apenas podía encenderse el cigarrillo. Saqué el Zippo.

—He pasado mucho miedo —dijo.

Asentí.

—Yo también.

—No —me agarró del hombro—. Quiero decir, que no creía que pudiera aguantarlo. No sola, no sin Edna esperándome en casa.

Me puse colorada ante la idea de poder llegar a una casa donde estuviera Edna. Enterré aquel pensamiento en lo más hondo de la cabeza.

—Lo sé, Jan —susurré—. Tu detención me ha hecho recordar cosas en las que no quería pensar, como si me estuvieran pasando a mí otra vez.

Alzó la mirada y sonrió agradecida.

—Tú lo entiendes —afirmó.

Asentí y bajé los ojos.

—No puedo creer que me hayáis sacado de ahí, joder —dijo—. Ha sido increíble. ¡Pensaba que estaba perdida, pero me habéis sacado! ¡Ha sido la puta hostia!

Reímos hasta que nos cayeron lágrimas por las mejillas.

—Ahora tengo que volver —le dije—. ¿Por qué no te vas a casa y descansas?

Jan asintió.

—¿Mañana a las siete de la mañana?

Yo sonreí y me di la vuelta. Jan me llamó:

—Eres una amiga de las de verdad, lo sabes, ¿no?

Si supiera cuáles eran mis sentimientos por Edna sabría que, en realidad, era una traidora.



Dormía profundamente cuando Duffy llamó aquella noche.

—¡Tenías razón! —gritó—. ¡Lo hemos ganado en la mesa de negociación esta noche! ¡Y hemos conseguido que los gerentes echen a Jack!

Intenté emerger de la profundidad del sueño.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—¡Jess, hemos ganado! —rio—. La reunión para ratificarlo es mañana. Quiero que organices a todas las butches para que vengan a la reunión a votar, ¿vale?

—Claro —musité, y colgué.

A la mañana siguiente reuní a todas las butches de la fábrica para que fuésemos en grupo a la reunión del martes por la noche. Grant tenía buenas noticias cuando fui a hablar con ella.

—La fábrica de acero va a contratar a cincuenta mujeres —me dijo—. Se puede ir a echar la solicitud el miércoles por la mañana. No sé tú, pero yo pienso acampar en la cola el martes por la noche. Va a ser tan larga que va a llegar de Lackawanna a Tonawanda.

Era una exageración, pero entendí lo que quería decir.

Llamé a Jan.

—No sé —me dijo—. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Esperaba que fueses tú la que me dijeras qué hacer —le contesté.

Llamé por teléfono a Duffy el martes por la tarde. Le conté que todas las butches querían intentar entrar en la fábrica de acero. Hubo un largo silencio.

—Es una equivocación —dijo finalmente.

—¡Tú no lo entiendes! —le grité—. No entiendes lo que supone para nosotras trabajar en una fábrica así de grande.

Intentó discutir conmigo.

—Si ganamos la votación, al menos ficha el miércoles por la mañana o te despedirán automáticamente.

No parecía entender que ya me había ido.

—No entiendes lo que significa para mí trabajar en la siderúrgica, ¿no?

Él también gritó al contestar.

—¿De qué coño va esto, de hacerte la dura?

—Pues sí —le chillé—, en parte sí. Pero no por lo que crees. Lo único que tenemos es la ropa que nos ponemos, las motos que

conducimos y el sitio en que trabajamos, ¿lo entiendes? Puedes conducir una Honda y trabajar en una imprenta o puedes llevar una Harley y trabajar en la siderúrgica. Las otras butches van a irse tarde o temprano, y a mí me van a seguir explotando en esa mierda de sitio, con ese sindicato de mala muerte. —Sabía que le había dolido aquello, pero no encontraba manera de desdecirme—. Si no consigues entender eso, no puedo explicártelo.

—Bueno, yo creo que es una tontería. —Sonaba como un crío. Ahí fue cuando me di cuenta de que le había hecho daño de verdad—. La empresa ha recibido órdenes de contratar a cincuenta mujeres, pero no significa que las vayan a mantener. Si cinco de vosotras duráis los noventa días necesarios para sindicaros, me como el guante de béisbol de Jim Boney.

Yo estaba exasperada.

—El guante de béisbol es mío —le recordé, y colgué el teléfono.

La noche del martes fue gélida. Nos apiñamos alrededor de las llamas que brincaban en los bidones de metal. Iba a ser una noche muy, muy larga. Se me encogía el estómago cada vez que pensaba en la reunión para ratificar el contrato.

—¿Crees que hemos cometido un error? —me preguntó Jan. No contesté.

«Que le jodan a Duffy», me dije a mí misma. «No nos entiende».

Las primeras cincuenta rellenamos los papeles de la solicitud. Nos dijeron que volviéramos la noche siguiente, a medianoche. Hubo una borrasca de nieve al día siguiente, mientras estábamos durmiendo, pero Jan y yo estábamos decididas a llegar al trabajo pasara lo que pasara.

Deambulamos por la fábrica como si acabáramos de aterrizar en un planeta hecho de chapa y óxido. Nos sobresaltaban todos los sonidos, tanto los fuertes como los lejanos. Los altos hornos iluminaban el techo de naranja y rojo.

Le dimos al capataz la hoja con la tarea que nos habían asignado. Nos miró de arriba abajo.

—Venid conmigo —nos dijo, y nos llevó afuera.

El viento barría la capa superficial de nieve fina y formaba pequeños tornados. El capataz cogió una de las dos palas que había y cavó hasta que escuchamos un ruido metálico.

—¿Oís eso? Vías de tren. —Nos dio una pala a cada una—. Despejadlas.

Miró mi mano izquierda. Me había enrollado una bufanda alrededor de la herida. El frío hacía que la férula de metal me quemase la piel.

—¿Vas a ser capaz de trabajar así? —hizo un gesto con la cabeza señalando mi mano.

—Claro —contesté—. Eh, ¿hasta donde llegan las vías?

—Podéis estar cavando toda la noche y no llegaríais al final —respondió mientras se marchaba.

Jan y yo contemplamos los montones de nieve. Tiró la pala. Cayó con un ruido sordo contra la nieve blanda.

—Soy demasiado vieja para esta puta mierda —dijo—. Van a hacernos pasar un infierno hasta que nos vayamos. —Sabía que tenía razón—. Vamos —me dijo—. Te llevo a casa.

Estuve sentada, viendo caer la nieve, hasta la madrugada. Sabía que me habían despedido el día anterior, cuando no fiché para el primer turno después de que la huelga hubiera acabado oficialmente. Cuando la luz brilló en el horizonte caminé hasta la imprenta, para estar allí cuando llegara Duffy. Salí de detrás de la verja en cuanto apareció su coche. No conseguí descifrar la expresión de su cara al verme.

—¿Qué quieres? —lo preguntó amablemente, pero las palabras eran frías.

—Tenías razón —casi me atraganto con aquella frase.

Negó con la cabeza.

—No me alegro de tener razón.

Me encogí de hombros.

—No importa, en realidad. Solo he venido para decirte que lo siento. He cometido un error.

Me pasó el brazo por el hombro.

—Yo también me he equivocado. He estado pensando mucho en ello. ¿Te acuerdas de cuando querías el mismo puesto que Leroy? —Asentí—. Bueno —continuó Duffy—, tú estabas dispuesta a hacerte a un lado para que Leroy consiguiera el trabajo. Y me dijiste que las butches no erais bienvenidas en las asambleas del sindicato. Te pedí que esperaseis a que acabara la huelga para hablar de ello. No es que pensara que vuestras quejas fueran menos importantes. Es solo que no tenía suficiente energía para lidiar con todo. Pero quizá lo entendiste así. Lo siento, Jess. Si pudiera hacerlo todo de nuevo os llevaría, a ti, a Leroy y a todas las butches a la siguiente asamblea y les diría a los chicos: «Aquí estamos, somos el sindicato». Creo que yo también he cometido un error.

Tommy y Duffy eran los dos únicos hombres que me habían pedido perdón en la vida.

—Me tengo que ir —le dije—, vas a llegar tarde.

—¡Espera! —levantó una mano enguantada—. Tengo algo para ti. —Abrió la puerta del coche y me dio un regalo envuelto.

—Te lo compré cuando me enteré de que habíamos ganado la huelga. —Duffy parecía avergonzado cuando me lo entregó. Se quitó el guante y nos dimos la mano—. Adiós, Jess. Gracias.

—¿Gracias por qué?

Sonrió.

—Gracias por enseñarme tanto. —Se dio la vuelta y echó a andar.

Caminé hasta casa por la nieve, intentando no pensar en nada. Cuando llegué me di cuenta de que aún no había abierto el paquete. Estaba envuelto en un boletín de la AFL-CIO²⁷ y tenía un lazo

27. American Federation of Labor and Congress of Industrial Organizations. Es castellano, Federación Estadounidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales, una federación de sindicatos estadounidenses y canadienses.

dorado que parecía haber sobrado de las navidades. Era un libro, la autobiografía de una mujer, una líder sindical llamada Mother Jones. Dentro, en la primera página, Duffy había escrito: «Para Jess, con grandes expectativas».

Me acerqué a la ventana y miré hacia fuera, por encima de los montones de nieve, deseando poder hacer las cosas una vez como prueba y luego volver atrás y hacerlas de nuevo.



Estaba sentada en el bar y fumaba nerviosa, esperando a que llegara Edna. Justine arqueó una ceja:

—¿Aún no ha llegado?

—¿Quién? —pregunté inocente.

Sonrió y alzó su vaso en un brindis:

—Por el amor —dijo—. ¿O es lujuria?

Mis defensas se desmoronaron.

—Lo único que sé es que espero toda la semana para verla y cuando la veo...

—Oh, oh —rio Justine. —¿Ella siente lo mismo?

Levanté los hombros.

—Creo que le gusto.

Justine se inclinó hacia mí.

—¿Entonces cuál es el problema, cariño?

—No lo sé. Ella está soltera, yo estoy soltera. No hay ninguna ley que lo impida, ¿verdad?

No contestó.

—No lo sé, Justine, hay algo que no acaba de parecerme bien. Quiero decir, Jan es mi amiga. Me ha contado movidas, ha confiado en mí. Las cosas nunca volverían a estar bien entre nosotras. Pero luego veo a Edna y la deseo tanto que duele.

Justine no dijo ni una palabra.

—Di algo —supliqué.

Se encogió de hombros.

—Esta vez tienes que solucionarlo tú sola.

—Muchas gracias.

Edna entró por la puerta. No conseguimos fingir tranquilidad. Me sostuvo la mirada mientras caminaba hacia mí. Me alisó las solapas y me besó suavemente en los labios. El corazón se me iba a salir del pecho. Me llevó de la mano a la parte trasera del bar, dejó la bebida en la mesa e hice intención de sentarme, pero Edna me arrastró a la pista. Era el momento soñado.

El placer del baile fue exquisito, casi insoportable. Solo abrí los ojos una vez mientras sonaba la música. Vi a Jan mirándonos. Aunque era solo una silueta, reconocí sus celos y su rabia. Al momento siguiente había desaparecido.

Edna se separó y me miró.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Yo estaba al borde de las lágrimas. Me acarició la mejilla con las puntas de los dedos y se acercó aún más—. ¿He hecho algo malo?

No podía explicarle que temía haber perdido también a Jan. Edna me guio de vuelta a la mesa.

—Edna —comencé.

Negó con la cabeza.

—No me gusta cómo suena eso. No tienes que darme explicaciones —dijo, mientras cogía el bolso y el abrigo.

—Espera —le pedí—. No lo estás entendiendo. —Dejó caer el abrigo pesadamente. —Me gustas tanto que se me está yendo la olla. Pero creo que esto no está bien.

Edna no dijo nada. Me tocaba a mí hacerme entender.

—No puedo dejar de pensar en ti. —Ella se inclinó hacia delante y me puso la mano en el brazo herido, pero siguió callada—. ¿Recuerdas lo que me dijiste sobre que la gente tiene etapas y ciclos? Acabas de romper con Jan y estás dolida. Yo quiero a Jan, también; es mi amiga.

Bajó la cabeza; luego la alzó de nuevo. Sus ojos rebosaban tristeza.

—Pensaba que ibas a decirme que soy demasiado mayor para ti.

—No creo que seas mayor en absoluto, Edna. Creo que yo soy un poco joven para ti. No estoy hablando de edad, sino de madurez. A veces me imagino entrando en el bar contigo y convirtiéndome automáticamente en una veterana solo por tenerte cogida del brazo. —Ella seguía sin decir nada. La verdad es que no estaba poniéndome las cosas fáciles—. Y, a veces, cuando no tengo ni idea de qué hacer, pienso que tú podrías ayudarme a descifrar el mundo. —Edna sonrió amablemente—. Pero no puedo volverme una veterana de repente. No puedo saltarme todas las cosas que tengo que aprender y no puedo aprenderlas todas de ti. Creo que lo que estoy diciendo es que cuando te coja entre mis brazos por primera vez y te haga mi amante, y lo haré algún día, quiero ser más madura de lo que soy ahora. —Inspiré profundamente—. Y, además, quiero a Jan. Es mi amiga. Una vez me dijiste que tendré que vivir toda la vida con lo que haga ahora.

—Es cierto, lo dije —suspiró Edna, melancólica. Se echó atrás en la silla, justo ahora que yo deseaba que se acercara. —No estoy preparada para sentar la cabeza con ninguna butch ahora mismo —me dijo—, pero, si lo estuviera, sería un honor entrar contigo del brazo en el bar. Si alguien me hubiera dicho que podría estar tan dolida y al mismo tiempo sentirme tan atraída por ti, jamás lo habría creído.

Me sonrojé. Esas eran las palabras que había esperado escuchar. Ella sonrió.

—Y me halaga que una butch joven como tú se fije en mí. Me has hecho sentir atractiva en una época en que no creía serlo. Pero no sé si me había dado cuenta de la pasta de la que estás hecha hasta escuchar lo que acabas de decirme. —Me apretó el brazo. Sus palabras eran como un fuego en el que calentarme las manos—.

Amo a las butches. Amo a Rocco y a Jan por cargar con el mundo entero sobre sus hombros en vez de hacer de sus vidas una mentira. Y, que a pesar de todo, hayan conseguido ser personas decentes. Me fueron fieles a mí y son fieles a sus amigas. —Yo asentí y bajé la mirada—. Las respeto por eso. Esa es una de las razones por las que las quiero tanto. Y también lo veo en ti.

Temía que, si seguíamos hablando, me arrepintiera de mi decisión y me arrojara a sus brazos. Quería pedirle que me enseñara a dejar que me tocaran, pero no podía traicionar la confianza de Jan.

Edna habló primero.

—Tengo que volver a casa ya.

Suspiré aliviada. Me levanté y le sujeté el abrigo mientras se lo ponía. Deslizó los brazos por las mangas y se giró hacia mí. Me besó levemente en los labios. La cogí por la cintura. Su boca se abrió y descubrí todos los placeres que había esperado encontrar en su afecto.

Se separó. Yo también. Levantó mi mano herida y me besó las puntas de los dedos, y luego se fue. Me quedé en el sitio durante mucho tiempo, incapaz de moverme.

Peaches apareció a mi lado.

—Vamos, cielo —dijo, llevándome hasta la barra—. Ponle una, Meg, y que no pare.

Justine alzó el vaso en el aire y brindó por mí.

—No te habría dicho que te estabas equivocando aunque lo pensase, pero para mí esto era lo correcto.

Me derrumbé sobre la barra.

—Jan está enfadada conmigo de todas formas —les dije—. Nos ha visto bailando.

Me acarició el pelo.

—Todavía es tu amiga.

—Me temo que las he perdido a las dos —suspiré.

Justine negó con la cabeza.

—Jan volverá. Y Edna lloraba y sonreía cuando se marchó. Algo debes de haber hecho bien.

Yo también moví la cabeza.

—No lo sé, no parece que esté haciendo nada bien.

Peaches se echó a reír.

—Espera y verás. La chica adecuada está al caer, y viene directa hacia ti.

Si era cierto, deseaba con todas mis fuerzas que se apresurara en llegar.



10

Si no hubiera sido por Edwin quizá nunca hubiera conocido a Milli. Una mañana Ed iba de camino al sitio donde iba a desayunar con Darlene y me preguntó:

—¿Vienes o qué?

Cuando entramos en la sórdida cafetería me alegré de haber ido. El restaurante estaba hasta los topes de chicas que hacían la calle. Nos recibieron con un rugido estrepitoso. Me besaron y me tocaron. Darlene sentó a Edwin sobre sus rodillas y fingió amenazar al resto de femmes para que dejaran a su butch en paz. Era divertido cuando jugábamos a aquello.

Darlene me habló del último episodio de *The Fugitive*: atrapan al verdadero asesino y David Janssen es por fin absuelto y puede dejar de huir.

Ed discutía sobre los disturbios en Newark y Detroit con una mujer que estaba sentada frente a nosotras.

—La violencia es más estadounidense que el pastel de cerezas. Eso es lo que dice Rap Brown²⁸. —Ed dio un puñetazo en la mesa—. Los disturbios son el ensayo general de la revolución.

28. Actualmente Jamil Abdullah Al-Amin, líder del Movimiento por los Derechos Civiles.

La mujer alzó ambas manos en señal de rendición.

—Vale, lo que tú digas. No pierdas los papeles.

Todo el mundo intentaba gritar por encima del sonido de la jukebox, que estaba realmente alta. Los Beatles cantaban *Lucy in the Sky with Diamonds*. Le di un golpecito en el hombro a Darlene.

—¿Qué significa esa canción en realidad?

Se echó a reír.

—¿Y yo qué coño sé?

Me quemaban los ojos de cansancio. Le pedí a Edwin que me acompañara fuera y escuchara el arranque de la Norton. No arrancaba bien cuando hacía un tiempo frío y húmedo. No sabía por qué.

La primera vez que vi a Milli fue, en realidad, por encima del hombro de Ed. Estaba allí, quieta, mirándome sin hacer nada. Ed se dio cuenta y, como la buena amiga que era, se marchó.

Tengo algunas imágenes archivadas en mi mente. Una de ellas es la de Milli, con las manos en las caderas, mirándome de arriba abajo como si la moto y yo fuéramos una única cosa. Su lenguaje corporal, el brillo de sus ojos, la sonrisa juguetona: toda aquella sensualidad femme era difícil de resistir.

Sin mediar palabra me quité la chupa de cuero marrón y se la ofrecí. Ninguna de las dos tenía prisa. Una vez empezada la danza no había razón para apresurarse, había muchos motivos para tomárselo con una deliciosa calma. La ayudé a ponerse mi chaqueta.

Creo que me enamoré de ella en el momento en que pasó su pierna por encima de la moto y se acomodó detrás de mí. La forma en que dos mujeres se relacionan sobre una moto es parte del sexo que tendrán después, y ella era muy muy buena sobre la moto.

No me di cuenta de que sus amigas nos estaban observando desde la ventana de la cafetería hasta que ella se despidió con la mano; todas con una sonrisa dulce, como de estar compartiendo un secreto.

Desde entonces yo fui su butch y ella mi femme. Todo el mundo lo sabía. También nosotras. Simplemente encajamos, y saltaron las chispas. Éramos dos tías duras y juntas nos sentíamos invencibles.

No era solo bravuconería. Teníamos un carácter muy parecido. Para sobrevivir en aquel mundo, una stone butch y una puta tenían que ser duras. Ambas éramos lo que parecíamos, y eso era lo que nos gustaba de la otra. Bailábamos lento, teníamos sexo duro, nos inclinábamos a la vez en la moto al coger una curva cerrada. Todo iba cada vez mejor.



Una mañana Milli no vino al Malibou después del trabajo, como solía hacer. Tampoco Darlene ni ninguna de sus amigas. Todas nos preocupamos. Finalmente, Darlene llegó en un coche. Milli estaba en el asiento trasero, sangrando. Tenía la cara destrozada. Me metí en el coche y le puse la cabeza en mi regazo. Tuvimos que llevarla a un puto veterinario para conseguir que le escayolaran el brazo. Teníamos miedo de que el personal de urgencias llamara a la policía. Había sido un policía que no estaba de servicio el que le había dado la paliza.

Milli tardó mucho mucho tiempo en recuperar la confianza en sí misma. Aquello la cambió. Cada paliza te cambia.

Conseguí trabajo en el turno de día de una fábrica de tuberías de plástico. Milli curraba de vez en cuando en un taller de encuadernación. Todo iba bien, simplemente era distinto. Y luego me despidieron y Milli dejó caer que estaba pensando volver a bailar en los clubs para sacarnos adelante.

—¡No, no, no, no, no! —creí haber dejado clara mi posición. Pero la forma en que Milli rodeó la mesa de la cocina y vino hacia mí para contestarme me hizo recular. Me arrinconó contra el fregadero y se puso delante de mis narices.

—Nadie —escupió—, nadie me dice lo que hacer con mi vida, ni tú, ni nadie. ¿Te queda claro? —Admití que tenía razón—. ¿Y qué coño pasa? ¿De repente te has vuelto una mojigata? —Daba vueltas inquieta por la cocina.

—¡Que te jodan! —le grité. Sabía perfectamente que no era verdad. —Solo has dicho eso para hacerme daño. —Admitió que era cierto—. Es solo que es demasiado peligroso que vuelvas a esa vida —me defendí—. ¿No recuerdas por qué lo dejaste? —Eso último fue un gran error. Me di cuenta cuando Milli cogió el plato que tenía más a mano y lo lanzó volando en mi dirección. Me agaché a tiempo.

—¡Eres una hija de puta condescendiente! —gritó—. ¿Qué crees, que sabes de qué va la vida mejor que yo, puta gilipollas de mierda?

Nos quedamos en silencio por un momento. Decidí fregar los platos. Milli se apoyó contra la encimera de la cocina con los brazos cruzados sobre el pecho, observándome.

—Es que no puedo soportar pensar que un tío, o cualquier persona, te haga daño.

Milli cogió un trapo y empezó a secar los platos. Era una buena señal.

—¿Cómo crees que me siento yo —preguntó— cuando tú trabajas de seguridad en el bar los fines de semana y hay gresca? —Se calentó otra vez—. Por el amor de Dios, ¿cuál es la diferencia entre tu trabajo de seguridad y el mío de camarera?

—De bailarina —puntalicé—. Sabes que estaría preocupada cada puto minuto que llegaras tarde después de tu turno.

—Bueno, pues entonces que te follen. Ese es tu problema, cielo, no el mío. —Milli me miró, y luego bajó la vista. Pensé que quizá se arrepentía de lo que acababa de decir—. Lo siento —dijo—, pero no puedo soportar que la gente utilice el argumento moral conmigo.

—¡Me cago en la puta! —Ahora era yo la que gritaba—. Desde que nos conocimos has estado esperando a que cometa un puto error, a que diga algo malo sobre el hecho de que seas prostituta.

—Exprostituta —dijo con sarcasmo.

—No es una puta broma. Nunca te he reprochado ni una mierda. Lo sabes perfectamente. Pero cada vez que discutimos estás ahí agazapada, esperando que me enfade tanto que cometa un error. Así tendrías excusa para marcharte.

Milli sonrió por primera vez desde el día en que llegué a casa y le dije que me habían despedido.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —pregunté, hostil.

—Me gustas —respondió con voz suave.

Me di la vuelta de nuevo hacia el fregadero y negué con la cabeza para hacerle ver mi exasperación. Ella hizo que me diese la vuelta. Su expresión era cálida. Me besó en la boca. Yo le correspondí. Luego me puse a fregar los platos de nuevo.

Ella me giró otra vez.

—Necesitamos pagar el alquiler. Será solo un tiempo. A mí tampoco me entusiasma.

Me reí.

—¡Y una mierda!

Arqueó una ceja, retándome a continuar la frase.

—Hay cosas de esa vida que te encantan —dije—. Lo sé.

Puso cara de incredulidad.

—¿Lo sabes de verdad?

Asentí. Me abrazó.

—Encajamos a la perfección —dijo mientras recorría mi espalda con sus manos—. ¿Sabes esas películas antiguas de espías en las que cortan por la mitad una carta de póker? Luego, cuando los espías se encuentran, la vuelven a juntar. Eso son las putas y las stone butches. Simplemente encajamos, ¿sabes?

Me besó de nuevo. Se le daba muy bien. Luego me agarró del pelo, tiró de mi cabeza hacia atrás y me miró profundamente durante un rato antes de hablar de nuevo.

—Eres la única mujer del mundo que sufre casi de la misma manera que yo, ¿lo sabes?

Sí que lo sabía.

—Y otra cosa —me besó el cuello—. También eres la amante más dulce del mundo—. Me desabrochó la camisa mientras lo decía. La cháchara se había acabado. Ahora empezaba la conversación de verdad. Nuestros cuerpos estaban cargados de electricidad.

Después, en la cama, la abracé; y la pelea me pareció un sueño.

—¿Cuándo empiezas? —le pregunté.

Se puso tensa.

—Llamaré a Darlene mañana.

Pasé toda la semana cagada de miedo, rellenando solicitudes de empleo en las fábricas. Si encontrara trabajo antes del final de la semana...

Ese jueves Milli me dijo, fingiendo indiferencia, que iba a empezar a trabajar con Darlene la noche siguiente en el Pink Pussy Kat. Clavé el tenedor en el pastel de carne.

—No empieces —me advirtió.

—No he dicho nada.

Comimos en silencio. El viernes me fui al bar por la tarde temprano, mientras ella aún dormía. Le preparé la comida y le puse pequeñas pegatinas de corazones rojos en la bolsa de papel marrón.

Todas en el bar sabían que estaba molesta. Las butches me daban palmadas en los hombros y me decían que me animase. Las femmes simplemente me alisaban las solapas de la chaqueta y me sostenían la mirada durante un momento, un mensaje algo más complejo. En un momento dado, Justine me llamó, haciendo un gesto con el dedo índice desde la otra punta de la sala. Me agarró con firmeza de la corbata y, sin soltarla, me ordenó:

—Déjalo ya.

—¿Qué?

—He dicho —me agarró aún más fuerte por la corbata— que dejes ya de dar el espectáculo. Es lo último que necesita, cariño. Y si lo que quieres es perderla, vas por buen camino.

Me quedé pasmada.

—No entiendo nada —dije con sinceridad.

—Madura un poco —concluyó, y me soltó.

Para cuando empezó a amanecer tenía ganas de ver a Milli. Cuando llegó del club con las otras bailarinas estaba deseando que nos fuéramos. Pero estuvieron mucho tiempo juntas en el baño. Por fin salieron, dejando con cierto reparo la camaradería del grupo. Vinieron hacia nosotras de una en una.

Milli mantuvo la cabeza apoyada en mi espalda durante todo el trayecto hasta casa. Me daba miedo que se hubiera quedado dormida y se cayera de la moto en una curva.

Cuando llegamos le preparé un baño caliente lleno de burbujas. Fui al dormitorio a decirle que estaba todo listo, pero ya estaba dormida. Yo no estaba cansada.

La desperté sobre las seis de la tarde para cenar. Había hecho su comida favorita, pero se limitó a darle vueltas en el plato con el tenedor.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, claro —contestó, igual que hubiera hecho yo.

—¿Vendrás al bar después del trabajo?

Se quedó en silencio durante un momento.

—¿Podemos vernos directamente en casa? Estoy muy cansada.

Me puse de mala hostia, tenía miedo.

—¿Qué tiene de malo vernos en el bar?

—¿Podemos hablar de esto en otro momento? —me preguntó.

—Sí, claro —dije.

Esa noche le preparé la comida con los corazoncitos rojos en la bolsa. La cogió y sonrió a la bolsa, no a mí.

Me sentí extraña cuando a la mañana siguiente las otras mujeres fueron a buscar a sus butches. Cada vez que alguien me preguntaba dónde estaba Milli yo me ponía más y más a la defensiva y furiosa.

Discutimos por eso aquella mañana.

—¿Acaso se te ha ocurrido pensar que quizá ir al bar me resulta incómodo? —vociferó Milli.

Nunca jamás se me habría ocurrido.

—Pero, ¿por qué? —pregunté, confusa.

—Porque hay un rollo raro con nosotras.

—¿De qué hablas? Muchas de las mujeres que van al bar también son putas —me di cuenta de que había levantado la voz, y deseé ser capaz de no hacerlo.

—Son chicas de pueblo que hacen la calle para pagarse el alquiler. Se avergüenzan de lo que hacen. No están en ese mundo de la misma forma que el resto de nosotras. Somos distintas.

Nunca lo había pensado. Estaba flipando.

—¿Lo entiendes, cielo? Es tu gente, no la mía. —Su tono gélido me dio escalofríos—. Mi gente son las mujeres con las que bailo. Ellas son las que me protegen.

A Milli siempre le había gustado moverse con otras prostitutas.

Cogí la chaqueta de cuero y conduje la moto hasta bien pasadas las afueras de la ciudad, después salí de la carretera y me senté a pensar.

Durante el resto de la semana fuimos extremadamente educadas la una con la otra en el piso. No conseguía que Milli me contestara a nada. No había manera.

—No sé qué hacer —le dije a Edwin—. Estoy acostumbrada a ser yo la que se cierra.

—Dale tiempo —contestó Ed—. Ambas necesitáis tiempo.

El domingo por la mañana, cuando estaba a punto de caer dormida, llegó Milli. Estuvo en el baño durante mucho tiempo antes de que yo me diera cuenta de que algo iba mal. Giró la cara cuando entré. Me senté en el suelo de baldosas.

—¿Estas bien? —le pregunté.

—Sí, cariño. Ve a dormir.

Tras unos minutos, conseguí que me mirara. Tenía un lado de la cara hinchado. Un hilillo de sangre le caía desde el labio partido. Fui a por una toalla limpia y abrí el grifo del agua fría. Me quedé quieta delante de ella hasta que me dio permiso para tocarle la cara. Me abrazó con fuerza por la cintura. Yo caí de rodillas y la abracé. Luego se zafó, se incorporó y fue a preparar la bañera.

Capté el mensaje. Me fui a la cama. Aún estaba despierta cuando se desnudó y se tumbó, pero no dije nada. Ella lo sabía. Cuando empecé a llorar me sorprendí yo más que ella. Sabía cómo lidiar con mi tristeza tanto como yo con la suya. Fue a la cocina y preparó café. Yo me quedé en la cama.

Trajo un café para compartir y se sentó en el colchón. Su tono fue más suave de lo que esperaba:

—¿Recuerdas aquella vez, cuando me dieron una paliza tan brutal que dejé de trabajar en los clubs? Ya sabes, después de que nos conociéramos.

—Claro —me pregunté adónde quería llegar.

—¿Recuerdas que me abrazaste y me dijiste que me protegerías, que no dejarías que nadie me hiciera daño? —Hice una mueca de dolor. Milli me puso una mano en la espalda para confortarme—. Lo que dijiste no es malo, cielo. Eso es lo que todo el mundo quiere oír cuando le han hecho daño. El problema fue que tú te lo creíste. No puedes protegerme, cariño. Y yo no puedo protegerte a ti. Y creo que últimamente no lo estás llevando muy bien.

No lo negué. No dije nada. Tras un rato me sumergí en el sueño. Cuando me desperté para ir a trabajar, Milli estaba durmiendo en el sofá. La cubrí con una manta. La quería muchísimo, joder. Lo que había dicho era cierto. Quería proteger a Milli y sabía que no podía. Ni siquiera podía defenderme demasiado bien a mí misma. Perdí los nervios. Estaba asustada, incluso en el trabajo.

La noche anterior, justo antes de la hora de cierre, un chaval llamado Sal había aparecido tambaleándose, tan ensangrentado que apenas lo reconocimos. Había sido víctima de un marine que ataba a chicos gays con pluma a las farolas y les cortaba con una cuchilla, cientos de pequeños cortes. Luego el marine se iba al bar de enfrente y se sentaba, esperando a ver si alguien se atrevía a decirle algo.

Todo el mundo sabía que andaba por ahí merodeando, pero nadie esperaba verlo aparecer en el bar un sábado por la noche, cuando estaba hasta los topes. Al principio no me di cuenta de lo que estaba ocurriendo. Sonó el teléfono de la cabina. Justine gritó que era para mí y me dijo que me diera prisa, que era Milli. Cuando me tapé la otra oreja con el dedo para poder oírla mejor por encima del estruendo de la jukebox vi que el marine venía directamente hacia mí a través de la muchedumbre. Me apuntó con el índice y masculló algo.

—Eh, tranquilo —dije, intentando calmarle.

Booker atizó al tipo en la cabeza con una botella de kétchup. Luego nos dijo que fue la única cosa que tenía a mano en ese momento. Hizo un buen trabajo. Creo que a todos nos animó ver al marine inconsciente y cubierto de kétchup. El fin de semana siguiente oímos que habían encontrado al marine muerto. Nadie sabía quién había sido.

Cuando llegué a casa aquella mañana reproduje la escena para Milli. En el fondo, lo único que quería era hacerle el amor. Lo había estado deseando toda la semana. Pero nos fuimos a dormir todavía hablando de lo heroico que había sido Booker.

Fue el viernes siguiente cuando discutimos salvajemente. Ni siquiera recuerdo cómo empezó. No importa, en realidad. Lo que importa es que fue esa clase de pelea que duele tanto como si te arrancaran el corazón.

Intenté ir a dar una vuelta con la moto. No arrancaba. Me fui furibunda a dar un paseo alrededor de la manzana. Cuando volví

Milli no estaba. Me quedé sentada en la oscuridad durante mucho rato. Estaba muy enfadada. Mi mente no funcionaba con claridad, eso sí lo recuerdo.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de que estábamos descarrilando. De repente sentí que necesitaba disculparme, explicarme, o la perdería para siempre. Así que fui hasta el Pink Pussy Kat. No sé en qué estaba pensando.

Caminé de un lado para otro en la puerta del garito mientras fumaba. No se podía ver nada del interior porque las ventanas y la puerta estaban empapeladas con algo brillante parecido al papel de aluminio.

Darlene me vio en cuanto abrí la puerta. Tenía el brazo alrededor del cuello de un marinero. Miró a Milli, que estaba bailando dentro de una pequeña jaula justo al lado de la barra. Milli también me había visto.

Quizá creía que Milli llevaba ropa cuando trabajaba. No es que me importara, simplemente me di cuenta de que nunca lo había pensado. Me empapé de las imágenes y los sonidos y los olores del mundo en que trabajaba. Escuché la música al ritmo de la cual bailaba: *I never loved a man the way I, I love you*²⁹.

Había estado en tantos tugurios que aquel tenía algo de familiar, de conocido. Pude ver al momento quién estaba trabajando y quién no. Las que trabajaban eran, por supuesto, las mujeres. Pero podías saber más cosas de ellas por su actitud que por su sexo. Aquello era, después de todo, un trabajo. Bien pagado para las mujeres que podían cuidar de sí mismas. Y Milli podía hacerlo.

Pero supe que había cometido un error garrafal al entrar por la puerta; el último error que se me iba a permitir tener. Me di cuenta en ese mismo instante de que era demasiado tarde para nosotras.

Volví a nuestro piso a esperarla. Milli volvió pasadas unas horas. Dejó la puerta del apartamento abierta y vino hacia mí echando

29. «Nunca he querido a un hombre de la forma en que te he querido a ti».

humo. Debí de presentir lo que se me venía encima, porque hundí las manos en el fondo de los bolsillos del pantalón. Me abofeteó con fuerza.

—Lo siento —fue lo único que pude decir. Realmente lo sentía mucho.

—Seguro que sí —contestó Milli. Su voz sonaba cruel y fría; estaba dolida—. ¿Has conseguido ver todo lo que querías ver?

—Lo siento, cariño —intenté explicarme—. No he ido hasta allí para hacerte daño. Quería empezar de nuevo. He cometido un error.

—Desde luego —dijo, pero estaba más calmada. Me miró inquisitivamente—. ¿En qué estabas pensando? —Dejó el enfado de lado por un momento—. ¿Cómo te has sentido al entrar allí, Jess? ¿Te ha dolido?

—Es gracioso —dije—. De alguna manera me he sentido más cerca de ti. Y he pensado en lo valientes que sois todas.

—¿Valientes? —Milli entornó los ojos.

—Sí. No creo que yo fuera lo suficientemente fuerte para enfrentarme a todo eso desnuda.

Milli se levantó y me miró sin decir nada. Luego fue hasta nuestro dormitorio y empezó a lanzar ropa en una maleta. No me moví de donde estaba. Cuando acabó hizo como si estuviera buscando a su alrededor qué más llevarse, pero yo sabía que se estaba ahogando.

—¿Hay algo que pueda decir? —pregunté, sabiendo la respuesta.

A Milli se le suavizó la expresión y se acercó.

—Lo siento, cielo —le dije, mientras las lágrimas me corrían por las mejillas. La estreché entre mis brazos por última vez—. Sé que he cometido un gran error hoy, Milli. Siento haberte hecho daño.

Ella negó con la cabeza y me cogió la cara entre las manos.

—Ha sido un error. Pero nada más. Yo también me he equivocado muchas veces contigo. No es por eso por lo que me voy. —Fue hasta la maleta, sacó el gatito de porcelana con el que se había mar-

chado de casa quince años antes y lo puso en la mesita de café que había a mi lado—. Simplemente no creo que las cosas vayan a ser muy diferentes. Por lo menos no ahora —explicó—. Quiero irme antes de que todo se rompa.

Me rozó la mejilla con los labios y luego atravesó la puerta abierta. Se había ido.

Me senté en el sofá y lloré, porque no sabía qué más hacer. Me levanté de un salto, corrí escaleras abajo y salí, pero ya se había ido. Además, no sabía cómo devolver las cosas a su estado original.

Volví a subir, abrí un botellín de cerveza y me senté al borde de la cama. Fue en ese momento cuando recordé que el fin de semana anterior Milli me había llamado al bar desde el trabajo. Justo en aquel momento había visto al marine viniendo hacia mí y había olvidado la llamada; ella parecía estar llorando. Con los nervios no había recordado preguntarle después por qué había llamado. Ahora daría lo que fuera por saberlo.

Sonó el teléfono. Corrí para coger el auricular. Era Edwin. Ya lo sabía. Darlene se había quedado abajo esperando en el coche mientras Milli subía a recoger sus cosas. Darlene quería que Ed me dijera que lo sentía mucho y también que me quería.

—¿Estás bien? —me preguntó Edwin.

—Creo que no —le contesté. Hubo un silencio muy largo.

—Hacíais buena pareja —dijo Ed.

—Sí, lo cierto es que sí, ¿verdad?

—Te quería de verdad —me recordó Ed—. Esas comidas que le preparabas a Milli con las bolsas de papel con corazones...

—¿Cómo sabes eso? —pregunté—. ¿Las otras chicas se burlaban de ella por eso?

—¡Qué coño! —exclamó Edwin. —No, estaban celosas. Nos lo ponías muy difícil al resto de butches. Todas tuvimos que empezar a preparar «comidas de amor». De todas formas, ¿me prometes que no le dirás nada de esto a Darlene? —Lo prometí—. Milli le dijo a

Darlene que creía que la habían querido una o dos veces en su vida, pero que nunca la habían cuidado tanto como tú.

Inspiré profundamente.

—¿Hace mucho que dijo eso?

—Nah —contestó Ed, viendo por dónde iba—, fue hace poco.

—Ed, estoy hecha mierda.

—Lo sé —dijo Ed amablemente. —Estoy más o menos igual. Las cosas no están demasiado bien ahora mismo entre Darlene y yo.

—¿Por qué es tan difícil?—. Me sentía aturdida.

—No lo sé —Ed suspiró—. Supongo que el amor nunca es fácil. Pero entre butches y putas es distinto. —Parecía sumida en sus propios pensamientos—. Es amor sin ilusiones.

Hubo un silencio. Ambas suspiramos profundamente.

—Mi moto no funciona.

—Ve a trabajar esta noche —me aconsejó Edwin—. Te veo allí por la mañana y le echamos un ojo.

—Ed —dije—, esta vez la he jodido de verdad.

—Qué va —me aseguró—. Solo tienes que madurar un poco más.

—No sé si soy capaz —le contesté.

Se echó a reír.

—No te queda otra.

11

Dejé de pasarme por los bares durante unas semanas. Había oído que Milli se había marchado de la ciudad, pero no tenía ganas de ver a nadie. Pillé dos trabajos temporales para pagar las reparaciones que necesitaba la Norton y mantenerme ocupada. Mi vida estaba vacía después de perder a Milli.

Durante el día empaquetaba cartones de leche en la central lechera de Niagara Street.

Por la noche trabajaba en la fábrica de tuberías de plástico que había al sur de Búfalo. Volcábamos bolsas enormes de once kilos de polvo en las máquinas de extrusión y por el otro lado salían las tuberías de plástico. El primer día que trabajé allí, mi reloj de bolsillo se paró a los diez minutos del comienzo del turno, se había atascado debido al polvo. Yo estaba cubierta de la cabeza a los pies.

Después de un par de semanas estaba agotada de trabajar doble jornada. Había ahorrado lo suficiente para arreglar la moto y no se me ocurría que necesitase nada más. Así que el viernes por la noche avisé en la fábrica de tuberías de que me iba.

Cuando llegué a casa el sábado a mediodía, encontré a Ed sentada en el porche delantero. Llevaba pantalones de vestir, una camisa blanca almidonada y gemelos de rubíes. Me miró como si hubiese visto un fantasma.

—¿Qué es toda esa mierda verde que tienes encima? —Solo se me veían los ojos debajo de la capa de polvo—. Deberías ir a lavarte —me dijo Ed—. ¿No te has enterado de que hoy hay un funeral? Ha muerto la vieja Butch Ro.

Butch Ro era muy querida por todas las camioneras mayores. Era la más vieja de todas. Había trabajado en la planta de Chevrolet más tiempo del que nadie recordaba. No podía imaginar el dolor tan profundo que estarían sintiendo las butches veteranas. Se conocían y querían desde hacía mucho y habían pasado por un montón de cosas juntas.

Ro y su pareja casi nunca iban a los bares. Solo las había visto una vez en Niagara Falls, en el Tifka. Pero las hubiera conocido o no, para mí era importante acudir al funeral. Todas las butches iban a estar allí. Era un símbolo de respeto por el papel que había tenido en nuestra comunidad.

Me pegué una ducha mientras Ed preparaba café. Gritó algo de que teníamos que arreglarnos mientras me secaba.

—¿Qué? —dije desde el baño.

—Se supone que tenemos que arreglarnos —gritó Ed.

—Sí, claro.

—No —gritó—. Ya sabes, vestirnos de chicas.

Me puse un albornoz y fui a la cocina para asegurarme de que la había escuchado bien.

—¿Quién lo dice?

Ed se encogió de hombros

—Las camioneras mayores.

—¡Yo no me pongo un vestido por nadie!

Me dijo que íbamos a un velatorio a ver un cuerpo, no a llamar a las puertas del cielo para que nos dejaran entrar.

No podía ponerme un vestido. Temblaba solo de pensarlo. Además, había otra cuestión: no tenía ninguno. Pero si la orden venía de las butches veteranas, sería por algo.

—Vamos, date prisa, vístete —me apremió Ed—. Probablemente ya estará allí todo el mundo.

Era demasiado tarde para llamar a alguien pidiendo consejo. Me puse el traje azul, una camisa blanca y una corbata oscura.

Ed condujo hasta la casa donde tenía lugar el velatorio. Yo la seguí en la moto. Cuando llegué me quedé sentada en el aparcamiento. Quería mostrarle mis respetos a Butch Ro, pero no quería tener que entrar allí.

—¿Qué coño te pasa, Jess? —me preguntó Ed, cabreada.

—No lo sé —le dije. Me sentía intimidada.

Cuando entramos, tardamos varios minutos en dar con la sala. Entonces supe que ya la habíamos encontrado. Allí, alrededor del ataúd abierto, estaban las mejores amigas de Butch Ro. Todas llevaban vestido. Eso daba una idea de cuánto la querían.

Eran marimachos corpulentas y de hombros anchos cuya feminidad estaba en aquellas manos llenas de callos. Podían darte una palmada en la espalda de forma cariñosa y mandarte al otro lado de la habitación. Tenían los antebrazos y los bíceps llenos de tatuajes. Esas butches imponentes se sentían cómodas con pantalones de trabajo. Eran ellas mismas cuando llevaban trajes cruzados de doble botonadura.

Llevar un vestido era una humillación insoportable. Muchos de sus vestidos eran viejos, de una época en la que a veces era necesario volver al armario. Estaban pasados de moda, algunos eran de color blanco, otros tenían volantes y encajes, otros eran lisos o de corte bajo. Todos los zapatos eran viejos o prestados: charol, mocasines, sandalias. Esa forma de vestir las degradaba, ridiculizaba quiénes eran. Sin embargo, tenían que decir adiós a amigas que querían mucho travestidas de esa manera.

La femme de Ro, Alice, saludaba a cada una de ellas. Se podía ver cuánto anhelaba apoyarse en sus sólidos cuerpos, sentir la fuerza de sus brazos. En cambio, se negaba respetuosamente a admitir el dolor que todas compartían. Se mantenía firme. Ro, la butch a la que Alice había amado durante casi treinta años, yacía en el ataúd que estaba junto a ella, ataviada con un vestido rosa y con un ramo de flores blancas y rosas entre las manos.

¿Qué mano cruel dirigía aquella escena? Los vi a la vez que ellos nos descubrieron a Ed y a mí. Era la familia de Ro: padre, madre y hermanos. Nos vieron en cuanto entramos, y acto seguido hablaron entre susurros con el encargado de la funeraria. Al instante, este anunció que el velatorio iba a cerrar y que teníamos que marcharnos. Eso fue todo.

Ed y yo fuimos a una cafetería cercana a tomarnos un café. Estábamos allí sentadas cuando entraron todas las butches veteranas, nos miraron cuando pasaron a nuestro lado. Todas habían encontrado un sitio en el que cambiarse de ropa, incluso si eso había significado agazaparse en el asiento trasero de un coche. Cuando nos vieron, se dirigieron al lado contrario de la cafetería.

Jan se avalanzó hacia mí con una mirada asesina, pero las demás la frenaron. Butch Jan, la butch veterana a la que pedía consejo. Butch Jan, mi amiga.

Jan había sido maja conmigo durante mucho tiempo, incluso después de haberme visto bailando con Edna aquella noche. Ahora me odiaba a muerte.

Unos minutos después entró Alice, con una butch a cada lado.

Ed y yo estábamos completamente aisladas. Queríairme. Era demasiado doloroso. Tras unos minutos, Alice vino hacia nosotras, como una emisaria. Me sentí mal porque tuviera que ser diplomática en un momento de tanto dolor, pero sabía que las butches estaban demasiado cabreadas para hablar con nosotras. Me puse de pie cuando llegó a nuestra mesa. Le cogí la mano y ella me besó en la mejilla.

—Las butches mayores están muy enfadadas con vosotras dos —explicó amablemente—. Algunas de ellas creen que lo habéis echado todo a perder. Mirad, piensan que si ellas han podido hacer ese sacrificio para decir adiós a Ro, vosotras, que sois más jóvenes, también habríais podido. En realidad no es culpa vuestra. Pero mejor que tengáis perfil bajo durante un tiempo, ya sabéis lo que quiero decir.

La angustia de Alice era tan evidente que tenía ganas de acercarme a ella y abrazarla, pero no me habría dejado. Lo entendí. Para mí había sido fácil acudir allí con mi ropa de siempre. Para las butches que nos miraban desde el otro lado de la cafetería, había sido doloroso y duro. Alice me dio un beso suave en la mejilla.

—Pasará, ya lo verás —susurró. Esperaba que tuviera razón.

Le hice caso a Alice y decidí mantenerme apartada una o dos semanas, hasta que viese alguna señal de que podía aparecer de nuevo en el bar. Pero las semanas de exilio pasaron sin una sola llamada que me mostrase que el hielo se había deshecho.

Comenzó a hacer frío por las mañanas. El otoño estaba cerca. No había mucho trabajo. La agencia de trabajo temporal me envió a una conservera en Four Corners. Eso implicaba dos horas de viaje para ir y dos para volver que no me pagaban.

Me monté en el autobús de la empresa a las cinco menos cuarto de la mañana. Hacía frío y había mucha humedad. Alguien me pasó una botella de whisky. La cogí y bebí mientras miraba por la ventana.

—Eh —escuché la voz de Butch Jan gruñendo—. ¿Vas a compartir eso o qué? —Estaba de rodillas en el asiento de delante. Contuve la respiración. Jan se echó hacia delante y agarró una manga de mi chaqueta—. ¿Lo has entendido ya? —preguntó. Su cara reflejaba distintas emociones.

Asentí.

—Sí, creo que lo he pillado. Es solo que no sabía qué hacer. Lo siento. Siento mucho haber jodido vuestro adiós a Ro.

Jan me soltó la chaqueta y pasó la mano por el cuero.

—Ah, eso no fue culpa tuya —dijo—. Al día siguiente, en el funeral, la familia nos obligó a estar a cien metros de la tumba. Ahí tampoco tuviste nada que ver.

Me incliné hacia ella.

—Escucha, Jan —susurré—. Lo siento mucho por todo, ¿me entiendes?

Las dos sabíamos que yo me refería a la noche en la que Jan nos vio bailar a Edna y a mí.

—No es lo que crees, en realidad.

Jan miró por la ventana como si estuviese soñando despierta. Esperé. Sonrió y cogió la botella de whisky.

—Está bien. —Pegó un trago y se estremeció—. No pasa nada. ¿Has trabajado antes en la conservera?

Negué con la cabeza. Ella sonrió y me dio una palmada en la mejilla con brusquedad.

—Te enseñaré todo lo que hay que saber. —Con esas palabras me daba la bienvenida de nuevo a la única familia de verdad que yo había conocido.

12

Todavía recuerdo el momento en el que Jan y yo entramos en la conservera y vi a Theresa de pie justo delante de mí. Estaba trabajando en una máquina que deshuesaba manzanas.

Intenté verla mejor, me preguntaba de qué color sería el pelo que había debajo de aquella redcilla blanca de papel.

—¿Vienes o no? —me preguntó el capataz. Me había quedado pillada durante un buen rato. La sonrisa de Theresa me dijo que sabía que había captado toda mi atención.

Seguía nerviosa e intranquila incluso cuando estábamos rellenando los formularios en la oficina del encargado. Theresa nunca dejó de afectarme de esa manera. El capataz se dio cuenta, pero no debió de importarle, porque me asignó un puesto cerca de ella.

Vi cómo las mujeres ponían las manzanas en el rotor y pisaban el pedal. Las manzanas giraban y el rotor las pelaba y deshuesaba. Todas caían en una cinta transportadora que se dirigía hacia mí. Pasado mi puesto, la cinta se dividía en dos.

El capataz me puso una vara en la mano. Le miré estúpidamente. Me dijo que empujara las pieles y los corazones de las manzanas hacia un lado y las manzanas a otro.

—¿Eso es todo? —pregunté. Él resopló y se marchó.

Así comenzó mi efímera carrera empujando manzanas.

Sabía que Theresa me estaba mirando, así que quería hacerlo con suavidad. Pero resultaba bastante raro, teniendo en cuenta la tarea.

—¿Qué haces? —me preguntó.

Levanté los hombros.

—Inspecciono las manzanas. Ya sabes, la calidad de la fruta, los agujeros de los gusanos, la eficiencia en la operación de pelado y deshuesado.

Ella echó la cabeza hacia atrás y sonrió.

—¿Te refieres a que estás ahí dándole golpecitos a las manzanas?

—Sí —me reí—. Algo así.

—¡Eh, tu, imbécil! —gritó alguien al final de la cinta transportadora. Había dejado que algunas pieles se colaran en el lado de las manzanas. ¡Bien hecho!

Theresa se rio ligeramente y volvió al trabajo. Estaba jugando conmigo. Ese tipo de flirteo era uno de los placeres inesperados de la vida. Terminó tan rápido como había comenzado. El capataz me dijo que me iba a cambiar de sitio.

—Puedo hacerlo mejor con estas manzanas —insistí.

Le seguí a otra zona de la fábrica donde se hacía el envasado. El ruido era terrorífico. Señaló una cinta transportadora con forma de «Y» que discurría paralela al techo. Vi a un tío allá arriba, sentado a horcajadas sobre una tubería gigante cerca del lugar donde la cinta se dividía en dos. Cada pocos segundos, una caja de cartón bajaba por la cinta. Él las desviaba alternativamente a uno de los dos lados. Yo iba a sustituirle.

El capataz me enseñó un poste de metal con puntos de apoyo para poner los pies. Esperé a que bajara el tío que estaba allá arriba, pero él se columpió de una tubería a otra, se sacudió las manos y se marchó. Supuse que llevaba un tiempo haciendo ese trabajo.

Tenía la esperanza de poder estar por encima del estruendo, pero la altura y el ruido me daban náuseas. Parecía que el trabajo reque-

ría la misma habilidad que el de las manzanas. Pero, aunque no era una tarea compleja, tampoco era tan sencilla como parecía a primera vista. Las cajas estaban llenas de pesadas latas de salsa de manzana. Me llegaban a una velocidad tremenda y tenía que golpearlas para desviarlas. Estuve a punto de caerme. Aprendí a golpear las cajas desde un lado, no de frente.

Una vez que lo pillé, me di cuenta de lo interesante que era mi sitio. Nunca había contemplado la vida de una fábrica a vista de pájaro. La disposición de las máquinas, la secuencia y la interrelación de las tareas, los movimientos organizados de los trabajadores.

Vi que había jaleo cerca del baño de mujeres: Butch Jan se estaba enfrentando a dos mujeres y un hombre. Me había visto envuelta en peleas como esa muchas veces, pero nunca las había observado desde lejos y en una posición segura. Jan tenía las manos en las caderas y movía los labios como si estuviera gritando. Por la posición del cuerpo, se notaba que estaba a la defensiva y que se sentía incómoda.

No escuché los gritos del capataz. Golpeó con un martillo un tubo de metal que estaba conectado al que me servía de asiento. La vibración me sobresaltó y la siguiente caja estuvo a punto de hacer que me cayera. Se señaló el reloj. Debía de ser la hora del almuerzo.

Me encontré con Jan en la cafetería. Estaba enfadada porque varias mujeres le habían dicho en el baño que pensaban que era un hombre. Habían dicho que Dios no había creado a las mujeres para que parecieran hombres. «Bueno, pues explícame entonces», había contestado Jan. Me reí mientras me contaba la historia, pero en realidad no era divertida.

Vi entrar a la chica guapa, pero Jan estaba farfullando bastante cabreada y quería escucharla.

—Dijeron que habían creído que era un hombre cuando me vieron los tatuajes —Jan dio un golpe en la mesa—. Les dije que si de

verdad hubiesen creído que era un hombre habrían gritado y salido corriendo del baño.

Asentí. Tenía razón.

La chica se sentó en una mesa con sus amigas. Juraría que estaba fijándose en mí. Jan miró por encima del hombro para comprobar qué me estaba distrayendo.

—¿Ves algo apetecible en la carta? —se rio.

Me escurrí en el asiento.

—Oh, bueno. Seguramente solo está jugando conmigo.

—Joder, ni lo dudes —Jan sonó bastante segura.

—¿Qué quieres decir? —solté.

—He oído que ha preguntado tu nombre.

—Me estás vacilando. No me lo creo.

—No, no te estoy vacilando —parecía ofendida.

Empecé a tener esperanzas. Pero desaparecieron enseguida.

—Bueno, probablemente no significa nada —concluí.

Jan sonrió como si hubiera algo más.

—Bueno, ha preguntado si estabas soltera. —Me quedé con la boca abierta. No podía recobrar la compostura—. Por Dios, tranquila. —Jan me dio una palmada en el brazo.

—¿Cómo se llama?

—Theresa.

Saboreé el nombre, repitiéndolo en mi cabeza. Cuando haces eso, significa que en el corazón está pasando algo importante.

Al final de la jornada la busqué en la máquina de fichar, pero se perdió en medio de una marea de cientos de trabajadores que salían y otros cientos que entraban para el siguiente turno. No hablé mucho en el autobús de vuelta. Simplemente me quedé mirando por la ventana. Jan se rio por lo bajo y movió la cabeza.

Al día siguiente no podía esperar para ir al trabajo. A Jan y a mí nos pusieron a cargar camiones. Era una tarea dura. Estaba fumándome un cigarrillo apoyada contra un poste cuando vi a

Theresa caminando hacia el baño. En realidad los servicios estaban en dirección contraria. Me dio corte porque estaba empapada de sudor y la camiseta blanca que llevaba estaba asquerosa. Theresa sonrió.

—Me gustan las butches dulces —dijo, como si me hubiera leído la mente. Joder, esas cajas salieron disparadas de mis manos durante todo el día, como si estuvieran llenas de plumas.

Durante la semana siguiente no dormí mucho. Saltaba de la cama en cuanto sonaba la alarma y hacía el largo camino hasta la conservera en un estado de excitación anticipatoria. Veía a Theresa al menos dos veces por turno. Me pasaba el día flotando treinta centímetros por encima del suelo.

Entonces, un día, Jan me apartó a un lado tras un descanso.

—Tengo malas noticias para ti, peque.

Habían echado a Theresa. El gerente la había llamado a la oficina para la revisión de los seis meses. Allí le había tocado los pechos. Jan dijo que Theresa le había dado una patada en la espinilla, le había gritado y luego le había dado otra patada en la otra espinilla. Bien por ella. Después la echó.

Me caí de mi nube de euforia. Después de eso, lo de la conservera solo era un curro más. Peor, en realidad, porque había sido muy divertido. Supe que era el momento de pedirle a la agencia de trabajo temporal que me mandase a otro sitio.



El siguiente viernes por la noche me duché y me arreglé. Cuando llegué al Abba, me alegré de haberlo hecho. Allí estaba Theresa, apoyada en la barra. Pensaba que no iba a volver a verla. Había convencido a varias amigas de que la llevaran a Búfalo en coche para buscarme. Por suerte para mí, solo había un bar gay en aquella época.

El color de pelo de Theresa me recordaba las tonalidades brillantes de las castañas. Valió la pena esperar un momento antes de acercarme a ella. Sus ojos no escondían lo contenta que estaba de verme. Creo que le hubiera gustado abrazarme pero se contuvo. Así que lo hice yo. Le di un beso en la mejilla que me ofreció.

Vi a Grant cerca de la jukebox. Un momento después oí que sonaba *Stand By Your Man*. Gracias, Grant. Le pedí bailar a Theresa. Se tomó unos momentos para arreglarme el cuello de la camisa y ajustarme la corbata antes de ir a la pista de baile. Nos movíamos muy bien juntas. Después Meg me dijo que parecíamos Ginger Rogers y Fred Astaire.

Todo el tiempo que estuvimos bailando, Theresa me rozaba la nuca con las uñas, por encima de la camisa. Se me iba la cabeza. Supongo que lo hacía por eso. Yo sabía que también la estaba volviendo loca, pero lo hacía todo con mucho mucho cuidado. A veces, un movimiento suave es mucho mejor que uno fuerte.

Cuando acabó la canción me separé de ella, pero Theresa tiró de mí.

—No quería ser cruel contigo en la fábrica. ¿Crees que lo fui?

—No, estuvo bien.

Ella sonrió.

—No creo que me portase muy bien contigo. Estaba coquetean-do, llamando tu atención. Me gustaste.

Me sonrojé.

—Nadie había ligado conmigo nunca fuera de un bar, en el mundo real, quiero decir. Me hizo sentir normal. —Asintió como si de verdad supiese lo que quería decir.

Hablamos un rato de nuestras vidas. Era de un pueblo, Appleton. Se sinceró y me dijo que había hecho que sus amigas la trajesen a ese bar solo para buscarme.

Entonces alguien le dio un toque en el hombro. La mujer que la había traído desde Búfalo se marchaba. Me cogió la cara con ambas manos y me besó en la boca. Me puse roja de la cabeza a los pies.

Se echó para atrás y sonrió al verme la cara, satisfecha de lo que había hecho.

—Te haré la cena el sábado que viene en mi casa, si te apetece —se ofreció.

—Claro —dije, con la cara todavía roja.

Escribió su número en una de las servilletas del bar.

—Llámame —gritó por encima del hombro.

—Por supuesto que lo haré —contesté. Seguía roja.

Por la forma en que todo el mundo vino a felicitarme, parecía que había ganado el derby de Kentucky. Me sentía como si me hubiese tocado un millón de pavos en la lotería. Me preguntaba si alguna vez dejaría de estar roja.



Tardé todo el sábado en prepararme: elegir la ropa, ducharme, ducharme otra vez. Después estaban cuestiones como qué corbata llevar o si debía echarme colonia o no. Algo tan delicado exigía un montón de preparativos.

Le compré narcisos a Theresa. Cuando se los di, tenía los ojos llenos de lágrimas. Intuí que nadie la había hecho sentir especial antes. Me juré a mí misma hacerla sentir así siempre.

—Solo será un minuto —dijo desde la cocina. Me alegré de tener un momento para dar una vuelta por su sala de estar y hacerme una idea de cómo era ella. Una cosa estaba clara: le encantaban las flores secas—. Listo —dijo unos instantes después—. ¿Te importa que cenemos en la cocina? —No habría comido en ningún otro lugar.

Me hizo un filete y puré de patatas con salsa. Dios, tenía muy buena pinta. Después me puso en el plato un montón de algo verde y blando.

—¿Qué es esto? —pregunté con toda la educación que pude.

—Espinacas —dijo, mirándome fijamente. Le di un par de vueltas con el tenedor—. ¿Pasa algo? —preguntó.

—Es solo que nunca como verdura.

Theresa se quitó el guante del horno. Se sentó en una silla de la cocina al lado de mí y puso mis manos entre las suyas.

—Nunca digas nunca —dijo—. Somos demasiado jóvenes para cerrarle la puerta a nada en la vida.

Descubrí que estaba enamorada de ella. De hecho, me pareció que las espinacas tampoco estaban tan mal, sobre todo si le ponías un montón de mantequilla y sal.

Después de cenar la ayudé a lavar y secar los platos. Entonces, al lado de la pila, nos acercamos la una a la otra. Me dio corte y me quedé parada. Pero resultó que eso estaba bien. Poco a poco, nos acercamos para besarnos. Nuestras lenguas descubrieron un lenguaje silencioso con el que expresar nuestras necesidades. Una vez que empezamos, no queríamos parar. Así es como comenzó todo.

En un mes, alquilamos un camión de mudanzas y nos fuimos a vivir juntas a un apartamento en Búfalo. Theresa fue la que negoció con el casero. Vivía en Kenmore, así que esperábamos que no me viese.

Teníamos muebles de verdad. Bueno, eran del Ejército de Salvación, pero eran de verdad. Nuestros nombres estaban bordados en el paño de cocina que colgaba de la puerta del frigorífico. Lo habíamos comprado en Crystal Beach. Había sido bastante valiente por nuestra parte pedir que nos lo hicieran. Pero al cabo de un tiempo se nos cayó un zumo de frambuesa encima, así que lo usábamos para secar los platos porque no queríamos tirarlo. También había caléndulas en vasos color ámbar en el alféizar de la ventana, margaritas en un jarrón verde de cristal tallado en la mesa de la cocina y hierbabuena y albahaca creciendo en una maceta en el porche.

Era un hogar.

Maduré a pasos agigantados. Aprendí a reducir las ansiedades de la vida pagando las facturas a tiempo, ahorrando, manteniendo las promesas, poniendo lavadoras antes de quedarme sin ropa interior, cuidando de mí misma. Y lo más importante, aprendí a decir «lo siento». Esta relación era demasiado importante para dejar que se acumulase polvo en las esquinas.

Empecé a darme cuenta de las heridas emocionales que tenía, del daño que me habían hecho. Theresa siempre podía notar cuándo iba a quedarme bloqueada. Podía verlo por la forma en que me movía según entraba por la puerta. Podía notar cómo se acumulaba el dolor en las historias cotidianas de abusos: en el trabajo, en las tiendas, en la calle. Esas veces me contaba historias en la cama, fantasías sensuales y maravillosas sobre cómo era estar tumbada al sol en la playa con el mar acariciándote los pies. O sobre subir unas viejas escaleras de madera para visitar una habitación bañada por el sol donde te espera tu amante. Las historias combinaban terapia de relajación y fantasía sexual, estaban dirigidas a excitarme y calmarme a partes iguales. Conseguían las dos cosas. Theresa siempre lograba quitarme la coraza.



Era 1968. La revolución parecía brillar en el horizonte. Millones de personas tomaban las calles para protestar. Todo parecía a punto de saltar por los aires en todo el mundo. En todo el mundo, menos en las fábricas en las que yo trabajaba. Cada mañana al amanecer fichábamos como siempre. Solo soñábamos de noche.

No es que no supiésemos que había una guerra. En las fábricas ya no había hombres en edad de reclutamiento. Siempre que alguna compañera faltaba durante varios días suponíamos que había perdido un marido, un hijo, un hermano. El dolor ceniciento de sus rostros cuando volvían al trabajo lo confirmaba.

Sabía que había una guerra. No era idiota. Es solo que no sabía qué demonios podía hacer yo.

Fue el trabajo de secretaria de Theresa en la universidad lo que abrió una ventana que me permitió sentir la fuerza huracanada del cambio. Traía a casa folletos, panfletos, periódicos alternativos. Leí sobre el Black Power y la liberación de las mujeres. Empecé a entender que la indignación contra la guerra era mucho más profunda y estaba mejor organizada de lo que yo creía.

—Hay manifestaciones y protestas en el campus casi todos los días —me dijo—. No solo contra la guerra, también para que todo el mundo tenga acceso a la educación.

Theresa se suscribió a varios periódicos. Un día se dejó un ejemplar de *The Ladder* en el sofá. Era una revista publicada por un colectivo llamado Hijas de Bilitis. No sabía quién era Bilitis. Nunca había visto publicado nada sobre mujeres como nosotras antes.

—¿Dónde has encontrado esto? —grité.

—En el correo —contestó desde la cocina.

—¿Has hecho que nos manden esto a nuestra dirección? ¿Estaba envuelto? ¿Qué pasa si lo ve alguien del edificio?

Después de un largo silencio, Theresa vino con un espejo de mano y me lo puso delante.

—¿Crees que eres un secreto?



Theresa necesitaba una endodoncia, pero no podía pedir horas extra en la universidad. Así que cuando la agencia de trabajo temporal me ofreció un turno triple en la fábrica de componentes electrónicos, lo cogí sin dudarlo. Theresa se preguntaba si el aumento de producción de la fábrica tenía algo que ver con la guerra. En cualquier caso necesitábamos el dinero, así que pillé el trabajo.

Empecé el triple turno una tarde de jueves. Vaya matada. Al final del tercer turno apenas podía notar los cables mientras los soldaba. Me quemé varias veces el dedo índice con el hierro caliente.

Theresa no estaba cuando llegué a casa el viernes por la noche. Le dejé una nota, me tiré en la cama y perdí la conciencia. Cuando me desperté, estaba tumbada a mi lado, fumando uno de mis cigarrillos. Supe que pasaba algo. Ella no fumaba. Salió de la habitación y volvió con pomada y vendas para mi dedo.

—¿Has oído que han matado a Martin Luther King? —me preguntó.

Encendí un cigarrillo y me recosté.

—Sí, lo escuché el jueves por la noche en el trabajo. ¿En qué día estamos?

—Sábado por la tarde —dijo—. Ha habido disturbios por todos lados. Y Jess —Theresa suspiró—, anoche hubo problemas graves en el bar.

Sentí una punzada de celos.

—¿Fuiste sin mí?

—Era el cumpleaños de Grant, ¿recuerdas? —dijo, acariciándome el pelo.

Me di una palmada en la frente.

—Joder, lo había olvidado. ¿Qué tal estuvo la fiesta?

Theresa cogió otro de mis cigarrillos. Le agarré la mano.

—¡Ey! ¿Qué está pasando?

—Hubo una pelea enorme anoche. A puñetazos —dijo.

Fruncí el ceño.

—¿Estás bien? —Theresa asintió—. ¿La policía? —pregunté. Negó con la cabeza—. Bueno, ¿qué pasó?

Respiró hondo.

—El jueves por la noche, el ejército notificó a la familia de Grant que habían matado a su hermano. Grant estaba borracha cuando llegó a la fiesta. Al principio todo el mundo la consolaba. Después,

algunas butches mayores que habían trabajado para el ejército empezaron a hablar de la guerra. Lo que dijeron no le sentó bien a todo el mundo. —Yo escuchaba en silencio—. Grant dijo que debíamos tirar una bomba nuclear en Vietnam. Que nadie los iba a echar de menos. Ed le dijo a Grant que era una racista y que debíamos traer a todos los soldados a casa. Ed dijo que opinaba lo mismo que Muhammad Alí, que no tenía ningún problema con la gente de ese país. Grant la llamó comunista. —Moví la cabeza y empecé a hablar. Theresa me puso un dedo en los labios—. Fue a peor, cariño. Grant dijo cosas horribles sobre el asesinato de King, sobre los disturbios. No paraba. Así que Ed le dio un puñetazo.

Apagué el cigarrillo

—Hostia puta.

—Bueno —continuó Theresa—. Grant puso a Ed contra la barra, asfixiándola. Peaches se abalanzó y golpeó a Grant en la cabeza con su tacón de aguja. Otra gente se metió simplemente porque estaba borracha. Ed tenía un corte en la cara. Grant una contusión. Y ahora Meg dice que no va a permitir que entren personas negras al Abba durante un tiempo.

No podía creer lo que estaba diciendo.

—Mierda, Theresa, ¿tú qué hiciste?

—Cuando Grant intentó golpear a Peaches en la cabeza con un taburete, le estrellé un botellín de cerveza en la cabeza y la dejé fuera de juego —dijo mirándome fijamente a los ojos—. A mí también me han prohibido la entrada al Abba.

Me incliné hacia delante y la besé en los labios.

—Parece que se lio bien. —Me levanté—. Será mejor que llame a Ed y le pregunte si está bien —dije.

Theresa me tiró del brazo.

—Ven aquí, cariño. No llares todavía.

—¿Por qué no?

Theresa se encogió de hombros.

—¿Qué vas a decirle a Ed?

—No sé. Quiero saber si está bien. Creo que no deberíamos pelearnos entre nosotras. Deberíamos estar unidas. —Theresa negó con la cabeza y tuve la sensación de que yo acababa de confirmar algo que ya sabía. Tiró de mí para acercarme a ella. Una oleada de cansancio me recorrió el cuerpo.

—Ten cuidado —susurró Theresa—. Piensa antes de llamar a Ed. —Eché la cabeza hacia atrás y estudié su rostro. Nunca podía saber lo que tenía en la cabeza—. Vamos a algún lado —dijo.

—Estoy demasiado cansada —protesté.

Theresa me agarró del pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás.

—¿Demasiado cansada para ir a que nos demos besitos en una duna de arena en Beaver Island?

Era todo lo que necesitaba saber para rendirme.

—Vale, está bien, ¿cogemos el coche?

Theresa negó con la cabeza.

—Saca la moto del garaje.

—¿Estás loca? —me reí—. ¡Hace frío!

Deslizó las manos hasta mi cintura.

—Es abril, cariño. Vamos a disfrutar de la primavera.

En cuanto nos subimos a la Norton supe que había sido una buena decisión. Era una pasada volver a coger las curvas juntas. Una de las manos de Theresa se deslizó hasta mi muslo. Aceleré el motor en respuesta. El viento frío se llevó las risas de nuestras bocas.

Conduje despacio por las marismas. Theresa señaló una bandada de gansos salvajes que volaba hacia el norte. La playa estaba casi desierta. Dos madres caminaban por la pasarela de madera con sus bebés.

Nos tiramos en la arena frente a la pasarela. El sol era fuerte y cálido. Podíamos escuchar una radio sonando débilmente a lo lejos.

Me apoyé contra una duna y estiré las piernas. Theresa se colocó entre mis muslos y se apoyó contra mí. La envolví con los brazos

y cerré los ojos. El sonido de las olas y del graznido de las gaviotas calmó toda la tensión de mis músculos.

—Cariño —dijo. Algo en su tono hizo que mis músculos se tensaran de nuevo—. Tú y yo nunca hemos hablado sobre la guerra. Ni siquiera sé lo que opinas.

Mis labios estaban cerca de su mejilla.

—He leído los folletos que trajiste a casa.

Theresa se giró para mirarme.

—Pero ¿qué opinas?

Me encogí de hombros.

—¿A qué te refieres? Odio las guerras. Pero JFK no me va a preguntar mi opinión. Van a hacer lo que quieran. ¿Por qué me lo preguntas?

Theresa empujó mis rodillas con sus codos y las atrajo hacia sí.

—Odio esta guerra, Jess. Tiene que acabar. En el campus hay manifestaciones en contra casi todos los días. Si ven a alguien de la plantilla en una de ellas, nos pueden despedir. Pero creo que voy a ir de todas formas a la de la semana que viene.

Pegué un silbido.

—¿Te pueden echar por ir?

Theresa asintió.

—No puedo quedarme sentada, Jess. Ha llegado un punto en el que siento que tengo que hacer algo.

Me tumbé boca abajo en la arena fría.

—Es divertido oírte hablar así. ¿Sabes?, no me había dado cuenta hasta ahora de lo diferentes que son nuestros trabajos. Todo eso está pasando en el sitio en el que curras. En la fábrica no nos enteramos, excepto cuando reclutan o matan a uno de los tíos.

—Lo sé, cariño. Es la primera vez en mi vida que tengo un trabajo en el que puedo ver lo que ocurre en el mundo. Me paso el día escuchando a gente discutir sobre lo que está sucediendo. Hasta ahora me limitaba a escuchar. Pero ahora me importa. Tengo mis propias ideas sobre lo que pasa y quiero ayudar a cambiar las cosas.

Levanté una mano para pararla.

—Espera, cielo. —Me di la vuelta y me tumbé sobre la espalda. Me preguntaba por qué lo que decía me asustaba tanto—. ¿Por eso me has traído aquí hoy? ¿Para hablarme de esto? —Me protegí los ojos del sol para mirarla a la cara.

Negó con la cabeza.

—Te he traído aquí para que no llamases a Ed, no hasta que hubiésemos hablado

—¿Por qué? —dije frunciendo el ceño.

Theresa sonrió y se tumbó tan cerca de mí que podía sentir su aliento en la oreja.

—¿Sabes una de las cosas que más me gustaron de ti cuando te conocí?

Sabía que me estaba manipulando, pero lo hacía con delicadeza, así que no me importó mucho.

—Dime —sonreí.

Theresa se rio.

—Siempre calmas las cosas. Cada vez que alguna butch se calentaba con otra, encontrabas una manera de intervenir y desactivar la pelea. Incluso me di cuenta de que, a veces, cuando dos de las butches mayores se enfadaban la una con la otra iban a verte por separado, hablabas con ellas y ya no había pelea.

Giré la cabeza para mirarla.

—Apuesto a que quieres llegar a algún sitio.

—Esa es una de tus fortalezas —dijo aprentándose el brazo—. La forma en que calmas a la gente cuando está cabreada. Estar unidas es importante algunas veces. Pero no siempre.

Me incorporé.

—¿Qué quieres decir?

Ella se sentó a mi lado.

—A veces tienes que elegir bando.

Cogí el paquete de cigarrillos y encendí uno. Theresa me lo quitó de la mano. Encendí otro para mí.

—¿Bandos sobre qué? —le pregunté.

Me pasó los dedos por el pelo.

—Sobre la opinión que tienes de la guerra, por ejemplo. Si estás en contra, te vas a enfrentar a algunas de las butches más mayores. Y creo que eso va a ser duro para ti.

Suspiré.

—Claro que estoy en contra de la guerra. ¿Quién puede estar a favor?

Ella también suspiró.

—Algunas de las butches veteranas, cariño. Además, ¿estás segura de que estás en contra de todas las guerras? ¿Opinas lo mismo de todas?

Di un par de caladas.

—¿A cuáles te referes?

Theresa le dio una calada profunda a su cigarrillo.

—Ed cree que estamos en guerra también aquí. Todavía no has visto las noticias. Las ciudades están en llamas. Hay tropas por las calles.

Me encogí de hombros.

—Eso es distinto.

Asintió.

—Sí, lo es. Tienes que averiguar de qué lado estás.

Expulsé el humo y vi cómo se lo llevaba el viento. Theresa me miraba preocupada.

—Solo digo que tengas cuidado, cariño. Piensa antes de hablar con Ed o con quien sea de lo que pasó anoche.

Escuché los graznidos de las gaviotas. Theresa me tiró del brazo, demandando una respuesta.

—Te estoy escuchando. Estoy contenta de que no me hayas dejado llamar a Ed sin haberle dado una vuelta. Todo está cambiando muy deprisa. A veces creo que entiendo lo que está pasando y luego pierdo el hilo de nuevo. Pensaré en ello. Es solo que no sé qué creer.

Theresa me dio un beso en los labios.

—Es una gran respuesta. Lo averiguarás. Siempre tratas de hacer lo correcto.

Bajé la mirada. Me levantó la barbilla con la mano. Me preguntó con los ojos cómo me sentía.

—Estoy asustada —le dije—. Todo esto no me había afectado hasta ahora. Pero de repente me estoy dando cuenta de que has cambiado un montón, y me da mucho miedo. Tengo miedo de que tú estés cambiando y yo no.

Theresa me tiró encima de ella. Miré alrededor para asegurarme de que no había nadie cerca. Estábamos solas.

—Jess —susurró—, no tengas miedo de que yo cambie. Todos estamos cambiando siempre. ¿Quién sabe? Puede que seas tú la que cambie tanto que me dejes atrás.

Me reí de sus palabras.

—No —prometí—. Eso no va a pasar.



Antes de que girase la llave en la cerradura del apartamento, Theresa abrió la puerta.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Ha sido duro. He hablado primero con Jan. Dijo algo muy parecido a lo que yo te dije a ti, que no deberíamos pelearnos entre nosotras. Pero también piensa que Grant puede ser una capulla.

Theresa me llevó al sofá.

—¿Has hablado con Meg?

—Sí, Jan vino conmigo. Hablamos con Meg antes de que llegasen todos los demás. Le dije que prohibir la entrada a las butches y las femmes negras no iba a arreglar las cosas porque yo también habría saltado a por Grant por toda la mierda que había dicho. Jan me respaldó.

Theresa sonrió.

—¿Me mencionaste a mí?

Me reí.

—No en ese momento. Le dije a Meg que si iba a expulsar a todas las que nos pudiésemos sentir ofendidas por Grant cuando se emborracha, iba a tener que cerrar el bar. Le dije que tenía más sentido que le prohibiese entrar a ella cuando va cocida.

Theresa asintió. Encendí un cigarrillo.

—¿Y? —me apremió—. Entonces ¿qué?

Me encogí de hombros.

—Dije que no era porque Ed fuese amiga mía, sino que creía que no lo había manejado bien. Contestó que tenía que sacar adelante el negocio. Le dije que lo sabía, pero que yo no iba a ir a un bar solo para blancos.

Theresa me dio una palmada en el hombro.

—¡Bien hecho, joder! ¡Bien hecho!

—De todas formas, cuando Grant llegó se disculpó por haber pagado con todo el mundo la rabia por la muerte de su hermano.

Asintió.

—Bien.

Negué con la cabeza.

—Bueno, en realidad no es suficiente. No va a pedir perdón por la mierda racista que dijo. Grant y Ed se dieron la mano. Ed me dijo que lo dejase pasar por ahora.

Theresa me sacudió el brazo.

—¿Has hablado con Ed?

Sonreí.

—Sí, después de aquello hemos ido a su casa. Le dije a Edwin que la quería, es mi amiga. Dije que el mundo estaba cambiando más rápido que yo y que necesitaba ponerme al día para entender lo que estaba pasando. Ed me estuvo hablando durante dos horas.

Theresa empezó a masajearme los hombros. Aquello estaba la hostia de bien.

—¿De qué te habló?

Intenté recordarlo.

—De tantas cosas que me cuesta ordenarlas y resumírtelas. Bueno, yo siempre había dado por hecho que lo que Ed y yo vivimos a diario como butches es más o menos lo mismo, ¿no? Pero Ed me contó a lo que se enfrenta cada día, que yo no tengo que afrontar.

Theresa sonrió y asintió.

—¿Qué dijiste tú?

Moví la cabeza.

—Nada. Puse toda atención que pude. Mira lo que me dio. —Le enseñé a Theresa el ejemplar de *Las almas del pueblo negro*, de W. E. B Du Bois. Theresa leyó la dedicatoria: «A mi amiga Jess. Con amor, Edwin». Ed había dibujado un corazón en el punto de la i de su nombre.

Miró hacia arriba y vi que tenía lágrimas en los ojos. Tiró de mi cabeza y me besó por toda la cara.

—Yo también te quiero, Jess —me susurró al oído.



Theresa y yo oímos el jaleo fuera del bar a la vez. Dejó su botellín de cerveza y corrió afuera. Yo cogí su botellín y el mío por si necesitábamos romperlos y usarlos como armas. Las dos nos paramos en seco cuando salimos. Justine estaba de rodillas. Tenía un policía encima. La porra le colgaba de uno de los lados. Vi la sangre corriendo por su cara.

Era una tarde sofocante de julio. Un buen número de personas había salido del bar para beberse las cervezas fuera. Había dos coches de policía aparcados delante del bar. Cuatro maderos se dirigieron hacia nosotras:

—Todas vosotras, dentro —ladró uno de ellos. Nadie se movió.

El que estaba junto a Justine le agarró un mechón de pelo.

—En pie —ordenó. Ella tropezó mientras intentaba levantarse y volvió a caer en el asfalto.

Theresa se quitó los zapatos de tacón.

—Quítale las manos de encima —le dijo al policía. Su voz estaba tranquila y calmada—. Déjala en paz. —Caminó hacia él con los zapatos de tacón en la mano. Contuve la respiración. Georgetta también se quitó los tacones de aguja y agarró uno con cada mano. Caminó hacia Theresa. Intercambiaron una mirada que no pude ver y se quedaron la una junto a la otra.

El policía puso la mano en la funda de la pistola. De alguna manera, todas supimos instintivamente que ninguna de las butches debía moverse. Escuché la voz de Peaches.

—¿Qué está pasando aquí fuera? —Nos miramos—. Oh, oh —dijo.

—Déjala en paz —pidió Theresa en voz baja.

Ella y Georgetta avanzaron poco a poco hasta que llegaron a la altura de Justine. El brazo de Theresa le rodeó los hombros encorvados. Ella se agarró a los brazos de Theresa y Georgetta y se puso de pie. Cuando Justine se tambaleó, Theresa le pasó un brazo por la cintura para que no se cayera.

El madero desenfundó la pistola.

—Putas de mierda —le soltó a Theresa—. Putas pervertidas —nos gritó a todas las demás.

Otro madero le bajó el arma.

—Venga, vámonos de aquí.

Lentamente, los cuatro policías se retiraron.

Solté aire cuando se marcharon. Theresa y Georgetta sujetaban a Justine entre sus brazos mientras lloraba. Hice el amago de caminar hacia Theresa, pero Peaches me puso el brazo sobre los hombros.

—Dales un minuto, cariño —me aconsejó.

Formamos un círculo amplio alrededor de ellas. Theresa se giró y se dejó caer en mis brazos. Podía notar cómo le temblaba el cuerpo.

—Dios, ¿estás bien? —le susurré.

Hundió la cara en mi cuello.
—No estoy segura aún. Te lo digo en unos minutos.
—Pensaba que te iba a disparar —le dije.
Theresa asintió.
—Estaba muy asustada, Jess.
—Estoy muy orgullosa de ti —dije sonriendo.
Estudió la expresión de mi cara.
—¿De verdad? Tenía miedo de que pensaras que había hecho una tontería.
Negué con la cabeza.
—Has sido muy valiente.
—Estaba muy asustada —susurró.
Volví a sonreír.
—Alguien me dijo una vez que ser valiente significaba hacer lo que tienes que hacer aunque te dé miedo.
—¿Tú tienes miedo, Jess? —me preguntó mirándome.
Su pregunta me sorprendió.
—¿Estás de coña? Todo el rato.
—Eso pensaba, pero es la primera vez que me lo dices.
—¿En serio? ¿No hablo contigo de mis sentimientos?
Theresa se mordió el labio inferior y negó con la cabeza. Me puse roja.
—Pensé que ya los conocías.
Asintió.
—A veces sí, la mayoría de veces. Pero nunca hablas de ellos.
Suspiré.
—No se me da bien hablar, cariño. No sé cómo hablar de lo que siento. Ni siquiera sé si siento las cosas como otras personas.
Peaches nos separó amablemente a Theresa y a mí.
—Vamos. Vamos a invitar a Theresa y a Georgetta a copas hasta que no puedan mantenerse en pie.
Ed llegó al bar veinte minutos más tarde.

—¿Me lo he perdido? —gritó—. Mierda, ¿por qué no me ha pillado aquí?

Me reí.

—Mejor que no estuvieras. Podría haber acabado de otra forma. Estuvo a punto.

Jan me dio una palmada en el hombro.

—Sí, pero las femmes les han dado una lección: no te metas con nosotras. Ha sido como lo que pasó en Greenwich Village hace un par de semanas.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasó?

—¡Stonewall! —gritó Grant. Miré a Ed y me encogí de hombros. Jan sonrió.

—Los policías intentaron hacer una redada en un bar del Greenwich Village, pero les dieron una paliza. Las drags y los mariachos les dieron una buena patada en el culo.

Grant se echó a reír.

—He oído que intentaron quemar el bar con los policías parapetados dentro.

Suspiré.

—Mierda, ojalá haber estado allí.

—Sí —Ed golpeó la barra con el puño—, así me siento yo por haberme perdido lo de esta noche.



Mis amigas me rodearon en cuanto puse un pie en el Abba. Ed parecía tan nerviosa como yo

—¡Queremos ver el anillo! —dijo.

Miré a mí alrededor.

—¿Ha llegado ya Theresa?

Negó con la cabeza.

—Todavía no. Vamos, date prisa.

Saqué el pañuelo de seda del bolsillo de la chaqueta y lo abrí. La banda de oro tenía incrustados un diamante diminuto y dos pedacitos de rubí. Todo el mundo hizo el mismo sonido a la vez: «¡Ohhh!».

Ed me dio una palmada en el hombro.

—¿Cuánto lleváis juntas?

—Casi dos años.

Se echó a reír.

—¿Y cuánto tiempo vas a tener que pagar los plazos de ese anillo?

Sonreí y me encogí de hombros.

—La hostia de tiempo. ¿Está todo el mundo listo?

Edwin asintió.

—Jan y Frankie están en el baño preparándose. No han podido conseguir esmóquines blancos, así que todas hemos cambiado al color crema. ¿Te parece bien?

—Todo perfecto si todas van tan bien como tú —dije sonriendo. Ed me agarró del hombro. Me impacienté—. ¿Todo el mundo sabe su parte?

Ed se rio.

—He ensayado tantas veces en casa *Blue Moon* que Darlene me ha dicho que su regalo de San Valentín podría ser no volver a escuchar esa canción.

Frankie y Jan salieron del baño.

—Joder —grité—. ¡Estáis de puta madre! —Era verdad. Las dos sonrieron.

Peaches se hizo hueco entre la gente.

—¡Mira! —dijo, sonriendo orgullosa. Sujetaba una luna llena de cartón pintada de azul. Le dio la vuelta, por el otro lado era dorada. La miré un par de veces.

—¿Cómo es que la cara de la luna parece una versión masculina de la tuya, Peaches?

Peaches se estiró todo lo alta que era.

—¿Dónde ves un puto hombre? La luna es femenina, niña, un ser femenino allá en lo alto del cielo. No lo olvides.

Comprobé el reloj.

—Joder. Theresa estará aquí en un minuto.

Jan y Meg se acercaron a mí. Parecían disgustadas. Meg habló primero:

—Ay, Jess, me siento fatal por esto.

Se me encogió el estómago.

—¿Qué pasa?

Se pasó la mano la frente.

—Puse el tocadiscos en la parte de atrás. Jan quería ensayar ese «dip-dip-dip» del principio. La aguja patinó por el vinilo. Al principio creíamos que no pasaba nada, pero sí pasaba.

Miré a Ed.

—¿Qué está diciendo?

—Mmmm. —Ed puso una mueca de fastidio—. Creo que está diciendo que no tenemos música.

—¿Qué? —entré en pánico—. Dios, se ha jodido todo.

Jan me cogió por los hombros y me giró para colocar mi cara frente a la suya.

—Jess, respira hondo. —Lo hice—. Es el día de San Valentín. Es una festividad sagrada para una femme. Llevas planeando esto un montón de tiempo. ¿Vas a dejar que se eche a perder?

Puse mala cara.

—¿Qué coño voy a hacer?

Sonrió.

—Puedes cantar tú.

—¿Te refieres a cantarle de verdad? ¿Con mi voz?

Ed asintió empáticamente.

—¡Sí! Nosotras podemos cantar un «du-ua-du» de fondo.

—Jan —supliqué—. Se me da la hostia de mal cantar.

Sonrió.

—Lo sé. Pero todo esto va de tener los huevos de decirle a Theresa cuánto la quieres. Edna me dijo una vez que no hay mejor prueba del amor de una butch que arriesgarse a quedar como una idiota. No estoy diciendo que yo fuese capaz de hacerlo, pero ahí lo dejo.

Lo que me asustaba es que sabía que Jan tenía razón y que yo acabaría haciéndolo. Justine me dio un beso en la mejilla.

—Theresa ya está aquí —me susurró al oído.

Frankie, Jan y Ed tomaron posiciones delante de la barra. Me escondí detrás. Meg se arrodilló a mi lado.

—Lo siento —dijo.

Sacudí la mano.

—Olvidalo. Si sobrevivo a esto, no me va a importar.

Después de un largo silencio, estalló la voz de Jan. Recordaba cada "dip-di-dip" y cada "ding-dong-ding», después comenzó a cantar con voz de bajo «blue moooon».

Salí de detrás de la barra. La cara de Theresa me dio la valentía que necesitaba para alzar la voz: *You saw me standing alone*³⁰. La voz se me quebraba y soltaba gallos de la vergüenza y la emoción.

Theresa se mordió el labio de abajo y empezó a llorar.

«Du-ua-du», me apoyaban mis amigas. Peaches estaba detrás de mí, moviendo la luna azul a un lado y a otro en un arco que pasaba por encima de mi cabeza.

—*But then you suddenly appeared before me* —extendí una mano hacia Theresa—. *And when I looked the moon had turned to gold!*³¹—. Peaches le dio la vuelta a la luna para enseñar el lado dorado. Todo el mundo vitoreó. Hizo una reverencia y continuó balanceando la luna.

Theresa se acercó a mí. Acabé la canción bailando con ella. Me di cuenta de que era verdad, no estaba sola. Tenía a mi amor contigo³².

30. «Me viste allí sola».

31. «Pero de repente apareciste frente a mí/ Y cuando miré, la luna se había vuelto de oro».

32. Al final, la canción dice: *Now I'm no longer alone/ Without a dream in my heart/ Without a love of my own*. «Ya no estaré sola,/ sin sueños en el corazón,/ sin un amor para mí».

«Du-ua-du», cantaba el coro de forma suave y dulce.

Saqué el pañuelo del bolsillo del pecho y lo abrí con cuidado. Theresa empezó a llorar cuando vio el anillo. Yo también lloraba. Todo era perfecto. Deslicé el anillo en su dedo. Tenía preparado un discurso sobre lo mucho que significaba para mí, pero no me acordaba de nada.

—Te quiero —dije—. Joder, te quiero mucho.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —susurró Theresa. Puso mi mano izquierda entre las suyas y pasó su pulgar suavemente por encima de la cicatriz que tenía en el dedo anular—. Quiero que tú también lleves un anillo.

Negué con la cabeza con tristeza.

—Lo pensé, pero lo pasaría mal. Si la policía me lo quitase, me volvería loca.

Theresa me tocó la mejilla.

—Si tienes miedo de perder lo que amas, nunca serás capaz de dejar ir ese miedo y sentir el amor. Pondré todo lo siento por ti en un anillo si lo llevas. Y si alguna vez te lo quitan, lo que se llevarán en realidad solo será un aro de metal. Iré a comprarte otro y pondré todo mi amor en él otra vez. De esa forma nunca lo perderás, ¿vale, Jess?

Asentí y enterré la cabeza en su cuello. «Du-ua-du», cantaba todo el bar mientras nosotras seguíamos el ritmo de la canción.

Fue el momento más dulce de mi vida.

13

El acoso de la policía aumentó mucho tras el nacimiento del Orgullo Gay. Los maderos anotaban nuestros números de matrícula y nos hacían fotos cuando entrábamos en los bares. Organizábamos fiestas de forma regular en un nuevo bar gay, captábamos la señal de radio de la policía para avisar a la gente cuando estaban a punto de empezar las redadas. Habíamos oído hablar de las reuniones semanales de feministas radicales y liberación gay en la universidad, pero Theresa era la única de nuestro grupo que sabía manejarse en el campus. Para el resto de nosotras era todavía otro mundo. Todo estaba cambiando muy rápido. Me preguntaba si aquello era la revolución.

Un día llegué a casa y me encontré a Theresa sentada a la mesa de la cocina, rumiando su ira. Varias de las lesbianas de un grupo nuevo del campus se habían burlado de ella por ser femme. Le habían dicho que le habían lavado el cerebro.

—Estoy furiosa. —Theresa dio un golpe en la mesa—. ¡Me han dicho que las butch son tíos, que son unos cerdos chovinistas!

Yo sabía lo que era un cerdo chovinista, pero no entendía qué tenía que ver eso con nosotras.

—¿Es que no saben que no somos nosotras las que manejamos la mierda, sino a las que les cagan encima?

—No les importa, cielo. No van a permitirnos formar parte de su movimiento.

—¿Crees que Jan, Grant y Edwin y yo deberíamos ir a una de esas reuniones e intentar explicarlo?

Theresa me puso la mano en el brazo.

—Eso no va a ayudar, cielo. Están muy enfadadas con las butches.

—¿Por qué?

Reflexionó sobre la pregunta.

—Creo que es porque han trazado una línea: mujeres a un lado y hombres al otro. Así que las mujeres que creen que se parecen demasiado a los hombres son el enemigo para ellas. Y las mujeres como yo estamos durmiendo con el enemigo. Somos demasiado femeninas para su gusto.

—Espera un minuto —la interrumpí—. ¿Nosotras somos demasiado masculinas y vosotras demasiado femeninas? ¿Qué hay que hacer, estar justo en el medio de la balanza?

Theresa me dio unas palmaditas en el antebrazo.

—Los tiempos están cambiando.

—Ya veo —le contesté—. Pero tarde o temprano volverán a ser como eran.

—Las cosas nunca vuelven a como estaban antes —suspiró—, simplemente siguen cambiando cada vez más.

Di un manotazo en la mesa.

—¡Entonces que las follen a todas! De todas formas, ¿quién las necesita?

Theresa frunció el ceño y jugueteó con mi cabello.

—Yo necesito al movimiento, Jess. Y tú también. ¿Recuerdas cuando me contaste que en una fábrica donde trabajaste los hombres no querían que las butches fueran a las asambleas del sindicato?

Asentí.

—Sí. ¿Y?

Sonrió.

—Me contaste que Grant quería mandar a la mierda al sindicato. Pero tú sabías que era algo bueno. Dijiste que lo que estaba mal era dejar fuera a las butches. Intentaste organizarlo todo para que las butches pudieran entrar en el sindicato, ¿te acuerdas?

Theresa me abrazó con firmeza contra la calidez de su cuerpo y me besó el pelo. Me dio tiempo para pensar en lo que había dicho, en vez de callarme la boca. Yo estaba asustada, así que me levanté y empecé a hacer la cena. Theresa se quedó sentada en la mesa de la cocina, oteando nuestro patio.



Ojalá no hubiéramos ido a ver a unas amigas en aquel bar de Rochester esa noche. Si nos hubiéramos quedado en casa no me habrían detenido. Pero pensar esto ahora no cambia nada.

Estaba tirada en el suelo de una celda, sola, en una comisaría de una ciudad que no conocía, con la boca contra el frío hormigón. Me preguntaba si me estaba muriendo, porque tenía la sensación de estar alejándome del mundo. Solo había dos cosas que me ataban a la vida: una era el tacto frío del suelo contra mis labios, la otra los distantes acordes de una canción de los Beatles, que salían de una radio que había en algún lugar del calabozo. *She loves you, yeah, yeah, yeah.*

Me deslize varias veces entre la consciencia y la inconsciencia. Theresa me sujetaba contra una pared de ladrillo en el aparcamiento de la comisaría, evaluando el daño con los ojos. Se mordía el labio y toqueteaba las partes sanguinolentas de mi camisa.

—Nunca conseguiré quitar estas manchas.

Me sujetó la cabeza en su regazo durante todo el camino de vuelta. No dejaba de acariciarme el pelo con los dedos mientras conducía, sujetándome la cabeza con delicadeza al frenar.

Y entonces estábamos en casa de nuevo. Theresa estaba en la habitación de al lado. Me metí en la bañera llena de agua caliente y espumosa y apoyé la cabeza contra la porcelana. Mi cabeza por encima de las burbujas era la único que existía en el mundo. La comodidad me tranquilizó, pero podía sentir el pánico royéndome las entrañas. Cada vez que estaba a punto de escapar de él, volvía de nuevo. El miedo era asfixiante. Necesitaba que Theresa viniera y me ayudara, pero no conseguía llamarla, tenía la garganta cerrada, me ahogaba.

Me dolían los dientes. Cuando empujé la lengua contra uno de ellos, cayó en la palma de mi mano como un chicle, en un charquito de mi propia sangre. Salí rápidamente de la bañera, salpicando agua por todas partes. Me deslicé por las baldosas, abrí la tapa del váter y vomité.

Al mirar al espejo sentí lástima por el reflejo: ensangrentado, amoratado, hinchado. Me enjuagué la boca con pasta de dientes y un sorbo de agua. Me temblaban las piernas.

Theresa había dejado una muda limpia sobre la cisterna. Me sequé y me puse los calzoncillos. Acababa de pasarme la camiseta por la cabeza cuando Theresa abrió la puerta del baño.

—Quería, umm, comprobar si tenemos tiritas —dijo.

Y entonces esa terrorífica imagen que había estado evitando inundó mi mente: el recuerdo de la cara de Theresa cuando me detuvieron. Había visto en sus ojos el dolor de estar abrumada e indefensa. Era como me sentía yo casi todos los días de mi vida.

Aparté la imagen de nuevo. Theresa estaba en medio del baño, inspeccionando mi cara con la mirada. Sus ojos estaban enrojecidos y húmedos. Yo sentía los míos secos como el polvo. Mi respiración se volvió lenta y pesada, como si estuviera respirando melaza en

vez de aire. Theresa me tocó la cara con la mano, me giró un poco la cabeza para estudiar la hinchazón que tenía alrededor de la boca.

No tenía palabras. Si las hubiera podido encontrar, le habría hablado. Pero no conseguía decir nada. Vi cómo cambiaban las emociones en el rostro de Theresa igual que cambian las dunas de arena con el viento. Ella tampoco podía hablar. ¿Cómo habrían sonado sus palabras, resonando en el aire?

Se mordió el labio inferior y cerró con fuerza los ojos. Me senté en el inodoro. Me limpió la herida de la boca con agua oxigenada.

—Voy a ponerte dos tiritas —me dijo—. Solo para asegurarme. Puede que necesites puntos.

Negué lentamente con la cabeza. Nada de hospitales. Necesitaba seguridad y amabilidad. Theresa me dio ambas. Me llevó a la cama, me abrazó, me acarició, me recorrió el pelo con las yemas de los dedos, y lloró.

Me desperté algo más tarde y me di cuenta de que Theresa no estaba a mi lado. Todavía estaba oscuro fuera. Fui tambaleándome hasta la cocina. Me dolía todo el cuerpo, pero sabía que la rigidez y el dolor de verdad llegarían al día siguiente.

Theresa estaba sentada a la mesa, con la cabeza entre las manos. Comprobé el nivel de whisky que quedaba en la botella. Atraje su cabeza hasta mi abdomen y le acaricié el pelo.

—Lo siento —no dejaba de repetir—. Lo siento mucho.

Se incorporó con dificultad y cayó pesadamente contra mí. La frustración crecía dentro de ella como una tormenta, podía sentirlo. Lo oía en los sonidos estrangulados que se escapaban de su garganta. Me golpeó con los puños.

—No pude detenerlos. Me pusieron las esposas enseguida. No pude hacer nada —gritó.

Así era exactamente como me sentía yo. Realmente estábamos destinadas a estar juntas. Puede que no encontrásemos las palabras, pero sabíamos exactamente qué era lo que teníamos atravesado

en la garganta. Eran tantas las cosas que quería decirle en aquel momento. Las emociones treparon hasta mi garganta y se quedaron allí atrapadas, agarrotadas como un puño.

Besé la frente sudorosa de Theresa.

—Está bien —susurré—. Todo va a salir bien.

Ambas sonreímos por la ironía de mis palabras. La cogí de la mano y la llevé de nuevo a la cama. Las sábanas estaban frescas. El cielo nocturno estaba atestado de estrellas. Theresa levantó la cabeza, su mirada era cariñosa y dulce.

Durante un instante creí que iba a decirle que temía no poder aguantar mucho más, ni siquiera teniendo su amor como apoyo. Los sentimientos se movieron desde mi garganta hasta mi boca; las palabras golpearon la parte de atrás de mis dientes. Luego se desvanecieron. Theresa me hizo una pregunta con los ojos. No tenía respuestas. No encontraba nada que decir. Como no tenía palabras para la mujer a la que amaba, le di toda mi ternura.



Encontré a Theresa en el baño, lavándose la cara con agua fría. Tenía los ojos rojos e hinchados a causa del gas lacrimógeno. Intenté abrazarla, pero estaba demasiado nerviosa. Se apartó y empezó a contarme lo que había pasado en la universidad. Le salían las palabras a trompicones, unas encima de otras.

—Los estudiantes han convocado una huelga. Han tomado el campus y Main Street. Todo estaba lleno de antidisturbios. Me he quedado por allí, pero al poco había tanto gas lacrimógeno que no veía nada. Mi amiga Irma me ha encontrado y me ha traído a casa. Parece que no voy a trabajar durante un tiempo.

Moví la cabeza, sorprendida.

—¿No te vas a meter en problemas si no fichas?

Theresa sonrió y me dio una palmadita en la mejilla.

—¿Acaso tú atravesarías el piquete? —me preguntó—. Ven a la cocina, quiero enseñarte algo.

Preparé café mientras Theresa desenrollaba algo que había traído a casa.

—¿Qué cartel te gusta más? —me preguntó Theresa.

Sujeté uno de ellos.

—¿Sabes a qué se parece esto?

Theresa asintió.

—Eso es lo que es.

La miré con sorpresa.

—¿No hay leyes que prohíben estas cosas?

Theresa se rio amablemente.

—¡Qué mojjigata! ¿Qué te parece este?

Era una imagen de dos mujeres desnudas, entrelazadas.

—«Sororidad: ponla en práctica». ¿Qué significa eso?

—Piénsalo, Jess —dijo sonriendo—. Significa que las mujeres tenemos que estar juntas. ¿Podemos colgarlo en la pared?

Me encogí de hombros.

—Claro, supongo. Te estás metiendo a fondo en todo este asunto del feminismo y la liberación de las mujeres, ¿eh?

Theresa me sentó en una silla de la cocina y se dejó caer despreocupadamente sobre mi regazo. Me apartó el pelo de los ojos.

—Sí —dijo—, lo estoy haciendo. Estoy descubriendo muchas cosas sobre mi vida, sobre ser mujer, en las que nunca había pensando hasta que llegó el feminismo.

La escuché.

—Yo no me identifico mucho con eso —le dije—. Quizá porque soy butch.

Me besó la frente.

—Las butches también necesitan el feminismo.

Me eché a reír.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo necesitáis. Todo lo que es bueno para las mujeres es bueno para las butches. Sí. Y otra cosa —añadió.

Suspiré desalentada.

—Oh, oh.

Theresa sonrió.

—Cuando una mujer me dice: «Si quisiera estar con un hombre estaría con uno de verdad», yo le contesto: «Yo no estoy con un hombre de mentira, estoy con una butch auténtica». —Yo resplandecía de orgullo—. Pero —añadió— eso no significa que las butches no podáis aprender un par de cosas del feminismo sobre cómo respetar más a las femmes.

Deslicé a Theresa fuera de mi regazo.

—Eh, ¿de qué estás hablando? —Me levanté y empecé a lavar los platos. Ella me cogió del hombro y me giró.

—Quiero decir —prosiguió—, que es hora de que las mujeres nos preocupemos de cómo nos tratamos las unas a las otras. Las femmes también tenemos que trabajarlo entre nosotras.

Era una tregua momentánea, pero la acepté.

—¿Qué necesitan aprender las femmes?

Theresa pensó durante un momento.

—Cómo mantenernos unidas. Cómo ser fieles las unas a las otras.

—Mmm —sopesé la información—. Vale, ¿y qué necesitan aprender las butches?

Theresa me empujó contra el fregadero.

—La próxima vez que estéis todas sentadas charlando en el bar presta atención a la cantidad de veces que escuchas expresiones como «tetas», «pibón», «está buenísima», «está tremenda».

Theresa se apoyó contra mí.

—¿Sabes cuando a veces dices eso de «nunca entenderé a las mujeres»? Bueno, piénsalo, cielo. Tú eres una mujer. O sea, ¿qué quieres decir en realidad? Es como una pistola con el cañón abierto por los dos lados. Cuando disparas, acabas hiriéndote a ti misma también.

Me di la vuelta y lavé los platos en silencio. Theresa me envolvió con los brazos.

—¿Cielo? —me alentó.

—Te estoy escuchando. Pensaré en ello.

Me quedé en silencio un rato.

—Eh, espera un minuto —me giré—. Yo no digo que jamás vaya a entender a las mujeres. Digo que nunca voy a entender a las femmes.

Theresa sonrió y enganchó su dedo en la trabilla de mis vaqueros y tiró de mi pelvis hasta hacerla chocar con la suya.

—Ay, cariño —susurró seductora—, eso es totalmente cierto.



«¡Sorpresal!».

Nuestro salón estaba hasta arriba de amigas y gente conocida.

—Feliz cumpleaños, amor. —Theresa estaba radiante. Pero la sonrisa desapareció de su cara enseguida. Me sujetó la cabeza con delicadeza y la giró. El corte del ojo parecía peor de lo que realmente era.

Me cogió con calma de la mano.

—Ven, vamos a limpiar eso. —Me senté en el váter. Ella me limpiaba el corte con toques suaves—. ¿Qué ha pasado?

Levanté los hombros.

—Tres tíos en la puerta del 7-Eleven. Estaban borrachos.

—¿Estás bien? —preguntó.

Sonreí.

—Sí y no.

Tapó el corte con dos tiritas.

—Quizá esta fiesta no ha sido buena idea —suspiró.

Le cogí de la mano.

—¿Qué? ¿Toda la gente que quiero en la misma habitación justo cuando la necesito?

Theresa me besó la frente. Me cogió la mano y le dio la vuelta. Los nudillos estaban ensangrentados e hinchados. Sonrió.

—¡Bien hecho, amor! Espero que les hayas dado bien.

Alzé los hombros.

—Eran tres contra uno, pero estaban muy muy borrachos. Lo he hecho lo mejor que he podido.

Theresa me apretó la cara contra su vientre con suavidad. Me besó el pelo y lo alisó con los dedos.

—Lo has hecho muy bien, cielo.

Fue una gran fiesta. Los ánimos ya no estaban tan altos, pero sirvió para que todas nos diésemos cuenta de lo que significábamos las unas para las otras, cuánto nos importábamos.

Jan se apoyó contra el lateral del frigorífico. Saqué dos cervezas y le ofrecí una.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Quería decirle que creía que no estaba bien en absoluto. Era muy duro ser diferente. La presión nunca desaparecía, ni un minuto. Me sentía revuelta por dentro y cansada hasta el tuétano. Eso quería decirle. Pero no me salieron las palabras.

Me encogí de hombros.

—Hago veintiuno hoy y me siento vieja.

Pude ver la tristeza en la sonrisa de Jan.

—Has pasado por mucho. Hay una edad que no se cuenta en años. ¿Sabes cuando cortan un árbol y cuentan los anillos? Tú tienes muchos anillos dentro de ese tronco tuyo. ¿Sabes qué? Creo que es hora de que deje de llamarte peque. Hace mucho tiempo que no lo eres.

Asentí. Ed vino por detrás y me echó el brazo por encima del hombro.

—Feliz cumpleaños, colega.

Le puse el brazo alrededor de la cintura y la atraje hacia mí.

—¡Eh! —gritó Grant—. Estáis delante del frigorífico. ¿Qué tengo que hacer para conseguir una cerveza en esta fiesta?

—Tienes que darme un abrazo —ordené.

—Anda, ven aquí —rio, y me rodeó con el brazo—. Ahora dame una cerveza.

Podía oír el sonido de la voz de Tammy Wynette cantando *Stand by Your Man*. Vi a Theresa en la sala de estar y tendí la mano en su dirección. Su cuerpo se acomodó contra el mío. Nos movimos juntas al son de la música. Recorrió mi pelo con los dedos. Yo la atraje hacia mí, buscando consuelo en su cuerpo. Me lo dio. Sus brazos parecían el único refugio seguro del mundo.

—Cielo —susurró—, ¿estás bien?

—Sí —contesté—. Estoy bien.



—Hola, cariño.

Theresa estaba en la puerta de la cocina. Crucé los brazos.

—La cena está hecha una mierda. —Vino hacia mí con los brazos extendidos. La evité—. ¿Dónde estabas?

—Ay, cielo. —Me besó el cuello—. Se te había olvidado que tenía la asamblea aquella después del trabajo, ¿verdad?

—¿Qué asamblea? —pregunté con un mohín—. ¿Sigues intentando ganarte un lugar en las asambleas feministas? —Di en el clavo, como quería.

—No, era para recaudar apoyo para los pueblos originarios de Wounded Knee. Hubiera dicho que esa causa sí que la apoyas. —Theresa se anotó un tanto. Luego suavizó el tono—. ¿Aún no hay trabajo, cielo?

Negué con la cabeza.

—Nada. Nunca habría imaginado que estaría sin curro tanto tiempo. Me quedo sin paro en cinco semanas.

Theresa asintió y me acarició el pelo.

—Nos apañaremos.

—No si sigues jodiendo las cenas que te hago. Paso de estar esclavizada en la cocina por ti.

—No te preocupes, amor —susurró—. Va a ir bien. Vas a encontrar trabajo pronto, ya verás.

Se equivocaba. Era 1973, todo el mundo se estaba quedando sin curro.

Ella perdió el suyo en la universidad. Eso acabó con cualquier esperanza de irnos de vacaciones, algo que necesitábamos de verdad. Todos esos meses buscando trabajo, con cada vez menos dinero, nos estaban pasando factura. Necesitábamos irnos, pero todas nuestras rutas de escape parecían bloqueadas.

—Ni siquiera me quiero ir de vacaciones —le dije a Theresa.

—¿Estás loca? —chilló—. Se nos va a ir la olla si no salimos de aquí. Nunca vamos a ninguna parte, nunca hacemos nada.

Me derrumbé en la mesa de la cocina.

—Todo se está volviendo una mierda ahí fuera, Theresa. Siento que cada vez es peor. Odio incluso salir de casa.

Theresa se sentó a mí lado.

—Estás deprimida, eso es lo que pasa. Una razón más para salir de aquí.

No estaba segura de qué quería decir con aquello.

—Te lo digo en serio, todo está yendo a peor.

Theresa dio un golpe en la mesa.

—Siempre ha sido duro. ¿Cuándo ha sido fácil?

—¡No me lo puedo creer, joder! —grité—. Estoy intentando decirte que no puedo más ¿y tú me dices que me he rendido?

Se echó para atrás en la silla y buscó respuestas en mi cara.

—Jess, no he dicho que te hayas rendido.

Las palabras retumbaron en el silencio de la cocina. Me levanté y fui hacia el dormitorio.

—Jess, espera un momento. ¿Adónde vas?

—A la cama —contesté—. Estoy muy cansada.



Cuando llegué a la agencia de trabajo temporal de Chippewa Street a primera hora de la mañana vi a dos hombres apoyados contra la puerta.

—Eh, camionera —me interpeló el moreno. Su amigo se rio. Ambos estaban borrachos. Una vez más, no debía de quedar ningún trabajo dentro.

El rubio se agarró el paquete.

—Aquí tengo trabajo para ti, camionera. Es mucho, ¿crees que podrás con ello?

Pasé a través de sus risotadas.

—Ey, Sammy —saludé al empleado.

Sonrió, como pidiendo perdón.

—¿Quieres esperar por aquí, Jess? Quizá sobre las diez y media necesitamos a un par de tíos —dijo.

Me pregunté si yo entraba en esa categoría laboral, si era uno de los tíos. Miré a mi alrededor, a los hombres que esperaban a que llegara trabajo. Algunos miraban a la nada, con los cigarrillos sin filtro consumiéndose peligrosamente cerca de sus dedos teñidos de manchas de tabaco. Otros me observaban con rabia. No les había hecho nada, pero en aquel momento era la persona más cercana a la que odiar.

—Nah, Sammy. Llámame luego si sale algo, ¿vale?

Asintió y se despidió con la mano.

—Quizá mañana, Jess.

—Sí, quizá mañana.

Me preparé para pasar por delante de los dos hombres que sabía que estaban esperándome fuera. Al pasar a su lado, el de pelo oscuro lanzó al suelo una botella de ron vacía. Me caí hacia atrás, contra la pared de ladrillo, sobresaltada.

—Marimachos de los cojones. Nos robáis el trabajo —aulló, mientras yo me alejaba rápidamente. Me pregunté a quién podía culpar yo.

Esa noche me desperté en medio de un sueño. La luz de la luna bañaba nuestra habitación. Quería volver al sueño, pero me había desvelado. Aún conservaba la sensación.

En el sueño estaba caminando por un pueblo. Todas las ventanas estaban rotas. No había ningún signo de vida, nada. No se oían ladridos de perros. Todo estaba en silencio.

El pueblo estaba rodeado de campos de cultivo y bosques. Seguí el rastro de una delgada columna de humo que subía al cielo, por encima del bosque. Encontré una cabaña en un pequeño claro. Una pequeña hoguera ardía dentro. Entré a gatas. Apreté la mejilla contra el cálido suelo de tierra cerca del fuego y esperé.

Todas las drags estaban allí: Justine, Peaches y Georgetta. Butch Al también, y Ed. Había algunas personas más, pero las sombras les cubrían la cara. Descubrí a Rocco sentada a mi lado. Se inclinó y me tocó la mejilla. Me llevé las manos a la cara. Noté la áspera barba incipiente. Recorrí con la mano mi pecho plano. Me sentía feliz en mi cuerpo, cómoda entre amigas.

—¿Dónde están las otras? —pregunté.

—Todo el mundo está yendo en direcciones diferentes —dijo Justine.

Una sensación de pérdida cayó sobre mí.

—Nunca vamos a encontrarnos.

Peaches rio suavemente.

—Nos encontraremos, cielo. No te preocupes.

Me incliné hacia delante y apreté la mano de Peaches con la mía.

—Por favor, no me olvides. Por favor, que no me olvide nadie. No quiero desaparecer.

Peaches me rodeó los hombros con el brazo y me atrajo hacia sí.

—Eres una de las nuestras, cariño. Siempre lo serás.

Me invadió el pánico.

—¿De verdad encajo aquí, entre vosotras?

Una risa afectuosa se alzó para contestar mi pregunta. Una por una, todas las personas que había en la cabaña me abrazaron. Entre sus brazos me sentía a salvo y querida.

Miré hacia arriba. La cabaña no tenía techo. Las estrellas titilaban como luciérnagas. El aire era fresco y olía a eucalipto. Crucé las piernas frente al fuego, calentándome con el placer que sentía.

—¿Dónde está Theresa? —pregunté.

Me desperté sin oír la respuesta.

—Cariño, despierta. Por favor. —Sacudí suavemente a Theresa.

Ella alzó la cabeza de la almohada.

—¿Qué ocurre, cielo? ¿Pasa algo?

—Acabo de tener un sueño increíble. —Theresa se frotó los ojos—. Estaba en un sitio que parecía muy antiguo, en medio del bosque. Estaba con Peaches y Justine y Georgetta. Y Rocco estaba sentada a mi lado.

No sabía cómo describirle la sensación del sueño.

—Sentía que ese era mi sitio, que encajaba con ellas, ¿sabes?

Noté la mano de Theresa pasar suavemente por la espalda de mi camiseta, luego empezó a hundirse de nuevo en el sueño.

—Theresa —la agité, insistente. Gimió—. Se me ha olvidado contarte algo. En el sueño tenía barba y el pecho plano. Me hacía tan feliz. Era como una parte de mí que no puedo explicar, ¿sabes?

Theresa negó con la cabeza.

—¿Qué significa eso, cariño?

Aplasté el cigarrillo.

—Era algo antiguo que estaba dentro de mí. Tenía que ver con haber crecido siendo diferente. Me he pasado toda la vida queriendo ser como los demás. Pero en el sueño me gustaba no serlo y estaba con otras personas que eran diferentes, como yo.

Theresa asintió.

—Pero ya me has contado que así es como te sentiste al descubrir los bares.

Pensé en ello durante un momento.

—Es cierto. Era parecido. Pero en el sueño no tenía que ver con ser lesbiana. Tenía que ver con ser hombre o mujer. ¿Entiendes lo que quiero decir? Siempre siento que tengo que demostrar que soy como las otras mujeres, pero en el sueño no me sentía así. Ni siquiera estoy segura de que me sintiera mujer.

La luna iluminó el entrecejo fruncido de Theresa.

—¿Te sentías hombre?

Negué con la cabeza.

—No. Eso es lo raro. No me sentía hombre pero tampoco mujer, y me gustaba ser diferente.

Theresa no contestó de inmediato.

—Estás pasando por muchos cambios ahora mismo, Jess.

—Sí, pero ¿qué piensas de mi sueño?

Theresa me tiró una almohada.

—Pienso que deberíamos volver a dormir.

Cualquiera que fuese la respuesta que hubiera deseado de Theresa, no era aquella. Pero no me olvidé del tema tan fácilmente.

Hacia el final del verano, Edwin y Grant vinieron a casa. Jan se pasó algo más tarde, traía varias bolsas de la compra. Venía con Katie, su nueva pareja, y parecían muy incómodas, como si hubieran estado discutiendo.

—Esto es una auténtica crisis —recalcó Grant—. ¡O cambiamos nuestra apariencia o nos vamos a morir de hambre! Katie ha conseguido algunas pelucas y maquillaje. Hay algo de curro en los centros comerciales. Dios santo, no sé vosotras, pero yo necesito trabajar. Es solo durante un tiempo, hasta que reabran las fábricas.

Katie y Theresa se retiraron a la cocina.

Cuatro stone butches probándose pelucas. Era como Halloween,

solo que asqueroso y doloroso. Las pelucas hacían que pareciera que nos estábamos riendo de nosotras mismas.

—Yo me he puesto una, ahora te toca a ti, Jess —dijo Grant.

Edwin movió la cabeza mientras sujetaba un espejo delante de mí para que me mirara.

Tiré la peluca al suelo.

—¡Parezco más marimacho con la peluca que con un puto corte de hombre!

—¡Vale, haz lo que te dé la puta gana! —chilló Grant.

—Déjame en paz, Grant —le respondí a gritos—. ¿Crees que eres la única que está asustada?

Grant se me encaró, poniendo su nariz muy cerca de la mía.

—¿Qué coño voy a hacer si me desahucian, eh?

No quería discutir con ella.

—Mira, Grant, si a ti te funciona, hazlo. Pero nadie me va a contratar con esa jodida peluca puesta. Y el maquillaje tampoco va a funcionar. Tendría que meterme en un saco de cien kilos para ocultar lo que soy.

Jan se levantó y se fue, así tal cual. Ed fue a la cocina para decirle a Katie que Jan se había marchado. Grant y yo nos dimos la mano a regañadientes.

—Cielo —le dije a Theresa—, si no te importa, Ed, Grant y yo vamos a ir a buscar a Jan y quizá a tomarnos un par de cervezas, ¿vale? —Sabía que Theresa quería que me quedara, pero Katie también estaba muy alterada, así que Theresa simplemente asintió.

Las cuatro estábamos sentadas en silencio alrededor de una mesa en la parte trasera de un bar de barrio, en el West Side. Estaba bastante vacío. Jan, Grant, Edwin y yo no nos mirábamos. Teníamos los ojos clavadas en nuestros botellines de cerveza, como si pudiéramos encontrar en ellos las respuestas que buscábamos.

—He estado soñando mucho últimamente —dije—. Tuve una

pesadilla anoche en la que algo me perseguía hasta el borde de un acantilado. Estoy asustada de lo que tengo detrás y no sé lo que hay delante de mí. Y, de repente, decido que prefiero saltar a esperar a que me alcance.

—¿Qué significa? —me preguntó Grant.

—Ya lo sabes —contesté.

Levantó los hombros.

—Sé lo que se siente, no lo que significa.

Miré a Ed. Ella sabía de lo que hablaba. Estaba segura de que lo sabía.

—He estado pensando en Rocco —dije.

Jan suspiró y asintió. Raspó la etiqueta de su botellín con la uña del pulgar.

—Sabía que te referías a eso.

Asentí.

—No puedo evitar pensar que quizá así estaría a salvo, ¿sabes?

—Ed no me miraba.

Grant asintió.

—Joder, yo también he estado pensando en eso. ¿Conocéis a Ginni? Se metió en un programa de cambio de sexo y ahora quiere que la llamemos Jimmy.

Edwin fulminó a Grant con la mirada:

—Pidió que usáramos el masculino, ¿te acuerdas? Deberíamos hacerlo.

Jan dejó la botella sobre la mesa.

—Sí, pero yo no soy como Jimmy. Jimmy me dijo que sabía que era un tío desde que era pequeño. Yo no soy un tío.

Grant se inclinó hacia delante.

—¿Cómo sabes eso? ¿Cómo sabes que no lo somos? No somos mujeres de verdad, ¿no?

Edwin negó con la cabeza.

—No sé qué diablos soy.

Me acerqué y le pasé el brazo por encima del hombro.

—Eres mi amiga.

—Ah, estupendo. Como si pudiera pagar el alquiler con eso.

Le pegué en el hombro.

—Que te jodan.

Grant se acercó a la barra a por otra ronda; Jan fue al baño. La observé mientras abría la puerta en la que ponía «señoritas». Ninguna mujer salió corriendo, y ningún hombre entró para sacarla a rastras, así que supuse que estaba bien.

Ed me devolvió el puñetazo en el hombro.

—Lo siento —dijo.

—¿Hace cuánto que somos amigas, Ed? —Bajó la mirada—. ¿Cómo es que no puedes contarme lo que te pasa? Sabes que lo he adivinado, pero no me lo dices.

Levantó los hombros.

—Me da vergüenza.

—¿Te da vergüenza hacerlo o te da vergüenza en general?

Grant volvió a la mesa haciendo equilibrios con las cuatro cervezas. Jan llegó un momento después. Ed se frotaba los ojos una y otra vez.

—¿Qué está pasando? —preguntó Grant.

Miré a Ed.

—No tienes de qué avergonzarte —le dije.

—Ya, lo sé.

—Todas estamos en el mismo cruce de caminos, no solo tú —le recordé—. Si no puedes contárselo a una amiga, ¿a quién se lo vas a decir?

Ed suspiró.

—Sé que tengo que hablar de ello.

—¿Me va a decir alguien que demonios está pasando aquí? —se quejó Grant.

—He empezado con las hormonas masculinas. Me las ha conseguido un médico bastante raro —susurró.

—¡Hostia puta! —exclamó Grant—. Guau. Eh, ¿cómo te has dado cuenta, Jess?

Me encogí de hombros.

—Te está cambiando la voz, Ed. Solo un poco. Puedo oírlo. Además, debería saberlo, yo también estoy luchando con lo mismo.

Grant golpeaba la mesa con el puño al ritmo de la música de la jukebox.

—Ey, Ed, ¿puedes darme el nombre de ese médico? No digo que vaya a hacer nada. Pero no me importaría tener opciones. ¿Sabes lo que quiero decir? —Ed asintió.

Golpeé la mesa con frustración.

—Querría poder hablar con Rocco. ¿Alguien sabe dónde está? —Las cabezas negaron—. ¿Qué ocurre? ¿Es solo por un tiempo? Quiero decir, ¿puedes volver a ser butch más adelante, cuando sea seguro salir del armario?

Grant sonrió con tristeza.

—Una vez vi una película. Iba sobre un tío con una enfermedad que no tenía cura. Así que unos científicos lo congelaban. Luego, en el futuro, encontraban una cura para la enfermedad, así que otros médicos lo traían de vuelta y lo curaban. Lo único es que él venía del pasado. Ya no encajaba.

Luché por contener las lágrimas.

—Sí, pero nosotras no estamos enfermas.

Jan asintió con la cabeza.

—Vale, ¿y qué te hace pensar que volverá a ser seguro alguna vez? Puede que sea el fin para gente como nosotras. Puede que estemos atrapadas aquí para siempre. —Jan dejó caer la cabeza—. Mi hermana me ha dicho que puedo irme a vivir a Olean con ella y con su marido. Tienen una granja pequeña. La cosa es que me han dicho que solo puedo ir si me mudo sola, sin Katie. Dicen que no quieren que sus hijas crezcan viendo ninguna perversión. —Dio

un puñetazo en la mesa—. Tengo cuarenta y cuatro putos años y mi hermana pequeña me trata como si fuera mi madre. No está bien. Nada de esto está bien.

Asentí.

—¿Qué vas a hacer?

Se encogió de hombros.

—Aún no lo sé —Me puso el brazo alrededor de los hombros—. Se supone que soy la bollera vieja. Pero ahora mismo desearía que hubiera alguien más mayor con quien hablar. Ojalá Butch Ro estuviera viva. Ella sabría lo que hacer.

Sonreí con tristeza.

—No lo creo, Jan. No creo que ninguna de nosotras sepamos qué hacer.

Grant se puso en pie.

—Voy a comprar una caja de cervezas y me voy a ir a casa a ver la tele. ¿Queréis venir?

Yo negué con la cabeza. Grant y Jan se marcharon. Ed se puso la chaqueta.

—Ey, Ed —la llamé—. Tenemos que hablar, colega. Si no hablas vas a explotar. Y de verdad que yo también lo necesito. Estoy asustada, Ed.

Ed se mordió el labio inferior y miró al suelo.

—¿Recuerdas el libro que te di?

Deseé que no me preguntara por su contenido. Apreciaba el regalo, pero no lo había leído.

—Sí. ¿El libro de Du Bois?

Ed asintió.

—Marqué un párrafo para ti. Lo llevo en la cartera. Léelo. Así es como me siento. No podría decirlo mejor.

Estaba tan cerca de ella que podía oler la fragancia delicada de su piel y su cabello.

—Ed —susurré—. No quiero perderte. Eres mi amiga. Te quiero mucho.

Ed me apartó con firmeza.

—Tengo que irme —dijo—. Te llamaré.

—Ed, esto... ¿Qué pasa con el nombre del médico ese?

Ed suspiró y garabateó el nombre y la dirección en una servilleta de papel.

—Buena suerte —dijo.

Le golpeé el hombro con suavidad.

—Gracias. La voy a necesitar.

No había sido buena idea estar tanto tiempo fuera. Llegué a casa borracha, daba por hecho que Theresa no habría estado esperándome para irse a dormir. Pero estaba sentada en el sofá, tan callada en la oscuridad que casi me da un infarto cuando escuché su voz.

—¿Dónde has estado? —El tono con el que habló me dio miedo.

Me senté con ella en el sofá. Quería tocarla, pero empezaba a darme cuenta de lo enfadada que estaba. Tras un rato fue ella la que se acercó, dejó caer todo mi peso contra su cuerpo. Estaba más preocupada que enfadada.

—Lo siento, cariño, de verdad —le dije—. He pensado solo en mí, lo siento.

Ella asintió.

—¿Dónde has estado?

No contesté durante un largo rato. Estaba borracha y confusa.

—Sé dónde he estado, pero no sé adónde voy. —Fue lo único que conseguí decir.

Me miró el rostro, intentando leer todos mis pensamientos y sentimientos. No sé si encontró lo que buscaba, pero me acarició la cabeza.

—¿Recuerdas que te hablé de Butch Al y Jacqueline? —Hizo un gesto de dolor—. Theresa, estoy empezando a sentir que yo también me voy a pique.

Me miró. Parecía tranquila y preocupada al mismo tiempo.

—Jan, Grant, Ed y yo hemos estado hablando casi toda la noche —expliqué.

—Eso parece —Theresa sonrió—. ¿De qué habéis hablado?

—Cariño, no voy a poder sobrevivir como butch durante mucho más tiempo. No puedo seguir dándome de cabeza contra el sistema así. No voy a poder con ello. —Theresa me abrazó más fuerte. No dijo ni una palabra—. Hemos estado hablando de que quizá sería una buena idea empezar a tomar hormonas. Hormonas masculinas. Estaba pensando en intentar tener passing de tío.

Esperé a que Theresa hablara. Podía escuchar su respiración, profunda y regular. Le acaricié el hombro y el brazo con la mano, notando cada uno de sus músculos.

—Cielo, tenemos que hablar de ello —dije. Se quedó sentada en silencio conmigo durante un buen rato. Luego se levantó sin decir nada y se fue a la cama.



No hablamos de ello en semanas. No hablamos mucho, en general. Pero encontramos pequeñas cosas sobre las que discutir, pequeñas explosiones que amenazaban con encender otras más grandes.

Hasta entonces, cuando me cerraba en el sexo, Theresa siempre había encontrado la manera de quitarme la coraza. Pero cuando me volví una gigantesca roca emocional, cuando me cerré por completo como un bloque de granito y lo que necesitaba era que picara poco a poco hasta liberarme, se enfrentó a mí. No funcionó. Seguía paralizada.

—¡Háblame! —chilló ella.

—¡Estoy viendo la tele! —mentí yo.

Se levantó y se puso delante del televisor.

—Ya no hablas conmigo.

Exhalé dramáticamente con exasperación.

—Vale. Ahora quieres hablar. Estupendo. Hablemos. —Mi tono era plano e inaccesible como una puerta cerrada de un portazo.

—Da igual. —Theresa salió hecha una furia del cuarto.

Yo seguí mirando la televisión. Dio un portazo en la habitación. Ahora las puertas de ambas estaban cerradas. Apagué la tele y fumé en silencio. Los muros de piedra que había a mi alrededor se fundieron, dejándome vulnerable y en carne viva. Ahora que Theresa había dado por terminada su ofensiva, recordé cuánto la necesitaba.

Me entró un pánico repentino. Quizá ya la había perdido pero no era consciente. Me levanté y caminé lentamente hasta la habitación. Theresa abrió la puerta y vino hacia mí. Nos abrazamos con urgencia.

—Lo siento, cariño —dije—. Cuando me pongo así no sé cómo salir.

Theresa me apretó entre sus brazos.

—Lo sé, Jess. Yo también lo siento.

Podía oír la tenue melodía de una canción de Marvin Gaye que salía de una radio en la calle.

—¿Sabes qué molaría? —le dije—. Que todavía hubiera un bar gay donde pudiéramos ir a bailar, como hacíamos antes.

Theresa suspiró.

—Organizan bailes para lesbianas en la universidad. Ojalá pudiéramos ir. Ojalá pudiéramos ir a alguna parte donde fuésemos bienvenidas.

Nos abrazamos y nos dejamos llevar por la música. Theresa se apartó ligeramente de mí. Me miró de arriba a abajo con una sonrisa y enganchó un dedo en mi cinturón. Me arrastró suavemente hacia la habitación. *Let's get it on*³³, cantó en voz baja.

33. Es castellano «Hagámoslo», es el título de una canción de Marvin Gaye.

Discutíamos y hacíamos el amor para arreglarlo. Se convirtió en un patrón preocupante.



—¡Eres una mujer! —gritó Theresa durante el desayuno. Empujó el plato. Era su trabajo temporal a media jornada el que había puesto esa comida en la mesa.

—No, no lo soy —le respondí chillando—. Soy una marimacho. Es distinto.

Theresa golpeó la mesa con rabia.

—Es una palabra horrible. Te llaman eso para hacerte daño. Me incliné hacia delante en la mesa.

—Pero en parte tienen razón. No llaman marimacho a las que solo se visten de butch los sábados por la noche. Tiene un significado. Es algo que nos hace diferentes. No es que seamos simplemente lesbianas.

Theresa frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

Me encogí de hombros.

—Nada. Simplemente nunca había dicho esa palabra. Suena tan fácil cuando la dices tú. Pero para mí es parecido a utilizar tortillera o bollera. Me cuesta decirla.

Theresa y yo nos sonreímos, a pesar de no querer.

—Cielo —mi tono cambió—, necesito hacer algo. Llevo toda la vida luchando por defender lo que soy. Estoy cansada. Ya no sé cómo seguir adelante. Creo que esta es la única forma que consigo imaginarme de seguir siendo yo y sobrevivir. Simplemente no encuentro otra manera.

Theresa se echó para atrás en su silla.

—Soy una mujer, Jess. Te amo porque tú también eres una mujer. Cuando estaba creciendo decidí que no iba a traicionar mis deseos

ni a resignarme a casarme con un granjero vago o con el chico de la gasolinera. ¿Entiendes?

Negué con la cabeza con tristeza.

—¿Querías que no fuera butch?

Sonrió.

—No. Me encanta que seas butch. Simplemente no quiero ser la esposa de un hombre, incluso si ese hombre es una mujer.

Giré las manos, poniendo las palmas hacia arriba.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer?

Movió la cabeza.

—No lo sé.

Theresa me pidió que recogiera la ropa del tinte y fuera a comprar comida mientras ella iba al trabajo. Pero en cuanto salió de casa me sentí perdida. Deambulé por el patio y me arrodillé frente a su huerto.

A la hora en que el sol estaba justo sobre mi cabeza yo estaba sentada entre las hileras de flores de calabacín y las tomateras. El huerto era una parte de Theresa que yo desconocía. Y me di cuenta de que ese pequeño trozo de tierra era un recuerdo del campo en el que había crecido. ¿Dónde estaba yo cuando había plantado este huerto, en primavera? Ahora estaba exuberante.

Pensé en cómo las cosas crecían en las estaciones que les correspondían y en cómo gran parte del proceso ocurre bajo tierra. Pensé en todas las cosas que el hortelano no puede controlar, como el tiempo y los insectos.

El sonido de las pisadas de Theresa en la hierba me era familiar, pero aun así me sobresaltó. No me había dado cuenta de que ya se estaba acabando la tarde.

Me acordé de una vez, al principio del verano, en que la había encontrado trabajando en el huerto, sudorosa y acalorada. La tumbé sobre la hierba, empujé su cuerpo contra la tierra con las caderas y la besé en la boca hasta que comenzó a hacer los sonidos de deseo que yo conocía.

—¿Jess? —la voz de Theresa interrumpió el recuerdo—. ¿Qué haces en el huerto?

Suspiré.

—Solo estoy pensando.

—¿Has ido a por la ropa —me preguntó— o a la compra?

Negué con la cabeza.

—¿Has estado aquí sentada todo el día?

Asentí.

—Joder, Jess —masculló Theresa con enfado—. Un poco de ayuda estaría bien.



Ed y yo vigilábamos a unos tíos que estaban a nuestro lado en el bar.

Se encogió de hombros.

—¿Cómo es, Ed? —la presioné.

—No lo noto mucho. Por lo menos todavía no. —Su voz se había hecho más grave. Tenía una barba rala.

—¿Tienes passing?

Negó con la cabeza.

—Es como si ya no me consideraran ni hombre ni mujer. Me ven como algo intermedio. Eso asusta. Ojalá pudiera acelerarlo y llegar al punto en que simplemente crean que soy un tío.

—Bueno, Ed, la gente siempre actúa como si fuéramos mitad hombre, mitad mujer.

—Es cierto. Pero ahora no saben lo que soy y eso les vuelve locos. Te lo digo en serio, Jess, si no cambia pronto no voy a poder aguantar durante mucho más tiempo. Estoy inyectándome el doble de hormonas para intentar que funcionen más rápido.

Le puse la mano en el hombro. Dos hombres se giraron y nos miraron. Dejé caer la mano.

—¿Cómo se lo está tomando Darlene?

Ed giró la cara lentamente hacia mí. La tristeza de sus ojos me dio miedo.

—No hablamos de ello —contestó Ed.

Moví la cabeza, incrédula.

—¿No habláis de ello? ¿Cómo conseguís ignorar algo tan grande? Aunque bueno, ¿de qué coño estoy hablando? No es que Theresa y yo nos estemos comunicando, precisamente.

Ed y yo nos quedamos en silencio, prolongando nuestras cervezas. Me consolaba su presencia. El bar empezó a llenarse de hombres. Era hora de marcharse.

—¿Sabes? Lo peor de no hablar con Theresa —le dije a Ed antes de separarnos— es que ni siquiera sé lo que quiero decirle.

Theresa ya dormía cuando llegué a casa aquella noche. Me metí en la cama y me acurruqué contra ella.

—Theresa —susurré—, hay tantas cosas que he intentado decirte, sin saber cómo hacerlo. —Suspiró en sueños—. Tengo la sensación de que la siguiente pelea va a acabar conmigo, que moriré y mi vida no habrá tenido sentido. Algunos días me despides con un beso en la puerta y me enfado contigo, porque haces como si mi vuelta a casa fuera algo seguro. Quiero que me despidas como si existiera la posibilidad de que no nos volviéramos a ver nunca. —Me mordí el labio inferior—. Siento que no valgo nada. Solo cuando me amas siento que tengo algún valor. Y tengo miedo de estar perdiéndote. ¿Qué voy a hacer si me dejas? —Intenté llorar en silencio, para no despertarla—. Lo siento mucho por todas las veces que me he portado como una gilipollas. Pero te quiero mucho. Quizá demasiado. Por favor, no me dejes, cariño. Por favor, no te marches.

Theresa se giró y me tocó la cara. Me sequé las lágrimas.

—Jess, ¿has dicho algo? —la voz adormilada de Theresa estaba ronca.

—No, cielo —le acaricié el pelo—. Vuelve a dormirte.



Theresa observaba desde la jamba de la puerta de la cocina cómo transplantaba la cinta.

—Hay una maceta más grande bajo el fregadero —me recordó. Yo negué con la cabeza.

—A esta le va mejor tener las raíces apretadas. Cuanta más presión en las raíces, más crece.

Theresa se me acercó por detrás y me rodeó la cintura con los brazos.

—¿Es como nosotras, cielo?

No contesté. Theresa me giró para que estuviésemos frente a frente. No podía mirarle a los ojos.

—¿Qué ocurre, cariño? —me presionó.

Me encogí de hombros.

—No creo que sienta de la misma manera que otras personas. A veces me pides que hable de cómo me siento y no consigo saber si soy como los demás por dentro. Quizá no tenga sentimientos reales.

Al principio Theresa no contestó. Apoyó la cabeza en mi hombro y me atrajo hacia sí.

—Siéntate, cariño —dijo suspirando. Puso otra silla al lado de la mía—. Claro que tienes sentimientos, amor mío. Creo que puedes amar, quizá más que mucha gente. —Me cogió las manos entre las suyas—. Están pasando tantas cosas en tu corazón que a veces me asusta, porque tengo miedo de que revientes si no encuentras una válvula de escape. Creo que la rabia es muy difícil para ti. Puede que te asuste tu propia rabia. Y creo que lidiar con la humillación es un sentimiento duro para cualquiera, y creo que tú te sientes así muchas veces.

Apenas podía soportar escuchar sus palabras. Me subió la temperatura y me mareé. Theresa me abrazó y me rozó la mejilla con los labios.

—Tranquila, cielo —susurró.

Me separé.

—Pero tal vez no siento de la misma forma que el resto de gente. Tal vez la manera en que crecí me cambió por dentro. Tal vez soy como la planta: han ahogado tanto mis sentimientos que he crecido de otra forma.

Theresa sonrió al considerar la idea.

—Sí, tal vez eso es lo que hace que seas tan sensible con los sentimientos de los demás. Eres capaz de ver tantas cosas del interior de la gente que al principio estar cerca de ti me hacía sentir desnuda.

Suspiré.

—¿Por qué los sentimientos tienen que ser tan difíciles de manejar?

Sonrió.

—Querrás decir tus sentimientos, cielo. Con los de los demás te manejas bien. Para ti esto es como estar entre la espada y la pared, cariño, pero no me dejes fuera.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —explicó Theresa con dulzura— que yo también tengo sentimientos sobre lo que nos pasa. Y tú eres la única persona con quien realmente puedo hablar de ellos, y a veces no estás en casa. ¿Recuerdas el año pasado, cuando fuiste a comprarte un traje nuevo? —preguntó. Hice una mueca de dolor y alejé el recuerdo—. Jess. Fue una pesadilla. Yo también estuve allí, ¿recuerdas? Ambas nos sentimos humilladas. Cuando llegamos a casa no tenía a nadie en el mundo en quien confiar, excepto tú. Pero ya te habías cerrado, y supe que pasarían días o semanas antes de que te relajaras de nuevo. Te necesitaba.

Me miré fijamente las manos, que tenía entrelazadas en el regazo.

—¿Sabes cómo me siento a veces, Theresa? Como si no tuviera nada que ofrecerte. Te daría todo lo que estuviera en mi poder,

pero no creo que tenga nada que aportarte. Lo digo de verdad. Tú eres la fuerte, la que hace que todo funcione, la que consigue que salgamos adelante. Lo único que puedo hacer es hacerte el amor.

Theresa me separó las manos.

—Solo quiéreme, Jess. Y, por favor, por favor, trata de dejarme entrar alguna vez.

—He intentado contarte contra lo que estoy luchando, pero no has querido hablar de ello. —Me encogí de hombros—. No puedo continuar sin que nada cambie durante mucho más tiempo.

Theresa suspiró.

—Soy femme, Jess. Quiero estar con una butch. Y estoy empezando a sentirme parte del feminismo, aunque en él no pueda mostrar del todo cómo soy. Mi mundo se está expandiendo.

—Genial —bufé—. El mío se está encogiendo. Pero las hormonas podrían ser un punto de inflexión. Si lo paso, quizá también mi mundo podría expandirse.

Theresa negó con la cabeza.

—No quiero estar con un hombre, Jess. No lo haré.

—¡Seguiría siendo una butch! —protesté—. Incluso con hormonas.

Entonces dije algo que me asustaba de verdad, aunque me arrepentí de haberlo dicho en voz alta.

—Quizá te gustaría si fuera un tío. Sería más fácil estar conmigo.

Theresa se reclinó en su silla, la calidez de su rostro se evaporó.

—Yo me pongo pintalabios y tacones altos y voy por la calle del brazo contigo, Jess. Esta es mi vida, y soy valiente para amar a quien amo, joder. No intentes arrebatarme lo que soy.

Me temblaba la barbilla.

—Bueno, ¿y qué pasa con lo que me han arrebatado a mí ¿Qué cojones voy a hacer, Theresa? Dime, ¿qué puedo hacer?

Me puse rígida mientras ella enroscaba sus brazos alrededor de mí.

—No lo sé, Jess —susurró—. De verdad que no lo sé.



Theresa y yo estuvimos sentadas en el sofá durante un buen rato, sin hablar. Ambas estábamos agotadas y desgastadas de los meses de distanciamiento y peleas.

—Ya has tomado la decisión, ¿verdad? —me preguntó. Yo sabía que su tono sonaba más frío de lo que pretendía. Asentí.

—Sí, he considerado cientos de opciones. —No era mi intención sonar sarcástica—. Dios, Theresa, estoy tan asustada. No quiero morir y no sé cómo vivir. Tengo miedo de verdad.

Theresa me atrajo hacia sí. Me estrechó tan fuerte que apenas podía respirar.

—Haría cualquier cosa para ser lo suficientemente fuerte para protegerte —dijo—. Haría cualquier cosa para conseguir que estuvieras a salvo conmigo. —Me puso los dedos en los labios para callarme—. Quizá entienda lo que estás diciendo. Quizá simplemente no quiera admitir que creo que tienes razón.

Estaba aliviada. Intenté abrazarla, pero no me devolvió el abrazo. Aún no había acabado de hablar.

—Yo también tengo miedo —continuó—. Si no estoy con una butch todo el mundo asume que soy hetero. Es como si yo también tuviera el passing de hetero, pero contra mi voluntad. Estoy harta de que la gente crea que soy hetero. He trabajado mucho para que me discriminen por ser lesbiana. —Ambas sonreímos—. Has tomado tu decisión, sé que es así. No me sorprende, en realidad. He estado muy asustada por ti.

Las lágrimas empezaron a caerle por la cara. Intenté secárselas, pero me apartó las manos y las apretó entre las suyas.

—Pero no puedo hacerlo, Jess. No puedo salir contigo a la calle y fingir que eres un hombre. No puedo hacerme pasar por una mujer heterosexual y ser feliz. No puedo vivir como la pareja miedosa del 3° G, sin confiar lo suficientemente en nadie para tener amigos. No

puedo vivir como una fugitiva contigo. No sería capaz de sobrevivir a eso, Jess. Por favor, intenta entenderlo, amor mío.

Me aparté de ella.

—¿Qué estás diciendo? —Ella simplemente negó con la cabeza. Me incorporé con lentitud. —¿Qué estás diciendo? ¿No vas a seguir conmigo? ¿Por qué? ¿Eso es lo mucho que me quieres?

Theresa se levantó y vino hacia mí.

—Por favor, cielo. No puedo. Simplemente no puedo estar contigo si haces esto.

La rabia me hervía en la garganta.

—Si me quisieras...

El rostro de Theresa reflejaba su frialdad y su enfado.

—No te atrevas a volver a decirme eso.

Se me llenaron los ojos de lágrimas de rabia.

—Bueno, es la verdad, ¿no?

Me vacié de tensión cuando Theresa empezó a llorar. Enterré la cara en mi cuello.

—No significa que no te quiera. Te quiero tanto que no sé qué hacer. Pero no puedo acompañarte a donde quieres ir. Estoy intentando entenderte. ¿Por qué no intentas entenderme tú a mí?

Negué con la cabeza.

—¿Cómo es que nunca tengo la posibilidad de decidir? No puedo seguir viviendo de esta manera, pero tú no quieres atravesar la única puerta que se me abre. Muchas gracias.

Theresa me pegó un fuerte puñetazo en el hombro. La agarré de las muñecas. Luchamos hasta que caímos, cansadas, la una sobre la otra en el sofá.

—No sé de qué otra manera podrías sobrevivir —dijo Theresa—. Pero no puedo hacerlo.

Se me cerró la garganta. Deseaba poder cambiar su opinión.

—No intentes hacerme cambiar de idea —añadió. Siempre conseguía leerme la mente—. Y yo no intentaré cambiar la tuya, ¿vale?

La miré con incredulidad.

—Por favor, cariño. No me dejes ahora. Tengo miedo. Es demasiado duro. ¡Por favor!

Theresa se levantó de un salto.

—Para —me pidió.

Le dolía demasiado. Dejé de intentarlo. Fui hacia ella y le giré la cara hacia mí con suavidad.

—¿Qué quieres que haga? —le pregunté.

Lo dijo claramente:

—Es mejor que te vayas.

Era extraño quererla tanto y, a la vez, sentirme tan lejos.

—¿Lo dices en serio?

Asintió y fue hasta la ventana, como si pudiera ver en la oscuridad del otro lado.

—Te haré una maleta con las cosas que necesitas. Tus amigas te ayudarán.

No dejaba de sentir que aquello no podía estar pasando.

—¡Por favor! —dije—. ¿No podemos intentarlo? ¡Te necesito!

—Yo tampoco sé qué hacer —me dijo Theresa—. Ahora tengo que buscar mi propio camino. Siento que yo también me estoy derrumbando. Esta vez no podemos rescatarnos la una a la otra.

Miré al suelo.

—¿Y si no tomo las hormonas pero intento tener passing?

—Entonces probablemente te asesinarán en la calle, o te volverás loca y te quitarás la vida, no lo sé.

Permanecimos en silencio.

—¿Cuándo quieres que me vaya?

—Esta noche —dijo Theresa, y después se rompió y sollozó. La estreché entre mis brazos con fuerza por última vez.

Tenía razón. Una vez que ambas entendimos que no podíamos seguir, tenía que marcharme. El dolor ya era insoportable.

—Te quiero tanto —repetía Theresa mientras me acariciaba las mejillas.

Yo asentía mientras las lágrimas me caían por la cara. Sabía que era verdad, pero una parte de mí estaba furiosa con ella por no quererme lo suficiente para estar conmigo.

Fui a la habitación y metí algo de ropa en una mochila. Sabía que ella empacaría el resto de mis cosas con cuidado.

Me acompañó a la puerta. No podíamos contener las lágrimas, pero intentábamos no sollozar.

—Una parte de mí quiere ir contigo —dijo—. Pero si lo hiciera estaría viviendo tu vida, no la mía. Acabaría resentida contigo por haber tomado esa decisión. —Me acariciaba la cara mientras hablaba. Era agradable sentir el roce de sus dedos contra la piel.

Miré de nuevo al suelo.

—Hay tantas cosas que desearía haberte dicho. Nunca encontré las palabras.

Sonrió y asintió.

—Escribeme una carta algún día.

—No sabré dónde enviarla.

—Escribela igual —dijo.

—¿De verdad esto es el final? —le pregunté. Ella asintió.

Nos besamos tan profundamente como pudimos. Después nos separamos. Salí por la puerta, girándome para mirarla. Me sonrió, casi pidiendo perdón. Asentí. Cerró la puerta.

De repente pensé en todas las cosas que necesitaba decirle, pero supe que ella no debía oírlas en ese momento. Estuve sentada en el rellano durante un rato. Luego se me ocurrió que quizá Theresa llamara a alguna amiga para que la consolara, no quería estar en las escaleras cuando llegase.

Bajé y salí al patio. Le di la vuelta a una caja de madera de las que se usaban para las botellas de leche y me senté encima. El cielo estaba negro y repleto de estrellas. Me sentía sola en el planeta. Tenía tanto miedo que casi no podía respirar. No sabía qué hacer con mi vida. Ni siquiera podía pensar en qué dirección empezar a caminar.

Estuve sentada en aquella caja toda la noche, mirando al cielo. A veces lloraba, a veces simplemente me quedaba allí quieta. Me esforcé por mirar hacia el futuro, intentando imaginar el camino que tenía delante, intentando vislumbrar a la persona en la que me iba a convertir.

Lo único que vi fue el cielo nocturno y las estrellas sobre mí.

14

El cielo nocturno cambió del negro al índigo. Aún estaba sentada en la caja, en el patio. Pronto saldría el sol. Theresa y el resto del mundo empezarían su día.

Pasé la pierna por encima de la Norton y la arranqué. Con el motor rugiendo entre mis piernas me ajusté el casco y bajé la visera. Aquí era donde había encontrado la libertad: en esa moto, bajo ese casco.

Conduje por el laberinto de calles silenciosas de la ciudad mientras el amanecer inundaba el cielo. La niebla se pegaba al asfalto, suspendida sobre él como si fuese humo. Comenzó a caer una lluvia ligera. Conduje hacia el futuro como en un sueño. La lluvia empezó a caer más fuerte, golpeándome. El agua perlaba el casco, me corría en riachuelos por la nuca y me empababa la camisa bajo la chupa de cuero. Notaba la tela vaquera mojada y fría sobre los muslos. Cada cruce suponía un pequeño conflicto. ¿Girar a la izquierda? ¿A la derecha? ¿Seguir adelante?

Finalmente el hambre me sacó de las calles y me llevó a Loblaw, el supermercado. Llamé a casa de Jan. No respondió. No quería llamar a Ed tan temprano porque Darlene estaría durmiendo.

Llené una bolsa de plástico con picotas y paseé arriba y abajo por los pasillos mientras me las iba comiendo. Se me pegaban los vaqueros a las piernas al moverme. Seguía a las mujeres que empujaban carritos llenos de cajas de cereales y criaturas.

Los que se me quedaban mirando se aseguraban de que viera el asco que les provocaba antes de darse la vuelta. Lo veía.

—¿Jess? —la voz me sobresaltó. Me giré y vi a una mujer que me resultaba familiar. Un crío enroscado en las piernas, otra agarrándole la mano y mirándome—. Soy yo, Gloria. ¿Te acuerdas? Trabajamos juntas en la imprenta. Ibas allí después del instituto.

Asentí, pero era como si tuviese la cabeza metida en un globo. Intenté seguir lo que decía mientras la gente pasaba a mi lado: se había divorciado, el capataz se le había insinuado, había dejado el trabajo. ¿Qué era de mi vida?

Su última pregunta me devolvió a la realidad. Me encogí de hombros.

—Estoy buscando algún sitio en el que quedarme para intentar encontrar trabajo y casa. Por cierto —le dije—, siempre he querido agradecerte que me dieras los nombres de aquellos bares. Me cambió la vida.

Gloria miró con nerviosismo a sus hijos.

—Este es Scotty y esta es Kim. Decidle hola a Jess. Jess y mami trabajaban juntas.

Scotty se escondió tras las piernas de Gloria. Kim me sostuvo la mirada atónita. Sus ojos me ponían nerviosa, pero no había el menor signo de hostilidad en ellos. Su cara reflejaba el asombro más absoluto, como si yo fuera un espectáculo de fuegos artificiales explotando en el cielo oscuro.

—Puedes quedarte en nuestra casa hoy, si no tienes otro sitio al que ir. En el sofá, quiero decir. —Gloria me dio su dirección—. Después de las siete y media, cuando haya metido a los niños en la cama.

Eso era mucho tiempo que matar.

Paré a repostar. La fila de coches serpenteaba bajando la manzana. Los titulares de los periódicos que alarmaban sobre la escasez de gasolina habían provocado que la gente entrase en pánico.

—Estás de broma, ¿no? —me quejé al dependiente cuando vi lo que costaba llenar el depósito.

—No me echas a mí la culpa —dijo—. Échasela a los árabes. Nos tienen cogidos por las pelotas.

—Anda, venga ya —contesté, señalando en dirección al río—. Hay petroleros llenos de crudo anclados ahí, esperando a que los precios se pongan por las nubes. —Lo sabía bien: había intentado que la empresa de trabajo temporal me enviara allí a limpiar los tanques del agua de lastre, pero habían dicho que era un trabajo para hombres.

Cuando cogí la I-190 en dirección norte aceleré de verdad, escuchando en el rugido del motor todo lo que sentía.

Al final de la tarde volví a la ciudad. Me detuve en una pizzería del West Side a por unas alitas de pollo. Esperé en la barra, cada vez más impaciente, pero el hombre que había detrás de ella no me servía. Me giré para ver lo que estaba mirando. Vi una mesa llena de tíos que me observaban.

Golpeé la barra.

—Disculpe.

—¿Qué tenemos aquí? —oí decir a una voz masculina detrás de mí. Hora de irse.

Uno de los hombres bloqueaba la única salida. Le empujé con fuerza y salí corriendo hacia el aparcamiento. Salté sobre la moto, pero era demasiado tarde. Estaban casi encima de mí. La moto se cayó cuando me bajé de ella. La dejé tirada en el asfalto y corrí. Me dolían los pulmones como si fueran a explotar, pero no dejé de correr hasta pasar varias manzanas. Por fin me senté bajo un árbol, sin aliento, cogiendo bocanadas de aire. Me pregunté cuándo sería seguro volver a por la moto.

Caía la noche cuando regresé. Me detuve al otro lado de la calle, frente al restaurante. No podía ver a nadie dentro, excepto al tipo que estaba detrás de la barra. Encontré la Norton en el aparcamiento. No había nada que no hubieran destrozado o doblado. Debían de haber utilizado una palanca metálica o un bate de béisbol. Me pregunté cómo habrían conseguido rajar las gruesas ruedas de goma.

Sabía que solo era una moto, pero me sentía como un fantasma mirando mi propio cuerpo mutilado sobre el asfalto. Me alejé de las ruinas. No tenía solución.

Tardé una eternidad en llegar a casa de Gloria. En Búfalo podías morirte esperando a que pasara un autobús. No le conté lo que había pasado, ya era todo suficientemente raro entre nosotras. Le pregunté si podía utilizar el teléfono. Dijo que sí, siempre que no fuera durante mucho tiempo; estaba esperando una llamada.

Llamé a Edwin. Su voz sonaba vacía y distante. Darlene había cogido sus cosas y se había marchado de casa.

—Dios, lo siento muchísimo —le dije a Ed—. Theresa y yo también hemos roto. —Nos quedamos en silencio. No tenía vehículo para ir a su casa—. ¿Puedes recogerme, Ed?

—Darlene se ha llevado el coche —dijo Ed.

—¿Se ha llevado el coche? ¿Tan mal habéis acabado?

Ed sonaba como yo misma me sentía. Distante y vacía.

—No, le dije que se lo llevara. —Gloria cruzó su mirada con la mía y se miró el reloj—. Ed, no tengo moto. Te contaré lo que ha pasado en otro momento. Te llamaré, ¿vale? Aguanta. ¿Estás bien?

No estoy segura de lo que contestó.

Gloria llamó a su amiga. Podía oírla llorar en voz baja en la cocina mientras hablaban.

Me eché en el sofá. Había pasado gran parte de mi vida en sofás ajenos. En realidad no me había permitido sentir nada sobre la ruptura con Theresa hasta ese momento. Estuve a punto de gritar,

pero contuve mis emociones como se hace con un torniquete. Allí no tenía privacidad, no había ningún sitio en el mundo para poder hacer el duelo, así que lo enterré y tomé la única salida que tenía: dormir.

Me desperté con el ruido de los dibujos animados. Me ardían los ojos. Sentía que no podía abrirlos, de lo hinchados que estaban. Kim y Scotty estaban sentados en el suelo, apoyados en el sofá donde yo había dormido. Kim me miró por encima del hombro.

—¿Está despierto?

—Sí —dijo Kim—, está despierta.



—Estás mejor sin ella —opinó Grant—. Era una comunista de mierda.

Tomé una gran bocanada de aire.

—Grant, no empieces. Quiero a Theresa. Ahora mismo estoy muy dolida y triste. Ten cuidado con meter el dedo en la llaga.

Se encogió de hombros.

—Bueno, es hora de superarla y seguir hacia adelante.

Atronó el silbato. Grant y yo nos dirigimos a la cantina, dejando atrás filas de palés tan hasta arriba de cajas apiladas que me recordaban a los *buttes*³⁴ de los desiertos.

Estaba contenta de tener trabajo. La recesión se estaba agudizando. Ford, Chrysler y General Motors acababan de anunciar despidos masivos.

Grant me había avisado de aquel curro en la fábrica de cajas, era temporal pero nos llamaban con frecuencia. Troquelábamos cartón corrugado, cajas de pizza, todo tipo de cajas. Me dolía la cabeza del sonido repetitivo de los martillos neumáticos que utilizábamos para cincelar los bordes.

34. Término empleado en Estados Unidos y Canadá para designar una colina aislada de forma prominente, con laderas muy pronunciadas y con una pequeña cima plana.

—¿Así que ya has encontrado casa? —preguntó Grant.

Asentí.

—Sí. He tenido que quedarme donde Gloria un mes antes de ahorrar lo suficiente.

Sonrió.

—¿Te dejó quedarte tanto tiempo? Quizá le gustes.

Moví la cabeza.

—No, simplemente a ella también le venía bien. Trabaja de noche. Yo llevaba a los críos al colegio en su coche y los recogía, para que ella pudiera dormir al llegar a casa. Luego yo trabajaba en el segundo turno. Era perfecto. Los niños me caen bien. Aún me los llevo a dar una vuelta algunos fines de semana.

Grant sonrió de nuevo.

—Suen a hogareño de verdad.

—Venga, Grant, cambia de tema. Oye, ¿has sabido algo de Ed?
—Nos miramos con sorpresa. Había olvidado por un momento la pelea del bar, cuando Grant había atacado a Ed con una ira injustificada. Detestaba esa parte de Grant, malvada y llena de odio.

Grant me observó mientras recordaba.

—Nunca le caí bien a Ed —dijo—. No le gusto porque soy blanca.

Negué con la cabeza.

—Grant, eso no es cierto. Está enfadada contigo por las cosas que le dijiste la noche en que discutisteis en el bar.

Bajó la mirada.

—Jesús bendito, ya dije que lo sentía.

—¡Venga ya, Grant! —di un golpe en la mesa—. ¿Qué pasaría si un tío te llamara pervertida o asquerosa y luego te pidiera perdón por haber levantado la voz? No lo entiendo, Grant. Te he visto en el trabajo, eres amable con todo el mundo.

Grant se frotó los ojos.

—Bueno, a veces mi boca es más ignorante que el resto de mi cuerpo, sobre todo cuando me tomo alguna copa de más. —Se encogió de hombros—. A veces la cago, y mucho.

Me pregunté quién era Grant bajo todas esas capas de dolor y rabia. Se reclinó en su silla.

—¿Vas a seguir adelante con ello?

Sabía a lo que se refería: hormonas.

—Sí. No sé qué otra cosa hacer.

Grant me sirvió un café de su termo.

—Sería mucho más fácil si fuéramos a la clínica de cambio de sexo. Te dan hormonas gratis. Lo único es que tienes que hacerte todas esas pruebas y entrevistan a tu familia y todo eso.

Me encogí de hombros.

—Ya, pero yo solo quiero las hormonas. Y la cirugía.

Grant abrió mucho los ojos.

—¿Qué clase de cirugía?

Hice una mueca.

—¿Tú qué crees? No quiero tener unos pechos como estos.

Grant silbó por lo bajo.

—¿Cómo sabes que no eres trans? Quizá deberías empezar el programa y averiguarlo.

Negué con la cabeza.

—Lo he visto en la tele. No me siento un hombre atrapado en un cuerpo de mujer. Solo me siento atrapada.

Grant sorbió su café.

—No sé. Quizá yo sí sea un hombre que nació en el cuerpo equivocado. Eso explicaría muchas cosas.

—¿Y entonces por qué no te metes tú en el programa?

Sonrió con tristeza.

—¿Y qué pasa si no lo soy? ¿Qué pasa si resulta que soy algo peor de lo que pensaba? Quizá sea mejor no saberlo.

Sonreí y puse mi mano sobre la suya. Ella miró a su alrededor y la retiró. Suspiré.

—No sé qué coño soy. Pero ya no quiero ser diferente. No hay forma de esconderse. Solo quiero que todo deje de doler tanto.

El silbato sonó de nuevo. Grant se levantó para volver al trabajo.
—Ya tengo casi todo el dinero para las hormonas. ¿Cómo vas tú?
Me encogí de hombros.
—Si conseguimos que nos den algún turno doble tendré la pasta pronto.
—Te espero —dijo Grant. Su mano descansó sobre mi hombro solo un instante.



—¿Me ayudas a montar la gasolinera?
Scotty sujetaba una bolsa llena de piezas de plástico de colores. Me senté con las piernas abiertas en el suelo y las desparramé.
—¿Cómo sabes dónde van las piezas? —preguntó Scotty.
Le enseñé las instrucciones:
—Tengo esto. Es como un mapa. Me dice que esta es la A y esta la B y estas dos van juntas. —No encajaban—. Quiero decir, que esta es A y quizá esta sea B... —No lo eran. Trabajé en silencio.
Un anuncio de Pet Rocks iluminó la pantalla de la televisión. Scotty parecía afligido.
—Ojalá tuviera una piedra mascota.
—¿Una piedra? —me reí—. ¿Qué es eso? —Señaló la tele. Le acaricié la cabeza—. No te preocupes, yo te conseguiré una piedra buena de verdad.
Scotty se echó sobre la barriga y me observó de cerca.
—Se supone que no hay que pegarlas hasta que no sepas dónde va cada una y tienes que poner un periódico en la alfombra —me aconsejó—. ¿Sabes qué voy a ser de mayor?
Sujeté un pequeño surtidor de gasolina y una cosa irreconocible. Inexplicablemente, encajaban.
—¿Qué?
—Voy a ser viento.
Kim puso los ojos en blanco.

—Es que es muy raro. Se sienta fuera y espera a sentir el viento. Sonreí a Scotty.

—Eso no es raro. Si cuando seas mayor te conviertes en viento, me quitaré el casco mientras conduzco para que puedas soplar entre mi pelo.

Kim movió la cabeza.

—Eso es peligroso.

—Sí, es verdad. ¿Por qué no eres luz del sol, Scotty? Así podrías calentarme.

Scotty negó con la cabeza, enfático, de lado a lado.

—No. Viento.

Kim miró hacia otro lado.

—Oye, Kim —llamé—. ¿Tú qué quieres ser cuando crezcas?

—No lo sé —contestó.

—No pasa nada —le dije—. No tienes que saberlo ya.

Kim parecía preocupada.

—Mi madre dice que de mayor debería ser alguien especial.

Cogí su cabeza entre mis manos.

—Ya lo eres —le dije.

Su expresión vaciló mientras me observaba la cara. Luego su sonrisa empezó a ensancharse, hasta que cubrió todo su rostro.

Gloria volvió pronto del trabajo. Había cogido una gastroenteritis. Me pidió que me quedara esa noche y llevara a los niños al colegio a la mañana siguiente. Parecía haberle sentado mal algo. Cuando le insistí para que se fuera a la cama no discutió.

A la mañana siguiente, Scotty emergió de su sueño como si estuviera nadando en pegamento. Kim abrió los ojos, se sentó de un salto y me abrazó.

Hice tortitas para desayunar. Intenté hacer unas caritas sonrientes con pasas, pero cuando les di la vuelta las pasas se hundieron en la masa.

—Creo que he encontrado la sonrisa —anunció Kim, pinchando su tortita con el tenedor.

Scotty husmeó el plato de Kim.

—Eso es el ojo —dijo. Me oí reír. El sonido me recordó a un manantial brotando de la tierra.

—¿Estás casada? —me preguntó Kim.

Miré la alianza dorada en mi dedo. Se me cerró la garganta.

—Ya no.

Scotty asintió.

—Mi mamá y mi papá están *dimborciados*.

—Di-vor-cia-dos —le corrigió Kim—. ¿Con quién estabas casada? Si les hablaba con franqueza a los niños, ¿me impediría Gloria volver a verlos? Inspiré profundamente.

—Se llama Theresa.

Kim sopesó la información.

—¿Era guapa?

Sonrió.

—Muy guapa.

Kim frunció el ceño.

—Espera, las chicas no pueden casarse con otras chicas.

Por la barbilla de Scotty se escurría lentamente el sirope.

—Sí que pueden —dijo. Le limpié la barbilla con el pulgar.

—No, no pueden, idiota —replicó Kim. Volvió a mirarme—. Mi profesor dice que los chicos y las chicas se casan cuando se hacen mayores.

Miré el reloj. Era casi la hora de llevarlos al colegio.

—Bueno, Kim, los profesores saben muchas cosas, pero no todo. Acábate el desayuno.

Kim apuñaló a su tortita, enfadada porque en realidad no le había contestado.

Suspiré.

—¿Sabes? Cualquiera puede enamorarse de cualquiera —le dije—. Si un chico y una chica se enamoran todo el mundo les trata bien. Pero cuando una chica se enamora de otra chica, o cuando

un chico se enamora de un chico, algunas personas se burlan o intentan pegarles. Y tienes razón, Kim. No se les permite casarse, como sí pueden hacer los hombres con las mujeres. Pero se quieren de verdad.

El surco en la frente de Kim se hizo más profundo. Podía ver su cerebro funcionando mientras su mandíbula masticaba.

—¿Alguna vez la besaste?

Se me encendieron las alarmas.

—Bueno, claro —dije todo lo despreocupada que pude.

—¡Pua! —Kim soltó el tenedor—. ¿Con lengua? Una vez vi a papá meterle la lengua en la boca a mamá. Fue asqueroso.

Me reí.

—Bueno, no tienes que besar a nadie así si no quieres.

—Yo nunca voy a hacer eso —declaró Kim.

—Yo tampoco —añadió Scotty.

Kim comió en silencio. Cuando me miró supe lo que iba a preguntarme antes de que lo hiciera.

—¿La querías?

Me tembló la barbilla.

—Sí, la quiero.

—¿Y entonces por qué os divorciasteis?

La pregunta quedó suspendida en el aire.

—No lo sé —respondí con sinceridad—. No sé explicarlo.

Camino del colegio Scotty decía en voz alta las marcas de cada coche que pasaba. Kim me observaba conducir.

—¿Era simpática? —insistió. Asentí—. ¿Crees que te echa de menos?

Sonreí.

—Eso espero.

Fue un alivio aparcar frente a la escuela y darles un abrazo y un beso de despedida. En cuanto estuve segura de que estaban a salvo en el interior, apoyé la frente sobre el volante y me puse a llorar.

Tenía un coche y todo el día por delante.

¡La piedra mascota de Scotty! Quería comprobar si el Museo de Ciencias tenía una tienda donde vendieran rocas y cristales. Nunca había estado en un museo antes. Un búfalo disecado gigante me observó al pasar. Dentro del edificio todo estaba tranquilo y en silencio. Encontré exactamente lo que buscaba en el mostrador de la tienda de regalos. Escogí una roca del tamaño de un puño para Scotty. Estaba cortada por la mitad. Dentro tenía una pequeña cavidad forrada de cristales morados y lechosos. Era una roca para perderte dentro, si querías. Sospeché que él querría.

El regalo para Kim no fue difícil de elegir: una piedra verde plana y pulida, del tamaño de mi mano, con remolinos blancos, como las corrientes de un río agitado.

—¿Sabes qué rocas son estas? —le pregunté a la mujer joven que estaba detrás del mostrador.

Se encogió de hombros.

—Yo solo trabajo en la tienda.

Quise pasar el día allí. Cada sala que conectaba con el inmenso recibidor central estaba dedicada a una rama de la ciencia. Una de ellas se llamaba el Salón del Hombre, aunque resulta que las mujeres también estaban incluidas. Había salas que revelaban los secretos de los átomos, del universo.

Desee poder quedarme allí y devorar todo aquel conocimiento. Desee que, de alguna manera, aquello me ayudara a entenderlo todo. Pero me empezaba a doler la vejiga, y la dependiente de la tienda de regalos podía ver perfectamente los dos baños. No me sentí capaz de lidiar con aquello. Dejé los secretos del universo atrás, volví al coche y conduje hasta casa de Gloria para ir al baño con privacidad.



Grant y yo estábamos sentadas en el coche, en la puerta del consultorio médico.

—Tengo miedo —admitió.

—Yo también. Cuando era cría sentía que no había ningún sitio en el mundo en el que encajara. Ahora me siento igual.

Gran asintió y exhaló el humo del cigarro a través de los dientes.

—De verdad te lo digo, no sé qué es peor. No saber nunca lo que es ser aceptada o que te arrebaten lo poco que tenías, ¿sabes?

Lo sabía perfectamente.

—Venga, vamos —la urgí.

El nombre del doctor estaba estarcido en la puerta de cristal translúcido. Dentro estaba oscuro.

—Quizá no esté aquí —dijo Grant.

La cogí del brazo.

—No te voy a presionar —le dije—, pero yo no tengo más opciones.

Grant inspiró profundamente. Empujé la puerta: estaba abierta. El médico estaba allí. El doctor Monroe nos guio hasta el despacho que había en el interior y nos hizo un gesto para que nos sentáramos. Decliné. Miré las paredes de la oficina.

—¿Dónde están todos sus diplomas? —pregunté. Grant me fulminó con la mirada.

—¿Recuerda que le llamé? —preguntó al doctor Monroe.

Él me miró de arriba abajo. «Dios, nos odia», pensé. Se pasó la lengua por los labios.

—Creo recordar que era debido a un desajuste hormonal que ambas padecen.

¿Qué se pensaba este tipo, que llevábamos micrófonos ocultos pegados al cuerpo?

—¿Han traído el dinero? —preguntó.

Cuando sacamos la cartera, Monroe cogió el taco de papel de recetas.

—Doy por hecho que han pensado esto con detenimiento —dijo, como si estuviera realmente preocupado. Asentimos.

Nos enseñó a sacar un centímetro cúbico de hormonas masculinas con una jeringa y a clavarla en el músculo del muslo.

—Tienen que pincharse una dosis cada dos semanas. ¿Alguna pregunta?

—Yo sí tengo algunas preguntas —dije. Grant y el médico parecieron sobresaltarse—. Por ejemplo, cuánto tiempo pasa hasta que empieza a notarse y si tiene algún efecto secundario.

—Bueno —el médico jugueteó con el lápiz entre el índice y el pulgar—, es difícil saberlo.

—¿Por qué? —quise saber.

—Porque esto es un tanto... —dudó— experimental. Puede tener efectos secundarios: pérdida del cabello, aumento de peso, acné.

Genial, pensé, estupendo.

—¿Es peligroso? —pregunté. Grant se inclinó hacia adelante para oír su respuesta.

El doctor Monroe arrancó el papel del recetario.

—Solo son hormonas. Su cuerpo produce hormonas de forma natural. ¿Quiere esto o no? —preguntó, agitando el papel de un lado a otro. Asentí y lo cogí. Arrancó otra receta y se la dio a Grant. No parecía convencida, pero se la guardó en el bolsillo. Monroe contó nuestro dinero, lo metió en el cajón del escritorio y nos despidió.

—Una cosa más —dije. El médico suspiró con fuerza—. Necesito una recomendación para una operación de pecho.

Garabateó en un trozo de papel.

—Dos mil dólares —me dijo, dándome un nombre y un número. Habíamos acabado y estábamos de vuelta en la calle.

—Venga —le di una palmada a Grant en el hombro—. Vamos a la farmacia y luego te invito a una birra.

Accedí reticente.

Nos sentamos en la barra en pleno día. El camarero que nos atendió parecía tolerarnos a duras penas. Pusimos cada una nuestra bolsa de papel marrón llena de cajas de jeringuillas y viales de hormonas encima de la barra, frente a nosotras.

—Dos cervezas y dos chupitos —le dije al camarero—. ¿Qué ocurre, Grant?

—Mi puta vida entera está patas arriba —dijo. La entendía perfectamente.

—Es muy serio esto que estamos haciendo —coincidí. Ella asintió, pero tenía algo más en la cabeza.

Pedimos otra ronda, y luego otra. Grant empezó a abrirse un poco.

—¿Cómo será estar con mujeres? Quiero decir, ¿quién querría salir con nosotras? —Deseé que no hubiera preguntado aquello en voz alta—. Tengo cuarenta y un años —me dijo—. Mi vida está totalmente jodida. No hay ningún sitio para nosotras. No sé qué hacer, de verdad.

Sus lágrimas cayeron sobre la barra. Ambas miramos a nuestro alrededor para ver si alguno de los hombres se había dado cuenta de que estaba llorando. Cogimos nuestros paquetes y nos cambiamos a una mesa. Grant se deshizo en sollozos silenciosos. Me asustó verla llorar de aquella manera.

Me incliné sobre la mesa y le acaricié el pelo.

—Va a salir bien —le aseguré.

—Ah, ¿sí? —contestó con rabia—. Y una mierda. Para ti es distinto.

—¿Estás de coña? ¿Por qué iba a ser distinto para mí?

Grant se sonó la nariz con una servilleta de papel.

—Hay cosas de mí que no sabes. Cosas que no le puedo contar a nadie.

Me bebí de un trago un chupito de whisky. Me quemó la garganta y me calentó de pies a cabeza.

—Grant —mi voz sonó amable—, no hay nada que no puedas decirme.

Estudió mi cara.

—No soy una butch de verdad —dijo.

La miré perpleja.

—¿Qué? —me reí con incredulidad—. Bueno, a mí casi me la cueles.

Negó con la cabeza.

—No me conoces de verdad.

El alcohol me golpeó el cerebro como una tonelada de ladrillos. Deseé no haber bebido tanto. El camarero vino hacia nosotras y empezó a limpiar la mesa en la que estábamos.

—Hora de irse —dijo. Reconocimos el odio en las caras de los hombres que bloqueaban la puerta por la que tendríamos que haber salido. El camarero apuntó con la cabeza hacia la puerta trasera—. Hora de irse.

Cogimos las bolsas y nos apresuramos hacia la puerta trasera y hacia el coche de Grant. Bloqueé las puertas con el seguro mientras ella arrancaba el motor. Varios hombres aparecieron en el aparcamiento. Uno tenía una palanca de hierro. Grant pisó el acelerador. Se saltó el bordillo y condujo directamente contra un coche que entraba, que tuvo que dar un volantazo y se dio contra otro que estaba aparcado. Grant salió de allí a toda pastilla, hasta que estuvimos lejos y a salvo.

Paramos frente a mi casa. Nos encendimos cada una un cigarrillo. Me temblaban las manos.

—Joder, Grant. Tendrías posibilidades en las 500 Millas de Indianápolis. —No sonrió. Yo sabía que estaba demasiado borracha para estar al volante—. Sube conmigo —le dije—. Puedes irte a casa más tarde.

Negó con la cabeza.

—¿Adónde vas a ir? —le pregunté.

—No lo sé.

—Sube a casa —le pedí de nuevo, aunque sabía que era inútil. Grant lanzó el cigarro por la ventanilla y arrancó.

—Eh, Grant. Intenta explicarles a esos tipos que no eres butch —le dije antes de cerrar la puerta del coche.

Me miró. Era difícil mantener la mirada con la tristeza que había en sus ojos. Señalé el retrovisor.

—Mírate y dime que no eres una butch. Eres lo que eres, Grant. No necesitas demostrarlo.

Me dio su paquete de hormonas.

—¿Estás segura? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Ahora mismo no estoy segura de nada.

Cuando subí a casa llamé a Edwin y dejé que el teléfono sonara un rato muy muy largo. Me bebí una cerveza antes de sacar las jeringas y quedarme mirándolas. Las agujas me asustaban tanto que no podía creerme que estuviera a punto de clavarme una a mí misma. Examiné los viales de hormonas como si sus misterios pudieran revelarse ante mí allí mismo, sobre la mesa de la cocina. No ocurrió nada de eso.

Fui al baño, me quité los chinos y los colgué de la puerta. Me senté en el retrete y preparé la jeringuilla. ¿Realmente iba a hacer aquello?

Pensé en una de las preguntas de Grant que me había hecho polvo por dentro. ¿Volvería a estar entre los brazos de una mujer? Durante un momento recordé el placer sencillo de los brazos de Theresa rodeándome. Me hizo sentir aún más sola. Un fogonazo de odio hacia ella me invadió. No me quería lo suficiente como para quedarse cuando la cosa se puso difícil.

Me pasó la vida entera por la cabeza como una película que no quería volver a ver. Pensé en aquella vez que mis padres me pillaron vestida con la ropa de mi padre. Me inundaron los recuerdos

agradables: amigas butch, drags confidentes, amantes femme. En aquel momento no las encontraba. Estaba sola en una encrucijada.

No era capaz de obligarme a hundir la aguja en el muslo. Entonces vi la Norton hecha trizas en el aparcamiento de la pizzería. Me apuñalé el muslo con la aguja e inyecté la hormona. No fue tan duro como creía.

Sentí una oleada de emoción; la posibilidad de que algo cambiase, de quitarme un enorme peso de encima. Quizá ahora podría ser por fin yo misma y simplemente vivir. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en la pared de baldosas. Pasado un rato me incorporé y me puse de nuevo los chinos. Miré mi reflejo en el espejo del baño. Aún era yo, mirándome a mí misma.



No ocurrió nada en los dos primeros meses. Mi voz no se volvió más grave. Lo sabía con seguridad porque todos los días llamaba al teléfono de información y las operadoras seguían llamándome «señora». Los únicos cambios que notaba eran los que no había esperado. La piel se me llenó de erupciones. Engordé. El humor me cambiaba constantemente. Lo que quiera que tuviera que aparecer no había llegado, pero estaba en camino.

Pronto tendría que decirle adiós a Kim y a Scotty. Gloria jamás me dejaría ver a los niños cuando empezara a cambiar.

Un sábado de invierno quedé en llevarlos al zoo. Nevaba tanto que el viaje en autobús hasta la casa de Gloria se hizo eterno.

—Me voy a marchar —le dije a Gloria.

—¿Quieres más café? —preguntó. Cubrí mi taza con una mano y negué con la cabeza. Gloria se sentó a mi lado. —¿Se lo has dicho ya a los niños? —Negué de nuevo—. Esos críos creen que el sol sale y se pone gracias a ti, no puedo entenderlo.

Sus palabras me hirieron.

—Me hago querer, Gloria, ¿qué puedo decir?

Movió la cabeza.

—Ten cuidado cuando se lo digas, ¿vale? Todavía están afectados por lo de su padre y yo.

Asentí.

Scotty y Kim casi se cayeron al correr hacia la cocina para saludarme. Ambos estaban tan abrigados que solo podía ver sus ojos entre los gorros y las bufandas.

Gloria me lanzó las llaves del coche.

—Ten cuidado conduciendo con nieve.

No creo que fuera eso lo que le preocupaba.

—Descuida —le dije.

Para cuando llegamos al zoo, la nieve se había empezado a acumular y seguían cayendo grandes copos. No había mucha gente fuera, solo algunos padres con sus hijos.

—Vamos a hacer ángeles de nieve —sugirió Kim.

—Todavía no —le dije—. Es mejor que no nos mojemos hasta que nos vayamos a ir.

Vi el perfil de un águila real apoyada en un poste. Cuando nos acercamos me di cuenta de que había dos águilas, un macho y una hembra, sentadas juntas. La hembra saltó al suelo nevado y abrió sus imponentes alas. Brincó y giró en la nieve. Recordé que el periódico había informado de que el huevo había eclosionado la semana pasada, pero que el aguilucho había muerto. Me pregunté si era un baile de duelo.

—¿Qué está haciendo? —me preguntó Kim.

—Jugando en la nieve. —Supuse que era una respuesta tan buena como cualquier otra—. Esa es el águila hembra.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Porque las chicas son más grandes que los chicos.

Kim y Scotty vieron los osos polares antes que yo y corrieron hacia allá. La madre estaba fuera con el oseño. Según el periódico,

la cría había nacido hacía tres meses y todavía no se la había visto fuera de la cueva.

—¡Oh! —exclamaron los niños embobados cuando el oseño cayó sobre un montón de nieve. La madre osa estaba sentada sobre sus patas traseras. El osito se arrimó a sus pechos y succionó.

—Tengo hambre —proclamó Scotty.

El quiosco de comida estaba prácticamente desierto. Dos trabajadores de mantenimiento del zoo tomaban café en una esquina. Pedí perritos calientes y chocolate a la taza.

—Necesitamos cacahuets para los animales —me recordó Kim.

—No creo que debamos darles de comer —le dije.

—Entonces necesitamos cacahuets para nosotros —respondió.

—Y tres bolsas de cacahuets —le dije al dependiente. Me clavó la mirada con un asco patente.

«Oh, por favor», pensé, «delante de los niños no». Tenía el dinero preparado, cuanto más rápida fuera la transacción, mejor.

Volvió con la comida y las bebidas en una bandeja de cartón.

—Serán nueve dólares con ochenta, señor —sonrió con guasa.

Tiré un billete de diez dólares sobre el mostrador y cogí la bandeja.

—Quédese con el cambio, señora —le contesté—. Vamos, chicos. ¿Queréis comer en un banco en el parque de ahí fuera? —A Scotty le pareció bien; Kim no parecía tan segura.

Limpié de nieve un banco.

—¿Por qué le has llamado «señora»? —preguntó Kim.

—Estaba siendo desagradable conmigo —contesté encogiéndome de hombros.

No se dio por vencida.

—¿No le caías bien? —Yo negué con la cabeza—. ¿Por qué no? ¿Cómo sabe que no le caes bien?

—No lo sé —le contesté—. ¿No te encuentras a veces con matones en el colegio que son malos contigo sin ninguna razón?

Asintió.

—¿Por qué te ha llamado «señor»? ¿No sabe que eres una chica?

Suspiré y dejé mi perrito caliente en la bandeja de cartón. El último trozo que había mordido se me había quedado atravesado en la garganta. Bebí un poco de chocolate caliente antes de contestar.

—Sí que sabía que soy una chica. Se estaba metiendo conmigo porque soy diferente. —Me adelanté a su siguiente pregunta—. No me parezco a tu mamá. Soy distinta a casi todas las demás chicas. A algunas personas no les gusta eso, no creen que esté bien.

Kim frunció el ceño.

—¿Y entonces por qué no te pones vestidos y te dejas el pelo largo, como las otras chicas?

—¿No te gusto tal y como soy? —pregunté sonriendo.

Scotty alzó la mirada hacia mí y me devolvió la sonrisa. Le limpié el ketchup de la nariz con mi guante.

—No quiero cambiar —le respondí a Kim—. Creo que las chicas y los chicos deberían poder ser como quieran sin que nadie les moleste.

Se arrodilló en el banco frente a mí. Se quitó los guantes y me acarició las mejillas. Me pregunté si podía notar la barba creciendo.

—¿Qué ves? —le pregunté. Se encogió de hombros y se puso los guantes de nuevo.

—¿Sabes qué te vamos a regalar por Navidad? ¡Una radio! —me dijo Scotty emocionado.

—¡Scotty! —Kim alzó la voz enfadada—. Se supone que no debías decírselo. Lo has estropeado todo. —Los ojos de Scotty se llenaron de lágrimas.

—No pasa nada. —Le abracé—. No pasa nada. Escuchad, tíos; quiero decir, niños. Tengo algo que deciros.

Kim se sentó con gesto grave, como si hubiera estado esperando algo así. Les pasé los brazos por encima.

—Tengo que irme antes de Navidades. Necesito encontrar trabajo.

Se hizo un silencio largo. Scotty me abrazó y lloró.

—¡No! ¡No te vayas! —me pidió—. Por favor. Seré bueno. Por favor, no te marches.

Le di un beso en el pompón de su gorro de lana.

—No, Scotty, no eres malo. Ambos sois muy muy buenos. No es tu culpa que me vaya. Os quiero mucho a los dos. Es solo que necesito trabajo.

Kim se sentó con las manos en el regazo, mirando fijamente al frente.

—Os quiero mucho —les dije de nuevo—. De verdad, os voy a echar de menos.

—¿Entonces por qué te marchas? —la voz de Kim temblaba de rabia—. ¿Por qué no buscas trabajo aquí?

Necesitaba una explicación más profunda.

—Kim, para mí no es seguro estar aquí porque soy diferente. —Su rostro se suavizó, lo que hizo que se le saltaran las lágrimas—. Me voy a un sitio en el que pueda estar a salvo.

—¿Puedo ir contigo? —me preguntó.

Atraje a Scotty hacia mí y extendí el brazo hacia Kim. No se acercó, pero vi que quería hacerlo.

—En realidad no me voy a ningún sitio. —Me pregunté cuánto estaría permitido contarle a un niño según las leyes no escritas—. Imagínate que me estás buscando en una habitación. Miras en todas partes: en el armario, debajo de la cama, detrás de la puerta... Pero no estoy.

Scotty alzó los ojos.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Estoy en un sitio a salvo, donde nadie buscaría. Estoy arriba, cerca del techo. Imagínate que me estás buscando aquí, detrás de los árboles, bajo los bancos, tras la jaula del elefante. ¿Dónde estaría a salvo?

Ambos niños se miraron y movieron la cabeza.

—Arriba, en el cielo, donde sopla el viento —les dije—. Estaría a salvo en el cielo, donde nadie pudiera verme. Pero todavía estaré por aquí. Todavía estaré cuidándoos.

Scotty se limpió las lágrimas con los mitones.

—Cuando me convierta en viento podré estar contigo en el cielo.

Asentí y le acerqué más a mí. Las lágrimas cayeron hasta la barbi-
lla de Kim, pero su expresión era tranquila.

—¿Podrás volver a visitarnos?

Reflexioné antes de contestar.

—Nos veremos de nuevo, pero no durante un tiempo. No hasta que sea seguro para mí volver. —Señalé las águilas reales que teníamos al lado—. ¿Sabéis? No quedan muchas águilas. Su comida está envenenada con químicos y a veces la gente les dispara. ¿Sabéis qué hicieron las águilas? —Ambos negaron con la cabeza—. Volaron muy alto, hacia las montañas, por encima de las nubes. Se quedaron allí arriba y vuelan dando vueltas en el viento hasta que es seguro bajar a hacer una visita.

Kim se arrodilló en el banco y puso los guantes en mis mejillas. Estaban fríos y mojados por la nieve.

—Por favor, llévame contigo —susurró.

Me ardían los ojos de contener las lágrimas.

—Tengo que ir a esconderme sola, Kim. Y tu mamá te quiere mucho. Ella también te necesita. Crece de la mejor manera que puedas, Kim. Volveré a verte, lo prometo.

Caía tanta nieve que casi nos cubrió por completo en el banco. Me levanté y me sacudí. Besé la nariz congelada de Sotty antes de volver a cubrirle la cara con la bufanda. Esperé, con una rodilla en tierra, a que Kim viniera hacia mí. Se tiró a mis brazos con tanta fuerza que casi nos caemos las dos.

Al acercarnos a las águilas, Kim se adelantó corriendo. Se detuvo a mirarlas.

—¿Son felices ahí dentro? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—Serían más felices ahí arriba. —Miré al cielo. Los copos de nieve caían sobre mis pestañas y mis mejillas.

—¿Podemos hacer ahora los ángeles de nieve? —preguntó Scotty.

Dije que sí. Scotty y Kim se tiraron de espaldas sobre la nieve y movieron los brazos y las piernas.

—Mírame, mírame —gritaban.

Hice una bola de nieve y la hice rodar hasta que fue tan grande como un bloque de granito.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kim. Se acercaron.

—Estoy haciendo una muñeca de nieve —le contesté.

Kim hizo una mueca.

—No es una muñeca de nieve, es un muñeco de nieve —dijo enfurruñada.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté—. Aún no la has visto.

Scotty empezó a darle forma a un puñado de nieve.

—¿Puedo ayudarte a hacerla? —preguntó. Asentí y empecé a hacer una bola de buen tamaño para él.

Kim dio una patada al suelo.

—No existen las muñecas de nieve. Son muñecos de nieve.

Puse la bola de nieve pequeña que había hecho Scotty encima de la primera.

—Ayudadme a hacer la cabeza —les pedí a ambos.

Kim sollozó, en pleno berrinche. Le acaricié los hombros.

—¿Estás enfadada de verdad? —Ella asintió y lloró. Le limpié la nariz llena de mocos.

—No pasa nada —dijo Scotty suavemente—. Puede ser una muñeco de nieve, ¿verdad?

Yo asentí.

—Ayúdanos a hacer la cabeza, ¿vale? —Kim se sorbió los mocos y consintió. Hicimos la cabeza con una bola y la pusimos en su

sitio. Rebusqué bajo la nieve para conseguir unas piedras, que utilizamos para hacer la boca, la nariz y los ojos.

—Necesita una bufanda, ¿no? —pregunté.

Asintieron. Me quité la bufanda y se la puse alrededor del cuello. Saqué un paquete de cigarrillos.

—¡No! —gritaron al unísono—. ¡No fumes!

—Bueno, no tengo pipa para el muñeco de nieve. ¿Le pongo un cigarrillo en la boca?

—¡No! —chillaron—. ¡No fuma! ¡Es inteligente!

Me eché a reír.

—Vale, vale. Pero hemos hecho un muñeco de nieve bastante guay, ¿no?

Scotty asintió y se desplomó en el suelo.

—¡Mira cómo hago un ángel de nieve! —Batió con fuerza los brazos y las piernas.

—¿Estás bien? —le pregunté a Kim.

Asintió. Le enrollé la bufanda alrededor del cuello.

—Siento haberte enfadado. Solo estaba bromeando.

Se encogió de hombros.

—Está bien.

—Lo siento de todas formas —dije.

—No —me aclaró—, quiero decir que está bien que sea una muñeca de nieve.

Sonreí.

—¿Qué tal si decidimos que es una persona de nieve, y que nos gusta tal y como él o ella es? —Kim asintió, sin sonreír.

Durante el largo camino de vuelta a casa, miró en silencio por la ventanilla.

—¿Han comido? —quiso saber Gloria. Asentí con la cabeza—. Hora del baño —les dijo.

—Ay, mamá, estamos reventados —dijo Scotty.

Gloria se rio.

—Vale, listillo. Pero mañana por la noche os bañáis los dos, y no quiero escuchar ni una queja.

Scotty sonreía, radiante por el triunfo.

—¿Nos puede acostar Jess? —preguntó. Gloria me miró. Yo asentí.

Scotty y Kim se pusieron los pijamas y le dieron a Gloria un beso de buenas noches. Arropé primero a uno y luego a la otra con sus mantas.

—Tienes que leernos la historia de cuando éramos pequeños —me indicó Scotty. Cogí el libro de la mesilla.

Kim señaló el marcapáginas.

—Ahí es donde se quedó mamá —dijo.

Empecé a leer, en voz baja y tranquila:

¿Dónde voy? No lo sé bien.

Scotty bostezó. Le besé el pelo sudoroso. Un móvil giraba lentamente sobre nuestras cabezas, arrojando las sombras de los barcos que se movían sobre las paredes.

Si fueras un pájaro y vivieras en las alturas,

Se me escapó un gallo, como si fuera un adolescente, y luego mi voz se hizo un poco más grave mientras leía. Las hormonas estaban empezando a funcionar.

le dirías al viento mientras te lleva de un lado a otro:

«¡Hoy quiero ir allí!».

Kim me miraba fijamente. Tenía una expresión tranquila y triste.

—No te voy a volver a ver nunca, ¿verdad? —preguntó.

Fui hasta su cama y le besé la frente.

—Volveré cuando sea seguro. Me volverás a ver, lo prometo. Te quiero, Kim. Ahora a dormir.

Suspiró y se tapó con las mantas hasta la barbilla. Continué leyendo hasta que su respiración se volvió pesada y rítmica.

¿Qué importa dónde vaya la gente?

A cualquier parte, adonde sea. No lo sé.

15

Fue una mañana de abril cuando todo pareció cambiar de golpe. Los pájaros trinaban con fuerza fuera de mi ventana mientras amanecía. Rodé perezosamente por la cama. Las sábanas estaban frías, el aire tenía un olor dulzón.

Cogí un cigarrillo, pero la idea me dio asco. En su lugar decidí darme una larga ducha. Mientras me lavaba los dientes eché un vistazo al espejo, pero tuve que mirar una segunda vez. Una barba incipiente me cubría las mejillas. Tenía la cara más delgada y más angulosa. Me quité la camiseta y los calzoncillos. Mi cuerpo estaba esbelto y firme. Las caderas habían desaparecido. En los muslos y los brazos podía ver músculos que no sabía que tenía. ¿Las hormonas estaban haciendo que creciesen o solo mostraban lo que antes no se veía?

Aquel era casi el cuerpo que esperaba tener antes de que la pubertad lo confundiera todo. Casi.

Me acordé de las chicas del instituto que se quejaban de tener los pechos pequeños. Yo las envidiaba por estar planas. Ahora lo tenía al alcance de la mano. Había ahorrado dieciséis mil dólares durante todo el invierno para hacerme una mastectomía.

Me di una ducha caliente llena de jabón, disfrutando de la sensación de las manos sobre la piel. Había pasado mucho tiempo sin sentirme bien con mi cuerpo. Eso estaba a punto de cambiar.

Mientras me peinaba frente al espejo, me di cuenta de que podía ir al barbero. Manteníamos perfectos nuestros cortes de pelo, con dos centímetros y medio de longitud a cada lado, en las cocinas de las amigas que sabían algo de peluquería.

Aquel invierno le había comprado una vieja moto Triumph a un tío del trabajo. La saqué del garaje, le puse un cuarto de aceite nuevo y atravesé toda la ciudad hasta llegar a una barbería en un barrio al que no tendría que volver si las cosas salían mal.

El barbero me sonrió.

—Estaré con usted en un minuto, señor.

Intenté esconder mi excitación hojeando un ejemplar de *Popular Mechanics*. Nunca me había atrevido a entrar en el territorio de los hombres de esa manera.

El barbero sacudió una gran tela roja en el aire.

—¿Señor? —me llamó para que me sentase en la silla. Me cubrió con la tela roja y la ajustó alrededor del cuello—. ¿El mismo corte?

Me miré en el espejo.

—Bueno, quizá algo diferente. Creo que es hora de un cambio.

El barbero sonrió.

—Eso depende de usted.

—No sé, algo que quede pulcro.

Me alisó el pelo y frunció los labios.

—¿Qué tal un corte de estilo militar?

—¡Sí! Eso sí que sería un cambio.

La maquinilla eléctrica zumbó en la parte superior de mi tupé, de atrás adelante. Los mechones de pelo me caían por la nariz. El barbero los quitó con un cepillo de cerdas suaves. Cortó y repasó el pelo hasta que consiguió un corte militar perfectamente simétrico. Me cepilló a fondo. Hice el gesto de levantarme.

—Todavía no —dijo.

Me cubrió las patillas y la parte inferior de la nuca con crema de afeitar y trazó una línea recta con la cuchilla. Limpió con una toalla los restos de crema de la nuca. Cuando creía que había acabado, se echó un poco de loción de afeitado en las manos y me frotó las mejillas. Echó polvos de talco en el cepillo y me lo pasó por la nuca. Con un gesto rápido, quitó la tela roja que me cubría y me dio un espejo para que pudiese verme la parte posterior de la cabeza.

—¿Cómo lo ve, amigo?

Esta vez no intenté ocultar mi excitación. Por fin tenía passing.

Era el momento de la prueba más importante de todas: entrar al baño de hombres. Di una vuelta por unos grandes almacenes hasta que no aguanté más. Caminé hasta los lavabos. ¿Qué podría pasar si entraba? Tenía que averiguarlo tarde o temprano. Empujé la puerta. Había dos hombres en los urinarios de pared. Me echaron un vistazo y miraron hacia otro lado. No pasó nada. Encontré un baño vacío y eché el pestillo.

Todavía podrían verme los pies si miraban. ¿Los hombres se sentaban para mear alguna vez? Tiré de la cadena para cubrir el sonido. Inmediatamente noté algo húmedo y frío en el culo y los muslos. El váter se estaba desbordando. Di un salto pero era tarde, tenía los Levi's empapados. Me abroché los botones del pantalón y salí corriendo del baño. Me abrí paso entre la riada de compradores y volví a la Triumph.

Todo lo que quería era llegar a casa, quitarme los pantalones y deshacerme del sentimiento de estupidez. Me senté en la moto y pensé en lo que había pasado. En realidad no había estado tan mal. Ahora sabía que era mejor no tirar de la cadena sin fijarse si subía el nivel del agua. Pero volví al momento en el que entré en el baño de hombres. No habían notado nada.

Podía ir al lavabo donde y cuando lo necesitara sin sentir presión o vergüenza. Era un alivio enorme.



Al principio todo fue muy divertido. El mundo dejó de parecerme un pozo del que tenía que salir. Pero enseguida descubrí que el passing no significaba poder desplazarse bajo la superficie, sino más bien ser enterrada viva. Por dentro seguía siendo yo, atrapada con todas mis heridas y miedos. Pero por fuera ya no.

Recuerdo la mañana en que dejé el trabajo en la fábrica de macarrones justo antes del amanecer. Estaba caminando por Elmwood hacia el lugar donde tenía la moto. Una mujer que caminaba por delante de mí me miró por encima del hombro con nerviosismo. Frené el paso mientras ella cruzaba la calle y se marchaba caminando deprisa. Tenía miedo de mí. Ahí es donde empecé a entender que el passing lo cambiaba casi todo.

Hubo dos cosas que no cambiaron: todavía tenía que trabajar para vivir y todavía vivía con miedo, solo que ahora tenía un terror constante a que me descubriesen. Nunca me había dado cuenta de lo pequeño que podía ser Búfalo.

—¿A qué instituto fuiste? —me preguntó Eddie cuando acabamos de descargar cajas de un camión.

¿Debía mentir o decir la verdad?

—Bennet —contesté con sinceridad.

—¿Estás de coña? ¿Cuándo te graduaste?

Intenté encontrar algo que responder. Había mentido en la solicitud de empleo para ese puesto en la recepción de camiones. Había dicho que tenía el graduado escolar.

—Me cambiaron en el tercer año.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—No lo sé. En el sesenta y cinco supongo.

—¿Estás de coña? Mi cuñado iba al Bennet por esas mismas fechas. Se llama Bobby, jugaba al fútbol americano ¿Lo conoces?

Bobby el violador. Apreté los puños y la mandíbula.

—Nah, no creo.

Eddie asintió.

—No te perdiste nada. Puede ser un verdadero gilipollas, la verdad. ¿Estás bien?

—Sí, solo un poco mareado, eso es todo.

—Siéntate un minuto —dijo Eddie.

—Oye, Eddie, voy a acercarme al almacén a por algo. —Me fui de allí. Simplemente continué andando, cada vez más rápido. Estaba huyendo de mi propio pasado.

Supongo que podría haberme marchado de la ciudad, pero tenía la sensación de estar al borde de un precipicio. Así que me quedé. Sin embargo, en público siempre tenía que estar mirando por encima del hombro, con miedo de encontrarme con alguien que me hubiera conocido como mujer. A veces ellos me veían a mí primero, como aquella vez que Gloria y los niños estaban comprando en el centro. Yo estaba en el pasillo de al lado, en el departamento de hombres. Gloria me reconoció unos instantes antes de que yo la viese. Se quedó con la boca abierta. Cogió a Kim y Scotty de las manos e intentó llevárselos a rastras. Scotty se asustó y empezó a llorar. Kim me llamó por mi nombre.

—¡Jess! ¡Es Jess!

Me acerqué a Gloria y le puse una mano en el hombro. Se echó para atrás horrorizada y abrazó a Scotty y Kim como si los estuviese protegiendo del Conde Drácula.

—Gloria, por Dios, solo estoy intentando sobrevivir, ¿sabes? No es para tanto.

—Aléjate de mí. ¿Qué has hecho? —me preguntó con una voz extraña y grave—. ¿Qué estás haciendo?

—Intentado vivir. Dame un respiro, ¿vale?

Kim se acercó a mí, pero Gloria la agarró de la mano y la apretó.

—Vamos, Kim, Scotty —dijo, tirando de ellos hacia la puerta—. Estás enferma, ¿lo sabes? Necesitas ayuda.

Levanté las palmas de las manos en un gesto de exasperación.

—Gloria —la gente de alrededor se paró a mirar.

Kim se soltó y corrió a toda prisa hacia mí. La cogí entre los brazos y la abracé con fuerza.

—¿Todavía me quieres? —susurró.

La besé en la nariz.

—Más que nunca. —La dejé de nuevo en el suelo y corrió hacia Gloria.

—¿Una ex? —me preguntó un vendedor.

—¿Eh?

—¿Exnovia? —señaló con la barbilla hacia la puerta.

—Sí, una ex —contesté.



Conseguí trabajo estable en una imprenta como aprendiz de mecánico. El tío que me entrevistó me miró de arriba abajo varias veces. Noté cómo se me ponían rojas las mejillas.

—Pareces un buen muchacho —concluyó.

Solo un poco antes le habría parecido un monstruo.

Tener trabajo era una buena noticia. Pero no había mucho más que hacer, ni nadie con quien hacerlo. Esa era la mala noticia. Mi mayor pasatiempo era salir con la moto. Decidí comprarme una realmente bonita. Una mañana de sábado, conduje temprano al West Side para echar un vistazo a una Harley Sportser que había visto anunciada en el periódico. «Pregunta por Mike», decía el anuncio.

—¿Sabes algo de motos? —me preguntó Mike. Nos agachamos junto a ella en la calzada.

Dije que sí, pero me sentí como si estuviese mintiendo. Es curioso, un tío se pilla una minimoto Honda 50 y ya habla como si fuese un experto. Una mujer puede conducir una Harley enorme toda su

vida y seguirá sintiendo que es una impostora cuando acabe la conversación. Me dijo que adoraba esa moto, y por la forma en que la tocaba, estaba claro que era verdad. Dijo que odiaba venderla, pero que se había enamorado de una mujer que le había hecho elegir entre ella o la moto. Había tomado la decisión correcta.

Le di a Mike un fajo de billetes y aceleré el motor.

—Llévatela a Canadá —sugirió—. Vas a estar cruzando el puente Peace en diez minutos y luego puedes darle duro en esas carreteras. —Me puse el casco, me despedí con la mano y me marché.

Me paré donde Ted para pillar un perrito caliente gigante. Me senté fuera, en una mesa de picnic, rodeada de gaviotas que esperaban impacientes a que dejase algo de pan.

Podía ver la fila de coches en el puente. ¿Cuántos centenares de veces había tenido que pasar a Canadá por allí? Pero el passing de hombre significaba que no podía cruzar el puente porque no tenía tarjeta de reclutamiento.

La guerra de Vietnam acababa de terminar oficialmente. Me parecía increíble que la gente de ese pequeño país hubiese derrotado a un adversario tan monstruoso. Quizá todas esas manifestaciones a las que había ido Theresa habían ayudado. Se esperaba que el presidente Ford indultara a los insumisos, así que finalmente podrían volver a casa.

Pero yo seguía sin poder cruzar la frontera. No tenía un documento de identificación válido en caso de que me pararan en la aduana. Abrí la cartera y miré mi documentación. Certificado de nacimiento, carné de conducir. Todos decían claramente que yo era una mujer. ¿Cómo podría conseguir documentación masculina? Para conseguir documentación había que tener documentación. Ni siquiera podía abrir una cuenta corriente sin algún tipo de identificación. Una tarjeta de crédito era imposible. Me sentía como si no existiese. Probablemente incluso los delincuentes tenían más papeles que yo.

Di la vuelta al carné de conducir y miré la fecha de expiración: julio de 1976. Todavía quedaban catorce meses para que caducase. ¿Cómo podía conseguir que al renovarlo apareciese sexo masculino en lugar de femenino? ¿Qué podía pasarme si me paraba una patrulla en una carretera solitaria de noche y les daba ese carné? Pero ¿qué me pasaría si me pillaban conduciendo sin carné? Cualquiera opción era una pesadilla. Y sin embargo era imposible trabajar o vivir en Búfalo sin un medio de transporte.

Miré al otro lado del río Niágara, deseando darle caña a la Harley en esas carreteras que conocía tan bien. Un sentimiento de claustrofobia me dio de lleno. Incluso ahora que mi mundo se estaba expandiendo, yo me seguía ahogando.



La barba me crecía de todos los colores, era rubia pero tenía mechones castaños, pelirrojos y blancos. En el páramo que era mi vida, la barba era un arbusto en el que esconderse. Casi nadie parecía reconocerme cuando iba a un lugar público.

Odiaba mis pechos más que nunca. Los músculos se habían distendido de vendarlos todos los días y me dolían. Pero finalmente había conseguido ahorrar veinte mil dólares. Llamé al cirujano que me había recomendado el doctor Monroe. Le dije que quería tener el pecho plano.

—Sí, sí —dijo—. Reducción de pecho.

—¿Va a doler mucho? ¿Voy a tener que dejar de trabajar mucho tiempo?

—No —me dijo—. No es una mastectomía completa. Hacemos una incisión y quitamos parte del tejido graso. Aunque estarás incómodo, deberías volver al trabajo en una o dos semanas. —Noté un ligero mareo, pero todas las descripciones de operaciones me hacían sentir así—. ¿Tienes el dinero? —preguntó.

Lo tenía. Estaba preparada. Me dieron hora para la operación y dejé el trabajo el martes diciendo que me encontraba mal.

El martes por la noche me tumbé en la cama y miré al techo. Estaba nerviosa, pero no asustada. Me emocionaba la idea de volver a sentirme bien con mi cuerpo otra vez. Ojalá Theresa hubiera podido llegar hasta aquí conmigo. ¿Por qué no podía haber tenido una noche para hacer el amor con ella sintiéndome bien con mi cuerpo? Theresa. Una vez que me vino a la cabeza su recuerdo, era imposible sacarlo. Di muchas vueltas en la cama.

Fuese a donde fuese, sabía que estaba sola en ese camino.

A la mañana siguiente llegué al hospital antes de la hora para rellenar los formularios.

—¿Con quién tiene la cita? —me preguntó la enfermera de admisiones.

—Con el doctor Constanza.

Su expresión se enfrió.

—Un momento, por favor.

Volvió cinco minutos más tarde. El médico no estaba. No parecía que tuviese citas. Pero me dijo que fuese al mostrador de enfermería en la sexta planta.

Allí había tres enfermeras.

—Tengo una cita para una operación con el doctor Constanza.

Las enfermeras se miraron entre ellas. Una suspiró.

—No hay ninguna sala preparada para usted. Tendrá que prepararse solo en el baño.

—No entiendo lo que quiere decir —dudé.

—Un minuto —dijo. Volvió con una bata de hospital, una maquinilla de afeitar y Betadine—. Aféitese las axilas, el pelo del pecho y el vello púbico con esto y después póngase la bata.

—¿El vello púbico?

Frunció el ceño.

—Es el procedimiento.

Esperaba que no me hiciesen la operación equivocada. Pensé que tendría tiempo de consultarlo con alguien antes de que comenzase la cirugía.

—No entre ahí —gritó una de las enfermeras mientras me dirigía al baño de hombres.

—No, ahí tampoco —gritó otra.

Me quedé quieta. Encontraron una sala para mí. Me lavé con Betadine y me rasuré las axilas por primera vez en muchos años. Cuando me creció el pelo en las axilas por primera vez, mi madre insistió en que me lo depilase regularmente. Esta sería la última vez.

Mientras me afeitaba la barba me prometí cuidar bien de mí misma. Y me juré que, pasase lo que pasase, no dejaría que se me fuese la cabeza.

Me senté en una silla mientras esperaba la operación. Dos enfermeras hablaban en alto en el mostrador que había fuera. Dijeron que habría que pagar un ojo de la cara cuando el laboratorio de patología recibiese el tejido sano. Que antes o después todo aquello explotaría y habría problemas.

Una enfermera entró en la habitación, sonrió y bajó la cabeza con timidez. Señaló una camilla en el pasillo.

—¿No puedo ir andando? —le pregunté. Negó con la cabeza.

Me tumbé en la camilla y la empujó por el pasillo. Todo lo que podía ver eran los techos. Unas luces enormes aparecieron sobre mi cabeza. Estaba en el quirófano. Encima de mí había unos rostros cubiertos con mascarillas. Esperaba que no fueran demasiado hostiles.

—¿Quién de ustedes es el doctor Constanza?

Uno de ellos contestó.

—Está de vacaciones. No se preocupe —empecé a protestar pero noté un pinchazo en el brazo y la habitación comenzó a desvanecerse.

Cuando me desperté, todo estaba borroso. No podía enfocar la vista. El hombre que estaba en la cama de enfrente me observaba. Las enfermeras me miraban desde la entrada. Luchaba por estar consciente.

Un sacerdote entró en la habitación.

—¿Dónde está? —miró alrededor suyo.

—¿Quién? —pregunté. La habitación me daba vueltas.

El sacerdote se acercó a la cama.

—Hay un alma perdida que necesita mi ayuda —susurró.

—Acaban de sacarla al pasillo, padre —dije, señalando hacia allí—. Si se da prisa, puede alcanzarla.

Volvió una de las enfermeras.

—Mira —dijo—. No sé de qué va esto. Pero puedo decirte que este hospital es para personas enfermas. Habéis llegado a algún arreglo bajo cuerda con Constanza, eso es asunto vuestro. Pero esta cama y nuestro tiempo es para gente enferma.

¿Cuánto tiempo me iban a dar para recuperarme? ¿Una hora? ¿Dos? No quería estar allí ni un minuto más. Quería volver a la seguridad de mi casa. Saqué las piernas de la cama y probé a apoyarme en ellas. Una vez que me sentí estable, me vestí con cuidado.

El ascensor tardó una eternidad. Entré y pulsé el botón que llevaba al vestíbulo. La enfermera joven que me había llevado al quirófano impidió que se cerrase la puerta del ascensor y me puso algo entre las manos. Eran cuatro pastillas de un analgésico llamado Darvon envueltas en papel absorbente.

—Lo siento —susurró.

Tuve que andar bastante del autobús a casa. Cuando por fin llegué, metí la llave en la cerradura, pero recordé que había que empujar la puerta mientras girabas la llave. Cuando conseguí empujar lo suficientemente fuerte para girarla, me había hecho un poco de daño. Pero estaba en casa.

Me tumbé en la cama. Lo último que recuerdo es que me pregunté qué día sería.

Cuando me desperté no sabía dónde estaba. Un dolor horrible me atravesaba el pecho. Me levanté con cuidado. Cuando abrí la puerta del armario, me vi reflejada en el espejo de cuerpo entero que había en el interior. Por cómo me había crecido la barba, debía de haber dormido varios días. Tenía el pecho vendado. Me pregunté por qué tenía que ser todo tan duro.

Llegué a trompicones hasta la cocina y me bebí una Pepsi del tirón. Encontré una ración de pizza pepperoni fría y un trozo de tarta de chocolate en la nevera. El desayuno que habría soñado de niña.

Llamé a casa de Edwin. «Lo sentimos», escuché la grabación conmovida, «pero el número que ha marcado no existe». Llamé a casa de su hermana.

—Se pegó un tiro hace unas semanas —me dijo la hermana de Edwin con la voz temblorosa.

Colgué el teléfono después de despedirme, intentando no perturbar el recuerdo de Ed.

—Edwin, Ed —susurré, mientras imaginaba que estaba tumbada entre mis brazos y que podría despertarla.

Volví a la cama y perdí el conocimiento. Cuando me desperté, tuve la esperanza de que la muerte de Edwin fuese solo un sueño. Llamé al encargado.

—¿Dónde coño has estado, chico? —gritó.

—He estado enfermo. Muy enfermo.

—¿Tienes un justificante del médico?

Me quedé callada y pensé durante unos instantes.

—No —dije.

—Estás despedido —gruñó, y colgó el teléfono.

Dormí a ratos durante varios días. Me despertaba con un dolor persistente, pero era emocional, no consecuencia de la operación. Me cambié las vendas en el baño. Dos cicatrices quirúrgicas me cruzaban el pecho. Con las marcas de los puntos parecían vías de

tren. Después de algo más de una semana, parecía que estaban curándose bastante bien. Me puse una camiseta blanca limpia.

Algo me empujó a ir a la cocina a coger una cerveza. Mientras la abría, localicé el origen del dolor: el suicidio de Edwin. No podía ser verdad que Ed ya no fuese a existir nunca más. ¿Cómo era posible que se hubiese ido? ¿No me había dado cuenta de que estaba sufriendo así por dentro? Recordé que me dijo que había marcado una página en el libro que me dio que resumía a lo que tenía que enfrentarse cada día. Me lancé a por los libros de la estantería, pero no pude encontrarlo. Finalmente descubrí que estaba en una caja en el armario de la entrada y me senté en el suelo para buscar la página. La había marcado con bolígrafo azul:

Es una sensación peculiar, esta doble conciencia, esta sensación de estar siempre mirándose a uno mismo a través de los ojos de los demás [...] dos almas, dos pensamientos, dos esfuerzos irreconciliables; dos ideales en guerra en un solo cuerpo oscuro, cuya obstinada fuerza es lo único que evita que se rompa en pedazos.

Miré la dedicatoria, la forma en que había puntuado la «i» de su nombre con un corazón. El dolor se extendió por mi cuerpo como un incendio alimentado por el viento.

—Ed —grité en voz alta—, por favor, vuelve. Dame otra oportunidad de entenderlo. Seré mejor amiga si vuelves.

Silencio.

Una cerveza siguió a otra, me emborraché bastante. Y después me rompí y lloré por la pérdida de Edwin, salieron todas las lágrimas que había estado reprimiendo desde que perdí a Theresa.

Fui a dar una vuelta y acabé en un autobús que iba al parque de atracciones. Quería conseguir uno de esos osos de peluche enormes que le encantaban a Theresa. Pensé que antes necesitaba más cerveza. Las dos mujeres jóvenes que estaban en el mostrador del puesto susurraban y se reían nerviosamente a medida que me iba acercando.

—¿Puedo ayudarle, señor? —me preguntó la mujer de pelo oscuro.

—Una cerveza —saqué la cartera.

La pelirroja le dio un empujón y soltó una risilla.

—Díselo.

—¿Decirme qué? —pregunté.

—Cree que eres mono.

La morena le dio un pequeño golpe.

—No es verdad. Es imbécil.

Me puse roja. Me marché del puesto sin la cerveza. Se apoderó de mí una rabia inmensa. ¿Por qué estaba tan enfadada? Era esto lo que quería, ¿no? Poder ser quien era y vivir sin miedo. Era solo que no lo veía justo. Durante toda mi vida me habían dicho que todo lo que tenía que ver conmigo era pervertido y enfermizo. Pero si era un hombre, era «mono». Tenía la sensación de que mi aceptación como hombre implicaba un ataque contra mi yo marimacho.

Me obsesioné con ganar un oso para Theresa. Mientras lanzaba las pelotas de béisbol contra los muñecos de la balda, sentí algunos de los puntos del pecho, pero me dio igual. Lanzaba como una posea. Seguí poniendo dinero en el mostrador y el hombre siguió cogiéndolo. Empezó a arremolinarse gente alrededor de mí. Los premios que ganaba eran cada vez mayores, pero parecía que no era capaz de tirar una pareja de muñecos.

—Lo siento, amigo —me dijo el hombre que estaba detrás del mostrador. Tenía un cigarrillo entre los dientes.

Le puse cinco dólares en la mano.

—Mira —dije en voz alta—. Coge mi dinero y no le enseño a esta gente de aquí cuáles de los muñecos tienen un peso detrás para no caerse.

Se giró y me dio un oso rosa gigante.

—Quiero el azul —dije.

—Que te jodan —murmuró, pero lo cambió.

Aquella noche, mientras subía las escaleras de casa de Theresa me sentía contenta y nerviosa. Cuando llamé, ya estaba aterrorizada. Abrió la puerta una soft butch³⁵ bastante joven. Me quedé allí parada con aquel oso azul enorme en los brazos. Llamó a Theresa.

Salió a hablar conmigo, pero dejó la puerta entreabierta.

—¿Cómo estás? —le pregunté. Se encogió de hombros. Hice un gesto con la barbilla hacia la puerta—. ¿Esa butch es la que se encarga de la limpieza? —Era un comentario cruel. Me alegré de que no contestara. Hubo un largo silencio, después se dio media vuelta para irse.

Dije el nombre de Edwin en alto y las lágrimas empezaron a caerme por las mejillas. Theresa se giró y me abrazó. Lo sabía. Lo entendía. Me sostuvo mientras me ahogaba en mis propias lágrimas. Di un sorbido y me quedé mirándome las botas. Observó mi cara. También estaba llorando. Tocó la barba de mi mentón con la yema de los dedos. No supe lo que estaba pensando, nunca lo había sabido. Era hora de marcharme.

—¿Estás trabajando? —le pregunté.

—Algo —dijo.

Me tocó de nuevo el mentón y se giró para entrar.

—Theresa —la llamé. Me miró—. ¿Ella también se sienta entre los surcos del huerto?

—No, Jess. Solo estás tú.

Cogí el oso que había dejado en el suelo y se lo di. Ella sonrió con tristeza y negó con la cabeza. Después cerró la puerta, se había ido.

Caminé un par de calles hasta el supermercado y me quedé de pie frente a las puertas automáticas. Después de un rato apareció un niño pequeño, agarrado de la mano de su madre. Se quedó mirando el oso mientras caminaban hacia mí y lo siguió haciendo cuando pasaron a mi lado. Su madre tiró de él antes de girarse para ver lo que estaba mirando.

35. Butch con una masculinidad no muy marcada.

—¿Te parece bien? —le pregunté, señalando el oso con la cabeza. Ella pareció sorprendida, pero asintió. Se lo di al niño—. Cuídalo bien, ¿vale?

Asintió. Sus brazos apenas podían rodear el animal de peluche. Su madre le dio un suave empujón en el hombro.

—Dale las gracias a este hombre tan simpático.

16

El sol acababa de asomarse por el horizonte. El aliento se me congelaba en la barba. Me subí con desgana al autobús de la agencia de trabajo temporal.

—Ey, Jesse. —Ben se sentó a mi lado y me tendió una mano enorme y llena de callos, como hacía todas las mañanas. Podría haber hecho pedazos la mía, pero la firmeza con que me apretaba la mano siempre me recordaba su amabilidad. Miré a ese hombre enorme con pinta de oso y sonreí, contenta de verle.

El frío cortante no parecía afectarle. Recordé el motivo cuando sacó una petaca plateada del bolsillo del abrigo. Me ofreció primero a mí. Di un trago largo y tosí mientras se la devolvía.

—Wild Turkey —sonrió—. Me gusta darle un trago por la mañana para ponerme en marcha. —En realidad Ben bebía durante todo el día.

Estábamos aparcados cerca de una cafetería. Desde mi asiento podía ver a través del cristal. Annie, la camarera en la que me había fijado, servía café y bromeaba con el hombre que estaba en la barra. Me sacudió un fuerte sentimiento de nostalgia, casi hizo que se me saltasen las lágrimas.

—¿Te gustaría probarla? —le preguntó a su amigo el tío que estaba en el asiento de delante.

Ben miró mi gesto de asco.

—Eh, cierra la boca —le dijo.

El hombre nos miró por encima del asiento.

—¿A ti qué más te da?

—Estás hablando de mi hermana. —Ben le fulminó con la mirada.

—Vaya, lo siento —dijo el tío. Me miró y entrecerró los ojos—. ¿No te conozco de algo?

—¿Alguna vez has estado trabajando en Texas? —le pregunté. Negó con la cabeza—. Entonces no me conoces —le dije.

El autobús se puso en marcha. Nos dirigíamos a una fábrica en Tonawanda. La agencia nos había prometido trabajo estable con la posibilidad de un contrato fijo. Ben y yo íbamos cómodos en nuestro silencio. Cuando subió el nivel de ruido del autobús, le susurré:

—¿Annie es tu hermana de verdad? —Él sonrió y me guiñó un ojo.

—¿Has estado trabajando en Texas? —me preguntó. Sonreí y le devolví el guiño.

Cuando nos acercamos a la fábrica vi que unos piquetes habían cortado la entrada con vallas. Entonces lo entendí: nos habían contratado para romper la huelga.

—¡Esquiroles! —el grito nos llegó nada más bajar del autobús. Era difícil respirar con ese aire tan frío.

Ben se puso a mi lado.

—No quiero formar parte de esto —dijo.

Oí la voz de una mujer que hablaba con un megáfono.

—Vamos a mantener el piquete. No vamos a dejar que ningún esquirol lo atraviese. ¡Yo estoy dispuesta a hacer lo que haya que hacer para defender nuestros trabajos y a nuestro sindicato! ¿Y vosotros? —Los hombres y mujeres del sindicato gritaron que sí.

Los antidisturbios se bajaron las protecciones de los cascos y cruzaron las porras delante del pecho. Eran casi del tamaño de un

bate de béisbol. Los policías estaban listos para cargar y despejarnos la entrada a nosotros, los esquirols.

Llegó otro autobús con más trabajadores temporales. Cuando se bajaron vinieron hacia nosotros. Éramos unos sesenta. Miré a los tíos con los que había venido en el bus.

—¡Yo no le voy a vender mi alma al diablo! —gritó el más viejo de todos.

—Bueno, joder, yo necesito el curro. Tengo una familia que alimentar —gritó alguien detrás de mí.

—Yo no soy un esquirol —respondió Ben también a gritos—. Nunca en mi vida he cruzado un piquete y nunca lo haré. Y no tengo ningún respeto por los hombres que lo hacen. —Sacó su carné del sindicato de trabajadores del automóvil y lo sostuvo en alto para que los que estaban en el piquete pudiesen verlo. Varios hombres también sacaron sus carnés y los sostuvieron en alto con orgullo. Yo levanté el puño. Los huelguistas nos aplaudieron.

Menos de una docena de hombres acordaron ser escoltados por la policía al interior de la fábrica. La mayoría de los tíos se subieron al autobús de nuevo y le pidieron al conductor que nos llevase de vuelta a la agencia. Oí a los hombres hablar entre sí mientras volvíamos. Se suponía que el año del bicentenario tenía que estar lleno de patriotismo, pero las cosas que decían aquellos tíos se parecían cada vez a las que decía Theresa.

—Vienen tiempos duros, acuérdate de lo que te digo.

—Sí, pero puedes apostar lo que quieras a que los ricos van a seguir haciéndose cada vez más ricos.

—No era solo Nixon, son todos una panda de ladrones. El títere que han puesto en la Casa Blanca no va a cambiar nada.

Hablaron de los despidos que habían cambiado abruptamente sus vidas. Harrison, Chevrolet, Anaconda. Antigüedades de quince, veinte, treinta años.

—Le di a Chrevolet toda mi vida —me dijo Ben—. Cuando me despidieron pensé que era algo temporal. Pero si te digo la verdad, estoy acojonado por si no puedo volver. Toda mi vida está en esa fábrica, ¿sabes lo que quiero decir? —Asentí. Ben me dio un empujón—. Bueno, todavía nos tienen que pagar la última semana. Vamos a cobrar los cheques al bar y a tomar algo.

Negué con la cabeza.

—Nah, tengo que irme a casa.

—Dios, Jesse. Siempre tienes algo que hacer. Vas a venirte a tomar algo conmigo y punto. A no ser que pienses que eres demasiado bueno para mí.

Suspiré.

—Solo una —dije. Ben sonrió y me dio un golpe en el muslo con la mano enguantada.

Alguien puso *Stand By Your Man* en la jukebox del bar. Me perdí en los recuerdos de mi pasado mientras Ben hablaba de cómo era crecer sin padre.

—¿Qué hay de ti, Jesse? —preguntó—. ¿Te criaste con tu padre? —Asentí—. ¿Teneis relación?

—No.

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

—Bueno, es una larga historia. No tengo ganas de hablar de eso.

—¿Dónde te criaste? —preguntó, haciéndole una seña a la camarera para que nos pusiese otra ronda.

—En diferentes sitios. —Me preocupaba no poder seguir con las evasivas si continuaba preguntando.

La camarera trajo dos chupitos y dos cervezas. Ben le sonrió amablemente.

—Gracias, cariño. —Volvió a centrar su atención en mí—. ¿Sabes? Tengo curiosidad por ti. —Me puse tensa—. Le he hablado a mi mujer de ti. Le dije que me gustabas. —Se detuvo y levantó la mano—. No me entiendas mal.

Dejé pasar ese temor momentáneo suyo a que yo pensase que le atraía sexualmente. Se trababa al hablar.

—Le dije que te cerrabas en banda siempre que intentaba conocerme más. ¿Sabes lo que me dijo mi mujer? Que yo también hacía eso con ella. Que era de lo que siempre se quejaba. —Ben se echó hacia delante—. ¿Estás metido en problemas, Jesse? Porque si lo estás, me lo puedes contar. No he llegado a mucho en la vida. Pero soy un buen mecánico y un buen amigo. Todos mis amigos trabajaban en Chevrolet conmigo, echo de menos a esos tíos. —Asentí, pensando en mis antiguas amigas—. ¿Has tenido problemas con la ley? —me preguntó—. Porque si es así, no pasa nada —bajó la voz—. Yo estuve en la cárcel. Dos años.

De pronto cambió algo en Ben. Todo su cuerpo se quedó quieto de una forma que me asustó, como la superficie lisa de un lago antes de una tormenta. Podía sentir la turbulencia que se agitaba bajo la superficie. El dolor de Ben estaba saliendo a la luz. Esperé. Esas cosas llevan su tiempo. Me quedé callada, el corazón me golpeaba contra el pecho. Quizá era solo mi imaginación, o que el Wild Turkey estaba haciendo estragos. Pero cuando miré a Ben me di cuenta de que no me equivocaba. La tormenta estaba cerca y era demasiado tarde para echar a correr.

Abrió la cartera y sacó dos fotos.

—¿Te he enseñado alguna vez a mi mujer y a mi hija? —Vi una sonrisa cálida y preciosa en el rostro de una niña con síndrome de Down—. Adoro a esta chiquilla. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Me ha enseñado un montón de cosas.

Quería preguntarle qué había aprendido de ella, pero yo todavía estaba con la coraza puesta. Tenía muchas ganas de conocerme y yo no podía permitirselo. ¿Qué pasaría si confiaba en él y me equivocaba?

Ben dejó caer una pequeña foto en la mesa, delante de mí. La miré y me eché a reír.

—¿Ese eres tú? —Asintió, sin sonreír. Miré al joven Ben, un chaval delgado de manos grandes, con el pelo peinado hacia atrás y una chaqueta de cuero hecha polvo—. ¿Eras *greaser*? —Asintió de nuevo.

—Bonita moto —señalé la Harley de la foto. Sonrió. Podía sentir cómo aumentaba la presión.

—Cuando era joven me creía un tipo duro —dijo Ben. Era curioso todo lo que podían decir los hombres en solo unas pocas palabras. Así abrían su corazón también las butches—. Después me detuvieron por robar un coche. ¿Te han arrestado alguna vez, Jesse? —Cogí aire y negué con la cabeza. Ben asintió—. Me metieron en un reformatorio un par de veces. Era un chaval difícil de controlar, le rompí el corazón a mi pobre madre. —Se bebió el otro chupito. La camarera me preguntó con la mirada si quería otra ronda. Negué levemente con la cabeza—. Era un tipo duro. Pensaba que la cárcel no era para tanto, que esos guardias no podrían conmigo.

Me acerqué a él. Sabía a qué se refería.

De pronto estaba allí, en sus ojos, toda esa vergüenza. Se le llenaron de lágrimas. Estuve esperando a que le cayeran por las mejillas, pero no sucedió. Quería tocarle, ponerle una mano en el hombro. Pero miré alrededor a los tíos con los que trabajábamos todos los días y supe que no podía. Me acerqué más a Ben. Me miró a los ojos.

En silencio, sin palabras, sus ojos me dijeron lo que le había pasado en la cárcel. No aparté la mirada. En vez de eso, dejé que se viese reflejado en mi propio espejo. Vio su reflejo en los ojos de una mujer.

—Nunca se lo había contado a nadie —dijo Ben, como si la conversación hubiese sido en voz alta.

A su manera, había hecho lo que yo nunca había sido capaz de hacer: revelar su humillación. Quería confiar en él, contárselo todo. Pero tenía miedo. Sin embargo, no podía dejarle solo con esos pensamientos.

—¿Sabes por qué me caes tan bien, Ben? —Sus ojos anhelaban la respuesta, como un niño—. Me caes bien porque eres tan amable como fuerte. —Ben se puso rojo y bajó la mirada—. Eres un buen tío y confío en ti. Y me pregunto cómo has llegado a ser así. ¿Cómo conseguiste dejar atrás ese dolor y convertirte en el hombre que eres ahora? ¿Qué cambió? ¿Qué decisiones tomaste?

Aquel oso enorme sonrió con timidez. Esa era la intimidad que quería, la atención que necesitaba. Se acercó a mí.

—Cuando salí de la cárcel, empecé a trabajar en una gasolinera. Frank era el mecánico de allí. Ese tío me cambió la vida —bajó la voz—. Se preocupaba por mí. Me enseñó mecánica. Me enseñó un montón de cosas. Pero hay una cosa que me dijo que no voy a olvidar nunca. Un día me había escapado. Había un tío en el taller que siempre me estaba jodiendo, y no podía pelearme con él porque si lo hacía me llevaban de nuevo a la trena. Me estaba volviendo loco. Estaba rabioso, ¿sabes? —asentí—. Quería matarlo y largarme. Frank lo sabía. Me empujó contra la pared del taller y empezó a gritarme. —Ben se rio—. Tendrías que haber visto lo tranquilo que era para apreciar lo que significaba que me gritase así. Le dije que tenía que demostrarle que era un hombre. —Le dio un trago a la cerveza.

Sonreí por lo tremendamente butch que era su historia.

—¿Qué pasó?

—Nunca olvidaré lo que me dijo Frank. Me dijo: «Tú ya eres un hombre, no tienes que demostrarlo. Lo que tienes que demostrar es el tipo de hombre que quieres ser».

Los ojos se me llenaron de lágrimas. La voz de Ben era tan suave como su sonrisa.

—¿Qué pasa contigo, Jesse? ¿Qué hizo que fueses como eres? ¿Cómo ha sido tu vida?

Si hubiese justicia en el mundo, le habría contado toda mi vida. Le habría devuelto la confianza que me había mostrado. Pero tenía miedo, y le traicioné.

—No hay mucho que contar —dije.

Parpadeó incrédulo. Quería que lo dejase pasar, pero no iba a hacerlo. Era lo suficientemente valiente como para darse de nuevo contra mi muro.

—Jesse —susurró—, cuéntame algo de ti.

Estaba paralizada por el miedo, era incapaz de poner en orden todos mis pensamientos para inventarme una historia que pareciese revelar algo de mí.

—No hay nada que contar —le dije. Me cerré y me protegí. Lo dejé desnudo.

La calidez desapareció de su rostro y fue sustituida por la ira. Era demasiado buen tío para insultarme. Como hacían las butches, se lo guardó dentro.

Me levanté.

—Mejor me marchó —dije. Asintió y miró el botellín vacío. Dejé la mano en su hombro unos instantes. No iba a aceptar el gesto ni a mirarme. Quería decirle que sentía haberle herido. Que lo había hecho porque estaba asustada. Que no sabía que los hombres podían herir de la forma que yo lo había hecho. Que me dejase entrar de nuevo.

Pero, por supuesto, no lo hice. En su lugar, dije:

—Te veo el lunes.



La soledad era cada vez más insoportable. Me moría por que alguien me tocara. Tenía miedo de desaparecer y dejar de existir si alguien no lo hacía pronto.

Una mujer en concreto hacía que se me fuese la cabeza todas las mañanas: Annie, la camarera de la cafetería que había cerca del trabajo. Cuando me traía el café, parecía no reparar en mí. Pero después me miraba a los ojos y se marchaba, dejando que la siguie-

se con la mirada por toda la cafetería. Era dura como una gánster. Dios, cómo me gustaba Annie. Bromeaba con todos los clientes. Se lo curraba para que le diesen propinas, no les dejaba en paz hasta que lo hacían.

Miré a la barra y la vi charlando con su compañera, Frances. Los hombres que iban al restaurante pensaban que la atención de las mujeres era solo para ellos. Si hubiesen visto lo cercanas que podían ser las relaciones de las mujeres entre sí, se habrían puesto celosos. Pero no se daban cuenta. Yo sí.

Annie me vio en la barra.

—Hola, cariño, ¿qué tal la mañana?

Me reí.

—¿Cómo estás, Annie?

—Mejor que una rana con pelo en el culo, cariño. ¿Qué vas a tomar?

—Café y huevos, como siempre.

—Hecho —dijo por encima del hombro mientras se marchaba. El balanceo de su cuerpo captaba toda mi atención.

Frances y Annie se enseñaban mutuamente las fotos escolares de sus hijos mientras esperaban a que los pedidos saliesen de la plancha.

—¿Puedo echar un vistazo? —le pregunté a Annie cuando me trajo los huevos.

Me miró con recelo mientras me tendía la foto.

—No veo por qué no.

Cuatro filas de dulces rostros infantiles me devolvieron la mirada.

—¿Cuál es el tuyo? —pregunté. Annie se limpió las manos en el delantal y señaló a su hija.

—Dios, es maravillosa —dije—. Tiene tus ojos, inteligentes y furiosos a la vez.

—¿Dónde ves eso? —preguntó Annie mientras me quitaba la foto de las manos. Se fue cabreada. Un poco después me trajo el

café y golpeó tan fuerte la taza que el líquido se derramó por el borde. Después la levantó, limpió la barra y volvió a derramarlo—. La próxima vez que quieras leer un libro, vete a la puta biblioteca. —Se giró sobre sus talones. Dejó una propina, le pagué al cajero y me marché.

Al día siguiente le compré una flor.

—Siento haberme metido en lo que no me importa —le dije.

—Bueno, no me molesta que comentes cosas personales, cariño.

Pero tómate tu tiempo, ¿vale?

—Hecho —dije.

—A ver esa flor.

Sonreí.

—Una rosa para otra rosa.

Frunció el ceño.

—Ya veo.

El lenguaje corporal de Annie era muy reservado conmigo. Pero se relajó cuando llegó a donde estaba Frances. Susurraron entre ellas. Frances olió la flor y se puso la mano en el corazón. Annie le dio un golpe en el hombro.

Quería pasar tiempo con ella fuera del trabajo. Ya no era un secreto.

Me trajo una bolsa blanca de papel.

—¿Qué es esto? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Café y hojaldre de cerezas.

—No lo he pedido —contesté confusa.

—Yo tampoco pedí la flor. Va a cuenta de la casa —respondió—.

Está recién hecho. El hojaldre, digo, está recién hecho.

Sonreí, dejé una propina y le pagué el desayuno al cajero. Después volví a la barra y llamé a Annie. Me hizo esperar.

—¿Qué se te ha olvidado? —preguntó.

—Quería saber si... —dudé. Podía ser un grave error salir con alguien que conocía a mis compañeros de trabajo. Me podía causar

problemas serios, si se enteraban tendría que dejar el trabajo. Pero me sentía desesperadamente sola.

—¿Si qué? —sonó suspicaz.

—Si querías salir conmigo alguna vez.

Annie puso los brazos en jarras y me miró de arriba abajo varias veces.

—Pregúntamelo en otro momento. —De alguna manera, me pareció que aquello era una buena señal.

Nuestro tonto de verdad empezó a la mañana siguiente. Era divertido. Me hacía sentir bien. Me recordaba a los viejos tiempos, a los flirteos entre butches y femmes. Pero esto no era entre mujeres. Al menos no era así como lo veía el resto del mundo. Y, me recordaba a mí misma una y otra vez, tampoco era así como lo veía Annie.

Lo más sorprendente es que el cortejo tenía lugar en público y todo el mundo —conocidos y extraños por igual— lo aprobaba y alentaba. Mientras, Anita Bryant³⁶ le daba golpes a una biblia en una campaña muy publicitada que buscaba revocar un simple decreto que daba derechos a las personas homosexuales. Me preguntaba cómo se podía juzgar de forma tan diferente el afecto humano.

Cuando finalmente reuní el valor para pedirle salir a Annie de nuevo, se limpió las manos en el delantal y respondió:

—Claro, supongo. ¿Por qué no?

El viernes por la noche llamé a su puerta. Tardó mucho tiempo en contestar. Le escuché gritar algo. Tenía una sensación extraña en la boca del estómago. Annie solo abrió la puerta a medias.

—Eh... —empezó a decir. Había una niña agarrada a sus piernas.

—No pasa nada —la interrumpí. Estaba claro que quería cancelarlo. Intenté disimular mi decepción—. Quizá otro día.

36. Cantante y activista política dedicada a luchar contra los derechos de la comunidad LGTB en Estados Unidos. Fue célebre sobre todo a principios de los años setenta.

—Espera. —Abrió la puerta del todo—. Si quieres pasar puedo hacer café o algo. —Claro que quería pasar.

Estábamos las tres de pie en el comedor, bastante incómodas.

—Mi niñera, bueno, en realidad es la hija de mi hermana, está enferma, así que tengo que quedarme con Kathy y tiene un poco de fiebre.

Levanté la mano para pararla.

—No pasa nada. Tienes un montón de cosas entre manos. ¡Tranquila!

Relajó el gesto.

—Siéntate. ¿Quieres comer algo? Puedo preparar algo.

—¿No estás harta de servir comida?

Se rio.

—No pasa nada, no me importa.

—¿Quieres que me siente en la cocina para que lo tengas todo en la misma habitación?

Ella sonrió y asintió.

Dejé la pequeña bolsa de lona que había traído junto al sofá, fuera de la vista. Puede que haber llevado un dildo fuese demasiado optimista. Pero, por otro lado, no tener uno cuando llegase el momento también habría generado un problema. Intenté respirar hondo y dejar ir la ansiedad mientras seguía a Annie y a Kathy a la cocina.

—¿Te ayudo? —me ofrecí.

Ella pareció sorprendida.

—Nah, no hace falta.

Kathy se agarró a la pierna de Annie con un brazo y a su conejo de peluche con el otro. Le sonreí.

—¿El conejito también tiene fiebre? —Kathy miró al conejo y luego a mí sin contestar—. Si crees que tiene fiebre, luego le puedo tomar la temperatura. ¿Es chica o chico? —Kathy sostuvo el peluche en alto para que determinase su sexo—. Ah, es una chica —supuse. Kathy miró a su madre.

—Déjale el conejito —dijo Annie. Kathy negó con la cabeza con fuerza y se agarró a su madre buscando protección—. ¿Quieres macarrones con queso? —me preguntó.

Odio los macarrones con queso.

—Genial —contesté.

Annie sirvió tres platos con macarrones, lonchas de jamón, maíz y pan blanco. El primer plato tenía porciones más pequeñas y por debajo de la comida se veían dibujos de los Picapiedra.

—¿Este es el mío? —le pregunté a Kathy. Negó con la cabeza y apretó más fuerte al conejo de peluche.

Annie me puso el plato delante y se sentó. Kathy levantó el vaso vacío. Su madre saltó de la silla y lo llenó de leche.

—¿Quieres una cerveza? —me preguntó con la puerta de la nevera todavía abierta.

—Claro —dije.

—¿Necesitas vaso?

Dije que no con la cabeza. Sonrió.

Trajo dos botellines a la mesa y se sentó de nuevo. Brindamos con las cervezas. Kathy intentó imitarnos. Su vaso se volcó, derramando la leche por toda la mesa. De inmediato, Annie intentó limpiar la leche de mi plato con su servilleta. Me levanté y cogí una bayeta del fregadero. Recogimos casi toda la leche.

Annie estaba tensa.

—Tu comida se ha fastidiado.

—Nah —dije—. La leche es buena para el cuerpo.

Kathy parecía a punto de llorar. Abrazaba con fuerza a su peluche. Le sonreí.

—A veces, cuando tiro algo pienso que todo el mundo se va a enfadar conmigo —le dije—. No lo estoy.

Entrecerró los ojos evaluando lo que le había dicho, igual que hacía su madre.

—¿Te sentirías mejor si yo también tirase mi cerveza? —le pregunté. Kathy sonrió y asintió con entusiasmo.

—Ni se te ocurra —me advirtió Annie con una sonrisa.

El resto de la cena fue mucho mejor. Después del postre Kathy me confió su peluche.

—¿Le tomo la temperatura? —pregunté. Ella asintió—. Este conejo necesita irse a la cama pronto. —Evaluó la información y asintió—. ¿Crees que habría que darle un baño antes? —pregunté. Kathy movió la cabeza de lado a lado.

—Sí que hay que dárselo. —Annie se rio y cogió a Kathy en brazos.

Estaba acabando de lavar el último plato cuando volvió Annie. Cogió un trapo que había en la puerta de la nevera. Fregué las ollas mientras ella secaba los platos. Aquello me hacía sentir bien. Pero cuanto más tiempo pasaba secando los platos, más enfadada parecía.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

Tiró el trapo y me miró fijamente.

—No soy una facilona, ¿sabes? Cuando los tíos conocéis a una mujer con hijos pensáis que ya se la ha follado alguien antes y que podéis hacer lo que queráis, ¿no?

Enjuagué la bayeta debajo del grifo y caminé hasta la mesa de la cocina para limpiarla.

—He tenido lo que quería con la cena —le dije.

Me miró sorprendida.

—¿Qué, macarrones con queso en salsa de leche? —Nos echamos a reír.

—Solo quería pasar tiempo contigo, cuando los dos estuviésemos libres de obligaciones.

—¿Por qué? —me evaluó de nuevo con esa mirada penetrante.

—Me gustas. Supongo que me gustan las chicas duras y tú lo eres.

Negó con la cabeza.

—No te entiendo.

—¿Y?

—Que los hombres a los que no puedes entender son peligrosos —me dijo. Se acercó a mí. Mi cuerpo se giró hacia el suyo. Estaba sucediendo.

—No soy peligroso —prometí—. Soy complicado, pero no peligroso.

—¿Qué estás buscando, cariño? —Annie me pasó los dedos por el pelo con suavidad. Dios, qué sensación tan buena.

Suspiré hondo.

—Me han hecho daño. No estoy buscando casarme y no quiero faltarle el respeto a nadie. Supongo que solo necesito sentirme bien.

—¿Eso es todo? —sondeó—. ¿Algo de una noche?

Levanté los hombros.

—No lo sé —le dije honestamente.

Annie evaluó mis palabras cuidadosamente en la escala de sus propias necesidades. Se separó de mí, pero enseguida supe que podía tocarla. Le di un beso en la mejilla. Mis labios le acariciaron la oreja y bajaron por el cuello. Noté cómo le cambiaba la respiración. Se dio la vuelta y me estuvo mirando un buen rato antes de ofrecerme la boca. Nos besamos con ganas, pero con cuidado. Poco a poco, nuestros cuerpos empezaron a rozarse. Noté cómo me ofrecía su cuerpo para probarme. Fui cuidadosa. Avancé despacio. Poco a poco su cuerpo se dio cuenta de que mi tempo iba ligeramente por detrás del suyo. Se le puso la cara roja de calor. Presionó su pelvis contra la mía y me miró extrañada. Las dos sabíamos que no tenía una erección.

—¡Mamá! —llamó Kathy desde el piso de arriba. Annie hizo un gesto de disculpa. Asentí en dirección al sonido de la voz de Kathy. Se marchó unos minutos. Volvió a la cocina y llenó de agua un vaso de plástico de la Cenicienta.

—Enseguida vuelvo —dijo con la voz ronca.

Me acordé de la bolsa que me había dejado en la otra habitación. Definitivamente era el momento de cogerla. La pillé y corrí al baño. Cerré la puerta con el pestillo y me bajé los pantalones y los calzoncillos.

El arnés y la polla de goma quedaban bien dentro de los calzoncillos. Me puse los pantalones de nuevo y revisé la cartera para comprobar si tenía condones. Oí que Annie me llamaba desde la cocina. Tiré de la cadena, dejé el grifo abierto unos instantes y salí para encontrarme con ella. Me había quedado sin aliento.

—¿Qué estabas haciendo ahí, huir? —se rio.

Llevaría un tiempo volver a donde estábamos. Le pasé los dedos por el pelo.

Cerró los ojos y abrió los labios. Sonó el teléfono.

—Olvídalo —dijo.

Continuó sonando. La acerqué a mí. Presionó su pelvis contra la mía. Esta vez sonrió.

Se apartó y buscó mi cara con la mirada. Estaba apoyada en el fregadero, esperé a que se acercase de nuevo. Me cogió de la mano y me llevó al dormitorio.

Annie tenía miedo. Podía notarlo. Lo que no sabía es que yo también estaba asustada. Tenía tantas ganas de estar entre sus brazos que estaba dispuesta a arriesgarme a la humillación.

Encendió la luz de la habitación cuando entramos. El depósito de gasolina de una Harley Davidson colgaba del techo.

—¿Te gustan las motos? —me preguntó. Asentí.

Fui hacia el interruptor y apagué la luz. Ella estaba de pie junto a la cama, incómoda. Me acerqué por detrás y le puse las manos en los hombros. Aparté el cabello con una mano y le mordisqueé la nuca con los labios. Empujé la pelvis suavemente contra su culo mientras atraía sus hombros hacia mí para que mi boca pudiese llegar a más zonas de su cuello.

Annie se giró y tiró suavemente de mí hacia la cama. Estaba temblando.

—¿Tienes miedo? —pregunté.

—Que te den —respondió con media sonrisa.

—Te han hecho daño —dije para mí misma en voz alta.

—¿Y a qué mujer no? —soltó.

Me tumbé de espaldas y tiré de ella hacia mí.

—Quiero hacer que te sientas bien —susurré—. Si confías en mí lo suficiente como para decirme lo que quieres.

—¿Qué pasa contigo, tío? —resopló—. ¿Quieres follarse o no?

—Quiero si tú también quieres —dije—. También podemos hacer otras cosas. Depende de ti.

Annie se quedó quieta.

—¿Qué quieres decir con que depende de mí?

—Es tu cuerpo. ¿Qué te apetece? Quiero decir que me puedes enseñar cómo te gusta que te toquen. O puedes dejarte llevar y esperar que lo haga bien, sin prisa pero sin pausa.

Annie negó con la cabeza y se sentó.

—Me estás asustando —dijo.

—¿Porque quiero que disfrutes cuando te toque?

—Sí, exacto. —Me quedé tumbada en silencio—. No sé si voy a ser capaz de dejarme llevar tanto.

Me senté y la abracé.

—Inténtalo —susurré, y tiré de ella para que se pusiera encima de mí. La tumbé de espaldas y le di un beso largo y profundo.

Le desabroché la blusa despacio pero con seguridad y me entreteuve en sus pechos bastante tiempo antes de que las yemas de los dedos se acercaran a sus pezones. Después los rocé suavemente y sentí cómo su cuerpo se estremecía. Me metí ambos pezones en la boca, primero uno y luego otro, y jugué con ellos suavemente. De alguna manera, su cuerpo me decía dónde, cómo y cuándo tocarla. Cuando froté la parte delantera de sus vaqueros sentí su deseo, pero merecía que ese deseo creciese mucho más.

Después me dijo algo que sabía que requería mucha valentía.

—Siempre he querido correrme antes de follar —giró la cabeza por la vergüenza.

La besé en la parte del cuello que había dejado expuesta.

—Lo que quieras —le dije.

Giró la cabeza para mirarme. Tenía lágrimas en los ojos.

—¿Cualquier cosa? —preguntó.

Le ayudé a quitarse la ropa, empujadas por mi necesidad y su urgencia. Yo me quité los chinos y la camisa de vestir. Solo llevaba una camiseta blanca y los calzoncillos.

Subí las manos por sus muslos y las bajé hasta la entrepierna. Podía sentir su calor y su humedad a través de su ropa interior. Coloqué mi cuerpo poco a poco sobre el de ella mientras usaba mis labios y mi lengua para crear zonas erógenas nuevas en sus costillas y su estómago. Mis dedos le levantaron el elástico de las bragas y comenzaron a bajarlas por sus muslos, pero sus manos me agarraron con firmeza las orejas y me detuvieron.

La miré para averiguar qué sucedía.

—Estoy en los últimos días de la regla —dijo.

Levanté los hombros.

—¿Y qué?

Varias emociones recorrieron el rostro de Annie: incredulidad, enfado, alivio, placer. No había dudas de que el placer era lo que había en su rostro cuando comencé a besarle los muslos. Se dejó llevar por el deseo y, al hacerlo, alcanzó el orgasmo con una confianza relajada.

La acerqué a mí cuando su respiración se calmó. Me pasó las manos por el pelo y me acarició la nuca. Me hizo sentir tan bien que se me empezaron a caer las lágrimas.

—¿Ocurre algo, cariño? —preguntó preocupada. Negué con la cabeza y hundí la cara en su hombro. En aquel momento, sus brazos me protegían de mi propia vida.

Tenía la boca cerca de su pezón. Noté cómo se aceleraba la respiración de Annie. Tiró de mi camiseta.

—Quítatela —insistió.

Dudé. La habitación estaba a oscuras. Estaba encima de ella, así que no podría ver las dos líneas que me cruzaban el pecho y que revelaban la operación.

Me quité la camiseta. Annie me pasó las uñas por los hombros y bajó hacia la espalda. Me estremecí de placer. Presionó las uñas más fuerte sobre mi piel y movió la pelvis hacia mí. Estaba relajada, hasta el momento en que me puse encima de ella, preparada para penetrarla. Le acaricié los muslos hasta que me miró.

—Es para ti, o para nadie —le dije.

—Te deseo mucho —susurró con voz ronca. Las dos gemimos suavemente cuando dijo eso. Saqué el dildo de los calzoncillos con cuidado en medio de la oscuridad, con miedo de que me descubriese. ¿Qué me había hecho pensar que podría funcionar?

Puse un condón en el dildo.

—No creo que pueda tener más hijos —dijo.

—No quiero arriesgarme, y de todas formas es a mí al que me afecta —dije.

—Bueno, eso sí que es una novedad —rio.

Puse la punta de la polla dentro de ella con suavidad. Su cuerpo se tensó; esperé. Después Annie se relajó y sus caderas empezaron a moverse, tirando de mí hacia dentro. Estaba todavía encima de ella cuando la penetré hasta el fondo. Nuestros cuerpos se relajaron, encajaron el uno en el otro. No me moví hasta que lo hizo ella. La penetraba un poco más lento de lo que pedía su movimiento, su cuerpo me reclamaba más.

Noté cómo se iba acercando el orgasmo antes de que se corriera. Cuando comenzó, sus manos me arañaron la espalda. Me agarró tan fuerte del pelo que grité con ella. Cuando empezó a correrse, seguí el movimiento con suavidad, como si fueran círculos concéntricos en la superficie del agua. Antes de que se calmase del todo, buscamos el siguiente. Lo encontramos, y después uno más corto.

—Ay, Jesse —la manera en que dijo mi nombre con un suspiro me sonó muy bien. Las yemas de sus dedos se deslizaron por mi espalda como gotas de lluvia.

Yo todavía la tenía dura como una piedra dentro de ella. Las dos nos dimos cuenta a la vez.

—¿Qué ocurre, cariño, no te has corrido?

—No puedo hacerlo con la goma puesta —dije—. Deja que me la quite y la sacaré antes de correrme, lo prometo.

Giró la cabeza.

—Ya he oído eso antes.

—Lo prometo. Confía en mí.

—Madre mía, esas son las cinco palabras más peligrosas que pueden salir de la boca de un tío. Vale, cariño, tienes suerte de que crea que no me puedo volver a quedar embarazada.

Es cierto que fingí la eyaculación, pero no el placer que experimenté. El cuerpo de Annie me hacía sentir muy bien. Me dio un beso largo y lento, se movió conmigo, me dio todo lo que una mujer puede dar a su amante, y yo estaba excitada. Cuando fue insostenible continuar con aquello, la saqué con cuidado, puse la pelvis contra las sábanas y grité.

Me quedé tumbada en la cama con la cabeza apoyada en su tripa. Sus manos jugaban con mi pelo. Las yemas de sus dedos se deslizaron por mis hombros, acariciándome la piel. Deseaba poder quedarme en ese momento para siempre.

Estuvimos un rato tumbadas sin hablar.

—Tengo que ir al baño —dije.

—Yo también —rio.

—Yo primero —todavía boca abajo, metí el dildo en los calzoncillos. Me giré, me puse la camiseta y fui hacia el baño en medio de la oscuridad. Cerré la puerta con el pestillo, saqué la bolsa de detrás de la bañera y cambié el dildo por un calcetín que coloqué dentro

de los calzoncillos. Me miré en el espejo mientras me echaba agua fría por la cara. Me quedé un rato observándome.

Llamaron a la puerta del baño. Descorrí el pestillo. Annie se echó en mis brazos y me besó. Puso las manos en mi entrepierna y apretó el calcetín.

—Esto de aquí me ha dado un montón de placer esta noche —dijo—. Ha sido mágico. —Mi cuerpo se tensó y ella retiró la mano.

Le acaricié el pelo.

—Toda magia es una ilusión —admití.

La luz estaba encendida cuando volví a la habitación. La apagué. Annie volvió y se sentó en el borde de la cama.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Mmm —Tiré de ella para ponerla encima de mí otra vez y la besé hasta que me di cuenta de que le estaba haciendo promesas que no iba a poder mantener—. Estoy cansado —dije—, pero quiero abrazarte.

Annie se tumbó entre mis brazos y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Eres un hombre muy raro.

—¿Qué quieres decir?

—Lo primero de todo, nunca he conocido a un tío al que no le asuste un poco de regla. ¿Pero sabes lo más raro de todo?

Todos los músculos de mi cuerpo se pusieron tensos, excepto el calcetín. Annie se rio.

—Relájate, cariño. No es una queja. Lo que me ha dejado alucinada es que sabías que tenía que ocuparme de mi hija y no has demandado mi atención hasta que se ha acostado. Eso, y el hecho de que ni siquiera mi exmarido fregó los platos nunca, y eso que era el que manchaba la mayoría de ellos. —Annie negó con la cabeza la cabeza—. Tampoco follas como los demás tíos. —Me eché sobre el estómago en un gesto de protección. Me masajé los hombros—.

Quiero decir que te tomas tu tiempo. Es como si tuvieses un cerebro en la polla en vez de una polla en el cerebro, ¿sabes? —Las dos nos echamos a reír y rodamos juntas por la cama.

Me quedé dormida, me sentía segura en sus brazos.

La primera voz que oí al despertarme fue la de Kathy.

—¿Puedo poner los dibujos?

—Sí —farfulló Annie.

Poco después de eso, me besó en la oreja para que me levantara y preparásemos el desayuno. Mientras Annie hacía tortitas, Kathy se sentó en mi regazo y me contó un montón de cosas sobre el Coyote y el Correcaminos. Annie trataba de disimular el placer de vernos juntas.

—Normalmente le asustan los hombres —dijo Annie cuando Kathy salió del cuarto—. Se te da realmente bien.

Mientras cocinaba, me di cuenta de que el lenguaje corporal de Annie era distinto.

—¿Le estás dando vueltas a algo? —pregunté.

Se giró y se limpió las manos en el delantal.

—Sé que es una locura preguntarte esto.

—Dime —dije.

—Bueno, mi hermana se casa mañana y, bueno, es una locura, te he avisado con muy poco tiempo y lo de anoche no te compromete a nada.

—Sí, vale —dije.

Annie se sentó en una silla cerca de mí.

—¿De verdad no te importa?

—No me importa, siempre que lo entiendas.

Puso las yemas de sus dedos sobre mis labios.

—A veces el corazón me pide más —dijo—. Pero la cabeza quiere lo mismo que tú. —Asentí.

Annie se levantó y volvió a los fogones.

—Hay una cosa —dije. No se giró, pero todo su cuerpo se puso tenso.

—¿Qué? —preguntó por encima del hombro.

—Tenemos que ir en la Harley. Es el único vehículo que tengo.

Se quitó el delantal, lo lanzó al fregadero y vino hacia mí para sentarse en mi regazo. Me besó en los labios con dulzura.

—Nueve en punto —dijo—. Ni un minuto más tarde.

Llegué al barrio donde vivía a las ocho y media. Apagué el motor en la calle de antes y dejé la moto rodar hasta su casa para no despertar a todo el vecindario. Me senté en su porche y me puse a fumarme un cigarrillo hasta que oí que se abría la puerta y Annie decía:

—¿Entras o no? —Me miró de arriba abajo—. Estás muy atractivo, cariño —Le gustó que me pusiese roja—. Tengo que acabar de vestirme. He hecho café —dijo ya desde la habitación.

—Ya veo —grité yo también—. ¿Tú quieres?

Salió a la puerta de su cuarto, sujetándose el vestido por detrás.

—Sí —sonrió—. Pero ayúdame a abrocharme esto antes. —Me miró por encima del hombro mientras lo hacía. La besé en un lado de la cara. Llevaba el pelo recogido con horquillas. La besé también en la parte inferior del cuello—. Si sigues haciendo eso, no voy a estar lista nunca, cariño. —Me apartó de ella.

Llené dos tazas de café y las llevé a su habitación. La puerta estaba entreabierta, pero golpeé con los nudillos en el marco.

—Aquí está el café.

Cuando apareció un momento después, cogí aire y lo fui soltando poco a poco. Se alisó el vestido.

—¿Qué tal estoy?

Suspiré.

—Como si me hubiese muerto y estuviese en el cielo. —Hizo una mueca y levantó los brazos para abrazarme pero me eché para atrás y le puse en las manos una orquídea que había comprado la noche anterior.

Parpadeó para contener las lágrimas. Cuando habló su voz sonó enfadada.

—¿Por qué has hecho esto? —me regañó. Sonreí a la imponente mujer que tenía delante de mí. Se le suavizó el gesto y me devolvió la sonrisa.

—¿Dónde está Kathy? —pregunté.

Frunció el ceño.

—Con Frances, del restaurante. Es posible que mi marido esté merodeando por la boda. —No lo entendí, pero lo dejé pasar.

La boda era una ceremonia formal en una iglesia. Nunca antes había estado en una boda. Todos parecían emocionados y a punto de llorar. La hermana de Annie tuvo que prometer que iba a obedecer a ese tío durante el resto de su vida antes de que el sacerdote proclamase que estaban casados. Me pareció un poco medieval.

El banquete era al aire libre. Había mesas y sillas puestas por todo el césped. La comida y las bebidas se servían debajo de una enorme carpa a rayas.

Annie me presentó a toda su gente, que había venido a Búfalo para la boda. No me soltó el brazo en todo el tiempo. Conocí a la prima Wilma. Me sonrió con malicia.

—Qué maravilla que hayas venido con Annie. —Annie me apretó el brazo como si fuera un torniquete.

—Es un placer. —Puse la mano encima de la de Annie, que estaba empezando a cortarme la circulación del brazo. Sin apartar los ojos de ella, le dije a Wilma—. No me pasa todos los días que una mujer así de guapa y fuerte me haga caso. —Wilma se giró y Annie se rio en mi hombro.

—Pilla una botella de champán —dijo.

Lo hice.

—¿Cuántas copas, señor? —me preguntó el camarero.

—Una. —Cogí una pequeña botella de soda—. ¿Puedo llevármela? —El camarero asintió.

—¿Para qué es? —quiso saber Annie.

—Joder, alguien tiene que llevarnos a casa. —Me besó con tanta ternura en aquel momento debajo de la carpa que era imposible

que todos los hombres y mujeres que teníamos cerca no nos mirasen con nostalgia.

Encontramos una sombra debajo de un árbol desde la que podíamos ver todo lo que pasaba. Se quitó los zapatos. Puse la chaqueta en el suelo para que se sentase sobre ella. Movi6 la cabeza.

—Tu madre le enseñ6 a su peque6o buenos modales.

Me cont6 los cotilleos de todos sus familiares: qui6n era un alcoh6lico a escondidas, qui6n enga6aba o pegaba a su mujer y qui6n se lo montaba con el butanero.

—Ese maric6n —dijo con desprecio. Me qued6 perpleja del odio que hab6a en sus ojos. Miraba fijamente a un hombre de unos cincuenta a6os. Su brazo rodeaba el hombro de una de las muchas t6as de Annie que deambulaban por el banquete—. ¿Qui6n ha dejado entrar a ese pervertido? —sise6.

—¿De verdad es gay? —le pregunt6.

—Claro. Probablemente se habr6 follado a todos los ni6os de la familia.

—Dios, Annie —se me hel6 la sangre—. ¿C6mo puedes odiar a alguien solo por c6mo ama?

Me mir6 sorprendida.

—¿Te caen bien los maricones?

Me encog6 de hombros.

—No todas las personas somos iguales. ¿Qu6 m6s da?

Neg6 con la cabeza y escupi6 al suelo.

—No voy a dejar que un maric6n se acerque a mi hija.

Pens6 antes de hablar.

—Annie, si alguien quisiera follarse a Kathy, probablemente ser6a hetero, no gay.

—¿S6? —grit6. Se levant6 y agarr6 con fuerza la botella de champ6n—. Bueno, pues no quiero que haya maricas cerca de mi hija. Dej6 a mi propio marido porque le pill6 abusando de Kathy. Intent6 matarlo con mis propias manos. A mi hija no se le va a acercar ning6n maric6n de mierda ¿lo entiendes?

Entendí que esa conversación no iba a ninguna parte. Pateó la hierba y la tierra con los tacones y después volvió a sentarse.

—Arg, mierda, ¿por qué perdemos el tiempo hablando de esos pervertidos?

Estaba deseando que nos fuésemos del banquete. Annie se sentó en la moto con los brazos apoyados en mis hombros y la cara contra mi espalda. Cuando llegamos a su casa había perdido los zapatos y el tubo de escape le había hecho un agujero en el dobladillo del vestido.

—No importa, es comprado, no alquilado.

Cuando llegamos a su porche, me rodeó con los brazos.

—¿Entras, cariño?

—Nah —dije—. Mañana por la mañana tengo que estar despejado para currar.

Miró hacia abajo, hacia sus pies cubiertos solo con las medias, y después me miró de nuevo a los ojos.

—No voy a volver a verte, ¿verdad? —preguntó.

Me miré los zapatos.

—No creo.

Asintió.

—¿Por qué no? —La manera en que lo preguntó me hizo pedazos el corazón.

—Tengo miedo de enamorarme de ti —dije. Era cierto en parte, pero no era toda la verdad. Una cosa es que el mago revele sus trucos y otra muy diferente decirle a una mujer hetero que el hombre con el que se ha acostado en realidad es una mujer. Annie no había decidido meterse en algo así. Tarde o temprano iba a estallar. Y después de aquella tarde, tenía más razones si cabe para temer la explosión.

—¿Qué hay de malo en enamorarse? ¿Qué problema tenéis los tíos? —farfulló.

—Me han hecho daño, Annie. Necesito tiempo.

—Mierda, creía que eras diferente. Eres igual que cualquier otro tío que mea de pie.

—Bueno —me encogí de hombros—, quizá un poco diferente sí.

—Dile a esa mujer que te hizo daño que voy a ir a por ella y la voy a hacer pedazos. Nos ha jodido a todas las demás. —La sonrisa de Annie se desvaneció—. Es mejor que no sigamos hablando aquí fuera, ¿no? Es mejor que te marches.

Asentí. Nos miramos la una a la otra durante unos minutos. Le cogí las llaves de la mano y abrí la puerta. La besé suavemente en la boca.

—Oye, gracias por lo que le dijiste a Wilma.

—Era la verdad.

Me miró fijamente a los ojos.

—Gracias por todo, cariño.

Sonreí y me di la vuelta para irme. Se quedó en el porche mientras arrancaba la moto.

—Oye —gritó por encima del ruido del motor.

—¿Qué? —puse la mano alrededor de la oreja para oírla mejor.

—El conejo.

—¿Qué?

—El conejo de Kathy.

Asentí y me puse tensa esperando a escuchar lo que iba a decir.

—¡El conejo de Kathy no es una chica, es un chico!



17

Me sentía mareada y aturdida. Tenía el estómago revuelto. Estaba a punto de vomitar hasta el hígado. Lo peor era que sabía que no podía alejarme de la máquina de moldeo por inyección en la que estaba currando. Si la apagaba, el plástico se endurecería dentro de ella. Las máquinas funcionaban sin parar; los ruidos repetitivos marcaban el ritmo al que trabajábamos en el departamento de moldeo.

Miré a mi alrededor buscando al capataz, pero no lo vi por ningún sitio de la zona de producción. Intenté concentrarme en el trabajo. Miré el barril lleno de pellets de plástico que había en el palé de mi izquierda y hundí la manguera de succión un poco más. La máquina disparaba ráfagas de vapor al calentar los pellets y escupir piececitas de plástico. Apeataba como un desagüe atascado.

Intenté centrarme en lo que estaba haciendo. Me obligué a no pensar en el hedor, ni en mi estómago, ni en el aire caliente y viciado de la fábrica. Imposible. Vomité por todo el suelo grasiento, al lado de la máquina.

Bolt vino corriendo hacia mí. Era el jefe de la cuadrilla de montaje. Me puso la mano en el hombro mientras yo echaba el desayuno.

—No es nada, enseguida se pasa —me aseguró. Tenía más vergüenza que otra cosa. Me limpié la boca con el dorso de la mano. Bolt se sacó un pañuelo aceitoso del bolsillo trasero de los pantalones azules de trabajo y me lo dio—. Eres el tercer tío que vomita en este turno.

—¿Qué temperatura crees que hace aquí hoy, Bolt?

—Cuarenta y cuatro grados.

Silbé.

—Creo que has dado justo en el clavo. ¿Cómo lo has hecho?

Se rio.

—Por el termómetro que hay en la pared de la oficina. ¿Estás bien?

—Sí. —Sonreí avergonzada. El vómito había hecho que oliera aún peor.

Me dio una palmada en el hombro.

—Que no te dé vergüenza vomitar. Yo lo hago todos los sábados por la noche. Mandaré a uno de los chicos de mantenimiento para que limpie esto.

—Oye, Bolt, ¿qué son estas piezas que estamos haciendo?

Levantó los hombros.

—Algo de ordenadores.

Negué con la cabeza.

—Es extraño pasarse la mitad del día haciendo algo y no saber siquiera qué demonios es.

Bolt se rio.

—Da gracias por que tenga algo que ver con ordenadores. Eso significa que probablemente tengamos trabajo en el futuro. —Se puso a andar, luego se detuvo. Se dio la vuelta y me puso la mano sobre el hombro—. Escucha —dijo—, puede que pronto haya una vacante en carga y descarga, si te interesa. Al menos allí se puede respirar. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

Hice memoria.

—Casi un año. Pero los tres primeros meses estaba con un contrato temporal, no sé si eso cuenta.

Bolt asintió.

—Yo me muevo por toda la fábrica. Estaré al tanto. —Me dio un golpe en el hombro y se marchó.

Unos minutos más tarde vino Jimmy a limpiar el vómito. Era mohawk. El resto de los tíos de las cuadrillas de mantenimiento y montaje eran blancos.

—¿Puedo ayudarte a limpiarlo? —le pregunté—. Al fin y al cabo es mi mierda.

Él negó con la cabeza.

—Solo es trabajo.

—¿Bolt te permite trabajar arreglando las máquinas alguna vez o es casi todo limpieza?

Jimmy me miró con suspicacia, luego se encogió de hombros.

—Bolt no es un mal tipo. Intenta darme algo de trabajo decente.

Sonó el silbato de la comida.

—Será mejor que no coma nada —le dije a Jimmy—. Estoy seguro de que ya tienes suficiente trabajo esta tarde.

Se rio.

—Aquí el aire está viciado. Deberías ir fuera a respirar.

Fiché para salir a comer y eché a andar hacia la zona de envíos y recepción de la planta. La fábrica era del tamaño de un supermercado grande. No conocía a ninguno de los currantes de esa parte; nunca había estado allí atrás. Era otro mundo y, además, tenía miedo de dejar la seguridad del trabajo a solas en una máquina. Al llegar a carga y descarga, todos se habían ido a comer. Salí por el muelle de carga, que estaba abierto. La temperatura allí era treinta grados más baja. El aire veraniego tenía un olor fresco.

Quería quedarme en aquella fábrica. Allí en Tonawanda, a las afueras de Búfalo, nadie me conocía. Pero trabajar en la máquina me ponía enferma. Quizá mereciera la pena asumir el riesgo y ofrecerme para el puesto.



Scotty me sacaba al menos treinta años, pero sin su ayuda jamás podría haber levantado la última caja y haberla colocado en su sitio dentro del tráiler. Tenía los brazos como gelatina después de cargar el camión. Él ni siquiera jadeaba.

—Bueno, ¿qué te parece el curro en carga y descarga, jovencito?
—me preguntó Scotty.

—¿Puedo coger aire antes de contestar?

—Claro. Te adaptarás al ritmo de este trabajo. Trabajas duro, luego te relajas. Es casi la hora de comer. Ven, vamos a lavarnos.

Respiré hondo cuando entramos juntos al baño de hombres. Era exactamente igual que el que había al otro lado de la fábrica. Tenía un enorme lavabo circular de hormigón en el centro de la sala. Scotty y yo apretamos el dispensador de jabón que había en el centro del lavabo y pisamos los pedales del suelo que mandaban los chorros de agua hacia arriba.

—¿Ya tienes taquilla? —me preguntó. Negué con la cabeza—. Ven —dijo—, sígueme.

Silenció el murmullo del vestuario.

—Algunos de vosotros habéis conocido a Jesse esta mañana. Acaban de trasladarlo aquí, era operario.

Excepto por Scotty y Walter, la mayoría de los tíos tenían veinte largos o poco más de treinta. Walter me estrechó la mano.

—Hola, hijo. ¿Trabajas aquí desde hace mucho?

Negué con la cabeza.

—Un año.

Se rio.

—¿Dónde trabajabas antes?

Me encogí de hombros.

—Por ahí.

Walter y Scotty se miraron. Me sentí aliviado cuando otro de los trabajadores nos interrumpió.

—Soy Ernie. Este es mi colega Skids. Yo también era operario. Lo dejé cuando empecé a toser sangre.

Skids le lanzó una toalla.

—Empezaste a toser sangre porque fumas, gilipollas. —Ernie le hizo una llave a Skids, inmovilizándole la cabeza, y le frotó los nudillos en el cuero cabelludo.

Un hombre joven con coleta me tendió la mano.

—Soy Pat.

Ernie se rio.

—¿Aún no conocías a Patty?

Pat le hizo una mueca a Ernie.

—Cállate. Te lo cuento yo antes de que lo hagan ellos: fui objetor de conciencia. Si tienes un problema con eso, te lo callas.

Skids sacó pecho:

—Yo estuve en Vietnam. Oye, Jesse. ¿A ti te llamaron a filas o te enrolaste tú?

La sangre se me subió a la cara. Deseé volver al departamento de moldeo, donde el nivel de ruido me protegía de las preguntas.

—Yo no fui —musité.

Ernie gruñó.

—Otro. ¿Qué hiciste, contarles un cuento?

Pensé un instante.

—Exención. Causas médicas.

Walter nos interrumpió.

—Deja al chico en paz. ¿Has conseguido taquilla? Toma, usa esta.

—Oye —exclamó Ernie—. Tienes que darle vida a esa taquilla.

—Sabía a lo que se refería. El resto de tíos tenían fotos de *pin-ups* en las puertas—. Hazte con un calendario en el restaurante de la esquina. Solemos ir allí el día de paga. Miss Agosto hará que te hiervan las pelotas. Eh, Walter, tú también deberías conseguir uno.

Walter negó con la cabeza.

—Algunos necesitan imágenes, otros tenemos la realidad. ¿O no, Jesse?

Yo sonreí.

—Me he traído a mi piba de la otra taquilla. —Ernie me alcanzó un par de tiritas del botiquín que había en la pared. Las usé para pegar un anuncio a color de mi antigua Norton.

Pat silbó.

—Montaría la de Jesse antes que a la tuya, Ernie.

Sonó el timbre de la comida. Miré a mi alrededor buscando a Scotty, pero se había ido.

—Eh, Walter, ¿dónde anda Scotty?

Se encogió de hombros e imitó el movimiento de llevarse una botella a los labios.

—Está teniendo una época complicada con eso. Su mujer se está muriendo de cáncer. Nunca se queda cuando todos empiezan a hablar de tías.



A finales de verano los chicos ya me consideraban uno de los suyos. Casi todas las mañanas tenía ganas de ir al trabajo, eran mi único contacto humano.

El viernes a la hora de la comida estábamos yendo al restaurante italiano de la esquina cuando Bolt me paró.

—¿Conoces a alguien que se llama Frankie?

Noté cómo la sangre se me subía a la cara.

—¿Qué pinta tiene el tipo?

Bolt negó con la cabeza.

—No es un tío. Es una marimacho. Trabajó contigo en la imprenta. Dice que fuisteis a la huelga. Me contó que hiciste mucho curro para el sindicato.

Frankie le había hablado a Bolt de mí. Seguro. Me pregunté si debía dejar el trabajo en ese mismo instante. Salir por el muelle, saltar a la calzada y seguir caminando hasta llegar donde estaba mi moto.

—¿Dónde has conocido a Frankie? —le pregunté a Bolt.

—Estaba en el segundo turno. A partir del lunes se cambia al de mañana. Está de operaria en las máquinas. Dice que eres un buen tío.

Pestañeeé con desconcierto.

—¿Eso ha dicho?

Bolt asintió.

—Dice que eres un buen sindicalista.

Me reí con alivio.

—¿Cómo ha sabido que trabajo aquí?

—Te vio saliendo del aparcamiento. ¿Es amiga tuya? —me preguntó Bolt.

—Qué va —me distancié del tema—. Solo alguien con quien curraba. —Mi propia deslealtad me puso enferma.

Bolt se encaminó hacia el muelle.

—¿Vienes a comer?

Negué con la cabeza.

—Ahora voy, tú márchate.

Era un alivio quedarme sola. Deambulé por el almacén y me senté en un montón de palés para digerir la bomba que me acababa de soltar Bolt.

Frankie iba a cambiarse al turno de mañana. Me dio miedo darme cuenta de que quizá había revelado mi secreto. Pero parecía que no. Frankie era inteligente. Debía habérselo olido todo a la primera.

Me embargó la emoción. ¡Trabajar con otra butch! Quizá podríamos salir por ahí algún día. Quizá ella sabía donde estaba el resto del antiguo grupo. Quizá podría presentarme a alguna femme.

—Eh, chico —Scotty interrumpió mis pensamientos. Estaba sentado en el suelo, apoyado contra los palés. Destapó una botella de Jack Daniels y me la ofreció.

—Gracias —dije, dando un trango.

Scotty inclinó la botella hasta que tocó sus labios y tragó tres veces. Nos quedamos sentados en silencio.

—¿Estás casado? —me preguntó. Negué. Bajó la cabeza—. Mi mujer está muy enferma. —Se frotó los ojos con las manos. Se le iluminó la cara—. ¿Te he enseñado alguna vez una foto suya?

Volví a negar con la cabeza. Sacó una cartera, fina y suave por el uso.

—Aquí está. Esta es mi chica.

Me reí y silbé.

—¿Este eres tú?

Sonrió.

—Sí, señor. ¿Crees que nací con esta edad? Yo también he sido un jovencuelo como tú. Tenía la vida entera por delante.

Ambos nos reímos. Pero cuando le volví a mirar tenía los ojos llenos de lágrimas. La voz le salió ronca.

—Ojalá me fuera yo antes que ella. Sé que eso suena fatal. Quiero decir, ¿quién la cuidaría? Pero a veces creo que no voy a ser capaz de dejarla ir cuando llegue el momento.

Bajó la cabeza otra vez. Me acerqué y le puse la mano en la espalda con suavidad, preparado para quitarla rápidamente si el contacto le ofendía. No lo hizo.

—Eres joven —dijo Scotty bruscamente—. No te quedes atrapado en un curro así.

Levanté los hombros.

—Este trabajo parece lo suficientemente bueno para mí.

Negó con la cabeza.

—Quiero decir un trabajo de verdad. Yo estuve veinte años en la fábrica de Chevy. Tengo mi carnet del UAW³⁷, ¿quieres verlo? Veinte años de mi vida en una fábrica y me despidieron. ¿Te lo puedes creer?

—¿Chevy? ¿Trabajabas con Bolt?

37. United Auto Workers. Sindicato norteamericano de los trabajadores del automóvil. Tuvo su máximo apogeo entre finales de los años treinta y principios de los cincuenta, cuando consiguió salarios elevados y pensiones de jubilación para los trabajadores.

Scotty asintió.

—Sí. Pero él no estuvo tanto tiempo como yo. Trabajó en Harrison durante una temporada. Le despidieron de allí también.

Bolt me interesaba.

—¿Estábais en el mismo sindicato?

—Todas las viejas glorias somos del UAW —dijo—. Seré sindicalista hasta el día que hundan mi ataúd en el suelo. Tienes que estar sindicado, chico. Si no tienes sindicato, más te vale buscarte uno.

Me reí.

—No parece que vayamos a tener uno pronto por aquí.

Encogió los hombros.

—Bueno, nunca se sabe. Corren rumores. Necesitamos un sindicato. Yo soy demasiado viejo para eso. Los jóvenes, vosotros vais a tener que hacerlo.

Suspiré.

—Yo también querría que tuviéramos sindicato. Pero quiero mantener mi trabajo, Scotty. Por cierto, ¿qué piensas de Bolt? Parece un buen tipo.

Movió el índice cerca de mi nariz.

—Ojo con Bolt. Ya no es uno de los nuestros de verdad. Es medio capataz, medio trabajador. Acuérdate de lo que te digo: cuando las cosas se pongan feas no vas a saber de qué lado está. No te fíes de él.

La advertencia me decepcionó, Bolt me caía bien. Pero, por suerte para mí, ya no me fiaba de nadie.



Noté una mano en el hombro cuando estaba fichando a la salida el lunes por la tarde.

—¡Ey! —Frankie me hizo darme la vuelta.

—Oye, Frankie, escucha, tenemos que hablar.

Se llevó el dedo índice a los labios.

—No pasa nada, lo sé.

La seguí hasta el aparcamiento.

—Me alegro de verte y todo eso, Frankie, de verdad. Es solo que estoy acojonada. Estoy a gusto aquí. Y los periódicos hablan de otra recesión.

Frankie se quedó quieta.

—Lo sé, Jess. ¿Crees que no lo entiendo?

—¿Cómo has sobrevivido todo este tiempo? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Estoy viviendo aquí, en Tonawanda, con mis padres, hasta que consiga ahorrar para mi propia casa. No está tan mal. Me quedo en casa de mi novia los fines de semana.

Silbé.

—¿Tienes novia? Qué suerte.

Frunció los labios. Sonó el claxon de un coche.

—Tú conoces a mi novia, Jess. Johnny y yo llevamos juntas un año. —Sonrió—. Justo como en la canción.

Me paré en seco.

—¿Quién es Johnny?

Frankie suspiró.

—Sabes quién es. Trabajábamos con ella antes de la huelga. Jugábamos al fútbol juntas.

Negué con la cabeza.

—La única Johnny que recuerdo era butch y sé que no te referes a ella —me reí.

Frankie se puso firme.

—Sí, a ella es exactamente a la que me refiero. Me está esperando allí en el coche.

—¡Hola, Jess! —oí que gritaba Johnny desde el coche—. ¡Acércate!

—Tienes que estar de broma —le susurré a Frankie.

Puso los brazos en jarras.

—Es mi novia, Jess. ¿Tengo pinta de estar bromeando?

Me quedé boquiabierta. Moví la cabeza de lado a lado.

—Sinceramente, Frankie, no lo entiendo. No puedo comprenderlo.

Frankie parecía resentida.

—No tienes que entender nada, Jess. Pero tienes que aceptarlo. Si no puedes, entonces vete.

Eso fue exactamente lo que hice. No podía aceptarlo, así que me fui.

No fue difícil evitar a Frankie después de aquello, trabajábamos en extremos opuestos de la fábrica. Por las tardes me quedaba rezagada. No quería cruzarme con ninguna de las dos en el reloj donde fichábamos.

Cuanto más pensaba en que eran novias, más me molestaba. No podía dejar de imaginármelas besándose. Eran como dos tíos. Bueno, dos tíos gays habría estado bien. ¿Pero dos butches? ¿Cómo era posible que se atrajesen? ¿Quién hacía de femme en la cama?

Empecé a obsesionarme con Frankie y Johnny. La mañana del miércoles estaba tan sumida en mis pensamientos que no me di cuenta de que Scotty y yo éramos los únicos que quedábamos en el departamento.

—Será mejor que entres ahí —dijo.

—¿Qué? —pregunté. Señaló el baño de hombres con la cabeza.

No sabía qué esperar cuando abrí la puerta. El baño estaba lleno de tíos, algunos eran de mi departamento, a otros no los conocía. Bolt fue el primero en hablar.

—Te estábamos esperando —dijo.

Cerré los puños a los lados del cuerpo. Frankie debía de haberse lo contado a los chicos por despecho. Tendría que haber sabido que no podía confiar en ella. El malentendido que habíamos tenido tendría que haber quedado entre nosotras. Ya me encargaría de ella más tarde. En aquel momento estaba en clara inferioridad.

Bolt extendió la mano y vino hacia mí. Reculé hasta la pared. Me latía la sangre en las sienes. Me agarró del hombro; yo le quité la mano de un empujón. Estaba acorralado.

—Déjame en paz —gruñí.

Walter se acercó a mí.

—Tranquilo, hijo. Solo queremos hablar contigo.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué? —Bolt y Walter se miraron y se alejaron.

—Sobre el sindicato —dijo Walter. Sacudí la cabeza, confusa.
—La mujer de Ernie trabaja en una fábrica en la que se ha organizado una sección del sindicato de trabajadores del textil. Nos ha puesto en contacto con alguien que les ayudó, un buen tío. Necesitamos saber dónde te posicionas tú.

Me costó recuperar la compostura.

—¿O sea que esto es un intento de organizarnos?

Bolt se encogió de hombros.

—Llevamos hablándolo un tiempo. Aquí lo que se necesita es un sindicalista con experiencia que nos eche una mano para convocar una reunión y ver qué interés hay. Esta mierda no va a tardar mucho en estallar.

Aquello ya no me parecía tan terrible.

—¿Cuáles son nuestras reclamaciones?

—Que tenemos unos salarios de mierda y nos hacen trabajar horas extra casi todos los fines de semana —dijo Ernie.

Asentí.

—Sí, pero luego nos dan días libres.

—Claro, porque no quieren pagarnos las horas extra —contestó Skids.

Walter asintió.

—Dos personas pueden estar trabajando en la misma máquina y cobrar distinto. Todo depende de si le lames el culo al capataz.

—Los vapores son horribles —añadió Ernie—. Ninguno sabemos lo que nos estamos tragando. Y hace tanto calor que algunos días apenas se puede respirar.

Bolt me tocó el brazo. Di un salto, pareció dolido.

—También hay problemas graves de seguridad. Vemos muchas cosas en mantenimiento y montaje que tú no ves. La gente tiene accidentes, dedos atrapados en moldes, cosas así. La compañía intenta intimidar a la gente para que no pidan indemnizaciones. Dejamos constancia de los problemas del equipamiento y la gerencia los tira a la papelera.

Escuchaba y asentía. Bolt se encogió de hombros.

—Así que necesitamos saberlo, Jesse. ¿Con quién estás?

Suspiré. Aquel trabajo me gustaba. Quería mantenerlo. Pero todo estaba siempre cambiando.

—Mirad —les dije a los chicos—. Si queréis montar una sección sindical, por mí bien.

Bolt se acercó más.

—Eso no es suficiente. Te necesitamos para organizarla.

Yo no quería tener movidas. ¿Por qué no podía simplemente afiliarme, como el resto, y hacer mi trabajo?

—No quiero implicarme —le dije.

—Escucha —dijo, inclinándose hacia mí. Yo me aparté un poco—. Estoy dando la cara por esto y ni siquiera sé si podré afiliarme, el sindicato podría considerar que estoy al frente de una cuadrilla.

—Podéis contar conmigo en las elecciones —le dije—, pero no quiero estar en la organización.

Bolt negó con la cabeza

—Eso no es lo que me ha dicho Frankie. Me dijo que ayudaste a ganar aquella huelga.

—Mira, Bolt, no quiero implicarme. Te apoyaré y haré mi trabajo. Déjame en paz.

Movió la cabeza de lado a lado.

—Pensaba que eras distinto.

Suspiré.

—No quiero ser distinto.



Escuchamos el grito desde el otro lado de la fábrica. Corrimos hasta allí por toda la planta. Cuando llegamos, lo único que quedaba era la sangre en el suelo de hormigón.

—¿Quién está herido? —le susurré a Bolt.

Sus manos callosas estaban apretadas en dos puños.

—George.

Miré el charco de sangre en el suelo.

—¿Está muerto?

Bolt se encogió de hombros.

—Aún no lo sabemos. —Golpeó con el puño la carretilla elevadora—. Yo mismo puse una incidencia en este toro el mes pasado. Los frenos están desgastados.

El gerente de la fábrica agitó los brazos.

—Que todo el mundo vuelva a su puesto. No le hace bien a nadie que estemos aquí parados.

Me sorprendió que todos volvieran a su trabajo. Casi esperaba una insurrección. Llegó dos semanas más tarde.

Solo hablábamos del accidente. La compañía estaba probando unos moldes más grandes, con los que se podían fabricar cubos de basura de plástico. George tenía que cargar el molde con la carretilla y ponerlo en la máquina de inyección. Mientras estaba delante de la carretilla, asegurando el molde, los frenos fallaron. Uno de los brazos de la horquilla le atravesó la espalda, justo debajo del pulmón.

Una semana más tarde aún se palpaba la rabia. Walter llegó corriendo a nuestra sección el miércoles por la tarde.

—¿Lo habéis oído? ¡Los de gerencia quieren joder a George por el accidente! Dicen que fue culpa suya.

Bolt estaba justo detrás de él.

—Escuchad, muchachos. Vamos a convocar una reunión el viernes en la sede de la VFW³⁸ que hay al final de la calle. Vamos a quedar allí con un sindicalista de la industria textil. Esta vez se han pasado.

Tenía razón.

El viernes por la tarde fichamos todos la salida a las tres. No me apresuré en salir, no quería encontrarme con Frankie. Me pregunté si estaría en la reunión.

Cuando llegué al local de la VFW, a las cuatro menos cuarto, había veinticinco trabajadores. Todos los departamentos estaban representados. El ambiente estaba caldeado, se notaba el nerviosismo de la gente que gesticulaba con los brazos y hablaba a toda hostia. Bolt captó mi mirada desde el otro lado de la habitación. Asentí y le sonreí. Frankie estaba a su lado. Evité mirarla. Todavía me enervaba el hecho de que ella y Johnny fueran amantes, aunque no podía explicar por qué.

Vi a Frankie susurrarle a un hombre al oído. Cuando se dio la vuelta reconocí a Duffy. Su sonrisa cuando me vio me calentó el alma. Frankie le agarró el brazo y le susurró algo más. Me pregunté si le estaría explicando mi situación.

Duffy vino directamente hacia mí.

—Jess. —Me cogió de la mano. Su agarre me resultó familiar—. He pensado en ti muchas veces. ¿Cuánto tiempo hace que trabajas aquí?

—Más de un año.

Sonrió.

—Vamos a necesitar tu ayuda.

Empecé a protestar, pero Duffy vio a Ernie y Scotty trayendo bebidas desde la barra a la sala de la reunión. Les hizo gestos.

—Llevaos la bebida. Aquí estamos para cosas serias.

38. Veterans of Foreign Wars, asociación de veteranos de guerra de Estados Unidos.

Le tiré de la manga.

—Dale una tregua al tipo mayor. El alcohol es su talón de Aquiles, pero es buena gente. Estaba afiliado al UAW. Bolt también.

Duffy asintió.

—Cuéntame lo que sepas de Bolt.

Dos mujeres negras que no conocía llamaron la atención de Duffy.

—Disculpa —dijo una de las mujeres—. Soy Dotti. Trabajo en el departamento de ensamblado. Esta es mi amiga Gladys. Ella lleva trabajando aquí más tiempo que yo.

Duffy les estrechó la mano.

—¿Cuántas personas de vuestro departamento hay aquí?

—Seis —dijo Dottie—, de veinte que somos en el turno de día. Hay otras quince o así en el segundo turno.

Alguien gritó desde el otro extremo de la habitación:

—¡Vamos a empezar la asamblea!

Se alzó un griterío de aprobación.

—¡Sí! —Se esfumó la disciplina. Todo el mundo hablaba a gritos de las condiciones en la fábrica.

Duffy levantó las manos.

—Todas las quejas serán atendidas. Os lo prometo. No hay ninguna que no sea importante. Pero centrémonos primero en las reclamaciones que nos afectan a todos.

Bolt me dio una palmada en el hombro.

—Ven un momento. Quiero hablar contigo. —Empecé a protestar—. Venga, la reunión va a seguir ahí después.

Seguí a Bolt hasta la barra. Pidió dos cervezas y las pagó. Levantó el botellín.

—Por el sindicato —dijo.

Asentí.

—Brindo por eso.

—Escucha, Jess. ¿Conoces bien a este Duffy?

Levanté los hombros.

—Conmigo no ha tenido problemas. Confío en él.

—Algunos de los chicos han oído rumores sobre él. Dicen que es comunista.

Me eché a reír.

—No es comunista. Es un buen tío.

Bolt sonrió y asintió.

—Vale. Mientras alguien lo conozca.

—Oye, Bolt, ¿le has preguntado a Duffy si puedes unirme al sindicato?

Negó con la cabeza.

—Luego le pregunto. Después de la reunión.

Escuchamos un rugido procedente de la otra sala.

—Venga —dije—, volvamos. —Empezaba a emocionarme con aquello.

—¡Hagamos los carnés ya mismo! —chilló Ernie.

Duffy levantó las manos.

—Hay ciento veinte personas en la fábrica. Hace falta el treinta por ciento más uno como mínimo para convocar unas elecciones. Es un buen comienzo pero necesitamos más gente.

—¿Dónde coño está todo el mundo? —gritó alguien.

Duffy movió la cabeza de lado a lado.

—De verdad que es una buena asistencia para ser la primera reunión. Pero necesitamos tener de nuestro lado a más trabajadores de todos los departamentos.

—Mantenimiento y montaje están con nosotros —gritó Bolt.

—¿Qué pasa con ensamblaje? —gritó Ernie—. Esas chicas no van a estar de nuestro lado. Tienen maridos que se encargan de ellas. Mierda, incluso dicen que dos de ellas aún viven con sus padres.

Dottie se levantó.

—Yo soy una de ellas. Sí, vivo con mis padres. Estoy intentando criar a dos niños sin marido. Y Gladys vive con sus padres porque

los mantiene y no puede permitirse pagar también su propia casa. Pero aquí estamos las dos. No tienes ni puta idea de lo que pasa en nuestro departamento.

Gladys se levantó a su lado.

—Exacto. Los dedos y las muñecas nos están matando de estar todo el día cortando a toda hostia. Nos pagan un sueldo miserable y tenemos que trabajar los fines de semana. Algunas de las chicas tienen maridos que también llevan dinero a casa, es cierto. Pero muchas otras están hartas y se afiliarán, ya lo veréis.

Duffy las sonrió.

—Las hermanas han hablado, chicos. Será mejor que escuchéis.

Decidimos entre todos acabar la reunión y convocar otra la semana siguiente. Pero nadie quería marcharse. Dábamos vueltas y charlábamos.

—Ey, Duffy —le llamó Bolt—. ¿Voy a poder afiliarme? Dirijo una cuadrilla en la sección de montaje.

Deseé poder transmitirle a Duffy el valor de Bolt, pero vi que ya se había dado cuenta.

—La gerencia sabe que los diriges —le dijo a Bolt. Él sacó pecho—. ¿Pero contratas y despides? ¿Controlas a los chicos o los penalizas?

Se encogió de hombros.

—Es un poco vago. Simplemente soy el tío con más experiencia en montaje, pero también me tratan como a un jefe de cuadrilla.

Duffy asintió.

—La empresa argumentará que no se sabe de qué lado estás para retrasar las elecciones sindicales y aprovecharán ese tiempo para intimidar a la gente. Creo que tú ya sabes cuál es tu lado, pero ahora ha llegado el momento de dejarlo totalmente claro. Si trabajas duro para formar el sindicato podremos defender más fácilmente que estés dentro.

Bolt le estrechó la mano a Duffy.

—¿Crees que ganaremos?

Duffy sonrió y asintió.

—Sí. Pero habrá que pelear. Tenemos gente fuerte en todos los departamentos. Si tuviéramos más como Jess ganaríamos seguro. Confío en Jess. Ella sí que ha demostrado que está al cien por cien con el sindicato.

Todo ocurrió a cámara lenta. Cuando escuché a Duffy decir «ella» me di la vuelta horrorizada, con la boca abierta de par en par. Frankie se dio una palmada en la frente y negó con la cabeza. Los chicos miraron a Duffy, y luego a mí, y vuelta a empezar. Salí pitando de la sede de la VFW y me dirigí hacia la moto.

—¡Jess, espera! —oí gritar a Duffy. Me alcanzó y me cogió del brazo. Yo me solté de un tirón.

—Mil gracias, Duffy. —Ver lágrimas en sus ojos lo hizo aún peor.

—Lo siento muchísimo, Jess. Me ha salido solo. No quería.

Me encogí de hombros.

—Da igual lo que quisieras. Dejo este curro ahora mismo.

Él negó con la cabeza.

—Lo arreglaremos, Jess. Podrás quedarte. Hablaré con los chicos.

Me reí amargamente.

—No lo entiendes, ¿no? ¿A qué baño crees que voy a poder ir el lunes, Duffy?

Me puso la mano en el brazo. Lo fulminé con la mirada.

—Jess, jamás haría nada para hacerte daño. Ya lo sabes.

Le aparté la mano.

—Bueno, acabas de hacerlo.

Me di la vuelta y eché a andar.

—¡Jess, espera! —era Frankie—. Jess, sé que estás enfadada. Ha sido una auténtica mierda. Pero ha sido un error. Está realmente arrepentido.

—Déjame en paz, Frankie. Tú tampoco lo entiendes.

Frankie estaba estupefacta.

—¿Qué puto problema tienes conmigo? ¿Vas a romper la relación con otra butch solo porque no puedes aceptar quién me pone?

Ojalá alguien me hubiera puesto un bozal, porque estaba tan alterada que no controlé la boca.

—¿Qué te hace pensar que todavía eres una butch? —le pregunté en tono burlón.

Puso una sonrisa cruel a la defensiva.

—¿Qué te hace pensar que tú lo eres? —contraatacó.

Me di la vuelta y salí de allí. Una parte de mí esperaba que Frankie o Duffy me detuvieran. Pero no lo hicieron.

18

La hoja era grande, estaba mojada y brillaba con los tonos anaranjados y rojos del otoño. La encontré pegada al asiento de mi Harley el sábado por la mañana. Me ponía triste cuando las hojas empezaban a caer. Quería otro inicio, otra oportunidad.

Odiaba pensar en guardar la Harley durante el invierno. Para mí era peligroso conducir: llevaba tres años haciéndolo sin carné, pero vivía para estar encima de aquella moto. Era lo que me hacía feliz y donde me sentía libre.

Solo había dos cosas en mi día a día que me gustaban de verdad: hacer pesas en el YMCA³⁹ que había cerca de mi casa y sentir el viento a horcajadas sobre la moto.

Cuando sonaba la alarma por las mañanas, me despertaba sintiéndome diminuta y aterrorizada. Estaba perdida, no tenía ningún recuerdo al que aferrarme. No había ningún sitio fuera de mí misma al que perteneciera. Así que cada mañana me forzaba a existir. Iba al gimnasio con el chándal ya puesto. Descargaba allí mi

39. Young Men's Christian Association, en castellano Asociación Cristiana de Jóvenes. ONG de base cristiana con sedes por todo el mundo y que realiza actividades educativas y deportivas.

tensión y mi frustración, mi rabia y mi miedo. Lo daba todo en el entrenamiento.

Pensaba mucho en mi cuerpo mientras empujaba la resistencia de hierro. Disfrutaba de ver cómo se volvía más definido y más fuerte. ¿Era eso un objetivo que me había inculcado el mundo? Probablemente. Pensaba en mis parejas femme, que maldecían la grasa y las curvas de sus cuerpos, esa carne hermosa que yo amaba. Pero al ver cómo se contraían mis músculos cuando hacía ejercicio, descubrí el peso y la figura que me gustaban para mí misma. Me concentré en la disciplina y la perseverancia. Intenté, de la mejor manera que supe, quererme a mí misma.

Aprendí que la fuerza, igual que la altura, se mide en comparación con quién tengas al lado. En el gimnasio me consideraban un tío flacucho. Lo podía ver en las caras de los hombres con músculos más grandes que los míos. Y después de toda una vida de juicios crueles sobre mi cuerpo y sobre mí, esa herida se reabría fácilmente.

Pero a veces, cuando me ponía delante del espejo en mi casa, me sentía poderosa. Sin embargo, no conseguía mantener esa sensación. Se escapaba como arena entre los dedos.

Quizá esa era la lección que intentaba enseñarme a mí misma con cada repetición: que el poder es algo cualitativo, que no tiene que ver con la fuerza. Y que el mundo se equivocaba conmigo. Tenía derecho a vivir.

Todos los días los hombres que me rodeaban iban a entrenar sus cuerpos; yo iba a exorcizar mis demonios.

La recompensa por el tenaz entrenamiento de aquella mañana de otoño fue la euforia. Era sábado. No había ningún sitio al que ir, nada que hacer. Me subí el cuello de la chupa. El otoño ya había llegado y después vendría el invierno. El cielo estaba cubierto. Las nubes estaban bajas, planas, oscuras como un cardenal.

Aceleré la moto sin saber adónde me dirigía. Tenía dinero en la cartera y un fin de semana entero para ir hasta donde la gasolina me llevara.

Cuando las primeras gotas cayeron sobre el depósito de combustible, paré y me puse la equipación de la moto. Los rayos iluminaban el cielo sobre el parque. Me encantaba aquel tiempo tan cambiante. Hacía que los días fuesen muy diferentes unos de otros.

Las mujeres de la taquilla del zoo disfrutaban de un día tranquilo. Me dejaron entrar sin pagar. La cabeza del cóndor estaba inclinada hacia atrás, en dirección al viento, y la envergadura de sus alas extendidas era mayor que mi altura. Yo también abrí mis brazos, giré la cara hacia al viento y me eché a reír.

El gran búho blanco ahuecó las plumas del cuello cuando pasé a su lado y resopló como si estuviera sin aliento. Pasé deprisa por su jaula.

Las lluvia goteaba del pico del gavián colirrojo cuya ala izquierda había sido alcanzada por una ráfaga de disparos. Era la imagen del abatimiento.

El águila macho hacía equilibrios sobre una rama, con las plumas lamidas hacia atrás por la lluvia y el aire. Se movía con el viento, con las alas extendidas como si estuviese volando. Tenía los ojos fijos en la distancia. Era difícil distinguir si era frustración o locura. Bajó la mirada durante un momento y me atrapó en la intensidad de sus ojos dorados. Miró hacia arriba de nuevo, con un impulso salvaje relampagueándole en los ojos mientras volaba en sus recuerdos con las alas abiertas.

Cuando pasó la tormenta, conduje mi moto por las calles empapadas por la lluvia, añorando un montón de cosas que no era capaz de nombrar. A veces las tareas cotidianas hacían desaparecer aquella sensación: decidí ir a comprar comida.

El supermercado estaba lleno de mujeres. La cinta transportadora de la caja no funcionaba, así que iba empujando las cosas hacia delante a medida que la cajera las cobraba.

—Son veintidós con ochenta —dijo. Le di uno de veinte y uno de diez; cogió los billetes. Nuestros ojos se encontraron.

Dije su nombre en alto:

—Edna.

Era gracioso cómo, tantos años después, seguía pensando en ella como la expareja de Butch Jan y en mí misma como una butch novata a sus ojos.

Me miró de frente. Su expresión se suavizó.

—Jess.

La mujer que había detrás de mí en la fila suspiró con fuerza.

—Nena, ¿puedes darte prisa?

La última vez que había visto a Edna le había dicho que era demasiado joven para ser la amante que quería ser. Ahora la vida me daba otra oportunidad.

La ayudé a embolsar mi compra. Ninguna dijo nada. Apreté los labios para no preguntarle si estaba viendo a alguien. Pensé en una pregunta neutra:

—¿Podemos hablar?

La mujer de detrás golpeó una caja de detergente contra la cinta y le preguntó a Edna:

—Cielo, ¿no tienes un descanso pronto? —Edna la miró impasible y asintió—. Entonces, ¿te importaría continuar vuestra reunión más tarde?

Nos reímos. Edna se sonrojó.

—Salgo a las tres y media.

Solo eran las dos.

Paseé por el pavimento al lado de la Harley, hice ochos con la moto por el aparcamiento, miré los escaparates, fui a por café: aún eran las tres.

A las tres y media aparqué en frente del supermercado. Deseé tener otro casco. Edna miró la Harley de arriba abajo, como si le gustara lo que veía. Luego me miró a mí del mismo modo.

—Qué bueno verte, Jess. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Podría haberle preguntado cuánto hacía que había dejado a Jan, pero lo pensé mejor.

—Pues tenía la mano en aquel artilugio y estábamos en huelga. Creo que era el sesenta y siete, o sea que han pasado doce años. Tengo casi treinta, ¿te lo puedes creer?

Edna asintió.

—Eso significa que tienes la misma edad que tenía yo cuando pensaste que era una mujer demasiado mayor.

Negué con la cabeza.

—Eso no es justo, Edna. El problema fue que yo era demasiado joven. Nunca pensé que tú fueras mayor.

Me cogió la cara entre las manos. Noté que me ardían las mejillas.

—Lo siento —dijo—, era yo la que tenía miedo.

Le ofrecí mi casco. Pasó su pierna izquierda sobre la moto y se acomodó detrás de mí. La sensación de su cuerpo contra el mío era la hostia.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—No sé. —Solté el embrague con suavidad.

Acabamos en el zoológico. El aire estaba fresco después de la lluvia. Caminamos sobre un colchón de hojas húmedas, bajo una celosía de ramas. Me moría por cogerle la mano. Intentamos hablar de cosas sin importancia, pero no había nada que dijéramos que fuera insignificante. Intenté esperar antes de hacerle la pregunta que tenía atravesada en la garganta, pero no podía retrasarlo más tiempo.

Me giré hacia ella.

—No puedo dar ni un paso más hasta que te pregunte algo.

Ella negó tímidamente con la cabeza.

—No.

—¿No? ¿No te puedo hacer una pregunta?

Sonrió.

—No, no estoy con nadie.

Una sonrisa me cruzó la cara, pero la contuve.

—Solo tenía curiosidad.

Nos paramos frente a frente debajo de un arce.

—¿Y tú? ¿Estás con alguien? —me preguntó. Negué con la cabeza.

Las semillas del arce se arremolinaban a nuestro alrededor. Cogí una en la palma de la mano.

—A esto lo llamábamos helicópteros —dije, mientras dejaba que cayera girando hasta el suelo.

Edna recorrió con sus dedos la barba de tres días de mis mejillas. Deseé haberme afeitado antes de ir al gimnasio. Me tocó los labios, el pelo, el cuello; como si estuviera inspeccionándome con las manos.

—¿Tanto he cambiado? —le pregunté, con miedo de escuchar la respuesta.

Sonrió y negó con la cabeza.

—No. En realidad no entiendo cómo alguien podría pensar que eres un hombre, sobre todo si te miran a los ojos.

Giró mi cara hacia la suya, tocándome con suavidad. Luego sus manos se posaron sobre mi pecho como un pájaro que descansara las alas. Nuestras caras estaban muy cerca. Me sentí como si toda mi vida dependiera de aquel momento. Si Edna se hubiera apartado de mí no sé dónde habría ido o dónde habría encontrado las fuerzas para seguir adelante. Pero no lo hizo. Acercó sus labios a los míos, permitiéndome disfrutar del momento antes de que ocurriera, y luego me ofreció su boca. Lo poco que yo tenía para darle estaba en aquel beso. Me sostuvo la parte trasera de la cabeza con las manos ahuecadas y tiró de mí hacia ella.

El beso duró hasta que dejé de temer que acabara y empecé a disfrutarlo como un camino que se abría ante nosotras. Nuestros labios no se separaron hasta que el viento sacudió las gotas de lluvia heladas de las ramas que teníamos encima. Ella se separó

de mí y echó a andar. La alcancé y la cogí de la mano. Nuestras manos encajaban tan cómodamente que me quité la primera capa de soledad.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

Se paró y se giró de nuevo hacia mí.

—Tengo que volver pronto a casa. —Mi decepción era perceptible—. Lo siento —dijo.

—¿Puedo verte alguna vez? —Todas mis esperanzas estaban puestas en su respuesta.

Dudó y asintió.

—El viernes que viene por la noche.

¡El viernes! Era sábado, y ya me había costado trabajo matar una hora y media hasta que había acabado su turno. Edna tiró de una rama que había sobre ella. Una lluvia de gotas nos cayó encima.

Mientras la llevaba a casa tenía las manos en mis hombros y un lado de la cara apoyada contra mi espalda.

—Es aquí —indicó. Aminoré y aparqué.

—¿Estás segura de que quieres verme el viernes? —necesitaba confirmación. Edna me acarició las mejillas. En realidad no podía sentir el tacto de sus dedos en la piel, la barba era demasiado áspera. Por primera vez desde que me creció, deseé que desapareciera.

Edna me mordisqueó la boca, se apartó cuando intenté acercarme y me acercó a ella de nuevo con ansia.

—Me hace muy feliz verte, Jess. —Sonó como si fuera verdad.

Se me acumularon los sentimientos en la garganta. Tragué y asentí.

—¿Me recoges aquí el viernes, a las nueve? —preguntó.

Asentí de nuevo y la observé mientras caminaba por la acera hasta el porche. Miró hacia atrás y se despidió con la mano.

No me marché ni siquiera cuando cerró la puerta de entrada y las luces se apagaron tras sus cortinas. Una lluvia ligera cayó sobre mí. El viento traía consigo el otoño y el aroma de las hojas muertas.



Cuando el camarero se apartó de nuestra mesa, Edna se inclinó hacia delante.

—¿Cómo es tener passing? —Se notaba que llevaba toda la tarde queriendo preguntarme aquello.

—Durante toda la vida me han dicho que había algo tremendamente malo en mí por la forma que tenía de ser mujer. Pero si creen que soy un hombre me consideran un joven agradable. Está bien ser como soy. —Edna esperó para escuchar más—. Algunas partes son divertidas. Estaba muy atrapada como marimacho. Está bien ser libre para hacer pequeñas cosas, como ir a un aseo público o al barbero en paz. Está bien que te sonrían los desconocidos o que liguen contigo en un bar.

Edna estudió mi rostro.

—¿Entonces por qué tus ojos están aún más tristes de lo que recordaba?

—Bueno, creo que... —Suspiré.

Edna me interrumpió.

—Me interesa lo que piensas, Jess. Pero dime lo que sientes.

Había olvidado lo mucho que amaba a las femmes. Otra butch habría asentido al oírme suspirar, satisfecha con que hubiese contado la historia entera en un par de frases. Pero Edna insistió para que hablara.

—Me siento como un fantasma, Edna. Como si me hubieran enterrado viva. Para el resto del mundo, nací el día en que empecé a tener passing. No tengo pasado, no tengo seres queridos, no tengo recuerdos, no tengo identidad. Nadie me ve ni me habla ni me toca.

Los ojos de Edna se llenaron de lágrimas. Se inclinó y me cogió la mano entre las suyas. El camarero nos interrumpió.

—¿Más café, señor? —Negué con la cabeza.

Cuando se alejó lo suficiente para no poder escucharnos, Edna me dijo:

—Yo también me siento como un fantasma, Jess. ¿Todavía te puedo llamar Jess?

Sonreí tímidamente.

—A veces la gente me llama Jesse y no les corrijo. Puedes llamarme como quieras, pero intenta recordar el pronombre correcto en sitios públicos. La cosa puede ponerse muy fea.

Suspiró y asintió. Se me había olvidado que también había sido pareja de Rocco.

—¿Lo sabías, Edna? —le pregunté—. ¿Sabías que iba a tomar la misma decisión que Rocco?

Negó con la cabeza.

—Solo sabía que tus opciones eran tan limitadas como las tuyas. Pero cuando eras joven reconocí en ti algo que había visto en Rocco. —Me mordí el labio inferior, esperando las palabras de una mujer que me conocía—. No sé cómo decir esto. Me da miedo estar equivocada —dudó.

—Inténtalo —le pedí—. Por favor. Necesito escucharlo.

—No creo que las femmes veamos a las butches como un gran grupo cohesionado. Después de un tiempo te das cuenta de cuántas formas distintas hay de ser butch. Las ves jóvenes y desafiantes, las ves cambiar, las ves endurecerse, ves cómo las destruyen. Dulces, amargadas y traumatizadas. Tú y Rocco érais unas stone butches duras como el granito y no pudisteis limar vuestras aristas. Simplemente no estaba en vuestra naturaleza. —Edna dio un bocado a su comida. Deseé que se diese prisa en masticar y continuara—. Me encantan todas las formas en que una butch puede ser butch. Adoro los corazones de las butches. Pero las que más me preocupan son las que no son duras por dentro. —Fruncí el ceño y bajé la mirada. Edna se inclinó hacia mí—. ¿Ves? Te he hecho daño. Lo siento. Tú y Rocco teníais corazones bellos, que se lastimaban con facilidad. Y os quería por eso. Pero no sabía cuánto tiempo podríais sobrevivir.

—Pienso mucho en ella —le dije a Edna.
Ella bajó la mirada a su plato y asintió.
—Yo también.
—Daría lo que fuera por hablar con ella —dije, deseando que supiese dónde encontrarla
Edna asintió.
—Me lo imagino.
Me recliné hacia atrás en mi silla y arañé la alfombra con el zapato.
—Me gustaría hacerle un millón de preguntas.
Edna se echó hacia adelante.
—¿Qué es lo que no sabes?
Me encogí de hombros y jugueteé con el tenedor.
—No estoy segura. Cómo sobrevivir a esto, supongo.
Edna sonrió con amabilidad.
—¿Qué te hace pensar que Rocco lo sabe? —Su respuesta me sorprendió.
—No soy como Rocco —dije—. Ella es una leyenda, o algo así. Es tan fuerte, está tan segura de sí misma. Yo no me siento así. Ojalá pudiera conocerla.
Edna me quitó el tenedor de la mano con delicadeza y lo dejó en el mantel. Apoyó las yemas de sus dedos en mi antebrazo.
—Debajo de las leyendas están las personas. Rocco no tiene todas las respuestas. Tiene preguntas, igual que tú. Está intentando superar esto lo mejor que puede. Eso es lo que os hace tan fuertes a las dos. Solo hay una cosa que Rocco tenía y tú no tienes —me dijo Edna.
Me incliné hacia ella.
—¿El qué?
—Te lo enseño luego.
¿Iba a hacerme esperar siempre?
—Edna, ¿dónde has estado todos estos años? —le pregunté.
Pinchó su lasaña.

—Después de que cambiara el ambiente en los bares dejé de ir. Las butches que quería ya no iban allí. Eran sobre todo mujeres universitarias. Empezó a darme vergüenza aparecer con vestido y maquillada. Parecía que todo el mundo se vestía con camisas de franela, vaqueros y botas. Yo no soy así. Pero no había otro sitio al que ir. Algunas de nosotras fuimos a un baile en el campus. Pero nos vestíamos diferente, bailábamos distinto. —Apretó el puño con rabia—. Una de las mujeres que estaban allí se burló de la butch que me acompañaba porque me ayudó a quitarme el abrigo. Me enfadé tanto que nos fuimos inmediatamente.

Asentí.

—Mi expareja, Theresa, trabajaba allí, en la Universidad de Búfalo. Recuerdo enfurecerme y decirle cuánto odiaba a esas mujeres por rechazarnos. Solía decir: «Tienen razón en que necesitamos una revolución, pero están equivocadas al pensar que pueden hacerla sin el resto de nosotras».

Edna se encogió de hombros.

—Yo sé que no soy hetero, pero las lesbianas no me aceptan entre ellas. No sé dónde encontrar butches que me gusten, u otras femmes. Me siento totalmente incomprendida. Yo también me siento como un fantasma, Jess.

Durante un momento estuvimos hablando sin palabras. Nuestros ojos se sentían en casa en los de la otra. El camarero me dio a mí la cuenta, un gesto automático.

Me reí. Edna frunció el ceño.

—¿Qué es lo que te hace gracia?

—Hasta que he hablado contigo una parte de mí creía que todo el mundo estaba por ahí, en algún bar, pasándose bien sin mí.

Condujimos hasta su casa en silencio. Quería tocarla. Quería ser importante para ella. Y me moría por dormir con su cuerpo cerca del mío, sintiéndome segura.

Paré delante de su casa. Se quitó el casco y me hizo señas para que la siguiera. Me quedé de pie en su sala de estar, intentando saber más cosas de ella por cómo era su casa. Ella rebuscaba en el armario de la entrada.

—¡La encontré!

Volvió al salón sonriendo.

—Solo hay una cosa que Rocco tenía y tú no. ¡Una armadura!

Edna me dio una pesada chupa negra de motorista, con cremalleras plateadas brillantes. La cogí entre mis manos. Estaba suave por el uso. El codo derecho estaba bastante arañado.

—Eso es del día que derrapó y se cayó de la moto volviendo de Niagara Falls. —Tocó la manga—. Esta era la chaqueta a la que quería casi tanto como a su moto. Decía que era su segunda piel.

Los ojos de Edna estaban vidriados de lágrimas.

—Me la dio para que me protegiera. Eso me dijo. Pero era algo tan suyo que nunca pude ponérmela—. Yo me sentía incapaz de hablar. —Pruébatela —me pidió Edna, sujetando la chaqueta para que me deslizara dentro de ella. Pesaba, y el peso era reconfortante—. Te queda perfecta. —Apretó los nudillos contra los labios.

Abrí los brazos. Ella negó con la cabeza.

—Necesito estar sola. Lo siento, pero no estoy preparada. Espero que lo entiendas.

No lo entendía. Pero tenía tanto miedo de perderla que meforcé a sonreír y asentí.

Caminé de vuelta a la Harley y me monté en ella. Pude sentir mi propio poder en el rugido del motor. Me alejé conduciendo, con la armadura de Rocco puesta.



—¡Ten cuidado! —gritó Edna cuando la escalera hizo ademán de volcarse. Cogí la bandeja metálica antes de que la pintura que había dentro se derramara—. ¡Baja de ahí! —me ordenó.

Descendí y me sequé la frente con el antebrazo. Ella se rio.

—Te has manchado de pintura toda la cara, ven aquí.

Me sujetó el brazo mientras me frotaba suavemente la frente con un trapo. Saqué bíceps.

—He estado entrenando —alardeé.

Edna reprimió una sonrisa.

—Ya me he fijado. —Yo no reprimí la mía. Me besó en los labios—. Gracias por ayudarme a pintar el salón.

Sonreí y me encogí de hombros.

—¿Para qué estamos las butches?

Esas cinco palabras contenían todo mi dolor y mi confusión sobre por qué Edna seguía sin permitirme hacerle el amor después de un mes del reencuentro.

—Oh, no —dijo Edna, moviendo lentamente la cabeza de un lado a otro—. Las butches son maravillosas para echar una mano. Pero no es lo único para lo que servís. Las butches han hecho girar mi mundo. Me han hecho sentir bella cuando me habían arrebatado esa sensación. Es el amor de las butches lo que me ha sostenido.

Se me llenaron los ojos de lágrimas de gratitud, también de frustración por tener que contenerme para no tocarla.

Me acarició la cara con las manos llenas de deseo, pero no sabía si el resto de su cuerpo quería lo mismo.

—Eres tan guapa —susurró—. Guapo. Debería haber dicho que eres muy guapo.

—Bueno, ahora mismo me vale cualquiera de las dos —dije riéndome.

Lo único que veía era su boca, tan cerca de la mía que podía sentir la calidez de su aliento. Pero no me moví hacia ella. Edna dudó. Contuve el aliento, esperando que se acercara a mí; deseando que lo hiciera, temiendo que se alejara. Vino hasta mis brazos con miedo, pero confiando en mí. La recibí con mi abrazo.

Me desabotonó con torpeza la camisa salpicada de pintura. La dejamos en el suelo del salón. En su dormitorio me desabrochó los vaqueros. Solo entonces permití que mi pasión se encontrara con la suya.

Cuando me dejé ir, nuestra necesidad y nuestro deseo se liberaron. Sabía exactamente lo que quería y me llevó hasta allí, exigiéndome todo lo que podía darle. Y se lo di con ganas, sin restricciones. Al tocar su cuerpo con mi boca, con mis manos, con mis muslos, sabía que no era solo placer lo que estaba intentando darle, era todo mi amor. Y cuando me tocaba la espalda, primero acariciándome y luego clavándome las uñas, yo sentía el suyo.

Estaba tumbada entre sus brazos, vestida solo con la camiseta y los calzoncillos. Sus uñas bajaron por mi cuello y recorrieron mis hombros. Me sonrió seductora. Había olvidado el placer del coqueteo de una high femme.

Edna se pegó a mí, atormentándome con las uñas y los labios hasta volverme loca de deseo. El miedo me atenazaba la garganta. No conseguía rendirme, pero quería que me llevara hasta allí. Sus uñas recorrieron el interior de mi muslo.

—Tengo miedo —admití en voz alta.

Dejó de tocarme y se quedó quieta entre mis brazos. Cuando se durmió apoyada en mi pecho yo me quedé mirando al techo, deseando que me guiara a través de mi propio miedo pero sin saber cómo pedírselo.



Edna hizo un ruidito de placer al ver las flores que le había llevado.

—¡Oh, lirios! Son preciosos.

La besé en la mejilla.

—Me recuerdan a ti. —Edna encontró la nota que había puesto dentro—. Espera —le sujeté la mano.

Edna se rio.

—¿Qué pasa? ¿Has escrito algo que no debías?

Cambié mi peso de un pie a otro.

—Te he escrito un poema. Nunca había hecho eso. Quizá pienses que es estúpido.

Edna acercó mi cara su cuello y puso los brazos alrededor de mí.

—Cielo, ¿has escrito un poema para mí? Ay, gracias. Significa mucho. Ni siquiera me hace falta leerlo si no quieres que lo haga.

Las femmes son muy listas para estas cosas. Claro que quería que lo leyera, sobre todo ahora que me daba a elegir.

—Vale, léelo —le dije, y me preparé para su reacción.

Me sonrojé porque no pensaba que iba a leerlo en voz alta. Pero me gustó la manera en que su voz realizaba mis palabras.

*Igual que el amarillo de las hojas da paso
a la amable insistencia del verde
tú tocaste mi soledad,
y la cáscara seca dio paso
a una dulce novedad.*

Edna rompió a llorar. Me besó por toda la cara hasta que se me pasó la vergüenza.

—Oh, Jess, ¿de verdad has escrito esto para mí? Es muy bello.

—Edna —le susurré al oído—, ¿es esto expresar mis sentimientos?

Edna se apartó y me sujetó la cara entre las manos. Le temblaba el labio inferior.

—Sí, cielo. Es exactamente eso.

Nos abrazamos y bailamos al son de una música que solo nosotras oíamos. Me cogió la mano y me llevó a su habitación. Intenté hacerle el amor lo mejor que supe. Pero no pude leer su lenguaje corporal. Lo único que recibía eran interferencias. No conseguía entender qué estaba haciendo mal.

El pezón de Edna se endureció como un capullo que floreció en mi boca. La escuché gemir. Un sollozo siguió a otro. Puse la

cara cerca de la suya y ella me agarró la camiseta con los puños. Su cuerpo se agitaba con violencia. Hundió la cara en mi cuello y lloró tanto que me asustó. La abracé, apretándola fuerte contra mí.

—No puedo —dijo.

—Ssssh. No pasa nada.

—No te enfades conmigo —suplicó.

—No estoy enfadada —susurré—. No estoy enfadada contigo.

Edna no dijo lo que le pasaba, y yo tuve miedo de preguntar. Si no me deseaba, no tenía ninguna prisa por averiguarlo. Además, había estado tan insoportablemente sola durante tanto tiempo que el sexo no me importaba tanto como aquella intimidad. Seguí abrazándola y me conformé con la comodidad que ofrecía su cercanía.

Estuvimos tumbadas sin hablar durante mucho mucho tiempo. Finalmente rompí el silencio con una pregunta:

—¿Te parece que soy una mujer?

Edna se incorporó sobre un codo y me miró.

—¿Qué crees tú? —me preguntó cautelosa.

Suspiré.

—No lo sé. Nunca ha existido ninguna otra mujer sobre la faz de la Tierra con quien pueda identificarme. Pero estoy segura de que tampoco me siento un tío. No sé qué soy. Me vuelve loca.

Edna se acurrucó en mi hombro.

—Ya lo sé, cielo; lo entiendo de verdad. Creo que no he estado con ninguna butch que no se sintiera dividida de la misma forma.

—Ya —me encogí de hombros—, pero para mí es distinto, porque estoy viviendo como si fuese un hombre. Ni siquiera sé si sigo siendo butch.

Ella asintió.

—Es cierto que tú y Rocco lo tenéis difícil para descubrir cómo ser vosotras mismas y seguir vivas. Pero, créeme, cielo, no eres la única persona con la sensación de no ser ni un hombre ni una mujer.

Suspiré.

—No me gusta ser ninguno de los dos.

Edna puso su cara más cerca de la mía.

—Eres más que uno de los dos, cielo. Hay otras maneras de ser que no implican elegir una cosa u otra. No es tan fácil. Si lo fuera no habría tanta gente que no encaja. Eres hermosa, Jess, pero no sé cómo hacer que la gente lo vea.

—Me gustaría que todo fuera como antes —le dije.

Edna fijó la vista en la distancia.

—A mí no —dijo—. A mí no me gustaría volver a los bares y a las peleas. Solo quiero un sitio en el que poder estar con la gente que quiero. Quiero ser aceptada por lo que soy, y no solo en el ambiente gay.

Me sentí excluida de aquella fantasía.

—¿Y qué hay de mí? ¿Yo también puedo ser aceptada?

Edna acercó mi mano hasta su boca y me besó los dedos.

—Yo no seré aceptada hasta que tú también lo seas.

Sonreí.

—Es un bonito sueño. ¿Cómo hacemos que ocurra?

—No lo sé —respondió—. Ese es el problema.

Edna pasó el muslo por encima de mi cadera. Sus labios descansaban sobre mi camiseta.

—Ojalá pudiera salvarte —susurró—. Ojalá pudiera darte todo lo que te han quitado.

Me reí.

—Sal conmigo.

Edna se apoyó sobre un codo y me miró a los ojos.

—Desearías que pudiera salvarte, ¿verdad?

—No —mentí, con miedo de perderla.

Se sentó.

—No sé cómo podrías no quererlo. Me aterroriza pensar en lo poco tienes, en cuánto debes de necesitar. Yo no puedo ofrecerte tanto.

Giré sobre mí misma y le rodeé la cintura con los brazos.

—Entonces intentaré necesitar menos.

Me cogió del pelo y me echó hacia atrás la cabeza, hasta que la miré a los ojos.

—Ay, Jess. Siento mucho estar haciéndote daño. ¿Crees que no sé lo mucho que te dolió cuando no te dejé tocarme aquella primera vez? Y no sé cómo explicarte que no tiene nada que ver contigo.

—Vaya, muchas gracias —me reí con amargura—. Es a mí a quien no deseas, así que tiene bastante que ver conmigo. Lo único que me importa es que no hay nada que pueda hacer al respecto.

Edna me puso las yemas de los dedos en los labios para hacerme callar.

—Algo me está destrozando por dentro, Jess, y no sé qué es.

Me incorporé, impaciente.

—Habla conmigo, Edna. Puedo ayudarte.

Ella negó con la cabeza.

—No puedes arreglarlo, cariño. Las butches siempre queréis arreglar las cosas dolorosas.

Suspiré.

—Si no puedo hacerte el amor y no puedo arreglar lo que te duele, ¿dónde está mi magia de butch? ¿Qué puedo hacer por ti?

Edna sonrió y se acomodó de nuevo entre mis brazos.

—Dame tiempo —dijo— y un poco de espacio.



Edna se dio cuenta antes que yo de que ya habían salido las yemas de los árboles del zoo. Ya apenas me tocaba. Envidié la forma en que acariciaba las ramas.

Compramos unos cacahuets y paseamos sin rumbo. Miré al tigre enjaulado, paseando de un lado a otro en su celda diminuta. Hundió la cabeza y rugió. Edna observó mi rostro.

—A veces me da la sensación de que cuando no hay nadie hablas con estos animales y te contestan.

Sonreí.

—Entraría en las jaulas sin miedo.

Edna frunció el ceño.

—Podrían atacarte, incluso sin querer.

Asentí.

—Pero no me dan miedo.

Caminamos en silencio hasta llegar al estanque en el que los patos nadaban y se remojaban. Al sentarnos al lado del agua me di cuenta de que iba a ocurrir algo. Y no era posible parar el tiempo.

—¿Sabes? —empezó Edna—. Siempre he estado esperando a una butch que viniera a caballo a salvarme. Siempre me he apoyado en mi butch cuando me sentía débil.

Yo pelaba los cacahuets, uno detrás de otro, y se los tiraba a los patos ansiosos. Fui lo suficientemente inteligente para no musitar ni una palabra. Edna miró a los patos durante mucho tiempo, sin hablar. Se apretó contra mi cuerpo. Cuando se giró hacia mí pude ver los rastros de las lágrimas.

Creo que lo supe en ese momento, pero a veces necesitamos tiempo para entender las cosas del todo. Susurré su nombre.

—Podemos hacer que funcione —le dije.

Ella negó con la cabeza.

—Es que no puedo estar con nadie ahora mismo, Jess. Ni siquiera sé por qué. No tiene sentido. Si existieran las heroínas seguramente tú serías la mía. Eres todo lo que siempre he querido en una butch. Eres fuerte y amable y escuchas y lo intentas de verdad. Te quiero tanto, Jess.

Edna lloraba, con la cara girada. Yo no la toqué. Quería, pero sabía que no debía.

—¿Sabes? —le dije—. Los momentos que más recuerdo de mi vida son aquellos en los que pasa algo que yo no quiero que pase pero que no puedo controlar.

Edna se sorbió los mocos y asintió.

—Estoy totalmente paralizada, Jess. Y de alguna manera tengo que salvarme a mí misma. No puedes hacerlo por mí. Y no sé cómo. Estoy tan asustada.

Me acerqué por instinto. Me mantuvo a distancia con un toque suave.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero me controlé, sabía que tenía por delante muchas noches para estar triste.

—¿Por qué? —le pregunté—. Es que no entiendo por qué no puedes intentarlo.

Se mordió el labio inferior.

—Lo estoy intentando, Jess. Lo he intentado. Pero no sé lo que me pasa. Estoy tan sola como tú. Necesito tantas cosas. Eso es lo que me asusta; eso y lo mucho que me necesitas tú a mí.

—Joder, Edna. ¿No hay nada que pueda hacer para que cambies de opinión?

Ella negó con la cabeza. Las lágrimas le bajaban por la cara.

—Jess, te quiero mucho. Por favor, créeme.

Sentí alivio cuando se echó a mis brazos para llorar, hasta que me di cuenta de que me estaba dejando abrazarla por última vez. Una oleada de pánico estuvo a punto de ahogarme. Recordé cómo era mi vida antes de que Edna volviera a ella.

—Edna —musité.

Me cubrió los labios con los dedos.

—No puedo —dijo.

Me sujetó la cara entre las manos y me miró a los ojos.

—¿Qué vas a hacer, Jess? Oh, Dios, me gustaría ser lo suficientemente fuerte para salvarnos a las dos.

Aparté la mirada.

—Estaré bien —me escuché decir. Nos reímos en alto—. He dicho una cosa muy butch, ¿no? —admití.

—Muchísimo —se rio Edna.

Nos deslizamos de nuevo por la frontera entre la risa y las lágrimas.

Me pregunté si me habría dejado de haber tenido algo más dentro de mí que se pudiera amar, o si hubiera tenido menos carencias.

Edna me besó en la boca. Si me hubiera acercado a ella se habría apartado. Así que me quedé muy quieta y su beso continuó unos instantes más.

Se levantó.

—Lo siento mucho, Jess.

Si suplicarle hubiera hecho que se quedara conmigo habría caído de rodillas, pero sabía que no lo haría.

—¿Puedo llevarte a casa? —le pregunté, con la esperanza de que un poco más de tiempo le hiciera cambiar de opinión. Negó con la cabeza.

Me puse de pie y dejé que mis labios memorizaran su frente, sus mejillas, su barbilla. Me encantaba cómo la edad había suavizado sus facciones.

—¿Puedo verte alguna vez? ¿Hablar contigo?

Me puso la mano sobre el pecho.

—Quizá en algún momento. Ahora no. —Sus labios estaban muy cerca de los míos. La besé, dudosa. No se apartó. Por un momento sentí su deseo; después se alejó. Observé cómo se marchaba caminando.

Uno a uno, les quité las cáscaras a los cacahuets. Les tiré algunos a los patos y otros me los comí yo. Me sentí más sola y asustada que nunca.



19

Parecía una mañana de sábado como otra cualquiera. Todos los días eran iguales. Las horas pasaban tan despacio que no me daba cuenta de que los meses se estaban convirtiendo en años.

Mientras preparaba café, vi a un arrendajo azul peleándose con un estornino por las migas que había en el comedero de pájaros. Ninguno de los dos se había percatado del gato color canela que estaba agazapado debajo de ellos, listo para saltar.

Me tomé mi tiempo en la ducha, intentando deshacerme del hedor a soledad con agua caliente y jabón. La soledad me envolvía por completo, estaba en el aire que respiraba, en la dimensión espacial en la que estaba atrapada. Era como estar sentada en un bote en medio de un mar en calma, esperando que una brisa de aire hinchase las velas.

Nunca habría imaginado que mi vida podía cambiar drásticamente de nuevo aquel mismo día. En realidad fue bastante simple. Extraje un centímetro cúbico de hormonas con una jeringuilla, la sostuve sobre mi muslo desnudo y entonces me detuve. Una mano invisible parecía retenerme el brazo. No importaba cuánto

lo intentara, era incapaz de hundir la aguja en mis cuádriceps como había hecho cientos de veces.

Me levanté y me miré en el espejo del baño. La devastación que se veía en mis ojos me asustó. Cubrí el rastro de barba matutina con espuma de afeitarse, pasé la cuchilla y me lavé con agua fría. Todavía se notaba la aspereza de la barba. Aunque me encantaba y la sentía parte de mí, me daba la sensación de estar atrapada detrás de ella. Lo que veía reflejado en el espejo no era un hombre, pero tampoco podía reconocer a la marimacho que era. Mi cara ya no mostraba el contraste de mi género. Podía ver el yo que tenía passing masculino, pero no el yo más complejo que había debajo de la superficie.

Miré hacia el pasado y recordé a la niña que no encajaba en el catálogo de Sears. La vi de pie frente al espejo, vestida con el traje de su padre, preguntándome si yo era la persona en la que se convertiría cuando creciese. Sí, le contesté. Y pensé en lo valiente que había sido de haber iniciado ese viaje, de haber aguantado los comentarios y los juicios crueles.

Pero ¿quién era yo ahora, un hombre o una mujer? Había luchado muy duro durante mucho tiempo para que me considerasen una mujer como las demás, pero siempre me había sentido excluida por mis diferencias. Nunca habría pensado que el passing iba a esconderme. Creía que me iba a permitir expresar la parte de mi ser que no parecía propia de una mujer. Sin embargo, no había podido explorar cómo era ser alguien que no estaba en un lado ni en otro. Simplemente me había convertido en un tío, en un hombre sin pasado.

¿Quién era yo ahora, un hombre o una mujer? Nunca tendría una respuesta mientras esas fuesen las dos únicas opciones; mientras me siguieran haciendo esa pregunta.

Pensé en el largo camino que había recorrido. Nunca había dejado de mirar el mundo con mis propios ojos. Nunca había dejado de

sentirme yo misma en mi interior. ¿Qué pasaría si mi yo real pudiese salir a la superficie, cambiado por el camino que había recorrido? ¿Quién sería yo? De repente necesitaba saberlo. ¿Merecía la pena la vida si dejaba de intentar averiguarlo? Se me hizo un nudo de miedo y emoción en la garganta. ¿Adónde me dirigía ahora? ¿En quién me convertiría? No podía responder a esas preguntas, pero el simple hecho de hacerlas era una señal de que un cambio turbulento había empezado a bullir justo por debajo de la superficie de mi conciencia.

Busqué un cigarrillo por el apartamento, pero cuando cogí el paquete me di cuenta de que lo había estrujado con la mano sin querer.

Esa noche soñé que luchaba para no ahogarme en unas aguas turbias y profundas. Movía los brazos y las piernas intentando liberarme de aquel líquido denso y pegajoso. Me dolían los pulmones de contener la respiración. Necesitaba coger aire desesperadamente. Comencé a nadar lentamente hacia la superficie. La presión sobre mi cuerpo disminuía. Sentía un tacto de terciopelo líquido en las manos mientras se deslizaban por el agua. Podía ver el cielo, los haces de luz brillando por encima de mí. Tenía los pulmones a punto de estallar. Atravesé la superficie del agua. Sentí el sol y la brisa en la cara, calor y frío a la vez. Escuché el sonido de mi propia risa.



Creo que estaba convencida de que cuando desapareciese el efecto de las hormonas descubriría que había completado el círculo y regresado a la casilla de salida. Pero el viaje todavía no había terminado. Me di cuenta el día que vi a Theresa comprando en un K-Mart.

Contuve la respiración en cuanto la reconocí. Apenas había cambiado. ¿Diría ella lo mismo de mí? Me escondí detrás del perchero

de ropa interior masculina y la miré. ¿Qué haría si la llamaba en voz alta? Quería que me abrazase y me llevase a casa. Después de todo, me había dejado porque había empezado con las hormonas y ahora había parado de tomarlas. ¿Podría quererme de nuevo?

Vi que alguien le pasaba el brazo por los hombros a Theresa. Me incliné hacia el pasillo para poder ver mejor a la mujer. Era la misma soft butch que había abierto la puerta de Theresa hacía ya casi diez años, la misma amante. ¿Qué podía verle Theresa a aquella butch de tres al cuarto? Era mucho más difícil ser como yo; yo necesitaba el amor de Theresa mucho más que ella. Odiaba admitir que debía de tener algo especial si la quería.

Oí a Theresa reírse, tranquila y relajada. La cara se le arrugó en un gesto de amor. Entonces supe que no estaba volviendo a casa, que no estaba deshaciendo mis pasos. Me estaba lanzando a un destino que no podía vislumbrar. Y si alguna vez iba a estar de nuevo entre los brazos de Theresa, sería en un futuro lejano, no ahora.

Salí de la tienda deprisa para que no me viesen y conduje a casa en la moto antes de que se me saltasen las lágrimas. Estuve tirada en la cama durante horas, hasta que la húmeda tarde dejó paso a la noche. Las hojas de los robles se movían con la brisa al otro lado de la ventana de mi habitación, la luz de las farolas proyectaba sombras en la pared. El canto de las cigarras subía y bajaba.

Theresa me había pedido que le enviase una carta algún día. Quería escribirla ahora. Tenía muchas ganas de dejar en su porche un montón de frases envueltas como un regalo, palabras que iluminasen el cielo nocturno, que calmasen y sanasen. Pero todavía no era capaz de ponerme a escribir.

Durante la larga noche, me di cuenta de que si el amor hubiese sido suficiente, puede que nunca hubiese perdido a Theresa. Pero lo hice. Se podía decir que habíamos llegado a una bifurcación en nuestro camino. Era cierto, pero no era toda la verdad. Sabía que había ido perdiendo a Theresa poco a poco antes de que nos sepa-

rásemos. Yo había sido el centro de su mundo, pero ella se había convertido en lo único que yo tenía. A medida que mi mundo se hacía más pequeño, había necesitado que lo fuese todo para mí, y a cambio yo ansiaba ser todo lo que ella necesitaba. Ninguna de las dos pudo estar a la altura de las expectativas.

Pero ¿podría haber sido de otra manera? ¿Cómo podría no haberme arrodillado al final del día para pedirle que fuese mi refugio? ¿Cómo podría haberse negado, queriéndome como me quería? Los momentos en que apoyaba la cabeza en su regazo y me acariciaba la cara eran todo lo que sabía de cuidados y aceptación. En su caso, lo que me había pedido de infinitas maneras era que reconociese que la necesitaba. No sé a qué otro sitio podría haber ido para encontrar seguridad en un mundo tan peligroso. Y no creo que ella hubiese podido seguir amándome si yo no me hubiese mostrado vulnerable. Quizá el problema fue que empecé a creer que su amor podía protegerme, que empecé a pedir que lo hiciera, a exigirlo. Quizá ella creyó que si lo intentaba con más fuerza podría mantenerme a salvo. Cuando me limpiaba la sangre de la cara ¿lo veía como una burla de su poder? ¿Sería diferente ahora si estuviésemos juntas de nuevo?

Algún día le hablaría de las pequeñas cosas que estaba empezando a entender. Pero por ahora solo podía escribirle unos cuantos versos, un poema corto arrancado del corazón encogido de una marimacho:

*Especialmente en la noche fría,
cuando las ramas frondosas hacen dibujos en las paredes
y la conciencia cae suavemente abriendo paso
para que el sueño llegue hasta mis costas,
en ese largo momento sin control
el carbón de los recuerdos brilla suavemente
y le da a la oscuridad un tono distinto.*

No pasó nada cuando dejé de tomar hormonas. Pasé muchos meses corriendo al espejo cuando me levantaba por las mañanas, sin aliento a causa de la expectación. No cambiaba nada. Era bastante decepcionante. Me costó muchas horas de electrolisis volver a sentir la suavidad de mis mejillas otra vez. Una mañana, me levanté y vi que había sangre menstrual en mis calzoncillos. Los tiré para no arriesgarme a que en la lavandería alguien viese la aparente contradicción. Pero el cambio de verdad estaba sucediendo dentro de mí. Tenía que ser honesta conmigo misma, era tan urgente como respirar. Cuando me sentaba yo sola y me preguntaba qué quería realmente, la respuesta era cambiar.

No me arrepentía de la decisión de tomar hormonas. No habría sobrevivido mucho tiempo más sin el passing. Y la cirugía había sido un regalo a mí misma, una forma de volver a sentirme bien con mi propio cuerpo. Pero quería algo más que sobrevivir, que ser una extraña que evitaba implicarse en nada. Quería descubrir quién era, encontrar una forma de definirme a mí misma. Fuese quien fuese, quería afrontarlo, quería experimentarlo. Quería ser capaz de contar mi vida, de explicar cómo se veía el mundo con mis ojos.

Sin embargo, tenía mucho miedo de salir y enfrentarme al mundo de nuevo. Me preguntaba por qué había tenido que escoger los primeros años de la administración Reagan y el auge de la Mayoría Moral⁴⁰ para exigir el derecho a ser yo misma. ¿Armarían a los aldeanos con antorchas y estacas para que me persiguiesen por el campo? ¿Me dejarían sola, esposada en una celda de aislamiento sin nadie a quien recurrir si sobrevivía a la pesadilla? Pero luego me di cuenta de que no importaba quién ocupase la Casa Blanca, siempre había sido difícil ser yo misma.

40. Organización política de Estados Unidos de orientación ultraconservadora y fundamentalista cristiana que funcionó como lobby. Estaba estrechamente vinculada a los telepredicadores evangélicos y apoyada en el ala derecha del Partido Republicano.

Estaba entre la espada y la pared, y algo me decía que el resto de mi vida no iba a ser fácil. Pero había pasado por mucho y no parecía que las cosas pudiesen empeorar.

Una vez más, no podía ver el camino que tenía delante. Tenía que seguir mi propio curso a través de aguas desconocidas, confiando en constelaciones que se movían constantemente. Deseaba tener alguien al que poderle preguntar qué hacer. Pero esa persona no existía. Yo era la única experta en vivir mi propia vida, la única a la que podía recurrir en busca de respuestas.



Supe que estaba cambiando cuando la gente empezó a mirarme con cara de idiota otra vez. Había pasado un año. Las caderas tensaban las costuras de mis pantalones de hombre. La barba me crecía fina y rala debido a la electrolisis. El rostro se me había suavizado. Sin embargo, la voz, que se me había agravado como consecuencia de las hormonas, se quedó ahí. Y el pecho seguía estando plano. En mi cuerpo se mezclaban diferentes características de género y no era la única que se daba cuenta.

Recordé lo que era caminar entre un grupo de desconocidos que te observan fijamente: su mirada confusa, furiosa, intrigada. Hombre o mujer: les indignaba no poder saberlo de un simple vistazo. El castigo no iba a parar. El único reconocimiento que iba a encontrar en sus ojos era ser «la otra». Era diferente. Siempre lo iba ser. Nunca iba a poder refugiarme en la tranquilidad de ser como los demás.

—¿Cómo coño voy a saber qué es eso? —le dijo el dependiente a un cliente cuando me iba. El demostrativo resonó en mis oídos. Me había convertido en «eso».

Antes, los desconocidos se enfurecían conmigo por ser una mujer que había cruzado un límite prohibido. Ahora no sabían de

qué sexo era y eso les resultaba inimaginable y terrorífico. Hombre o mujer: el suelo se les movía bajo los pies cuando pasaba junto a ellos. «¿Cómo coño voy a saber qué es eso?». Había olvidado lo duro que era. Pero sabía que estaba llegando a la siguiente etapa de mi vida. El miedo y la emoción me corroían por dentro.

No había nada que me retuviese en Búfalo más tiempo. Sin embargo, tenía miedo de irme. Quería creer que, fuese cual fuese el sitio que estaba buscando, lo iba a encontrar allí. Pero había llegado el momento de admitir que quizá mi hogar me estuviese esperando en otro sitio. O quizá tenía que irme para darme cuenta de que el hogar que necesitaba estaba dentro de mí. En cualquier caso, había trabajo en Nueva York. El empleado de la agencia de trabajo temporal me dijo que podía currar en Manhattan. Y que las salas de cine de Times Square que estaban abiertas las veinticuatro horas eran los hoteles más baratos de la ciudad. Aunque me dije a mí misma que no tenía suficiente dinero para mudarme, en el fondo tenía miedo de que Nueva York me masticara y me escupiera.

Sin embargo, lo que me atraía no era solo la esperanza de un trabajo estable; también el anonimato. De alguna manera, era más fácil ser una desconocida en una ciudad desconocida. Y esperaba encontrar gente como yo. El miedo era lo único que me retenía en Búfalo.

Una mañana, bajé las escaleras y encontré un charco de aceite en el sitio en el que había aparcado la Harley. No podía creer que me la hubiesen robado. Di vueltas por el barrio durante una hora intentando convencerme a mí misma de que había olvidado dónde la había aparcado. Cuando me senté por fin en el bordillo y me di cuenta de que me habían robado la moto, supe que era el momento de irme de Búfalo.



Cuando el tren salió de la estación de Búfalo, sentí que una parte de mí había quedado atrás. No sabía lo que me esperaba delante, pero el tren avanzaba a través de la oscuridad hacia ese destino.

El cielo invernal era azul como en un dibujo infantil y las nubes formaban figuras que recordaban a distintas cosas. En mi ventana apareció un paisaje nuevo. Podía ver la tierra boscosa, sombría y desnuda. Me esperaba un largo viaje.

—¿Está ocupado? —preguntó una mujer. Negué con la cabeza. Colocó su equipaje en la balda que había sobre nuestras cabezas. Una niña se asomó entre las piernas de la mujer—. Soy Joan y esta es mi hija Amy.

Amy me miraba fijamente. Asentí y sonreí.

—Soy Jess.—Me giré para seguir mirando por la ventana. Quería que me dejaran en paz para pensar en mis cosas.

Amy se subió al regazo de su madre.

—Cuéntame un cuento.

Joan sonrió y apoyó la cabeza contra el respaldo.

—Había una vez...

Contó una historia sobre una niña que viajaba por el mundo buscando un hechicero que le dijese cuál era su propósito en la vida. Pero por el camino se enfrentaba a un dragón que escupía fuego y le bloqueaba el camino. Estaba muy asustada por el dragón. «¿Qué haré ahora?», se lamentaba la niña. De repente, se dio cuenta de que había una roca enorme balanceándose en el risco que se encontraba sobre sus cabezas. Si pudiese empujar la roca, caería y mataría al dragón. Pero ¿cómo podría llegar hasta allí? La niña llamó a un águila: «hermana águila, por favor, ¡ayúdame a matar al dragón!». El águila descendió en picado y subió a la niña hasta el risco. El dragón vio la roca caer, pero era demasiado tarde. Cuando lo aplastó, desapareció en una nube de humo. La niña estaba muy contenta, pero tenía miedo de que todo aquello hubiese retrasado el viaje y ya no pudiese encontrar al hechicero. Esa noche, se

detuvo y acampó bajo un sauce llorón, junto a un río. Hizo una pequeña hoguera para asar salchichas y se adentró en el bosque para recoger más leña. Cuando volvió, encontró al hechicero sentado junto al fuego, asando malvaviscos. Supo que era el hechicero porque llevaba un gorro de punta con estrellas y lunas. Así que se sentó y le preguntó: «Señor hechicero, dígame por favor cuál es mi propósito en la vida». Y el hechicero le sonrió y le dijo: «Matar a un dragón».

Amy sonrió a su madre y se acurrucó contra su pecho.

—Mamá, ¿es una chica o un chico? —preguntó, mirando a Joan.

Ella me dirigió un gesto de disculpa y se volvió hacia Amy.

—Es Jess —dijo.

—¿Os traigo algo del vagón restaurante? —le pregunté a Joan mientras me levantaba y me alejaba despacio de ellas. Negó con la cabeza.

Compré un refresco y una baraja de cartas y me senté en el vagón restaurante a hacer solitarios. Cuando volví a mi asiento, Joan y Amy se habían marchado. Debían de haberse bajado en Rochester. Agradecí la privacidad.

El mundo pasaba volando por mi ventana: vetas de bermellón, de magenta, de ámbar oscuro. Abedules plateados y retazos de nieve. Hojas secas de color ocre enganchadas todavía a las ramas. Hierba dorada que se movía como las olas reinando sobre el pantano. Patos marrones nadando en los estanques. El cielo lleno de cuervos, halcones y buitres de cabeza roja. Casas deterioradas por las inclemencias del clima escondidas entre las colinas verdes. Campos en barbecho y silos resplandecientes.

Pueblos aletargados que mostraban sus destartalladas espaldas a las vías del tren. Calles principales que apenas tenían la longitud de una manzana: bazares, talleres, concesionarios, gasolineras, restaurantes de comida casera. Casas de color lima, limón, melocotón. Porches caídos. Camionetas y columpios infantiles oxidándose en

los patios traseros. Aparcamientos de caravanas: ayer representaban el sueño de desplazarse de un sitio a otro, ahora estaban desprovistas de ruedas. Fábricas abandonadas, tan familiares como la respiración de una amante. Carreteras, vías y caminos que ataban nuestras vidas como si fuesen lazos de regalo.

Comencé a sentir el placer del estado de ingravidez que produce estar entre un sitio y otro.

Pero unas horas después la tierra empezó a desaparecer bajo el peso de hectáreas y hectáreas de fábricas y bloques de apartamentos enormes. Nos estábamos acercando a Nueva York. Los edificios crecieron amenazadoramente hasta tapar el cielo. Nos internamos en un bosque de bloques de viviendas. Algunos habitados, otros abandonados, no había mucha diferencia: los primeras tenían las ventanas cubiertas con telas y los segundas con tablones. La ropa se agitaba con el viento, tendida en las escaleras de incendios. Cada centímetro de pared parecía cubierto de nombres pintados con spray.

Podía saborear la pobreza, un regusto familiar entre los dientes.

—Esto es Harlem —oí que le decía un hombre a su acompañante.

¡Harlem! Me quedé sin aire de la emoción.



20

Me detuve en el exterior de Grand Central Station y miré hacia arriba. Me sentía como una niña, quieta al pie de un desfiladero de cemento con paredes que llegaban al cielo. Cientos de personas caminaban a toda prisa de un lado a otro. Los desconocidos me golpeaban al pasar. «Muévete, imbécil». Me recordaba a la sensación de crecer en un mundo de adultos, parecía que todos se hubiesen puesto de acuerdo para trazar un plan y yo no tuviese ni idea de qué hacer.

Conseguí abrirme paso en la acera y le pregunté al tío que estaba en el quiosco.

—¿Dónde está la calle 42?

—Estás en ella —soltó.

—¿Cómo puedo encontrar apartamento en esta ciudad? —pregunté.

—¿Quieres un apartamento? Encuentra a alguien que tenga uno de protección oficial y mátalos. —No estaba sonriendo cuando me dio un ejemplar del *Village Voice* y cogió el dinero.

Apoyé la espalda contra la fachada de un edificio y observé a la multitud que pasaba a mi lado. Me di cuenta de que aquella ciudad

requería un plan y yo no tenía ninguno. Tenía seiscientos pavos. Necesitaba conseguir un apartamento y dejar lo suficiente para comida y transporte hasta que cobrase el primer sueldo.

Resultó que era cierto que la calle 42 estaba llena de cines que abrían toda la noche. A cambio de tres dólares tenías un montón de películas de kung fu, una detrás de otra. Elegí uno de los cines y me sumergí en un mundo totalmente masculino. Olía a tabaco rancio y porros. Muchos de los asientos estaban rotos, algo que no descubrí hasta que me senté y acabé con el culo en el suelo pegajoso. Los hombres que estaban cerca de mí me echaron un vistazo y volvieron a mirar a la pantalla.

Me encantaron las películas. Todas parecían ir de lo mismo. Un chico joven que se enfrenta a un enemigo poderoso. Debe encontrar un maestro que le entrene como un mono, una mantis religiosa, un águila, un escorpión. El giro de guion se produce cuando el maestro no es lo suficientemente poderoso o muere antes de que el joven esté preparado. Siempre se necesita una combinación especial de habilidad e intuición para derrotar al enemigo. El héroe siempre es alguien honorable, marcado por la disciplina y la humildad y muy respetuoso, incluso casto, con su novia.

Pero siempre que aparecía una mujer en la pantalla, los hombres que había a mi alrededor gritaban «¡Cómele el coño! ¡Fóllate a esa puta!». Al principio me asusté. Luego me di cuenta de que, a excepción de mí, era un público totalmente masculino. ¿Con quién iban a estar hablando sino entre ellos? ¿Cada uno de esos hombres estaba intentando convencer a los demás a gritos de que las mujeres todavía se la ponían dura? ¿De que no importaba lo machacados que estuviesen de la vida en la calle porque todavía eran hombres de verdad?

Intenté retrasar el momento de ir al baño, pero pasado un rato no me quedaba otra. El hedor me golpeó cuando abrí la puerta del servicio de hombres. Había un viejo sentado en uno de los retretes,

con una aguja clavada en el brazo, cabeceando. Los azulejos estaban pegajosos de mugre. Los retretes no tenían puerta. La mayoría estaban atascados de mierda y papel de váter.

Me metí en el baño de mujeres. Estaba mohoso por la falta de uso. Cuando me estaba bajando la cremallera de los pantalones, la puerta se abrió.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó un hombre con una chaqueta roja.

Puse la voz ronca.

—Plantando un pino, ¿te importa? —le empujé al pasar junto a él y volví a mi asiento. Me empecé a adormilar cuando ya había visto las películas un par de veces.

A la mañana siguiente me puse a andar, pedí indicaciones a casi todo el mundo con el que me crucé hasta que llegué a la puerta de la primera agencia de alquileres que había visto en el *Voice*.

—¿Tienes algo más barato? —pregunté a la agente.

—¿Quieres un apartamento o un basurero? Doscientos cincuenta, es una ganga.

Me lo pensé un momento.

—¿Cuándo podría mudarme?

—Aquí tienes las llaves —dijo.

Fui a coger las llaves, pero las retiró.

—Tienes que darme un mes de alquiler, un mes de fianza y la tarifa de la agencia: setecientos cincuenta dólares, a pagar ahora mismo.

—Solo tengo quinientos —le dije, esperando que los otros cien me durasen hasta que encontrase trabajo y ganase el primer sueldo.

Me miró de arriba abajo y me tendió la palma de la mano.

—Dame los quinientos dólares. Me debes la tarifa de la agencia. Tienes hasta el viernes. Si no vienes con el dinero antes de ese día, estás fuera. —Se lo agradecí y firmé el contrato.

No era necesario que me hubiese dado las llaves. El apartamento no tenía cerradura. Tampoco cocina, nevera, agua corriente o tablas en el suelo. Caminé con cuidado entre los maderos de debajo.

Bajé corriendo los cinco tramos de escalera y llamé a la agencia.

—No se puede vivir ahí —le dije a la mujer.

—No es mi problema —contesté.

—¡Quiero que me devuelvas el dinero!

Se rio, casi con delicadeza.

—Has firmado el contrato, cariño. Es tuyo los próximos treinta días.

—¡Quiero el dinero! Tiene que haber leyes. No puedes hacer esto —grité en el auricular, pero había colgado.

Estaba anocheciendo y tenía frío. El hombre de la licorería de la esquina me dio un par de cajas de cartón. Subí de nuevo los cinco tramos de escaleras. Metí un trozo de cartón en la puerta para mantenerla cerrada, aplasté la otra caja y la utilicé como cama. Me tumbé allí sintiéndome completamente gilipollas. Había perdido casi todo mi dinero y no tenía ingresos.

Escuché pasos en la escalera. Me pregunté quién podría ser, el edificio parecía desierto. Las pisadas se acercaron, se detuvieron en el descansillo y avanzaron hasta la puerta. Me quedé tumbada, intentando no respirar. Un empujón a la puerta y aquel desconocido sabía que la había calzado desde dentro. Estuve sin hacer ruido un montón de tiempo, mientras alguien esperaba en silencio al otro lado. Después escuché las pisadas bajando por las escaleras. Me puse en pie de un salto y cogí la bolsa de lona, ansiosa por salir de ese peligroso basurero. ¿Qué me había hecho creer que podía sobrevivir en esa ciudad?

No conocía ningún otro sitio en el que pasar la noche excepto los cines que proyectaban kung fu. Parecían un lugar mucho más seguro que aquel edificio abandonado. Paré a un hombre chino en la calle y le pregunté dónde estaba.

—En la calle Mott —contestó—. ¿A dónde quieres ir?

Suspiré.

—A Times Square, a la calle 42.

Indicó la dirección con un movimiento del brazo.

—Tren A.

¿Dónde estaban los putos trenes? ¿Cómo hacía la gente para encontrar el metro en esa ciudad? Pregunté y pregunté hasta que alguien me señaló unas escaleras que se internaban bajo la calle. Compré un billete y me adentré en el submundo del metro de Nueva York. Nada en la vida me había preparado para aquello.

En Búfalo siempre había tenido mi propio vehículo. Y cuando tenía que coger un autobús, todo el mundo se sentaba allí mirando hacia delante con el pensamiento en otra parte. En el metro te sentabas frente a frente con el resto de pasajeros.

El vagón estaba atestado. Nunca había tenido la oportunidad de observar a la gente de esa manera. La mayoría de los pasajeros parecían dormidos de pie, con los ojos vidriosos. Otros hundían la cara en libros y periódicos. De repente me di cuenta de que algunos estaban haciendo exactamente lo mismo que yo. Miraban a la gente, me miraban a mí.

La mujer que estaba sentada enfrente me observaba fijamente, como si fuese de otro planeta. Le dio un codazo a su novio.

—¿Es un chico o una chica?

Él me miró de arriba abajo.

—¿Cómo coño voy a saberlo? —Esperaba que llegásemos pronto a la calle 42—. Eh —dijo—. ¿Eres un tío o qué? —Me le quedé mirando sin hacer ningún gesto—. Eh, te he hecho una pregunta, ¿estás sordo? —No respondí.

Se levantó y se acercó a mí sujetándose de las barras. Incliné la cara sobre la mía. Podía oler el aliento a cerveza.

—Te lo voy a preguntar una vez más, hijo de puta. ¿Qué coño eres?

El tren se detuvo en la calle 42 y se abrieron las puertas. Estaba bloqueándome la salida.

—Vamos, cariño. —Su novia tiró de él. Me levanté. Nos quedamos frente a frente. Apreté los puños—. Vamos, cariño —dijo con voz melosa—. Me prometiste que no ibas a meterte en otra pelea hoy.

Los dos se giraron para salir del tren. Decidí quedarme.

—¡Maricón de mierda! —me gritó.

—¡Que te jodan! —le respondí también a gritos.

—Es un tío —le dijo a su novia.

Me bajé en la siguiente estación y volví caminando por la Octava Avenida hasta la calle 42. Si conseguía suficiente dinero, quizá podría volver a Búfalo. En aquel momento me lo creí.

—¿Quieres pasártelo bien, cariño? —Una mujer se detuvo delante de mí en la acera y abrió su abrigo de piel falsa de leopardo para enseñarme el sujetador negro—. Deja que me ocupe de ti. —Frunció los labios y enganchó su brazo al mío. Me acordé de cuando salí del armario como butch, de cómo había sobrevivido gracias a la fuerza de chicas como aquella. Una vez había estado en su lado del mundo. Ahora me veían como un cliente. Me aparté de ella horrorizada—. Que te jodan. —Escupió en la acera delante de mí.

Me di cuenta de que había un coche patrulla cruzado en diagonal en la intersección. Escuché sirenas detrás de mí.

Me acerqué al pequeño grupo de policías. Uno de ellos empujó a una drag negra vestida con medias de rejilla contra el coche patrulla y le esposó las manos detrás de la espalda. Giró su rostro hacia mí. «Ayúdame», me suplicó en silencio.

«No sé qué hacer», respondí con la mirada.

Había dos policías más inclinados sobre otra drag queen que permanecía tendida en el asfalto. La sangre le salía a borbotones de la brecha que tenía en la frente. Uno de los policías se arrodilló a su lado. No apartó los ojos de mí mientras extendió la mano y le agarró uno de los pechos hinchados por las hormonas.

—Bip, bip —rio mientras lo apretaba.

Me quedé paralizada, atenazada por el odio. No se me ocurría ninguna forma de intervenir excepto quedarme allí como testigo. El policía que estaba más cerca de mí se aproximó. Acercó su cara a la mía.

—¿Qué coño te pasa? —me preguntó. Había comido ajo hacía poco. No me moví ni dije nada. Me clavó el extremo de la porra en las costillas—. ¿Quieres que te lleve al calabozo? —preguntó. La idea de que me arrestaran sin conocer a nadie en Nueva York me aterrorizó—. Contesta, ¿sí o no? —Me quedé quieta. Agarró la porra con las dos manos y la sostuvo en horizontal sobre mi pecho—. ¿Sí o no, gilipollas?

—No —exhalé.

—Quieres decir «no, señor» —me provocó.

Apreté los labios. Me miró fijamente a los ojos.

—Vete de aquí una puta vez —ordenó.

Corrí por la calle 46 hasta que dejé de escuchar las risas. La respiración se me entrecortaba. Un viento helado soplaba desde el río.

Una niña estaba de pie junto a la ventanilla de un coche, hablando con el hombre que estaba al volante. Si no hubiese llevado tacones, no habría llegado a la altura de los ojos del conductor. Vestía una chaqueta corta fina y medias con costuras. Debía de estar congelada. La vi caminar hasta el asiento del pasajero y montarse en el coche.

No podía correr o caminar más. Apoyé la frente contra la fría fachada de ladrillos de un edificio. El dolor físico comenzaba en el pecho y subía hasta la garganta. Abrí la boca para gritar, pero no salió ningún sonido.



A la mañana siguiente estaba esperando en la puerta de la oficina de trabajo temporal de la calle 42 cuando abrió. Un hombre con una chaqueta deportiva de cuadros leyó mi solicitud.

—¿Qué tipo de exención? —me preguntó.

—¿Qué?

—El servicio militar. ¿Qué tipo de exención tuviste?

Me encogí de hombros. No había rellenado ese apartado del formulario.

—No estuve en el servicio militar.

Se recostó en la silla.

—¿Por qué no?

Me incliné hacia delante.

—Señor, ¿tiene trabajo para mí o no?

Dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Tienes carné de conducir? —Negué con la cabeza—. Consigue uno.

—No —le dije—. No quiero conducir en esta ciudad. Es una locura.

Escribió algo en un trozo de papel.

—¿Sabes conducir un toro mecánico? —Asentí—. Fábrica de máquinas de coser. Trabajarás con una carretilla elevadora. —Era hombre de pocas palabras.

—¿Cuánto pagan?

Sonrió.

—Ochenta dólares a la semana. Esta semana y la que viene te descontaremos cuarenta dólares.

Me incliné hacia delante cabreada.

—¿Por qué?

—Por haberte encontrado el trabajo. ¿Lo quieres o no?

Exhalé con la mandíbula apretada.

—Sí, lo quiero.

Parecía contento.

—Bien, aquí está la dirección. Escucha, chaval, nada es gratis en esta vida.

Me tiré toda la semana comiendo sándwiches de crema de cacahuete. El día que cobré me di el lujo de ir a la cafetería que había enfrente de la fábrica.

—Pechuga —dije. El hombre que estaba detrás de la barra asintió y empezó a trinchar el pollo.

—Lo mismo⁴¹ —dijo la mujer mayor que estaba a mi izquierda.

Me rugió el estómago. La mujer sonrió cuando lo escuchó. Los dos mirábamos la carne con ojos hambrientos mientras la cortaba.

La pila de carne de mi plato crecía y el hombre seguía echando más. La mujer me miró y asintió. Levanté las dos cejas.

Suspiró.

—Los hombres necesitan comer más —dijo.

Cuando salí de trabajar, compré dos cerrojos y dos cerraduras en una ferretería y volví al edificio abandonado de la calle Mott. Los coloqué de forma que pudiese cerrar la puerta desde fuera y desde dentro. Después compré un trozo de contrachapado para cubrir el suelo y un colchón hinchable barato para dormir. La primera noche en Nueva York había estado muerta de miedo en ese edificio. Ahora, una semana después, pensaba que iba a morirme si no conseguía tener unas pocas noches de privacidad.

No había agua corriente en el edificio. Pero uno de los tíos del cine me vio lavando una camiseta en el lavabo del baño de hombres y me dijo que Grand Central Station era mucho mejor sitio para lavar cosas.

Durante el día curraba en trabajos temporales lavando platos y descargando camiones. Después del trabajo, esperaba hasta que pasaba la hora punta, lavaba la camiseta en el baño de hombres de Grand Central Station y me la llevaba a secar a casa. Al amanecer volvía a la estación a asearme. A esa hora, el baño de hombres

41. En español en el original.

pertenecía a los sintecho que, como yo, luchaban para mantener lo que les quedaba de autoestima. En dos ocasiones sospeché que uno de los mendigos, que iba envuelto en abrigos, era en realidad una mujer.

En una segunda agencia conseguí un trabajo de vigilante nocturno. Al menos podía usar el baño en privado. Tenía que hacer rondas cada sesenta minutos. Con la ayuda de la alarma podía dormir cuarenta minutos cada hora.

Doblar turno me estaba matando, pero estaba decidida a reunir suficiente dinero para conseguir un apartamento de verdad.

Cuando el tiempo empeoró, tuve una tos que no se me calmaba con pastillas o jarabes. Tenía la garganta en carne viva. Esperé a que se me pasara.

—Por Dios, vete a casa —dijo uno de los tíos con los que descargaba camiones al empezar la semana.

—No me lo puedo permitir —contesté.

La fiebre me consumía. Las aceras se deslizaban por debajo de mis pies. Los edificios se curvaban sobre mí tapando el cielo. El viento me arrancaba la ropa. Conseguí subir a mi apartamento apoyándome en la endeble barandilla y descansando en cada rellano.

El saco de dormir y la almohada parecían acogedores. La habitación estaba a oscuras. Por primera vez desde hacía semanas tenía calor. Demasiado calor, de hecho. Mientras me tumbaba para dormir, creí ver un demonio con forma de murciélago volando de un lado para otro por encima de mi cabeza, el zumbido que producía cuando batía las alas llenaba toda la habitación. Me dormí para escapar de la sensación de terror. Cuando me desperté vi a Theresa sentada junto a mí. La almohada estaba empapada de sudor. Sentí su mano fría en la mejilla. Casi había olvidado el regalo que era verla sonreír.

—Theresa —susurré—. Te quiero mucho. Te echo de menos, cariño. Por favor, vuelve conmigo.

Me hizo callar con la mano. *Jess, tienes que ir al hospital.*

Moví la cabeza.

—No puedo. Me encuentro demasiado mal para defenderme si pasa algo.

Me calmó con las yemas de los dedos. *Es el momento, cariño. Puedes hacerlo. Sé que puedes.*

—Theresa, tengo miedo.

Asintió mientras me acariciaba el pelo. *Lo sé, Jess. Lo sé.*

Negué con la cabeza.

—No me refiero solo al hospital. Ya no sé cómo vivir mi vida. Tengo miedo.

Asintió. *Lo estás haciendo bien, Jess. Aguanta.*

Intenté incorporarme apoyándome en un codo, pero me caí de nuevo.

—Estoy muy sola, Theresa. No pertenezco a ningún sitio. Ni siquiera sé si sigo existiendo. —Theresa me limpió las lágrimas de los ojos. Puse su mano entre las mías—. Por favor, Theresa, quédate conmigo. No te vayas, por favor. Tengo mucho miedo.

Estoy aquí, cariño, me aseguró. Siempre he estado aquí contigo.

Me sumergí en la inconsciencia.

—Pero te estás desvaneciendo —susurré.



Meforcé a caminar en medio del viento cortante. No iba a poder llegar al hospital. Mis piernas no iban a llevarme mucho más lejos, y me sentía demasiado débil para someterme a una exploración. Theresa había sobreestimado mis fuerzas físicas y mentales.

Tosí con tanta violencia que tuve miedo de romperme las costillas. El sonido lejano de una sirena pareció estirarse como un chicle. Las luces de la ciudad brillaban. Caminaba sin rumbo por las calles del Lower East Side, no sabía volver a mi apartamento.

—Tengo de todo —susurró un chaval joven cuando pasé a su lado. —¿Qué estás buscando?

Moví la cabeza.

—No lo sé.

Se le iluminaron los ojos.

—¿Qué necesitas? —Tosí y tosí hasta que las luces de las farolas empezaron a darme vueltas—. Joder, tío, estás enfermo, ¿eh?

—Solo era un dolor de garganta, pero ahora no puedo parar de toser.

—¿Cuánto dinero tienes? —preguntó. Me encogí de hombros—. ¿Tienes veinte pavos? —Asentí—. Espera aquí —me dijo.

Estuve tanto tiempo en aquella esquina que olvidé qué hacía allí. Volvió con un frasco de color ámbar. Cuando intenté cogerlo, lo apartó. Le dí el billete de veinte dólares.

—Tienes que tomártelas cuatro veces al día. Hay que acabar todo el frasco. Eso es lo que ha dicho el tío.

Fruncí el entrecejo.

—¿Qué es?

Se encogió de hombros.

—Un medicamento. Te he dicho lo que el pavo me ha dicho a mí. ¿Tienes otros diez dólares?

—¿Para qué? —pregunté. Eso significaba que sí.

—Tengo cuatro pastillas de codeína aquí mismo. Eso hará que dejes de toser, o que al menos te deje de importar.

Sonreí y le di diez dólares más.

—Gracias —dije, y lo dije en serio.

Me estrechó la mano.

—Cuídate, tío.

Compré dos litros de zumo y encontré el camino de vuelta al edificio abandonado al que llamaba hogar. Cuando me despertaba la tos cada pocas horas, me tomaba una pastilla del frasco y otra de codeína y volvía a dormirme. Cuando me desperté el domingo

por la mañana el saco de dormir estaba empapado. Me senté y me froté los ojos. Me sentía mejor. La enfermedad estaba remitiendo por fin.

Tenía que pagar el alquiler al acabar la semana. Había encontrado un hotel barato cerca de las agencias de trabajo temporal que podía alquilar por semanas hasta que pudiese ahorrar para un apartamento decente, para una casa de verdad. Miré a mi alrededor. No me podía creer que hubiese vivido en aquel basurero durante todo un mes.



—¿Cuánto? —le pregunté al conserje.

—Trescientos veinticinco al mes con calefacción y agua caliente. El baño está en el pasillo. Fianza de trescientos veinticinco.

Asentí. Tenía un dormitorio pequeño, cocina y comedor, todo puesto en línea recta. Le dí el dinero en efectivo y me dio el contrato.

—Espera —dije mientras se giraba para marcharse—. ¿No hay bañera?

—Allí —señaló una esquina de la cocina. Había una bañera tapada por una lámina de metal. Qué ciudad más rara.

Cerré la puerta del apartamento y me giré para mirarlo. Necesitaba una mano de pintura: amarillo para la cocina, azul cielo para el dormitorio, marfil para el comedor. Tenía que comprar alfombras. Y platos, cubiertos, ollas y sartenes. También limpiador para la pila.

Abrí la bolsa de lona y busqué papel y bolígrafo para hacer una lista. Allí estaba el gatito de porcelana que Milli me había dejado. Lo coloqué con cuidado encima de la chimenea del comedor. Puse el jarrón de cristal, de la casa que Theresa y yo habíamos compartido, en el alféizar de la ventana, y me apunté mentalmente que tenía que comprar flores. Dejé el anillo de boda que me había comprado Theresa encima de la chimenea.

Decidí comprar unas cortinas amarillas de calicó para la ventana del comedor, como las que Betty me había hecho cuando vivía en el apartamento del garaje. Miré a la puerta una vez más para asegurarme de que estaba cerrada.

Curioseé por la ventana abierta que daba a la escalera de incendios. Desde allí podía ver el East River. Hasta mis oídos llegaban canciones de música latina que competían entre sí desde los coches y las ventanas abiertas. Los niños jugaban en la calle. Las madres les gritaban desde las casas. En todas las lenguas, esos sonidos significaban «ten cuidado».

Los pequeños árboles de la acera estaban llenos de brotes nuevos. Era primavera. La maleza, que era casi tan grande como los árboles, crecía entre los edificios y en los descampados. Abría grietas en el cemento y crecía sin apenas tierra ni luz solar. La vista era extrañamente reconfortante. Si ella podía sobrevivir aquí, yo también.



En el supermercado una mujer se giró y se quedó mirándome mientras me rascaba la entrepierna. El picor y el ardor se habían vuelto insoportables en los últimos meses. Estaba claro que no iban a desaparecer solos. Tenía una infección vaginal. Había pospuesto una y otra vez hacer algo al respecto, me negaba a admitir que tenía que ir al médico. ¿Por qué tenía que ser precisamente ahí la infección? ¿Por qué no podía tener una infección de oído?

En la puerta de la nevera tenía un anuncio de una clínica ginecológica que había cogido de una farola. El miércoles por la tarde hice acopio de todo mi valor y fui.

—Esta clínica es para mujeres —la recepcionista sonrió.

Asentí.

—Lo sé. Tengo una infección vaginal —susurré.

—¿Una qué? —preguntó.

Cogí aire y hablé más alto.

—Una infección vaginal.

Se hizo el silencio en la abarrotada sala de espera. Me sentí mal. La recepcionista me miró de arriba abajo.

—¿Es una broma?

Negué con la cabeza.

—Tengo una infección en la vagina. Necesito ayuda.

La recepcionista asintió.

—Tome asiento, caballero.

Tuve ganas de marcharme, pero el picor y el ardor iban a peor cada día que pasaba. Vi a la recepcionista saludar a la mujer que entró después de mí.

—Tome asiento y rellene esto —dijo—. El doctor estará con usted enseguida. Sírvase un té si quiere.

Toda la sala de espera estaba mirándome. Me acerqué al tablón de anuncios: rituales y danzas femeninas, terapeutas, masajistas, contables. Símbolos nuevos: una hacha de doble filo, un círculo con una cruz debajo. Nuevas palabras: sororidad, empoderamiento.

Podía escuchar cómo hablaban mí en voz alta.

—Está loco.

—Bueno, ¿por qué no se vuelven locos en sus propios espacios?

Encontré una silla vacía y me senté. En el estante que había junto a mí vi un libro titulado *Nuestros cuerpos, nosotras mismas* y me anoté mentalmente que tenía que comprarlo en una librería.

Una sombra se cernió sobre mí, era una mujer con un portapapeles. En la chapa identificativa ponía «Roz». Una vez dentro de la consulta, Roz dejó caer el portapapeles sobre la mesa e hizo un gesto señalándome una silla.

—¿De qué va todo esto?

Las palabras me salieron a trompicones. Intenté contárselo todo, quién era y por qué había ido.

Roz se recostó en la silla y asintió como si lo estuviera entendiendo. Después dijo:

—No sé qué problema tienes, pero esto es una clínica para mujeres enfermas y tú estás malgastando recursos ahora mismo.

—¿Qué?

—Puede que creas que eres una mujer —continuó Roz—, pero eso no te convierte en una.

Estallé de rabia.

—¡Que te jodan! —grité.

Se recostó en la silla y sonrió satisfecha.

—Qué reacción tan masculina.

Podía notar la cara violeta de rabia.

—¡Que os den por culo a todos! —Me levanté para irme.

Una doctora me bloqueó el paso.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó. Roz debió de hacer un gesto que no pude ver. La doctora asintió—. Ven conmigo —dijo. La seguí al pasillo—. ¿Qué te ocurre?

Suspiré.

—Tengo una infección vaginal.

Me miró a los ojos.

—¿Has tomado antibióticos hace poco?

Su pregunta me dio ánimos.

—Es posible. Hace un par de meses tomé algo para la tos.

Asintió.

—¿Cuánto hace que tienes la infección?

Me encogí de hombros.

—Un par de meses.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Llevas con esto un par de meses y no has hecho nada hasta ahora?

—Bueno, esperaba que se pasase solo.

Sonrió ligeramente.

—Vamos a echarle un vistazo. Ven conmigo.

Me quedé paralizada por el terror. Ya me habían pasado demasiadas cosas en esa clínica. No podía dejar que me tocara.

—No puedo —le dije—. Por favor. Ha sido muy difícil hacer esto. No puedo.

Observó las emociones que era incapaz de ocultar.

—Esto es una receta para Monistat —garabateó en una libreta—. Debería detener la sensación de escozor y el picor. La próxima vez que tomes antibióticos, tómate un yogur todos los días.

Me pregunté si me estaba tomando el pelo con lo del yogur.

—Me crees, ¿no? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Puede que seas un hombre. Pero si eres una mujer, no quiero dejarte tirada. No me cuesta nada darte una receta. ¿Cuándo fue la última vez que te hiciste una citología?

Me quedé callada. Ella insistió.

—¿En los últimos tres años? —Bajé la mirada, pero no estaba dispuesta a quedarse sin respuesta—. ¿En los últimos cinco, seis?

Negué con la cabeza.

—No sé lo que es —admití.

Cuando levanté la vista, tenía lágrimas en los ojos.

—Ahora te creo —dijo.

—¿Por qué? —le pregunté—. Muchos hombres tampoco lo saben ¿no?

Asintió.

—Sí, pero no se avergüenzan de ello. ¿Quién es tu médico de cabecera?

—No tengo.

Continuó mirándome a los ojos de una forma que me ponía nerviosa.

—Me gustaría que volvieras a que te examinara y te hiciera la citología.

—Claro —mentí. Dudaba de poder reunir la energía suficiente para volver a enfrentarme a la escena de la recepción a menos que me pasase algo grave. Además, la idea de que una doctora me abriese de piernas y me examinase me paralizaba de terror—. Gracias por escucharme. Casi nadie lo hace.

Me apretó el brazo.

—Puedes pedir cita en el mostrador de recepción cuando salgas. No lo dejes pasar.

Podía sentir su mano en mi brazo después de que se hubiese marchado. De repente me di cuenta de que no sabía su nombre. Puede que necesitare volver en algún momento. Empecé a seguirla por el pasillo. Roz salió de la consulta y me bloqueó el paso.

—¿Cómo se llama? —le pregunté—. Olvidé preguntárselo.

—Ya tienes lo que querías, lárgate —la voz de Roz era gélida.

—Te equivocas, Roz —la corregí—. Tengo lo que necesitaba. No tienes ni idea de todo lo que quiero.



Cada vez que cobraba el sueldo, gastaba parte del dinero en el apartamento. Pasé un fin de semana entero reparando las grietas de las paredes y los techos. Pintar las paredes de cada habitación con grandes brochazos me levantaba el ánimo.

En mi fin de semana más ambicioso, lijé todo el suelo de madera. Después lo barnicé empezando desde el rincón más alejado y acabando en la puerta del apartamento. Esa noche dormí otra vez en el cine de la calle 42, ¡pero solo por aquella vez!

El suelo estaba resplandeciente. Le daba una nueva dimensión, como si los techos estuviesen más altos o el apartamento hubiese aumentado de tamaño.

Encontré una alfombra negra de Guatemala en el mercadillo. Tenía pequeños puntos blancos. La desenrollé en el comedor y me

quedé de pie mirándola. Me recordaba al cielo nocturno cubierto de estrellas.

Fui comprando muebles poco a poco: un robusto sofá, un sillón orejero, una mesa de cocina de caoba con sillas. En el Ejército de Salvación encontré una cama, el cabecero y el pie eran de madera de cerezo tallada. Se me fue la olla comprando sábanas en Macy's.

A medida que el apartamento fue teniendo mejor pinta, me di cuenta de que quería cosas que hiciesen que mi cuerpo se sintiese mejor. Tiré los vaqueros viejos y me compré unos chinos, ropa interior, camisas y dos pares de zapatillas, para no tener que llevar las mismas todos los días.

Compré toallas gruesas y suaves y aceites de baño que me gustaban.

Y un día miré a mi alrededor y me di cuenta de que había construido un hogar.



21

Vivir en Nueva York no era fácil, a veces tenía los nervios deshechos, pero tampoco era aburrido. Eso me gustaba. En Manhattan siempre estaban ocurriendo cosas, buenas o malas. Había algo que hacer a casi cualquier hora del día o de la noche.

Había librerías en casi todas las esquinas de Nueva York. Leía los libros a escondidas, hasta que me di cuenta de que a nadie le importaba que me quedara horas allí. Solo leía poesía y ficción. No quería descubrir que no era lo suficientemente inteligente para entender el ensayo. Pero la sección de estudios de género me tentaba. Ojeando aquellas páginas podía saber qué debates estaban teniendo las mujeres sin que me vieran. Resultó que era cierto que no entendía demasiado bien la teoría. Pero me sentía como si corriera dentro de un edificio en llamas para rescatar las ideas que necesitaba.

Al principio me saltaba todos los párrafos y páginas sobre derechos reproductivos. No tenía ninguna relación con mi propio útero. Pero me acordé de que Theresa se había preocupado mucho cuando me arrestaron en Rochester porque no conseguía recordar

la fecha de su última regla. Yo nunca controlaba mi ciclo, pero Theresa siempre sabía cuándo me tocaba menstruar en relación a ella. De repente todo cobró sentido para mí: tenía miedo de que me hubiera quedado embarazada. Jamás había pensado en ello. ¿Qué habría hecho si me hubiera quedado embarazada después de una violación?

Dejé de saltarme los capítulos que enseñaban a las mujeres a conocer sus cuerpos. Quizá todas estas cosas que eran tan importantes para otras mujeres acabarían siendo importantes para mí también. Sin importar cuánto leyera en la librería, siempre acababa gastándome buena parte del sueldo en libros.

También descubrí la música clásica. Una mañana de camino al trabajo me detuve a escuchar a un hombre que tocaba el chelo en el metro. La música me agarró por la pechera y no me soltó. Me agaché al lado de un pilar, cerca de él, mientras tocaba. La música expresaba mis sentimientos de la misma forma en que lo hacía la poesía. Cuando la muchedumbre de la hora punta se despejó, me di cuenta de que llegaba tarde a trabajar.

El músico bajó el arco y se limpió la frente.

—¿Qué estabas tocando? —le pregunté.

Sonrió.

—Mozart.

Empecé ir también a tiendas de música. Reuní dinero suficiente para una minicadena. También empecé a explorar el reggae, el merengue, la charanga y el guaguancó, el jazz y el blues. Una tarde de primavera me sorprendí limpiando a fondo el piso. Había puesto el *Canon en re mayor*, de Pachelbel, a todo trapo.

Me di cuenta de que estaba cambiando tanto por dentro como por fuera.



—Si eres del sindicato puedes fichar al entrar pero quizá no fiches al salir. —El dueño se reclinó sobre el escritorio. Irónico.

Tenía miedo de que el sindicato me hubiera enviado a organizar a sus tipógrafos. Yo tenía miedo de que descubriera que en realidad acababa de aprender a componer moldes.

El capataz me guio hasta una de las máquinas.

—Aquí está el manual. Ahora no tengo tiempo de enseñarte. Empieza a componer este texto. Cuando esté acabado, ajústalo y pásalo a corrección de textos, allí. Te enseño los códigos de formato luego, o si no búscalos. ¿Lo tienes?

Asentí.

—Un momento —le llamé—. ¿Cómo lo ajusto?

Movió la cabeza con asco.

—Para eso te he dado el manual.

Desde donde componía cajas veía a cuatro mujeres trabajando en la sala de corrección. Podía escuchar sus risas, despreocupadas y relajadas. El capataz asomó la cabeza y dijo algo que no escuché. Ellas dejaron de hablar. Una de las mujeres asintió. Se fue. Las risas comenzaron de nuevo.

Me pregunté si los hombres sabían que las mujeres hablan entre ellas de forma distinta. Supuse que pasaba lo mismo con los trabajadores negros y latinos cuando no había blancos cerca.

Las mujeres se apiñaron para hablar en voz baja.

Compuse el texto y miré los códigos para ajustarlo. Por un momento deseé estar en la sala de corrección, en el espacio de las mujeres. Dejaron de hablar cuando entré. Sostuve las pruebas en alto.

—Déjalas ahí —dijo una de ellas. No me miró al hablarme.

Suspiré, las eché en la cesta y me fui. Al marcharme escuché cómo se reiniciaba la conversación y las voces se elevaban de nuevo, riéndose.

Solo duré un día en aquel taller. Pero Nueva York estaba a rebozar de imprentas que siempre contrataban gente para el tercer turno, el de noche. Después de fingir que sabía lo que hacía, conseguir

que me contrataran en suficientes talleres y aprender un poco en cada uno, me di cuenta pronto de que ya no fingía. Era tipógrafa.

No era un mal ritmo de vida. Durante unos seis u ocho meses cobré un salario más que decente. Me encantaba el trayecto ocioso hasta casa, justo antes del amanecer, viajando en dirección opuesta a los trenes abarrotados en hora punta y las calles atestadas de gente. Pero siempre estaba oscuro cuando me despertaba, comencé a sentirme como un topo. Justo cuando pensaba que iba a perder la chaveta llegó el verano: despidos. Tenía derecho a la máxima prestación por desempleo.

Durante el verano exploré la ciudad. Mi mayor problema era la soledad. No hablé con nadie en todos aquellos meses. Para cuando llegó el otoño anhelaba la conversación despreocupada entre compañeros de trabajo.



Bill dio un puñetazo enfático en la mesa de la sala de comidas. Yo leía el periódico.

—No digáis que no —dijo. Se inclinó hacia delante—. Es raro de cojones trabajar por las noches en una fábrica sin ventanas. Podría haber una catástrofe nuclear y nosotros saldríamos por la mañana sin habernos enterado.

Jim se rio.

—Si ves que el sol sale por el oeste avísanos, ¿eh? —Suspiró—. Pero sé lo que quieres decir, sí. Recuerdo una vez que salí de trabajar al amanecer y el suelo estaba cubierto por treinta centímetros de nieve. Ni siquiera sabía que iba a nevar. Me sentí como si me hubiera perdido algo que el resto del mundo había visto mientras yo estaba en otra parte.

—Es como trabajar en un puto submarino —coincidió Bill.

—¿Sabéis qué es lo que más odio? —continuó Jim—. Me des-orienta tanto que no sé qué día es. Cuando me levanto por la

noche para venir a trabajar mi novia me dice que nos veremos al día siguiente. Pero para mí la voy a ver más tarde el mismo día.

Asentí.

—Sé exactamente a qué te refieres. Yo me siento como si viviera entre las grietas de un día y otro

—Ooooh —dijo Bill—, me gusta eso. ¿Puedo robártelo?

Todos nos reímos.

—¿Sabéis qué es lo que más odio de trabajar de noche? —dije—. Que el mundo está adaptado para el turno de mañana. Cuando salgo del curro no quiero bacon y huevos, quiero un filete y patatas asadas. ¡Quiero la cena!

—¡Sí! —Jim se unió a mí—. Y quiero ver una peli.

—E ir a bailar con mi parienta a un pub que esté abierto pasado el mediodía —dijo Bill.

—Y cuando enciendo la tele —añadí— no quiero ver concursos ni telenovelas, es deprimente.

—Oye, tío —dijo Bill—. ¿Por qué no te vienes con nosotros al gimnasio por las mañanas? Vamos a nadar después del trabajo. También tiene sauna. Podemos conseguirte un pase.

Sonaba muy bien, pero balbuceé buscando una excusa.

—No tengo bañador ni toalla ni nada. Quizá otro día.

Jim me interrumpió.

—Allí hay toallas. Joder, no creo que les importara ni aunque nadaras desnudo.

Negué con la cabeza.

—Ya sabía yo que no tenía que haberme puesto los bóxer de Pedro Picapiedra. —Los chicos rieron—. Otro día. Pero gracias por la oferta.

Bill se encogió de hombros.

—Como quieras.



Durante el verano hice una lista de cosas que quería conseguir: apuntarme a un gimnasio, averiguar más cosas de una de mis tías, que había sido sindicalista, y hacerme una foto delante del Stonewall Inn, donde ocurrió la rebelión de 1969.

Después de visitar muchos gimnasios encontré uno en Chelsea donde me sentía a gusto. Había sobre todo hombres gays, algunas lesbianas, distintas nacionalidades. Era caro, pero lo bueno de tener un trabajo con un sueldo decente durante la mayor parte del año era que podía permitírmelo.

A continuación me propuse averiguar algo más sobre mi tía, que murió en Nueva York en torno a 1929. Después de que muriera su marido militó en el Internacional Ladies' Garment Workers⁴². Mi padre siempre estuvo muy orgulloso de que le pusieran una esquila en el *New York Times*. Recordaba haberla visto en el álbum familiar.

Me pasé dos semanas buscando necrológicas en la biblioteca, sin suerte. Casi me rindo, pero decidí intentarlo con 1930.

—Hoy hay un límite de media hora porque estamos hasta arriba —me dijo la mujer que estaba detrás del mostrador en la sección de documentación, mientras me tendía el carrete.

Lo metí en la máquina y caí rápidamente en la rutina de revisar titulares. Casi paso por alto uno de ellos sin quedarme con su significado: «Se descubre tras su muerte que un mayordomo era en realidad una mujer».

Se me cortó la respiración. Metí un cuarto de dólar en la máquina e imprimí el artículo. Leí cada palabra con sumo cuidado. La esquila hablaba de la muerte de un mayordomo en 1930. Habían encontrado el cuerpo en un hostel. Nada más: ni un diario, ni una pista. Lo único que podía saber de ella eran aquellas pocas palabras

42. Sindicato de trabajadoras de la industria textil que fue uno de los primeros en estar formado por mujeres. Tuvo un papel fundamental en la historia del sindicalismo estadounidense de los años veinte y treinta.

impresas. Cerré los ojos. Nunca sabría los detalles de su vida y sin embargo podía sentir su textura entre las yemas de los dedos.

Ahora sabía que había existido otra mujer en el mundo que había tomado la misma decisión difícil que Rocco y yo. El tiempo me separaba de aquel mayordomo anónimo. El espacio me separaba de Rocco.

El titular me dio escalofríos: su vida reducida a ocho palabras que no decían nada. Me pregunté si mi vida quedaría reflejada en ocho palabras o si serían incluso menos. Miré fijamente un punto en lo alto de la pared, me sentía vacía y pequeña.

—Señor —la voz de la bibliotecaria interrumpió mis pensamientos—, se le ha acabado el tiempo.



La última tarea que me había propuesto era encontrar el Stonewall. Recordé el impacto que nos causó enterarnos de la batalla con la policía en 1969. Quería pedirle a un transeúnte que me hiciera una foto delante. Pensé que, algún día, cuando estuviera muerta, alguien podría encontrar la foto y entenderme algo mejor.

—¿Sabéis dónde está el Stonewall? —les pregunté a dos hombres gays que estaban apoyados en una farola en Sheridan Square.

—Eso era el bar —uno de ellos señaló una tienda de bagels.

Me senté en un banco del parque, desanimada. Cerca, un sin-techo rebuscaba en la basura. Ya lo había visto antes. Su falda de tela africana colorida rozaba la acera. Tenía el tronco envuelto en un tul que colgaba de uno de sus hombros como si fuera un sari indio. Se movía con gracia y dignidad. Alzó la mirada durante un momento para discutir con alguien que solo veía él. Las palabras guturales que pronunció eran curiosamente bellas. Nadie en este planeta entendía su lengua. Sus manos aleteaban alrededor de su rostro mientras hablaba, como pájaros oscuros planeando en una corriente de aire cálido.

Cerré los ojos. El sol estaba alto y calentaba. Intenté recordar cómo había sido mi vida en Búfalo. Mi pasado parecía un sueño que se desvanecía en el momento de despertar. La vida en Nueva York me aplastaba a diario, me pasaba por encima como los vagones traqueteantes del metro. No conseguía recordar una época en la que el mundo hubiera ido más despacio y yo hubiera formado parte de él.

Un chirrido de neumáticos me despertó de la ensoñación. El grito de una mujer me erizó los pelos del brazo. Corrí hacia la esquina.

—Llama a una ambulancia —gritó—. ¡Date prisa! ¡Por el amor de Dios, rápido!

Daba igual que la ambulancia se diera prisa. Me arrodillé al lado del cuerpo sin vida. Sus manos estaban quietas por fin. Limpié con el pulgar el hilillo de sangre que salía de su boca, la sangre le burbujeó en los labios y le bajó por la mejilla. Se formó un charco bajo la cabeza.

Una porra me tocó el hombro.

—A la acera, amigo —me empujó un policía. El coche patrulla estaba aparcado en medio de la Séptima Avenida.

El hombre del quiosco se acercó a mirar el cuerpo.

—¿Qué lleva puesto, una falda? —le preguntó al madero.

—Ni idea —se encogió de hombros el policía.

La mujer sollozaba.

—Le han atropellado a propósito, agente. Eran cuatro: dos hombres y dos mujeres. El semáforo estaba en rojo. Pisaron el acelerador y le pasaron por encima. Se estaban riendo. —Las palabras le salían entrecortadas por el llanto. Se arrodilló y se lamentó—. Dios mío —lloraba cada vez más alto—, Dios mío, Dios mío.

Un hombre mayor puso su maletín en el suelo y se acercó a ella.

—¿Está bien? —le preguntó.

—Dios mío —levantó la voz.

—Señora, ¿está herida? —se le notaba el pánico en la voz—.
¿Está bien?

Ella negó con la cabeza y se balanceó sobre las rodillas.

—Oh, Dios mío —repitió—, estaban riéndose.

Él le dio unas palmaditas en el hombro.

—Cálmese, señora —la consoló—. Solo era un mendigo.



Era una de esas tardes húmedas del verano de Nueva York en que la temperatura no baja de los putos cuarenta grados. Me vestí con unos pantalones ligeros de chándal y una camiseta y me dirigí al gimnasio.

No solía ir allí por las tardes. Odiaba la aglomeración de gente recién salida del trabajo que hacía cola para hacer pesas. Pero aquella tarde había dado en el clavo. La población de la ciudad se marchitaba con aquel calor y buscaba los rincones más frescos. Tenía prácticamente todo el gimnasio para mí. Trabajé mi cuerpo hasta notarlo duro como el acero y gruñí cuando el monitor anunció que eran más de las once de la noche, hora del cierre.

Volví a casa con ganas de comerme el mundo, sintiéndome todo lo bien que me podía sentir. Al girar desde la Avenida A hacia la calle 4 pude ver las luces rojas que iluminaban los edificios y la muchedumbre. El barrio entero miraba en la misma dirección, embelesado. Caminé algo más despacio. La calle estaba resbaladiza y reluciente, pero no había llovido en semanas. Caminé aún más lento.

Oí el fuego antes de verlo. Las llamas rugían desde las ventanas del edificio donde vivía, apuntando directamente hacia el cielo. Las brasas salían como una erupción volcánica y caían flotando en los tejados contiguos. Mis cortinas de calicó amarillo ondeaban entre fragmentos de cristal roto como si se hubiera desatado una tormenta dentro de mi piso. Apareció un fuego pequeño en cada una

de las cortinas y se disolvieron en un suspiro como el algodón de azúcar se fundía en la lengua.

¡El anillo de bodas que me había dado Theresa! Durante un momento irracional pensé que quizá podría encontrar el charco solidificado de metal en la repisa de la chimenea y mandarlo refundir. Me imaginé el sonido del gatito de cerámica de Milli al romperse. Vi en mi cabeza el agua del jarrón de cristal ahumado que estaba sobre el alféizar de la ventana, hirviendo furiosamente con el calor de aquella fragua. Vi una pequeña lengua de fuego lamiendo los tallos de cada uno de los narcisos del jarrón, hasta que se curvaron sobre sí mismos y estallaron en tonos amarillos y naranjas más brillantes de lo que nunca habían sido. Visualicé el delgado tomo de W. E. B. Du Bois de Edwin quemándose hasta la página que me había marcado.

¿Por qué el casero no nos había dicho que iba a mandar que quemasen el edificio? Todo el mundo sabía que estaba teniendo problemas para venderlo. La mayoría de los edificios de la zona habían sido incendiados durante la época de la gentrificación. ¿Por qué no había pasado una nota por debajo de la puerta de la cocina esa mañana, advirtiéndonos de que cogiéramos nuestras cosas de valor? Cada subida del alquiler nos la notificaba con premura, desde luego.

¡Mi cartera! Me la había dejado en casa al ir al gimnasio. El resto del sueldo estaba allí dentro. Más importante aún: la única foto que tenía de Theresa estaba dentro de esa billetera. Lo había perdido todo. Todo salvo la chupa de cuero de Rocco. La había llevado a una tienda de arreglos para que me cambiasen la cremallera.

—¡Abuela, abuela!⁴³ —Una mujer se liberó de los brazos de uno de sus familiares y se abrió camino entre la gente, acercándose al edificio en llamas. Sus amigos la sujetaron. Luchó por soltarse.

—¿Qué está diciendo? —le pregunté al conserje del edificio.

43. En español en el original.

Señaló el último piso con la cabeza.

—Su abuela.

Me estremecí. ¿Se refería a la anciana que no podía salir nunca de casa porque vivía en el sexto? A veces me pedía, en español, que le llevara pan, café, leche o azúcar; me enseñaba los paquetes cuando no la entendía.

—¿La señora Rodríguez? —pregunté con incredulidad. El conserje asintió. La mujer joven dejó de gritar cuando me oyó pronunciar el nombre de su abuela. Nuestros ojos y nuestras vidas conectaron en aquel momento suspendido en el tiempo. Empezó a sollozar de forma incontrolable. Sus amigos se la llevaron.

Me giré, observé las olas de fuego barriendo cada piso y me pregunté: ¿Dónde están mis lágrimas? ¿Cómo es que no puedo llorar ahora que lo necesito? Y, sin embargo, sabía que más tarde mi llanto se desencadenaría de forma inesperada con el olor de unas lilas o el sonido grave de un chelo.

Finalmente el cielo negro se aclaró sobre el East River. Me senté en la acera, con la espalda apoyada contra el edificio quemado. Cayó sobre mí la fina llovizna que salía de los agujeritos de las mangueras de los bomberos, que aún rociaban de agua nuestras casas. Me quedé muy quieta, sin saber a dónde ir.



Tenía que empezar de nuevo. Me senté en un banco en Washington Square Park e hice inventario de todas mis posesiones: unos pantalones de deporte, una camiseta y los veinte dólares que tenía en el bolsillo. Había guardado todo mi dinero en el piso. Vuelta a los turnos dobles. Vuelta a dormir en los cines de la calle 42 los fines de semana. No tenía energía, pero no había otra opción.

Mi mente no conseguía aceptar del todo la pérdida. Me compré un perrito caliente y un refresco por un dólar y caminé por el parque, buscando algo con lo que distraerme. Me acerqué a un grupo

de gente que rodeaba a un hombre joven vestido con chistera y levita que hacía malabares con antorchas. Esta absurda parte de la vida en la ciudad era la que amaba, sin importar lo terriblemente difícil y doloroso que fuera sobrevivir aquí.

—¿Quién querría ser malabarista? —le preguntó la mujer que tenía al lado a su acompañante—. Quiero decir, ¿qué sentido tiene? —Ambos negaron con la cabeza y se alejaron.

La felicidad que había sentido viendo al malabarista se esfumó de mi rostro. En el momento en que la mujer habló yo estaba pensando en lo maravilloso que sería aprender una habilidad que pudiera practicar a solas, únicamente por el placer de sorprenderme a mí misma.

El hombre que tenía al lado derecho me miró a los ojos y ladeó la cabeza. Su mirada me incomodó. Quería darle la espalda. Es como si pudiera ver el teatro de emociones que sentía. Pero, de alguna manera, consiguió que le mirara con mayor detenimiento. Vi un hombre amable, cuyos sentimientos también formaban ondas en la superficie de su cara. Fue como si mantuviéramos una conversación sin palabras.

Elevó las cejas, como preguntando. Yo me encogí de hombros.

—Cínicos —sonreí.

Negó con la cabeza e hizo unos movimientos gráciles con las manos: era sordo. Vio en mi cara que lo entendía. Sonreí. Él también. Después me quedé bloqueada. Me miré las manos, quietas en mis costados. Una vez más carecía de palabras y anhelaba un lenguaje que pudiera hablar de corazón a corazón.

Le mostré las palmas de las manos y me encogí de hombros con un gesto de impotencia. Él sostuvo el dedo índice en alto. ¿Uno? No. Espera, me indicaba.

Miró al suelo con detenimiento. Señaló algo detrás de un árbol y asintió con una sonrisa. Luego cogió un objeto imaginario con tres dedos. ¿Qué era? Algo esférico. Lo supe por la manera en que se lo

llevó hacia la cara con las dos manos. Sujetándolo aún con los tres dedos, lo llevó hacia atrás como si estuviera... ¡jugando a los bolos! Era una bola de bolera.

Asentí con entusiasmo. Encontró una segunda bola en una rama que estaba sobre mi cabeza. La puso con cuidado sobre su pie derecho. Buscó con los ojos una tercera y la encontró. Con una bola en su mano derecha y otra en equilibrio sobre el pie, se dobló para coger una tercera con la mano libre. Se tambaleó. ¿Conseguiría que la bola no se le cayera del pie? ¡Lo hizo!

Contuve la respiración cuando empezó a hacer malabarismos. Percibí lo pesado de las bolas, la fuerza necesaria para impulsar cada una un poco más alto. Su pericia se incrementó: las bolas pasaban por debajo de una pierna, por detrás de la espalda, por encima del hombro. Mandó las tres bolas al aire, muy alto... No volvieron. Se paró y miró al cielo, rascándose la cabeza desconcertado. De repente se tambaleó hacia delante y cazó una con la mano izquierda, luego dio un bandazo hacia la derecha y cogió otra. La tercera le aterrizó en el dedo gordo del pie; comenzó a dar saltitos en dirección a un árbol, como si le doliera mucho. Se asomó desde detrás y me guiñó un ojo.

Sentí que la risa era un alivio: no a pesar de mi dolor, sino precisamente a causa de él. Nos reímos a la vez. Fue una risa profunda, de las que salen de la barriga. La clase de risa que te hace llorar. La que libera sentimientos espesos como el lodo.

Dos hombres se le aproximaron por ambos lados. Él les sonrió y se saludaron efusivamente moviendo los brazos. Me señaló. Todos nos chocamos las manos.

Antes de darse la vuelta para irse, acercó muy lentamente su mano y tocó una lágrima que había en mi mejilla. Después se tocó su propio ojo con mi lágrima. Y luego se alejó caminando.



22

Sentí que el incendio no me dejaba otra opción. ¿Cómo iba a rendirme? Tirar la toalla era aún más peligroso que luchar por sobrevivir.

La industria de la tipografía no remontó hasta comienzos de aquel otoño, pero me las apañé como pude para trabajar.

En septiembre firmé un contrato de alquiler en un bloque de pisos en Canal Street. Era un apartamento de un dormitorio en el que todas las estancias daban a un largo pasillo, el piso era bastante grande pero estaba muy sucio. No tuve la energía suficiente para limpiarlo al mudarme. Pensé que lo iría haciendo poco a poco. Me compré un colchón hinchable, una manta y una almohada. Eso era lo que necesitaba de verdad en el piso. Solo era un lugar seguro para dormir.

Durante mi primera noche allí salí a la escalera de incendios. Pude ver unos cuantos árboles verdes ocupando una estrecha franja de tierra, lo que la gente de esa ciudad llamaba parque. El tráfico que congestionaba el puente de Brooklyn ya se había disipado. La música de los mariachis y las conversaciones en chino se

mezclaban en la oscuridad de la noche. Había tres niñas pequeñas sentadas en una escalera de incendios al otro lado de la calle, peinándose el cabello unas a otras mientras cantaban canciones de pop honkonés. Un hombre y una mujer discutían agriamente en el apartamento de abajo. Me tensé con el estruendo de algo que se rompía. Le siguió un silencio aún más siniestro. Desde la ventana abierta del comedor del piso de al lado se escuchaba el zumbido regular de una máquina de coser.

El brillo débil de la ciudad suavizaba la oscuridad de la noche. Si había estrellas en el cielo, estaban fuera de mi vista.



Conocí a la vecina de al lado un mes después. Mientras yo abría la puerta de mi piso ella abrió la suya. Dije «hola» antes de mirar. No contestó.

Me sobresalté al ver su cara. Estaba muy amoratada en uno de los lados, como un arcoiris: amarillo, rojo, azul. Tenía el pelo de un color rojo muy llamativo. Pude ver que la feminidad no le había resultado fácil de obtener. No era solo su nariz prominente o sus manos anchas y huesudas. Fue la forma en que bajó la mirada y se marchó rápidamente cuando la saludé.

Todos los días veía a gente como yo por la ciudad, éramos suficientes para formar nuestro propio pueblo. Pero solo reconocíamos nuestras existencias con una mirada furtiva, teníamos miedo de llamar la atención. Estar sola en público ya era suficientemente doloroso; ser dos podía convertirnos en una atracción de feria, algo imposible de soportar. No parecía que hubiese sitios para reunirnos, para sumergirnos en nuestras propias formas de vida o nuestros lenguajes.

Pero ahora tenía una vecina que era diferente, como yo. A medida que pasaban las semanas me intrigaban más los sonidos y los olo-

res que salían de su piso. Cosía sin parar. Le gustaba Miles Davis. Y, cada vez que abría el horno, el rellano se llenaba de aromas prometedores.

Una tarde de sábado me la encontré sujetando dos bolsas de la compra enormes y peleándose con la cerradura del portal. Saqué la llave.

—Espera, déjame.

No dijo gracias. Se apresuró delante de mí por las escaleras.

—¿Puedo ayudarte a llevar eso? —ofrecí.

—¿Te parezco débil? —preguntó.

Me detuve en las escaleras.

—No. De donde vengo es simplemente una muestra de respeto, eso es todo.

Ella siguió subiendo las escaleras.

—Bueno, pues de donde vengo yo —soltó— los hombres no recompensan a las mujeres por fingir debilidad.

Una vez que oí la puerta de su casa cerrarse le pegué una patada al peldaño con rabia y frustración.

Estuve en el piso todo el día, ensayando cómo iba a presentarme. Me quedé quieta delante de su puerta, escuchando la música de la Motown que atronaba en la minicadena, antes de reunir el valor de llamar. Alguien bajó el volumen mientras ella abrió la puerta unos centímetros. Alcé la mano para silenciarla antes de que pudiera hablar.

—Siento molestarte —dije—, pero no te he causado muy buena impresión antes. Sé que crees que soy un hombre, pero no lo soy. Soy una mujer.

Suspiró y quitó la cadena de seguridad.

—Escucha —abrió la puerta un poco más—, no necesito alguien con una crisis de identidad en mi umbral. Esta es mi casa y estoy con amigas. Por favor, entiéndelo, realmente no quiero que me molesten.

Escuché la voz de una drag queen dentro del apartamento.

—¿Quién es, Ruth? ¡Ay! Es mono, déjale pasar.

—Tanya, por favor. —Ruth silenció a la drag con una mirada furiosa. Pude ver a alguien más cotilleando desde el salón.

Ruth estaba claramente molesta por la forma en que sus amigas y yo nos mirábamos.

—No quiero ser maleducada —dijo—, pero permíteme ser clara: esta es mi casa. No quiero que me molesten.

Puse la mano sobre la jamba de la puerta.

—Pero es que necesito hablar contigo.

Me fulminó la mano con la mirada. La aparté.

—Pero yo no necesito hablar contigo. Lo siento.

No tenía más remedio que darle a Ruth lo que me pedía: que la dejara en paz.



Me estremecí debajo de una manta en la escalera de incendios de mi apartamento, no quería que acabara el día. La temperatura había subido hasta los veinticuatro grados, algo poco común a finales de octubre. La brisa fría de la tarde aún olía fresca, al menos para ser Manhattan.

Ruth asomó la cabeza por la ventana de su salón.

—¡Ay! —se sobresaltó—. No sabía que estabas aquí. Voy a cerrar la ventana, hace frío. —Yo suspiré y miré al cielo. Continuó en un tono suave—: es una noche bonita, ¿verdad?

Los matices de género que había en su voz eran intrincados, como los míos. Sonreí.

—Hoy hay luna llena de cosecha.

Ruth se rio.

—¿Qué sabe alguien de ciudad de la cosecha?

Sus palabras y su tono me enfadaron. Estaba harta de ser «la otra» para todo el mundo. Pero una parte de mí seguía necesitando

la amistad de Ruth de manera desesperada. Así que me tomé un momento antes de hablar para no contestarle con rabia.

—Sé lo que es estar en medio de un campo en la más absoluta oscuridad, debajo de un billón de estrellas, sin más sonido que el de los grillos y las cigarras. —Ruth asintió mientras contemplaba la luna. Eché la cabeza hacia atrás y la apoyé en los ladrillos—. Y sé cómo es el río bravío que se dirige a toda velocidad hacia las cataratas: traslúcido y verde en el lugar en que se dobla hacia el precipicio, como un vidrio de botella arrastrado por el oleaje. —Sonreí a Ruth—. Y sé que tienes el pelo rojo como el zumaque salvaje de comienzos de otoño.

Ruth me miró con los ojos muy abiertos.

—Qué palabras tan bonitas. Eres del norte del estado, lo sé por tu acento. Yo también.

Asentí.

—Lo sé.

La conducta de Ruth hacia mí cambió totalmente. Parecía estar dispuesta a abrirme parcialmente la puerta. Fue entonces cuando descubrí que aún estaba dolida y enfadada con ella por el rechazo anterior. Antes de que pudiera decir una palabra más, me despedí con un «buenas noches» y volví al interior de mi sala de estar.

Apoyé la cabeza contra el alféizar de la ventana y observé a la luna alzarse sobre Manhattan. Nunca habría sabido que Ruth estaba haciendo lo mismo a solo unos pasos de distancia si no hubiera escuchado cómo raspaba una cerilla y olido el humo de su cigarrillo.

No la volví a ver en dos meses. Supuse que se había ido unas semanas de vacaciones, porque no escuchaba música ni el ruido de la costura y el rellano volvía a oler como un urinario.

Me cansé de dormir en un colchón hinchable y me compré una cama en la tienda del Ejército de Salvación. También me hice con un reproductor de vinilos y de cassettes que estaba tan destrozado que me daba igual que me lo robaran.

Un sábado por la tarde, después de varias semanas haciendo horas extra, me desperté tarde. Mi piso estaba tan sucio que me dio asco. El cielo ya estaba oscuro cuando me abrigué para salir a por productos de limpieza.

Ruth y yo abrimos la puerta a la vez y desviamos la mirada con vergüenza. Me detuve para dejar que ella pasara antes que yo. Me llamó desde el descansillo:

—Espero que esto no te suene maleducado, pero ¿qué era la música que tenías puesta ayer? ¿Te acuerdas?

—¿Por qué? ¿Es una indirecta para decirme que estaba demasiado alta?

Hubo un silencio largo.

—No —contestó—. Me gustó, eso es todo. ¿Te ha molestado que te pregunte?

—Si sonaba a algo africano era King Sunny Ade.

—Gracias —dijo cortante. Desde abajo oí la puerta cerrarse.

Ahora sabía que ella escuchaba mi música igual que yo la suya. Así que empecé a poner discos para ambas, preguntándome cuáles le gustarían más. Me imaginé que nuestras vidas estaban conectadas, a pesar de las delgadas paredes y de las puertas cerradas que nos separaban físicamente. Me di cuenta entonces de lo sola que estaba.

La madrugada del equinoccio de primavera subí cansada las escaleras, ansiosa por una ducha caliente y unas cuantas horas de sueño. El intenso olor del ruibarbo que cocía a fuego lento me hizo subir los escalones de dos en dos. Aquel aroma irresistible salía de la cocina de Ruth. La última vez que había oído el ruibarbo cocinándose era una niña. Apoyé la cabeza contra su puerta. Se me llenó la boca de saliva, las glándulas casi me dolían con aquel olor.

Justo cuando saqué las llaves Ruth abrió la puerta.

—Lo siento —me disculpé—. No estoy espiando, de verdad. Es solo que hacía mucho tiempo que no olía ruibarbo cociendo. Me lleva al pasado.

Ruth asintió.

—Estoy haciendo pasteles. ¿Quieres un café?

Dudé. Nos miramos con frialdad. Pero yo ya estaba cansada de ser precavida y de estar a la defensiva.

—Gracias. —Sonreí—. Dios —dije al entrar en su cocina—, huele tan bien.

Ruth sonrió.

—Bueno, ojalá pudiera darte alguno, pero son para unos amigos que están en el hospital.

Asentí.

—Cuando era niña solía comerme los ruibarbos sin nada más, en un cuenco con azúcar moreno.

Ruth removió la olla.

—Estoy segura de que para eso sí que hay suficiente. —Dejó las manos quietas y las metió en los bolsillos del anticuado delantal de flores.

Señalé una de las acuarelas de pequeño tamaño que había colgadas en la pared de la cocina.

—Reconozco la zanahoria silvestre, pero, ¿qué son estas flores moradas?

—Margaritas. Y eso otro es vara de oro.

Normalmente no me gustaban ese tipo de pinturas, pero aquellas me hicieron pensar en la primera vez que vi las flores.

—Son muy bonitas —dije.

—Gracias.

—¿Las has pintado tú? —pregunté. Ella asintió—. Esto es precioso —señalé un pañuelo enmarcado, bordado con mariquitas rojas—. Siempre me han gustado las mariquitas, pero me avergonzaba de ello porque cuando era pequeña los niños del colegio me llamaban así.

Ruth me miró a los ojos y volvió a dar vueltas a la cazuela.

—Ya casi está listo —dijo—. Siéntate. ¿Quieres un descafeinado para que puedas dormir? Trabajas por las noches, ¿no?

Sonreí y asentí. Le había prestado algo de atención a su vecina, igual que yo había hecho con ella.

—Café normal está bien. Estoy intentando mantenerme despierta y limpiar los fines de semana, pero lo único que consigo es sumergirme aún más en la mugre. —El apartamento immaculado de Ruth me inspiraba.

—¿De dónde eres? —me preguntó.

—Búfalo.

Sonrió.

—Somos del mismo sitio. ¿Sabes dónde está el lago Canandaigua? —Asentí. Estaba a dos horas saliendo de Búfalo—. Soy de Vine Valley.

Fruncí el ceño.

—Nunca había oído hablar de Vine Valley. ¿Es zona agraria?

Ruth asintió.

—Sí, de viñedos.

Cuando sirvió el café noté el olor de la canela.

—Echo de menos Búfalo —suspiré—. Bueno, al menos echo de menos cómo eran las cosas allí. Durante mi infancia era un pueblo obrero. Nunca podría haber imaginado que las fábricas cerrarían y que la gente de los suburbios se mudaría al centro y compraría nuestras casas por un precio irrisorio.

Ruth asintió y revolvió su café.

—Lo sé. Yo también he visto cómo cambiaba la vida en el campo. Cuando las grandes bodegas se hicieron con el terreno de la llanura se volvió mucho más difícil mantener los pequeños viñedos familiares en las colinas. El cebo de las ciudades atrajo a la gente, que se fue a trabajar allí y se compraron casas.

Sonreí.

—Siempre he pensado que la vida en el campo no había cambiado mucho.

Ruth se rio con suavidad.

—Esa es la visión de una persona de ciudad.

—Yo sé cómo es crecer en Búfalo. Pero tuvo que ser muy duro criarse en un sitio tan pequeño. —Me pregunté si lo que había dicho habría sido demasiado entrometido.

Ruth suspiró y se echó hacia atrás en la silla.

—No sé si fue muy duro. Solo sé que no fue fácil. Me sorprendería que la población de todo el valle sobrepasara las doscientas personas. Pero, de alguna manera, creo que precisamente por eso sobreviví. No teníamos ayuda externa para las viñas, dependíamos unos de otros. Así que los antiguos lazos de la solidaridad no estaban rotos del todo. Tenía mi sitio allí. Pero si no me hubiera ido jamás habría descubierto a Miles Davis, y mi pelo seguiría siendo marrón como la tierra.

Ruth se levantó y echó una cucharada de ruibarbo tierno en un plato, luego desmenuzó azúcar moreno por encima. Me metí una cucharada en la boca y suspiré.

—Había olvidado lo que son los sabores.

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Nah, pues que como solo porque tengo hambre. Comida basura, comida para llevar. No lo saboreo, en realidad. Pero esto está tan bueno que quiero llorar.

Ruth asintió sin sonreír.

—Yo cocino por placer, para mí. Disfruto la preparación tanto como comer.

Yo me encogí de hombros.

—No tengo utensilios de cocina.

Ella se inclinó hacia mí.

—Esto es muy personal. No tienes que contestar si no quieres, pero, ¿por qué no tienes cortinas?

—Bueno, mi apartamento solo es el sitio en el que duermo.

Ruth negó con la cabeza.

—Se me hace muy extraño algo así. Yo tengo aquí mi vida.

—Cuando trabajas de noche es distinto —me defendí—. Además, perdí todo lo que tenía en un incendio el verano pasado. Me esforcé mucho en arreglar aquel sitio y en hacer de él un hogar. Ahora no quiero que nada me importe demasiado.

Ruth arrugó los labios.

—¿Quieres decir que si no tienes nada que te importe no tendrás nada que perder?

Asentí.

—Sí, algo así.

Ruth me observó con melancolía.

—Entonces supongo que ya te lo han robado todo. No tienes nada que perder, ¿verdad?

No sabía por qué se había decidido, por fin, a invitarme, pero de repente me sentí desnuda y vulnerable. Así que di un último sorbo al café, me comí la última cucharada ácida de ruibarbo y me levanté para irme.

—Gracias —le dije—, estaba delicioso.

Ruth me acompañó a la puerta.

—Hoy voy a ir al mercado de verduras de Union Square. ¿Necesitas que te traiga algo?

Abrí mi puerta y negué con la cabeza.

—No, pero muchas gracias.

Una vez dentro abrí de par en par las ventanas y comencé un auténtico frenesí de limpieza.

Horas más tarde estaba rascando la porquería de debajo del fregadero mientras la música sonaba a todo volumen. Los golpes en la puerta me sobresaltaron y me di en la cabeza con las tuberías. Me la froté enfadada mientras abría la puerta. Ruth extendió el brazo, llevaba un ramo de gladiolos naranjas.

—He pensado que podrían gustarte. Te he oído limpiar; ojalá ayuden a alegrar la estancia después del trabajo duro.

Abrí la puerta un poco más.

—Gracias. Creo que no tengo ningún recipiente donde ponerlos.

Ruth volvió un instante más tarde con un jarrón de cristal tallado. No podía ocultar el horror que le provocaba mi piso totalmente desnudo. Cambié mi peso de un pie a otro, incómoda.

—No he tenido tiempo de comprar muebles ni nada.

Puse las flores en agua y las dejé en medio del salón vacío.

—Son realmente bonitas, Ruth. Yo he regalado flores a mujeres, pero ninguna me las había regalado a mí. Es un gesto bello.

Ruth se sonrojó.

—La gente necesita flores. —Se dio la vuelta para irse, pero se detuvo—. ¿Sabes? Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Jess.

Sonrió.

—Tenía un tío llamado Jesse. ¿Es la abreviatura de Jesse?

Negué con la cabeza.

—Solo Jess.

—Te dejo seguir con la limpieza, Jess.

Asentí.

—Gracias por las flores.

Cuando se fue volví a ponerme a restregar. Horas más tarde me senté, cansada, en el suelo de la sala de estar, junto a las flores. Quizá Ruth tenía razón: el miedo a perder aquello que me importaba significaba que ya lo había perdido todo. Escuché otro golpe en la puerta, por segunda vez en el día. Era Ruth. Me dio un fardo de muselina sin blanquear.

—Son las cortinas que tenía antes en el salón. Mis ventanas son del mismo tamaño que las tuyas, así que he pensado dártelas. Si las quieres.

Me levanté y miré a Ruth y al regalo que traía en aquellas manos grandes y dije sí a ambas cosas.

Una semana más tarde le devolví el jarrón a Ruth lleno de lirios. Su sonrisa fue mi recompensa.

—¿Tienes jarrón? —me preguntó. Negué con la cabeza—. Pasa. Mira, ¿te gusta este? —me pasó un vaso de color azul cobalto.

Suspiré.

—¡Oh! ¡El color es tan intenso que me podría quedar horas mirándolo! ¡Casi puedo saborearlo!

Ruth apoyó los dedos en mi mejilla.

—Estás hambrienta, Jess. Tus sentidos están muertos de hambre.

—Miré fijamente la inmensidad de aquel azul profundo—. Si te hiciera la cena esta noche, ¿qué querías? ¿Pescado?

Me reí.

—¿El pescado es comida?

Ruth movió la cabeza.

—Ay no, no serás uno de esos tíos de carne y patatas asadas, ¿no? Bajé la vista.

—No soy un tío, Ruth.

Asintió.

—Bueno, pero si lo digo yo tiene un giro interesante, ¿no? Vale, te haré carne roja. Pero te lo advierto: voy a expandir tu gusto culinario.

¡Qué oferta tan maravillosa! Pero ¿por qué ahora era amable conmigo?

Por la tarde fui a comprarme unos chinos nuevos y una camisa de vestir. Me pasé por el mercado y compré jalea de flores de zanahoria salvaje únicamente porque me gustó cómo sonaba el nombre. En Balducci encontré arándanos gordos y en Tower Records una cinta de Miles Davis que estaba convencida de que Ruth no tenía.

Ruth se rio de placer con la lluvia de pequeños regalos.

—Nos comeremos los arándanos de postre. Y creo que usaré la jalea para el té. Pero ¿cómo sabías que quería la grabación de este concierto?

Sonreí tímidamente:

—Soy tu vecina.

Ruth se rio.

—Sí que lo eres. Siéntate.

Los olores se superponían unos a otros en su cocina. Puso una ensalada enorme delante de mí. Había florecitas amarillas y naranjas en el cuenco, además de otras verduras que no había visto nunca. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Ruth, hay flores en mi ensalada.

Sonrió.

—Son capuchinas. Son bonitas, ¿verdad?

—¿Me las puedo comer? —Asintió. Yo negué con la cabeza—. No quiero comerme esto. Es como una obra de arte.

Ruth se sentó a mi lado.

—Eso también muestra lo hambrienta que has estado. Creo que te da miedo que esta sea la última cosa bonita que te pasa, y quieres aferrarte a ello.

—¿Cómo sabes eso?

Sonrió.

—Soy tu vecina. Es una ensalada maravillosa, Jess. La he hecho solo para la que disfrutes. Pero la próxima también será exquisita.

Me sonrojé y bajé el tenedor.

—¿Sabes cuando se te duerme una pierna y luego, cuando vuelve la circulación, te duele? No estoy segura de querer tener esperanza. No quiero volver a pasar por otra decepción.

Ruth me dio una palmadita en el brazo.

—Ambas sabemos ya todo lo que hay que saber sobre la decepción. No nos anticipemos.

Se levantó y puso la cinta que le había regalado. Las lágrimas me cayeron por las mejillas sin razón aparente al comerme la ensalada. Ruth sonrió.

—Es vinagre balsámico. ¿No te parece increíble?

¿Cómo explicar la razón de que los sabores de las capuchinas y el vinagre balsámico mezclándose en mi lengua me hicieran llorar?

—Lo siento. —Me limpié los ojos—. Esto es por lo que no querías dejarme entrar, ¿verdad? ¿Por qué ahora eres tan amable conmigo?

Ruth soltó su tenedor y cubrió mi mano con la suya.

—Siento haber sido tan fría. No te entendí. Pensé que estabas asustada y confusa y tenía miedo de que necesitaras toda mi energía. Después de que te retiraras me di cuenta de que no conseguía entenderte... Y eso es una cualidad muy atractiva para mí. Parecías mucho más fuerte y tranquila de lo que yo creía al principio. Así que cambié de opinión. —Ruth sonrió—. Es un privilegio que tenemos las mujeres.

—¿Qué hizo que te decidieras a dejarme entrar por fin?

Ruth me apretó la mano.

—El color de mi pelo es mi declaración ante el mundo de que no me escondo. Es un color difícil de llevar, pero lo hago para celebrar mi vida y mis decisiones. A la mayoría de la gente le da vergüenza mi color de pelo. Hay que ser una persona muy especial para compararlo con el color del zumaque.

Me reí y picoteé la ensalada.

—¿Sabes lo que soy? Si soy hombre o mujer, quiero decir.

—No —dijo Ruth—. Pero por eso sé tantas cosas sobre ti.

Suspiré.

—¿Creías que era un hombre cuando nos encontramos por primera vez?

Ella asintió.

—Sí. Al principio creí que eras un hombre hetero. Luego pensé que eras gay. Ha sido chocante para mí darme cuenta de que también yo asumo cosas sobre el sexo y el género que no son ciertas. Pensaba que estaba libre de eso.

Sonreí.

—No quería que pensaras que era un hombre. Quería que vieras que soy más complicada que eso. Quería que te gustara lo que veías.

Ruth me acarició la mejilla con las yemas de los dedos. Me estremecí.

—Bueno, no lo entendí en un primer momento, pero pensé que eras un chico terriblemente mono y guapo y que parecías interesante.

Hasta sus palabras eran un regalo. Bajé la mirada para que no pudiera ver cuánto anhelaba su atención.

—Ay, Ruth. Ojalá tuviéramos nuestras propias palabras para describirnos, para conectarnos.

Ruth se levantó y abrió el horno.

—Yo no necesito otra etiqueta —suspiró—. Soy lo que soy. Me llamo Ruth. Mi madre se llama Ruth Anne; mi abuela Anne. Eso es lo que soy. De ahí vengo.

Me encogí de hombros.

—Yo tampoco necesito otra etiqueta. Simplemente desearía tener palabras lo suficientemente bonitas como para que nos gustara decirlas en voz alta.

Cuando Ruth posó la bandeja en la mesa observé la carne.

—¿Qué son esas hojitas de encima? —pregunté.

—Salvia.

Me puso en el plato zanahorias y calabacines en miniatura. Abrió la puerta del horno y me sirvió pan humeante y mantequilla dulce. Cada bocado era como música en mi boca.

—Ahora nos comeremos el maravilloso postre que has traído —dijo Ruth. Llenó dos cuencos de arcilla con arándanos, los cubrió de nata y espolvoreó azúcar por encima. Pestañeeé para quitarme las lágrimas de los ojos y le apreté el brazo.

—Ruth... —las palabras se me atragantaron.

Me cogió la mano entre las suyas.

—Lo sé todo sobre la carencia, Jess. —Alzó su taza—. ¿Por la amistad?

Choqué mi taza contra la suya.

—Sí —contesté—. Por nuestra amistad.



Compré muebles usados, el primer signo de mi deshielo de primavera. Ruth estaba más emocionada que yo al ver el flujo constante de cosas que llegaban. Poco a poco la casa iba tomando forma. Colgó el cuadro con el pañuelo que tenía mariquitas bordadas en la pared de mi cocina y me dio la colcha de retazos que había hecho con su abuela para que la pusiera en la cama.

Pero realmente supe que Ruth y yo nos estábamos haciendo amigas cuando admitió que quería pedirme ayuda para pintar su piso. Fue un absoluto placer ver la alegría en su cara a medida que cubría las paredes con colores nuevos. Cortaba entusiasmada papel para las estanterías mientras el esmalte blanco de los armarios aún estaba húmedo.

Disfrutaba de la complejidad de la vida en la ciudad y deseaba explorar todos sus recovecos y rendijas con Ruth. Pero nunca salíamos del bloque juntas debido a lo que ella llamaba la teoría geométrica: dos personas como nosotras juntas en público equivalían a más del doble de problemas.

En vez de eso nos regalábamos pequeños obsequios que comprábamos en nuestras salidas diarias. Yo le regalé a Villa Lobos, ella a mí a Keith Jarrett; yo le traía campanillas, ella alegrías de la casa. Y, al cabo de un tiempo, intercambiábamos también nuestras lágrimas y nuestras frustraciones.

—¿Por qué, Ruth? —Paseaba enfurecida por su cocina—. ¿Por qué se fijan en nosotras cuando caminamos por la calle? ¿Por qué nos odian tanto?

Ruth paró de frotar las paredes del fogón.

—Ay, cielo. Nos han enseñado a odiar a la gente diferente. Nos lo han metido a presión en el cerebro. Es lo que hace que todo el mundo se pelee con los demás.

Me desplomé en una silla.

—Antes quería cambiar el mundo. Ahora solo quiero sobrevivir.
Ruth se rio. Sus guantes de goma hicieron un ruido seco cuando se los quitó.

—Bueno, no te rindas aún, cielo. A veces las cosas no cambian durante mucho tiempo y luego todo pasa tan rápido que hace que te marees.

Suspiré.

—Cuando era niña creía que iba a hacer cosas muy importantes en la vida, como explorar el universo o curar enfermedades. Nunca pensé que me pasaría tanto tiempo peleándome por qué baño utilizar.

Ruth asintió.

—He visto a gente arriesgar la vida por su derecho a sentarse en la barra de un restaurante. Si tú y yo no luchamos por el derecho a vivir, entonces tendrán que hacerlo las criaturas que vengan después.

Descansé la cabeza contra el respaldo de la silla de la cocina y me reí.

—Eres una delicia, Ruth. Eres la última Coca-Cola helada en el desierto. —Le dediqué una sonrisa que a todas luces la cautivó. Había olvidado que podía hacer eso.

Esa tarde salimos a la escalera de incendios y nos sentamos juntas, mientras la tarde se transformaba en noche. Nunca había abrazado un cuerpo más grande que el mío. La calle de abajo estaba cortada debido a un festival: había farolillos colgando entre los puestos de comida y parejas bailando en los cruces al son de una banda de mariachis.

—Ruth, si viviéramos en un mundo en el que pudiéramos ser cualquier cosa que quisiéramos, ¿qué te gustaría hacer?

Sonrió con tristeza.

—Ay, seguiría cosiendo. Vestiría a la gente tal y como quisiera para que pudieran caminar con orgullo por la calle. Y cocinaría

para toda la gente que pasa hambre. No tendría miedo de salir de casa. Ah, y me encantaría viajar. ¿Y tú, Jess?

Apoyé la cabeza contra el ladrillo.

—Creo que me gustaría cuidar un bosque para que fuesen a visitarlo los niños, y cuando vinieran me sentaría con ellos y escucharía las cosas maravillosas que dijeran. Y estaría cerca del océano. Viviría en una casita en la playa. Al amanecer me desnudaría por completo y nadaría. Por la noche cantarí una canción sobre cómo era la vida antes. Una canción tan triste que haría que los adultos asintieran y los niños llorasen. Pero la cantarí todas las noches para que nadie confundiera la nostalgia con el deseo de volver al pasado.

Ruth empezó a llorar.

—Oh, Jess. Veo cuánto sufres incluso en tus deseos. —Le besé el cabello rojo—. Jess, estaba tan acostumbrada a estar sin nadie que se me había olvidado que, en el fondo, me siento sola. Quiero a mis amigas, a Tanya y a Esperanza y a las strippers para las que coso. Pero me siento tan cerca de ti... No sé explicarlo.

La acuné con suavidad.

—Ruth, si tu vida tuviera banda sonora, ¿qué instrumento la tocaría?

Se acurrucó contra mí.

—Un saxo soprano.

Sonreí.

—¿Porque es muy triste?

Ella negó con la cabeza.

—No, porque es muy evocador. ¿Qué instrumento tocaría tu música, Jess?

Suspiré.

—Creo que un violonchelo.

Ruth me abrazó fuerte.

—¿Porque es muy triste?

Moví la cabeza de lado a lado y miré a lo lejos, a la ciudad.
—No, porque es muy complicado.



23

Apreté la bolsa de bayas de saúco contra la chaqueta de cuero y sonreí, sabía lo emocionada que iba a estar Ruth de que las hubiese encontrado en pleno invierno. Le recordaban a su hogar, a momentos felices de su vida. Ya podía oler el pastel de saúco caliente. Me incliné hacia delante sobre las vías del metro y eché un vistazo todo lo lejos que pude. Estaba ansiosa por llegar a casa. El sol saldría en unas horas. La máquina de coser de Ruth estaría en marcha. Estaba ansiosa por que viese las bayas de saúco. Su sonrisa sería mi amanecer.

Escuché a los tres adolescentes antes de verlos. Gritaban y armaban jaleo mientras saltaban los tornos. Chavales blancos puestos hasta arriba. Su primer objetivo fue un anciano que dormía en un banco. Le despertaron a base de golpes y patadas y le empujaron lanzándole de unos a otros. Se rieron cuando el anciano atravesó el torno y salió corriendo.

Ahí fue cuando cometí el error. Caminé hasta el fondo de la estación para distanciarme de ellos. Pero al hacerlo, me alejé de la salida y de cualquier posibilidad de pedir ayuda. Hay errores en la vida

que no se pagan, pero otros te enseñan una lección que no olvidas nunca.

Cuando escuché sus pasos acercándose, supe que no debía esconderme detrás de la columna. Es mucho peor si piensan que tienes miedo. Metí la mano en la bolsa y saqué un puñado de bayas. Su sabor ácido me agudizó los sentidos. Me manchó las manos del color de las batallas ganadas y perdidas. Dejé el resto de las bayas en el suelo del andén y deseé que Ruth hubiese sabido que había encontrado bayas de saúco en el invierno de esa ciudad hecha de hormigón. Quería más tiempo con Ruth. Ojalá hubiese podido agradecerle que me hubiese devuelto un poco a la vida.

Me coloqué las llaves de casa entre los dedos, de forma que el puño me quedó erizado de pinchos metálicos. Estaba atrapada entre el final de la estación y los tres rostros que se acercaban. Ellos eran los cazadores y yo la presa. Durante un instante, antes de que todo empezase, maldije a Ruth por haber hecho que tuviese esperanza de nuevo. Después dejé ir todo lo que tenía en la cabeza excepto lo que veía delante de mí.

Apareció el líder del grupo. Intentó tocarme la cara.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó, casi con amabilidad.

Le paré la mano con la mía. Sonrió. Entonces empezó todo. Mi puño lleno de pinchos les quedaba fuera de la vista. Yo no les mostré que estaba preparada. Sus colegas se reían y burlaban. Pero a su sonrisa era más difícil hacerle frente. Me recordaba a las muecas burlonas de los policías, destinadas a obligarme a admitir que no podía hacer nada.

—¿Qué coño eres? —preguntó en voz baja—. No sé si eres un tío o una tía. Quizá deberíamos averiguarlo, ¿eh, chicos? —Ni siquiera escuché sus burlas y amenazas, no porque fuera insensible a ellas, sino porque las había oído demasiadas veces.

Intenté no escuchar. No importaba lo que dijese. No importaba lo que le contestase. Lo único que importaba era la acción, la colo-

cación de sus cuerpos y del mío, la yuxtaposición de la materia y el espacio, las gargantas al descubierto y las rótulas desprotegidas. En el momento en que estallase todo, tendría unos instantes para golpear, para cambiar la correlación de fuerzas. Cuando me alcanzase uno de sus golpes, cuando los ojos se me llenasen de sangre, cuando no pudiese seguir respirando, sería suya. Me preparé mientras notaba el sabor de las bayas de saúco entre los dientes. Podía estallar en cualquier momento. En cualquier momento.

Miré al cabecilla a los ojos, me negaba a mostrar que tenía miedo. Por supuesto, los dos sabíamos que lo tenía. No estaba preparada para morir. Joder, estaba muy asustada. Pero todavía no habían visto mi rabia. Puede que no tuviese la oportunidad de cambiar las tornas y ponerlas a mi favor pero, si iba a morir, estaba segura de que iba a intentar llevármelos conmigo. Sentí una brisa de aire en la cara, se estaba acercando un tren. ¿Llegaría a tiempo de salvarme?

El ataque comenzó en ese momento. Su cuerpo le traicionó. Mostró la intención de moverse antes de que lo hiciera. Le lancé un gancho al mentón con el puño lleno de pinchos. En el momento del impacto, se mordió la lengua y se arrancó un trozo. Su sangre me salpicó la cara. También me bajaba por la muñeca mientras retiraba el puño. El tren entró en la estación.

Una garganta al descubierto. Lancé un puñetazo tan fuerte como pude. Pude escuchar el sonido del gorgoteo por encima del estruendo del tren mientras retiraba el puño con las llaves dentro.

Un puñetazo duro como una piedra me dio en un lado de la mandíbula. El lado opuesto de mi cráneo golpeó contra una columna metálica. Me tambaleé por el andén, frotándome los ojos para quitarme la sangre de aquel tío.

Las puertas del tren se abrieron. La gente que abarrotaba el tren a primera hora de la mañana se apartó de mí con horror. Cuando se cerraron las puertas miré a mi alrededor. No me habían seguido al interior del tren. Me miré las manos, manchadas de sangre y bayas.

Me pregunté cuánta de aquella sangre sería mía. La cabeza me palpitaba cada vez más. Un pinchazo de dolor me atravesó la barbilla, frío y caliente a la vez. Todo se puso borroso de nuevo. No podía oír los sonidos del tren debido al zumbido de los oídos.

Me bajé en la calle Catorce. Era a Ruth a la que quería ver. Si iba a morir, quería que fuese en los brazos de alguien que me entendiese. Pero sabía que nos arriesgábamos a una escena bastante repulsiva si íbamos juntas al hospital. Quizá me ayudarían si iba sola y no me hacían quitarme la camiseta.

Nadie se fijó en mí cuando entré tambaleándome por las puertas dobles del hospital St. Vicents. Después unas manos me sujetaron y me guiaron. Una enfermera me miró a la cara mientras me mostraba formularios. Me inventé que tenía seguro. ¿Cuánto tardarían en darse cuenta de que era mentira?

Otra enfermera me tumbó con cuidado. Sentía un huracán soplando dentro de la cabeza. Los médicos y las enfermeras se inclinaban sobre la camilla y me miraban. Me pregunté qué estaban viendo. El techo comenzó a moverse. Me estaban llevando a algún sitio. Recuerdo que abrí los ojos y vi a un médico cosiéndome la boca. Quería moverme pero me quedé quieta. Me dolía la cabeza.

Cuando abrí los ojos de nuevo solo había una enfermera en la habitación, escribiendo en un portapapeles. Intenté sentarme. Se acercó y me obligó a tumbarme de nuevo.

—Ten cuidado —susurró. Notó el miedo en mis ojos—. ¿Sabes dónde estás? —preguntó. Asentí—. Has perdido el conocimiento varias veces desde que llegaste. Tienes la mandíbula rota, vas a tener que beber un montón de batidos durante los dos próximos meses. Vamos a vendarte la herida de la cabeza, tienes una conmoción cerebral. El médico está esperando a que estén listas las radiografías. Es posible que quiera que pases la noche aquí en observación.

Notaba la cabeza y la cara enormes e hinchadas. Sonrió con amabilidad.

—Uno de los agentes de policía te ayudará con la denuncia.
—Los ojos se me abrieron del miedo—. Es obligatorio por ley
—dijo—. Por ahora quédate ahí. No intentes levantarte. Vuelvo
en un rato.

Me levanté tan pronto como se fue. La habitación me daba vuel-
tas. No podía enfocar la vista. La cabeza no me funcionaba bien.

Dentro de poco se darían cuenta de que no tenía seguro. En
breve llegaría la policía. Cada información que le diese sería men-
tira. Todavía era una proscrita del género: cualquier encuentro con
la policía podía acabar en mi detención. Entré en pánico. Era el
momento de irse. Revisé la cartera. Tenía más que suficiente para
llegar a casa en taxi.

Las urgencias eran tan caóticas que nadie se dio cuenta de que me
iba. La ráfaga de viento helado que me golpeó al salir le sentó bien
a mi cara hinchada, pero hizo que me doliese el cuero cabelludo.
Caminé tambaleándome hasta la esquina de la calle 14 y tomé un
taxi. El conductor se giró en el asiento.

—¿A dónde vamos, amigo? —No podía responder. Frunció el
ceño—. ¿A dónde vamos, señor? —Moví las manos, frustrada—.
¿Está borracho o qué?

Ruth. Quería ir a ver a Ruth. Hice un gesto para que viese que
tenía las encías cosidas.

—Hostia puta —dijo.

Hice el gesto de escribir. Me pasó una libreta y escribí mi direc-
ción. Me miró a través del espejo retrovisor mientras conducía.

—¿Qué le ha pasado? —Me encogí de hombros—. Es verdad,
no puede hablar. Lo había olvidado. —Se detuvo delante de mi
edificio—. Son tres dólares con cuarenta —me dijo. Le di un billete
de cinco y le hice el gesto de que se quedase la vuelta.

Solo podía pensar en los brazos de Ruth. Pero dudé cuando lle-
gué a su puerta. No llamé a pesar de que podía escucharla dentro.
Saqué las llaves con cuidado. Estaban llenas de coágulos de sangre.

Intenté calmar la respiración, tenía miedo de ahogarme en mi propio vómito si me daban arcadas. Unos instantes después de cerrar la puerta, escuché que llamaban. Supe que era Ruth. Me quedé quieta sin moverme hasta que se marchó y cerró su puerta.

¿Por qué? ¿Por qué tenía de repente tanto miedo a verla? ¿Temía que aquello fuese demasiado para ella? ¿Y si estaba pidiendo mucho? ¿Y si me dejaba? ¿Y si la perdía?

A pesar de todo quería ir con ella. Quería arrodillarme y pedirle que me protegiera, que me mantuviera a salvo. Quería que su amor me resguardara del peligro. Quería que me abrazara más que nada en el mundo. Pero tenía miedo de pedirlo.

La cabeza me dolía muchísimo. No podía abrir la mandíbula. El miedo me quemaba en la garganta como si fuera ácido. Sentí la claustrofobia de estar atrapada dentro de mi cabeza. El cráneo me palpitaba y la habitación se inclinaba como las atracciones de feria de Crystal Beach. Por un momento tuve más miedo de no pedir lo que necesitaba que del rechazo. Intenté abrir la cerradura de mi puerta. Dejé que se cerrase detrás de mí y me lancé contra la puerta de Ruth, golpeándola con el puño. Si no contestaba rápido iba a perder el valor.

Ruth abrió la puerta, llevaba puesto ese delantal pasado de moda. Se apartó un mechón de pelo rojo de sus aterrorizados ojos. La barbilla me dolía y temblaba. Intenté hablar. Vio mis encías unidas con un hilo. Me tendió la mano, me condujo a su cocina e hizo que me sentara. Intenté repetir un par de palabras una y otra vez pero no me entendía.

Me trajo una libreta y un lápiz. No podía sujetar el lápiz con la mano derecha, que estaba hinchada. Sacó una vieja bandeja de horno de la pila y abrió una lata de Crisco, después extendió una capa fina de manteca sobre el aluminio y la colocó en la mesa, delante de mí. Con el dedo izquierdo escribí las dos palabras que había estado intentando repetir: «¿Me ayudas?».

Ruth se arrodilló delante de mí y hundió la cara en mi regazo. Lloraba con tanta tristeza que intenté consolarla acariciándole el pelo y pasando la mano por la tela de flores que cubría sus anchos hombros.

—Por esto es por lo que no quería dejarte entrar en mi vida —sollozaba—. Porque sabía que iba a tener que verlo. Cuando me pasa a mí no lo veo. Pero si me preocupo por ti tengo que verlo. Lo miro y no quiero verlo.

Sus palabras confirmaban mi mayor temor: le había pedido demasiado. Me levanté despacio y me tambaleé hasta la entrada. Ruth puso una mano en la puerta.

—Jess, siéntate. ¿A dónde vas? —Se limpió los ojos con el dorso de la mano. La miré con calma, escondiendo el dolor del rechazo—. Cariño —me acarició la mejilla—, lo siento mucho. Es solo que no quiero que te pase a ti. Vamos, cielo. Por favor. Ven.

Me guio a su habitación. Me cubrí los ojos con la mano debido al sol que entraba por la ventana. Bajó la persiana.

Me tumbó en su cama. Podía notar las esquinas bordadas de la funda de la almohada en la mejilla. La cabeza me dolía todavía más cuando me tumbaba. Me incorporé. Ruth me tocó la parte trasera de la cabeza. Me estremecí de dolor. Se miró la mano asustada. Estaba cubierta de sangre.

—Jess —susurró— tengo miedo.

Cerré los ojos esperando otro rechazo. Ruth cogió mi mano entre las suyas y besó cada uno de los nudillos llenos de heridas. No me asustaba morir en su cama con mi mano entre las suyas.

Apoyó con cuidado mi cabeza contra su cuerpo. Dolía, pero necesitaba su cercanía. Su voz sonó baja, como en un susurro.

—Una vez leí en una revista drag que hubo una época, hace mucho mucho tiempo, en la que honraban a la gente como nosotras. Si pudiese, Jess, te llevaría hasta esa época y te dejaría allí con gente que te cuidase tanto como yo. Sabría que estarías segura y

que te querrían. —Intenté sentarme—. Apóyate contra mí, Jess. Necesitas descansar.

Gemí mientras intentaba apoyar la cabeza en su pecho. Ruth colocó las almohadas para que pudiese recostarme sobre ellas. Se acurrucó entre mis muslos y me acarició el pecho con su mano ancha.

—Sssh —susurró—. Sé que tú también tienes miedo, pero todo va a salir bien. Es lo peor cuando los golpes son en la cabeza. Siempre tengo miedo de perder mis pensamientos, mis recuerdos. Me da miedo perder lo que soy. ¿Es así como te sientes? —Limpió las lágrimas de mis mejillas.

Cerré los ojos.

—Intenta estar despierta, cariño —suplicó—. Por favor. Tengo miedo de que te duermas ahora mismo. —Quería marcharme—. Te contaré historias. —Sonrió—. Te hablaré de cuando era pequeña. ¿Quieres?

Parpadeé volviendo a la consciencia y asentí. Ruth apoyó la mejilla en mi pecho y me apretó el muslo.

—Ay, Jess, ojalá pudiese enseñarte los viñedos. Ojalá pudieses oler las uvas en la brisa del otoño. —Ruth me miró y sonrió—. Un día voy a hacerte una tarta de uva. Después de mi abuela Anne y mi madre, hago la mejor tarta de uva del valle. —No me sonaba muy bien lo de tarta de uva, pero no importaba mucho en aquel momento. Ruth me hipnotizaba con su voz—. Ojalá pudiese mostrarte todo aquello, cómo cambian las colinas dependiendo de la estación. En invierno, el tío Dale sabía el nombre de cada árbol solo por la silueta que dibujaban contra el cielo. Pero eran las vides las que nos hacían descubrir la primavera. Puede que no nos hubiésemos dado cuenta del olor de la tierra desheliéndose si no fuera por el trabajo que había que hacer. Los hombres podaban las vides y nosotros las atábamos a postes de algarrobo. Las mujeres trabajando juntas en los viñedos era uno de los mejores momentos

de mi vida, Jess. Era duro cargar esas pesadas bandejas llenas de racimos de uvas. Pero lo que recuerdo es la charla y las risas todas juntas. Todas las historias parecían empezar con la misma frase «Recuerdas aquella vez que...». —Ruth me miró para asegurarse de que estaba despierta—. Cuando tenía ocho o nueve años, mi tío Dale intentó llevarme con los hombres a podar las vides. Pero mi madre dijo que no. Ella, mi tía y mi abuela me llevaron a trabajar con ellas. Ya sabían mi naturaleza.

Me puse rígida cuando el dolor de cabeza se hizo más intenso. Ruth me acarició el pecho hasta que el dolor disminuyó.

—Recuerdo que mi tío Dale le dijo a mi madre que yo necesitaba un hombre cerca. Mi padre había muerto cuando yo era pequeña. Dale solía venir y me llevaba de caza. Lo que hacíamos sobre todo era caminar por el bosque. Me enseñó a respetar Bare Hill, el lugar de nacimiento de la Nación Seneca⁴⁴. El gobierno hizo una carretera que atravesaba sus lugares de enterramiento. En cualquier caso, Dale parecía cada vez más enfadado a medida que yo crecía. No había nada masculino en mí y creo que pensaba que era culpa suya. Un día de primavera estábamos caminando por Bare Hill. Las nubes se movían deprisa, proyectaban sombras sobre el valle y el lago mientras pasaban. El tío Dale parecía tan enfadado conmigo que pensaba que iba a dejar de llevarme a esos paseos. En la cima de la colina vi a un hombre con el pelo largo y oscuro como el chocolate, como la tierra. Algún día te mostraré esa tierra oscura, es fértil y hermosa. Se quedaron allí de pie, hablando. Entonces Dale hizo un gesto hacia mí y dijo: «Estoy intentando enseñar al chaval a ser un hombre». Su voz sonaba como si hubiese fallado. Me sentí muy avergonzada de estar allí, con aquel extraño escuchando la decepción en la voz de mi tío a la vez que yo. Pero el hombre le

44. Pueblo originario de América del Norte. Hasta la conquista ocupaban las tierras entre el lago Seneca y la actual Nueva York. Hoy ocupan las reservas de Tonawanda, Cataraugus, Alleghany y Oil Springs.

puso una mano en el hombro a mi tío y le dijo: «Deja que sea como quiera ser». Pasado un rato, Dale bajó la cabeza y asintió. Después de aquello me miró de forma diferente, como si me viese por primera vez.

Ruth lloraba suavemente sobre mi estómago. Le pasé los dedos por el pelo.

—Estaba deseando que me quisiera. Después de aquello lo hizo. Sé que antes también se preocupaba por mí, pero creo que no era capaz de aceptar que no iba a convertirme en un hombre. Pero después de aquel día no fingimos ir de caza nunca más. Simplemente íbamos a caminar. Amaba aquellos montes más que a ningún ser humano. Yo estaba muy orgullosa de que me llevase allí con él.

Alcanzó un clínex y se sonó la nariz.

—¿Quieres oír algo gracioso? —Sonrió—. Años después le recordé al hombre que nos encontramos en el monte y el tío Dale me dijo que aquello no había ocurrido. Dijo que debía de haber sido uno de los espíritus de los senecas que poblaban aquellas colinas. No sé si pasó o no. Sé que algo cambió entre mi tío y yo aquel día, y sé que para él era muy difícil admitirlo.

Apoyé la cabeza con cuidado contra las almohadas, en el único sitio del cráneo que no me dolía. Parpadeé varias veces.

—Jess, tienes que estar despierta, cariño. Por favor. Despierta, Jess. —Aquello fue lo último que escuché antes de perder el conocimiento.

Los días siguientes perdí y recuperé la consciencia en varias ocasiones. Una mujer entró en la habitación con Ruth. El tacto de sus manos sobre mi cuerpo me tranquilizó. Ruth me sostuvo mientras la mujer limpiaba una zona del cuero cabelludo que me dolía mucho. Cuando acabó, me envolvió toda la cabeza con una gasa. Ruth me ayudó a sentarme y me hizo beber con una pajita. Había sangre mía por todas partes: en forma de círculos en la pared de detrás de la cama, en manchas que empapaban las preciosas fundas de almohada bordadas.

A medida que los días pasaban, podía escuchar los llantos de Ruth sustituyendo al zumbido constante de su máquina de coser. Incluso en un estado de semiinconsciencia sabía que esta vez le estaba pidiendo demasiado. Había sangre mía por todos los rincones de su vida, y las manchas no iban a quitarse por mucho que restregase.

Una mañana sentí sus labios en la frente y abrí los ojos. Olvidé lo de mi mandíbula e intenté hablar. No pude, así que me agarré la cara. Puso sus manos encima de las mías.

—No pasa nada, cariño. Te estás poniendo mejor. Mírame. Déjame verte los ojos. —Sostuvo mi cabeza entre sus manos como si fuese una bola de cristal. Cuando vi su expresión, me pregunté qué me había hecho pensar que tenía que pedirle que me quisiera. Bajó la mirada—. He hecho algo terrible. Solo estaba intentando ayudar, Jess. Entré en tu casa y encontré el nombre de la empresa en la que trabajas en los cheques que hay sobre la mesa de la cocina. Pensé que si llamaba para decir que estabas enferma, quizá pudieses conservar el trabajo. Jess, me referí a ti en femenino. No lo pensé. Lo oyeron. Lo siento mucho. Sé lo que implica para ti que te haya hecho perder el trabajo. —Ruth me tocó la cara—. Debes de estar muy enfadada conmigo.

Negué con la cabeza. Fue un error, eso es todo. Pensé en Duffy, el sindicalista que había hecho lo mismo, y le perdoné en retrospectiva.

Moví la mano para pedir algo con lo que escribir. Ruth volvió con boli y papel. Tenía la mano derecha rígida y dolorida, pero las palabras que escribí eran legibles: la vida me había dado otra oportunidad de hacerle llegar aquel mensaje. Ruth leyó las palabras en voz alta: «Gracias por tu amor». Después las dos nos echamos a llorar.



Fui a la agencia de empleo de artes gráficas y escribí en un papel que estaba buscando trabajo. Esa misma noche empecé en un nuevo puesto. Fue entonces cuando me di cuenta de que me había convertido en una cajista valiosa. Faltaba un mes y medio para las navidades y el tercer turno apenas podía manejar el volumen de trabajo que las agencias le mandaban. Cogí todas las horas extra que me ofrecieron. Quería hacer dinero rápido.

Por la noche vivía dentro de la caja de tipos, con el rostro iluminado por la luz fantasmal del chibalete. Las líneas de tipos se convirtieron en mi poesía. Las curvas de los tipos sobre el espacio en blanco me cantaban: la melodía significa mucho, las palabras muy poco.

Al amanecer me iba a entrenar al gimnasio, solo lo dejaba cuando me asustaban los latidos de la cabeza. Quería sentirme mejor con mi cuerpo. No podía expresar la rabia y la frustración que sentía con las mandíbulas cosidas, así que lo hacía con los músculos. Creía que iba a explotar de rabia. Al principio el gimnasio ayudó a reducir la presión, pero después los entrenamientos frenéticos contribuyeron a ella. Era una bomba de relojería haciendo tictac momentos antes de saltar por los aires.

No dormía mucho, solo unas pocas horas por la mañana y a última hora de la tarde. Tenía miedo de perder el conocimiento y no volver a encontrar el camino de vuelta.

Ruth parecía preocupada por la cantidad de tiempo que pasaba fuera del apartamento. Lo sabía por el alivio que veía en su rostro todos los días cuando llamaba a su puerta.

—¿A dónde vas? —Suspiró mientras me preparaba un batido de proteínas. Me di cuenta de que no esperaba que le respondiese.

La ansiedad me llevó a la playa de Far Rockaway una fría mañana de diciembre. Mientras caminaba por la orilla, pensé en cómo el miedo y el silencio me habían soldado la mandíbula durante una buena parte de mi vida, más de lo que me había dado cuenta. Me

pregunté si el silencio también había matado poco a poco a Rocco y a aquel mayordomo anónimo. ¿Qué iba a decir cuando cortara por fin los hilos que mantenían mis mandíbulas unidas?

El encargado del turno de noche me dio el último cheque que necesitaba dos días antes del fin de semana de Navidad. Por la mañana iría a cobrarlo, enseñaría la tarjeta de la empresa y saldría con el dinero necesario para comprarle un regalo a Ruth.

Me colé en el comedor sin fichar la salida, me metí en la esquina entre las dos máquinas expendedoras que se había convertido en mi escondite favorito en el trabajo y apoyé con cuidado la cabeza contra la pared. Los dolores de cabeza eran más suaves, pero todavía me asustaban.

Escuché a Marija y a Karen, que también eran cajistas, entrar riéndose en el comedor.

—¿Tienes cambio? —pregunto Marija. Me quedé muy quieta, temía que me descubriesen.

Las manos de Marija siempre me llamaban la atención. Hay gente que arrastra las manos por la vida como si fuesen un peso muerto, otros hablan con ellas. Pero las suyas eran diferentes. Aunque se comunicaba con ellas, parecían mantener una conversación completamente diferente a la que tenía verbalmente. Cuando hablaba con otros cajistas se reía nerviosa y se mordía el labio. Sin embargo, sus manos estaban tranquilas. En cambio, cuando se ponía borde, apoyaba las manos en el hombro o el cuello dolorido del compañero de trabajo. Me imaginaba cómo sería sentir esas extrañas manos acariciándome la cabeza y el cuello.

—Me mira de una forma muy rara —dijo Marija.

—¿Quién? —preguntó Karen.

Marija suspiró.

—Ese tío que no habla nunca, Jesse. La forma en que me mira me da escalofríos.

Karen se echó a reír.

—A lo mejor le gustas pero no se atreve a decírtelo.

—Arg —dijo Marija—. Me mira como si fuese un trozo de carne o algo así.

—Es inofensivo —dijo Karen con una risa ahogada.

—Eso no lo sabes —respondió Marija—. Puede ser un psicópata.

—Es muy afeminado. Seguro que es gay —la cortó Karen.

Las escuché marcharse.

—Te digo —concluyó Marija— que hay que tener cuidado de ese tipo de tíos.

Pude ver la mano de Marija apoyada suavemente en la parte baja de la espalda de Karen. Cerré los ojos y esperé hasta que estuve segura de que se habían ido. Después salí del comedor y supe que no iba a volver nunca más.

Cuando llegué a casa, apoyé el espejo del baño contra el sofá y cogí unas tijeras y unas tenazas. Tomé un par de tragos de whisky con la pajita antes de cortar los alambres que me mantenían la mandíbula cerrada. Hice cada corte con un golpe seco, ni rápido ni lento, con firmeza. Cuando estuve segura de que me había quitado todos los trozos de alambre de las encías, me enjuagué la boca con whisky y me bebí el resto, quería dormir y no acordarme de que las palabras de Marija me habían despojado de mi humanidad.

Cuando me desperté, subí la calle 34 moviéndome como una guerrera entre la gente que iba de compras. Sabía exactamente lo que estaba buscando. «La mejor máquina de coser que tengas», escribí en un trozo de papel y se lo di a la dependienta. Y después me di cuenta de que ya no tenía la mandíbula cosida. Me había acostumbrado a estar en silencio.

Me llevé junto a los modelos que tenían expuestos. Todos parecían muy similares, excepto uno. No tenía ni idea de coser, pero supe que esa era la máquina adecuada cuando la dependienta la señaló. Brillaba bajo la luz como una moto nueva. La dependienta

me habló de todos los accesorios que tenía y de la infinidad de cosas que podía hacer. Yo sonreía sin entender una palabra. Podía ver a Ruth inclinada sobre esa espléndida máquina, transformando su magia en tejido. Sentí bastante emoción mientras pagaba, una sensación que no tenía desde hacía mucho.

Empezó a nevar suavemente mientras cargaba con la máquina por las calles llenas de gente y llamaba a un taxi.

En cuanto llegué a casa, limpié mi apartamento con determinación. Cuando quedó reluciente, me di cuenta de que yo estaba hecha un asco. Me di una ducha larga, dejando que el agua caliente me relajase la mandíbula para que no me chasquease cada vez que abría la boca. Me sequé y me puse una camiseta blanca y unos chinos color kaki. Mientras me peinaba, me vi en el espejo de la cocina. Había tanta tristeza en mis ojos que no pude sostener la mirada. Mi cara parecía mucho mayor de lo que recordaba. Pasé las yemas de los dedos por los músculos que sobresalían en los hombros, el cuello y el pecho. De pronto, todas esas horas en el gimnasio me parecían una prueba de mi voluntad de vivir. Me había hecho un regalo a mí misma, un recuerdo de mi cuerpo, de mi ser.

Fui a Grand Street a comprar papel de regalo chino hecho a mano. Señalé el que quería. Todavía no hablaba.

Las primeras palabras que dije fueron a Ruth. Llamé a su puerta el día de Nochebuena.

—Jess, ¿dónde te habías metido? Estaba asustada. Entra, están aquí Tanya y Esperanza. —No me moví—. ¿Estás bien? —parecía preocupada.

Moví la mandíbula ligeramente.

—Ruth. —Los ojos se le inundaron de lágrimas cuando escuchó mi voz—. Gracias. Gracias por todo lo que has hecho por mí.

Apoyé mi frente contra la suya.

—Lo siento —dije—. Sé que te he pedido mucho.

—Calla —susurró.

—Te quiero, Ruth.

—Sssh, lo sé. —Me sostuvo el rostro entre las manos—. Yo también te quiero, cariño. —Me acercó a ella. Nos abrazamos como si no nos fuéramos a separar nunca.

—Ay, yo también quiero participar —dijo Tanya—. Ven aquí, chico.

Ruth sonrió y negó con la cabeza.

—Jess es una *b-girl* —le dijo a Tanya. No había oído esa palabra desde hacía mucho. *B-girl*, el antiguo código que usaban las femmes en público para referirse a las butches cuando tenían miedo de que alguien las escuchase. Había muchas cosas de Ruth que todavía no sabía.

—Ay, cariño —Tanya me miró de arriba abajo—. Tienes un buen meneo, cielo.

Ruth me presentó a Esperanza.

—Mucho gusto⁴⁵ —susurró Esperanza con una voz grave como la mía y la de Ruth. Se puso roja cuando le besé la mano—. Estamos decorando el árbol, ¿quieres ayudar? —me tendió el espumillón.

Sonreí tímidamente.

—Es la primera vez que lo hago.

Esperanza frunció el ceño.

—¿Nunca has puesto el árbol de Navidad? —Negué con la cabeza—. ¿No teníais árbol cuando eras pequeña? —Moví la cabeza de nuevo—. ¿Demasiado pobres?

Me reí. Las mandíbulas me chasquearon cuando respondí.

—Demasiado judíos.

Ruth me dio una galleta que acababa de decorar.

—Todavía está caliente, por eso está blanda. Es de jengibre. Pruébala. Solo un mordisco. —Redescubrí lo que era saborear algo—. Estamos haciendo galletas para llevárselas a los amigos que están en el hospital con sida.

45. En español en el original.

Hasta ese momento, había sentido que la epidemia era algo que pasaba a millones de kilómetros.

—¿Puedo ir con vosotras? —pregunté.

Ruth suspiró con fuerza.

—Sí, si quieres sí.

Tanya me dio una taza.

—Este es el ponche asesino de Tanya. Si esto no te da espíritu navideño, nada lo hará.

Ruth se secó las manos en el delantal.

—Ten cuidado con eso.

Tanya le dirigió una mueca de burla.

—No la escuches. Solo porque ella sea amiga de Bill W.⁴⁶ no significa que todos tengamos que serlo.

—Vamos a ir a un club drag esta noche, ¿quieres venir? —me preguntó Esperanza. Miré a Ruth. Sonrió y se encogió de hombros.

—Voy a enseñarte a moverte y restregarte en la pista de baile, cariño —dijo Tanya.

Me eché a reír.

—Soy yo la que te voy a enseñar a ti un par de cosas en la pista de baile.

—Ay, señor, llévame pronto —Tanya se abanicó con la mano—. Ten piedad de mí.

Esperanza sonrió.

—Yo te voy a enseñar un baile antiguo, el merengue, el baile de los esclavos.

Me acordé del regalo de Ruth.

—Ahora vuelvo —dije. Cuando llevé la pesada caja rectangular a su sala de estar, Ruth se dejó caer en el sofá como si le hubiesen dado una mala noticia—. Es para ti —sonreí.

—Ábrelo, chica —le metió prisa Tanya.

46. Fundador de Alcohólicos Anónimos junto con el doctor Robert Smith.

Ruth se mordió el labio.

—No tendrías que haberlo hecho.

Sonreí con todo mi amor.

—Bah, calla.

Ella suspiró, abrió el papel con cuidado, lo dobló y lo puso a un lado. Cuando abrió la caja de la máquina de coser ahogó un grito. Supe lo feliz que la hacía por la forma en que pasaba los dedos por ella.

—Te voy a hacer un traje —susurró.

Me emocioné.

—¿De verdad?

Asintió y se mordió los nudillos. Se levantó y caminó hasta el árbol a medio decorar.

—Esto es para ti —me dio un paquete plano.

Era un libro llamado *Gay American History*. Me temblaban las manos mientras pasaba las hojas.

—Mira. —Ruth cogió el libro de mis manos y buscó el índice—. ¿Te acuerdas de que te dije que había leído en una revista drag que la gente como nosotras era venerada en la antigüedad? Mira este capítulo sobre los pueblos nativos. Y espera, mira esto —Pasó las páginas—. Toda esta parte es sobre mujeres que viven como hombres, como tú.

Las lágrimas no me dejaban ver.

Esperanza miró el título y negó con la cabeza.

—Ojalá no nos metiesen siempre ahí con los gays.

Ruth cambió de tema, como hacía siempre. Me dio un paquete envuelto en papel de seda de color rojo.

—Ábrelo.

Dentro había una acuarela de un rostro emocionado, que miraba hacia una gran cantidad de estrellas. Era un rostro bonito, una cara que no había visto nunca. Era la mía.

—Déjame verlo, cariño —Tanya lo miró—. Ay, Ruth, es precioso. Es clavado a él.

—Ruth. —Me mordí el labio—. ¿De verdad soy así?

Asintió y sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Cuando creía que ibas a morir, empecé a tomar esbozos de tu rostro. Quería tener algo más de ti que mis recuerdos. Tenías los ojos cerrados pero, si yo también cerraba los míos, podía ver cómo te cambia el color del iris con la luz.

Ruth se sentó a mi lado en el sofá. Nos abrazamos meciéndonos ligeramente. Esperanza y Tanya se sentaron en el suelo junto a nosotras.

La barbilla me temblaba y me dolía.

—¿Sabéis? —les dije—. Os he estado buscando durante mucho tiempo. No me puedo creer que os haya encontrado. —Apreté a Ruth con fuerza entre mis brazos mientras las dos nos echábamos a llorar.

Esperanza apoyó la mano en mi muslo. Sonrió y me miró con una expresión segura y firme.

—Por algo me llamo Esperanza.



24

Era el primer día de primavera, cuando parecía que todos los habitantes de la ciudad se ponían de acuerdo para sentirse bien al mismo tiempo, un día en el que a ningún hombre, mujer o niño le importaba que yo fuera diferente. Me di una vuelta por el mercado de agricultores de Union Square para matar el tiempo. El sol se escondía entre los edificios al oeste de la isla. Ruth me había hecho prometer que no iba a volver a casa hasta mitad de la tarde. Era el momento de descubrir mi sorpresa.

Llamé a mi puerta y esperé a que Ruth contestase. Se limpió las manos con un trapo y me llevó al dormitorio.

—Cierra los ojos —dijo—. ¿Te acuerdas que me dijiste que podía hacer lo que quisiera? —Sonreí y asentí—. Vale, pues abre los ojos.

Miré a mi alrededor y luego levanté la vista al techo: allí estaba. Me senté en la cama y me tumbé de espaldas para mirarlo. Ruth lo había pintado de negro terciopelo con puntos que formaban constelaciones que conocía. En los bordes, la oscuridad se iba suavizando hasta convertirse en luz. Se podía ver la silueta de los árboles contra el cielo. Ruth se sentó a mi lado.

—¿Te gusta?

—Es increíble. No puedo creer que me hayas dado el cielo para que duerma debajo. Pero no sé si lo que has pintado es el amanecer o el atardecer.

Sonrió mirando hacia el techo.

—No es ninguno de los dos. Son ambos a la vez. ¿Eso te molesta? Asentí despacio.

—Sí, de alguna manera sí.

—Me lo imaginaba —dijo—. Es algo de mí misma que tengo que aceptar. Pensé que quizá tú también necesitabas lidiar con ello. Suspiré.

—En realidad sí me molesta no ser capaz de averiguar si lo que has pintado es el cielo a punto de que se haga de día o a punto de que se haga de noche.

Se giró hacia mí y me apoyó la mano en el pecho.

—Nunca se va a hacer de día o de noche, Jess. Siempre va a ser ese momento de posibilidades infinitas que conecta el amanecer y el anochecer.

La cara de Ruth estaba muy cerca de la mía. Nos dimos cuenta de que estábamos respirando a la vez. Deslizó la mano lentamente por mi cuerpo, del pecho al estómago. Cerró los ojos.

—Tengo miedo —respondí a la pregunta que ella no había pronunciado en voz alta.

—¿De qué? —preguntó—. ¿De que yo tampoco sea del todo noche ni del todo día? —Cerré los ojos con fuerza. Sabía que la perdería si no era honesta, y quizá también si lo era.

—Sí —le dije—. Esa parte de ti. ¿Recuerdas tu teoría del crecimiento geométrico? ¿Esa que decía de que los problemas se multiplican por mucho más que por dos?

Ruth se giró para tumbarse de espaldas.

—No estoy diciendo que tengamos que hacerlo delante de todo el mundo.

Levanté la vista hacia el techo.

—Sabes a lo que me refiero. Pero eso es solo una parte. Si soy honesta, es porque tengo miedo de estar con alguien que no es noche o día. Supongo que siento que las femmes con las que he estado me anclaban a la realidad. Es lo más cerca que he estado nunca de ser normal.

Ruth se apoyó encima de mi brazo.

—¿Fuiste su amanecer o su anochecer?

Sonreí con tristeza.

—Al principio fui su amanecer. Al final su anochecer. —Las dos suspiramos—. ¿Quieres que te diga la verdad, Ruth? Hay un sitio dentro de mí al que nadie ha conseguido llegar. Tengo miedo de que tú lo hagas. Y también de que no. Mis parejas femmes me conocían bien, pero nunca cruzaron las barreras que tengo dentro. Intentaron animarme a que yo las atravesara para llegar hasta ellas, pero nunca vinieron a por mí. Tú en cambio estás justo ahí conmigo. No me puedo esconder. Eso me da miedo.

Ruth sonrió con tristeza.

—¿No tiene gracia? Es justo por eso por lo que quiero hacer el amor contigo.

Nos quedamos tumbadas en silencio. Le besé el pelo.

—Ay, Ruth, no he tenido que lidiar con el sexo en mucho tiempo, con nadie. Ni siquiera sé qué tipo de amante soy ahora mismo. Pero tengo miedo de que me dejes. ¿Podemos irlo averiguando poco a poco? Por favor, no te vayas. Te necesito.

Ruth se apoyó en uno de sus codos y me besó en los labios.

—Yo también te necesito.

Sostuve una de sus manos, maravillada de lo pequeña que parecía la mía al lado de la suya. Cerró los ojos mientras le besaba cada uno de los nudillos.

—He estado pensando mucho en mi vida desde que me rompieron la mandíbula —dije—. Una vez leí sobre los guerreros que iban a la batalla diciendo: «Hoy es un buen día para morir».

Ruth sonrió.

—Es un pensamiento valiente, pero no quiero morir.

Asentí.

—Al principio pensé que significaba que tenía que resignarme a morir. Pero ahora creo que significa que me enfrento a mi propia vida en el momento en que me enfrento a mi enemigo. Quizá esa es la clave para pelear sin miedo, para sobrevivir. He dejado un montón de cosas a medias a lo largo de mi vida. Eso hace que tenga más miedo a morir. Me frena cuando tengo que pelear.

Ruth frunció el ceño.

—¿Como qué?

—Siempre he querido dejar algo importante cuando me vaya. ¿Te acuerdas del libro de historia que me regalaste por Navidad?

—Ruth asintió—. He estado yendo a la biblioteca para saber más sobre nuestra historia. Hay toneladas de ello en los libros de antropología, toneladas, Ruth. No siempre nos han odiado. ¿Por qué tuvimos que crecer sin saber eso?

Se apoyó en el codo y me miró a los ojos mientras yo hablaba.

—Ha cambiado mi forma de pensar. Crecí creyendo que las cosas siempre habían sido igual, así que ¿por qué molestarse en intentar cambiar el mundo? Pero ver que alguna vez fueron diferentes, incluso si pasó hace mucho tiempo, me hizo pensar que podrían volver a cambiar. Aunque yo no viva para verlo. En el trabajo, cuando todo el mundo está comiendo, he ido mecanografiando toda la información que he encontrado, intentando que parezca tan importante como lo es para mí. Eso es lo que quiero dejar cuando me vaya, Ruth, la historia de este camino tan antiguo que estamos recorriendo. Quiero que ayude a devolvernos la dignidad. —Ruth apretó mi mano contra sus labios—. Pero quiero más, Ruth. Hay cosas a las que he tenido miedo de enfrentarme a lo largo de mi vida. Puede que sean una tontería, pero hacen que no me sienta orgullosa. ¿Te acuerdas de cuando te hablé de Butch

Al? Quiero averiguar qué le ocurrió realmente. Y hay otra butch a la que dejé de hablar porque no podía lidiar con el hecho de que le gustasen otras butches. Yo creía que ser butch significaba automáticamente que te atrajeran las femmes, igual que había asumido que el travestismo era de gays.

Ruth sonrió.

—Ese malentendido es lógico. Salías por bares gays.

Asentí.

—Sí, pero siempre me empeñaba en que la gente que era diferente de los demás fuese igual entre sí. No me puedo creer que rechazase a una amiga butch porque empezó a salir con otra butch. Quiero decirle a Frankie que lo siento.

Ruth me besó en la mejilla.

—¿Algo más?

Asentí.

—Sí. Hay dos niños pequeños, Kim y Scotty. Les prometí que volvería a verles algún día. Ah, y hay una cosa más que necesito hacer.

Ruth me pasó los dedos por el pelo.

—¿El qué?

Me recosté y miré el universo del techo.

—Quiero escribirle una carta a Theresa, una mujer que todavía llevo en el corazón. Nos separamos de una forma bastante fea. Quiero encontrar las palabras que necesito decirle, incluso aunque ella nunca las lea.

Me pesaban los párpados. Ruth se acurrucó junto a mí mientras yo bostezaba.

—Encontrarás las palabras —me aseguró.

Suspiré.

—Antes tengo que dejar que vuelvan los recuerdos. Los escondí en algún sitio porque eran dolorosos. Ahora tengo que averiguar dónde los puse.

La brisa que entraba por la ventana era fresca. Tiré de la colcha para taparnos a las dos y me acurruqué junto a Ruth. Su cuerpo era cálido y reconfortante.

—¿Tienes sueño? —me preguntó.

Asentí.

—Quédate conmigo, Ruth, por favor.

Asintió. Hundí la cara en su cuello. Me acarició el pelo y me besó la frente.

—Duérmete, mi dulce drag king.



Estuve a punto de colgar cuando escuché la voz de Frankie al otro lado del teléfono.

—Soy yo, Jess. ¿Te acuerdas de mí, Frankie? —fue lo único que se me ocurrió decir. Hubo un largo silencio.

—¿Jess? Dios, ¿eres tú de verdad? Ha pasado mucho tiempo.

Me aclaré la garganta.

—Sí, mucho. Escucha Frankie, tenía muchas ganas de hablar contigo. Si tú no quieres, lo entiendo. Pero te debo una disculpa desde hace mucho. Me gustaría hacerlo en persona, si quieres verme. Ahora vivo en Nueva York, pero puedo ir a Búfalo.

Otro largo silencio.

—¿Sabes qué, Jess? Sigo enfadada contigo, pero no tanto como tú crees. Y te diré algo más. Me gusta que me hayas llamado para disculparte. Voy a ir a Manhattan el día 15, a la Universidad Laboral. Podemos quedar en el Duchess para tomar algo a las once.

Me quedé pensando.

—¿Es el bar lésbico de Sheridan Square?

—Sí.

—Bueno, no sé si me van a dejar entrar. ¿Podemos quedar en la puerta?

—Claro —dijo Frankie—. Nos vemos allí.

Cuando llegó la noche de la cita, estaba debajo de una farola andando de un lado para otro y mordiéndome la uña del pulgar. Vi a Frankie venir hacia mí desde el otro lado de la calle. Nos quedamos paradas una frente a la otra con expresión incómoda. Ninguna de las dos sabía por dónde empezar. Tendí la mano y ella me la estrechó. El apretón me devolvió a nuestro pasado compartido.

Había olvidado lo mucho que quería a las butches hasta que la vi allí, con el gesto desafiante, la mano en el bolsillo del pantalón, la cabeza ladeada.

No sé qué me sorprendió más, si lo que había cambiado Frankie o lo mucho que se parecía al recuerdo que tenía de ella. Era raro ver algunas arrugas en esa cara pecosa de adolescente, canas entre sus rizos pelirrojos.

—Me alegro de verte, Frankie.

Restregó el zapato contra el pavimento.

—Yo también.

Intenté que no me temblase el labio de abajo.

—No lo digo por decir, Frankie. Verte me trae de vuelta una parte de mi vida que ahora mismo necesito. Me alegro mucho de verdad.

Abrí los brazos y nos abrazamos con fuerza, después fingimos una pelea. Yo le revolví el pelo y ella me golpeó el hombro.

—No importa lo que sucediese en el pasado, somos las mismas de entonces, Jess. Todavía me importas —dijo Frankie.

Pensé que lo que había dicho era muy generoso.

—¿Quedas alguna vez con la gente de entonces? —pregunté.

Asintió.

—Veo mucho a Grant.

—¿Y Theresa? —contuve la respiración.

Frankie negó con la cabeza.

—¿Te acuerdas de Butch Jan? Su pareja y ella tienen una floristería en la avenida Elmwood, Violetas Azules. No sé nada de nadie más, excepto de Duffy. ¿Te acuerdas de Duffy, el sindicalista?

Sonreí.

—Sí, me acuerdo de Duffy.

Frankie se inclinó hacia delante.

—No sabes lo mal que lo pasó por haberte jodido ese curro. No lo hizo aposta, Jess.

Asentí.

—Sí, lo sé. Dame su número si lo tienes. Me gustaría hablar con él también.

Frankie asintió. Nos quedamos allí paradas en un silencio tímido.

—Frankie, lo siento mucho. Siempre pensé que tenía una mentalidad abierta. Pero cuando me topé con mis propios miedos, lo que hice fue separarme de ti. He madurado desde entonces. No puedo dar marcha atrás, pero lo siento de verdad.

Frankie hizo un gesto con el pulgar hacia el Duchess.

—¿No estás segura de que te vayan a dejar entrar? Bueno, entonces tenía miedo de que si decía con quién salía mi propia gente me iba a cerrar la puerta en la cara. Es un sentimiento horrible. Siento que eso te esté pasando a ti ahora. Joder, Jess, lo que más me dolió fue que te respetaba. Quería que tú me respetases a mí.

Me quité las lágrimas de los ojos.

—Te merecías ese respeto. Vamos. —Le pasé el brazo por los hombros—. Vayamos a los muelles. —Bajamos despacio por la calle Christopher hacia el río Hudson—. ¿Sabes?, Frankie, cuando éramos más jóvenes pensaba que lo tenía claro: soy butch porque me gustan las femmes. Era algo bonito, aunque nadie respetaba nuestro amor. Tú me asustaste. Pensé que me estabas quitando algo.

Frankie movió la cabeza.

—No te estaba quitando nada. Pero ¿cómo crees que me sentí cuando me dijiste que no era una butch de verdad porque me acos-

taba con otras butches? Tú eras la que me estabas quitando lo que yo era. Joder, Jess, me encuentro con muchos tíos que se dedican a joderme cuando voy por la calle. A ellos no tengo que demostrarles que soy una butch. ¿Por qué a ti sí tengo que demostrártelo?

Moví la cabeza.

—No tienes que hacerlo. —Le pasé el brazo por los hombros. Cruzamos la autovía del West Side y caminamos hasta el final del muelle. La luna llena iluminaba las nubes. La luz brillaba en la oscuridad del agua.

—Jess, ¿qué butch mayor te enseñó?

Sonreí por el recuerdo.

—Buth Al, de Niagara Falls.

—A mí Grant —dijo Frankie.

—¿Grant? —la recordaba como una borracha cruel que ofendía a todo el mundo.

Frankie me miró a la cara.

—Grant significó mucho para mí. Me enseñó todo lo que soy y que no tenía nada que demostrar. Aquello fue muy liberador para una butch adolescente.

Sonreí ligeramente.

—Nunca habría dicho que Grant estaba muy liberada, ninguna de nosotras lo estaba.

Frankie asintió.

—Grant nunca se aplica sus propias enseñanzas. Está atrapada por su vergüenza, pero no quería que las jóvenes acabásemos como ella. Solo ligaba con butches adolescentes cuando estaba muy borracha. Pero no creo que la hiciésemos feliz. Creo que tiene algún secreto dentro que la asusta de la hostia.

Fruncí el ceño.

—¿Como qué?

Frankie se encogió de hombros.

—Creo que está horrorizada por algo que hay dentro de ella que le parece degenerado, quizá fantasea con butches dominantes, o

con hombres, o algo así. Pobre Grant. Ojalá me hubiese dejado entrar. Quiero mucho a esa vieja camionera.

Nos quedamos en silencio, escuchando cómo las olas golpeaban contra los pilares que había debajo de nosotras. Frankie suspiró.

—¿Sabes, Jess? No aprendí a quererme a mí misma hasta que no me permití querer a otras butches.

Me reí.

—No sé por qué, pero pensaba que te acostabas con una femme diferente cada semana.

Frankie asintió sin sonreír.

—Creía que eso era lo que tenía que hacer. Dentro de mi cabeza les preguntaba a todas ellas si podían llegar a quererme, si me querían, si era digna de ello. Por supuesto, en cuanto yo empezaba a importarles, sabía que no podía respetar su opinión y pasaba a la siguiente. Joder, me portaba como la mierda con las femmes. —Frankie miró hacia el agua—. Solo cuando por fin admití que eran las manos de las butches las que quería que me tocasen fue cuando todo cambió. Cuanto más veía lo que me gustaba de otras butches, más me aceptaba a mí misma. ¿Sabes quién consiguió que cambiase todo? —Sonreí y negué con la cabeza—. Una vieja butch enorme con el pelo cano, sonrisa de chula y ojos tristes. ¿Sabes ese tipo de butch con brazos tan grandes como tus muslos? Esos son los brazos que quiero que me abracen.

Pasé las yemas de los dedos por la madera oscura que había junto a mi muslo.

—A mí también me gustan mucho. Pero lo que me pone son las high femmes. Es gracioso, no importa que sean hombres o mujeres, pero siempre son las high femmes las que hacen que se me vaya la vista y empiece a sudar.

Frankie me apoyó la mano en el brazo.

—Tú y yo tenemos que encontrar una definición de butch que no me deje fuera. Estoy harta de escuchar que se usa esa palabra

para hablar de agresividad sexual o bravuconería. Si butch significa eso ¿qué significa femme?

Moví la cabeza.

—Nunca había pensado en eso. Pero tengo que admitir que cuando me dijiste lo tuyo con Johnny la primera cosa que me pregunté es quién sería la femme en la cama.

Frankie se echó hacia delante.

—Ninguna de las dos. ¿Te referes a quién era la que follaba y a quién se la follaban? ¿Quién llevaba las riendas? Eso no tiene nada que ver con ser butch o femme, Jess.

Frankie se acercó a mí y me tocó el hombro. Me puse tensa.

—Relájate —susurró—. No estoy interesada en ti, Jess.

—Lo siento. No estoy acostumbrada a que me toquen.

Frankie me masajeó los hombros para quitarme el dolor.

—¿Sabes? Te tengo que confesar algo. Me gustaste durante mucho tiempo.

Me reí con nerviosismo.

—Ay, mierda, justo cuando empezaba a relajarme contigo.

Me dio un golpe en la espalda.

—Lo superarás. —Me masajeó el cuello—. Eras una jodida leyenda cuando empezaste a transicionar. ¿Cómo fue aquello, Jess?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Concentrarme en intentar sobrevivir ayudó, pero no me dejó mucho tiempo para pensar en ello.

—¿Soy tan diferente de ti? —susurró su pensamiento en voz alta.

—Eso tienes que decidirlo tú. Para mí eres de mi familia.

Pasó un crucero, las risas de la gente que estaba en la cubierta flotaron en el agua. Me senté mirando hacia Nueva Jersey, con las manos de Frankie en los hombros.

—¿Todavía estás con Johnny?

Sentí su cuerpo apoyarse en el mío.

—Las cosas son muy jodidas para dos butches, Jess. Muy jodidas.

Suspiré y asentí.

—Ey, Frankie. ¿Cuando dos butches están juntas, como pareja quiero decir, hablan de sus sentimientos?

—¿Sentimientos? —preguntó—. ¿Qué es eso? —Las dos nos reímos entre dientes, relajadas y contentas. Después empezamos a reírnos cada vez más fuerte, hasta que se nos saltaron las lágrimas. Relajé por fin mi cuerpo contra el de Frankie. Me permití a mí misma disfrutar de la fuerza de sus brazos alrededor de mi cuerpo.

—¿Sabes, Frankie? —susurré—. Algunas de las cosas que me han pasado ha sido porque soy una marimacho, pero nunca se lo he dicho a una femme. Nunca he encontrado las palabras para hacerlo.

Frankie asintió.

—A mí no necesitas decírmelo, Jess. Ya lo sé.

Negué con la cabeza.

—Pero necesito encontrar esas palabras, Frankie. A veces tengo la sensación de que me estoy ahogando en mis propios sentimientos. Necesito hablar de ello y ni siquiera sé cómo hacerlo. Las femmes siempre han intentado enseñarme a hablar de sentimientos, pero eran sus palabras y sus sentimientos. Necesito mis propias palabras, palabras butch para hablar de sentimientos butch.

Frankie me apretó con más fuerza. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Tengo la sensación de estar bloqueada con toda esta mierda tóxica, Frankie. No puedo escuchar mi propia voz. No tengo lenguaje.

Frankie abrió los brazos para abrazarme mejor. Apoyé la cara en su brazo. Me ofrecía refugio, igual que yo lo había hecho con Butch Al años atrás en una celda.

—Frankie, no tengo palabras para nombrar estos sentimientos que me están destrozando. ¿A qué se parecerían nuestras palabras? —Miré hacia el cielo—. A los truenos, quizá.

Frankie apoyó los labios contra mi pelo.
—Sí, a los truenos. Y al deseo.
Sonreí y besé el músculo de su bíceps.
—Deseo —repetí suavemente—. Qué palabra tan bonita para
que una butch la diga en voz alta.



25

—Tú haz tu viaje a Búfalo y yo ya haré el mío de vuelta a casa
—insistió Ruth.

—Pero, ¿por qué? —No entendía por qué había rechazado la oferta de Esperanza, que nos dejaba su coche—. Has dicho que no has vuelto desde que murió tu abuela. Has estado hablando de que deberías regresar alguna vez. Y así yo podría ver de dónde vienes. Quiero ver el lago, las colinas y los viñedos de los que hablas tanto.

Ruth suspiró.

—Para ti es solo un paisaje bonito. Pero yo me escapé de allí para salvar la vida. Para mí no es fácil volver. Quiero hacerlo sola.

Negué con la cabeza.

—Te dejaré allí y volveré a Búfalo por la autopista. Los sitios a los que vamos solo están a dos horas de distancia, y no puedo conducir sin carné. Podríamos pasar por un simpático matrimonio.

Ruth hizo una mueca.

—No lo entiendes, Jess. No puedes llevar a alguien a casa en coche y marcharte. Tendría que presentarte. Te dirían que te quedases a tomar café.

Me cabreé.

—Vale, ahora lo entiendo todo.

El enfado de Ruth se agudizó.

—No, no lo entiendes. No me avergüenzo de ti —bajó la voz—. Me avergüenzo de ellos, a veces. —Empecé a protestar, pero levantó una mano para que callara—. Es una situación en la que nadie sale bien parado. Si te caen bien, me enfadaré contigo por no entender que para mí fue muy difícil crecer con ellos. Si te caen mal, te despreciaré por no reconocer cuánto valen.

Me encogí de hombros.

—Vale, entiendo que es complicado. Dejaré el tema. Pero voy a volver a Búfalo de visita. Tengo que enfrentarme a algunas cosas y reencontrarme con mis recuerdos.

Aunque no lo hablamos más, ambas sabíamos que el tema no estaba zanjado. No dejaba de aplazar el viaje, en parte porque sabía que podría ser doloroso, pero sobre todo porque aún conservaba la esperanza de que Ruth viniera conmigo.

A principios de septiembre le pedí el coche prestado a Esperanza para hacer el viaje. Ruth trasteaba en la cocina, haciendo como que no nos oía.

Unos días antes de la fecha de partida le llevé a Ruth un par de litros de sidra especiada caliente. Se sentó en una silla de la cocina, a mi lado, y miró fijamente su taza.

—Las palizas que dejan marcas en sitios visibles son las peores —empezó a decir en voz baja—. Significa que los demás pueden darse cuenta de que me han herido. Me resulta humillante. —Esperé a que continuara—. Mis parientes no son malas personas. Los quiero más desde que me fui y ellos me quieren de la mejor manera que saben hacerlo. Soy su familia. Pero es duro, y no quiero que nadie que no sea de la familia lo vea. Creo que te harían sentir bienvenida, pero no estoy segura. Si fueran desagradables contigo les odiaría por ello. No son crueles. Pero es un gran riesgo para mí porque nunca podría perdonarlos si te hicieran daño.

Removí mi sidra con un palo de canela.

—¿Cuándo nos vamos, Ruth?

Pareció sorprendida.

—No he dicho que fuera a ir contigo.

Sonreí y asentí.

—Sí que lo has hecho, cariño. Nadie le da tantas vueltas a algo que no está dispuesto a hacer.

Ruth suspiró y me dio una palmadita en la mano.

—El jueves.



«¡El mundo entero es nuestro cuarto de baño!». Ese fue nuestro lema durante el viaje por el estado de Nueva York. Nos llevamos suficiente papel higiénico para no tener que arriesgarnos a parar para ir al lavabo. Salimos de la ciudad mucho antes del amanecer, era un trayecto de seis horas. Para cuando salió el sol yo estaba ple-tórica de que estuviéramos haciendo aquel viaje tan difícil juntas.

Ruth había preparado unos sándwiches de queso Muenster, tomates secos y rúcula en pan recién horneado. Bebimos litros de té helado. ¡El mundo entero es nuestro cuarto de baño!, nos reía-mos.

El gesto de Ruth se suavizó a medida que conducía. Decía los nombres de cada hermosa planta silvestre que veíamos. La ansie-dad de Manhattan se deshizo en la distancia tras nosotras. La ten-sión que nos aguardaba estaba aún a varios cientos de kilómetros. En algún punto entre el aquí y el allá, Ruth y yo nos reencontramos de nuevo.

Cuando finalmente salimos de la autopista y nos dirigimos hacia el lago Canandaigua, Ruth se empezó a emocionar.

—¿Ves? —señaló un bloque de pisos en construcción—. Eso era el parque de atracciones de Roseland. Para aquí. Déjame conducir

a mí ahora. —Ruth conocía aquellas carreteras como la palma de la mano.

Dejamos atrás campos de girasoles.

—Esos cultivos son nuevos, cuando yo era pequeña no estaban.

Reconocí las margaritas amarillas y moradas cuyo recuerdo había pintado Ruth en sus acuarelas.

Paró cerca del lago y aparcó en un hueco en el que no debían de caber más de tres coches.

—Nunca supe si el lago reflejaba mis cambios de humor o si mi humor reflejaba los cambios del lago. Ahora cada centímetro cuadrado del perímetro es privado, salvo dos huequecitos como este y el terreno que hay detrás de la tienda de productos tradicionales. Están poniendo anuncios para vender incluso las colinas.

Giró la llave en el contacto y salió marcha atrás.

—Los veraneantes mataron a mi papá. —Su voz era fría y sin expresión—. Una pareja paró el coche en una curva muy cerrada para mirar los ciervos. Mi papá dio un volantazo para esquivarlos. Se salió de la carretera justo ahí.

Pasamos por el lugar en silencio.

—Odio a los veraneantes. El único problema es que mi mamá fue una de ellos. —No dije nada. Ruth sabía qué estaba dispuesta a decir y qué no—. Claro que mi madre alquilaba. Su familia no era pija. Se enamoró de mi padre antes de que acabara el verano. Pero si amabas a aquel hombre sabías que jamás iba a marcharse del valle. Él y mi tío Dale se sentían atraídos por las colinas como si fueran sus amantes. —Ruth sonrió—. Lo gracioso es que mi mamá es una chica de ciudad, pero después de que mi papá muriese se quedó aquí, entre estas colinas que él tanto quería. Yo soy como él. Mi corazón está entre estos montes, pero me fui a la ciudad.

Paramos enfrente de una casa pequeña en la linde del bosque. Un labrador retriever de color canela ladró y arañó la mosquitera de la puerta cuando Ruth apagó el motor.

—Esta es la casa de Dale. —Me dio un papel con indicaciones—. Esta es la dirección para que me recojas luego en casa de mi madre.

Asentí. Nos quedamos sentadas en el coche hasta que alguien se dio cuenta de nuestra llegada.

—¡Robbie! —oí que Dale llamaba a Ruth—. ¡Robbie, has venido!

Ruth suspiró. Nos bajamos del coche. Observé cómo encajaban sus cuerdos al abrazarse, cómo reconocían la espalda y los hombros del otro con las manos. Ruth se separó.

—Dale, esta es mi amiga Jess. Ella también vive en Manhattan.

El perro saltó y me lamió la cara. Dale le cogió del collar.

—Bone, déjale en paz. ¿Qué son esos modales? —Dale me estrechó la mano. La suya era recia y callosa, pero el agarre era amable. —¿Queréis un café? Acabo de poner la cafetera.

Se me iluminaron los ojos. Ruth negó con la cabeza.

—Será mejor que salgas ya —me dijo—. ¿Crees que podrás encontrar el camino de vuelta a la autopista?

Me reí.

—Sí, hay que seguir el lago y girar a la izquierda en el campo de girasoles.

—¿Estás seguro de que no quieres pasar y descansar un rato? —preguntó Dale. Ruth estaba resuelta a mantener una expresión imperturbable.

—Gracias, Dale, pero aún tengo bastante camino por delante. Voy a Búfalo. Quizá nos veamos cuando vuelva a recoger a Ruth.

—Me quedé paralizada. ¿Había sido un error llamarla Ruth?

Dale asintió.

—Bueno, asegúrate de que sea a la hora de la cena, entonces. Te haré los famosos calabacines fritos de Dale. Robbie te puede decir que me salen estupendos. Este año el huerto está dando unos calabacines increíbles.

Ruth suspiró. Lo tomé como un signo de que debía irme. Volví al coche y lo arranqué. Dale sujetaba a Bone por el collar mientras me saludaba con la otra mano. Ruth me miró emocionada.



Las calles de Búfalo me eran tan familiares como mi propio reflejo en el espejo.

Aparqué frente al bloque de apartamentos donde había vivido con Theresa. Su nombre ya no estaba en el buzón. Caminé hacia la parte trasera, esperando, tal vez, encontrar a mi yo joven aún sentada en una caja de leche, intentando ver un destello de su futuro en el cielo. Aquí estaba de nuevo, buscándola.

Un recuerdo me atenazó de repente: la mirada de dolor de Theresa la noche que me detuvieron en Rochester. Me cubrí la cara con las manos para no verlo, pero tenía la imagen detrás de los párpados. «Déjalo salir», pensé. «Está ahí hagas lo que hagas. Deja que salga».

Fui hasta la cabina telefónica de la esquina y llamé a información. Quería mantener la promesa que les había hecho a Kim y a Scotty de volver a visitarlos. Recordaba cómo mi llegada había sacudido a Kim de arriba abajo y cuánto daño le había hecho mi partida. ¿Se acordaría de mí? ¿Y Scotty? ¿Habría logrado convertirse en viento? No conseguí encontrar sus nombres en el directorio. Quizá aún vivieran con Gloria. Su número sí que estaba en el listín.

Gloria no se acordaba de mí.

—Jess Goldberg —repetí—. Trabajamos juntas en la imprenta. Me quedé un tiempo en tu casa. Estoy de visita por un par de días y me gustaría ver a Kim y a Scotty.

Hubo un silencio muy muy largo. La voz de Gloria se volvió un susurro ronco:

—Deja a mis hijos en paz. ¿Lo has entendido?

La llamada se cortó. Miré el auricular que tenía en la mano, estupefacta. Me di cuenta de que Gloria tenía el poder de impedir que encontrara a los críos. Llamé de nuevo. Volvió a colgarme. Le di un manotazo a la pared de cristal de la cabina, y otro, y otro, hasta que

me dolió y ardió. Luego le di una patada al cristal tan fuerte como pude. Un coche de policía se paró en la acera.

—¿Qué está pasando aquí? —me gritó un agente.

Inspiré profundamente.

—Lo siento. Es solo que se ha quedado con mi dinero.

—Tranquilízate, hijo. Solo es un cuarto de dólar. —Se despidió con la mano y se alejó conduciendo. Cuando lo perdí de vista volví a patear el cristal varias veces. Me dije que encontraría a Kim y a Scotty, aunque no supiera cómo en aquel momento.

La operadora me dio la dirección y el número de teléfono de la tienda de Butch Jan en Elmwood Avenue. Unas campanillas de latón tintinearón cuando abrí la puerta de la floristería. Noté el olor de las rosas y las azucenas.

—¿En qué puedo ayudarle? —Una cara conocida me miró. Ambas nos quedamos paralizadas.

—Edna —susurré su nombre. Su rostro parecía congelado. No entendía qué hacía allí, trabajando tras aquel mostrador. Y entonces recordé que había sido pareja de Butch Jan. Debían de estar juntas de nuevo.

¡No era justo! Que Edna me dejara porque no podía estar con nadie podía entenderlo. Pero ¿cómo es que sí podía estar con Jan? Las preguntas me encendieron el rostro: ¿a Jan sí la tocaba? ¿Era solo que yo no la atraía? ¿Por qué el todo el mundo menos yo conseguía su final feliz?

Me dolió tanto verla allí de pie que quise salir corriendo, montarme en el coche e irme. Pero descubrí una parte importante de mi dignidad en la manera en que recompuse y en la entereza de mi voz al decir en voz baja:

—Hola, Edna.

Salió de detrás del mostrador y vino hacia mí. Tensé el cuerpo sin querer. Ella se detuvo.

—Jess. He pensado tanto en ti.

Noté crecer la rabia como una forma de bloquear sus palabras e impedir que penetraran mis defensas.

—He venido a ver a Jan. ¿Está aquí?

Edna se mordió el labio inferior.

—Está atrás, en el invernadero.

Sonó el teléfono. Aproveché la oportunidad para irme mientras Edna contestaba. Me apoyé contra los ladrillos de fuera. Pensé que estallaría de dolor y que salpicaría las paredes de la tienda, pero no. Solo dolía terriblemente. ¿Sabía Jan que Edna y yo habíamos sido amantes? Pronto tendría la respuesta.

El invernadero era como una casa de muñecas para adultos: un mundo contenido en sí mismo. La humedad empañaba el cristal desde dentro. Abrí la puerta y crucé el umbral. Mis botas se hundieron en la paja húmeda desparramada por el suelo. Respiré profundamente e inhalé el delicioso olor de la tierra mojada.

Jan estaba agachada sobre una caja de violetas. Reconocí sus hombros fuertes y anchos. Su pelo había encanecido. Se irguió y me miró. Sus gafas descansaban en lo alto de su cabeza. Se las deslizó hasta la nariz.

—¿Me estoy haciendo tan vieja que no puedo ni fiarme de mis ojos? —preguntó—. ¿Eres tú de verdad, Jess? —Se limpió las manos en una toalla y me recibió entre sus brazos. Me acarició el pelo y me besó en la cabeza mientras yo lloraba—. He pensado en ti tantas veces —susurró.

Me temblaban los labios.

—Pensaba que nadie se acordaba de mí.

Jan me dio unos golpecitos en la mejilla.

—Nunca podría olvidarte. Sabía que eras una de esas butches jóvenes con las que acabaría envejeciendo. ¿Cuánto tiempo te quedas aquí? ¿Dónde estás viviendo? ¿Cómo has encontrado la tienda?

—Manhattan —contesté—. Frankie me contó lo de tu tienda. Hay algo que necesito averiguar durante el tiempo que esté aquí, si

puedo. Quiero saber qué le pasó a Butch Al. Necesito saber si está viva aún.

Jan se frotó la cara y cogió aire.

—Bueno, si alguien puede averiguarlo, esa es Edna. ¿La has visto? —Asentí con la cabeza mientras observaba la cara de Jan—. Todavía mantiene el contacto con Lydia, y su butch curró con Al durante mucho tiempo en la fábrica de coches.

Mi tono subió:

—¿Crees que Lydia lo sabe?

Jan se encogió de hombros.

—Tal vez. Y Edna sabe cómo encontrar a Lydia.

Cogí aire.

—¿Le preguntarías a Edna si puede contactarla?

Miré el rostro de Jan mientras ella contestaba:

—Claro, ningún problema. —Me di cuenta de que Jan no sabía que Edna y yo habíamos estado saliendo—. Vamos a hacer una cosa —sonrió Jan—. ¿Qué me dices de quedar todas para tomar algo esta noche?

Sonaba extremadamente doloroso, e inevitable. Asentí.

—Quizá Frankie también se apunte.

Jan me dio un manotazo en el hombro.

—Buena idea. —Apuntó la dirección del bar.

Cuando Jan abrió la puerta del invernadero, me sorprendió el aire fresco. Su furgoneta estaba aparcada en el garaje que había detrás de la tienda. Al lado de ella había una vieja moto Triumph. Jan siguió mi mirada hasta la moto.

—No la he conducido en mucho tiempo, pero la mantengo a punto. ¿Quieres usarla mientras estás aquí?

Sonreí y asentí entusiasmada. Habían pasado años desde la última vez que había montado en moto. Jan sonrió satisfecha al oírla cobrar vida. Me apretó el hombro.

—Verte es un bálsamo para las heridas. Qué alegría que estés aquí, peque.

Esperé hasta que entró en la floristería antes de decir en voz alta:
—Ya no soy pequeña.



Nos encontramos aquella noche en un garito de las afueras de Búfalo. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado en un bar lésbico. Era temprano, así que no estaba hasta los topes aún. Había unas veinte o treinta mujeres en la sala principal. Me imaginé que pronto pasarían a parte de atrás para bailar. ¿Era mi imaginación, o algunas de las mujeres jóvenes eran femmes y otras butches?

Todas me observaron cuando entré y después se miraron las unas a las otras, pero nadie me puso problemas. Eché un vistazo en la sala de atrás, deseando que Edna no estuviera con Jan, pero me equivoqué. Estaban sentadas en una mesa con Frankie y Grant. Jan se levantó cuando me vio ir hacia la mesa.

—¡Jess! —Deduje que aún no lo sabía. Edna bajó la mirada cuando le di un beso de cortesía en la mejilla. Frankie y yo nos abrazamos. Grant me estrechó la mano.

—¡Bueno, joder, mira quién está aquí! —Le hizo un gesto a la camarera—. ¿Qué queréis beber? —preguntó Grant.

—Yo solo ginger ale —dije. Quería tener la cabeza serena, sobre todo con Edna allí.

—¿Ahora eres demasiado importante para tomarte una birra con nosotras? —me retó Grant.

—Un whisky —interrumpió Frankie—. Solo.

—Dos cervezas por aquí —pidió Jan—. ¿No, cariño?

Edna se miró el regazo y asintió. Se hizo un silencio incómodo. Jan me puso al día.

—Estábamos preguntándonos qué habría sido de todas las butches y las femmes de antaño.

—Creo que estamos en la clandestinidad —dije en voz baja. Tenía el corazón puesto en la conversación que Edna y yo no estábamos teniendo—. Esperando el momento en que sea seguro salir.

Grant suspiró amargamente.

—Con algunas de estas chicas nuevas no puedes estar segura ni qué son, con el puto pelo verde y los imperdibles en la cara.

—Suspiramos todas juntas.

—Grant —me encogí de hombros—, ¿qué más da?

—No está bien, y punto. —Grant dio un golpe en la mesa.

Me reí, lo cual hizo que se enfadara aún más.

—Grant, ¡eso es lo que decían de nosotras!

—Bueno, eso es distinto —respondió haciendo aspavientos con la mano.

Me incliné hacia ella.

—Hay muchas cosas que no aceptaba cuando era joven, Grant, como el hecho de que hay muchas formas distintas de ser butch. —Vi cómo le cambiaba la expresión. Frankie contuvo el aliento de modo que todas lo escuchamos—. Pero ahora estoy intentando aceptar a la gente tal y como es.

Jan intentó cambiar de tema. Se acercó a mí y acarició la manga de mi chupa de cuero.

—Guapísima —dijo.

Edna me lanzó una mirada alarmada. Yo manoseé el cuero suave y domado de la armadura de Rocco.

—Gracias. —Cerré el tema. Edna exhaló aliviada.

—Desde luego, estoy contenta de no haberme pinchado las hormonas esas —anunció Grant.

Mordí con fuerza la pajita de plástico que tenía en la boca.

—¿Por qué, Grant? —me preparé.

—Bueno, ahora estás estancada, ¿no? No eres ni una butch ni un tío. Pareces un tío.

Todas se pusieron tensas, pero nadie le contestó. Hice círculos con la pajita.

—Ten cuidado, Grant —le advertí—. Estás mirando tu propio reflejo.

Grant se rio.

—Yo no soy como tú. Yo no hice el cambio.

Mi ira era mayor de lo que la situación exigía. Podía saborearla en la lengua, amarga. Me incliné hacia adelante. Todas contuvieron la respiración. Mi voz salió grave y amenazadora:

—¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar, Grant? ¿A cuánto de ti misma estás dispuesta a renunciar para diferenciarte de mí?

La cara de Grant la traicionó. Había notado mi poder durante un momento, y eso la excitaba. Lo sabía, podía verlo en sus ojos. Conocía el secreto del deseo de Grant y quería blandirlo como si fuera un arma. Quería que ser butch fuera algo cuantitativo, no cualitativo, para poder ganarla en su propio terreno.

Removió la bebida con el dedo. Se sonrojó. Edna y Jan miraron hacia abajo. Frankie me suplicaba en silencio que le diera una tregua a Grant.

Volví a fijarme en ella y vi una butch derrotada, conservada en alcohol. Podía oler su humillación. Recordé cómo obligaba a los hombres en las fábricas a mostrarle respeto. Poco a poco había dejado de creer que lo merecía. Y, de repente, mis propias palabras me resonaron en los oídos: ¿a cuánto de mí misma estaba dispuesta a renunciar para alejarme de ella?

—¿Sabes de lo que me estoy acordando, Grant? —Todas me miraron—. Recuerdo cuando descargábamos comida congelada en los muelles que había al lado del lago. —Miré furtivamente a Edna. La sonrisa en sus labios fue un regalo para mí.

Grant asintió.

—Sí, aquellos sí que eran buenos tiempos, ¿eh?

Negué con la cabeza.

—Algunas cosas eran una pesadilla. Desde luego que yo no volvería a las redadas en los bares ni a las peleas de borrachos. Solo son buenos tiempos porque no tengo que vivirlos más.

Grant se inclinó hacia mí.

—¿No querrías volver a como era antes?

Me reí.

—Ni a punta de pistola. Lo único que echo de menos es que nos apoyáramos las unas a las otras, cómo intentábamos construir un hogar para el resto. Pero eso también lo podríamos hacer ahora.

Era el momento de cambiar de tema. Miré a Edna.

—¿Te ha dicho Jan que estoy intentando averiguar qué ha sido de Al?

Edna miró a Jan, no a mí. Jan bajó la mirada.

—Quizá no sea buena idea, peque.

Edna vio cómo la rabia relampagueaba en mis ojos.

—¿Está viva? —pregunté. Silencio. Inspiré profundamente y le dirigí a Jan unas palabras que estaban destinadas a los oídos de Edna—. Sabes que Al era muy importante para mí. Si hubiera sabido que no iba a verla nunca más le habría dicho muchas cosas. Cuando era joven pensaba que tenía todo el tiempo del mundo. Ya no me siento así. Si aún vive quiero verla.

Edna miró fijamente su botellín, no parecía muy conmovida. Me dio tanto miedo explotar de enfado que me levanté y entré como un huracán en el baño de mujeres, sin darme cuenta de que había pasado mucho tiempo desde que había estado en uno. Me lavé la cara con agua fría.

Me sorprendió ver entrar a Edna.

—Lo siento —dijo con voz dulce—. Sé que estás muy enfadada conmigo.

Ambas sabíamos que estaba hablando de mucho más que del asunto de Al, pero me negué a admitirlo.

—¡Maldita sea, Edna! No me importa si Al está en el corredor de la muerte o casada con hijos y se pone tacones. La quiero y quiero verla. —Apreté los dientes—. Simplemente quiero decirle adiós. ¿Es tan difícil de entender?

Edna negó con la cabeza.

—No. Simplemente es difícil de hacer. —Levantó la mano, como si yo fuera un perro y tuviera miedo de que la mordiese—. Por favor, Jess. Por favor, no te enfades conmigo. Es solo que hay cosas que es mejor dejar estar.

—Tengo derecho a aprender mis propias lecciones —intenté suavizar el tono—. Mira, Edna. Hay algunas cosas que me reconcomen aún más que el dolor, como sentirme siempre tan impotente. Quería encontrar a Theresa, pero nadie sabe decirme a dónde ha ido. Le prometí a una niña que volvería hace años, y su madre se ha negado a decirme dónde está. Ahora tú me dices que Al está viva pero que no puedo verla. —Edna me dio la espalda, mientras yo continuaba—. Te diré lo que he descubierto con esta visita, Edna. Que puedo soportar mucho más dolor del que creía. Pero no sé qué hacer con esta frustración. Quiero encontrar a Butch Al.

—No es una buena idea. —Lo dijo muy calmada, como si el asunto estuviera decidido.

—¿Cómo te atreves? —le grité—. No tienes ningún derecho a ocultarme esa información.

Jan abrió la puerta del baño. Frankie y Grant estaban detrás de ella. Jan frunció el ceño.

—¿Está todo bien aquí? —Edna y yo nos fulminamos con la mirada.

Grant estuvo a la altura de la situación.

—Vamos a dejarlas solas. —Le cogió de la manga a Jan.

Jan se soltó de un tirón.

—¿Qué está pasando aquí? —Estaba empezando a hacerse una idea de la situación.

No dejé de mirar a Edna ni un segundo. Mi tono fue tan irónico que sonó gélido:

—Y ahora, ¿me vas a proteger, Edna? ¿Ahora me vas a salvar?

—Que te jodan, Jess —susurró Edna—. Maldita sea. Al está en el manicomio.

Abrí mucho los ojos.

—¿En Elmwood Avenue? ¿Tan cerca?

—Que te jodan —repitió Edna, saliendo a toda prisa del baño.

Frankie y Grant nos dejaron solas a Jan y a mí, cara a cara.

—Peque, creo que es mejor que te vayas —musitó Jan con los dientes apretados.

—Ya no soy pequeña —le dije, mientras la empujaba para salir por la puerta.



Sentí la conexión con la Triumph cuando tomé las curvas cerradas de la autovía. Me atravesaba una energía que no sentía desde hacía mucho. La euforia se esfumó en el momento en que apagué el motor al llegar al aparcamiento del psiquiátrico. Me quité el casco y contemplé el edificio de aspecto medieval. Todas las ventanas tenían rejas de hierro. Sentí un escalofrío. Pero el deseo de ver a Al era mayor que el de huir.

Había pasado una noche interminable de insomnio en los asientos traseros del coche de Esperanza, aparcado en la calle de enfrente de la tienda de Jan y Edna. Estuve pensando durante toda la noche lo que quería decirle a Al. Pero cuando llegué a la recepción me entró el pánico, no me acordaba de nada. Pensé en dos cosas muy simples que nunca le había dicho en voz alta: gracias y te quiero.

Se abrió la puerta del ascensor e intenté recordar qué piso me había indicado el vigilante. Sexto piso: estaba escrito en negrita en la enorme tarjeta de identificación de plástico que me habían dado en algún punto del proceso de entrada.

—¿Eres familiar? —Pestañecé. Una enfermera me estaba preguntando. Estaba frente al mostrador de enfermería. Era momento de prestar atención.

—Su sobrino —contesté. Miró unos papeles que no conseguí ver.

—Hum... —articuló.

—Hace mucho tiempo que no visito a mi tía —parloteé con nerviosismo—. ¿Está bien? —La enfermera me miró por encima de las gafas—. Quiero decir... —Dejé de hablar.

—Me temo que está en terapia —concluyó la enfermera—. No sé quién te ha dado cita para la visita, pero hoy no va a ser posible. Me subió el color a las mejillas.

—Tengo que verla hoy.

La enfermera se quitó las gafas y acercó una patilla a sus labios.

—¿Por qué?

Por un momento temí haber mostrado el miedo que me daba que pudieran dejarme encerrada a mí también en aquel sitio.

—He venido en avión solo para visitarla. Lo había arreglado con su familia, con la mía... Mañana tengo que coger un vuelo de vuelta para llegar al trabajo. No he visto a mi tía en mucho tiempo. Me da miedo no volver a verla antes de que muera. ¿Sabe? Es muy importante para mí.

Esto le pilló por sorpresa a la enfermera. Miró a su alrededor.

—¿No puedo esperar mientras acaba la terapia? ¿Cuánto puede tardar? ¿Una hora? ¿Cincuenta minutos?

—Está en fisioterapia, señor... esto... —Estaba buscando en el historial de Al y preguntándose mi relación con ella, estaba segura—. Espere aquí, por favor —dijo señalando unas sillas.

Me senté y jugueteé con las manos. ¿Y si sabía que no era su sobrino? ¿Y si había llamado a la familia? ¿Todavía era delito ponerse ropa de hombre? ¿Podían retenerme allí por la fuerza? Sentía su poder cernirse sobre mí. Sobre todo, tenían el poder de impedirme ver a Al. Pasó una hora. Vi a la enfermera hablar en voz baja con un médico. Quería irme de allí, pero no quería hacerlo sin Al.

—Señor... mmm... —La enfermera estaba de pie a mi lado. Me levanté de un salto. Sin mediar palabra se dio la vuelta y empezó

a caminar. Me di prisa en seguirla. Al llegar a una sala de estar se detuvo y señaló hacia el ventanal.

Miré en aquella dirección.

—Ah, ¿ha dicho fisioterapia? ¿Por eso está Al... mi tía aquí?

—Le dio un infarto cuando ya estaba aquí. Ha perdido la capacidad de mover un brazo y una pierna.

—¿Puede andar?

La enfermera se subió las gafas empujándolas por el puente de la nariz, sus gestos daban a entender que la conversación estaba acabando.

—No hace nada. Se sienta y mira. Dudo que te reconozca —dijo por encima del hombre mientras se alejaba. Me dejó allí, paralizada de terror.

Los rayos de luz que pasaban entre los barrotes iluminaban una ventisca de motas de polvo. Había una docena de pacientes en la sala. Algunos hablaban solos.

—Joven, no debería haber venido —me reprendió una anciana. Su dedo nudoso apuntaba a mi nariz para enfatizar lo que estaba diciendo —¡No saldrá nada bueno de ello! Ya te lo he dicho antes, todas las veces. Te lo he dicho, te lo he dicho.

Era mayor y muy guapa, no a pesar de su edad sino precisamente debido a ella. Sonreí y pasé de largo, esperando que no fuera un oráculo.

No fue difícil reconocer a Butch Al. Estaba sentada frente a la ventana. Desplomada en la silla, miraba a través de los cristales, o quizá directamente a ellos. No conseguí averiguarlo. Llevaba puesta una bata de hospital y unas zapatillas de andar por casa. El brazo que quedaba más lejos de mí estaba en un cabestrillo de plástico. Cuando me acerqué vi que estaba atada a la silla con la tira de una sábana.

—No habla con los mortales —dijo el oráculo detrás de mí—. Escucha voces que tú no puedes oír. No te escuchará.

Sonreí mirando por encima del hombro.

—Está bien —le aseguré—, soy un fantasma.

La anciana vino hacia mí y observó mi rostro con cautela.

—Bueno, ¡alabado sea! —exclamó, santiguándose—. Es un verdadero fantasma vivo —les anunció al resto de pacientes, que no parecieron escucharla.

Puse una silla cerca de Al. En cierta manera, había cambiado drásticamente. Su pelo había encanecido casi por completo y lo llevaba más largo que nunca. Si hubieran sido otros tiempos la chincharía diciéndole que se parecía al Príncipe Valiente. Claro que, si hubieran sido otros tiempos, ella se habría cortado el pelo.

Me senté a su lado. La cara de Al me recordaba al lecho seco de un río, esculpido por corrientes de agua que habían dejado de fluir. Su mejilla parecía tan suave que tuve que hacer esfuerzos para contenerme y no tocarla. Me pareció violento estar observándola desde tan cerca, así que me eché hacia atrás en mi silla. Visto de otra manera, Al apenas había cambiado. Todo en ella me era familiar y reconfortante.

Miré por la ventana. Quería ver lo que ella veía y darle tiempo para que notara mi presencia. Las ventanas estaban medio ocultas por una pared de ladrillo con vanos enrejados. Parte del ventanal daba al aparcamiento. Si me inclinaba, podría ver la moto de Jan. Pensé por un momento que Al podría haberme visto llegar y sabría, de alguna forma, que era yo. Por supuesto, solo era mi imaginación.

Más allá del aparcamiento había una franja de hierba y algunos árboles. Las gaviotas hacían círculos y giraban en el cielo, muy arriba. Lo observé todo como si llevara años mirando aquel paisaje y hubiese perdido la esperanza de ver algo diferente. Entonces supe que así era exactamente como lo veía Al.

—No hay mucho que ver, ¿eh? —dije en voz alta, casi para mí misma.

Al me miró durante un segundo. Sus ojos estaban empañados, como si el sufrimiento le hubiese provocado cataratas. Luego volvió a mirar a las ventanas.

Puse el pie sobre el alféizar y me recliné.

—Joven, no haga eso, por favor —me regañó una enfermera.

Me molestó, pero me senté bien. Al me observó de nuevo y apartó la mirada. Por un momento pensé que había sonreído, pero me equivoqué.

Al estaba encerrada en una fortaleza. No sabía cómo trepar por aquellos muros. Recordé un cuento de hadas sobre un príncipe que tenía que escalar una montaña de cristal para liberar a la mujer que amaba. No recordaba cómo lo había hecho.

Había leído en algún sitio que la gente que está en coma puede escucharte. Sabía que ella no estaba en coma, pero no creía que hiciera ningún daño que le hablase.

Casi parecía que no había pasado el tiempo. Si conseguía encontrar las palabras adecuadas continuaríamos la conversación donde la habíamos dejado un cuarto de siglo antes.

—Al —dije suavemente. Miré a mi alrededor, pero nadie nos estaba prestando atención excepto el oráculo—. Al, soy yo, Jess. Quizá no me reconozcas, pero a lo mejor si me miras te acuerdas. —Al no se movió, pero fingí que estaba más cerca de mí, que estaba escuchándome, para concentrarme en lo que quería decirle—. Te habría dicho muchas cosas, Al, pero siempre creí que te vería de nuevo. Ya sabes, los jóvenes son así, creen que las cosas nunca van a acabar. —Creí ver a Al asentir. Quizá fue mi imaginación. Puse la mano sobre su brazo con mucha delicadeza y contemplé su perfil con detenimiento durante un buen rato. Minutos después ella se giró y me miró; luego apartó la vista. Durante aquel breve momento pude verla, asomándose tras la muralla—. Al —comencé, pero se me atragantaron las palabras. Apoyé la frente en su antebrazo y lloré. Ya no podía mantenerme erguida. Contuve el resto de las

lágrimas y me limpié los ojos. Revolví mis bolsillos en busca de un clínex. Apareció uno delante de mis narices, me lo tendía el oráculo. Asentí agradecida—. Butch Al —dije en voz baja—, si puedes oírme asiente, parpadea, haz algo, por favor.

Se giró y me miró.

—¡Al! —Sonreí.

Su mano se aferró a mi brazo como una garra, tenía el rostro deformado por la rabia.

—No me hagas volver allí —gruñó.

—¡Huye ahora! —me advirtió el oráculo.

—No —dije. Noté el miedo en mi voz. No huiría de Al, estaba dispuesta a enfrentarme a cualquier cosa. Aquel momento era el único que tenía con ella, y sería el último.

—No me hagas volver allí —repitió Al. Sus uñas traspasaron la carne de mis brazos. Intenté calmarme.

Entonces entendí lo que quería decir y me dio vergüenza. ¿Cómo había conseguido sobrevivir Al? Olvidando, durmiendo, yéndose lejos. Se había escondido en el subsuelo por seguridad, en la clandestinidad, igual que había hecho yo.

Contemplé su mirada. Sus ojos acerados se estaban llenando de lágrimas. También los míos. Puse mi mano libre con suavidad sobre sus dedos y estos empezaron a relajarse.

—Lo siento —dije—. Perdóname, Al. He sido egoísta. No me he dado cuenta hasta ahora de que he hecho esto únicamente por mí. No he pensado lo que supondría para ti. La gente me intentó advertir y no escuché. —Me cubrí la cara con la mano—. Vuelve adonde quiera que sea que estés a salvo, no te molestaré más. Lo siento.

—No pasa nada, peque —dijo la voz familiar de una antigua amiga—. Está bien.

Levanté la vista y vi a Butch Al sonriéndome. Las lágrimas me corrían por la cara. Me las limpió con una mano. Pude ver el esfuerzo que le suponía alzar el brazo.

—Estás genial —me dijo—. ¿Puede verte alguien más o solo yo?

—Soy real, pero solo tú puedes verme.

Al miró por encima de mi cabeza, luego sus ojos bajaron para encontrarse con los míos.

—Te veo joven —dijo.

Sonreí.

—Voy a cumplir cuarenta en un par de años, si juego bien mis cartas.

Al asintió y volvió a centrarse en el ventanal.

—Somos de otro tiempo —dije. ¡Se acordaba!

Una tormenta de emociones le cruzó la cara. Se giró hacia mí, enfadada.

—Deja los viejos tiempos tranquilos. No me hagas volver allí, ya estoy muerta.

Me aparté de ella, pero luego me obligué a inclinarme hacia adelante de nuevo.

—No estás muerta, Al. Simplemente estás malherida. Has luchado durante mucho tiempo y con dignidad, pero te han hecho mucho daño. Lo has hecho muy bien.

Giró la cabeza hacia mí y bajó la mirada. Su mano intentó alcanzar mi brazo.

—No pude, es solo que no pude, yo...

Bajé la voz, como si le hablase a una amante.

—No pasa nada, está todo bien. Lo has hecho muy bien, ahora puedes descansar. No pasa nada, Al.

Descansó una de sus manos sobre mi cabeza. El peso me hizo sentir como una niña.

—¿Te ha cortado el pelo Jackie? —Se me paró el corazón; luego sonreí y asentí. Al me estrujó el brazo—. Peque, dile que lo siento.

Puse mi mano sobre la suya.

—Jackie me ha dicho no está enfadada, Al. —Ella exploró mi cara, buscando confirmación de que decía la verdad—. Es cierto

—mentí—, ha dicho que no te preocupes. Te quiere, Al. No pasa un día sin que piense en ti, igual que yo. —Sonrió y me dio una palmadita en la mejilla—. Al —dije, pero su espíritu se había marchado, igual que una corriente de aire cierra una puerta de golpe. Su temperatura corporal bajó unos cuantos grados.

—Se ha ido —dijo el oráculo.

—Al —dije, zarandeándole el brazo—. Al, por favor, no te vayas. Todavía no, por favor, dame solo un minuto más.

Me odiaba a mí misma por aquello. Solo unos minutos antes había prometido que la dejaría volver a su retiro y ahora estaba intentando traerla de vuelta otra vez. Me empezó a temblar el labio y luego la barbilla entera. Me dolía la mandíbula. Había tenido una segunda oportunidad en la vida para decirle que la quería y la había desperdiciado, igual que hice de adolescente. Y, como un niño, no quería irme hasta que ella me dijera que también me quería. Me incliné hacia delante y puse los dos brazos alrededor de su cuello.

—Lo siento —dije—. Te dejaré en paz, Al. —Las lágrimas no paraban de caer—. Es solo que he venido hasta aquí, después de todos estos años, para decirte lo mucho que te quiero, y ahora es demasiado tarde. Quiero darte las gracias. Si no hubiera sido por ti jamás habría sabido que tenía derecho a ser yo. Me enseñaste lo necesario para mantenerme con vida todos estos años. No pasa un día sin que agradezca todo lo que me diste. Has significado mucho para mí, Al. Siempre quise hacerme mayor de una manera que te hiciera sentir orgullosa. Al, te quería entonces y te quiero ahora.

Limpí dos veces las lágrimas de mi brazo antes de darme cuenta de que no venían de mis ojos.

—Te dije que no deberías haber venido —susurró el oráculo por encima de mi hombro.

—No, era importante para mí —dije. Me levanté y puse de nuevo los brazos alrededor de Al. La besé con suavidad en lo alto de la cabeza, permitiendo a mis labios remolonear en su pelo—. Te quiero, Butch Al —susurré.

La enfermera me observaba desde la puerta. Me alcé para irme.
El oráculo se santiguó.

—Bendiciones para ti —dijo, mirándome y moviendo la cabeza.
Muy despacio, cogí su mano entre las mías y la besé con suavidad.
Ella bajó la mirada y se sonrojó.

—Adiós, abuela —me despedí—, gracias por dejarme venir.



Empujé la Triumph por el acceso trasero de Blue Violets. Me encontré con Jan y Edna dentro de la tienda. Ambas tenían un gesto sombrío. Edna no me miró a los ojos; Jan estaba resentida. Salí fuera, detrás del invernadero, y esperé a que Jan apareciera. Se quedó a un metro de distancia. Tenía los puños apretados a los costados.

—¿Por qué coño no me lo dijiste? —preguntó.

—No era cosa mía —me encogí de hombros—. No quería entrometerme entre vosotras.

Jan se acercó.

—Bueno, no podrías aunque quisieras.

Tomé aire con los dientes apretados.

—De hecho ya lo sé. No pude retener a Edna. ¿También voy a perderte a ti? No te he hecho nada. No es justo.

—¿Justo? —Jan negó con la cabeza—. No tiene que ser justo. Tengo derecho a estar enfadada.

—No, no lo tienes —le grité—. Eres la que se ha quedado con ella. Os tenéis la una a la otra. Soy yo la que tiene derecho a estar dolida.

—¡Actuaste a mis espaldas y te follaste a mi chica! —chilló Jan.

—¿Qué? —Me di una palmada en el muslo—. ¿Estás de broma?
¡Tú y Edna llevabais doce años separadas!

Claramente Jan no seguía la misma lógica. Sonreí.

—¿Qué cojones te parece tan gracioso? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Tú estás molesta conmigo por haber salido con Edna doce años después de que lo dejarais. Yo estoy molesta con Edna por volver contigo casi una década después de que ella y yo estuviéramos juntas. ¿Sabes lo que creo?

Jan pateó el cemento.

—En realidad no me importa una puta mierda lo que creas.

Me encogí de hombros.

—Te lo voy a decir de todas formas. Creo que deberíamos querernos más. Y te diré otra cosa. Todas nos conocemos desde hace mucho. Nos necesitamos las unas a las otras, de verdad, incluso si ahora estamos enfadadas. —Mi voz se suavizó—. Hablaré por mí. Realmente te necesito, Jan. No te traicioné. Siempre he sido una buena amiga.

Jan negó con la cabeza.

—Déjalo estar por el momento. No me digas que no tengo derecho a sentir lo que siento.

Me encogí de hombros.

—Simplemente me da miedo perderte. Si dentro de un tiempo intentara reunir valor y llamarte, ¿hablarías conmigo?

Jan suspiró.

—Dame tiempo. —Le lancé las llaves de la moto y me di la vuelta para irme—. ¿La viste? —me llamó.

—Sí.

—¿Te reconocí? —Asentí—. ¿Fue duro?

Sonreí con tristeza.

—No había forma de que no fuese jodido. Apenas puedo soportar pensar en todos los desconocidos tocándola, decidiendo sobre su cuerpo. Me asusté de verdad. Cuando era una cría miraba a Al y veía en ella mi futuro. Hoy he pensado que quizá yo también acabe así.

Jan se encogió de hombros.

—No se sabe lo que nos espera.

Bajé el tono.

—También he estado pensando en el suicidio de Edwin. Había dado por hecho que Ed estaría siempre con nosotras. Luego se pegó un tiro. De repente quería otra oportunidad y era demasiado tarde, se había ido. Así que la enterré en lo más profundo de mi memoria porque dolía demasiado. Quizá tenía miedo de que su suicidio también fuera mi futuro. —Me froté la cara—. Tengo que irme, Jan. —Ella asintió y se giró para volver adentro—. Jan. Dile adiós a Edna de mi parte, ¿vale?

Jan me contestó sin girarse:

—No tientes a la suerte, colega.



Paré el coche en la gravilla que había frente a la casa de la madre de Ruth y esperé dentro hasta que alguien salió a la puerta. La neblina cubría las laderas. La superficie del lago Canandaiga centelleaba, con un azul intenso. Oí que se abría la puerta delantera. Patsy Cline cantaba *Crazy for thinking that my love could hold you*⁴⁷.

Ruth me llamó.

—¡Entra, cielo! —Se la veía más contenta y relajada que la última vez.

Ruth me presentó a su madre, Ruth Anne, y a la tía Hazel. Acababan de terminar la conserva de tomates. Las tres llevaban unos delantales con estampado de flores muy parecidos. Cuando entré, estaban riéndose a carcajadas. Hazel se limpió las lágrimas de los ojos.

—Estábamos contando historias de los viejos tiempos.

47. «Estaba loca por pensar que mi amor podría sostenerte».

—Ven a sentarte en la cocina, niño. ¿Has comido? ¿Te hago alguna cosita? —me preguntó la madre de Ruth. La miré. Ella asintió sonriendo.

—Sí, por favor, señora. Eso sería genial.

—Llámame Anne. Todo el mundo me llama por el nombre de mi madre. ¿Qué te parece un trozo grandote de pastel de bayas de saúco?

—¡Sí, por favor! —Anne dejó enfrente de mí un trozo enorme de pastel.

—Ahora acábatelo todo. Eres un chico en edad de crecimiento.

Ruth me miró, nerviosa. Le dije con la mirada que no importaba.

—Mamá, esta es Jess, la amiga de Nueva York de la que te he hablado. Antes vivía en Búfalo.

Hazel puso los ojos en blanco.

—No sé cómo podéis vivir las chicas en esa ciudad con todos los...

—Tía Hazel —la voz de Ruth interrumpió la frase.

—No estaba insinuando nada —dijo Hazel—, solo creo...

—Hazel, cómete el pastel —intervino Anne.

Puse los ojos en blanco de gusto.

—¿Ha hecho usted la tarta?

Hazel sonrió.

—Anne hace el mejor pastel de saúco de todo el valle. Pregúntale a quien quieras. ¿Alguna vez has probado un pastel tan delicioso?

Ruth bajó la mirada.

—Bueno —dije—, he probado el pastel de saúco de Ruth. —Miré a mi alrededor preocupada para comprobar si a alguien le había molestado que utilizara el nombre con que llamaba a mi amiga—. Debo decir, señora, que puedo ver la inspiración familiar en el pastel de su hija.

—Vaya, vaya, qué finta tan elegante. —Anne sonreía mientras yo devoraba el pastel.

La risa sacudió a Hazel.

—Anne, ¿te acuerdas de la vez en que disparaste a tu primer ciervo? —Hazel empezó la historia—. Era una chica de ciudad cuando se casó con mi hermano Cody. El primer invierno que pasó aquí no valía para nada. Hablo de hace cincuenta años. Así que una mañana mientras desayunaban mi hermano le dijo que iba a ir a cazar. Le explicó que la carne de ciervo nos ayudaba a pasar el invierno y que tarde o temprano tendría que aprender a prepararlo. Yo ya le había dicho que podía enseñarla. Pero era tozuda. Le dijo a Cody: «Yo disparo al maldito ciervo, esa es la parte fácil. Tú preparas la jodida pieza». Bueno, mi hermano se rio y subió a afeitarse.

Anne continuó la historia.

—Estaba lavando los platos, justo ahí —señaló—. Estaba preguntándome dónde demonios me había metido al casarme con aquel hombre. En cualquier caso, miro por la ventana de la cocina y veo a un macho quieto en ese claro de ahí fuera. Ni siquiera me paré a pensar. Cogí uno de los rifles de Cody y disparé al ciervo. Salí corriendo y empecé a arrastrarlo por la cornamenta. Pesaba muchísimo, pero estaba tan cabreada con Cody que tenía la fuerza de un toro. Cody bajó las escaleras unos minutos más tarde y ahí estaba el ciervo, en el suelo de la cocina. Le dije: «Ahora prepara la puta pieza tú».

Supe que aquella risa había impregnado la cocina durante todo el fin de semana.

—Ay, ojalá haber tenido una cámara para enseñaros la cara de Cody. Aún puedo verla. —Anne se carcajeó. Le tembló la sonrisa—. Desearía que lo hubieras conocido —me dijo—. Creo que te habría caído muy bien. Era un hombre muy bueno. —Suspiró. —¿Quieres más pastel?

Asentí con entusiasmo. Ruth movió la cabeza.

—Vas a vomitar morado por todo el coche.

Anne puso los brazos en jarras.

—Este muchacho no se va a ir de este valle sin haber probado mi pastel de uvas.

Levanté las manos en un gesto de derrota.

—Desde luego, señora.

—Así me gusta —dijo, poniéndome delante una porción de tarta aún mayor que la anterior.

Anne, Hazel, y Ruth se cernieron sobre mí mientras probaba el primer bocado. Me di una palmada en el pecho.

—Me he muerto y estoy en el cielo. Es el mejor pastel que he probado en toda mi vida.

Anne resplandecía.

—Robbie, tienes que llevarte un par de pasteles de los míos a casa.

Ruth se encogió de hombros.

—Le haré yo el pastel, mamá. Voy arriba a hacer la maleta. Luego nos tenemos que ir.

Anne gritó por el hueco de las escaleras tras ella:

—Cariño, mira en mi baúl de cedro. Dentro está el delantal de tu abuela. Quizá quieras quedártelo.

Hazel salió por la parte trasera para ir a por más leña. Anne intentaba levantarse de la silla de la cocina.

—No es fácil hacerse vieja —dijo.

Me levanté cuando lo hizo ella.

—He estado pensando en ello. A decir verdad, no me imaginaba que viviría tanto —dije.

Anne se acercó.

—La vejez vendrá más pronto que tarde. Pero tienes el resto de tu vida por delante. No pierdas el tiempo preocupándote por eso.

—Su sonrisa se desvaneció—. Tú también eres un espigador, ¿verdad? Igual que mi Robbie. ¿Sabes lo que es un espigador? —Negué con la cabeza—. Cuando los granjeros acaban con la cosecha dejan que vayan los espigadores a recoger lo que sobra. Yo quería que mi criatura fuera más que eso. Creo que tú también te mereces algo más que eso.

Me encogí de hombros.

—Bueno, lo hacemos con toda la dignidad posible. Y a Robbie, a Ruth, la quieren mucho en Nueva York, tiene muchas amigas.

Anne asintió, sin sonreír.

—Aquí también la queremos mucho. Quizá la gente no la entienda, y puede que no siempre sepan lo que decir, pero saben que es una de los nuestros.

Ruth bajó las escaleras.

—¿Estás lista, Jess?

Hazel y Anne abrazaron a Ruth, la besaron y la cubrieron de piropos. Anne me llamó.

—Jess, ven aquí ahora mismo. —Me rodeó con los brazos. El contacto era algo que nunca podía dar por hecho—. Tienes que volver alguna vez, ¿me oyes? Y te haré otro pastel de uva que hará que te caigas de la silla.

Me sonrojé.

—Gracias.

—Cuida de mi niña —me susurró.

Le apreté el hombro.

—Sí, señora.

Ruth y yo condujimos en silencio entre las colinas perladas de viñas. Podía oler las uvas, el aroma del hogar para Ruth.

—¿Quieres relevo para conducir, Jess? —me pregunto, somnolienta.

Asentí.

—Pronto, creo.

—Entonces voy a necesitar un café. Deberíamos haber llenado los termos antes de salir.

La miré con nerviosismo.

—¿Crees que deberíamos arriesgarnos a parar en un restaurante?

Se incorporó y suspiró.

—Necesitamos café. Para en esa cafetería. Vivamos peligrosamente.

Me reí.

—Claro, como si no lo hiciéramos ya.

Nadie nos prestó atención dentro de la cafetería. Los hombres, vestidos con camisas de franela y gorras de camionero, hablaban de sus cosas sentados en las mesas. La camarera tenía pinta de cansada. Nos acercamos a la caja para pagar, ansiosas por irnos antes de que hubiera problemas. Un hombre salió de la cocina. No levantaba más de un metro del suelo. Se subió a un taburete que había delante de la caja y marcó nuestro pedido. Miró la cara de Ruth, luego la mía. Puso una expresión amable. Ruth y yo nos miramos con timidez y luego le sonreímos. Nos miró, resplandeciente.

—¿Cómo os está yendo el viaje, chicas?

Ruth y yo nos miramos ojipláticas y nos reímos. Me acerqué al hombre.

—Está siendo un viaje increíble. Y, de alguna manera, hemos sobrevivido. De momento, al menos. ¿Qué hay del tuyo?

Su sonrisa expresó varios sentimientos a la vez.

—No está yendo como yo pensaba, pero me ha convertido en una persona con la que puedo vivir.

Ruth le estrechó la mano.

—¿Tú también eres de por aquí?

Él asintió.

—Nacido y criado aquí. Me llamo Carlin.

Ruth sonrió.

—Yo soy de Vine Valley. Ruth. Jess es de Búfalo. Estamos volviendo a Nueva York.

Se le iluminaron los ojos.

—Quiero pirarme de aquí. Quiero irme a una ciudad grande donde nunca haya ni un momento de aburrimiento.

Ruth se rio.

—Entonces Manhattan está hecho para ti.

—¡Vente con nosotras! —le dije—. ¡Venga! Subimos al coche y nos vamos.

Carlin negó con la cabeza, triste.

—Una parte de mí desearía ser el tipo de persona que hace esas cosas. Pero tengo gente aquí. Tendría que dejar cosas cerradas antes de irme.

Ruth garabateó su nombre y su número de teléfono en la parte trasera de una servilleta.

—Llámanos. Ven de visita. Te enseñaremos por qué nos encanta Nueva York.

Yo asentí.

—También te enseñaremos por qué lo odiamos.

Él se inclinó hacia adelante.

—¿Lo decís en serio, tías?

Yo también me incliné, hasta que mi frente quedó prácticamente tocando la suya.

—No tenemos tiempo para derrocharlo siendo falsas.

Carlin me dio una palmadita en la mejilla.

—¿Qué os parece un pastel de melocotón recién hecho para el camino? Helen, acércame ese pastel, por favor.

Mientras Carlin y Ruth se daban la mano me fijé en lo bonito que era ver la mano diminuta de él estrechando la enorme mano de ella. Nos despedimos.

Ruth y yo volvimos al coche. Nos serví a cada una un vaso de café.

—¿Crees que tendremos noticias de Carlin?

Asintió.

—Me apuesto lo que quieras. —Ruth apoyó la mano sobre mi brazo—. ¿Cómo ha ido en Búfalo? ¿Encontraste lo que ibas a buscar?

Suspiré.

—No lo sé. Cada vez que voy buscando algo encuentro otra cosa distinta. Te lo contaré todo luego. Ahora mismo estoy demasiado cansada para entender lo que ha pasado. ¿Y tú qué tal?

Ruth suspiró.

—Ha sido como una colcha de retazos. —Se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla. Noté cómo me sonrojaba—. Está bien recordar de dónde vienes. Pero ahora estoy lista para volver a casa. —Ruth me apretó la mano—. Venga, Jess. Vámonos a casa.

26

Mientras subía las escaleras del metro en Christopher Street oí una voz que decía las palabras «lesbiana» y «gay» por el altavoz. Cuando aparecí en la superficie, me encontré en medio de una multitud de cientos de personas que escuchaba a los ponentes de un mitin.

Había visto manifestaciones gays en las calles otras veces. Siempre me quedaba mirándolas desde el otro lado de la calle, orgullosa de que aquel joven movimiento no fuera empujado de vuelta al armario a palos. Pero siempre me iba, sintiéndome sola y ajena a aquello. Esta vez una voz me hizo parar en seco. Un hombre joven había cogido el megáfono y, con voz fuerte, temblando por la emoción, contaba que una pandilla había asesinado a su pareja delante de él y que le habían obligado a mirar.

—Vi cómo moría delante de mí, en la acera —gritó— y no pude salvarle. Tenemos que hacer algo. Cosas así no pueden seguir ocurriendo.

Le pasó el micro a una mujer con el pelo cubierto por un turbante de tela africana muy colorida. Ella animó al resto a que subieran y hablaran.

Una mujer joven salió de entre la multitud y trepó al escenario.

—En mi barrio, en Queens, había unos tíos. —Apenas se podía oír su voz, incluso con el micrófono—. Solían gritarnos cosas a mi pareja y a mí. Una noche los escuché detrás de mí. Estaba sola. Me empujaron hacia el aparcamiento que hay detrás de la ferretería y me violaron. No pude impedirlo. —Las lágrimas cayeron por mi rostro. El hombre que tenía al lado me puso una mano en el hombro. Sus ojos también estaban llenos de lágrimas—. Nunca le dije a mi pareja lo que ocurrió —susurró al micrófono—. Sentí que si se lo decía nos habrían violado a las dos.

Cuando bajó del escenario pensé: «eso es la valentía». No es solo sobrevivir a la pesadilla sino hacer algo con ella. Hablarle de ello a los demás. Intentar organizarse para cambiar las cosas.

Y, de repente, me sentí tan asqueada de mi propio silencio que necesité hablar yo también. No había nada en concreto que quisiera contar. Simplemente necesitaba abrir la boca por una vez y escuchar mi propia voz. Y tenía miedo de que, si dejaba pasar aquel momento, jamás reuniría el valor suficiente para intentarlo de nuevo.

Me aproximé al escenario, cada vez más cerca de alzar la voz delante de todos. Una mujer de la organización me miró.

—¿Quieres hablar? —Asentí, mareada por la ansiedad—. Venga, compañero —me animó.

Las piernas casi no pudieron auparme al escenario. Miré los cientos de rostros que me observaban.

—No soy un hombre gay. —Me sobresaltó mi voz amplificada—. Soy una butch, una marimacho. No sé si la gente que nos odia con todas sus fuerzas nos sigue llamando así. Pero esa palabra marcó mi adolescencia. —Todo el mundo se mantuvo en silencio mientras hablaba, supe que me estaban escuchando; que me habían entendido. Vi a una mujer, una femme, más o menos de mi edad, de pie al final de la muchedumbre. Asentía mientras yo hablaba, como si me reconociera. Sus ojos estaban inundados de

recuerdos—. Sé mucho sobre el dolor —dije—, pero no tengo mucha experiencia hablando de ello. Y sé bastante sobre luchar, pero solo sé hacerlo sola. Es complicado defenderse así, porque casi siempre estoy en inferioridad de condiciones y casi siempre pierdo. —Una drag queen, que estaba en un lado de la manifestación, movió la mano sobre su cabeza con lentitud, de un lado a otro, como un testimonio silencioso—. Me quedo mirando las protestas y las manifestaciones desde el otro lado de la calle. Y una parte de mí se siente conectada a todas las personas que estáis aquí, pero no sé si soy bienvenida, si puedo unirme. Hay muchas de nosotras que estamos fuera y no queremos estarlo. Nos detienen y nos apalean. Nos estamos muriendo ahí fuera. Os necesitamos... Pero vosotros también nos necesitáis a nosotras. No sé qué hace falta para cambiar el mundo. ¿Pero no podríamos juntarnos para descubrirlo? ¿No seríamos más fuertes? ¿No existe la manera de que todos luchemos en las batallas del resto, para que no estemos siempre solos?

Obtuve el mismo aplauso atronador con el que los allí reunidos obsequiaban a cada persona que reunía el coraje de hablar. Para mí, el aplauso era una respuesta: sí, era posible tener esperanza. Puede que esa manifestación no cambiase las cosas, pero la gente hablaba entre sí y se escuchaba. Cuando le devolví el micrófono a la mujer de la organización, me pasó el brazo por el hombro.

—Bien hecho, hermana —me susurró al oído. Nadie me había llamado eso nunca.

Descendí y me abrí paso entre la gente. Un montón de manos me rodearon y estrecharon la mía, o me dieron palmaditas en el hombro. Un chico gay que estaba repartiendo panfletos me sonrió y asintió.

—Ha sido muy valiente por tu parte subir ahí y decir todo esto. Me reí.

—No sabes ni la mitad.

Me dio un panfleto con una convocatoria de manifestación contra el abandono del gobierno frente a la epidemia del sida.

—¡Espera! —oí que decía alguien. Una butch joven me extendió la mano. Me recordó tanto a mi vieja amiga Edwin que durante un instante creí que Ed había vuelto a la vida para darle otra oportunidad a nuestra amistad—. Me llamo Bernice. Me ha encantado lo que has dicho. —Le estreché la mano y noté el poder que emanaba de la seguridad de su agarre—. Has estado ahí fuera mucho tiempo, ¿eh?

No sabía si preguntaba cuánto tiempo había sido gay o cuánto tiempo había estado mirando el movimiento gay desde fuera. En ambos casos era cierto.

—Hay bailes para lesbianas en el centro comunitario el tercer sábado del mes. Podría presentarte a algunas amigas. Quizá podríamos hablar.

Me encogí de hombros.

—No sé si me veo con fuerzas para discutir si no me dejan entrar. Bernice también se encogió de hombros.

—Podemos encontrarnos fuera. Podríamos entrar todas juntas. Mi amiga estará controlando la puerta. Nadie te molestará si vamos juntas. En parte es de esto de lo que hablabas ahí arriba, ¿no?

Me reí.

—No esperaba verlo en marcha tan pronto.

Bernice se balanceó sobre sus pies.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Quieres venir?

—Sí —asentí—. Me da miedo, pero quiero ir.

—Genial —dijo—. Este es mi número. Llámame.

Me subí al borde de una papelera y busqué a la femme cuyos ojos me habían reconocido. Se había ido.

Volví a toda prisa a casa y subí las escaleras corriendo, de dos en dos.

—Ruth —llamé a su puerta—, abre.

Salió alarmada.

—Jess, ¿qué ocurre?

—He hablado, Ruth. Había una protesta en Sheridan Square y la gente podía subir y hablar y lo he hecho. He hablado, Ruth. Delante de cientos de personas. Ojalá hubieras estado allí. Ojalá me hubieras escuchado.

Ruth me estrechó entre sus brazos y suspiró.

—Cielo, es como si hubiera estado —me susurró al oído—. Una vez que rompes el silencio no se puede parar.

—¿Puedo usar tu teléfono?

Se encogió de hombros.

—Claro.

Sabía exactamente a quién quería ver. Llamé a la oficina del sindicato de la calle 17 y pregunté por Duffy. Reconocí su voz al momento. Su familiaridad me reconfortó.

—Duffy, soy yo, Jess. Jess Goldberg.

—¿Jess? —dijo mi nombre sacando mucho aire—. Ay, Jess. He tenido una disculpa en la boca durante mucho tiempo. ¿Podrás perdonarme por haberte descubierto de aquella manera en el trabajo? Sonreí.

—Oh, te perdoné hace ya mucho. Pero estoy muy emocionada hoy. Quiero hablar contigo. Quiero verte ahora mismo.

Duffy se rio.

—¿Dónde estás? ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Estoy viviendo aquí. Frankie me dijo dónde trabajabas.

—¿Cuánto tardas en llegar aquí? —me preguntó.

Miré mi reloj.

—Quince minutos, máximo.

—Hay un restaurante en la calle 16, en el lado oeste de Union Square. Te veo allí.

Me había preguntado si Duffy y yo nos reconoceríamos. Por supuesto que sí. Me vio en el momento en que entró al restaurante. Me puse de pie al verlo acercarse a la mesa en la que estaba.

—Jess. —Me estrechó la mano. En seguida se le llenaron los ojos de lágrimas—. Jess, he esperado años para decirte cuánto lo siento.

—No pasa nada, Duffy. Sé que no lo hiciste a propósito. Solo fue un error.

Duffy bajó la cabeza.

—¿Me das otra oportunidad?

Yo me reí.

—Aún no has agotado todas tus oportunidades.

Duffy desvió la mirada.

—Creo que, en todos mis años de sindicalismo, ha sido el peor error que he cometido. Y lo único que podía pensar era en lo mucho que te había costado. Habría hecho cualquier cosa para hacerte la vida más fácil, Jess. Y la jodí tantísimo. Lo siento.

Sonreí.

—¿Sabes, Duffy? Hay una persona a quien quiero mucho, se llama Ruth. Ella es diferente, igual que yo. Una vez me dieron una paliza y llamó a mi curro para decir que estaba enferma e hizo exactamente lo mismo. Ya sé que me enfadé muchísimo contigo en aquel momento. Pero incluso entonces sabía que siempre habías estado de mi lado. No podía contar con mucha gente que quisiera defenderme, pero siempre supe que tú eras una de esas personas. Oye, ¿y qué pasa con los errores que cometí yo y que tú me pasaste por alto?

Duffy sonrió y se mordió el labio.

—Gracias Jess. Me absuelves con mucha facilidad.

Me reí.

—Bueno, siempre has sido un buen amigo. —Se sonrojó—. Siéntate, Duffy.

Nos pusimos rápidamente al día, describiendo nuestras vidas con amplias pinceladas.

—Me acosaron por rojo en la imprenta donde trabajábamos. Básicamente me quemé, bebía demasiado. Luego dejé el alcohol y encontré trabajo en el sindicato, así sigo.

Yo le conté que había dejado de tomar hormonas y me había mudado a Nueva York y que ahora era cajista.

—¿Sin sindicarse? —me preguntó.

Asentí.

—Sí. Cuando los ordenadores entraron en escena, la patronal supo ver que iban a transformar la industria tradicional de la composición tipográfica de metal caliente. Así que contrataron a toda la gente que el antiguo sindicato gremial no creyó importante afiliar. Así lo destruyeron.

Me miró fijamente de una forma que me hizo sentir incómoda.

—Ha sido realmente duro para ti, Jess, ¿verdad? —Yo me encogí de hombros; luego asentí—. Se te nota en la cara —dijo—. Se te ve con menos miedo pero con más dolor.

Era extraño que me conociera tanto. Cambié de tema.

—Hoy me ha pasado algo increíble, Duffy. Me he puesto frente a una manifestación y he hablado por el micrófono. Quería contarles cómo eran las cosas en las fábricas, cómo se esfuerzan los gerentes por dividir a los trabajadores cuando un convenio está a punto de acabarse. No sabía si me entenderían si les decía que era necesaria toda la afiliación para ganar las huelgas.

Duffy sonrió.

—Sí, y hoy en día hace falta más de un sindicato para ganar.

Suspiré.

—He venido para preguntarte si crees que es posible cambiar el mundo. ¿O crees que va a ser siempre una batalla a la defensiva?

Duffy asintió muy lentamente.

—Sí, Jess. Creo que podemos cambiar el mundo. Está cambiando constantemente, solo que muchas veces lo hace a peor. No soy solo un optimista. Creo que las condiciones van a hacer que sea imposible no luchar para cambiar las cosas.

Duffy sonrió cuando di un puñetazo en la mesa.

—Quiero entender el cambio. No quiero simplemente estar a merced de él. Siento que algo en mi interior se está despertando.

Quiero saber más sobre historia. Tengo mucha información nueva sobre gente como yo en todas las épocas, pero no sé nada de esas épocas.

Duffy se inclinó hacia delante en la mesa.

—Esa es la Jess que yo recuerdo: la curiosa, la que está preparada para la batalla. —Me reí—. Entonces, Jess, ¿por qué no trabajas conmigo en el sindicato?

—¿Qué? —grité.

Duffy levantó las manos como dos escudos.

—Piénsatelo. Siempre se te ha dado bien organizar a la gente. Sería complicado, pero tu vida siempre ha sido así. Sé que sería difícil hacer sindicalismo diciendo abiertamente que eres una mujer. Pero quizá podrías. Yo te apoyaría siempre. Hay más gente que creo que también lo haría. Y si es demasiado duro, podrías decirme cómo mejorarlo y te prometo que esta vez no lo estropearé. —Duffy golpeó la mesa con la palma de la mano—. Tienes un poder que apenas has usado aún. Pero no puedes utilizarlo sola. De verdad, creo que ahora hay gente dispuesta a apoyarte. Creo que podemos hacer que lo entiendan.

Exhalé con lentitud.

—No sé, Duffy. Esto de la esperanza es algo nuevo para mí. Me da un poco de miedo entusiasmarme demasiado.

Duffy negó con la cabeza.

—No digo que vayamos a vivir para ver una especie de paraíso. Pero el mero hecho de luchar para cambiar las cosas te hace más fuerte. No tener esperanza en nada acabará contigo. Inténtalo, Jess. Ya te estás preguntando si todo podría ser distinto. Ahora intenta imaginar un mundo en el que merezca la pena vivir y luego piensa si no vale la pena luchar por ello. Has llegado demasiado lejos para renunciar a la esperanza, Jess.

—Uf —fue todo lo que pude decir—. Necesito pensar en todo esto.

Sonrió.

—Tómate tu tiempo. Pero piénsalo. Tengo que volver al trabajo —dijo—, si estás libre mañana por la noche, te invito a cenar. Hablaremos más de todo esto.

—Déjame comprobar mi agenda. —Cerré los ojos con fuerza—. Sip. —Los abrí—. Estoy libre. Apuntado.

Duffy me dio un libro titulado *La historia no contada del trabajo*. Dentro había escrito: «Para Jess, con grandes expectativas».

—Es un libro que siempre he querido regalarte —me explicó—. Es una suerte que lo tuviera en el cajón del escritorio cuando llamaste.

Pensé en la autobiografía de Mother Jones que me había dado años atrás, que tenía el mismo mensaje inscrito.

—¿Esto significa que me das otra oportunidad? —pregunté.

Sonrió con calidez.

—Aún no has empezado a gastar tus oportunidades, Jess.

Nos levantamos y nos estrechamos la mano. Se dio la vuelta para marcharse.

—Ey, Duffy. Una vez te hice una pregunta y nunca me contestaste. ¿Eres comunista?

Duffy se giró lentamente.

—No sé qué significa esa palabra para ti, así que no sé lo que significaría contestar que sí. ¿Qué te parece si nos sentamos con la cena delante y te cuento cómo veo el mundo y cuál creo que es mi lugar en él?

Asentí.

—Me parece bien.



Esa noche fue calurosa, era casi imposible dormir. La presión y la humedad del aire hacían que costase respirar. Los truenos rugían

en la distancia. Pensé en cómo estaba cambiando mi vida, en las cosas pequeñas y en las grandes.

Y pensé en Theresa. Nunca le había escrito la carta que me pidió. ¿Podría escribirla algún día, pronto? ¿Qué le diría? ¿Dónde la enviaría?

La lluvia golpeaba las ventanas. Me quedé dormida pensando en la carta mientras los rayos atravesaban el cielo, iluminándolo. Aquella noche tuve un sueño.

Caminaba por un vasto campo. Mujeres, hombres, niñas y niños estaban de pie en los límites del campo observándome, sonriendo y asintiendo. Me dirigí hacia una cabaña circular cerca de la linde del bosque. Me sentía como si ya hubiera estado antes en aquel lugar.

Dentro había gente que era distinta, como yo. Podíamos ver nuestros reflejos en las caras de los demás. Miré a mi alrededor. Era difícil decir quién era una mujer y quién era un hombre. Sus rostros irradiaban una belleza diferente de aquella que habíamos visto en la televisión o en las revistas mientras crecíamos. Es una belleza con la que no se nace, sino que se construye a costa de un gran sacrificio.

Me sentí orgullosa de estar sentada entre esas personas. Estaba orgullosa de ser una de ellas.

En el centro ardía una hoguera. Una de las ancianas del círculo llamó mi atención. No sabía si había nacido hombre o mujer. Sostenía un objeto. Entendí que yo debía aceptar la realidad de ese objeto. Lo observé de cerca. Era el anillo que las mujeres diné me habían regalado cuando era niña.

Sentí deseos de levantarme de un salto, de pedir que me devolviera el anillo. Contuve el impulso.

La anciana señaló el círculo que la sombra del anillo dibujaba en el suelo. Asentí, reconociendo que la sombra era tan real como el anillo. Ella sonrió y agitó la mano en el espacio que había entre el

anillo y su sombra. ¿No era también aquella distancia real? Señaló nuestro círculo. Miré las caras a mi alrededor. Seguí la sombra de su mano proyectada contra la pared de la cabaña, viendo por primera vez las sombras que nos rodeaban.

Me llamó de vuelta al presente. Mi mente se deslizó de nuevo hacia el pasado y después hacia delante, al futuro. «¿No están, acaso, conectados?», me preguntó sin palabras.

Sentí que un ciclo se cerraba en mi vida. Crecer siendo tan distinta, salir del armario como butch, tener passing de hombre, y de vuelta a la pregunta que había moldeado mi vida: ¿mujer u hombre?

El ruido de una pelea en la calle, nacida de la frustración, me despertó. No quería volver a este mundo. Me esforcé por volver al sueño, pero me había desvelado. Casi estaba amaneciendo. Abrí la ventana del cuarto y salí a la escalera de incendios. El aire fresco era agradable. Cerré los ojos.

Recordé la noche que Theresa y yo lo dejamos. Miré el cielo nocturno, buscando un destello de mi propio futuro. Si pudiera mandar un mensaje al pasado, a aquella joven butch sentada en el cajón de leche, sería este: mi vecina, Ruth, me preguntó hace poco si tomaría las mismas decisiones si pudiera vivir mi vida de nuevo. «Sí», le contesté sin dudarle, «sí».

Siento que haya tenido que ser así de duro. Pero, si no hubiera caminado este sendero, ¿quién sería? En aquel momento me sentí en el centro de mi propia vida, con el sueño aun trenzado en mi memoria como la hierba de maná.

Recordé el reto que me había propuesto Duffy. «Imagina un mundo en el que merezca la pena vivir, un mundo por el que merezca la pena luchar». Cerré los ojos y permití que mi esperanza creciera.

Escuché el batir de unas alas cerca de mí. Abrí los ojos. Un hombre joven en un tejado cercano liberaba a sus palomas, como sueños, en el amanecer.



**NOTAS DE LESLIE FEINBERG
A LA EDICIÓN DEL VIGÉSIMO ANIVERSARIO**



Leslie hubiera querido escribir una introducción a esta edición del vigésimo aniversario de *Stone Butch Blues*. Pero antes de poder hacerlo comenzó a recibir cuidados paliativos en casa. Las notas que siguen son una combinación del material que Leslie ya había escrito y de las notas que tomé sentada a su lado mientras ella seguía trabajando en la cama. Sobre estas notas, dijo: «Esto es lo mejor que he podido hacer».

Leslie murió en casa el 15 de noviembre de 2014. Se pueden encontrar más detalles sobre su salud en *Casualty of an undeclared war* [«Víctimas de una guerra no declarada»], las notas de su investigación sobre la epidemia de enfermedad de Lyme: <https://transgenderwarrior.org/casualty/>

Puedes leer una breve semblanza de su vida, que escribimos juntas, en <https://www.workers.org/2014/11/16937/>

Minnie Bruce Pratt



NOTAS DE LA AUTORA

Edición del vigésimo aniversario
de *Stone Butch Blues*, otoño de 2013

Hubiera deseado escribir una introducción para situar esta novela en su contexto social e histórico, la segunda mitad del siglo XX. El contexto lo es todo en política, y *Stone Butch Blues* es sumamente política y polémica, está anclada a la época a la que pertenece y fue escrita por una activista comunista de raza blanca.

Estoy, no obstante, tan enferma en el momento de su publicación que solo me siento capaz de escribir estas breves notas.

SOBRE EL LENGUAJE

El uso de la palabra *transgénero* ha cambiado a lo largo de las dos décadas que han pasado desde que escribí *Stone Butch Blues*. Desde entonces, el término *género* se utiliza cada vez más para referirse al sexo, más que a la expresión de la identidad de género. Esta novela sostiene lo contrario.

Debido a la enfermedad, he estado aislada durante una década de los debates sobre el lenguaje. Así que solo puedo decir que, igual que los aviones, los trenes y los coches, los vehículos tecnológicos que son las hormonas y la cirugía llevan a la gente a distintos lugares a lo largo de sus vidas, dependiendo de si sus opresiones están basadas en su/s sexo/s, en la expresión de su identidad/género, en su orientación sexual, en su nacionalidad, en su condición de migrante, en su salud y/o dis/capacidad y/o en la explotación económica de su trabajo.

Estoy de acuerdo con CeCe McDonald, que escribió desde su celda en la cárcel:

Necesitamos que nuestra misión sea promover la justicia racial, social y económica de la juventud trans, su libertad para definir su identidad y expresión de género.

(16 de noviembre de 2012, <http://supportcece.wordpress.com/>).

SOBRE LOS PRONOMBRES

Respeto los pronombres de cada persona, en tanto que son parte importante de su individualidad. El uso que yo misma he hecho de ellos ha sido complejo, debido a que las opresiones se solapan. Pero, en los últimos años, el pronombre de la primera persona del plural, nosotres, nosotras, nosotros, ha llegado a parecerme tan importante como los pronombres él, ella, o elle.

Adjunto dos artículos que escribí después de publicar *Stone Butch Blues*, ambos sobre el uso de la primera persona del plural.

Many histories converged at Stonewall: Lavender & Red 71 [«Muchas historias se dieron cita en Stonewall: Lavender y Red 71»].

<http://www.workers.org/2006/us/lavender-red-71/>

Honoring LaTeisha Green. [«En honor a LaTeisha Green»] <http://www.transgenderwarrior.org/lgreen>

SOBRE LA REVISIÓN

Todo lo que existe es susceptible de cambiar y desarrollarse.

Esta edición del vigésimo aniversario de *Stone Butch Blues* se parece al original tanto como ha sido posible. Pero la tecnología con que se produjo la primera edición es demasiado antigua para recuperar el texto original impreso. La novela tuvo que ser transformada en un nuevo manuscrito digital. Fue copiada a partir de la edición impresa, releída, corregida y editada.

Escribí la novela en un portátil prestado. Lo hice por las noches, después del trabajo; me dijeron que la dejara en un tercio de lo que

era poco antes de que entrara a imprenta y entonces no sabía tanto como ahora sobre edición y corrección. Durante veinte años las erratas, los trozos de texto que faltaban y otros pequeños errores han estropeado la novela y me hacían pararme y decir en voz alta «¡Eso es un error!» cuando leía el libro en público. La nueva edición me ha permitido corregir esos fallos.

Cuando mi vista se deterioró y enfermé tanto que no podía releer la novela, Minnie-Bruce y la correctora, Becca Shaw Glaser, revisaron el libro, encontraron algunas cuestiones que revisar y me las plantearon. Yo tomé todas las decisiones relativas a los errores que había en el texto original.

Siempre me he aproximado a la edición, la revisión y la corrección —tanto de mi propio trabajo como del de otros— con un profundo respeto por el texto original. He empleado el mismo planteamiento ético para esta nueva edición de *Stone Butch Blues*.

Si no estaba roto, no lo arreglé. No soy de la escuela del director George Lucas, que volvió a *Star Wars* y cambió quién disparaba primero.

La poeta/escritora que, para mí, resume con más concisión las directrices éticas de la revisión de textos es Audre Lorde, quien dijo que una revisión tiene que aportar a la obra «aquello que necesita para desempeñar el trabajo emocional que fue concebida para hacer».



EPÍLOGO DE LA AUTORA

FRAGMENTOS

Edición del décimo aniversario de *Stone Butch Blues*, 2003

En este aniversario, el décimo, de la publicación de *Stone Butch Blues*, he terminado de leer la novela por primera vez. ¿Os parece raro?

Escribí esta historia desde dentro, inundada por su profundidad, arrastrada por sus corrientes. Para cuando tuve el blues en mis manos, las palabras impresas me parecían las huellas tenues de un animal en un paisaje tranquilo, un rastro que no podía seguir.

Ahora, una década más tarde, me sorprende. Me maravillo al reencontrarme con los personajes que yo misma parí, que, como la descendencia que crece, han desarrollado sus propias vidas ficticias, independientes de la mía. Descubro un viaje que no es idéntico a mi camino, pero que está marcado por la íntima familiaridad con las experiencias que yo viví. Encuentro la teoría —en la forma en que es vivida— en el movimiento y la interconexión. No es difícil de entender; es difícil de vivir.

Y siento el calor del fuego inextinguible de la resistencia a la opresión.

Igual que mi propia vida, esta novela desafía las clasificaciones fáciles. Si encontraste *Stone Butch Blues* en una librería o una biblioteca, ¿en qué sección estaba? ¿Ficción lésbica? ¿Estudios de género? Como la novela fundacional de Radclyffe/John Hall, *El pozo de la soledad*, este libro es una novela lésbica y una novela transgénero, en la que el género trans es a la vez un verbo y un adjetivo.

¿Es ficción?, me preguntan a menudo. ¿Es verdad? ¿Es real? Sí, es muy real. Es tan real que sangra. Y, sin embargo, es también un recordatorio de que no hay que subestimar nunca el poder de la ficción para contar la verdad.

Cuando se publicó *Stone Butch Blues* pensé que tendría cajas enteras de ejemplares en el armario para dárselas a la gente que estuviera preparada para leerlo. Pero este libro, igual que los movimientos sociales con los que estaba inextricablemente conectado, hizo saltar los goznes de la puerta del armario.

Desde entonces he recibido el regalo de cientos de miles de cartas, emails y llamadas; de las intensas emociones que han compartido las personas con quienes me he encontrado en manifestaciones, universidades, facultades. Me ha parado gente desconocida en lugares que van desde una gasolinera en medio de la Iowa rural hasta un centro comercial en Jersey City. Estas personas, muchas de las cuales estaban inmersas en luchas que no parecían estar relacionadas con las opresiones basadas en su sexualidad, su género o su sexo, se tomaron el tiempo y el cuidado de explicarme cómo había impactado el libro en su forma de pensar, en sus decisiones, en sus acciones.

Gente que ha vivido vidas muy distintas a la mía me ha contado generosamente las similitudes entre estas páginas y sus propias batallas —el sabor de la bilis, el infierno de la rabia—: hombres y mujeres trans, travestis heteros, mujeres barbudas, personas intersexuales y andróginas, personas bigénero y trigénero, y muchas otras identidades definidas y expresadas de forma exquisita.

Quizá lo que más me ha impactado es que me hayan dicho que hay ejemplares de *Stone Butch Blues* pasando de celda en celda en las cárceles hasta que quedan desgastados y ajados.

Este libro ha viajado hasta tierras que yo aún no he visitado. Me han llegado cartas y correos electrónicos desde la punta de América del Sur, desde los confines del norte, desde África y Asia.

La novela ha sido traducido al alemán y al neerlandés. La edición en chino, con un prefacio que escribí para los lectores de allá, se publicó de forma serial en el periódico de mayor tirada de Taiwan y es lectura recomendada para adolescentes y adultos. Y hay más traducciones en marcha.

¿Me ha cambiado la vida publicar esta novela? Sí. Y no. No ha alterado la trayectoria de mi vida. Al acabar de escribir *Stone Butch Blues* yo ya había vivido en el vórtice del movimiento LGTB de izquierdas durante treinta años. Había sido una activista revolucionaria durante más de veinte; y columnista y editora del periódico *Workers World*. Había luchado contra las operaciones bélicas del Pentágono. Había apoyado la autodeterminación palestina. Había trabajado para defender a los prisioneros políticos, como Mumia Abu Jamal y Leonard Peltier. Había sido sindicalista y liderado la Marcha Contra el Racismo de 1974 en Boston. Había ido de gira por el país en 1984 hablando de la crisis del sida. Me había movilizado contra los nazis y el Ku Klux Klan, ayudado a proteger los derechos reproductivos de las mujeres, trabajado por que las manifestaciones y concentraciones fueran más accesibles para las activistas sordas y discapacitadas...

Les dejo a los, las, y les historiadores el análisis de los cambios que han ocurrido en la década que ha pasado desde que escribí esta novela y la contextualización de la publicación de *Stone Butch Blues* dentro del conjunto de esfuerzos sociales y políticos que han luchado sin descanso contra los diferentes los problemas sociales.

Con esta novela planté una bandera que dice «aquí estoy, ¿alguien más quiere debatir sobre estos asuntos de tanta importancia?». La escribí no como una expresión individual de arte elevado, sino como un sindicalista de clase obrera copia un panfleto: para llamar a la acción. Cuando, en mi primera lectura pública en una librería, alguien me pidió que le firmara un ejemplar del libro para una amistad suya que era demasiado tímida para hablar con una escri-

tora, se me rompió el corazón. El trabajo de toda mi vida ha consistido en promover la organización colectiva, no la individualidad.

Stone Butch Blues es un puente hecho de recuerdos. Las inmensas pérdidas humanas de la epidemia del sida, y de la opresión en general, han creado un enorme abismo; estamos hablando, prácticamente, de generaciones perdidas. Como resultado de ello, la historia de los movimientos sociales y sus lecciones se recuerdan de forma fragmentaria.

Recuperar la memoria colectiva es, en sí mismo, un acto de lucha. Les permite a las corrientes generacionales del río cuyas espumosas olas son nuestro movimiento fluir juntas, conformar el asombroso rugir de nuestras muchas aguas. Y el curso de nuestro movimiento no es fijo como las orillas del río Hudson: somos nosotras quienes lo determinamos. De Selma a Stonewall o a Seattle, las que creemos en la libertad no descansaremos hasta que ganemos todas las batallas.

Tecleo estas palabras mientras junio de 2003 revienta de Orgullo. ¿Qué año es ahora, cuando las lees? ¿Qué se ha ganado? ¿Qué se ha perdido? No puedo verlo desde aquí, no puedo predecirlo. Pero sé esto: estás viviendo el resultado de aquello por lo que nosotras luchamos hoy. El presente y el pasado conforman la trayectoria del futuro. Pero el arco de la historia no se pliega automáticamente a la justicia; como observó el gran abolicionista Frederick Douglass, sin lucha no hay avance.

Eso es por lo que luchaban los personajes de *Stone Butch Blues*. El último capítulo en esta saga de batallas aún no ha sido escrito.

AGRADECIMIENTOS AL EQUIPO

Los viejos disquetes de 3½ en los que escribí *Stone Butch Blues* y los enormes rodillos y planchas de metal con que fue impreso por primera vez están desfasados. Las nuevas herramientas digitales han reemplazado a esas tecnologías.

Así que aquí está una nueva versión digital de *Stone Butch Blues*. Ha sido transcrita, editada, corregida para quitarle las erratas de ediciones anteriores, revisada y editada para conseguir coherencia estilística y mejorar la puntuación, de tal manera que se mantuviera la fluidez del habla vernacular. Después fue revisada y corregida de nuevo, remaquetada, rediseñada y publicada como una edición multimedia en la web: <http://www.lesliefeinberg.net/>.

Cuando me llegó el momento de releerla entera y poner fin al nuevo manuscrito recién copiado, mi vista era borrosa y mi salud precaria. Un pequeño equipo de personas trabajaron conmigo en todas las etapas hasta completar esta edición y me acompañaron en la montaña rusa que fueron los cambios en mi salud.

Tienes entre las manos, o en la pantalla, esta edición multiformato de la novela gracias al esfuerzo colectivo de un grupo de personas maravillosas.

Mi más sincero agradecimiento a cada una de ellas:

Minnie Bruce Pratt, que facilitó en cada momento el trabajo necesario para preparar esta edición, en particular los asuntos relativos a la corrección del manuscrito y la preparación de los nuevos textos de las portadas. Consultó conmigo todas las dudas relativas a la revisión, lo que aprecio. Acabé el borrador de *Stone Butch Blues*

en su jardín en 1992. Ahora celebramos más de veinte años de trabajo en equipo en la vida y en el amor, en la salud y en la enfermedad.

Krista Kennedy, que acudió a mi casa a enseñarme y a debatir sobre las nuevas tecnologías digitales y sobre cuestiones de ética digital. Con el avance de mi enfermedad Krista asumió más que un papel de maestra e impulsó este proyecto hacia adelante. Se convirtió en la codesarrolladora del proyecto de publicación digital y en la coordinadora de esta nueva edición. Le agradezco haberme ayudado a conseguir una voz y una corporalidad digitales en una época en que mis enfermedades me tenían silenciada.

Kuan Luo, que diseñó la portada de la nueva edición y eligió la tipografía Marais para la cubierta y la Garamond para el texto. Le agradezco su paciencia y el manantial de creatividad. Le estoy particularmente agradecida porque me permitió retirarme, por primera vez, a la posición de autora y no tener que representar en la portada de la novela la cara de un personaje ficticio.

Elizabeth Parks, que se encargó de la maquetación del interior de la novela, y con sus habilidades armonizó el texto con la portada.

George Rhinehart, que fue co-coordinador junto a Krista y programó y construyó un hogar para *Stone Butch Blues* en la web en WordPress.

Robin Higgins, que transcribió una edición impresa antigua de *Stone Butch Blues* y la convirtió en un texto digital nuevo palabra por palabra.

Becca Shaw Glaser, que revisó y volvió a revisar la nueva edición con ojos de águila y un amor por la precisión ejemplar.

Mis agradecimientos a los fotógrafos Gabriel Foster, Greg Butterfield, Billy Navarro Jr., Vanessa Edwards Foster, Deirdre Stapp y Marilyn Humphries por sus imágenes y el permiso para usarlas.

Gracias, Phillip Frankel, por aportar tus consejos legales de experto sobre propiedad intelectual y por tu ayuda defendiendo mis derechos de autor.



DERECHOS DE AUTOR Y PETICIONES

Tuve que luchar para recuperar mis derechos sobre *Stone Butch Blues*. Cuando la primera editorial que lo publicó se declaró en bancarrota me gasté miles de dólares de mi sueldo para pagar los costes legales de recuperar los derechos de la novela y del poemario de Minnie Bruce Pratt, *Crime Against Nature*.

En primavera de 2012, ya muy enferma, recuperé de nuevo los derechos.

Por fin ostento la autoría y el copyright, por ley y por haberlo peleado, de *Stone Butch Blues*. Ninguna agencia representa a la novela. Todos los derechos digitales me pertenecen.

Recibo constantemente mensajes de lectoras, profesoras, librerías, editoras y traductoras preguntándome dónde pueden encargar ejemplares de *Stone Butch Blues* o a quién acudir en busca de los derechos de reimpresión, traducción, etcétera.

Aquellos que persiguen la firma de un contrato comercial son persistentes y en ocasiones no aceptan un no por respuesta.

Estoy demasiado enferma para contestar a las peticiones relativas a contratos o permisos. Así que he retirado *Stone Butch Blues* del mercado del capital. No firmaré ningún contrato más para esta novela, ni renovaré los contratos ya existentes una vez que expiren. No quiero recibir más preguntas sobre las condiciones contractuales o los permisos, por favor.

He escrito lo siguiente, de la forma más clara que he podido, para contestar las preguntas que recibo frecuentemente respecto de los derechos y otras cuestiones.

Devuelvo esta novela a los trabajadores y los oprimidos del mundo.

Los movimientos revolucionarios y anticapitalistas que persiguen la justicia social y económica me han dado muchas cosas en la vida. Les devuelvo esta novela, como un pequeño regalo hecho a mano, con todas sus imperfecciones, a los trabajadores y los oprimidos del mundo.

Retengo los derechos completos como autora de *Stone Butch Blues* mediante una licencia de Creative Commons, en lugar de registrar la edición del vigésimo aniversario. La razón no es perpetuar el fetiche de la propiedad, sino proteger mi trabajo de que sea explotado con fines comerciales por parte de las corporaciones.

El marxismo nunca se ha opuesto a la tenencia privada de propiedades personales o del producto del trabajo de cada individuo —y, de hecho, sostiene que todo el mundo debería poder poseer estas cosas—. Al contrario: el marxismo dice que el 1% que conforman los bancos y las grandes empresas se ha hecho con el gigantesco aparato de producción y distribución que construyó la clase trabajadora y se ha apropiado del mismo, asegurando que es suyo.

Como comunista que soy, estoy a favor de abolir la propiedad de ese 1%, que asegura poseer el aparato de producción que se ha construido comunitariamente.

La clase obrera y la oprimida, que realiza el trabajo a lo largo y ancho del mundo día a día, pueden controlar ese aparato productivo y hacer así las reparaciones históricas necesarias desde hace tanto que saciarán las necesidades y anhelos del 99%.

Aunque *Stone Butch Blues* es ficción dice la verdad. No obstante, las escrituras del capitalismo, que dicen que el 1% posee todo aquello que ha sido producido con el trabajo colectivo, tanto esclavo como asalariado, son ficticias y deben ser destruidas.

Y el día que esas escrituras de propiedad sean abolidas no será necesario proteger *Stone Butch Blues* de la explotación comercial. ¡Que llegue pronto ese día!

*The law locks up the man or woman
Who steals the goose off the common
But leaves the greater villain loose
Who steals the common from the goose.
The law demands that we atone
When we take things we do not own
But leaves the lords and ladies fine
Who take things that are yours and mine.
The law locks up the man or woman
Who steals the goose from off the common
And geese will still a common lack
Till they go and steal it back⁴⁸.*

Durante el siglo XVII y hasta comienzos del XVIII estas líneas fueron una canción de protesta popular contra los cercamientos de tierras comunales que perpetró la clase capitalista inglesa.

DERECHOS DE AUTOR

Mientras tanto, aquí quedan los derechos que como autora retengo sobre *Stone Butch Blues* para esta edición de su vigésimo aniversario: no se permite ningún tipo de contrato editorial, uso comercial, usos derivados, ni derechos digitales.

No se permiten los usos derivados.

No se permiten adaptaciones.

No me digas que estás homenajeándome si crees que puedes contar esta historia mejor de lo que lo hice yo.

No se permiten versiones cinematográficas.

48. La ley encierra al hombre o a la mujer/ que se apropia del ganso comunal/ pero deja suelto al gran villano/ que se apropia de lo comunal que hay en el ganso. // La ley demanda penitencia/ si tomamos cosas que no son nuestras/ pero deja a los señores tranquilos/ cuando toman lo que es tuyo y mío.// La ley encierra al hombre o a la mujer/ que se apropia del ganso comunal/ y los gansos seguirán sin ser de todos/ hasta que todos vayan y se los reapropien.

Trabajé brevemente en una versión para el cine de *Stone Butch Blues*, hasta que descubrí que la propuesta de quien la producía consistía en asegurarse el dinero de los inversores ofreciéndoles una fantasía sexual: una invitación a observar cómo la policía violaba a las butches. Entonces exigí que no se hiciera ninguna película; no creo que pueda hacerse una que refleje la auténtica intención del libro.

No se permite el uso derivado.

Una viñetista intentó conseguir un contrato de publicación con los borradores de un cómic basado en *Stone Butch Blues*. Me contactó para consultarme al respecto y yo me negué. Entonces subió su versión de *Stone Butch Blues* a la web.

La portada era una pareja interracial de butch y femme bailando pegadas; una butch blanca y una femme afroamericana con una gardenia en el pelo. Esta representación era una fantasía de la artista. La pareja y la escena no existen en *Stone Butch Blues*.

Le pedí en repetidas ocasiones a la artista que retirase su versión de la web, lo conseguí solo después de una gran cantidad de esfuerzos que me supusieron mucho agotamiento.

Nunca di permiso para este producto derivado de *Stone Butch Blues* ni para su uso digital.

El respeto comienza pidiendo permiso y recibéndolo. No doy permiso para ningún uso derivativo de *Stone Butch Blues*, y no solo a causa de mi enfermedad.

Cuando era niña, construí mi propio receptor de radio con un bloque de madera, latas de refresco, cables y transistores, y descubrí un mundo de narrativas radiadas que no podía ver, a diferencia de las películas y la televisión. Estas historias solo podía escucharlas, e imaginar cómo eran los personajes. Así escribí *Stone Butch Blues*. Mucha gente me ha dicho que es una historia cinematográfica, pero lo que están haciendo es verla proyectada en la pantalla de su imaginación.

Tomé una decisión al escribir *Stone Butch Blues* basada en la rabia que sentía al ver cómo muchos escritores y escritoras blancos usaban la blanquitud por defecto y solo describían a los personajes de color; basada también en la rabia que me provocaban los escritores que veían la delgadez como una característica por defecto y solo identificaban a los personajes gordos y los escritores que no describían a un personaje sin discapacidad pero sí lo hacían cuando la tenían.

Decidí que no haría eso. En *Stone Butch Blues* descubrimos a los personajes a través de sus reacciones al racismo y a la intolerancia. No describo cómo son los personajes. No lo cuento, lo muestro.

Esto significa que la gente que lea este libro tendrá distintas ideas sobre las tallas, las formas, las capacidades y demás de los personajes. Y todas ellas son experiencias válidas de lectura.

Pero, para los artistas que quieran hacer obras derivadas utilizando la historia escrita por mí, esto significa que cogerán su idea de quién es negro o blanca, gorda o delgada, con discapacidad o no... Y su interpretación hace que los personajes pierdan matices y queden fijos para la eternidad, como si esa fuera la verdad de *Stone Butch Blues* para todas las épocas y todas las personas que lo leen.

No doy permiso para ninguna reescritura de *Stone Butch Blues* basada en la imaginación de otra persona.

Como comunista blanca que soy, me hago responsable de las flaquezas y las fortalezas de este libro. *Stone Butch Blues* no es solo una novela obrera: es una novela en la que se materializa la lucha de clases.

No hay cesión de derechos digitales. ¡Yo, con el sindicato!

No firmo la cesión de ningún tipo de derecho digital.

Stone Butch Blues vive en la web en <http://www.lesliefeinberg.net/>. Por favor, no retires la novela de la página en la que está alojada; por favor, no republiques el libro o partes del mismo.

Como autora, siempre he retenido los derechos digitales. Mi sindicato —la National Writers Union / UAW Local 1981⁴⁹— me enseñó a luchar por esos derechos en cada contrato de publicación. Estoy con el sindicato, defendiendo los derechos digitales de los trabajadores.

49. Unión Nacional de Escritores. En mayo de 2020 se desafilió de la UAW (United Automobile Workers) y de la American Federation of Labor, de tal forma que ahora solo es NWU.

ACUERDO DE TRADUCCIÓN

Agradezco a las personas que hayan contribuido con su trabajo a la traducción de las distintas ediciones en chino, turco, esloveno, serbocroata, griego, italiano, alemán, neerlandés y hebreo. Los beneficios de esta última van para el grupo palestino Aswat.

He recibido muchas ofertas generosas para la traducción de *Stone Butch Blues* a distintos idiomas, incluyendo el canarés, el español, el ruso o el francés. Pero sigo demasiado enferma para ponerme en contacto con estas personas o para negociar contratos individuales. Por lo tanto, en esta comunicación pública dispongo los términos de las traducciones venideras.

Doy permiso para las traducciones que se ajusten a los siguientes criterios:

Únicamente consiento la traducción de esta edición de *Stone Butch Blues*, la del vigésimo aniversario.

La edición debe especificar de forma clara que es una traducción de mi novela íntegra, *Stone Butch Blues*, y reconocerme a mí, Leslie Feinberg, como autora de la misma.

La traducción debe hacerse con ánimo no lucrativo, es decir: ser una edición impresa cuyo precio únicamente cubra los costes de producción y/o una edición digital que sea de libre acceso y esté disponible en la web.

La edición traducida no puede incluir introducción. Puede incluir notas sobre las decisiones tomadas con respecto al lenguaje (ver nota explicativa más abajo).

Me reservo el derecho a publicar una versión digital gratuita de las traducciones o de un fragmento sustancial de las mismas en la web de *Stone Butch Blues*, donde están el resto de traducciones: <http://lesliefeinberg.net>.

Si has publicado una edición digital de la traducción que cumpla los requisitos arriba especificados, te pido que me envíes tu nombre e información de contacto a la dirección especificada en <http://lesliefeinberg.net>; además de un enlace a tu traducción de *Stone Butch Blues*, o la edición digital.

Si has publicado una versión impresa que cumpla los requisitos arriba especificados, te pido que me envíes tu nombre e información de contacto a la dirección especificada en <http://lesliefeinberg.net>, además de dos ejemplares del libro. También subiré la información relativa a la edición impresa en la misma página.

Puedes encontrar más información sobre las traducciones en <http://lesliefeinberg.net>.

POR FAVOR, ¡NO ESCRIBAS UNA INTRODUCCIÓN!

Durante muchas décadas, cuando era joven, las únicas publicaciones sobre las personas oprimidas en base a su sexo, expresión de género y orientación sexual eran los libros escritos por «expertos» psicólogos o psiquiatras.

Las palabras del individuo oprimido se convertían en la «narrativa del paciente», que se estiraba o se cercenaba, como si estuviera en un potro de tortura, para encajar en la teoría de estos «expertos».

Stone Butch Blues habla con su propia voz y no necesita un experto que medie entre las personas que la leen y su protagonista.

Acepto que quien traduce quiera aportar algunas notas sobre las dificultades específicas del lenguaje que hayan surgido al traducir la novela. Pero, por favor, no introduzcáis la novela al lector.

Esta novela se presenta sola, igual que lo hace Jess Goldberg.

Stone Butch Blues es la voz de quien está viviendo las opresiones, resistiendo con orgullo.

Deja que el lector escuche las palabras de Jess Goldberg.



Este libro se terminó de imprimir el 16 de
abril de 2021, veintiocho años después de
su publicación original en inglés y siete de
la muerte de Leslie Feinberg.

En su memoria.



